

Trilogía del S. XIV

# Olvidado Temor de Dios

Volumen I



Aritz S. Urchaga

## Año del Señor de 1326

En medio de una noche tempestuosa, el viejo caballero Diego Pérez de Muñatones llega junto a varios de sus escuderos a la villa vizcaína de Balmaseda. Las aciagas noticias de las que es portado, cambiarán para siempre la vida de la heredera al señorío de Vizcaya: doña María Díaz II de Haro; una niña de seris años de edad que se verá obligada a exiliarse en tierras de Gascuña por temor a la ira del rey don Alfonso XI de Castilla y León.

Durante su forzado destierro en un convento de Bayona, doña María afrontará sus temores y soledad gracias al estudio de las artes liberales y los poemas y cantares épicos franceses, descubriendo otro mundo más noble y cortés que el que le ha tocado vivir. Asimismo, deberá enfrentar el paso de la infancia a la pubertad, adentrándose en los senderos más luminosos y oscuros del dogma católico, el pecado, la penitencia, y las costumbres, creencias y temores de la sociedad bajomedieval.

Pero el regreso de doña María a Castilla para reclamar su derecho a ser reconocida como señora de Vizcaya, supondrá el inicio de unas cruentas luchas civiles que, para ella, desembocarán en una guerra interior mayor que cualquier otra que hubiera sufrido hasta entonces; oponiéndose la razón y la pasión; el deber a la piedad; la fantasía heroica frente a la realidad trágica; y una mente cuya exaltada creatividad se revelará como el único bastión de libertad y refugio contra los males que castigan cuerpo y alma.

*Olvidado Temor de Dios*

Trilogía del S. XIV

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN:

**Olvidado Temor de Dios**

**El Mar de los Renegados**

**Por la Patria Traidora**

Trilogía del S. XIV

Olvidado  
Temor de Dios

Volumen I

Aritz F. Urchaga

EDICIONES ABANTA ARGITALPENAK

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Fotografía y diseño de portada: Aritz F. Urchaga  
Imagen: Reproducción de estela discoidal ubicada  
en la necrópolis de Argiñeta (Elorrio - Bizkaia)

© 2021, Aritz F. Urchaga  
ISBN: 0000 0005 0391 0023  
© Ediciones Abanta Argitalpenak

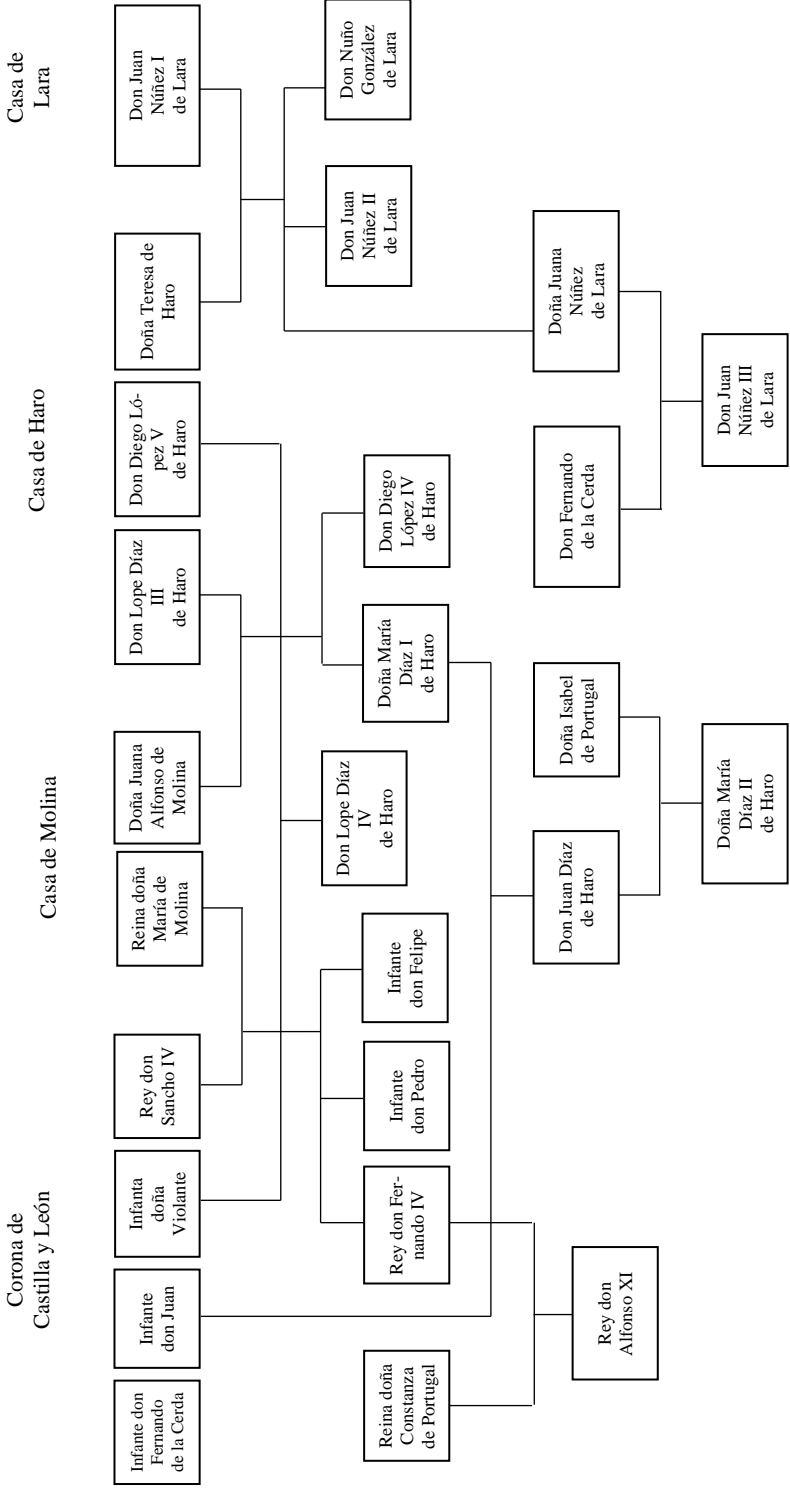
ISBN: 978-84-124568-3-7

Edita: Ediciones Abanta Argitalpenak  
[www.edicionesabanta.eus](http://www.edicionesabanta.eus)

Las villas del rey y todos los otros lugares de su Reino recibían muy gran daño, y eran destruidos, pues todos los ricoshombres y caballeros vivían de robos y tomas que hacían en la tierra [...] Y en los lugares que no estaban cercados, no moraba nadie; y en los lugares que eran cercados, se mantenían la mayoría, de los robos y hurtos que hacían. Y esto también hacían muchos de las villas, tanto los que eran labradores como los hijosdalgo. Y tanto era el mal que se hacía en la tierra que, aunque hallasen los hombres, muertos por los caminos, no lo tenían por extraño.

*Crónica del rey don Alfonso XI de Castilla y León*  
(Capítulo XL)

# Genealogía de los personajes principales





## **Libro I**

## Capítulo I

*La Buena* fue el sobrenombre que recibió la mujer que lo trajo al mundo, el año del Señor de mil doscientos noventa y tres. Él fue llamado Juan, como su padre, y apodado *el Tuerto*, por cuanto el vulgo acostumbra a recrearse en cobarde venganza o rastrera alabanza con los defectos y virtudes de aquellos que los gobernaron en vida. Pudieron ser locos o sabios, crueles o piadosos, hermosos o deformes, pero pocos de espíritu tan elevado, que lograran huir de los dominios de la avaricia; pues reyes y reinas, así como hasta el último de los hijosdalgo, son engendrados para heredar más de lo que sus padres heredaron, y legar a sus hijos, más de lo que les dejaron a ellos. El señor de Vizcaya, el conde don Juan Díaz de Haro “el Tuerto”, tampoco pudo escapar de esa condena. Una condena que ciega los ojos y embarga el alma. Y debería haber sabido, sin importar lugar o compañía en los que se hallara, que su vida nunca se encontraría libre de peligros.

«Debería haberlo sabido» se decía a sí mismo el viejo caballero Diego Pérez de Muñatones, sentado sobre una tierra emponzoñada en la que con todo se mercadeaba; en la que todo tenía un precio. A tantos maravedís la lealtad de ricos hombres e hidalgos sin honra; a tantos, la ballesta y lanza de peón; a tantos, las manos de vástagos casaderos. De Muñatones masticaba esas palabras en su mente, al tiempo que su boca hacía lo propio con la escasa carne de res curada que sus criados habían recogido antes de su apresurada partida del concejo de San Julián de Muskiz, a cinco días contados del mes de noviembre del año del Señor de mil trescientos veintiséis.

Los cuatro mozos que le seguían, sus escuderos, no habían hecho fuego ni preparado cobijo; ni atrevido a emitir apenas sonido alguno. Su señor les había ordenado tan solo sigilo. No con palabras, sino con sus ojos. Una mirada que ya habían visto en otras ocasiones, imposible de borrar de su memoria; una mirada, testigo de grandes males, que auguraba otros no menores; una mirada, ahora perdida en la noche y en la fría tierra encharcada.

La lluvia empapaba la capucha y manto de lino encerado con los que Diego Pérez se cubría cabeza y cuerpo, cayendo también sobre su cuidada barba cana, tabardo y zapatos embarrados. No se aventuró De Muñatones a buscar refugio en buenas posadas y ni siquiera en las casas de alguna familia de su confianza, pues tener que narrar el porqué de su marcha, redoblaría el pesar que ya padecía, y no deseaba hacer cargar ese duelo sobre ningún otro vizcaíno, aunque el porqué ya pudiera

ser de sobras conocido. Si la terrible nueva que portaba había llegado al alejado valle de Somorrostro, en el confín de la comarca de las Encartaciones, podía haber llegado a cualquier parte, y otros más desalmados que él, podían tramar actos aún más viles.

«¿Por qué aún sigo respirando, no como don Garci Fernández de Sarmiento? —se preguntaba—. ¿Por qué puedo masticar esta carne reseca, no como don Lope Aznárez de Hermosilla, que ahora será él el masticado hasta los huesos por los gusanos en su sepultura? ¿Por qué me hallo libre y con poder para cabalgar o navegar hasta donde me pluguiera, no como don Juan Álvarez de Osorio, preso en la villa de Toro, en un suelo tan lóbrego como el que ahora piso?». En ese mismo lugar, en otro tiempo en el que los hombres veneraban como dioses a simples árboles o animales, se habría quitado la vida por honor. Pero, tal vez, el nuevo dios tenía para él otro propósito. Ese era el único consuelo que podía hallar, humillado, a los sesenta y seis años, en medio del fango.

Algo alertó sus sentidos; levantó la cabeza, agudizó ojos y oídos y se alzó despacio, caminando una treintena de pasos hasta llegar a la cima de un risco desde el que se contemplaba un valle tan oscuro como el mismo cielo. Había llegado a sus oídos un rumor, y debía alejarse del resuello de los caballos para poder escucharlo con claridad. Su mente le hacía temer que hombres del rey don Alfonso XI de Castilla y León pudieran estar acechando o persiguiéndolos, pero allí no había rastro de vida. No había huellas frescas en el sendero que galopaban desde hacía dos horas, ni tampoco en el horizonte se divisaban más que rayos a varias leguas de distancia. Solo ese viento gélido en el que ya no había rastro del olor a mar al que desde niño estaba acostumbrado. Y la vergüenza volvió a ocupar el lugar que, por unos instantes, le había arrebatado al temor.

Diego Pérez regresó junto a sus criados y, para alivio de los mozos, se dignó a darles algunas órdenes. Los escuderos pusieron a los tres exhaustos caballos al abrigo de un robledal y los liberaron de las sillas y pertrechos que cargaban. Después, procuraron para su señor un mullido lecho, formado por ramas entrelazadas y hojas sobre las que tendieron un manto de lana. Pero al terminar la labor, el caballero no estaba. Los criados se miraron confundidos, ya que ninguno lo había visto alejarse. Comenzaron a recorrer la espesura, pero no lo encontraron. Entonces, en los ojos de uno de ellos se reflejó el risco al que hacía poco lo habían visto asomarse. Sabían que incluso hombres para mucho, sufridores y capaces, habían perdido el habla, la razón y hasta la propia vida al tener noticia de la muerte u otras desgracias acaecidas a los suyos, y temían que su señor no se hallara lejos de sufrir ese mal. Corrieron los cuatro hasta el peñasco y escrutaron el fondo del valle, pero allí tampoco parecía reposar el viejo caballero. A decir verdad, su

mente no había estado con ellos desde que un mensajero llegara a su casa torre, ahora, tampoco lo estaba en cuerpo. Angustiados, volvieron a desperdigarse por el lugar en su búsqueda. No se atrevieron a llamarlo a voces, pues de forma velada se les había ordenado no emitir ningún sonido. Escudriñaron mucho y por doquier y, cuando ya, abatidos y resignados, volvieron al campamento, se toparon de bruces con su señor.

Estaba sentado junto a los rocines, contemplando absorto su escudo. Tenía la mirada perdida en los símbolos y colores de ese pedazo de metal. En fondo de plata, que representa la pureza, la templanza y la clemencia, formaban, en tres palos, diez panelas o corazones carmesí. El viejo caballero se quitó los guantes y pasó sus dedos por los cuatro pequeños símbolos centrales, como si pudiera sentir su latido. Pensó que podrían ser los corazones de sus padres, Pedro Sánchez Porra de Muñatones y María Sánchez de Fresnedo; y los de sus abuelos, Sancho Ortiz de Marroquín y María Sánchez de Muñatones. «¿Me reprenderían? ¿Tal vez se ensañarían de palabra conmigo? —pensó— No... Ellos, culpables de que sus linajes quedaran mancillados por siempre con el estigma de la violencia, no eran quiénes para reclamar desde sus tumbas, pundonor ni sacrificio». Pues en el tiempo en que sus abuelos poblaron en Somorrostro, moraban allí unos hombres, ganaderos comunes, llamados «los Galochas». Y había otros hombres comunes semejantes, llamados «De la Sierra», estirpe de la que descendía su propia esposa y, por tanto, sus hijos. Uno de estos De la Sierra, que decían de sobrenombre *Madroso*, estando en un vergel de leña con otro de los Galochas, que se llamaba *Pachantón*, le dio una cuchillada en la cabeza por una sopa de pan que le comió de la caldera. Tras esa herida acaecieron entre los dichos linajes de los Galochas y los De la Sierra muchas guerras y muertes, saliendo todos sus descendientes muy belicosos, porfiados y perversos, para ser hombres comunes.

Tal vez el viejo caballero no debía pensar en esos corazones, sino en los restantes. En el suyo propio; en el de su esposa, doña Teresa de la Sierra; y en los de sus hijos, a los que deseaba librar de aquel estigma. Puede que la memoria de los antepasados se perpetuara en esos símbolos grabados en el metal y, sin duda, ellos realizaron vilezas, cobardías o traiciones mucho mayores que por la que ahora él se martirizaba, pues el tiempo acostumbra a nublar los actos de los antepasados, engrandeciendo de forma desmedida sus bondades y encubriendo crímenes y felonías. Y si para algo debe servir la memoria, es para ser persona prevenida pero también para insuflar ánimo y esperanza. Ese pensamiento lo sosegó y desembargó en parte de la culpa que acarrearaba.

Aquietada la mente, tomó su espada y se retiró a un claro apartado, pues si en el escudo reposaba la memoria de los ancestros, en aquella

hoja descansaban preciosas lecciones junto con varias vidas cercenadas. Ahora, necesitaba encontrar consuelo y consejo en esta última. Desenvainó el arma y la clavó en la tierra. Se arrodilló y cogió la hoja resplandeciente con ambas manos. Habría parecido que oraba, pero en vez de eso, comenzó a rememorar las enseñanzas recibidas cuando era un manco y ufano escudero como los que ahora le seguían.

Recordó que, en su tiempo, se decía que los tres estados más honrados a los que los hombres podían llegar en el mundo, para hacer bien y salvar su alma, eran los de orador, labrador y defensor. Él nunca tuvo vocación de clérigo ni, menos aún, necesidad de trabajar rompiendo la tierra, aunque, si bien su cuerpo habría sufrido de penurias y privaciones, puede que mejor suerte hubiera corrido su espíritu. El clero podía culpar de todo mal a los pecados de los pueblos, mandando hacer por ello, procesiones, oraciones devotas, ofrendas a santos y llamamientos a la limosna y el ayuno. Los labriegos podían culpar a las plagas, las sequías o el granizo; a las rentas de la tierra o a los portazgos y otros impuestos con los que se gravaban las mercaderías; pero ¿a qué podían culpar los caballeros por sus males, más que a ellos mismos? ¿En qué pretexto podía ahora refugiarse?

Recordó también que una de las primeras cosas que le enseñaron, es que todo caballero debía tener buen seso. Buen seso para saber cuándo comenzar la guerra y cuándo excusarse de hacerlo, sin mengua y sin vergüenza por ello. Cómo acaudillar gente, guardarla, y cómo escarmantarla, si acaeciera tal menester. Cómo parar hueste si hubiere de lidiar con más o mejores que los suyos, y cómo, si los suyos fueran más y mejores. El seso le mostraría cómo hacer cuando hubiere buena andanza, y cómo, si se diera lo contrario. También recordó que es la vergüenza lo que cumplía al caballero más que ninguna otra cosa, pues la vergüenza es la virtud por la que el hombre deja de hacer todas las cosas que no debe hacer, y hace todo lo que debe y, por ello, la madre y la cabeza de todas las bondades del caballero, era la vergüenza.

Aprendió, asimismo, que el mundo estaba lleno de placeres y de pesares, y que el mayor pesar para el caballero era, por su mala ventura y merecimientos, perder la gracia de Dios, poniendo entre él y el Todopoderoso malas obras y pecados, perdiendo por ello todos los placeres y cobrando todos los pesares. Por tanto, el mayor placer del caballero era cuando entendía que estaba sin pecado, en la gracia de Dios, y a Él hacía merced cumplida; y, del mismo modo, recibía merced cumplidamente. Si ese fuera el caso, el caballero debía mostrarse alegre, de tal modo que ningún pesar debía sentir, siendo el placer de estar en gracia de Dios, mayor que cualquier otro del mundo; y le dolió reconocer que hacía mucho que no se mostraba alegre ante los suyos. Pero ¿cómo sentir alegría cuando era un rey el culpable de sus males?... Los reyes, de los que

siempre le habían dicho que ocupaban en la tierra el lugar de Dios, y su voluntad procedía de Su misma mano. Pero sabía que, para ser considerado buen rey, estos debían cumplir tres cosas: La primera, guardar las leyes y fueros que los otros reyes anteriores dejaron a los de las tierras y, si no las hallaran hechas, hacerlas buenas y derechas; la segunda, hacer buenas conquistas y con derecho; la tercera, poblar la tierra yerma. Pero ese rey al que ahora desafiaba por haber cometido tamaño crimen se había alejado de la gracia de Dios. Y puede que fuera el mismo Dios el que ahora le castigaba, despoblando sus aldeas, granjas y heredades, yendo sus gentes a tierras de Aragón o Portugal; sembrando sus reinos de disputas y calamidades; haciendo que, en todas sus villas y lugares, los robos y homicidios fueran moneda común. Sí. Los pecados de ese monarca contra el que se rebelaba, sin duda eran mayores que la culpa que él arrastraba. Y volvió a encontrar consuelo en ese atinado discernimiento.

Se alzó de nuevo, esta vez reconfortado y se diría que rejuvenecido, con la mente preclara y el corazón henchido, regresando a donde holgaban dos de sus escuderos, mientras los otros dos hacían guardia. Los reclamó a todos y habló de buena fe, con ese corazón abierto por primera vez en tiempo, diciéndoles que agradecía mucho su lealtad, pero que, a partir de ese día, enfrentarían graves peligros, pudiendo ser juzgados y sentenciados como traidores y, a buen seguro, castigados no solo con la prisión, sino, también, sometidos a cruel tormento y condenados a muerte; y que si su voluntad fuera partirse de su servicio, que esa misma sería su merced, deseándoles buena ventura y rogando a Dios por ellos. Los escuderos hincaron una rodilla en tierra y, como a una sola y viva voz, contestaron que agradecían a Dios el bien de su tutela, y que les cumplía mucho servirle; y que, por su bondad, cualquier cosa de su vida o hacienda que tuvieran o tuvieran de allí en adelante, podía tomarla, pues seguirían sirviéndole hasta la muerte muy de buena mente.

Oída esa repuesta, el viejo hidalgo se arrodilló y los abrazó, rompiendo los cinco a llorar con piedad en sentido y sincero llanto.

Antes de que asomara el alba, oraron, tomaron un frugal desayuno y, tras alguna chanza realizada por Diego Pérez, pues se había hecho firme propósito de mostrarse alegre, reanudaron la marcha. El mejor de los rocines era montado por el caballero, y los otros dos, por sendos escuderos cada uno. Podría parecer una pesada carga para los animales, pero tal vez fuera más llevadera que los malos pensamientos que acosaban a sus dueños.

Galopando por el sendero, no pudo el viejo hidalgo evitar que su mente divagara, meditando sobre todo lo que podía acaecer en Vizcaya en lo venidero, y lo que estaba en su mano promover y evitar. «Solo soy

un hombre —se decía—. Más experimentado que otros; más voluntarioso; puede que más necio». Sin duda, tan cegado como el resto ante la implacable realidad que les había golpeado. «¿Cómo había podido ocurrir? Se escriben muchas crónicas y narran profusas historias sobre guerras entre reyes de diferentes credos. Pródigas son las que relatan luchas entre reyes de una misma confesión. Menos, las que narran rencillas entre linajes y ricos hombres que sirven a un mismo rey. Pero esas luchas existían. Siempre habían existido y existirán. Deberían haber advertido de ellas más concienzudamente a nuestro señor».

Cabalgaron algo más de una legua, dejando atrás Sopuerta y, al oeste, el camino que llevaba a Avellaneda, donde se hacían las Juntas de la comarca, hasta que divisaron una casa torre a medio edificar. El solar pertenecía a la poderosa estirpe de Ochoa García de Loizaga, del bando *gambuino*. De Muñatones, atraído por esa visión, se desvió de la ruta y, al paso, llegaron hasta donde la espesura aún les permitía mantenerse ocultos a la vista. Diego Pérez sabía que de ser descubiertos habría lucha, ya que él y los suyos formaban parte del bando rival de los *Oñez*.

En ese lugar había un gran trasiego de mulateros, canteros y menestrales. Nada fuera de lo común. Pero entre los que allí moraban y se afanaban en su labor, diferenció a alguien desconocido. Era un hombre bien ataviado, de porte refinado y ademanes cortesanos. Vestía una especie de garnacha muy amplia de color añil que le caía hasta los tobillos y, bajo ella, una túnica púrpura que solo se advertía en su cuello y antebrazos. Sobre los hombros, llevaba un pequeño manto de pelo negro bordado con otra piel de color gris blanquecino. Cerca de él había un rocín castaño de magnífica raza y cuidado pelaje. Ese hombre no era uno de los Loizaga, y ni siquiera parecía vizcaíno. Podía ser un ricohombre del rey, o un vasallo de su merino mayor, Garcilaso de la Vega. Tal vez llegaba tarde y ese hombre hacía tiempo que había cobrado su presa, o tal vez aguardaba a que otros se la entregaran una vez dadas las órdenes oportunas. Fuere como fuese, no debía delatar su presencia allí, pues él era solo un viejo, y a su servicio contaba con cuatro escuderos, leales y esforzados, pero aún inexpertos en la lid. Debían partir. Alejarse de allí. Pero algo en su interior le impedía retirarse, por lo que volvió a escrutar al intruso con más detenimiento. Puede que fuera un maestre traído para erigir la casa torre. O puede que fuera el mismo Alvar Núñez de Osorio, otro de los privados reales en quien don Alfonso más confiaba. Sí, eso cobraba mayor sentido. Un maestre, por muy notable que fuera, seguramente andaría en mula. Diego Pérez descabalgó y extendió la mano, mandando que le entregaran una ballesta. El criado que tenía más próximo le dio el arma que llevaba sujeta a la espalda, junto con una flecha que sacó del carcaj que asomaba de la alforja de su montura. De Muñatones apoyó la ballesta en el suelo, metió un pie en el estribo

de hierro y tensó la cuerda con ambas manos hasta que quedó sujeta en la uña. Después, colocó la saeta y se arrodilló de nuevo tras el arbusto, dejando que asomara solo la punta. Hacía tiempo que no empuñaba una ballesta, y la distancia hasta ese blanco era exagerada. Con suerte, si hubiera una hueste de cien peones, alcanzaría a alguno al azar, pero acertar a un solo hombre, por muy inmóvil que permaneciera, era casi imposible a no ser que la mano de algún santo guiara la flecha. El hidalgo respiró hondamente, intentando apoyar el arma en las ramas para dotarse de más estabilidad y que ni su pulso la hiciera tambalear lo más mínimo. Pero las ramas y hojas tras las que se ocultaba solo dificultaban más esa tarea. Al cabo de unos minutos, y tras valorar de nuevo la situación, desistió de intentar matar a aquel extraño. Retiró la saeta y destensó la cuerda, entregando la ballesta de nuevo al escudero, gruñendo para sus adentros una maldición por el propósito fallido y el valioso tiempo desperdiciado.

Retrocedieron con cautela y montaron de nuevo, espoleando y fustigando a los caballos, que pagaron en parte la frustración del viejo caballero. Diego Pérez procuraba que su mente no volviera a desbocarse, apaciguándola con buenos pensamientos, y tanto se afaná en ellos, que casi le hicieron olvidar que debían adentrarse en el bosque para atajar tiempo y terreno. Pronunció una maldición y ordenó volver sobre sus pasos, dejando el camino y penetrando en la floresta, como si fueran malhechores o encartados. Siguiendo el cauce de un riachuelo cercado por árboles cuyas ramas les permitían ocultarse en parte, llegaron a la parroquia de San Martín de Carral, desde donde continuaron por el sendero de Avellaneda, población de la que tan solo les separaba media legua. Retomado el camino, galoparon con celeridad y brío. Las bestias, a pesar de mostrarse agotadas, parecían saber de la premura que acuciaba a sus amos, respondiendo sin queja a cada golpe de fusta o picada de espuelas.

Al llegar a Avellaneda, hicieron un nuevo y necesario alto. Los escuderos dieron cebada y agua a los caballos y compraron fruta, mientras Diego Pérez preguntó a los vecinos por un recién llegado que se dirigía a donde los Loizaga y que con toda probabilidad habría pasado por allí. Los labradores no supieron responderle, hablando de unos que vieron hace una semana o de otros que fueron en dirección opuesta el mes pasado. Con mal disimulado malestar y peor fingida indiferencia por no haber podido obtener la información deseada, el viejo caballero se despidió de ellos, ordenando a sus criados partirse de allí. Con el auxilio de Dios, y si no acontecía ninguna desdicha, al atardecer alcanzarían su ansiado y temido destino: Balmaseda, la villa más antigua del señorío de Vizcaya.

De nuevo en el camino, el rutinario repicar de las herraduras en la tierra pedregosa, junto con la implacable sensación de soledad, volvieron a ser caldo de cultivo para los malos pensamientos. «Eres un necio —



comenzó a escuchar De Muñatones en su mente—. Más necio que la bestia que montas. Estás atravesando las Encartaciones, valles y concejos de familias rivales con tan solo cuatro criados. Cualquier banderizo podría intentar daros muerte. Eres solo un viejo, y ni tu nombre ni ilustre casta te servirán de salvaguarda ante lo que, sabes, está por llegar». Y sintió de nuevo el peso del mandato que él mismo se había encomendado. Un mandato y juramento en el que hacía descansar el futuro de toda esa tierra y de casi todos los hombres y mujeres que conocía.

Por fortuna para él, los caballos no dudaban ni tenían malos augurios y, así, embotado y acechado por sus cuitas y sin ser apenas consciente del trecho recorrido, divisó, al ocaso, Balmaseda.

Diego Pérez ordenó desmontar para simular calma ante los vecinos y moradores del lugar. Pero allí no reinaba la calma, o si la había, era la más tensa y falsa jamás vista. A un lado del puente de madera de esa villa, que era sobre el río Cadagua, el mismo que debían cruzar, cinco hombres armados con lanzas y dagas se mantenían inmóviles, como si un guarda invisible les impidiera el paso. Al caballero y sus escuderos les sorprendió que no miraban hacia el valle, sino hacia la misma villa, como esperando que alguien saliera de ella. Un rayo recorrió el cielo ya oscurecido, al tiempo que comenzó a llover con fuerza, pero eso no disuadió de sus intenciones a aquellos hombres, ni los movió a buscar refugio. Diego Pérez temía saber lo que ocurría. Era un desafío. Aguardaban a algunos de Balmaseda para saldar deudas o cobrar venganza por una afrenta, celada o muerte sufrida por ellos o alguno de sus parientes. El puente estaba cerrado.

«Dios no podía ser tan cruel», pensó De Muñatones. Mirando a los presentes, pudo distinguir un rostro y nombre familiar. Era Sancho Díaz de Leguizamón, si sus ojos y memoria no le fallaban; un mozo de dieciséis años que había sufrido, en su corta vida, más que muchos que le doblaban la edad. Al poco de desatada la tormenta, salieron de la villa siete hombres, igualmente armados con una ballesta, dagas, mazas y dos lanzas. Eran del linaje de los Martiartu. «¿Hasta cuándo se profesarían odio aquellas dos familias? —dijo para sí—. ¿Deberían extinguirse hasta el último de sus descendientes para que esa tierra pudiera ver el final de sus rencillas? ¿Osarán luchar sabiendo a quiénes acogía Balmaseda?... Sí... Dios puede ser aún más cruel».

Una vez estuvieron frente a frente los doce hombres, entablaron conversación en medio del puente, y lo que parecía un trivial cruce de palabras, antesala de un nuevo derramamiento de sangre sobre una tierra ya emponzoñada, se convirtió en un bálsamo para Diego Pérez y los suyos, pues los cinco desafiantes, con Sancho Díaz a la cabeza, retrocedieron lentamente, sin dar la espalda a los Martiartu, emplazándose, sin duda, para otra ocasión y lugar más propicios. Según parecía, las

personas a las que Diego Pérez había ido a buscar seguían a salvo allí, pues solo la presencia de aquellas habría logrado persuadir a los Leguizamón de perpetrar una nueva matanza. Y Dios demostró entonces ser compasivo y omnipotente, obrando lo más parecido a un milagro que el caballero había visto en su añeja vida.

Despejado el puente, y conscientes del tiempo perdido, entraron los cinco al trote en la villa. Las calles estaban desiertas, pues todos los vecinos habían buscado amparo de la repentina tormenta. Solo el tronar y repiqueteo de las gotas de lluvia cubría el sordo impacto de los cascos de los caballos en la tierra mojada, deteniéndose las bestias merced a un fuerte tirón de bridas junto la casa de Juan Ortiz de Balmaseda, el que fuera prestamero del Señorío, asesinado hacía seis años en una disputa en Llodio por Juan Sánchez de Salcedo, señor del valle de Ayala.

El viejo caballero descabalgó ante el umbral del portón, comenzando su corazón a latir con fuerza. Había pensado mucho en lo que debía decir, pero no en cómo decirlo. No solo portaba consigo trágicas nuevas, también un importante cometido que no podía llevarse a fin con violencia, sino de buen grado. Golpeó varias veces la puerta, salpicándose con las gotas que empapaban la madera. El postigo tardó en abrirse unos segundos que al hijodalgo le parecieron una eternidad, asomando el rostro de un sirviente, iluminado por el débil brillo de una vela. Este, tras preguntar quién iba en medio de aquella noche tempestuosa y no creer la respuesta recibida, pidió a los inoportunos viajeros que se aproximaran a la luz. Diego Pérez se acercó al hueco de la puerta, mostrando que decía verdad. Un rostro que denotaba su no muy buen talante. El criado no quiso tentar a la suerte y no requirió que el resto hicieran lo propio. Después de todo, aquel era en verdad el notable caballero que decía ser, y nadie que supusiera un peligro podía ir en su compañía. Se oyó la llave girar en el cerrojo y el portón se entreabrió. De Muñatones lo empujó con brusquedad, abriéndolo por completo. Sin dar tiempo al criado para disculparse, le ordenó que llevara los caballos a los corrales y procurara acomodo a sus escuderos. El sirviente obedeció presto, mandando a un mozo de cuadra que se ocupara de los rocines e invitando al señor a pasar al salón. Diego Pérez se despojó del manto empapado, sacudió el tabardo e intentó secarse con los guantes el cabello y la barba. Pero ni el porte más galante que pudiera ostentar iba a endulzar sus palabras ni a mitigar el sufrimiento que provocarían.

No podría hacer comprender fácilmente a las personas que aguardaban en esa casa, que el hecho de que el señor de Vizcaya, don Juan Díaz de Haro “el Tuerto”, hubiera acudido a la invitación del rey don Alfonso para comer con él en sus posadas de la villa de Toro, fuera el mayor y último error que cometería en su vida.

## Capítulo II

De Muñatones aguardaba de pie con la mirada perdida en el fuego que crepitaba en el hogar. La cautivadora danza de las llamas que le alumbraban no solo secaba la humedad de su piel y ropajes, también parecía haber embaucado su mente. Acercó las manos a los leños ardientes y se las frotó. Eran manos callosas y huesudas, pero recias. Manos que aún podían servir a su señor, los derechos de las mujeres y a los pobres y más débiles, como dictaba su condición de caballero. Echó otro madero al fuego y removió lentamente, con un hierro, troncos y rescoldos. El súbito resplandor de un rayo iluminó el interior del salón y la villa toda, pero ni siquiera el cercano estruendo que le acompañó consiguió perturbar a esa figura. La puerta de la estancia se abrió y, a ella, reticente, entró una mujer.

—¿Diego...? —preguntó doña Teresa de la Sierra, una dama de edad algo menor que la del hidalgo, aún hermosa y de conocido orgullo y entendimiento.

—Sí, Teresa. Soy yo —respondió el viejo caballero, apartándose de la lumbre.

—Esposo mío, ¿qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido?

Ambos se tomaron por los brazos, reconociendo doña Teresa, en los ojos de su marido, una mirada familiar, testigo de grandes males, que auguraba otros no menores.

—¿Y doña María? —inquirió De Muñatones.

—En la capilla, orando. Es muy pequeña de edad y aún le atemorizan las tormentas. —El hidalgo desvió la mirada, como si sus ojos pudieran atravesar las paredes hasta llegar a la manceba—. Diego, te lo suplico, hálame. Pues sé que solo una gran desgracia ha podido traerte a Balmaseda, de esta guisa y en mitad de la noche.

De Muñatones respiró profundamente antes de decir lo que había ido a confesar.

—Ha ocurrido algo terrible, Teresa... Nuestro señor, el conde don Juan... ha muerto.

El viejo caballero sintió como si un rayo, mayor que los que descargaban sobre los campos, recorriera el cuerpo de su esposa, quedando paralizada por unos instantes, para después flaquear. La dama comenzó a llorar, debiendo cuidar Diego Pérez de sostenerla para que no se desplomara, acompañando su caída suavemente hasta dejarla sentada en el suelo.

—¿Cómo ha ocurrido? —balbuceó ella, procurando recuperar la compostura—. ¿Quién le ha dado muerte?

—Fue muerto por orden del mismo rey don Alfonso.

Esas palabras estremecieron a la mujer más que la nueva misma. Se había perdido una vida, y miles de almas corrían el riesgo de ser sometidas.

—No puedes decir verdad...

—Me conoces bien, mi dueña. Ahora y siempre te he dado testimonio de verdad, y todo cuanto te diré aquí, es fiel reflejo de lo que ha acontecido.

—Háblame entonces, mi buen Diego, no como a una mujer que debe decir a una niña a la que quiere como si fuera su propia hija, que ha quedado huérfana.

—Y yo, Teresa, te hablaré, no con la vergüenza que siente un vasallo por no haber sabido prevenir a su señor del peligro que lo acechaba, ni proteger su vida de los enemigos...

El viejo hidalgo ayudó a su esposa a alzarse, llevándola a una silla junto a la chimenea. Dos criados, por mandato que les había dado la dama antes de reunirse con su marido, entraron en el salón portando una jarra de agua, otra de sidra, vasos y una bandeja con pan, tocino, manzanas, castañas, nueces y otros frutos. Tras dejar las viandas en la mesa, se retiraron. De Muñatones se sirvió un vaso de agua y dio otro a su esposa. Tomó asiento y miró el fuego, como esperando ver en las llamas los sucesos ocurridos para poder relatarlos mejor. Un nuevo resplandor iluminó la sala, seguido de un trueno que resonó más lejano y tardíamente que el anterior.

—Encontrándose nuestro señor en las Cortes de Valladolid del pasado año —comenzó a hablar el hidalgo, como absorto—, supo que el rey don Alfonso había nombrado, como privados para su Consejo, a Garcilaso de la Vega y a Alvar Núñez de Osorio. Sabes que esos hombres habían sido enemigos suyos tiempo atrás, y también de don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel; y era sabedor de que, aún, a buen seguro, continuaban queriéndolo mal, no deseándole sino el mayor de los castigos. Se partieron entonces ambos de la ciudad, yendo a Cigales, pactando avenencia mutua para mejor defenderse. Sellaron esa postura acordando que nuestro difunto señor, al ser viudo, casara con la hija de don Juan Manuel, doña Constanza, que cuenta diez años de edad. Pero el rey don Alfonso sabe que, en el corazón de todo hombre, prende con mayor o menor fuerza la llama de la avaricia, y para desbaratar esa amistad, dio su palabra a don Juan Manuel, de que él mismo casaría con doña Constanza. Me han asegurado que le ofreció además el Adelantamiento de la frontera, la tenencia del alcázar de Cuenca y los castillos de Huete y Lora. ¿Quién se habría negado ante la visión de su hija convertida en reina?... Nadie, cuando entre esa merced solo se interpone el honor y la palabra dada; bienes tan baladís y quebradizos hoy en día como estos leños que nos alumbran... Don

Juan, nuestro difunto señor, sin duda quedó agraviado y consternado por esa traición, aunque no mostró enojo alguno, siguiendo al servicio del rey, ostentando su cargo de alférez mayor. Pero el pasado mes de junio se llegó a Aragón, donde su rey, don Jaime II, le ofreció la mano de su nieta doña Blanca de Castilla, y, en garantía de ese acuerdo, se le dieron a don Juan la villa de Viana y la Peña, así como los castillos de Belamazán y Peñaranda. —De Muñatones hizo una pausa para tomar un trago de agua—. En Calatayud se concertó entregar a doña Blanca a doña María Díaz, la madre de nuestro difunto señor, cuando cumpliera diez años. Durante dos años la tendría bajo su tutela, hasta que, llegada a la edad de doce años, se consumaría el matrimonio. —Fue ahora doña Teresa quien bebió de su vaso, entendiendo que había sido ese hecho el desencadenante de la muerte del conde—. Esto, sin duda, inquietó sobremanera a don Alfonso. Nuestro difunto señor ya era poderoso en los reinos de Castilla y León, y por tener Vizcaya. Ahora, el matrimonio con doña Blanca de Castilla, que tiene muchas villas, castillos y lugares fuertes, la mayoría en la frontera con Aragón, haría de él un rival aún más temible. —Diego Pérez se levantó, fue a la mesa y tomó la jarra de agua. Llenó el vaso de ella y luego el suyo, volviendo a sentarse—. Algunos dicen que don Juan se había confabulado con el rey don Jaime para hacer guerra a don Alfonso, y que pudieran los aragoneses cobrar gran parte del reino castellano, llevando además a Castilla a don Alfonso de la Cerda, y tomarle como rey, usurpando el trono, con ayuda de malhechores. Quién sabe las infamias y mentiras que habrán corrido por la Corte y con las que se habrá envenenado la mente de don Alfonso para consentir ese crimen.

—¿Y don Alfonso no buscó interceder para que don Juan regresara a su servicio? —preguntó doña Teresa. Una cuestión ya sin importancia.

—Sí. Me han dicho que don Alfonso intentó asosegar a su servicio a don Juan, holgando con él en sus posadas de Burgos, haciéndole gran honra y merced, dándole tierras y rentas mucho mayores de las que tenía. Pero don Juan Manuel, su antiguo aliado, receloso de él, consiguió enemistarlos de nuevo, diciendo a nuestro señor que don Alfonso deseaba ir contra él, logrando que se marchara desavenido de su lado.

—Oh, Señor —exclamó doña Teresa, cubriéndose la cara con las manos.

—Tras no poder reconciliar posturas, encontrándose el rey don Alfonso en la villa de Toro, envió sus mensajeros a nuestro difunto señor, con quienes le envió a decir que quería enderezar su hacienda para ir a la frontera, a la guerra contra los moros, y que tenía por bien que fuese con él. Y que sobre esto había de acordar con él algunas cosas que le eran menester, rogándole y mandándole que fuese a Toro. Don Alfonso mandó también a los mensajeros que le dijese que, si él le pidiera merced para que le diese a la infanta doña Leonor, su hermana, en casamiento,

que él lo haría por asosegarle en su servicio. —Doña Teresa comprendió que, si la promesa del matrimonio de don Juan con doña Blanca de Castilla había sido la razón que selló su sentencia de muerte, aquella otra promesa fue la que hizo posible que se ejecutara. La llama de la avaricia había prendido con fuerza una vez más—. Don Juan aseguró que casaría con ella, pero envió a decir al monarca que, mientras Garcilaso de la Vega estuviese en su Casa, no iría, pues sabía y tenía por cierto que le buscaría el mayor daño que pudiese. El soberano respondió, diciendo que enviaría a Garcilaso lejos de él y, para que todo aquello se pudiera librar, así como don Juan quería, le rogó que fuera a Bélver, un castillo y villa que don Juan tenía a cuatro leguas de allí, a donde enviaría a sus mensajeros, con quienes le aseguraría eso y otras cosas que tenía por bien. Don Juan dijo que le placía ir a Bélver y, una vez allí, encontró a Alvar Núñez de Osorio, de quien nunca debería haberse fiado tanto. Este habló con don Juan, diciéndole que fuera donde el rey y que no diese de sí tan gran mengua, ya que no parecía razonable que hombre de tan gran solar como él, que era hijo del infante don Juan y nieto del conde don Lope Díaz, señor de Vizcaya y de otras muchas villas y castillos que tenía en el Reino, dejase de ir a casa del rey por recelo de Garcilaso, pues sabía que don Juan tenía por vasallos, caballeros tan buenos y tan poderosos como De la Vega. Alvar Núñez le aseguró además que, si Garcilaso u otro alguno le quisiera deservir, que él mismo sería en su ayuda y en su servicio. —Diego Pérez apuró su vaso hasta la última gota antes de finalizar el relato—. Nuestro difunto señor dijo que no tenía miedo a Garcilaso, sino que recelaba de que hubiera puesto al rey en talante de que le mandara hacer algún mal, pero que ponía su cabeza en manos de Alvar Núñez, y que hiciera de ella lo que quisiera. Sobre estas palabras, De Osorio besó la mano a don Juan y se tornó su vasallo, jurando y prometiendo que, si alguno o algunos quisieran ser contra él y hacerle algún mal, que antes le cortarían su cabeza, que permitir que don Juan recibiera algún enojo. Y sobre esta seguridad fueron ambos a Toro, saliendo el rey a su encuentro fuera de la villa, yendo juntos a su posada. Don Alfonso tenía ya muy gran voluntad de matar a nuestro señor, pero aguardó y mandó que fuera otro día a comer con él. Puede que ese gesto afable hiciera a nuestro señor confiarse, ya que, a los pocos días, al entrar de nuevo en Toro, el rey mandó que lo mataran. —Doña Teresa volvió a estremecerse al recrear en su mente esa escena—. Y junto con nuestro señor murieron dos caballeros que, al igual que yo, eran vasallos suyos. Sus nombres eran Garci Fernández de Sarmiento y Lope Aznárez de Hermosilla, siendo apresado también Juan Álvarez de Osorio. Esto ocurrió el último día de octubre, víspera de Todos los Santos.

La del linaje de los De la Sierra parecía no poder, o no querer creer lo que tan profusamente acababa de ser narrado.

—¿Y así le dio muerte? —susurró ella—. ¿Sin juicio ni sentencia?

—La sentencia se dictó después de asesinado don Juan. Al poco de cometerse el crimen, don Alfonso se sentó en un escaño y habló a todos los que con él estaban, diciendo que don Juan andaba en su deservicio por alzarse en el Reino contra él, teniendo hablas con algunos sobre su desheredamiento y por las posturas que envió para poner contra él, con los reyes de Aragón y de Portugal. Por eso y por muchas otras cosas que contó, dijo que don Juan era caído en caso de traición, y que, por tanto, por traidor lo había juzgado —finalizó el viejo caballero, con pesar.

Oír la palabra «traidor», trajo a la memoria de doña Teresa oscuros y enterrados demonios a los que creía muertos para nunca volver. Y comprendió, como había comprendido su marido, que había sido una necea. Que también había estado ciega.

—No sientas vergüenza, mi buen Diego, pues nada podías haber hecho desde esta tierra lejana, ni, mucho menos, combatir la misma naturaleza y mezquina condición humana.

—Nuestro señor ha muerto a pesar de sus fundadas desconfianzas; de los juramentos de lealtad de Alvar Núñez, que tiene en su poder toda la Casa y Hacienda del rey; a pesar de la palabra dada por el mismo soberano... ¿Así se trata a un traidor? —se preguntó, más para sí mismo que a la dama—. ¿Besando uno su mano y compartiendo mesa y pan el otro en las posadas?... Así emboscan los banderizos; así matan en celadas los comunes. Nadie que obre de tal modo tiene derecho a llamar a su víctima... traidor.

—Ni derecho ni vergüenza, pero sí poder —dijo doña Teresa.

—Y temo que muerto nuestro señor, y con don Juan Manuel de parte del rey, nada impida a don Alfonso tomar todas las más de ochenta villas y lugares fuertes de los Haro en Castilla. Puede que incluso la misma Vizcaya se halle en peligro. —De Muñatones se levantó y tomó la jarra, vaciándola al llenar el vaso de su esposa y después el suyo—. Por eso mismo, Teresa, he venido con tanta premura. Debemos poner a salvo a doña María lejos del alcance de don Alfonso. Ella es la única y legítima heredera de todas las posesiones de sus difuntos padres.

—¿Pides que huya de Vizcaya?

Por primera vez en tiempo, vio Diego Pérez en los ojos de su mujer esa llama que tan bien conocía.

—Teresa... doña María no cuenta más de seis años de edad. El rey don Alfonso podría tomarla en su custodia y casarla a voluntad... o en el peor de los casos...

De Muñatones hizo una pausa, que fue rota al poco por su esposa.

—Don Alfonso no se atrevería a tal cosa...

—No podemos permitirnos confiar en la cordura ni misericordia de ese rey; no, cuando apenas cumplida la mayoría de edad da la muerte

con tanta ligereza... no, con los hombres que tiene por privados en su Consejo. —El hidalgo esperaba respuesta de la dama, pero en vez de eso, solo hubo silencio—. Antes de partir de nuestra casa, mandé a Diego y a Ochoa a Portugaleta para que pertrecharan un navío. Debemos llevar a doña María a Bayona, que es señorío del rey de Inglaterra. Ambos velaremos por ella hasta que se halle a buen recaudo.

Doña Teresa no quería creer aquellas razones, pero, en lo más profundo de su ser, sabía que era lo correcto.

—María es una doncella impúber y cándida —dijo ella, con pesar—. No sabe nada de los placeres ni pesares de este mundo. Nunca ha visto más allá de Vizcaya, ni lo que la bondad o impiedad de los hombres puede deparar... Pero estás en lo cierto, esposo mío. Mucho me maravillaría si el rey don Alfonso no se hubiera partido ya de Toro, con el fin de tomar para la Corona todos los lugares que nuestro difunto señor don Juan tenía y, ahora, a doña María pertenecen.

—Pongámonos en marcha, entonces.

—No. Debes descansar. Y yo, ir con ella... para darle... no la seguridad que merece; no, las heredades que le corresponden por derecho; no, haciendo que sea bien casada como exige su dignidad; sino lo único que estoy en condición de ofrecerle. Algo que, ruego, le sea más valioso cuando sea mujer de edad, que la mayor de las huestes armadas.

—Seguiré tu consejo. Me retiro ahora. Estaré presto para partir al amanecer junto a nuestros escuderos.

—Ora por nosotras y reposa, mi buen Diego, y libera tu conciencia de la culpa, pues nunca un señor se vio tan cumplidamente servido y pagado por un vasallo, como doña María lo está de ti.

—Mi dueña —dijo De Muñatones, abandonando el salón.

Doña Teresa bebió lentamente de su vaso, mirando las llamas con profunda consternación.

Pasada la tormenta, la joven descendiente del linaje de los Haro dormía de nuevo con placidez, ajena a los males que sacudían sus dominios y se cernían sobre sus súbditos y sobre ella misma.

La puerta de la estancia se abrió con un leve chirrido de las bisagras y maderos. Ese sonido, junto con la luz de un candelabro de varias velas, despertaron a la manceba y a sus dos sirvientas que, por petición de la del linaje de los Haro, dormían junto a ella por si la tormenta regresaba.

—¿Aya, eres tú? —preguntó doña María, adormecida.

—Sí, María... Oneka, Juana... dejadnos —mandó a las criadas, que abandonaron raudas el lugar.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien? —preguntó doña María, percibiendo algo extraño en la conducta de la dama.



—Oh, mi dulce niña, ¿cómo no encontrarme bien en tu presencia? —dijo doña Teresa, dejando el candelabro en una mesa y sentándose junto a ella.

—¿En verdad estás bien? Pareces haber llorado... —insistió la manceba, inquieta, pues la desolación invadía a doña Teresa una vez hubo abandonado a su esposo. Una angustia que no era fácil de disimular, y menos, ante la escrutadora mirada de una niña—. Aya, dime, ¿qué ha ocurrido?

—Oh, María —gimió la dueña, abrazándola—. Lamento mucho decirte que tu padre... ha muerto.

—¿Qué?... ¿Qué dices? ¡No puede ser cierto! —exclamó la manceba, aferrándose a su aya, rompiendo a llorar.

—Lo siento mucho, mi niña. Quedarte huérfana a tan corta edad, cuando hace poco más de un año que tu madre nos dejó... Habría dado mi vida cien veces por evitarlo...

—¿Cómo ha muerto? —preguntó la hija del difunto don Juan, entre sollozos—. ¿Se ha apresado a los culpables?

—María... atiende lo que voy a confiarte: Tu padre no ha sido muerto por malhechores ni gentes del común, sino por el mismo rey don Alfonso.

—¿El rey ha matado a mi padre? —balbuceó trémula y de forma casi ininteligible.

—Así es, María. Ha puesto fin a su vida. Y, ahora que no puede defenderse, proclama graves calumnias y mentiras contra su honra. Es por ello que debes partirte de Vizcaya. A esta casa ha llegado un buen caballero, Diego Pérez de Muñatones, tu vasallo, al que reconocerás por ser mi esposo. Nosotros te pondremos a salvo en Gascuña, allí donde la ira del rey don Alfonso no podrá alcanzarte.

—¡Pero yo no quiero partirme de Vizcaya! ¡¿Y qué será de mi abuela?! ¡Ella es la única familia que ahora me queda!

La manceba seguía afligida, pero habló con una compostura y firmeza digna de su condición.

—Tu abuela se halla a salvo recluida en el monasterio de Perales. No temas nada por ella.

—Pero... yo... —musitó la manceba, agachando la cabeza.

—Eres una Díaz de Haro, María —la interrumpió doña Teresa—. En una época que se rigiera por el honor, la lealtad y el temor de Dios, tú permanecerías a salvo aquí y, llegado el día, serías bien casada y tomada por señora de Vizcaya... y yo te llamaría «doña María Díaz II de Haro»... Pero no hemos nacido en ese tiempo, y no hallamos esos bienes salvo en muy escasos y honrosos ejemplos. —La dueña tomó con ambas manos la cara empapada en llanto de la niña, alzándola para hablarle mirándole a los ojos—. Me gustaría darte tanto... Tus padres, a los que Dios perdone, se han ido, debiéndote tanto... Te debemos mucho y no puedo darte

apenas nada. Y ni siquiera el inmenso amor que siento por ti es rival para los males que por tu apellido van a perseguirte... Solo puedo ofrecerte dolor.... Solo puedo contarte la verdad de quién eres, e implorar para que esa verdad te dé fuerzas, y guíe, para que algún día puedas enmendar la afrenta que ha supuesto la ignominiosa muerte de tu padre y cumplir tu destino como señora de Vizcaya.

—Todo lo que tengas a bien decirme, yo lo escucharé, aya.

Doña Teresa se acostó en el lecho, mirando ambas la luz de las velas.

—Has aprendido muchas cosas, María, y eres manceba bien entendida para tu edad. Sabes de las cosas espirituales y corporales; de los diez mandamientos que Dios dio en la ley y de los siete pecados mortales; de los cuatro elementos y los siete planetas; de lógica y de retórica; y de las mismas bestias que pueblan la tierra y las aves que surcan los cielos. Pero no sabes nada de tu estirpe ni de la tierra que has de heredar, a pesar de que en ella descansan hombres y mujeres dignos de ser recordados por siempre tanto por sus fortalezas como por sus debilidades. Así por sus buenas obras como por las malas.

—¿Vas a recitarme un cantar de gesta? —preguntó doña María, con un atisbo de ilusión.

—No, María. Los cantares son poemas épicos. Parte, recuerdo deforme de lo contado entre gentes ebrias y vulgares; y parte, invención de trovadores osados y enardecidos que ni fueron testigos de lo que hablan. Pero comprendo que a una moza de tu edad le atraigan esas obras. La que voy a narrarte es una historia real; una historia descarnada de lucha, traición y avaricia, pero también de tenacidad y esperanza; una historia que habla de los mismos males que padecemos hoy, pero que, a diferencia de las que puedas conocer, esta historia la protagonizó una niña de pocos más años que tú. Una niña que, a diferencia de ti, no estaba destinada a gobernar en Vizcaya ni a soportar tan grandes pesares. Una niña que, al igual que tú, respondía al nombre de doña María.

—Parece un cantar de gesta —musitó para sí misma la moza.

—«Hija de don Lope Díaz III de Haro, octavo señor de Vizcaya, y de doña Juana Alfonso de Molina, prima del rey don Alfonso X de Castilla y León, doña María, que así se llama la protagonista de esta historia, como hemos dicho, nació en torno al año del Señor de mil doscientos setenta y tres.

Aunque me gustaría, poco puedo contarte de su infancia, pues poco es lo que en verdad sé, pero de seguro, sería apacible y dichosa, alejada de todos los perversos propósitos y conjuras que se urdían en derredor suyo. Sus años de mocedad bascularían entre su educación como dama y el conocimiento de los deberes y responsabilidades que le atañerían como esposa, pues Vizcaya debía ser heredada por su hermano, don Diego López de Haro, que sería el cuarto de su nombre en regir el

Señorío. La vida de doña María y de su hermano don Diego, como las de todos los hijos de reyes, grandes y ricos hombres, fueron trazadas desde su nacimiento por su padre, don Lope, como un maestro que esboza los planos de una catedral... Más le habría valido a él medir sabiamente sus propios pasos. A falta de poder hablarte en este tiempo de doña María, te hablaré de los hombres que la rodeaban y sus intrigas. ¿Hasta dónde remontarme para que comprendas el origen de tantas desdichas sin que el sueño se apodere de ti?... Comenzaré en el ocaso del reinado de don Alfonso X. Este monarca fue llamado *el Sabio*, por el gran placer que le producía el estudio de las ciencias y la contemplación de las artes, ya fueran promovidas por cristianos, judíos o musulmanes. No las primeras, pero sí las mayores disputas de su regencia se debieron, como ocurre hasta en la casa más humilde y entre los miembros de las familias mejor avenidas, por una herencia; en este caso, su corona. Muerto el primogénito de don Alfonso, don Fernando de la Cerda, fue otro de sus hijos, don Sancho, que se había destacado en la lucha contra los moros, quien se postuló como su sucesor frente al primogénito de su finado hermano, a la sazón su propio sobrino, también llamado, al igual que el padre, don Fernando de la Cerda. Pero no te hablaré de todo lo que aconteció entonces, pues para eso están las crónicas. Tan solo te diré que el padre de doña María, don Lope Díaz de Haro, apoyó en todo al infante don Sancho para que sucediera al rey don Alfonso, el cual, incluso redactó en su testamento y como última voluntad, que quien debía reinar, era su nieto mayor, don Fernando de la Cerda. ¿Y por qué don Lope se mostró tan contumaz para que don Sancho reinara? Este apoyo no fue desinteresado, como casi ninguna acción de las que te hablaré. Primeramente, porque don Sancho había prometido colmarlo de honras y mercedes si le apoyaba ante los grandes, ricos hombres y magnates de Castilla para llegar al trono, celebrando además esponsales con Guillerma de Montcada, hija del cuñado de don Lope, el poderoso vizconde Gastón de Bearn. Y, seguidamente, porque don Fernando de la Cerda y su hermano, don Alfonso, exiliados por aquel entonces en Francia, contaban con la tutela y el apoyo del mayor rival de don Lope, don Juan Núñez I de Lara. Sí. don Juan Núñez de Lara, cuyo apellido te ruego que recuerdes como si fuera el tuyo propio, juró al infante don Fernando de la Cerda, hermano de don Sancho, antes de que muriera, que apoyaría siempre los derechos sucesorios de su hijo.

Los reinos se hallaban, pues, divididos de la peor manera que podría concebirse. Don Lope Díaz de Haro apoyaba al infante don Sancho y, don Juan Núñez de Lara, a los De la Cerda. Las dos casas más poderosas, similares en categoría, enfrentadas por dos aspirantes semejantes en dignidad; sustentada la demanda de uno en el derecho castellano, la

del otro, en el romano ¿Cómo se puede en tamaño escenario, soñar, no solo con alcanzar una paz plena, sino ni tan siquiera unas migajas de sosiego? Finalmente, el infante don Sancho no casó con doña Guillerma y, como compensación y para fortalecer su alianza con los Haro, el hijo del rey don Alfonso y don Lope Díaz celebraron dos matrimonios. El aspirante a rey casó con doña María de Molina, cuñada de don Lope; y don Diego López, hermano de don Lope, fue casado con la infanta doña Violante, hermana del propio don Sancho.

Pero no quiero abrumarte con todo este saber. Recuerda que, esta, como cualquier otra valiosa lección, no es necesario que la memorices al pie de la letra, solo que la comprendas. Bien, a diferencia de lo que podrías imaginar, el enlace real no trajo júbilo ni quietud. Al contrario, las bodas del infante don Sancho con doña María de Molina pusieron gran escándalo en la Corte, entre el vulgo y en la misma persona del rey don Alfonso, pues los consortes eran tía y sobrino, por lo que esa unión no contó con el necesario beneplácito del Papa, diciéndose de ellos que habían cometido nupcias incestuosas e infamia pública, siendo excomulgados y todos sus hijos considerados ilegítimos.

Sea como fuere, el año del Señor de mil doscientos ochenta y cuatro, entre riñas y desavenencias, pues para muchos nunca sería monarca legítimo, don Sancho fue entronizado rey a la muerte de su padre, convirtiéndose en el soberano de Castilla y León, don Sancho IV.

Te contaré ahora, para que sepas cómo se libran en el mundo según qué hechos, un pequeño pero clarificador suceso que acaeció en el tiempo en el que don Lope se había apoderado mucho del rey, habiendo malquerencias y resquemor entre algunos de sus privados por ello. Un hecho nimio pero real, que no puede alejarse más de los narrados en tus apreciados e idílicos cantares de gesta.

Siendo el año del Señor de mil doscientos ochenta y cinco, y estando el rey don Sancho en San Fagún, que es en la ciudad de Burgos, andaba un día fuera de la villa con el infante don Juan, su hermano; don Lope Díaz; el conde don Álvaro; don Ferran Pérez Ponce y muchos otros ricos-hombres y caballeros. Llegó entonces a ellos, a lomos de una mula, Esteban Núñez Churruchano, que era merino mayor del rey en tierra de León y de Asturias, y hombre próximo a don Lope, el cual habló al monarca de la siguiente manera:

—Mi señor. Don Ferran Pérez Ponce, que está aquí ante vos, os embarga la justicia en toda Asturias y me ha tomado los presos que yo traía en vuestra cadena. Así que yo, que soy vuestro merino, no puedo cumplir lo que me mandáis, ni hacer justicia con derecho, por él.

Aunque el rey mostró gran pesar por lo que acababa de oír, quien habló en su lugar, fue un caballero asturiano, vasallo de Pérez Ponce, llamado Juan Martínez Negrita.

—Me maravillo mucho de cómo osáis hablar contra don Ferran Pérez tales cosas como estas...

Don Sancho, tras mandar callar a Juan Martínez por esas palabras tan bravas, tomó la vara de un montero que estaba junto a él y comenzó a darle grandes palos. Lo golpeó sañudamente, hasta que el caballero asturiano cayó muerto a sus pies.

—¡Así haré con todos aquellos que embarguen mi justicia y fuesen contra ella o contra mis merinos que la han de hacer en la tierra! —gritó el soberano.

Quiso el rey que la infamante visión del cuerpo apaleado y ensangrentado del vasallo de Ferran Pérez, sirviera de escarmiento a cualquier otro que en adelante pudiera atreverse a cuestionar su autoridad o desafiarlo en modo alguno.

Baste este suceso para que entiendas cómo se conducen en el mundo algunos hombres, más parecidos a bestias que acaban a dentelladas con los rivales más débiles y marcan su territorio con orines, que como personas con razón y buen seso.

Esa noche, dos miembros del linaje de los Haro cenaban en una posada cerca del monasterio de las Huelgas.

—Come, Diego —dijo don Lope Díaz—, y abandona ese semblante. No es la primera vez que ves matar. Hasta mi hijo ha sido ya testigo de ello.

—Pero no de esta forma, Lope —respondió su hermano, don Diego López—. Nunca antes había visto a un rey dar la muerte sin juicio a uno de sus súbditos por simples palabras. Por su propia mano y en presencia de tantos.

—Por eso lo ha hecho. Ha escarmentado y golpeado a Ferran Pérez en la testa de su caballero. Infeliz asturiano... Creía seguir en algún cerro de sus montañas.

—¿Pero decía verdad?

—¿Quién? —preguntó con desidia don Lope, mirando su plato, antes de llenarse la boca con otra cucharada.

—Esteban Núñez, al quejarse de que le usurpaban la justicia.

—¿Y qué importa eso? No cuenta lo que tomes del rey, sino lo que deposites en el otro plato de la balanza como compensación. Ferran Pérez me quiere mal, y yo soy mucho más valioso para el rey que él. Don Sancho sabe que no tiene devotos aliados. Nadie le sigue ciegamente, ni siquiera los de su misma sangre.

—¿Crees que ha llegado el momento de obrar con más cautela?

—No —respondió don Lope, sirviéndose más guiso del puchero y poniendo otro tanto en el plato de su hermano—, ha llegado el momento de ser más audaces.

—¿De qué hablas?

—Come —insistió—. He sabido que don Pedro Álvarez, el mayordomo del rey, ha muerto en Valladolid. Saldré mañana para esa ciudad y reclamaré para mí el oficio ahora vacante, junto con el de alférez y el título de conde.

—¿Reclamar...?

—Y para ti, mi querido hermano —le interrumpió—, y como fiel vasallo del rey que eres, tanto como yo, pediré el Adelantamiento de la frontera.

—¿Yo? ¿adelantado mayor? —Don Lope volvió sus ojos al plato, sin atender la incredulidad de su hermano—. Óyeme... el Mayordomazgo y la Alferecía son los oficios de mayor categoría de la Corte. ¿Qué depositarás en el otro plato de la balanza a cambio de semejantes mercedes?

Don Lope masticó algo más despacio, meditando la respuesta.

—Me aseguraré de que los caballeros reciban las soldadas debidas, haciendo que la tierra viva en paz y sosiego. Además, acrecentaré el Tesoro Real cada año y serviré bien y lealmente a don Sancho en la guerra que tenga contra cualquier reino, ya sea Aragón, Portugal o Granada.

—¿Y crees que don Sancho aceptará?

—¿Qué otra elección tiene? Esos títulos y oficios son lo único con lo que puede retenerme a su lado... o la balanza podría amenazar con vencerse en su contra —aseveró don Lope, alzando su copa y bebiendo de ella.

El monarca castellano concedió al del linaje de los Haro todo lo que ambicionaba, dándole además una llave de la Cancillería de sus sellos. Como mayordomo, don Lope regiría la Hacienda de Castilla y León, controlaría la recaudación de impuestos y a los contadores mayores, administrando el patrimonio de la Casa del rey; y como alférez, mandaría a la Guardia Real y acaudillaría el ejército, siendo la mano derecha del soberano en la guerra y máxima autoridad militar en ausencia de este. Sobre esas demandas hicieron el rey y don Lope Díaz pleitos y posturas por cartas.

—Que el rey no os tirará ninguno de estos oficios —hablaba Esteban Pérez Florián, el guarda del rey, a don Lope, que sonreía complacido, flanqueado por varios familiares y caballeros—, ni la tierra que de él tenéis ni ninguna cosa de ella, ni a vos ni a vuestro hijo, don Diego y, si lo hiciese, que perdiese todos los castillos de Castilla que el rey os ha dado en rehenes y que fuesen vuestros por heredad. A cambio, vos y vuestro hijo, conde, serviréis para siempre al rey y al infante don Fernando, su primogénito y heredero y, nunca, de hecho, ni por ningún consejo, iréis contra ellos ni contra ninguno de ellos y, si lo hicierais, el rey os podrá matar, y podrá tomar para sí, Vizcaya y todos los otros heredamientos que vos tenéis, perdiéndolos vos y vuestro hijo don Diego para siempre, teniéndolos el rey y el infante don Fernando, su hijo, por herencia para siempre.

Don Lope miraba fijamente al guarda del rey, y no apartó de él sus ojos hasta que el escribano hubo terminado de redactar lo que acababa de ser dicho. Se levantó el del linaje de los Haro y releyó brevemente la carta, más para exasperar a Pérez Florián que por dudas de lo allí escrito. Tomó una barra de lacre rojo y la puso sobre la llama de una vela, haciendo que goteara la cera al final del texto, imprimiendo después su sello. Aguardó unos instantes y se apartó para que su hijo, don Diego, hiciera lo propio. El joven enrolló después el pliego, entregándoselo al oficial del rey.

Pocas veces he visto tamaña arrogancia y sinrazón. ¿Cómo pudo firmar don Lope entregar su vida y, además, Vizcaya, como si fuera un yugo de bueyes? Aún hoy me cuesta creer que se acordaran tales cosas.

Esas cartas fueron selladas también por el rey don Sancho, siendo publicadas ante todos en las casas del monarca, que son cerca de Santa María Magdalena de Valladolid. Y allí, un miércoles, primer día de enero del año del Señor de mil doscientos ochenta y siete, hizo el rey a don Lope Díaz, conde, y dio el Adelantamiento de la frontera a su hermano, don Diego López. Solo puedo imaginar una ínfima parte de la complacencia que ambos hermanos debieron sentir. Y aún quedaban más dones por otorgarse. De hecho, el más importante. Sí. Me hubiera gustado hablarte de la infancia de doña María, de sus anhelos y aspiraciones, si es que se le permitió tener alguno que no fuera cumplir la voluntad de su padre; pero su historia, como ocurre con las de la mayoría de las mujeres, comenzó a escribirse el día de su matrimonio.

En la catedral de Santa María de Toledo, rodeados de mujeres apuestamente ataviadas con briales de vivos colores que contrastaban con la sobriedad de sus tocados blancos; y hombres vestidos con largas y amplias garnachas de mangas abiertas y acampanadas, se hallaban la hija del, ahora, conde don Lope, doña María Díaz de Haro, y el hermano del rey don Sancho, el infante don Juan de Castilla.

Qué orgullo debía sentir el conde. Tal y como el que cruza a su mejor yegua con un codiciado semental. Casaba a su hija con el hermano del rey. Un rey incestuoso, excomulgado e ilegítimo, al igual que toda su descendencia. No como el infante don Juan ni como la que pudiera alumbrar con su hija. Qué orgullo, y qué embriaguez. Pero esos días, la dicha se encontraba también en la familia real, pues acababa de ser acrecentada con la llegada al mundo del tercer hijo del rey don Sancho. Buenas nuevas por las que el conde don Lope no tardó en agasajar falazmente al soberano.

—Mi señor —dijo al rey el del linaje de los Haro, una vez terminada la ceremonia—. Mi enhorabuena por la gracia que Dios os ha mostrado al concederos otro hijo varón.

—Don Lope —respondió el monarca—, no dudo de que tendrá en vos un vasallo que le será tan leal como lo sois a mí.

Don Lope saludó esa respuesta irónica con una reverencia y mueca de conformidad, marchando el soberano tras la comitiva nupcial. Pero una mujer no seguía a los recién casados. Era la reina doña María de Molina, que miraba con recelo a su cuñado, el conde, por lo mucho que, sabía, mandaba en su esposo. Don Lope era ya temible por tener Vizcaya, uno de los mayores solares de España, y multitud de villas y bastiones en Castilla; ahora, junto a su nuevo yerno, el infante don Juan, poderoso en el reino de León; y su hermano don Diego, como adelantado mayor, sabía que don Sancho no podría huir de su consejo ni poder para todo lo que él quisiera.

—Ha bautizado al infante con el nombre de Alfonso —dijo don Diego a su pariente.

—Lo sé, hermano. Cubre a su stirpe con un velo de magnificencia para intentar ocultar la verdad y que todos la olvidemos. Ha puesto a su hijo el nombre de su padre, el mismo que lo repudió con su último aliento. Pero nada de lo que pueda engendrar su semilla en el vientre de doña María gobernará en paz. La sangre de sus hijos, doña Isabel, don Fernando, y ahora la de don Alfonso, es sucia, al igual que la será la de todos los que han de llegar.

—¿Y con qué audacia actuaremos ahora?

Don Lope no necesitó meditar mucho la contestación que, seguro, llevaba días tramando.

—La reina doña María tiene un ama que cría a la infanta doña Isabel, llamada María Fernández. He sabido que goza de su total confianza y amistad. Hablaré al rey y le pediré que la eche de su lado. Yo ocuparé su lugar como su tutor.

—Ten cuidado, Lope. Podrías romper la cadena de la balanza si la tensas demasiado.

—La reina doña María nos quiere mal. Debemos ejercer cuanto más influjo nos sea posible en su casa y en lo que ella más ama —aseveró don Lope, acompañando con la mirada a su hija y su nuevo yerno, mientras abandonaban la catedral entre los parabienes del gentío que se había congregado.

En esa noche invernal, se diría que en Toledo reinaba una gran paz. Pero frente a la gélida temperatura y quietud de los campos, en las posadas y casas nobles ardían mentes y corazones.

—¿Echar a María? —habló indignada la reina.

—Esa es su petición —respondió don Sancho, a solas con ella en su cámara.

—Esposo. Señor. Sé bien que todas estas cosas que don Lope y sus privados hacen y os demandan, es para procurarnos mal a nosotros y a



nuestros hijos. Ruego a Dios para que veáis el engaño en el que el conde y todos los suyos os tienen, que ahora no podéis ni imaginar.

—¡Basta! —espetó irritado el soberano—. María se partirá mañana a Toro.

Don Sancho se acostó, sin dedicar más tiempo a esa discusión. Pero la reina sí continuó hablando a su lado, casi al oído, como si las mismas palabras pronunciadas con un tono más leve de voz, fueran a irritar menos su regio ánimo.

—Oíd lo que os digo, y si no me escucháis a mí, atended a vuestros ricoshombres y caballeros cuando os ayuntéis con ellos en Burgos en el mes de abril. Ellos os dirán que el ordenamiento que el conde don Lope hace es a gran pro solo de sí mismo; a gran daño de todos ellos y a gran menguamiento vuestro y de vuestro señorío.

Y el monarca, aguijoneado por esas palabras, no pudo cerrar los ojos ni conciliar el sueño durante buena parte de la noche.

La primavera llegó a Castilla, pero no con ella las buenas obras ni propósitos.

El rey don Sancho y una comitiva de caballeros armados, escuderos, sirvientes y hombres de mulas, se dirigían de León a Astorga, pues don Martino, el obispo de esa villa, que era privado del monarca, le había pedido por merced que, como tenía que cantar misa, fuera allí a hacerle honra.

Pero la mente del soberano no estaba en el camino. Solo recordaba las palabras dichas hacía pocas jornadas en Burgos por los grandes de sus reinos, que, como había vaticinado su esposa, eran de pesar y lamentación. Su guarda, Esteban Pérez Florián y tantos otros, le habían hablado de todos los alborotos que había contra él. De cómo don Alvar Núñez, hijo de don Juan Núñez de Lara, se había ido al reino de Portugal, al servicio del infante don Alfonso de Portugal, cuyos castillos que él tenía en la frontera del reino de León, hacían guerra a su tierra. Su mente estaba ocupada en esos hechos, cuando, en la lejanía, vio aproximarse una gran pieza de hombres. Los ballesteros y lanceros a caballo se adelantaron, yendo al encuentro de esa hueste. De regreso junto a su señor, dijeron al monarca que los que llegaban, eran su hermano, el infante don Juan, acompañado de los ricoshombres y caballeros de León y Galicia, que estaban ayuntados con él.

En otro tiempo, en otra vida, la noticia del encuentro con su hermano habría supuesto alegría, pero por aquel entonces, don Sancho ya no sabía en quién confiar y, menos aún, si ese alguien era de su misma sangre.

—Señor —habló el infante don Juan, una vez estuvo frente a su hermano—, estos hombres buenos que aquí vienen os piden por merced que

oigáis algunas cosas por las que los agraviasteis y que tengáis por bien que os las muestren para que se las podáis deshacer.

—Otro día será, en Astorga —respondió el monarca, que sintió disgusto al ver llegar a las gentes de esa mesnada tan alborotadas, no como se acude ante señor natural, sino como quien va en busca del enemigo—. Pues el día de San Juan he de oír misa nueva del obispo, y allí podréis decirme cuanto queráis, que yo os oiré.

Con esta respuesta se partieron el infante y su compañía. Y el rey, recelando de su propio hermano, invocó el juramento de lealtad que el conde don Lope le había hecho, enviándole a decir lo ocurrido y mandando que se llegara a Astorga con cuanta gente pudiese.

El día de San Juan, estando el rey don Sancho coronado en la iglesia de Santa María de Astorga, y el obispo don Martino revestido para decir la misa, llegó a la puerta de la villa el infante don Juan con todos los mismos ricoshombres y gentes que ya habían importunado al soberano en el camino, entrando en el templo un vasallo del infante, el cual, dijo al rey:

—Señor, os pido por merced que salgáis fuera para que os digamos aquellas cosas que os tenemos que decir.

—No puedo —respondió el monarca—. Estoy en mi fiesta. Pero mando al obispo que así revestido como está, vaya a vosotros, y, de mi parte digo, que lo que a mí me queráis decir, se lo digáis a él, que tanto cumplirá como si me lo dijeseis a mí. Y en cuanto sepa cuáles son las cosas que demandáis, las libraré como deba.

Así se hizo. Don Martino salió de la villa, y una vez oídas sus razones, el infante don Juan y los suyos le entregaron una lista de agravios.

Esa noche, el rey don Sancho reposaba en las casas del obispo, tomando un caldo de carne a pequeñas y parsimoniosas cucharadas. A falta de poder aquietar el ánimo ni a sus súbditos, al menos aquella sopa humeante que sorbía con fruición reconfortaba su cuerpo. Cuando le quedaba poco menos de la mitad del plato, don Martino entró en la estancia.

—Salud y gracia, don Sancho —saludó el clérigo, tomando asiento frente a él.

—Salud, don Martino. Habladme de las demandas de los caballeros que han llegado con mi hermano, el infante.

—Señor, aquí se contienen los agravios referidos —dijo el obispo, sacando un manuscrito—. Primero, que las cuantías de los que os sirven y las merecen bien, son menguadas por el conde don Lope. Y, además, que aquel a quien distéis poder para hacer ese ordenamiento, los echa de sus tierras a ellos, que tan bien os sirven, los cuales vienen de aquellos que también os sirvieron muy bien, a vos y a los reyes de quienes vos venís.

Y que ni el conde ni ningún otro los ha de librar ni ordenar ninguna cosa de sus haciendas, pidiéndooos por merced que esto se lo queráis deshacer, y que, de aquí en adelante, ni el conde ni ningún otro les libre ninguna cosa de sus haciendas si no son vuestros oficiales y los hombres de crianza, así como lo hicieran los otros reyes de donde vos venís. Pues tienen por seguro que el libramiento del conde es en muy gran menguamiento de vuestro Señorío y a muy gran deservicio vuestro, y que ellos no lo quieren en ninguna manera, y que antes se irán fuera de la tierra y catarán consejo de otra manera, que sufrir esto.

El monarca no había dejado de remover la sopa que le quedaba mientras escuchaba las demandas. Se enfrentaba a una revuelta y a desertiones masivas si no restaba poder al conde don Lope. Pero sabía y temía, que enfrentarse, o tan solo desairar al del linaje de los Haro, podría suponer el final de su reinado.

—Antes de llegar a Astorga —contestó el rey, absorto— vi a mi hermano y a esa gran hueste de caballeros y ricos hombres, y, temeroso de sus intenciones, hice llamar al conde para que protegiera mi vida... Ahora, ellos me dicen que recelan de él. Y yo no puedo dar ni quitar razón a ninguna de las dos partes...

—Don Sancho —habló con cercanía y confianza el obispo—, el consejo del conde don Lope no es bueno y lo suyo no es guardado como debe. Las demandas que os hacen estos ricos hombres son con razón y aguisadas. Si no se las otorgáis por recelo que tenéis de perder al conde, es porque está muy apoderado de vos.

El rey sonrió levemente.

—Habláis como la reina, don Martino.

—La reina, vuestra esposa, es una mujer de gran entendimiento, y siempre proveerá y querrá lo mejor para vos y vuestros hijos, los infantes... Mi señor... ¿recordáis las demandas que tuvisteis con el conde tiempo atrás y pedisteis que yo las librara? Me enviasteis cartas con vuestro judío, don Abraham.

—Lo recuerdo...

—El conde don Lope mandó igualmente a otro judío, que dicen, Samuel de Belorado. Yo estudié lo contenido en ambas cartas y resolví que debía daros la razón a vos. Lo que no sabéis es que el judío del conde debió hablarle muchas malas palabras, metiéndole saña contra mí, porque al poco de zanjar la cuestión, don Lope irrumpió en la casa del abad de Oña, donde yo posaba, y muy airado me dijo, que se maravillaba por no sacarme el alma del cuerpo a espoladas. —El rey mostró sorpresa a la par que indignación por aquello—. Yo respondí con estoicidad, que estaba allí por vuestro mandato, y que me debía servir como a vos mismo, y que podía decir lo que quisiera. Tras eso, don Lope hizo amago de atacarme, y si no hubiera sido por Pedro Díaz y Nuño Díaz de

Castañeda, dos ricoshombres que iban con él, sin duda habría sufrido algo más que injurias. Como podéis imaginar, finqué muy mal denostado por esto, y desde entonces tengo miedo y recelo del conde.

—Creedme, obispo, que me pesa muy de corazón la deshonra que don Lope os ha hecho —confesó consternado don Sancho.

—Mi denuesto es ejemplo de todas las deshonras que sufren vuestros prelados y oficiales solo por guardar vuestro servicio... Ruego para que, de aquí en adelante, veáis estos sucesos con más claridad.

—Aunque me pese, reconozco que he estado cegado y entiendo cuan mal he hecho en apoderar tanto a don Lope. Os pido, don Martino, que me aconsejéis como actuar de aquí en adelante.

—Don Sancho —respondió el obispo, muy complacido por este mandato—, estos hechos son tan grandes y de tal naturaleza, que no podéis cobrar vuestro poder como rey y señor sin muchedumbre de gentes. Os aconsejo que pugnéis de asegarlo, atrayendo para vos a don Álvaro Núñez de Lara, que es el mayor rival de los Haro en Castilla. Llevad con vos cuantos caballeros y hombres podáis encontrar en toda la tierra que estén por vos, que ellos os seguirán muy de buena mente, porque quieren mal al conde por razón de estos ordenamientos que ha hecho contra ellos.

—Así actuaré, pero el conde no es quien más me preocupa, sino mi propio hermano. Don Lope solo aspira a estar próximo a mi corona. Él sabe que nunca podrá reinar. Es mi hermano, don Juan, quien desea con ardor ceñirla.

—Ocupaos primero del conde don Lope, que vuestro hermano seguirá sus pasos. Ahora ¿qué debo decir al infante como respuesta a estos agravios?

—Decidle que don Lope no tardará en llegar, y que es mi voluntad que resuelvan de una vez por todas este hecho.

El obispo asintió, levantándose y despidiéndose con una reverencia.

Para sorpresa de pocos, el conde y su yerno, el infante, y los ricoshombres de León y Galicia, llegaron a un acuerdo, y el rey les concedió a aquellos las demandas que le pidieron. De nuevo asesegados, acudieron a presencia del monarca cuando fueron llamados a Toro, tanto el conde don Lope como el infante don Juan, junto con toda la clerecía y privados de su Consejo. Ayuntados en esa villa zamorana, el monarca les dijo que tenía por hacer dos pleitesías, una de concordia y otra de guerra. Una con el rey de Francia, don Felipe IV; la otra, con don Alfonso III, rey de Aragón, y que le aconsejasen cuáles de estas dos tomar.

—Aveníos con el rey de Aragón, señor —dijeron tanto el conde don Lope como el infante don Juan y los suyos.

—Aveníos con el rey de Francia, majestad —manifestó su esposa, la reina doña María.

—Con el rey de Francia, don Sancho —secundó la propuesta el arzobispo de Toledo.

—¡Con Francia! ¡Con Francia! —gritaron a coro todos los ricoshombres.

Estando el pleito en ese acuerdo, los privados del rey, que eran amigos del conde, aconsejaron al monarca que siguiese lo que don Lope quería, y los privados que eran contra ellos, dijeron al rey, que mejor consejo era el que daban la reina, el arzobispo de Toledo y los prelados y grandes de la tierra. Don Sancho, atendiendo ambos consejos, creyó que era más sano el que proponía la reina que el del conde, aceptando aliarse con Francia. Y al conde le pesó y mucho ese desaire. Ante todo, porque sus mayores rivales, don Juan Núñez de Lara y su hermano, don Nuño González, moraban en el reino de Francia, y colmados de agasajos por su rey, Felipe “el Hermoso”, del cual eran vasallos, podrían, tal vez, regresar pujantes a Castilla si esa alianza se confirmaba.

Aquella noche, tanto el conde como el infante salieron de la villa de Toro despagados del rey y presos de la ira, yéndose a Valencia. Cuando don Sancho lo supo, comenzó a buscar la forma de ir contra ellos, con no menor odio, pero de la manera más disimulada posible para que no sospecharan nada.

Pasada la Pascua, el rey don Sancho recibió cartas diciendo que el infante don Juan, su hermano, había ordenado correr Salamanca desde Ledesma, y a Diego López de Campos, que saqueara Ciudad Rodrigo y atacara su castillo. Se le dijo también que el conde don Lope se encontraba con muy grandes caballeros y muchas compañías de peones en Santa María de Villasirga, a poco más de una legua de donde él posaba.

Esos hombres, sus propios parientes, habían causado graves daños y males en su tierra y villas, por lo que el monarca fue al encuentro del conde. Don Lope salió al camino para recibirle con cortesía, como si nada hubiera ocurrido desde la última ocasión en la que estuvieron cara a cara. Una vez hubieron entrado en la villa y rezado sus oraciones en la iglesia, llevó don Sancho a don Lope aparte, al claustro, acompañados ambos por sus privados. El soberano le mostró las cartas enviadas por los de sus ciudades, las cuales habían sido saqueadas por el infante don Juan y por López de Campos, como hemos dicho, hablándole con dureza.

—Os ruego que os pese y los expulséis de vuestro lado, por ser vos quien sois —exhortó el rey—, y por el lugar que en mi Corte tenéis, pues aquellos son mis vasallos y en mis villas habéis entrado y salido, y hecho guerra y paz, y mandado robar y correr mi tierra.

—Señor —respondió el conde—, si el infante don Juan hace alguna cosa, es todo por mi mandato, y todo lo que vos tuviereis por bien, así se hará.

Pero ese soberano no era el mismo de antaño, y no le plugo ni esa ni cualquier otra respuesta que el conde hubiera podido dar.

—No me cumple andar con vosotros en esto. No merecéis ni al infante don Juan ni a mí.

—Señor, enviaré a por el infante don Juan para que se avenga con vos. Al tiempo, yo mismo dejaré estas maneras que he tomado y confirmaremos los pleitos...

—Me place, y es mi deseo que vengáis los dos para asosegarme con ambos.

—Pero para esto, señor, es menester que nos enmendéis lo que nos hicisteis en Toro, en razón del consejo que os dimos para que os avinieis con el rey de Aragón.

—Quiero hacerlo si con esto guardáis mi honra y mi servicio. Tengo por bien que vayamos a Alfaro a asosegar allí estas posturas.

Y don Lope saludó esas palabras con una reverencia.

A ocho días contados del mes de junio del año del Señor de mil doscientos ochenta y ocho, llegaron a Alfaro el conde don Lope Díaz de Haro; su primo, Diego López de Campos; y su yerno, el infante don Juan.

Se vieron con el monarca castellano fuera de la villa, hablando muy bien y con cordialidad, y, después de comer y de dormir la siesta, fueron a las casas del rey.

Se encontraban en distendida conversación, por el conde don Lope Díaz, los susodichos infante don Juan y Diego López de Campos; y, por el rey, don Alfonso, hermano de la reina; don Juan Alfonso de Haro; Gonzalo López de Manzanedo y otros ricos hombres y caballeros. Allí estaban también don Gonzalo, arzobispo de Toledo, el abad de Valencia, los obispos de Palencia, Calahorra, Osma y Tuy, y el deán de Sevilla, que, como notario mayor del rey en Castilla, tenía sus sellos.

Estando todos pues en habla sobre el consejo de cuál de las alianzas debía sellarse, si con el rey de Francia o con el de Aragón, don Sancho sintió la llamada de la bestia.

—Fincad vos aquí —dijo el rey, levantándose—, que luego volveré a vosotros para que me digáis lo que habéis acordado.

El monarca salió fuera, donde esperaban su guarda mayor, Esteban Pérez Florián y Ruy Pérez de Sotomayor, al que recientemente había hecho ricohombre y dado pendón y caldera, símbolos de distinción entre la nobleza castellana.

—Nunca yo tal tiempo ni ocasión he tenido como ahora para vengarme de estos que tanto mal me han hecho y en tanto mal me andan —susurró el rey—. Nuestra gente es mucha más que la suya, ¿no es cierto?

—Cierto es, mi señor —afirmó Pérez Florián.

La bestia había sido liberada. Don Sancho tornó a donde sus señores y clerecía dialogaban, parándose en la puerta, sin entrar a la sala, y les preguntó:

—¿Habéis ya acordado?

—Sí, entrad, señor —respondió el conde don Lope—, y os lo diremos.

—Raudo lo habéis acordado, y yo, con otro acuerdo vengo, y es que vos fincaréis aquí, conmigo, hasta que me deis mis castillos.

—¿Presos? ¿Cómo? ¡A la mierda! ¡Oh, los míos! —gritó el conde don Lope, haciendo llamamiento a sus leales, levantándose y abalanzándose contra el rey con su cuchillo sacado y el brazo en alto—. ¡Los míos!

El infante don Juan tomó también su puñal, e hirió a Gonzalo Gómez de Manzanedo y a Sancho Martínez de Leiva, que lo sufrieron sin defenderse, por ser el infante, hijo de rey. Las gentes que guardaban al monarca, sus ballesteros y caballeros, viendo que don Lope iba contra su señor, salieron a su encuentro, interponiéndose entre ambos. Uno le dio al conde con su espada en el brazo, cortándole la mano, que cayó en tierra con el cuchillo aún sujeto. Luego le golpearon con una maza en la cabeza, desplomándose muerto en el suelo. Fue entonces el rey contra Diego López de Campos, primo del conde.

—Diego López —dijo el monarca—, ¿qué merecéis vos, que hicisteis correrías y saqueos en Ciudad Rodrigo, siendo mi vasallo?

De Campos no supo responder ninguna razón. Don Sancho tomó entonces una espada y le golpeó con ella en la cabeza tres veces, matándolo en el acto.

La reina, que dormía, se despertó al oír la refriega. Alarmada por lo que le parecieron gritos desgarrados, se dirigió por un pasillo en dirección a la sala, recorriéndolo con premura. Lo que vio al entrar, la espantó como nunca nada antes. A la izquierda, junto a su esposo y sus caballeros, había dos cuerpos con la cabeza aplastada, irreconocibles, tendidos en sendos charcos de sangre. A su derecha estaban los prelados, que se mantenían juntos en un rincón. Frente a ella, su cuñado, acorralado por varios ballesteros.

—¡No, por Dios! —gritó ella, yendo a donde el infante don Juan, protegiéndolo con su propio cuerpo—. ¡Señor! ¡No matéis a vuestro hermano, el infante!

Esa intermediación templó la sangre de don Sancho, pues estaba dispuesto a poner fin a la vida de su propio hermano sin vacilar.

—¡Prendedlo! —ordenó el monarca, cediendo a la súplica de su esposa—. Ponedlo en hierros y llevadlo al castillo de Burgos.

La bestia había sido enjaulada de nuevo... o tal vez no.

Antes de que la nueva de la muerte del conde se extendiera por sus reinos, don Sancho en persona o sus caballeros en su nombre, comenzaron a apoderarse de los lugares del difunto don Lope. Tras caer Calahorra, Logroño y Nájera, el soberano puso cerco a la villa de Haro, a la que combatió con ingenios de guerra.

—Mi señor —dijo Ruy Pérez de Sotomayor al rey, en aquel sitio—, los vuestros de Treviño han tomado el castillo.

—Me placen mucho esas nuevas, mi buen Ruy Pérez —contestó satisfecho don Sancho.

El rey se deleitaba tanto con las nuevas y cartas recibidas de sus privados, como con la visión de los ingenios que castigaban con grandes piedras la muralla de la villa. Sus ballesteros respondían con saetas a los que les hostigaban desde las almenas, mientras los peones tendían escalas con las que trepar los muros. Un ariete embestía la puerta de Santa Bárbara, al tiempo que, desde la torre del mismo nombre, los de Haro arrojaban piedras, lanzas, teas y cuanto podían reunir, sobre los que empujaban el tronco.

—La puerta no tardará en ceder, mi señor —advirtió De Sotomayor.

—Y sé que dentro hay muy buenos caballeros leales a la memoria del conde —respondió el monarca.

—Cuanto mayor el esfuerzo, mayor será vuestra gloria, majestad —dijo De Sotomayor, cubriéndose con su yelmo.

A no mucho tardar, como había vaticinado don Sancho, el portón cedió, penetrando su hueste en la villa tal que una riada. Los de Haro pugnaron muy duramente y se defendieron con loable esfuerzo y pundonor, pero tan grande fue el combate y tan desiguales las fuerzas, que no pudieron sufrirlo, cobrando la plaza el rey.

A mediodía, don Sancho penetró las murallas derruidas de la villa, ahora devastada y sembrada de cadáveres. La bestia caminaba con pies de hombre entre calles y muros ensangrentados. Y su sed aún estaba lejos de aplacarse.

En Navarra, una compañía de caballeros custodiaba un carro en el que viajaban dos mujeres junto con dos de sus criados. La mayor, era doña Juana Alfonso de Molina, viuda del difunto conde don Lope. La menor, una manceba de apenas edad cumplida, la protagonista de nuestra historia: doña María Díaz de Haro.

Ambas vestían paños negros de luto y en sus manos reposaban sendos rosarios. El rostro de doña Juana se mantenía oculto por un velo. Las cuentas de aquellas cadenas no paraban de moverse entre sus dedos, al son de unos labios apenas perceptibles que susurraban oraciones apenas audibles.

El camino pedregoso por el que transitaban movía ligeramente el carro, y, con él, a aquellas efigies negras, siendo lo único que permitía diferenciarlas de unas estatuas de piedra.

Tras la subida de una cuesta de un quinto de legua, se detuvieron, abriendo la puerta del carromato uno de los caballeros que encabezaban la marcha.

—Hemos llegado, mi señora —dijo a doña Juana.

—Salgamos —ordenó la viuda del conde, descubriéndose la cara.



Tanto los escuderos como doña María bajaron del carro, siguiendo a la dueña. Ante ellos, en lo más alto de una colina de roca desnuda, vieron una torre rodeada por una muralla almenada. A la joven doña María le pareció una atalaya inexpugnable y amenazadora. A los pies de la colina les aguardaban tres mozos, dos ballesteros, y los que parecían un matrimonio de avanzada edad.

—Doña Juana —habló aquí la anciana, con angustia, abrazándola.

—Mis condolencias, doña Juana —saludó el varón.

—Don Garci. Doña Toda —respondió la viuda del conde don Lope—, ella es mi hija, doña María Díaz. Os confío su custodia para que la protejáis como yo lo haría.

—Con nuestra vida y hacienda, doña Juana —aseveró el anciano.

—Os juro que lo haremos —confirmó doña Toda las palabras de su esposo, sin poder disimular la amargura que sentía.

—María —dijo doña Juana, arrodillándose ante la manceba—, permanecerás aquí con las buenas gentes de este lugar. Doña Toda cuidará de ti como tu aya, y sus caballeros te guardarán.

—¿Y a dónde irás tú, madre? —preguntó inquieta doña María.

—A Santo Domingo de la Calzada. Allí se encuentra la reina, y el rey no posará muy lejos. Quiero escuchar de sus propias bocas la verdad de lo acaecido a tu padre, y todo sobre aquello que tengan que decir, que nos atañe.

—Pero, madre...

—No temas por mí, María. Lo que voy a hacer de aquí en adelante es lo que me concierne por linaje y en salvaguarda de todo lo que os corresponde a tu hermano Diego y a ti.

Doña Juana Alfonso se despidió de su hija, con un sutil pero sentido abrazo, dejando en manos de sus nuevos custodios a la manceba para que la llevaran a la fortaleza.

—¡Madre! —gritó doña María, volviendo la vista atrás, la cual, era retenida, más que acompañada, por los hidalgos y por aquellos desconocidos ancianos y sus criados.

—Se fuerte, María —susurró doña Juana, volviendo a cubrirse con el velo.

La viuda del conde don Lope tardó poco más de cinco jornadas en llegar a Santo Domingo, saliendo a recibirla a la plaza de la iglesia la reina doña María.

—Doña Juana —dijo la consorte real.

—Señora... hermana.

—Olvida las formalidades, Juana —pidió doña María, abrazándola sutilmente. Gesto que no fue correspondido por la de su sangre—. Te doy mi pésame por tu pérdida. El rey, mi esposo, se halla en Haro.

Escribiré cartas hablándole de tu llegada y le pediré por merced que venga aquí.

—¿En Haro? —repitió incrédula doña Juana. El rostro de doña María perdió todo rastro de dulzura, mostrando preocupación por lo que, sin pretenderlo, acababa de confesar—. ¿Y qué ha ido a buscar allí?

—Ya puedes suponerlo, Juana...

—Tiempo os ha faltado para tomar los lugares que eran de mi esposo y ahora a mi hijo pertenecen.

—Con la trágica muerte del conde nos enfrentábamos a una revuelta. Debíamos erradicar cualquier atisbo de resistencia antes de que prendiera.

—Con su asesinato, querrás decir.

—Tu esposo intentó matar al mío. A su rey —reprochó con serenidad doña María.

Doña Juana sabía que debía reprimir su lengua y mantener el ánimo templado. No era el momento ni el lugar para cobrar venganza.

—¿Y qué hay de los caballeros que guardaban Haro?

—Que lo guardaron... hasta el final. —Al oír eso, la viuda del conde trocó su cariz en uno de impotencia—. Sosiégate ahora, hermana. Haré que te lleven a las mejores posadas.

—Ya tengo buenas posadas, señora —contestó doña Juana, con una reverencia, retirándose.

Al ocaso, en la lejana Andalucía, buena pieza de caballeros mandados por don Diego López de Haro, hermano del difunto don Lope, galopaba entre huertos y dehesas.

En la ciudad de Carmona, desde el alcázar de la puerta de Sevilla, varios guardas dieron la voz de alarma al ver tal compañía acercarse, cerrando los portones.

—¡Los del alcázar! —gritó don Diego—. ¡Soy don Diego López de Haro, adelantado mayor de la frontera! ¡Abrid las puertas!

El alcaide y los guardas obedecieron, no sin alguna reticencia, permitiéndoles la entrada.

—Gutier —habló don Diego a uno de sus leales, una vez hubieron penetrado la cerca—, abastécenos de panes y entra el ganado que halles en los campos. Toma también las vituallas y mercaderías de todos los mulateros que encuentres. Y manda escuderos a Sevilla para que oigan y vean si el rey envía a alguien en su nombre.

—Señor —respondió el vasallo, marchando con presteza a cumplir sus órdenes.

A don Diego llegaron varios ricoshombres y clérigos de la ciudad, alertados por su precipitada entrada.

—Don Diego —dijo uno de ellos—, ¿qué os trae aquí con tantas gentes armadas?

—Tapiad la puerta de Córdoba —mandó don Diego a otro de los suyos, ignorando a los vecinos—. Pertrechad los tres alcázares, las aspilleras y las torres... y quiero hombres cada veinte pasos en el camino de ronda de la muralla.

—Pero, señor... —intervino un cura, al que don Diego no dio tiempo de acabar de hablar, marchándose.

El del linaje de los Haro penetró en el alcázar de la puerta de Sevilla, apropiándose de la llamada «torre de Oro», subiendo a ella con premura y poniendo fuerte guardia en su entrada. Solo entonces pudo serenarse. Se sirvió un vaso de vino que bebió de un trago, buscando mitigar la sed y la tensión sufridas, volviendo a llenárselo. Sus ojos se perdieron entonces en el suelo, recapacitando sobre lo que le habían contado. Intentó recrear los hechos en su mente y ninguna de las posibilidades que barajaba sobre qué podría haber desencadenado el final de su hermano, era halagüeña para él mismo. «¿Planeó el rey desde el principio la emboscada antes de verse con don Lope en Alfaro? —pensó—. ¿Se debió a un arrebato por alguna de las dos partes y la otra solamente se defendió? ¿Qué suerte correrían los castillos y villas de su difunto hermano y las propias vidas de su cuñada y sobrinos?». Por ahora, sabía que lo más sensato y prudente que podía hacer, era aguardar allí. Se acercó a una de las ventanas y bebió con más calma, saboreando el licor. Asomado desde el bastión, iluminado débilmente por la última luz del sol que ya se ocultaba, contempló el recinto amurallado y los extensos campos de cultivo y para pasto de ganado.

—Maldito estúpido —murmuró—. Te dije que acabarías rompiendo la cadena...

Mientras don Diego López se hacía fuerte en Carmona, en Santo Domingo de la Calzada, su cuñada, doña Juana, salió a recibir al rey don Sancho con los primeros rayos del alba, acompañada por la reina. Le aguardaron en mitad de la calle Mayor, en la plaza de la iglesia, rodeados de peregrinos que acudían a ese lugar para venerar las reliquias del santo que daba nombre a la ciudad.

La comitiva del monarca, encabezada por su portaestandarte y compuesta por su guarda mayor y sus mejores caballeros, lanceros y ballesteros, no hicieron esperar a las damas. Don Sancho bajó de su rocín tan pronto como las tuvo delante, y la primera a quien habló, fue a la viuda del conde don Lope.

—Doña Juana —dijo el rey.

—Señor —respondió su cuñada, con una genuflexión.

—Esposo. Señor —saludó la reina doña María.

—Entremos en la iglesia —mandó don Sancho.

Las mujeres obedecieron, siguiendo al soberano. A su paso se prostraron tanto vecinos y moradores de la ciudad como recién llegados, tal que

si fuera el mismo santo Domingo el que caminaba entre ellos. Una vez en el templo y rezadas las oraciones, se dispusieron a hablar de corazón, en ese suelo sagrado donde resultaba mayor pecado jurar en falso o verter engaños.

—Doña Juana —habló aquí el rey, con muy buen talante—, nunca Dios quisiera que mi voluntad fuera la de matar al conde, ni nunca mandé la manera en la que sucedió. Todos los que conmigo estaban sabían que yo no quería de él, sino que me diese sus castillos. Ahora os ruego que vayáis a donde vuestro hijo, don Diego, y que lo aseguéis. Decidle en mi nombre que, si me entrega los castillos, yo le guardaré su tierra y su heredad, y haré merced.

Doña Juana mantuvo el mismo rictus imperturbable que había mostrado desde el día anterior.

—Iré allá y haré cuanto pueda —respondió la viuda del conde—. ¿Y qué será de mi yerno, el infante don Juan?

—El infante, mi hermano, se halla preso en Burgos, y allí permanecerá —afirmó el monarca, sin un atisbo de remordimiento ni clemencia.

Tampoco estas palabras turbaron lo más mínimo a doña Juana.

—Perded cuidado, que yo haré que mi hijo venga a vos —dijo con extraña calma la viuda de don Lope, retirándose con una sutil reverencia.

Don Sancho y doña María vieron a aquella negra silueta alejarse, siguiendo sus pasos hasta que abandonó la iglesia.

—¿Confíaís en vuestra hermana? —preguntó él.

—Tanto como vos en el vuestro —respondió la reina.

En Carmona, don Diego López recorría el adarve de la muralla como un animal apresado. Caminaba intranquilo por el recinto, asegurándose de que las órdenes dadas para su defensa se hubieran cumplido. Se diría que contaba los pasos para asegurarse de que sus hombres estuvieran apostados como debían, asomándose de vez en cuando entre las almenas. Solo se detuvo al llegar a la puerta de Marchena, en la parte más alta de la ciudad, en cuyo mirador, cobijado del sol por un techado de maderos, estaba su hombre de mayor confianza.

—Gutier ¿se sabe algo de Sevilla? —preguntó el del linaje de los Haro.

—Nada ha llegado a oídos de los nuestros, ni nadie como voz del rey, don Diego.

—Llegarán. No serán grandes gentes ni veremos estandartes con cuarterones de castillos y leones, pero vendrán. Llegarán a mí con mantos que ocultarán armas o con buenas palabras que enmascaren sus verdaderos propósitos.

—Disculpad don Diego, pero ¿no creéis que las miras del rey don Sancho estarán puestas en el hijo de vuestro finado hermano?

—Sí, y ese será su mayor error. No sabe de la astucia ni arrojito de mi cuñada, doña Juana. Ni siquiera yo mismo alcanzo a imaginar qué estará tramando en este momento. Lo que sí sé con certeza, es que sus hijos no serán gran amenaza para el rey don Sancho, pero ella...

—Pero señor, vuestro sobrino don Diego...

—Mi sobrino es un mancebo que solo muestra afán por las mujeres. No ha heredado ninguna de las buenas o malas cualidades de sus padres. Y mi sobrina... doña María es una moza cuyo esposo no sabemos si está muerto o apresado, de modo que ahora no es nada... No, Gutier, doña Juana y yo mismo, somos la única amenaza que, seguro, temen o deberían temer en la Corte.

La noche cubría por completo la villa vizcaína de Orduña; lugar que había perdido la quietud desde la llegada del huésped más notable y, a la par, alborotador posible.

En el castillo había gran bullicio y escándalo, pero no de preparativos para la guerra. Muchos hombres y mujeres apenas cubiertos con ropas fornicaban y practicaban sodomía y otras depravaciones sobre mesas o en el mismo suelo. El vino los embriagaba y lo derramaban por jarras sobre los cuerpos de aquellos con los que compartían esa noche de desenfrenada lujuria.

Si alguien buscara al heredero al señorío de Vizcaya no le habría sido difícil hallarlo, y, menos aún, a alguien de su misma sangre.

El carro de doña Juana se detuvo al poco de llegar a la fortaleza, dándoles el alto uno de los escuderos de don Diego.

—¿Quién va ahí? Mostraros en nombre de don Diego López de Haro —dijo el criado.

Doña Juana bajó del carro, se puso frente al escudero y retiró el velo. La visión del rostro de la viuda del conde don Lope hizo palidecer al sirviente, que apenas acertó a balbucear más palabras.

—Mi señora... Vuestro hijo está...

—Sé dónde está mi hijo, Martín —habló ella con semblante y tono severo pero contenido—. Hasta un tullido privado del oír y del ver podría encontrarlo y darle muerte.

Tras decir esto, hizo ademán de entrar en el castillo, sorteando al criado, acto que impidió el mozo, interponiéndose de nuevo en su camino.

—Disculpad, mi señora, pero este no es lugar para vuestra dignidad.

—Pues haz que lo sea —mandaron los ojos enojados de doña Juana.

El escudero titubeó. Miró hacia las últimas plantas de la torre y luego volvió sus ojos a los de la dueña. Mirada que no pudo sostener, bajando la cabeza.

—Mi señora... sosegaos ahora en vuestras posadas. Yo hablaré a don Diego, y mañana, más lúcido y con el seso despierto, os verá y atenderá vuestras razones y todo lo que tengáis a bien decirle.

Doña Juana estuvo a poco de perder la calma que luchaba por mantener, pero de nuevo, comprendió que no era el momento ni el lugar de liberar su ira. Unas pocas horas no iban a cambiar el transcurso de los acontecimientos venideros.

—Asegúrate de ello, Martín —advirtió la viuda del conde.

El alba llegó demasiado tarde para doña Juana y demasiado pronto para su hijo don Diego.

El tañido de la campana de la iglesia de Santa María despertó al heredero del linaje de los Haro, resonando en sus oídos como si el mismo badajo le golpeará las paredes del cráneo. A su lado, desnuda como él, yacía una muchacha. No podría decir cómo había llegado allí desde el salón, ni quién era la que compartía su lecho. Junto con el estruendo de la campana y los cegadores rayos del sol, penetró en su aposento, Martín. El criado tenía aspecto de no haber podido dormir demasiado, pensando tanto en su encuentro con doña Juana, como en la cólera que ahora podría desatar en su señor por importunarle a hora tan temprana.

—Don Diego —habló apocado el escudero, dejando junto a la cama un balde de agua—, vuestra madre, doña Juana, ha venido esta pasada noche y os aguarda ahora en la plaza.

—¿Mi madre? —preguntó el mancebo, aún adormecido.

—Dejad que os vista —pidió el sirviente, cubriendo a su señor con un sayo.

—Aparta —dijo con desprecio don Diego, retirando al criado de un empellón—. Di a mi madre que iré con ella ahora.

El escudero agachó la cabeza y salió de la estancia.

Don Diego se desperezó e incorporó con pesadez. Tenía el cuerpo demacrado y dolorido, y su piel mostraba varias llagas y pústulas. Se lavó la cara y echó el agua por la cabeza, escupiendo flemas en el balde ya vacío. Tambaleándose, fue al retrete. Intentó orinar en la oquedad tallada en la piedra, pero en vez de alivio, esa acción parecía causarle un agudo dolor, teniendo que apoyarse en la pared para soportarlo. Buena parte del orín que a duras penas pudo expulsar, cayó fuera del agujero. Tomó después sus ropas, se cubrió con ellas y bajó a la plaza. Cuando salió de la torre, tuvo que cubrirse los ojos por el sol, mostrándose con un aspecto deplorable ante doña Juana y los caballeros e hidalgos de la villa. El mozo saludó a su madre con un sutil y desganao ademán de la cabeza. En ese momento, la mirada punzante de la mujer que lo trajo al mundo parecía poder causar más dolor que la hoja de un puñal.

—Me avergüenzas —dijo entre dientes doña Juana, encarándose con él—. Convertir el castillo de Orduña en una putería para tus orgías... Ahora eres don Diego López IV de Haro, y lo único que debería ocuparte

es vengar la muerte de tu padre y recuperar todas las heredades que don Sancho te está arrebatando mientras tú bebes y fornicas... Su cuerpo aún no se ha enfriado y, sin embargo, tú te asemejas más a un cadáver que él.

—Yo también celebro verte, madre —respondió su vástago con desdén.

Doña Juana le dedicó una última mirada de desprecio antes de hablar a la multitud de hombres de armas y escuderos que poblaban la plaza.

—¡Buenos hijosdalgo y caballeros! —gritó ella—. ¡Vasallos leales que fuisteis todos en vida del conde don Lope Díaz! ¡Don Sancho, ese rey indigno, repudiado como soberano por su padre y su matrimonio y descendencia por el mismo Papa de Roma, ha dado cruel muerte a vuestro señor! ¡Y como el carroñero que es, ahora se reparte con sus privados todo lo que, a vuestro nuevo señor, don Diego López IV de Haro, pertenece! ¡Y no satisfecho con dar muerte al conde, ha hecho apresar y encerrar a su propio hermano, el infante don Juan, esposo de mi hija, doña María Díaz! ¡Es por esta afrenta, que yo, a todos cuantos estáis aquí ayuntados, os conmino a que guardéis vuestro juramento de lealtad y vayáis contra ese rey! ¡Y que desde todos los castillos que tiene mi hijo, vuestro nuevo señor, mandéis que le hagan guerra!

Las gentes respondieron a aquella arenga con grandes vítores a la memoria del conde don Lope e injurias al rey don Sancho. Doña Juana, que también fue aclamada, se retiró junto a su primogénito y varios caballeros al interior del castillo.

Una vez tomaron asiento en torno a una mesa redonda en el salón, dos criados, por petición de don Diego, pusieron buenas viandas para el desayuno y comenzaron también a servirles sidra.

—No —dijo doña Juana, cuando uno de los sirvientes se disponía a llenar sus copas—. Es temprano, debemos estar sobrios y no con la mente embotada por la embriaguez.

El mozo que portaba la jarra vaciló ante esa orden, que finalmente obedeció, retirándose.

—Y di, madre —susurró don Diego, contrariado por no poder endulzar su boca reseca con la sidra—, ¿qué pasos daremos ahora? ¿Partiremos a por don Juan o a recuperar nuestras villas de Bureba y Rioja?

—No seas ingenuo —respondió doña Juana, partiendo con delicadeza un trozo de pan recién horneado—. Esa sería labor de peones, no del señor de Vizcaya. Si realmente queremos derrocar a don Sancho, no debemos plantar batalla abierta. Aunque nuestros hombres de armas superaran en número de diez a uno a los suyos, si iniciamos una revuelta por pura venganza, no solo se nos enfrentarían todos los caballeros que le han rendido pleito homenaje y los de las órdenes militares, también

hasta el último del común de sus aldeas y ciudades. No... solo un rey puede destronar a otro rey.

—¿Y dónde encontraremos un rey que tome partido por nuestra causa? —preguntó uno de sus vasallos.

—En Aragón —respondió confiada doña Juana.

—¿Piensas que el rey don Alfonso va a hacer guerra a don Sancho? —cuestionó don Diego—. Sus enemistades no van más allá de escaramuzas y correrías fronterizas.

—No he dicho que deba ser el rey de Aragón quien haga guerra a don Sancho, sino que allí se encuentran quienes pueden rivalizar en dignidad con él. Solo hay tres aspirantes que pueden pugnar por la corona de los reinos de Castilla y hacer frente de igual a igual al rey don Sancho. Uno de ellos es mi yerno, el infante don Juan, quien, como sabemos, se halla en prisión. Los otros dos, son los infantes don Fernando y don Alfonso de la Cerda.

Los presentes se miraron perplejos.

—Pero don Fernando y don Alfonso se hallan igualmente presos, mi señora —dijo otro hidalgo.

—Sí, mi buen Alvar, pero en Zaragoza, bajo la custodia del rey de Aragón. Debemos partirnos para esa tierra y hacer que libere a los infantes. Una vez logrado esto, tomaremos partido por uno de ellos y haremos que él, tome voz de rey, y que, de esta manera, desherede a don Sancho... Solo un rey puede combatir a otro rey... y vencer. Así podremos vengar la muerte de mi esposo y liberar de la prisión al infante don Juan.

No hizo falta decir más. La incertidumbre se trocó en confianza y aprobación, transcurriendo el resto de la velada en un ambiente de celebración y entre risas y palabras complacientes. Ese mismo día salieron de Orduña, doña Juana, su hijo don Diego, y un buen número de caballeros, rumbo a los dominios del rey de Aragón.

En Burgos, el rey don Sancho gozaba de una jornada de caza. Junto a él, departían amigablemente varios grandes del Reino y miembros de su Consejo, mientras su cazador mayor se afanaba en despiezar un ciervo, el despensero mayor elegía las mejores partes, y su camarero los proveía de vino, frutas, panes y viandas en abundancia.

A esa montería llegó exhausto el obispo de Astorga.

—Mi señor —dijo el clérigo, con fatiga, bajando de su mula.

—Don Martino —correspondió el saludo el rey, ofreciéndole asiento en el suelo a su lado, dando al tiempo un bocado a un racimo de uvas—, ¿qué habéis sabido de doña Juana Alfonso?

—Hacíais bien en desconfiar de ella, mi señor —respondió el obispo, sirviéndose vino en una copa—. He sabido por gentes que tengo en Orduña,



que cuando doña Juana llegó allí para verse con su hijo, don Diego, encontró ayuntados a muchos hijosdalgo y caballeros que eran vasallos del difunto conde don Lope. Lejos de decir palabras conciliadoras, los acució para deserviros y para que fuesen contra vos y en vuestro desheredamiento. Cuánta razón tenía el padre de la iglesia, Tertuliano, al decir que la mujer es la puerta del diablo y el primer desertor de la ley divina.

Esas nuevas enojaron sobremanera al monarca, que no pudo reprimir apretar el racimo, goteando jugo entre sus dedos.

—Son una estirpe de traidores —gruñó don Sancho.

Cuando algunos hombres cercanos a la reina oyeron decir aquello, se incomodaron, pues hablaba de la hermana de la soberana

—Confío que entren en razón, mi señor.

—¿Y qué más habéis sabido?

—La cuenta que hicieron fue que, desde vuestros castillos que tiene el mozo don Diego, se os haga guerra. Los míos los siguieron después hasta Jaca, donde se vieron con un notable que, me aseguran, era el duque Gastón de Bearn. Todos ellos se vieron con el rey de Aragón y mediaron ante él para que liberara a vuestros sobrinos, los De la Cerda...

—Continuad —ordenó el soberano, viendo que el clérigo titubeaba.

—Don Diego López besó la mano de don Alfonso de la Cerda, convirtiéndose en su vasallo, y mandó que todos sus castillos tomen el apellido de don Alfonso, que ya se hace llamar rey, y pongan en sus alcázares el pendón real de castillos y leones.

Don Sancho golpeó el racimo de uvas, aplastándolo contra la hierba y salpicando a su alrededor.

—Tomaré todo lo suyo —dijo entre dientes—. Llegaré a Vitoria y desde allí atacaré Orduña, donde se ha gestado esta conjura. Destruiré esa villa hasta los cimientos. ¿Qué sabéis del paradero de don Diego López?

—Como os he dicho, don Sancho, mora junto a su madre en el reino de Aragón.

—No me refiero al mancebo don Diego, sino al hermano del finado don Lope.

—Oh, ese don Diego López... Según mensajeros de la frontera, se halla metido en la villa de Carmona, cerca de Sevilla, con gran miedo de muerte.

—Mandad allí al maestre de Calatrava. Escribid ahora cartas para él con mi mandato.

Y el clérigo se dispuso solícito a consignar en unos pliegos las palabras de su rey.

Doña María Díaz, iluminada por los primeros rayos del sol naciente, tejía un telar en una rueca, del que había completado ya una cuarta parte. Mostraba cansancio y palidez en su rostro, a pesar de que hacía

poco que acababa de levantarse. Doña Toda entró en la estancia acompañada por una sirvienta que portaba una jarra de agua fresca, recién sacada del pozo.

—Salud y gracia, doña María.

—Salud y gracia, aya —respondió la manceba.

Doña Toda mandó a la criada que las dejara a solas, observando con curiosidad un manuscrito a medio iluminar.

—¿Para esto queríais los tintes? —preguntó indignada la dueña—. ¿Tan pronto pensáis en tomar los hábitos?

—¿Por qué decís eso?

—Ninguna mujer que no sea monja debería ocupar su tiempo en la escritura.

—Estas labores me ayudan a no pensar en el sufrimiento que, seguro, estarán padeciendo mis seres queridos; ni en si yo podría hacer algo más que estar recluida en esta torre.

—Deberíais buscar consuelo en la oración y en la lectura de los Evangelios. Dejad que vuestro hermano guerree si eso fuera menester. Lo único que ahora podéis hacer por los vuestros, es rogar a Dios por ellos —dijo doña Toda, ahuecando almohadas y ventilando las sábanas, mientras doña María seguía absorta en su tarea.

—Seguro que son miles más los que rezan a Dios por la muerte de los míos... Soy una Díaz de Haro y no puedo reunirme con mis parientes ni buscar consejo en los hijosdalgo de Vizcaya. Debería estar allí con ellos, y, en vez de eso, soy poco menos que una prisionera aquí... Cualquier labrador del común posee más libertad que yo.

Doña Toda dejó su faena, comprendiendo que algo perturbaba a doña María más de lo habitual, acercándose a la manceba.

—Sí, sois una Díaz de Haro. Por eso sois tan valiosa y por eso vuestra madre os trajo aquí y confiado a nosotros vuestra tutela. No debéis pensar en la vida de nadie más que en la vuestra propia y en la de vuestro esposo. —Doña Toda tomó un peine y comenzó a alisarle el pelo—. Y eso supone también reposar y comer como es debido. ¿Habéis tenido un sueño placentero?

—He soñado con un hombre —confesó sin rubor doña María.

—¿Con vuestro esposo?

—No... Con otro. Uno al que conocí hace unos cuatro años. Le pedimos ayuda para resolver un pleito en Vizcaya.

—Debisteis quedar prendada de él para recordarlo en vuestras visiones.

—Lo cierto es que... fue más ternura lo que despertó en mí, antes que deseos carnales. Pero sin duda, con gusto habría caído en pecado con él en esa y en otras tantas ocasiones. Ahora, seguro, ya tendrá mujer e hijos...

—Ni doncella ni, menos aún, dama desposada debería hablar así.

—¿Estoy casada? —preguntó, de forma retórica—. ¿Y dónde se halla mi esposo, con el que apenas he cruzado palabra, ni ha tenido para mí una mínima parte de la atención que ha dedicado a sus ambiciones?

—Vuestro marido está preso por el rey. No es de justicia que habléis así. Él no ha elegido estar alejado de vos.

—Sus actos le han llevado a ese final... al igual que a mi padre —habló categórica doña María, sin parar de tejer, pisando el pedal de forma compulsiva y moviendo las agujas tan rápido como sus dedos le permitían.

—Todo lo que hizo vuestro padre, al que Dios perdone, fue por guardar y acrecentar vuestras heredades y las de vuestro hermano. —Se hizo el silencio. La dueña, por edad y entendimiento, quiso restar tensión y amargura a la situación trocando de asunto—. Pero decidme, ¿qué ocurría en ese sueño que habéis tenido?

Doña María dejó la hiladora, fue a la mesa, enrolló con mimo el manuscrito para evitar que se mojara, y, tras echar agua de la jarra en la jofaina, comenzó a lavarse.

—Tan solo conversábamos mientras caminábamos por una calle en un día de mercado.

—¿Y de qué conversabais?

—No lo recuerdo. Solo recuerdo que su presencia a mi lado me hacía sentir dichosa. ¿Es pecado hablar así? ¿Debería confesarme o hacer penitencia por ello? ¿Podemos pecar al margen de nuestra voluntad, en ese tiempo y lugar, que es el sueño, en el que no somos amos de nuestro cuerpo ni mente?

—Si habéis tenido malos sueños es porque ya os ronda la tentación, y el diablo encuentra entonces el momento propicio para que caigáis en el pecado.

—¿Pero no os parece que cuando estamos despiertos y conscientes, son muchos los sentimientos que se agolpan a la vez en el corazón, confundiendo nuestra voluntad, mientras que en sueños únicamente conocemos uno, y ese uno es fuerte y puro y nos domina como pocas veces hemos sentido? —hablaba ahora doña María con la mirada perdida en las vistas que tenía desde su ventana—... Una vez, hace mucho, sentí algo parecido por otro mozo. También en sueños. Lo conocía. Era apuesto, pero nunca despertó en mí la pasión. Tampoco entonces fue algo pecaminoso. Tan solo caminábamos juntos, pero con tal alegría y gozo, que era casi como si danzáramos o levitáramos. Como si nuestros pies no pisaran el suelo ni los necesitáramos para avanzar. Sentí tal amor que, cuando desperté, lloré al momento, pues supe que jamás en vida volvería a sentir nada igual. —Se hizo otro silencio algo más largo que el anterior—... Y nunca en el mundo real, desde entonces, he sentido algo semejante.

—Pensamientos extraños vienen muchas veces del corazón y no parten de nuestra voluntad, doña María, por lo que, si os arrepentís y no los cumplís, no debéis culparos ni merecer ninguna pena.

—Pero si lo que se nos muestra en sueños o visiones son cosas que no hemos conocido o sentido en el mundo real, ¿cómo puedo tener por cierto que lo que sé, por mi humano discernimiento o consejo de otros, es lo único que puedo hacer por mis seres queridos?

—¿Y qué deseáis hacer? ¿Consultar a nigromantes o augures?... Como os he dicho, doña María, buscad consuelo en la oración... Mandaré que aderecen ahora el yantar —dijo doña Toda, resignada, saliendo de la estancia.

Doña María podía ser asaltada por muchos sentimientos al recordar los sueños, pero en absoluto sentía arrepentimiento. Permaneció por más tiempo ante esa ventana, intentando aquietar la mente y rogando en silencio para, a no mucho tardar, ver regresar a su madre, hermano y, por ventura, también a su esposo.

Una gran piedra golpeó la muralla de Orduña, ya castigada por el impacto de otras anteriores. El rey don Sancho había sitiado esa villa con ingenios y gran hueste. El monarca castellano sabía que no se entregaría ni caería sin lucha, pues hacía cuatro años que el difunto conde don Lope había confirmado su carta puebla, dando a Orduña por mayorazgo de Vizcaya para siempre jamás, por voluntad suya, de su mujer doña Juana, de sus hijos, y del propio Concejo de la villa; manifestando que nunca se partiría una de la otra en ningún tiempo; y que nadie la pudiera heredar, sino quien fincare señor de Vizcaya, no pudiendo ningún hombre en el mundo donarla ni enajenarla de Vizcaya por ninguna manera.

Junto a las rocas lanzadas por ingenios, ya fueran los enormes trabuquetes o las más pequeñas pero no menos mortíferas espingardas, una suerte de enormes ballestas de torno, conocidas como balistas, lanzaban flechas y virotes de casi un metro de largo contra los que guardaban el cercado. Otras piezas de artillería, llamadas mandrones, arrojaban bolas de piedra o madera y proyectiles incendiarios al interior de la villa. Al tiempo, un ariete, impulsado por unos diez hombres, golpeaba el portón, haciéndolo temblar con cada impacto.

Niños, mujeres, ancianos y hombres del común se apresuraron a buscar refugio en la iglesia o el castillo, mientras que los hombres de armas se apostaron en el adarve de la muralla, protegiéndose en las almenas, lanzando flechas y dardos a los invasores. Algunos se apilaban desesperados contra la puerta, procurando atenuar con sus cuerpos los golpes recibidos desde el exterior. Pero nada podían hacer los de Orduña frente a las fuerzas reales allí congregadas. Al poco de comenzada la ofensiva,

el madero que mantenía cerradas las puertas comenzó a agrietarse. Fue entonces cuando los defensores comprendieron que debían pertrecharse en el castillo. Pero apenas comenzaron a retirarse o descender el muro los que se apostaban en las almenas, el portón cedió por un fuerte golpe de ariete. El madero dejó paso a una oleada arrolladora de peones y caballeros que penetraron la villa, matando a cuantos tenían al alcance de sus lanzas y espadas. Los caballeros e hidalgos que pudieron alcanzar la fortaleza cerraron las puertas tras ellos, dejando fuera a algunos de sus compañeros ante una muerte tan segura como la que, a no mucho tardar, les alcanzaría a ellos también. Desde el exterior de las paredes del castillo, les llegaron gritos de lucha, muerte y súplicas no atendidas. Después, el silencio.

El rey don Sancho penetró en Orduña con paso ceremonioso, siendo precedido únicamente por su portaestandarte. Custodiaban su regia persona, su merino mayor, su guarda mayor, algunos ricos hombres y privados, y una decena de caballeros a pie. El monarca recorrió la humilde fortaleza con la mirada y, con un ademán de su mano, ordenó que fuera tomada.

No tardaron los castellanos en apostar los ingenios de asedio rodeando el castillo, comenzando a acosarlo con todo tipo de proyectiles. Desde las ventanas y aspilleras, los de Orduña solo contemplaban humo, fuego y multitud de gentes enemigas rodeándolos. El mismo pundonor que los había llevado a resistir allí, negándose a rendir la villa, era el mismo que ahora les impedía desfallecer, caer en el abatimiento o cometer alguna locura, procurando mostrarse templados. Pero no había esperanza para ellos. Nadie llegaría en su socorro. Su señor se encontraba a más de cincuenta leguas y, ni aunque pudiera tener noticias de sus males o intención de auxiliarlos, llegaría a tiempo ni con gentes suficientes.

Al cabo de pocos días, don Sancho tomó el castillo. Sus hombres de armas recorrieron los pasadizos, escaleras y estancias, matando o capturando a todos los que aún podían ofrecer algo de resistencia. El pendón de los Haro fue tirado del alcázar y reemplazado por la enseña real de castillos y leones.

Don Diego López de Haro, hermano del finado conde don Lope, se veía pálido y desmejorado. Mostraba unos ojos cansados, barba y cabello descuidados, y su mente parecía desvariar, pues impartía por doquier órdenes y consejos a cada cual más extraños. Ninguna medida le resultaba escasa ni parecía hacerle sentir del todo seguro, ni permitió que nadie más que él morara en la torre, como si ninguno de los suyos fuera digno de gozar de su entera confianza, permaneciendo las puertas de su estancia siempre atoradas desde el interior.

Del matacán de la puerta de Sevilla, don Diego comenzó a oír grandes voces dadas por su vasallo Gutier. El del linaje de los Haro escrutó el horizonte desde la ventana de la torre, comprendiendo el porqué de la alarma de su leal.

Media docena de caballeros se aproximaba al galope a Carmona. Iban vestidos, tanto hombres como rocines, con sobrevestas y gualdrapas blancas en las que se diferenciaban con dificultad, cruces carmesíes.

—¿Caballeros templarios?! —preguntó Gutier a su señor.

—No —respondió don Diego de manera apenas audible, agudizando la mirada—. Puede que de Alcántara. ¡Ballesteros!

Casi de inmediato, el mirador, torre y almenas se poblaron de saetas prestas para ser lanzadas sobre los intrusos. Don Diego abandonó la torre y subió junto a sus vasallos al matacán de la puerta de Sevilla, al tiempo de ver llegar ante ese mismo portón a los hidalgos. El que comandaba a los caballeros dio orden de detenerse, descubriéndose la cabeza, permitiendo que los de Carmona pudieran ver bien su rostro. Era una cara familiar para don Diego, pero no por ello, querida ni merecedora de confianza.

—¡Don Diego López! —gritó el recién llegado—. ¡Soy don Rodrigo, maestre de la Orden de Calatrava! ¡Vengo a vos por mandato de nuestro señor, el rey don Sancho!

—¿Y qué demanda traéis de don Sancho?! —respondió el del linaje de los Haro.

—¡Lo que tengo que decir es solo para vuestros oídos, don Diego!

—¡Guardáis palabras solo para mis oídos o puñal para mis entrañas! ¡No cometeré el mismo error que mi hermano! ¡No posaré junto a los vuestros en un salón como si fuéramos amigos o compañeros!

—¡Don Diego! —gritó aún más el maestre—. ¡Oíd la demanda que tengo para vos, y por mi honra os juro que me partiré a Sevilla!

—¡Hablad pues!

—¡Su majestad, el rey don Sancho, me ha enviado a deciros que os vayáis para él, y que os dará Vizcaya y os hará mucho bien y mucha merced! ¡Y podéis tener por cierto que yo os llevaré a salvo a su presencia!

Tras unos instantes de duda, don Diego respondió.

—¡Entonces creed que yo iré para el rey!

Dicho aquello, el maestre y sus caballeros dieron la espalda, alejándose al trote, sin ser perdidos por los desconfiados ojos de don Diego.

—Mi señor —habló aquí Gutier—, ¿creéis por sus palabras, que don Sancho ha tomado Vizcaya?

—No podemos tener por cierto nada de lo que aquí se ha vertido, Gutier. Sabía que don Sancho haría llegar a alguno de los suyos con embustes y tretas.

—Pero en esta villa apartada no es fácil discernir verdades de mentiras, don Diego.

—Sí —dijo pensativo el del linaje de los Haro, mirando a la nada—... y quién sabe qué mentiras correrán en los reinos sobre mí y los míos. Tal vez hablen de mi muerte o de que he rendido pleitesía a don Sancho... Sería muy fácil que incluso mis propios parientes me creyeran traidor... Debemos ayuntarnos con mi cuñada y sobrinos. Disponlo todo, Gutier; al amanecer marcharemos junto a don Rodrigo y los suyos.

Tal y como fue acordado, se hizo. A la mañana siguiente, don Diego y sus leales, acompañados por el maestro y los caballeros de la Orden de Calatrava, marcharon rumbo al norte, abandonando una villa de Carmona que habían tomado poco menos que al asalto.

Cabalgaron durante más cien leguas, tanto de día como de noche, tomando cuanto necesitaban a quien querían y donde les placía. Tras arduas jornadas de marcha, llegaron a Aranda, en la comarca de Burgos. Se dispusieron a comer en una posada, sentándose en mesas separadas, como tenían costumbre, sin colgar sus capas en las perchas ni despojarse de las espadas ni dagas ninguno de uno ni otro bando. En una mesa cercana comían varios mercaderes de lana. Sabiendo que se dirigían a la costa, don Diego procuró sonsacarles, sin revelar su identidad, qué nuevas había de las villas de Vizcaya y de las otras que pertenecían al finado conde don Lope.

—El rey ha tomado Haro y Orduña —dijo uno de los laneros, tras haber sido invitado a varios vasos de vino—. Además, envió a su canciller mayor a combatir Balmaseda con ingenios.

—¿Qué más ha ocurrido? —inquirió don Diego, con el rostro cubierto en parte por su capucha, ocultando su preocupación y temor.

El mercader acabó su vaso, y, al momento, Gutier volvió a llenárselo.

—Los del castillo de Villamonte y la ciudad y castillo de Portilla, en Álava, juraron por rey a don Alfonso de la Cerda, por lo que don Sancho tomó muy gran pesar y gran saña, cercándolos y combatiéndolos fuertemente, hasta que los cobró.

Don Diego y los suyos se miraron sorprendidos. El del linaje de los Haro retiró la bebida del alcance del mulatero, creyendo que deliraba por la embriaguez.

—Eso no es posible. Los De la Cerda se hallan presos del rey de Aragón.

—Ya no —balbuceó el mercader, sin retirar los ojos del vaso—... Doña Juana, la mujer del traidor don Lope, y su vástago don Diego, se partieron para Jaca. Allí acordaron con el rey aragonés que liberara a los infantes y tomar partido por ellos, para hacer de ese modo guerra a don Sancho.

Don Diego entregó de nuevo el vino al mulatero, el cual lo bebió con ansia.

—Si todo esto es cierto, puede que don Rodrigo haya dicho verdad — dijo don Diego, meditabundo.

—¿Pero en verdad creéis que don Sancho os dará Vizcaya, teniendo enfrentados a vuestros parientes? —preguntó Gutier.

—Él, mejor que nadie, sabe de lo fútiles que pueden resultar los lazos de sangre. Sí... don Sancho pretende acercarme a su bando con la concesión de tierras y títulos...

—¿Y qué pensáis hacer?

—Partir a Aragón. Si mi cuñada y sobrino se han aliado con el rey don Alfonso y con los De la Cerda, en verdad pueden derrocar a don Sancho. Y después de todo, ese rey ha dado muerte a mi hermano, ¿qué clase de hombre sería si yo besara su mano y jurara como mi señor? — preguntó de forma retórica don Diego, bebiendo por primera vez un trago de vino.

En vez de posar en Aranda y continuar hacia Burgos junto al maestre y freires de la Orden de Calatrava, don Diego López y los suyos salieron de las posadas como furtivos en mitad de la noche, trocando camino hacia el este, a los dominios del rey de Aragón.

Cuando llegaron a Jaca, don Diego no halló rastro de sus familiares ni conocidos. Tras preguntar a algunos vecinos, le dijeron que podría hallarlos en el interior de la catedral de San Pedro. El del linaje de los Haro temió lo peor. Al entrar al templo, encontró a doña Juana junto a sus caballeros, escuderos y otras gentes, sumidos todos en un gran pesar y devota oración. Le angustió no ver a su sobrino, y, tras saludar a su cuñada, obtuvo el paradero del mancebo, dirigiéndose a las casas del obispo de Huesca. Descabalgó con temor por lo que pudiera aguardarle, y entró en el lugar con no poco recelo.

En una estancia de la que partían plegarias, halló a su sobrino. Se encontraba postrado en un lecho, aquejado de muy fuerte dolencia, y por decirle los físicos que no podría escapar de la muerte, se había confesado, tomado el Cuerpo del Señor, hecho ungir y recibido todos los sacramentos de la santa Iglesia.

—Oh, sobrino —dijo don Diego, consternado por ver a un familiar de tan poca edad a las puertas de la muerte, aunque ese mozo no fuera ser querido ni tampoco un dechado de virtudes ni buenas obras.

Llegó a tiempo de verlo morir, pero apenas pudo cruzar palabras con él, y si algo se dijeron, quedó entre ellos, perdiéndose por siempre.

Don Diego salió a la calle, encontrándose con su cuñada en una plaza. Le dio la cruel nueva, y a ambos se unieron ese día toda la caballería y vasallos en el dolor y un gran llanto.



Como cada atardecer, doña María Díaz contemplaba desde la ventana de su alcoba ponerse el sol tras unos montes de los que no sabía el nombre; como cada atardecer, rogaba ver con el último rayo de luz, a su madre, hermano y esposo, llegar a por ella; como cada atardecer, escuchó los pasos de su aya, doña Toda, que llegaba para acompañarla al salón para la cena. Pero ese atardecer, algo había cambiado.

—Doña María Díaz I... señora —dijo la dueña desde el umbral de la puerta, sin penetrar en la habitación.

Aquellas sencillas palabras estremecieron el pequeño cuerpo de la del linaje de los Haro con un temblor que la recorrió de pies a cabeza. Entreabrió la boca, más para respirar profundamente y sofocar la agitación y palpitaciones que sintió, que para corresponder el saludo. Sus ojos se humedecieron y se frotó las manos de forma convulsa, tanto por ansiedad como para relajarlas de la repentina rigidez de la que fue presa, pensando en el hermano que ya no volvería a ver.

—¿Cómo... ha ocurrido? —preguntó la joven dama, con voz ahogada.

—Señora... vuestro hermano era mancebo que todo el día andaba trabajando de muy malos juegos, en guisa que había tomado tan gran afán con ellos, que fue ocasión de tener muy gran dolencia, de la que ha muerto.

—¿Y qué hay de mi madre?

—Posa junto a vuestro tío, don Diego López, en tierra de Aragón, guardando luto por la pérdida sufrida.

—Y yo debería estar con ellos... o acudir a Vizcaya. Ahora yo soy su legítima heredera.

—No, señora. En Aragón se fragua una conjura que desembocará en guerra, y Vizcaya será pasto de ella ahora que vuestra familia se ha alzado contra el rey don Sancho. Si atendéis mi consejo, es junto a vuestro esposo donde debéis acudir. Cuando los vizcaínos sepan que don Diego ha muerto, se reunirán los hijosdalgo en Junta en Gernika y os tomarán por su señora, así como han tomado a todos los otros señores que fueron antes que vos.

—Vizcaya nunca ha tenido por señor a una mujer... ¿Y cómo podrán tomarme por señora si no juro hacer cumplir y guardar sus leyes y libertades?

—Es la sangre de los Haro la que corre por vuestras venas. Sois dama de gran linaje y su legítima señora. Poco más cuenta...

—No en estos duros tiempos... Yo no podría liderarlos en asedio ni en batalla...

—Luchad pues, os digo, por la libertad de vuestro esposo. Haced ver al rey don Sancho que no compartís los sentimientos de vuestros padres. Probad que vos únicamente deseáis servir y gobernar en paz a los vizcaínos.

—Retiraos, doña Toda. Dejadme en soledad con mi duelo.

La dueña obedeció, abandonando una estancia a la que no había llegado a entrar.

Y doña María Díaz permaneció frente a esa ventana, compungida y apenada como pocas veces en su vida. Veía montes, campos y senderos que cada instante desde su llegada había soñado poder recorrer libremente. Ahora, no sabía con certeza qué hacer ni a dónde dirigirse.

Así se encontró doña María Díaz, apenas cumplida la mayoría de edad; sin padre, ni hermano y con su esposo apresado.

Para cualquier rico heredero, la noticia de la muerte de su predecesor en trono, cargo u oficio, habría sido recibida con contenida satisfacción, por poder gozar al fin de las bondades del poder. Pero ella no fue criada para tal fin. Nunca soñó con nada más que con dar descendencia a su marido y perpetuar su estirpe. Para cualquier otro en su lugar, se iniciaría un periodo de dicha y opulencia, pero para doña María Díaz de Haro, la primera de su nombre, los males no habían hecho más que comenzar, y llegarían de la mano de quien menos podría imaginar».

Doña Teresa notó que la manceba doña María respiraba de forma más profunda. Se inclinó sobre ella y comprobó que había caído dormida. Sí. Lo narrado hasta entonces había sido suficiente por esa noche. Una noche que aún podían y debían emplear para descansar y hacer acopio de fuerzas, pues les aguardaba una dura jornada de marcha. La dueña cubrió con una manta a la manceba heredera al Señorío, sopló las velas medio derretidas del candelabro, y no cerró los ojos hasta ver extinguirse por completo las cortinas de humo dejadas por el fuego, iluminadas por la débil luz de la luna que penetraba del exterior.

### Capítulo III

La noche fue más gélida de lo acostumbrado para ser principios del mes de noviembre, amaneciendo la hierba sembrada de rocío y cubiertos por la escarcha los campos y hojas de árboles y cultivos.

Doña Teresa, que a diferencia de doña María, apenas había podido dormir, despertó a la manceba de un sueño del que ni los cantos del gallo ni el repicar de las campanas a la hora Prima, habían podido sacarla.

—María —dijo la dueña, zarandeando suavemente a la del linaje de los Haro—. Es tiempo de partir. Oneka y Juana entrarán ahora para vestirte.

—Es temprano, aya —balbuceó la doncella, apenas consciente.

—María... ¿recuerdas lo que ha ocurrido?

La mente de doña María tardó algo en reaccionar, pero al hacerlo y recordar que ahora era una manceba huérfana que debía marchar al exilio, sintió nuevamente el peso repentino del dolor y el duelo.

—Sí...

—En pie, pues —dijo doña Teresa, sabiendo que no podía perder tiempo en compadecerla ni consolarla—. Diego Pérez, tu vasallo, ya aguardará en la puerta.

Doña Teresa salió de la estancia, dando paso a las sirvientas, a las que mandó que se apresuraran en preparar a doña María y sus enseres para partir de inmediato.

Como había prometido, Diego Pérez de Muñatones la esperaba en el salón de la torre junto a dos de sus escuderos. Doña María fue llevada a las cuadras, donde tanto ella como su aya y criadas, subieron a un carro cubierto con gruesas telas, en cuyo pescante y a las riendas de los caballos, estaban los otros dos escuderos de los Muñatones. Tras cerciorarse de que no había ningún peligro, el viejo hidalgo montó en su rocín, mandó a los dos escuderos que le flanqueaban, vigilar la retaguardia, y, solo entonces, dio orden de iniciar la marcha.

—¿Recuerdas bien todo lo que te he narrado esta pasada noche? —preguntó la dueña a doña María, antes siquiera de que hubieran dejado Balmaseda.

—Sí, en parte...

—Óyeme María. No pienses que soy severa contigo. Lamento de corazón que no puedas guardar luto ni velar a tu padre como debieras, pero esta marcha y la doctrina que te imparto es cosa necesaria.

—Pero aya, me dijiste que esta historia trataba sobre una niña llamada doña María, y, sin embargo, apenas me has hablado de ella. Solo de sus familiares y del rey don Sancho.

—Es cierto, María. Y no creas que no me duele no saber más sobre esa gran señora y sus hechos. Pero esto se debe a que poco es lo que trasciende y se cuenta de las mujeres de nuestro tiempo, por muy alta que sea su alcurnia. Pero todo lo que rodeó a doña María fue parte vital en su talante y actos futuros. No desesperes y procura ponerte en su piel y aprender sobre todo lo que ella padeció.

—Así lo haré, aya. Dime ¿cómo obró el rey don Sancho cuando supo que don Diego se había ido para el rey de Aragón?

—Envió a Vizcaya, en su nombre y para que la tomara, a un caballero vizcaíno de ilustre linaje, de nombre Diego López de Salcedo, el cual era además su adelantado en Guipúzcoa y Álava.

—¿Y qué ocurrió?

—Se dice que la tomó, salvo el castillo de Unzueta, que fue cercado y combatido con ingenios, en el cual, a buen seguro, debieron pertrecharse todos aquellos hidalgos leales a los Haro. Pero nada sabemos con certeza de esa incursión, que sin duda fue fugaz, por lo que a continuación te relataré.

—¿Y qué hizo doña María?

—¿Qué pretendes que hiciera una moza sin esposo a su lado, ni rey o ricohombre como aliado?

—Pero has dicho que fue jurada señora de Vizcaya. ¿Acaso ese pleito homenaje no le otorga ningún valor?

—Atiende mi relato y comprobarás, cómo hasta un rey, si es huérfano, menor de edad y débil de carácter; o una reina, si se halla carente de esposo, no son sino un mancebo y una viuda indefensos que deben mendigar lealtades como un menesteroso se humilla por pan o monedas a las puertas de una iglesia. Es una dura verdad la que te estoy revelando, pero buen provecho obtendrás cuanto antes comprendas que las vidas de monarcas, señores y caballeros, no son como se narran en los cantares de gesta.

—Entonces, aya, ¿no es cierto que más le habría valido a don Diego irse para el rey? Don Sancho le prometió que le daría Vizcaya, y ahora no tiene nada.

—Te apresuras en tu juicio. ¿Tú habrías confiado en las promesas de ese rey después de lo que sabes? —Doña María no respondió—. Debes tener por firmes y seguras dos cosas, María. La primera, no creas las habladurías del vulgo ni lo que cuenten tus enemigos, y, si has de confiar, hazlo solo en aquellos más cercanos en cuyas manos pondrías tu vida. La segunda, nunca confíes en las promesas de un rey, ni en su palabra ni en sus albañales de perdón, pues los reyes, por su dignidad, son los únicos hombres de este mundo que podrán incumplirlas sin temor a represalias de jueces ni obispos. Si no me crees, escucha esto que ocurrió en las Extremaduras, donde, como en Vizcaya y en toda la

cristiandad, hay familias enfrentadas cuya enquistada rivalidad se pierde en la noche de los tiempos.

—Prestaré atención, aya.

—Estando el rey don Sancho en Burgos, le llegó mensaje de que, en su ciudad de Badajoz, había contienda entre dos linajes, los bejaranos y los portugueses, sobre demandas y acusaciones que estos últimos hacían a los bejaranos, porque decían que habían tomado de ellos algunos de los términos de los que se aprovechaban. Don Alfonso Godínez, que era privado del rey y del bando portugués, influyó en don Sancho para que mandara que les tomaran los heredamientos a los bejaranos y se los entregasen a los portugueses. Por esta razón anduvieron fuera de la ciudad algunos de los bejaranos querellándose al rey por el mal que recibieron al tomarles lo suyo y entregarlo a los otros, pidiéndole por merced muchas veces que se lo mandase devolver. Al cabo de gran tiempo, viendo el rey que aquello los agraviaba, mandó darles cartas para que les entregasen lo quitado. Cuando llegaron las cartas a Badajoz, los portugueses no quisieron cumplirlas, y volvieron los bejaranos a mandar querrela al rey por esto, y por el gran afincamiento que le hicieron, les dijo el rey que, pues que ellos eran naturales de Badajoz, y mayor lugar tenían ellos que los portugueses, que cuando sus cartas no quisiesen cumplir los portugueses, que ellos debían hacer porque las cumpliesen. Y con esta palabra que les dijo el rey fueron los bejaranos para Badajoz y apercibieron a todos sus parientes y a todo su bando; y desde que leyeron las cartas en el concejo y no las quisieron cumplir los portugueses, a pesar de estar ya apercibidos, pelearon con ellos y mataron a muchos de los portugueses, en guisa que los bejaranos se apoderaron de toda la ciudad. Y desde que fueron entendiendo cuan mal lo habían hecho, tomaron gran miedo de que el rey los mataría por esta razón, y se alzaron en la villa de Suso, que es muy fuerte, apoderándose de ella y abasteciéndola bien. Además, por el miedo al rey don Sancho, tomaron por rey a don Alfonso de la Cerda. Don Sancho envió luego a cercar Badajoz a los maestros de las órdenes de Calatrava, Santiago, Alcántara y del Temple; al prior de los hospitalarios y a los del reinado de Sevilla y de Córdoba. Los que estaban en la villa se hicieron fuertes en la muela de encima del castillo, y desde que llegaron estas gentes todas, llevaron pleito con ellos, diciendo que les aseguraban, de parte del rey, que no les harían mal ninguno. Y ellos, por esta seguridad, dieron el castillo. Dime, María, ¿qué crees que ocurrió después?

—¿No cumplió su palabra el rey?

—No. Dado el castillo, mandó don Sancho que matasen a todos aquellos que eran del linaje de los bejaranos, y mataron, entre hombres y mujeres, a más de cuatro mil. —Doña María quedó paralizada. A su pequeña mente le costaba asimilar cuanto podían ser más de cuatro mil

personas—. Pero no podemos dejar de sumar crímenes y matanzas a los hechos de ese rey que, sin duda, la historia tratará de encubrir o empequeñecer, cuando no, borrar. Al poco, estando el monarca en Toledo, halló muchas querellas de muertes, robos, fuerzas, hurtos y otros males. Y porque Garci Álvarez, que era su alcalde mayor, no castigaba a los culpables como debía, lo mató a él y a Juan Álvarez, su hermano. Mató también a otro, llamado Gutier Esteban, y a buena pieza de sus hombres. Y con aquello, dijeron sus cronistas, siempre aduladores, que asosegó la ciudad de Toledo... Sí, así se conducen algunos hombres, como bestias que imponen la sumisión y la paz a través del terror. Dime, María, sabiendo todo esto, ¿tu creerías en la palabra de ese rey si le hubieras afrentado y tu vida dependiera de ello?

—Sabido todo esto, no, aya.

—Pues no lo olvides nunca, porque, en efecto, puede que algún día tu vida dependa de ello.

—No lo olvidaré, aya.

—Bien, continuemos ahora con la historia de doña María.

—Sí, aya —respondió la manceba, apoyándose en el regazo de doña Teresa, presta a escuchar un nuevo capítulo en la vida de aquella joven señora.

—«Bajo el abrasador sol de agosto del año del Señor de mil doscientos ochenta y nueve, los labriegos araban sus campos con bueyes o azadas, preparándolos para la siembra del cereal. Uno de aquellos hombres ajados detuvo a la bestia que rompía la tierra, extrañado por el retumbo que parecía emanar de ella. Su res era joven y corpulenta, pero no como para provocar con el hierro ese ruido que aumentaba a cada instante. Se secó las gotas de sudor que le caían por la frente, empañándole los ojos y dificultando su visión. Quiso atisbar el origen de aquel intenso rumor, escudriñando en derredor suyo, y lo que vio fue una nube de polvo procedente de una especie de manto que refulgía como el metal bruñido. Agudizó la mirada, pensando que tal espejismo pudiera ser el reflejo del sol en la lejanía, dando al horizonte apariencia de agua o de tener ante sí un mar de plata. Pero lo que provocaba aquella imagen confusa estaba lejos de propiciar riquezas y bienaventuranzas. Por el contrario, llegaba para arrebatarse haciendas, gozos y vidas.

Poderosa hueste de caballeros y peones avanzaba desde Aragón, cruzando la frontera y penetrando en tierras del Castilla. Al frente de todos ellos, don Diego López de Haro, desnaturalizado del señorío del rey don Sancho, despedido del vasallaje que le hiciera, abandonado su servicio y presto a hacerle guerra. Tras la muerte de su sobrino, el mancebo don Diego, ahora le correspondía a él encabezar la lucha de su linaje contra el monarca castellano. Cometido que se disponía a realizar con despiadada eficacia.

Al ver aquella pieza de hombres armados desbordarse hacia él, el siervo dudó entre abandonar a su preciado buey e intentar salvar la vida, o permanecer quieto y suplicar por ella. Miró a su casa, pensando en los que allí le aguardaban. Supo que no tendría tiempo de advertir a su familia del peligro ni aun de despedirse de ellos, y ni tan siquiera de confesar a la nada sus pecados. Tan solo se santiguó y murmuró una oración. Antes de que pudiera acabarla, fue alcanzado por una lanzada, atravesándolo el hierro de parte a parte. Cayó herido de muerte, siendo pisado acto seguido por numerosas pezuñas herradas. Su sangre salpicó el lomo del buey, que permaneció impassible viendo cruzar a sus flancos a esa multitud de caballeros y peones, mientras otros le quitaban el yugo, iniciando el que auguraba ser un vasto botín de guerra.

La voz de la entrada de don Diego López y los aragoneses corrió veloz entre los habitantes de esas comarcas. Multitud de labradores y gentes comunes dejaron atrás sus bienes y hogares, e incluso a sus familiares viejos o enfermos, huyendo despavoridos en busca de cualquier lugar que pudiera servir de refugio, ya fuera recinto murado, alcázar o simple cueva horadada en la roca.

Las tierras de cultivo fueron abandonadas por cuantos hombres, mujeres y niños podían valerse, tomando camino hacia Huete, que prometía una esperanza de salvación. Los que alcanzaban la ciudad, clamaban graves lamentos por los seres queridos que habían perdido, exhortando a los cielos auxilio real y misericordia divina, doliéndose ante cada puerta abierta y clérigo que hallaban. Conmovidos y aterrados los de Huete, y contagiados por el espanto de los que parecían huir de una plaga bíblica, corrieron también a refugiarse en la alcazaba, el castillo y la iglesia de Santa María de Atienza. Pero sus súplicas no fueron escuchadas, pues don Diego López y los aragoneses no tardaron en llegar a esa plaza, penetrando por entre las calles, prendiendo fuego a cuanto podía ser quemado y saqueando cuanto podía ser robado, obteniendo gran regocijo y mejor despojo.

Pero si muchos se refugiaron en Huete, ingentes fueron los que vieron llegar desde las casas de Cuenca. Aquella ciudad, erigida sobre altas peñas de roca desnuda coronadas por una muralla, parecía ser baluarte inexpugnable, pero no así los campos que la rodeaban y alimentaban a sus pobladores, los cuales no tardaron en ser cruelmente saqueados. De nuevo, todo lo que pudo ser cargado o arrastrado con bridas, fue tomado; el resto, quemado o destruido. Los que salvaban la vida, sabían que lo único que les aguardaba era hambre y padecimientos, y, aun así, no podían dejar de mirar su tierra arder. Una tierra que no daría fruto ni alimentaría ganado, quedando los graneros desiertos y los campos baldíos. Incluso sus lágrimas, que era junto con los harapos que vestían, lo

único que continuaba perteneciéndoles, huían de ellos sin que pudieran contenerlas, llorándolas sus ojos y resbalando por sus mejillas hasta caer al suelo.

Un mensajero del obispado de Cuenca penetró las murallas de la regia Burgos, ciudad cabeza de Castilla, primer concejo en hablar en sus Cortes y hogar de la cámara del rey don Sancho. El caballo del criado había trotado como desbocado, azuzado sin descanso y ya con apenas resuello. Tras dejar al animal en manos de un mozo de cuadra, el mandadero entró en el palacio real, preguntando a cada hombre por la persona del monarca, y no cejó hasta que lo halló en uno de los salones.

—Mi señor —dijo el criado, con voz áspera y respiración agitada, postrándose ante el soberano—, don Diego López quiere correr vuestra tierra de Cuenca y de Huete, y lleva gran presa con él.

Don Sancho no dijo palabra alguna, pero su rostro habló y maldijo lo que sus labios callaron.

El soberano reunió con presteza a muchos hombres buenos, freires de la Orden de Santiago y gran caballería e infanzones de Castilla y Galicia para que acudieran a la frontera con Aragón. El mando de esa mesnada lo entregó el monarca a su estimado Ruy Pérez de Sotomayor, algo que contrarió a muchos de los presentes, pues a diferencia de ellos, el elegido no procedía de noble linaje.

El rey don Sancho despidió a su ejército, unidos sus integrantes como un solo cuerpo, pero sin saber que incubaba la discordia en su seno. Y es que, apenas abandonada la ciudad, se partieron en dos bandos separados. Mandaban a los de Galicia, Esteban Pérez Florián y Pay Gómez Chariño, adelantado mayor de aquel Reino; y, a buena parte de los castellanos, el portugués Alfonso Godínez, un privado del rey del cual se decía era hombre muy rico y honrado. Por su parte, Ruy Pérez de Sotomayor era seguido por Gonzalo Núñez y Pedro González Conde, comendador mayor de la Orden de Santiago en Castilla por el priorato de Uclés, el cual comandaba a los freires de dicha orden.

Tras una jornada de marcha hicieron noche cerca de Guadalajara. El resquemor, como hemos dicho, era notorio entre ellos, y las murmuraciones habían sido continuas desde que partieron de Burgos. De Sotomayor no había querido dar mayor importancia a ese hecho, pero mientras los suyos adobaban la comida, fue a hablar con Pedro González Conde.

—González —dijo Ruy Pérez, llegando a donde acampaba el líder de los freires de la Orden de Santiago.

—De Sotomayor —respondió el comendador mayor, que se calentaba las manos junto al fuego en el que hervía un puchero, levantándose y estrechando su brazo—. Sentaos y comed con nosotros.



—Bien recibido es este guiso de caldero —dijo el ricohombre, tomando un cucharón y sirviéndose en un plato una buena ración de carne y verduras.

—No hay nuevas de los de don Diego López —habló aquí González Conde, soplando su cuchara humeante—. Es posible que ya se hallen de regreso en Aragón.

—Seguiremos su rastro hasta dar con ellos y pagarán alto coste por esta afrenta —aseveró Ruy Pérez.

—Los privados y ricoshombres siempre aconsejáis a vuestro rey, por su honra, entrar en tierra de aquel que antes ha corrido la suya. El pasado año, don Sancho y su hueste ya hizo guerra a los aragoneses...

—Sí, yo estuve con él. Nos adentramos en Aragón e hicimos la más cruda guerra que pudimos. Llegamos hasta la ribera del Ebro. Matamos, robamos, quemamos los olivos y los árboles y pusimos fuego a toda la tierra. Y don Alfonso, su mismo rey, que andaba por esas villas, no se atrevió a venir a la lid...

—Y ahora, don Alfonso, valiéndose de nuestras disputas con los Haro, nos devuelve el favor... Esto nunca acabará...

—Mucho me maravilla lo que decís, González. Si alguien hubiera llegado a mí, asegurando que habíais vertido tales palabras, le hubiera hecho apalear sin vacilación —susurró Ruy Pérez, dejando enfriar la comida en su cuchara—. De esta hueste, sois uno en los que más confío.

—Y a pesar de ser estas palabras, fiel testigo de mi sentir, mi lealtad hacia vos es férrea.

—¿Y qué me decís de la suya? —preguntó De Sotomayor, escrutando al resto de los infanzones y caballeros.

—¿De la lealtad de los de Pay Gómez, Esteban Pérez y Alfonso Godínez? —masculló el comendador de Santiago, removiéndolo con parsimonia su guiso—. Veo en ellos rostros huraños y ojos huidizos. Muchos se tienen por tan buenos como vos y no se precian de teneros por su caudillo.

—¿Y vos, González?

—Yo soy leal al rey y a su voluntad, y, aquí, vos sois como la misma persona del rey.

—Lo sé, pero ¿tenéis fe en mí?

González Conde se llenó la boca con una nueva cucharada, tal vez para tener tiempo de medir o meditar su respuesta mientras masticaba.

—Todo hombre está dotado de razón. Pero la fe... La fe es una gracia que Dios concede solo a sus elegidos. Todo hombre, al ser razonable, puede hacer grandes cosas. Pero aquellos que tienen fe, al creer, pueden desafiar toda adversidad, todo mal y toda razón.

—¿De modo que, veladamente decís que ningún hombre cuerdo me seguiría si no es imbuido de una gran fe? —preguntó De Sotomayor, con sorna.

—No he querido decir eso, Ruy Pérez... Creo en vuestro mando. La fe la necesito para creer que este ejército luchará como un solo haz cuando demos con don Diego y los aragoneses.

—Llegado el momento, su pundonor relegará todos los malos pensamientos que puedan albergar.

—Su pundonor o el temor a la ira del rey. Lo mismo da, mientras cumplan su cometido.

—La conocéis bien, ¿no es cierto? La ira del rey —inquirió Ruy Pérez, comiendo una cucharada, ya templado el alimento.

—¿Por qué lo decís?

—Por lo ocurrido en Badajoz. Vuestro maestre acudió allí.

—A Badajoz fueron los de todas las órdenes de caballería por mandato del rey. —El comendador, a diferencia de Ruy Pérez, comía más despacio al recordar los hechos referidos—. Pero no vi ira en don Sancho cuando ordenó aquello...

—Dar muerte a más de cuatro mil hombres y mujeres... Solo alguien de mala mente no temería a don Sancho —dijo De Sotomayor, rebañando el plato con un trazo de pan.

—Nosotros servimos a Cristo y a nuestro rey. Aquello se hizo por justicia —respondió el comendador, sin poder argumentar mucho más.

—Desde luego, mi buen Pedro González... Justicia. Hoy en día la justicia es algo tan escaso como... la virtud.

—¿Y qué me decís de vos? ¿Sois virtuoso? —preguntó con aspereza el de Santiago—. Se dice que lo único que habéis ansiado en vuestra vida es ser un hombre rico.

Fue ahora De Sotomayor quien necesitó ganar algo de tiempo antes de contestar, simulando aún masticar.

—Yo nunca he poseído nada... No procedo de ilustre linaje ni cuento en mi haber con buenas heredades. Hasta tiempo reciente, dudaba de que mi apellido fuera a perpetuarse entre los grandes de Castilla. Sí... Siempre he ansiado y luchado por todo aquello con lo que no nací. ¿Acaso es eso un pecado?... Supongo que, para un freire de vuestra orden, obligado al voto de pobreza, mis palabras resultarán vulgares.

—La nuestra es una vida dedicada a servir. Pero no maldecimos a aquellos que no siguen nuestro credo. El hombre rico solo teme dejar de serlo, y eso lo ata gravemente a las cosas terrenas y empuja a cometer malos actos. Nosotros solo tememos el Día del Juicio y la ira de Dios. Eso nos obliga, pero también nos libera en vida de casi toda tentación que pueda desviarnos del camino recto y la Palabra revelada.

De Sotomayor se incorporó, dejando junto al caldero su plato vacío.

—Si Dios nos brinda una victoria en esta campaña, juro que honraré su Nombre acudiendo en romería a Santiago. Allí daré grandes dádivas y limosnas, y comprobaréis que no soy tan vulgar como os han hecho creer.

—Acudiremos juntos, Ruy Pérez —añadió el comendador, incorporándose y despidiéndose.

Pedro González Conde vio alejarse a Ruy Pérez hasta que se confundió con el resto de los suyos. Después, se volvió hacia los infanzones castellanos. Muchos rostros se giraron entonces, bajando las miradas o distrayendo los ojos en sus platos, cesando las murmuraciones.

Don Diego López y los aragoneses continuaban causando estragos y grandes males en Castilla. Ahora eran las tierras de Mohorte, Villar del Saz de Arcas y Cañada del Hoyo, las que saqueaban sin compasión. Los rebaños de cabras y ovejas se agolpaban en los lindes de los caminos, y las sacas de cereal, cestos con viandas, botes con miel y barricas de aceite y vino, en los carros de bueyes y alforjas de mulas. El del linaje de los Haro dejaba a su paso campos devastados cubiertos de ceniza y sangre. Al granizo y las riadas; al fuego y la sequía; a las enfermedades y las hambrunas, se sumaba, para colmo de desgracias de aquellos comarcanos fronterizos, el inclemente hierro desfogado por revueltas de vasallos. Y no había devota oración ni penitencia que pudiera aplacar ese castigo.

Alcanzado Pajarón, alguien de entre la hueste invasora dio la voz de alarma.

—¡Señor! —habló a don Diego López un peón aragonés, llegando a él a la carrera—. ¡Muchos vienen desde Cuenca!

El del linaje de los Haro retrocedió hasta la retaguardia, donde pudo divisar la polvareda que levantaban los enviados por el rey don Sancho.

—¡Armaos! —ordenó don Diego, desenvainando y alzando su espada—. ¡Cubríos con las capelinas! ¡Caballeros, pendones y ballesteros conmigo!

Desde lo alto de una loma, Ruy Pérez y Pedro González también los habían divisado en la distancia.

—Esos son —dijo el de la Orden de Santiago.

—Han holgado confiados —respondió De Sotomayor—. No podrán llegar a Albarracín ni recibir ayuda de los de Teruel si atacamos ahora.

—¿Sin hablas ni intentar alcanzar una tregua? Es don Diego López de Haro quien está allí...

—Una vez muerto, podremos decir a don Sancho que no quiso saber de treguas. Yo seré muy pagado del rey, vos dedicaréis a Dios esta victoria, y ambos gozaremos del placer de la venganza. ¡Infanzones! —gritó, volviéndose a su diestra, cerciorándose de que los más notables le seguían a la par—. ¡Atacad!

A esa orden, tanto Ruy Pérez como Pedro González espolearon a sus corceles, siendo seguidos por sus caballeros y peones. Don Diego y los aragoneses avanzaron también velozmente a su encuentro con las lanzas aceradas al frente, espadas blandidas en lo alto y ballestas armadas.

Los freires de Santiago tomaron la delantera a todos los otros, diferenciándose por las cruces rojas de sus escudos, túnicas, capas y estandartes blancos ondeantes que refulgían bajo el sol. Los caballeros y líderes de ambos bandos se dieron alcance, entrechocando en el envite sus espadas y escudos, siendo alcanzados algunos caballeros por lanzadas y derribados en tierra. Pronto se confundieron todos en una amalgama de hombres y bestias enfundados en tabardos con sus colores y enseñas distintivas. Ruy Pérez, empuñando un martillo de guerra, había desmontado a un enemigo y golpeaba a otro de a pie que le había acometido. Don Diego, por su parte, había matado ya a dos peones, y viendo que los de Santiago se habrían pasado entre sus filas, atacó al jinete que tenía más próximo. Ese era Gonzalo Núñez, que lidiaba esforzado tanto con caballeros como con soldados del común, descargando golpes certeros y mortales. El de los Haro, llegando por su flanco izquierdo, arremetió contra él. Gonzalo Núñez se cubrió con su escudo, repeliendo varios espadaños. Los vasallos de don Diego, que seguían de cerca a su señor, golpearon en el costado y la pierna desprotegida al de la Orden de Santiago, haciendo que bajara la defensa. En ese momento, don Diego le asestó un hábil revés con su arma, causándole un grave tajo en el cuello, haciendo que cayera a sus pies. El del linaje de los Haro, bien custodiado por sus leales, aguardó a que Gonzalo se incorporara. Aunque aturdido y muy malherido, el freire pudo recuperar su espada. Levantó la mirada y, recortada frente al sol, diferenció la efigie de don Diego López, el cual se regodeó unos instantes al contemplar a una valiosa presa que se sabía derrotada y a las puertas de la muerte. Don Diego levantó su espada y descargó un golpe sobre la cabeza del de Santiago, atravesándole la cofia y hendiendo con el hierro su cabeza, matándolo al instante. Pedro González asistió impotente a la caída de su compañero, al que no tardaron en seguir varios más. A grandes voces llamaba Ruy Pérez a su hueste para que se reagrupara, pues los aragoneses comenzaban a rodearlos. De Sotomayor, temiendo esa maniobra, se volvió a su diestra para ordenar un avance. Pero allí no había nadie. No podía creer que hubieran muerto todos tan pronto. Entonces, al volverse, vio algo inaudito. Sobre una loma lejana permanecían impertérritos Pay Gómez, Esteban Pérez y Alfonso Godínez, junto a todos sus caballeros y el resto de infanzones de Galicia y Castilla. El temor que había palpitado en Pedro González y que él no había querido creer, se había cumplido. Ni por derecho ni por su honra, aquellos hijos de ricos hombres quisieron luchar ni morir por él.

—¡Avanzad! —chilló Ruy Pérez, desesperado—. ¡Vamos, malditos! ¡Luchad!

Esos gritos, por la mezcla de alaridos y el entrechocar de hierros y cuerpos de hombres y bestias, no se oyeron más allá de unos pocos pasos, pero,

aunque hubiera chillado aquella orden con la fuerza de mil gargantas, no habría sido escuchada ni atendida por sus destinatarios.

El comendador de la Orden de Santiago también contempló desolado tal traición. Pedro González supo entonces que el momento de su muerte y la de todos los que le seguían, había llegado. Sintió ira por la deslealtad de los hidalgos, y culpa, por haber arrastrado a tantos buenos hermanos a un cruel e injusto final, pero nada podía hacer, sino continuar bregando. Se armó de coraje y encomendó a Dios, diferenciando entonces, entre la multitud y el polvo, a don Diego López, que seguía acuchillando y dando tajos a cuantos tenía a su alcance. El de Santiago picó espuelas, arrojándose contra él. Recorrió un buen trecho, pisando su montura barro sangriento, cuerpos de hombres y bestias, y miembros amputados, y cuando ya creía tener al alcance al de los Haro, una saeta le atravesó el pecho, haciendo que rodara por el lomo de su montura, cayendo en la tierra encharcada. Apenas quedaba en él un hálito de vida, y, aun así, luchó por alzarse. A duras penas se arrodilló, hendida la cruz de su tabardo por el hierro. Don Diego se aproximó a él, le dedicó una leve mirada y pasó de largo, dejando aquella fácil presa para sus leales.

Ruy Pérez no enfrentó la muerte con tanta estoicidad. Nunca pensó en morir en una campaña de castigo que solo debía reportarle a él y a su descendencia, gloria y riqueza. Con la mente turbada y gran odio por la suerte sufrida, arremetió a pie contra todos los que tenía a su alrededor, sin saber con certeza si eran propios o ajenos. De pronto, sus ojos se abrieron hasta parecer que no tenía párpados y en su rostro quedó una mueca de incredulidad. Cuando bajó la mirada, contempló la hoja de una espada sobresaliendo de su vientre. Se giró y, a su derecha, pausadamente, apareció don Diego López. Ninguno pronunció palabra, los ojos de ambos hablaron por sus labios. Ruy Pérez maldijo una última vez para sí. Después, se dejó caer en tierra, sin sentir el consuelo que para otros sí suponía haber muerto galantemente como caballeros.

Pay Gómez, Esteban Pérez y Alfonso Godínez, que habían asistido impávidos y puede que con deleite a la muerte de Ruy Pérez de Sotomayor y muchas otros, hicieron retroceder a sus monturas. Se habían vengado de forma indigna y vergonzante en la persona de aquel ricohombre, por lo que entendieron un desaire de su rey, y solo la historia ha quedado para vindicar y juzgar tamaña villanía.

Ajena a esos lances viajaba doña María Díaz, acompañada por doña Toda y don Garci Jiménez, custodiados los tres por varios criados y una docena de caballeros navarros.

Cuando llegaron a Haro, la manceba quedó sin aliento. Gran parte de la muralla estaba derruida, y lo que aún se mantenía en pie, mostraba multitud de impactos de piedras. Al atravesarla y adentrarse en la

villa, la visión no mejoró. El castillo, antaño hermoso, tenía la piedra ennegrecida y parecía haber sido roído por gigantescas fauces, siendo bien visibles tanto grandes grietas como pequeñas mellas y rasguños. Y, coronando la torre, ondeaba ahora el escudo cuartelado de castillos y leones. Doña María bajó del carro con cautela, no sabiendo qué o quiénes le aguardarían allí. Para su sosiego, del alcázar salieron dos mancebas damas a las que conocía desde que tenía recuerdo. Se abrazaron las tres, cayendo al suelo y derramando lágrimas, tanto de alegría como de tristeza.

—Mi señora —comenzó a hablar la más joven, de nombre Blanca—, el rey don Sancho asedió esta villa y la tomó por la fuerza, y ha puesto guarnición en ella. Durante días, vuestros caballeros resistieron cuanto pudieron, pero fue en vano. Temimos mucho por vuestras vidas y dignidad.

—Beatriz, Blanca —dijo entre sollozos doña María—. Pondré buen remedio en esto. Partamos a Burgos a reunirnos con mi esposo.

—Mi señora —dijo Beatriz, ayudando a su señora a alzarse, secando sus lágrimas—, vuestro esposo, el infante don Juan, se halla preso ahora en el castillo de Curiel, que es a doce leguas de Valladolid.

—Iremos pues a Curiel —contestó la del linaje de los Haro, cuyas palabras no eran ya peticiones, sino, para muchos, órdenes.

Doña María Díaz y su compañía, partieron, no sin recelos, a tierra de Castilla, llegando a Curiel tras cinco jornadas de marcha. Por el valle del río Duero, a varias leguas de distancia, pudieron divisar el castillo que coronaba una prominente y árida colina. Era una fortaleza amurallada con una gran torre en su flanco sur. Allí, sin duda, era donde estaba preso el infante, debió pensar doña María.

Solo doña Toda y don Garcí entraron en el baluarte. Tras hablar con el alcaide, que era un caballero de Valladolid, y darle seguridad de que esa manceba era la esposa del infante don Juan, doña María fue saludada y acogida con la dignidad que merecía. La dueña navarra y su esposo se despidieron con tristeza de la dama, sabiendo que no era ni por asomo agradable morar junto a su marido poco menos que como si ella misma fuera prisionera de aquel lugar. Doña María miró por última vez a los señores navarros y sus caballeros mientras se alejaban, penetrando resignada junto a sus sirvientas en el alcázar. Realmente no sentía gran deseo de ver a su esposo, y menos aún, en la guisa en la que se hallaba.

El siguiente año del Señor de mil doscientos noventa, el rey don Sancho llegó a tierras del obispado de Cuenca con gran hueste. Las gentes de esas comarcas salieron al camino a su encuentro, postrándose a su paso o bregando por llegar a él y besar su mano.

El obispo de Astorga fue de los últimos en recibirle, ya a las puertas de la maltrecha villa de Huete.

—Majestad —saludó el obispo.

—Don Martino —respondió el rey, desmontando con dificultad de su palafrén.

—Señor, ¿os halláis sano? Os veo demacrado y vuestra tez está pálida y empapada en sudores.

—Tan solo debo reposar de mi viaje a Bayona.

—Diría que sois doliente de calenturas, don Sancho —dijo el clérigo, sin dejar de escrutarlo, tomando del brazo al rey y acompañándolo a sus casas.

—Deberíais haber sido físico, mi buen don Martino.

—Pluguiera a Dios que pudiera encontrar remedio para los males que acucian al cuerpo además de los de al espíritu...

Clérigo y monarca entraron en el lugar, llegando a unas casas en cuya estancia principal posó don Sancho, acompañado de varios físicos y mozos de cámara. Una vez el rey pudo dar descanso a sus doloridos huesos echándose en un camastro, el maestro Nicolás, uno de sus físicos de mayor confianza, le dio a beber el polvo triturado de una piedra que había mezclado con agua para tratar la disentería que sufría.

—Esto detendrá la menazón, mi señor —dijo el maestro Nicolás—. Reposad ahora.

Procurado el remedio, se retiraron los físicos junto al obispo don Martino a una cámara cercana para hablar en confidencia.

—La fiebre cuartana ha recrecido, don Martino. Su muerte es inevitable —confesó otro de los físicos, de nombre Abraham.

—¿Desamparáis pues al rey? —preguntó el clérigo, asombrado a la par que indignado.

—Con gran pesar, obispo —respondió el maestro Nicolás—. Ni nuestra ciencia ni saber tienen ya lugar aquí. Solo queda orar por él.

Compungido, don Martino retornó junto a su señor, no sin antes ordenar a uno de los mozos que les sirvieran vino y prepararan un caldo.

—Señor, ahora os traerán vino caliente. A buen seguro, eso os reconfortará.

—Buen consejo... de un buen privado.

—Y decidme, señor, ¿vuestra ida a Bayona resultó venturosa?

—Lo fue. Me vi con el rey Felipe, y allí aosegamos todo nuestro pleito bien y cumplidamente. Nos quitamos todas las demandas para siempre jamás y acordamos postura de ser contra don Fernando de la Cerda y contra el rey don Alfonso de Aragón... Hemos fincado como amigos —respondió el monarca, con seriedad.

—¿Por qué entonces ese mal talante, majestad? Os conozco bien y sé que ninguna dolencia que podáis padecer os arredra de tal modo.

—Esta misma mano que estrechó el rey de Francia es la que no besan mis ricos hombres. Don Diego López de Haro y don Juan Núñez de Lara

me hacen guerra. Mi propio hermano don Juan y mi sobrino don Fernando son enemigos míos declarados. Mis fuerzas flaquean y temo no dejar a mi hijo en heredad más que una tierra devastada. No veo más que buitres que hurgan entre las costillas y vísceras de una vieja res muerta, hasta dejar solo huesos blanquecinos que en nada se parecen a lo que ese animal fue en vida. Sé que tanto yo, como vos, como los que nos acechan y estragan mis tierras y a mis súbditos, seremos eso mismo algún día, por lo que no temo la visión del sepulcro ni el padecimiento que la enfermedad inflija a mi carne. Solo ruego a Dios para que mi alma more junto a sus santos y elegidos, pero ni eso consuela el dolor y la rabia que siento, por ver lo que le depara a mi hijo, el infante don Fernando. Siempre me he conducido como me enseñaron... con firmeza y apenas piedad. ¿Y a dónde me ha llevado? ¿Podré legar a mi primogénito, si no la paz, al menos unas migajas de sosiego en los albores de su reinado? ¿En quién le diré que puede confiar? ¿A quién pediré en mi lecho de muerte que vele por el porvenir de mi descendencia?

—Señor... ¿por qué habéis mentado a don Juan Núñez de Lara como vuestro enemigo? ¿No acordasteis posturas con él en Valladolid para asosegarlo a vuestro servicio? —inquirió el obispo, tomando dos copas traídas por un criado, dándole una al monarca.

—¿Acaso no habéis sabido nada de él?

—¿Qué he de saber, majestad?

—Si me he llegado aquí desde Burgos, no es para reconfortar a los de esta tierra con mi presencia ni enjuagar sus lágrimas por los males que don Diego López y los aragoneses les han infligido. Si me hallo aquí, ante vos, es para combatir a ese que me ha desafiado.

—¿Desafiado? Pero don Juan Núñez había vuelto a vuestra merced ¿No entregó a su hija a vuestra esposa, tal y como se comprometió, como seguridad de su obediencia?

—Lo hizo, pero, aún y con ello, me desirve...

—¿Y en qué manera lo ha hecho?

—Atacando este término y también Alarcón. Envié contra él grandes gentes al mando de Ruy Gil de Villalobos, Esteban Fernández de Castro, Pay Gómez Chariño y Esteban Pérez Florián, con toda mi mesnada y caballería, para que lo echaran de la tierra y quitaran la presa que llevaba consigo.

—Algunos de esos hombres que mentáis fracasaron ante don Diego López en Pajarón. A buen seguro reivindicarán su valía contra don Juan Núñez.

—No...

—¿No, decís?

—Mis ricoshombres dieron alcance a don Juan Núñez en un lugar que llaman *la Cabrera*, acometiendo muy locamente por una angostura,



de tal manera que don Juan mató a muchos de ellos. Los venció y tomó todos los pendones que llevaban. Y, así, desbaratadas mis huestes, don Juan fue con gran despojo junto al rey de Aragón y el propio don Diego López, morando juntos en Valencia.

—¿Y teméis que don Juan Núñez haya jurado pleito homenaje al rey don Alfonso de Aragón?

—Si fuera así, vería en vida el ocaso de mi estirpe y puede que de mis Señoríos... Los mayores linajes de mis reinos, desnaturalizados de mí y haciéndome guerra. Los Haro y los Lara al servicio del aragonés... Quiera Dios que muera antes de ver consumada tamaña villanía y oprobio.

—Rogaré a Dios para que les llegue a ambos el buen juicio o un gran castigo.

Don Sancho se cubrió el rostro con las manos.

—La fiebre me hace divagar, don Martino... Me han llegado nuevas alegres de Valladolid. Mi mujer ha encaescido un hijo varón... Lo llamaré Pedro...

—Mis bendiciones sean con él. Dedicaré la misa de mañana a su nombre.

—Necesitaré algo más que plegarias para enfrentar los males que se ciernen sobre mi corona. La reina me aconseja hacer algo que nunca habría meditado ni por un momento... y puede que me arrepienta largamente...

—Si vuestra esposa os habla en un sentido, largamente lo habrá meditado ella, y nunca he sabido que haya ofrecido mal consejo.

—Que Dios os oiga, don Martino...

Doña María Díaz despertó con una extraña sensación de placidez, un templado amanecer del mes de agosto del año del Señor de mil doscientos noventa y uno, día de San Bartolomé.

Se hallaba preñada y posaba en una estancia cercana a la de su esposo, el cual permanecía vigilado día y noche, aunque gozaba de más libertad y privilegios que cualquier otro reo. La del linaje de los Haro rezó sus oraciones, y, al terminarlas, antes de acudir a desayunar junto con su esposo, escuchó el eco de un caballo al galope. Se asomó a su ventana y vio a un jinete llegar desde el oeste. Nunca en el tiempo que ella había permanecido allí, había alguien acudido a Curiel con tanta premura. Fue ante su marido para alertarlo, pero el infante también era consciente de ello.

—Don Juan... —dijo doña María, entrando en el aposento de su esposo.

—Lo sé —murmuró el infante, observando por su ventana cómo el recién llegado entraba en el alcázar.

Al poco, varios golpes sonaron en la puerta.

—Infante —dijo el alcaide, asomándose al cuarto—, el rey ha enviado mandadería por la cual me ordena liberaros.

Doña María estrechó emocionada los brazos a su esposo, pero este no mostró sentimiento alguno. Su naturaleza desconfiada le hacía recelar y temer de todo y de todos.

—Vamos, esposo —dijo doña María—, salgamos de aquí.

—No creo ese mandato. No confío en estos hombres y menos aún en mi hermano —susurró el infante.

—Vuestro hermano también puede mostrar piedad, y la reina doña María siempre ha procurado ayudaros. Tengo por cierto que es ella la que ha pugnado ante don Sancho para que seáis liberado.

Ambos señores dejaron la estancia que durante años había servido de celda, bajando las escaleras que daban el patio de armas.

—Mi hermano no es piadoso —continuaba murmurando don Juan— ... tiene miedo. He oído que es presa de fuertes dolencias. Si me libera ahora, a buen seguro es porque necesita de mi servicio para poner orden y buen regimiento en sus reinos antes de dejar este mundo. De Olmedo —dijo al que los guiaba—. Como hombre libre y franco que soy, háblame pues, con libertad y franqueza, la misma de la que me has privado estos años. ¿Qué ocurre en la tierra que sea tan grave como para que el rey me requiera a su lado?

Tras vacilar unos instantes, el caballero vallisoletano recordó que, desde hacía minutos, ya no tenía frente sí a un ilustre preso, sino a un infante de Castilla y León que podía darle muerte sin temer represalias.

—Señor... don Diego López de Haro ha rendido pleitesía al rey de Aragón, y junto con don Juan Núñez de Lara, desnaturalizado también del rey don Sancho, causan muchos daños, muertes, robos y alborotos en Castilla.

—Temeroso —susurró para sí el infante don Juan, se diría que con regocijo—... Yo me hallaría muy temeroso si estuviera en la piel de mi hermano...

Don Juan y doña María, seguidos por sus sirvientas y varios caballeros de Curiel, se encaminaron a lomos de mulas a Palencia, donde el monarca castellano se hallaba congregado con el Cabildo de la catedral de esa ciudad y muchos frailes predicadores.

Transcurridas varias horas de silenciosa marcha en la que no se pronunciaron palabras, pero sí bulleron pensamientos en las mentes, el infante se percató de que su esposa hacía callado llanto.

—¿Qué os aflige, señora? —preguntó él.

—Lo que he oído de boca del castillero... que mi tío don Diego López causa males y alborotos en Castilla...

—Y confío en que hayan sido cuantiosos.

—¿Cómo podéis decir eso?

—Eso y no otra cosa, es lo que mi hermano merece. Cómo lamento no haber estado al lado de vuestro pariente en sus luchas.

—Esposo, me asusta oírlos hablar así...

—No, señora... No somos nosotros quienes debemos estar asustados —sentenció el infante con una sonrisa, finalizando la conversación.

Pasadas cuatro jornadas, don Juan y doña María llegaron a Palencia, atravesando su imponente muralla por la puerta de Santo Toribio, que contaba a su diestra con dos torres almenadas y un matacán entre ellas, bien guardado por varios hombres. El ajetreo de esa ciudad los sobrecojió, pues de vivir en soledad y quietud, se vieron rodeados de gentes que compraban y vendían todo tipo de mercaderías en unas calles atestadas. Entre el gentío, pudieron dar con algunos miembros del Concejo, los cuales los guiaron a las casas del obispo Juan Alfonso de Molina, donde los monarcas posaban.

Don Juan y doña María fueron recibidos por un criado y llevados sin demora a presencia de la reina, que posaba en una pequeña pero acogedora y lujosa sala.

—Señora —dijo el infante don Juan, con una reverencia.

—Salud y gracia, señora —habló aquí doña María, haciendo una genuflexión.

—Don Juan, infante. Doña María, sobrina querida. Bienvenidos —respondió la reina, ofreciéndoles asiento en torno a una mesa.

—¿Cómo se encuentra el rey, mi hermano? —se interesó don Juan.

—Mejorado y ya sin peligro, a Dios gracias. Le ocupa un menester que no permite demora, pero no tardará en reunirse con nos.

En una celda, un hombre llamado Ferran Pérez de Úbeda colgaba de una argolla puesto en hierros. Los grilletes le rasgaban la piel de las manos y muñecas, sus brazos parecían querer desenganjarse de los hombros, y ni podía alcanzar el suelo con los pies para lograr así apoyo y algo de descanso para sus miembros y pulmones. Los golpes de vara con los que le atormentaban no parecían augurar un pronto fin a su calvario. Tras quebrarle varias costillas, el sayón trocó la vara por un látigo de varias colas, comenzando a lacerar su espalda y piernas. Los ahogados gritos del cautivo no reflejaban el verdadero dolor que sentía. El rey don Sancho, sentado pacientemente a su lado, decidió que era el momento de interrogarlo, no fuera que perdiera la consciencia o la vida antes de lo debido.

—¿De dónde sacaste los sellos? —El monarca hizo un gesto con la mano al sayón para que dejara de flagelarlo y poder escuchar la respuesta.

—No... no lo sé... mi señor —balbuceó De Úbeda.

—Los hemos encontrado entre tus cosas. Un hombre que te conoce llegó a Astorga y habló conmigo en confidencia, confesándome tu enemistad y la falsedad en la que andas. Sé la verdad, pero quiero oírla de tu boca.

El reo desistió de continuar con la farsa, y, vencido en su interior, reconoció su culpa.

—Por hacer que los perdierais... hice sellos falsos y cartas de los caballeros y ricoshombres más señalados de vuestro Reino, diciendo que querían tener la voz por vuestro sobrino, don Alfonso de la Cerda, y ser todos contra vos...

—¿Hiciste más cartas falsas además de las que me mostraste?

—Sí, mi señor... Hice un sello y cartas de Enrique Enríquez, echándo- las en el camino del arzobispado de Toledo por donde habíais de pasar...

—Encontré esas cartas —el rey se aproximó al rostro de Ferran Pérez—. Prendí a Enrique Enríquez, y le hubiera matado, si no fuera porque hallé que el sello con el que estaban selladas esas cartas era un poco desvariado.

Una vez escuchada la confesión deseada, don Sancho consideró que aquel hombre no merecía morar más tiempo, ni en su regia presencia ni tampoco en el mundo de los vivos, mandando al sayón que le diera muerte.

El finado rey don Alfonso había ordenado años atrás, y recogido en sus Siete Partidas, que ningún preso podía ser atormentado sin mandato de juez ordinario, y aunque el atormentado reconociera el yerro por el cual había sido hecho preso, debía ser tornado a la cárcel, no debiendo el juez mandarlo ajusticiar. ¿Pero cuándo al rey don Sancho le había importado algo de lo que su padre dijera o mandara, ni ley alguna que no emanara de su propia voluntad?

Don Sancho entró a la estancia donde aguardaban la reina, el infante don Juan y doña María Díaz. Ambos hermanos titubearon por un instante al reencontrarse después de tanto tiempo, ya que la última vez que se vieron fue en una reyerta sangrienta y con sus vidas en peligro de muerte.

—Don Juan... hermano —dijo el rey don Sancho.

—Señor... veo que ni en presencia del Cabildo perdéis ocasión de impartir justicia —respondió irónicamente el infante, mirando las manchas de sangre en las ropas del monarca.

—Sentaos, señores —dijo el soberano, ignorando la burla.

—Celebro veros recuperado de la fiebre cuartana —dijo el infante.

—Y yo os deseo que tengáis un varón sano —correspondió los buenos deseos el rey, mirando el vientre de doña María Díaz.

—Gracias, señor —contestó la del linaje de los Haro—. Hemos sabido de lo ocurrido con don Juan Núñez y mi propio tío, don Diego López. Tened por cierto que nada se ha hecho con nuestra ayuda ni consejo.

—¿Cómo perdisteis a don Juan Núñez? —preguntó el infante.

—Por algunos de mis privados que querían echarle de mi lado. Le hicieron llegar un falso escrito en el que se decía que yo quería matarlo. Al poco de aquello, me llegó mensajería de cómo el rey de Aragón, condecorador de que yo era mal doliente, ordenó a don Diego y don Juan correr Castilla, causando muchas muertes y quemas en las tierras de Molina, Sigüenza, Atienza, Berlanga y Almazán, retirándose ambos ricoshombres a Aragón con gran despojo. Al tiempo, un aliado portugués de don Juan Núñez, llamado don Juan Alfonso de Alburquerque, ha causado muchos alborotos en Galicia por orden suya.

—De modo que es por esto por lo que me habéis liberado.

—Deseo partir a hacer la guerra contra los moros, y para ello debo asosegar esto —dijo don Sancho—. Necesito que acudáis a Portugal, a la Corte del rey don Dionis, y os aseguréis de que no presta auxilio ni cobijo a esos que se han partido de mi servicio.

—Antes hay una demanda que quisiera tratar, señor —dijo el infante, valiéndose de su nueva posición de fuerza—. Vizcaya. La cual pertenece por derecho a mi esposa, doña María Díaz y, a mí, como heredad.

—Mientras don Diego López siga asolando nuestras tierras y rinda pleitesía al rey de Aragón, Vizcaya, como todas las posesiones de los Haro, deben permanecer sujetas a la Corona —aseveró el monarca.

Ni don Juan ni doña María contestaron, siendo la reina quien intervino para evitar mayores tensiones o que brotara una nueva disputa.

—Perded cuidado, doña María —habló con cordialidad la consorte real—. Os juro que, si don Diego López quisiera entrar en Vizcaya, llamándose señor de ella, el rey acudirá allí con todo su poder de gentes y lo echará de la tierra.

—¿Iréis a Córdoba para comenzar la guerra contra los moros? —preguntó el infante, fingiendo interés.

—No. Cercaré Algeciras. Ya he ordenado armar muy gran flota en los puertos de la mar de Castilla, Asturias y Galicia. Recién me ha llegado mandato de cómo Abu Ya'qub, el rey de Marruecos, se halla en el mar de Tánger con una flota de veintisiete galeras y más de doce mil caballeros.

—Será un costoso sitio, señor —dijo don Juan.

—Desde luego. Es por ello que he pedido a todos los de mis reinos que me den tres servicios para mantenimiento de esa cerca. Y por los servicios que me han mandado los de la hueste de Haro por diez años, he pagado a todos mis hijosdalgo, y los prelados me han traído mil cuatrocientas veces mil maravedís.

Doña María no pronunció palabra, pero su interior ardía en deseos de decir o hacer algo de lo que podría arrepentirse.

—Comamos ahora —intervino la reina, viendo que los criados del obispo ya entraban en la sala con platos y cazuelas.

Al anochecer, en sus aposentos, don Juan y doña María estaban lejos de poder conciliar el sueño.

—Son mis tierras las que expolia para pagar sus campañas —dijo entre dientes la del linaje de los Haro—. A mis súbditos, los que deja en la pobreza.

—Eso lo sufren todas las gentes del común por un pecho que les ha echado mi hermano, llamado *sisa*, con el que grava toda la tierra. Pero para eso contamos con siervos los ricos hombres, para cargarlos con impuestos como se ordeña a las vacas.

—Pero ved que ahora apenas tenemos rentas ni lugares con los que mantenernos.

—Lo sé bien, señora. Pero yo soy don Juan de Castilla, y vos, doña María Díaz de Haro. Creed que no nos faltará monarca que nos acoja y conceda grandes mercedes.

—Sí... soy doña María Díaz de Haro, la legítima heredera al señorío de Vizcaya, y mirad en qué guisa me hallo.

—¡Y yo un infante de Castilla! —gritó él, liberando rabia contenida—. ¡Hijo del muy noble rey don Alfonso! ¡¿Y de qué me ha servido?! ¡He pasado los tres últimos años apresado! ¡Repudiado por los míos y privado de cuanto mi dignidad merece!... No, señora; no importa quiénes seamos en verdad, solo cuentan las fuerzas que acaudillamos y las alianzas que podamos sellar.

—Esposo mío, decidme, por piedad, que no es la venganza la que guiará vuestros pasos.

—Os aseguro, señora, que es el deseo de venganza contra mi hermano el que guía cada uno de mis actos y pensamientos. Presto me hallo para resarcirme de mi encierro y el homicidio de vuestro padre, al que se diría que yo apreciaba más que vos. Lo vengaré como el hijo que ya no tiene y como vos lo haríais si fueseis varón.

—Pero... —musitó doña María, sin casi salirle la voz.

—Vos no estuvisteis allí. No fuisteis testigo de lo que ocurrió. No presenciasteis cómo mataron al conde don Lope, vuestro padre. No visteis la locura en los ojos de mi hermano, y cómo, sin titubear, ajustició por la espada a don Diego López de Campos. Yo mismo habría sido muerto si la reina no se hubiera echado sobre mí, protegiéndome con su propia persona... No habéis padecido mi cruel encierro... Tres largos años... en los que ni un solo día con sus noches he dejado de suplicar a Dios que me permita ejecutar mi venganza.

—Yo también he vivido poco menos que como una prisionera, esposo mío. Fue sangre de mi sangre la que se derramó en Alfaro. Fui yo la que quede huérfana y desamparada, pero ni un solo día he rogado ni clamado venganza. Yo vi en Haro los frutos del horror que sembraron tanto mi padre como el rey don Sancho. Vi una tierra devastada y ni quise

pensar en el sufrimiento de mis súbditos. Y ahora, sin pudor, ¿me decís que son esos mismos frutos los que vos pretendéis cosechar?

—Lo que visteis en Haro, fue el fruto de la lealtad. Lealtad de unos vasallos a la memoria de su señor y a vuestro linaje. Lealtad de los que guardaban esa villa y castillo para los descendientes del conde, y para los nuestros —dijo el infante, acercándose a la dama.

—Señor... —susurró ella, rogando con los ojos que tomara otro camino.

—Soy un hombre, mi dulce dueña. No me pidáis que actúe como si fuera otra cosa.

Recién nacido el nuevo día, el infante don Juan besó la mano al infante don Fernando, primogénito y heredero del rey don Sancho, tomándolo por rey y señor cuando finara su padre. Creo que habría besado la mano del mismo diablo si con ello lograra cumplir sus fines.

El día de San Juan del año del Señor de mil doscientos noventa y dos, el monarca castellano llegó a Tarifa con toda su flota, hueste y once ingenios de asedio que había ordenado labrar. Su intención, como habíamos dicho, era la de cercar Algeciras, pero le aconsejaron que sitiara esa otra villa, por razón de que la mar era más estrecha allí, y que, por tanto, había mejor salida para los caballos que en ningún otro lugar. El monarca mandó armar los ingenios y combatir Tarifa muy fuertemente por mar y por tierra hasta que la entró y tomó por la fuerza, siendo el día de septiembre de San Mateo.

Pero, de regreso de la Andalucía, don Sancho recibió un duro revés, pues le llegaron nuevas de cómo el infante don Juan, su hermano, y don Juan Núñez “el Mozo”, primogénito de don Juan Núñez de Lara, eran avenidos en uno, y desde tierra de Treviño tomaban voz contra él, junto con otros ricos hombres y caballeros, por algunos desafueros que, decían, se les había hecho.

Así es. Unos hombres se conducen como bestias y otros no escarmientan por muchos golpes de vara que reciban. Doña María se hallaba entonces a no más de diez leguas de Vizcaya, donde alumbró a una niña a la que bautizó con el nombre de: María. Hacía años que no había estado tan próxima a su ansiada heredad, pero, al mismo tiempo, la sentía más lejana que nunca, pues los propósitos de su esposo, del que también se sentía cada vez más lejos, no eran de enmienda ni de búsqueda de la paz, pareciendo el infante no tener más pasiones en su corazón que un resentimiento y malicia infinitas.

El monarca castellano hizo llamar a todos los de su señorío a voz de apellido, dejando en Burgos a la reina y a su primogénito, el infante don Fernando, que era mancebo, pertrechando gran número de caballeros para ir contra el infante don Juan y don Juan Núñez, y sofocar su algarada.

Al saber eso, doña María Díaz, que el siguiente año del Señor de mil doscientos noventa y tres alumbró un varón, al que llamó Juan, temió que acaeciera una lucha despiadada repleta de escenas sangrientas como las que le habían narrado de mano de su padre y su tío. Sin embargo, descubrió que aquellos hombres que se conducían como bestias sin razón, también se acobardaban como cachorros indefensos cuando veían próximas las consecuencias de unos actos mal medidos. Y es que cuando el infante y el del linaje de los Lara supieron que don Sancho salía de Burgos, se refugiaron con gran miedo en tierra de León. El rey los persiguió, y don Juan Núñez, no queriendo porfiar más en esa causa ni ir contra su señor natural, regresó a la merced de don Sancho.

Al tener don Juan conocimiento de esa deslealtad, desamparó cuanto tenía, partiendo a Portugal con gran miedo, embarcando en Lisboa rumbo a Francia el siguiente año del Señor de mil doscientos noventa y cuatro. Pero quisieron los vientos adversos que su nave fuera a parar a Marruecos, al puerto de Tánger. Una vez allí, el esposo de doña María envió sus mandaderos al sultán Abu Ya'qub, a quien dijo que iría a su merced y se convertiría en su vasallo.

Si inicié este relato hablándote de un acto execrable cometido por el rey don Sancho, no puedo dejar de contarte otro no menos abominable perpetrado por su hermano. Y es que, cuando don Juan llegó ante el rey de Marruecos, supo que don Juan Núñez “el Viejo” había muerto, y que sus hijos habían dejado la frontera con toda su hueste, no fincando allí caballero alguno, siendo retornados todos a Castilla. El sultán Abu Ya'qub vio entonces la ocasión de tomar Tarifa, encomendando al infante que cercara la villa, dándole cinco mil caballeros de su mesnada para que pudiera cobrarla. Y a don Juan le plugo mucho esto por ser ocasión de hacer gran daño y mal a su hermano.

Llegado a Tarifa, el infante y sus moros la combatieron fuertemente, pero el alcaide, don Alfonso Pérez de Guzmán, que tenía pleito homenaje por el rey don Sancho, supo defenderla muy bien y con tenacidad. Don Juan, impotente y sañado, tomó a un mozo pequeño de diez años que tenía bajo su custodia, llamado Pedro Alfonso de Guzmán, que, por maldita fortuna, resultó ser hijo de este Alfonso Pérez, diciendo al castillero que le diese la villa o, de lo contrario, lo mataría. Sé que hay momentos en los que preferirías no tener ojos ni oídos, ni mente para recrear ciertos sucesos, pero la verdad es pura y, aunque malvada, debemos bregar por conocerla, por muy doloroso que nos resulte ese saber.

—¡Este es el niño que me diste para llevar al rey don Dionis de Portugal! —gritó el infante.

—¡Reconozco que es mi hijo mayor! —respondió desde una torre, el alcaide—. ¡El más amado y querido! ¡Mucho me pesa verlo en vuestro poder y no en el de aquel a quien yo lo enviaba!



—¡Entrégame hoy la villa, o si no, mataré a tu hijo sin ninguna piedad! —amenazó el infante.

Alfonso Pérez ofreció a cambio de la vida de su primogénito su peso en plata o doblas de oro, pero don Juan se negó. El alcaide respondió entonces que no le daría la villa, y que, si quería matar al mozo, él le daría cuchillo con que hacerlo, lanzándole por encima del adarve una daga que llevaba al cinto, diciendo que antes quisiera que matasen a aquel hijo suyo y a otros cinco si los tuviera, que darle la villa del rey, su señor. Al oír eso, el infante don Juan, con gran enojo y saña, mandó a los del sultán que mataran al mozo con el cuchillo que su padre había arrojado.

Pero ese cruel sacrificio no sirvió de nada, pues Tarifa no pudo ser rendida. Desconozco si doña María se encontraba junto al infante o permanecería en tierra de Castilla. Lo que sí puedo imaginar, es que seguramente ese día, junto con el mozo Pedro Alfonso de Guzmán, moriría el mucho o poco aprecio que aún pudiera sentir la del linaje de los Haro por su esposo.

Para colmo de males de doña María, don Diego López, su tío, salió de Aragón, entrando en Vizcaya, queriendo alzarse con ella, como su señor. Cuando lo supo, el rey don Sancho fue a su encuentro con muchas compañías, y, con él, don Nuño González y don Juan Núñez de Lara, segundo de su nombre, hijos del finado don Juan Núñez; y don Enrique “el Senador”, tío del soberano, que había regresado a Castilla tras permanecer durante veintiséis años apresado en la ciudad italiana de Pulla. Don Diego López fue echado de Vizcaya, pues no la tenía apoderada ni aun asegurada, entregándola en tenencia el monarca castellano a uno de sus hijos, el mozo infante don Enrique.

Pero ningún hombre, por muy divino que se crea, puede huir del día en el que deba rendir cuenta por sus obras ante el Juez Supremo. Esa hora le llegó al rey don Sancho en el mes de enero del año del Señor de mil doscientos noventa y cinco, cuando, estando en Alcalá de Henares, entendió, por una gran dolencia, que no tardaría en morir. Mandó entonces reunir en torno a él a obispos, prelados, ricos hombres y maestros de las caballerías de las órdenes militares. Su mayor y más fundado temor era que cuando él finase, hubiera gran discordia en su tierra por la guarda del infante don Fernando, su hijo heredero, que era muy pequeño de edad, contando apenas nueve años. Y sabiendo que la reina doña María, su mujer, era de gran entendimiento, la nombró tutora y regidora de todos sus reinos hasta que el infante tuviera edad cumplida, haciendo guardar dicho pleito homenaje a todos los de su tierra allí congregados.

Pidió ver después a don Juan Núñez de Lara.

—Don Juan Núñez —habló aquí el rey—, bien sabéis que llegasteis a mí, mozo sin barbas, y yo os hice mucha merced. Lo uno, en casamiento que os di muy bueno, y, lo otro, en tierras y en cuantía de dineros. Y

ahora os ruego, siendo yo tan mal andante como vos veis que, si muriera, nunca desamparéis al infante don Fernando, mi hijo, hasta que él tenga barbas. Y, además, que sirváis a la reina toda su vida, pues mucho lo merece y mucho le debéis vos y vuestro linaje, y si así lo hicieréis, que Dios os lo galardone... y si no, que él os lo demande en el lugar donde más menester tuviereis.

—Señor —respondió don Juan Núñez—, todo esto yo reconozco que así es, y os hago pleito homenaje de que lo cumpliré, y si no, Dios me lo demande. Amen.

Durante un mes moró el rey en Madrid, hasta que, aquejado muy fuertemente por su dolencia y viendo que no podría escapar de la muerte, se hizo llevar en andas en cuellos de hombres a la ciudad de Toledo. Allí se confesó, tomó el cuerpo de nuestro Señor, se hizo ungir y, como rey muy católico, recibió todos los sacramentos de la santa Iglesia.

Finalmente, a veintiséis días contados del mes de abril, pasada la medianoche, entregó el alma a nuestro señor Jesucristo. El arzobispo de Toledo con el resto de la clerecía, freires de las ordenes militares y todos los grandes hombres, tomaron el cuerpo del monarca y lo llevaron a la iglesia Mayor de Santa María. La reina y dueñas de la ciudad hicieron tan gran llanto, que no podría hombre contar cuan grande fue. Don Juan Núñez; su hermano, don Nuño González; y otros ricoshombres con todos los caballeros y el pueblo de Toledo, hicieron igualmente muy gran llanto por él. El arzobispo dijo la misa, y cuando la acabó, enterraron el cuerpo de don Sancho en el monumento de piedra que él mismo mandara hacer en vida. Los ricohombres tomaron luego al infante don Fernando, le quitaron los bastos paños de máfaga con los que lo había vestido su padre y ataviaron con otros nobles de tartarí. Fue llevado después a la iglesia Mayor y puesto ante el altar mayor, siendo recibido por rey y señor de Castilla y León. La reina doña María, su madre, juró en nombre del ya monarca don Fernando IV, guardar los fueros a los hijosdalgo y a todos los de su Reino.

El llanto continuó nueve días. Pero para muchos, el llanto no cesaría en años.

A cinco días andados del mes de julio, una gran pieza de caballeros y peones avanzaba por tierras de Bureba y Rioja, camino de Santo Domingo de la Calzada. Iban vestidos todos con gambesones y lorigas; cubrían sus cabezas con almófares y capelinas; portaban ballestas, espadas en los cintos y descansaban lanzas en las cujas de sus monturas.

Comandaban esa hueste los descendientes del linaje de Lara: los hermanos don Nuño González y don Juan Núñez. Este último atesoraba por entonces un notable poder, pues no solo era heredero del solar de los Lara, sino que había sellado una alianza con el infante don Juan, al

celebrar esponsales con su hija, doña María, la cual le fue entregada con tan solo tres años de edad, para que la tuviera en su custodia hasta que llegara el día en el que pudieran consumir su matrimonio.

Don Diego López vio llegar aquellas compañías desde una de las torres que guardaban la puerta y puente del río Oja. El del linaje de los Haro no se inquietó, dejando el muro y regresando a su posada, pues los que llegaban a él tan empoderados y se diría que belicosos, eran sus propios sobrinos. Así es. Había olvidado decirte que el padre de esos mozos, el difunto don Juan Núñez de Lara “el Viejo”, casó con Teresa de Haro, hermana de don Diego López. Pero recordar todos y cada uno de los enlaces y parentescos de estos ricoshombres, me resulta dificultoso incluso a mí.

Don Juan Núñez y don Nuño González mandaron a su hueste permanecer en el arrabal, fuera de los muros de la villa, cruzando el puente en compañía de unos pocos escuderos, llegando a paso calmado a las posadas de don Diego. Reconocieron a su tío sentado en una mesa alejada de la puerta y ventanas, con tan solo una jarra y un vaso a su lado. Los hermanos se despojaron de sus capas y entregaron sus armas a los criados, acercándose a su pariente.

—Tío. Señor —dijo don Juan Núñez.

—Don Diego —saludó igualmente Nuño González.

—Sobrinos... Señores... ¿Qué habéis venido a demandarme? —preguntó don Diego, sin denotar ningún tipo de emoción.

—Tan solo deseamos hablar en confidencia y franca amistad, don Diego —replicó don Juan Núñez.

—¿Hablar?... ¿En amistad? —cuestionó de forma retórica don Diego López—. La reina ha debido hacer una manlieva de muy gran cuantía para aguisar de tal modo a tantos caballeros como acaudilláis. Así se pertrechan los hombres para la guerra, no para el habla.

—Habéis dicho verdad, don Diego —reconoció don Juan Núñez—. La reina doña María hizo esto por nuestra demanda, pero no veáis amenaza en esas gentes ni en nosotros mismos.

El del linaje de los Haro ofreció asiento a sus sobrinos frente a él con un gesto de la mano.

—La reina madre está muy quejada —dijo don Nuño González—. Y no es por sí misma por la que pena, sino por su mancebo hijo, el rey. A Toledo han llegado malas nuevas. No solo ha sabido que vos entrabais en Castilla desde Aragón con gran poder de gentes, demandando Vizcaya, sino también, que el infante don Juan se halla en Granada, haciéndose llamar “rey de los reinos de Castilla y León”, queriendo entrar en la tierra con muy gran poder de moros.

—Doña María pidió vernos y habló con nosotros de la mejor manera que pudo —continuó don Juan—, mostrándonos toda su hacienda y encomendándonos al propio rey, a sí misma y a todos sus reinos.

—Nos rogó mucho —retomó la palabra su hermano—, por derecho, por el deudo que tenemos con ella, y por los muchos bienes que de ella hemos recibido, que sirviéramos al rey y le aconsejáramos.

—Hemos venido ante vos en concordia para poner buen remedio a estos hechos —finalizó don Juan Núñez.

—¿Y cómo pensáis poner buen remedio a... mi hecho? —preguntó con sarcasmo don Diego.

—Ofreciéndoo una alianza, señor —dijo don Juan Núñez.

—¿Una alianza con la Corona? ¿La misma que asesinó a mi hermano y ha despojado a mi linaje de las villas de Haro, Orduña, Balmaseda y la propia Vizcaya?

—Una alianza con nuestra casa, don Diego —aclaró el ofrecimiento don Nuño—. Ya combatisteis junto a nuestro padre una vez. Hacedlo ahora a nuestro lado.

—Puede que lo desconozcáis —continuó don Juan—, pero hay un hombre muy bullicioso que ambiciona ser tutor del rey don Fernando y tener su guarda para empoderarse de él.

—Os referís a don Enrique “el Senador” —se anticipó don Diego.

—El mismo. Sabemos que ha hecho ayuntamiento de hijosdalgo en los concejos de los obispados de Osma y Sigüenza, y cuenta con el apoyo de los concejos de León, las Extremaduras y muchos otros lugares, que han acordado posturas de seguirlo como si fuera el mismo rey.

—Cuando la reina madre —prosiguió don Nuño— tuvo conocimiento de cómo el infante don Enrique hacía ayuntamiento de hijosdalgo, receló mucho de él, y acordó con el arzobispo de Toledo, el obispo don Rodrigo, y los maestros de las órdenes de caballería de Uclés, Calatrava, Alcántara y del Temple, convocar con inmediatez Cortes en Valladolid, para que los concejos enviaran sus procuradores, y, a una misma voz, tomaran por único rey y señor a su hijo, don Fernando.

—Como respuesta —retomó la palabra don Juan—, el infante recorrió las comarcas de Castilla y León, sembrando los campos de discordia y graves mentiras, diciendo en plazas y descampados que le dolía el estado de la tierra, y que su voluntad era que torne a ser en la manera que fuera en tiempo del rey don Fernando, su padre, prometiendo a las gentes que si le reconocían como guardián y gobernador de los reinos, los guardaría de desafueros y quitaría los impuestos con los que las campañas militares del rey don Sancho los han castigado. Y que tenía por cierto que, si la reina convocaba Cortes, era para echar sobre la tierra grandes tributos, más de los que ya soportan, pidiendo a esos comunes que fueran a Valladolid en número mayor de los que suelen ir, y que llevaran caballos, armas y lorigas.

—¿Y ellos se lo otorgaron? —preguntó don Diego.

—Así es —respondió don Nuño— las gentes ignorantes de todos los pueblos y aldeas le creyeron, alabaron con gran y necio júbilo, y concedieron cuanto les demandaba.

—Hay dos formas de alcanzar el poder sin violencia —murmuró don Diego—, con promesas o con amenazas, y las primeras nunca suelen cumplirse...

—Eso no importa —aseveró don Juan—, una vez alcanzado el poder.

—Olvidad los tiempos en los que los Lara y los Haro nos enfrentábamos, don Diego —susurró don Nuño—. Debemos unirnos. Solo así nuestras familias perdurarán...

El del linaje de los Haro había escuchado con atención. Esas razones, que más parecían advertencias, sembraron dudas en su mente, haciendo que meditara trocar su postura.

—Sabemos que sois conocedor de la pleitesía que hicimos a la reina de lidiar con vos y echaros de la tierra —habló aquí don Juan Núñez, ante la indecisión de su tío—. Pero eso fue un engaño.

—Lo cierto, don Diego —continuó don Nuño—, es que hemos venido a vuestra merced para avenirnos con vos, y ambos os hacemos pleito homenaje y prometemos apoyaros para que seáis señor de Vizcaya, ahora en poder del mozo infante don Enrique, hijo del difunto don Sancho, que no cuenta más de siete años de edad. Acudiremos con esta demanda a las Cortes de Valladolid, y si la reina madre, a pesar de nuestro consejo, no quisiera dárosela, deserviremos a don Fernando y tomaremos por rey de Castilla y León a otro cual vos queráis.

Escuchar aquello desarmó a don Diego, que ni en sus mejores ensañaciones podía haber imaginado tal ofrecimiento por parte de los Lara.

—Vos, junto al finado rey don Sancho y el propio Enrique “el Senador”, me combatisteis y echasteis de Vizcaya —dijo don Diego a don Juan Núñez—. Y, en su lecho de muerte, hicisteis pleito homenaje a don Sancho de amparar y proteger siempre al ahora rey don Fernando, su hijo. ¿Por qué debo creer en la palabra de un hombre que traiciona sin pudor su juramento más sagrado?

Don Juan respondió con el alma descubierta y la vergüenza enterrada.

—Porque tengo más que ganar apoyando las pretensiones de un richombre como vos, que las de un viejo, o los derechos de un mancebo débil, sin voluntad ni valor, que puede que no llegue a la mayoría de edad.

Don Diego López vio sinceridad en esas palabras descarnadas, recapacitando por unos instantes antes de dar su respuesta, pues podía tratarse de un embuste. Tal vez pensarán tenderle una celada una vez se hubiera confiado. Pero también había percibido temor, y el temor empuja a los hombres a cometer actos inconcebibles. Si a ello sumaba la codicia... sí, podía creer las palabras de sus sobrinos.

—En una época que se rigiera por el honor y la lealtad, sacaríamos aquí dagas y puñales —recitó don Diego, como ausente—, y nos acuchillaríamos hasta la muerte sin compasión... y este mundo sería un poco más justo... y más digno.

—Pero no hemos nacido en ese tiempo... —susurró don Juan Núñez.

—No —confirmó su tío—. Es por ello que yo llegaré a ser señor de Vizcaya. Y vos gozaréis de una vida opulenta.

A principios del mes de agosto, la reina madre doña María de Molina llegó a Valladolid junto al rey don Fernando para celebrar las Cortes.

Esperaba disputas, riñas y demandas osadas por parte de los que acaudillaba don Enrique “el Senador”, pero nunca lo que ocurrió. Y es que, al ir a entrar en la ciudad, le cerraron las puertas. Había temido muchas cosas desde la muerte de su esposo, el rey don Sancho, pero nunca tamaña irreverencia. Nunca, que fuera tratada como una pordiosera oapestada a la que se niega la entrada en una de sus villas. Tal fue su asombro, que permaneció ante esas puertas sin armar escándalo, como se podría haber esperado. Ella, la regidora de los reinos, y su hijo, el soberano de Castilla y León, aquel cuya voluntad era cuasi ley, descubrieron que ahora tan solo eran una mujer viuda y un mozo sin edad. Y que no solo era posible que los personeros de los concejos no tomaran a don Fernando como rey, sino que ni tan siquiera los acogieran entre ellos.

Transcurrida buena parte de ese caluroso día, los de la ciudad acordaron darle entrada a ella, al rey, y a sus oficiales, pero a ningún otro. Cuando llegó a la plaza, doña María vio a don Enrique “el Senador” al frente de muchas compañías armadas.

—Señora —dijo el infante—, he venido antes vos para que me otorgéis en Cortes la guarda del rey y de los reinos. Si no, tomaré otra carrera.

—Me reuniré con mi Consejo, don Enrique —respondió con estoicidad doña María—, y daré cumplida respuesta a vuestra demanda.

La reina madre, junto con el rey don Fernando, se ayuntó sin tardanza en deliberación en el palacio para tratar esos hechos con sus privados, ricoshombres, maestros de las órdenes de caballería, prelados y otros vasallos, trasladándoles tal petición.

—Recelo mucho de este don Enrique, mi señora —habló aquí el prior de San Juan, con honda preocupación.

—Todos lo conocemos —dijo el obispo de Osma—. Es gran bulliciador.

—Más hace esto por sí mismo que por guardar lo del rey y lo de la tierra —se sumó a esa postura el maestre de la Orden del Temple.

—Mi señora —intervino aquí el arzobispo de Toledo—, dudo mucho de daros consejo sobre esto. Haced vos lo que entendáis que sea mejor.

Y en los instantes más duros y decisivos de su vida, la reina madre dictó sentencia sobre aquel hecho con la medida y bondad que en ella Dios puso:

—Otorgaré a don Enrique la guarda de los reinos y tutela del rey, pero la guarda de su cuerpo y crianza no se la daré por ninguna cosa del mundo, pues quiero criarlo como hijo mío.

Todos los congregados comprendieron que esa resolución era la más acertada.

—Habéis hablado bien, majestad —dijo su canciller, el abad de Santander, don Nuño Pérez.

—Que entren ahora los siguientes que esperan —mandó la reina.

Ante doña María llegaron dos caballeros del rey portugués don Dionis, los cuales, tras una reverencia, rompieron el lacre de una carta, leyéndola:

—Al rey de Castilla y de León, a los ricoshombres y prelados, a las órdenes de caballería y a los personeros de los pueblos, de mí, don Dionis, por la gracia de Dios, rey de Portugal y del Algarve. Sabed que yo envío a vos con mi mandato a estos caballeros, y creed en lo que os digan de mi parte.

Los caballeros mostraron el escrito a la reina y al mancebo rey don Fernando.

—Hablad pues —pidió doña María, una vez leída la carta con sus propios ojos.

—Majestad —dijo el mayor de los dos—, el rey de Portugal os desafía a todos.

Esas palabras causaron gran alboroto en todos los presentes.

—Guardad silencio, buenos hombres —rogó doña María, con una calma que amenazaba con quebrarse—. Continúad, caballero.

—Señora —continuó el emisario portugués—, el infante don Juan, hermano de vuestro esposo, el difunto rey don Sancho, llegó ante el rey don Dionis, mostrándole ante toda su Corte, que el derecho sobre los reinos de Castilla y de León debía ser suyo, y le rogó que, como a sobrino que mucho ama, le ayudase. Nuestro monarca reunió a su Consejo, respondiendo que, ciertamente, suyo era el derecho sobre los reinos de Castilla y de León, y dio por sentencia que le ayudaría con su cuerpo y con cuanto tiene.

Todos y cada uno de los que allí estaban quedaron muy deshonrados y desconcertados. La reina despachó a los caballeros con el mejor talante que pudo, asegurándoles que les daría pronta respuesta.

—Señora —habló a la reina madre don Gonzalo, el arzobispo de Toledo—, enviad a Portugal al infante don Enrique “el Senador” a sacar alguna tregua y manera de sosiego. Dad al rey don Dionis algunas villas y términos, seguro que con eso se conformará. Así mostraremos buena

voluntad, asosegaremos este pleito y evitaremos que el infante ande alborotando la tierra.

—Así lo hare, arzobispo. Que entren ahora los siguientes.

Los nuevos en presentarse ante doña María de Molina fueron tres mensajeros, lejanamente conocidos en la Corte, por haber servido desde siempre al finado don Juan Núñez I de Lara.

—Mi señora —dijo el más adelantado de los tres—. En nombre de don Diego López de Haro, don Juan Núñez de Lara y don Nuño González, su hermano, os traemos estas razones: La una, es que entreguéis Vizcaya a don Diego; y la otra, es que toméis a vuestro hijo, el rey, y os vayáis para Burgos, no fincando en Valladolid en estas Cortes. Si no lo hicierais, nuestros señores tomaran por rey a don Alfonso, hijo del infante don Fernando de la Cerda.

Aquellas graves palabras, recitadas con inconcebible desvergüenza, estremecieron más aún a los congregados.

—Majestad —intervino uno de los vasallos del infante don Enrique—, en nombre del infante don Enrique, vuestro hijo, que es a quien el rey don Sancho dio Vizcaya, decimos que nunca querremos dar ese Señorío a don Diego, a quien él mismo combatió, y se la arrebató, echándolo de la tierra.

—¡Antes moriremos! —gritó otro, más joven e impetuoso que su compañero.

El resto de hombres buenos, por el contrario, atenazados por el temor de un nuevo frente abierto, aconsejaron a doña María poner pronto remedio a ese pleito. Muchos temían que, ya fuera satisfaciendo a unos o contraviniendo a otros, los procuradores de muchos concejos se tornarían despagados de ella y del regimiento de su hijo, desamparando sus comarcas.

—Doña María —dijo su canciller—, si no concedemos esto, ¿cuánto tardarán el resto de ricoshombres en sumarse a esta conjura para desheredar al rey don Fernando, vuestro hijo? Es bien sabido que estos señores tienen toda la tierra quebrantada y vuestra hacienda se halla en gran afincamiento de pobreza. Ved en qué guisa estáis, lo uno, por ser el rey mozo pequeño; lo otro, por ser vos mujer viuda...

—Son muchos y muy buenos vasallos los que os sirven, majestad —habló aquí el maestro de Alcántara—, aunque no tantos como vuestra dignidad merece. Si no contentáis a estos ricoshombres, enviarán a decir a los de cada villa y concejo que no os acojan, ni a vos ni al rey don Fernando. Tened por cierto que no os abrirán sus puertas, ni darán cobijo ni rentas... ni os prestarán obediencia.

Se hizo entonces el silencio; y el silencio era preludio de rendición. En semejante estado y por evitar gran daño al rey y a toda su tierra, la reina madre doña María, con gran congoja y muy afligida, entendió que



debía claudicar ante esas demandas, dejando Valladolid como se le había pedido, partiendo a Burgos junto con el mancebo soberano.

Don Diego López entró ufano en Vizcaya, pero esta vez, no para alzarla contra ningún monarca castellano, pues no había rey alguno en Castilla que pudiera hacerle frente. Los del Señorío lo acogieron entonces, salvo los castillos de Orduña y Balmaseda, los cuales, he de recordarte, fueron tomados tiempo atrás por el rey don Sancho, por lo que es probable que, bien la guarnición que este dejara, se resistiera a reconocerlo por señor, o bien, que continuaran guardando esas villas para su legítima señora, doña María Díaz. Sea como fuere, lo cierto es que ese año del Señor de mil doscientos noventa y cinco, don Diego usurpó el gobierno del señorío de Vizcaya a su propia sobrina, convirtiéndose en don Diego López V de Haro, y, por ello, fue y será conocido por siempre con el sobrenombre de *el Intruso*.

De regreso en Valladolid, la reina doña María asosegó a don Diego López, a don Juan Núñez de Lara y a don Nuño González, su hermano, otorgándoles trescientas veces mil maravedís. Don Diego, tras recibir su parte de esa gran suma, y la promesa de la reina madre de darles a diario a él y a otros ricoshombres dos mil maravedís, a cambio de no partirse del lado del mancebo soberano, hizo pleito homenaje de servir a don Fernando, tomándolo como rey y señor.

Y fue en otras Cortes, celebradas igualmente en Valladolid, pero cinco años más tarde, cuando el infante don Juan acudió a rendir también pleito homenaje a don Fernando, recibéndolo por su rey y señor. Durante ese tiempo, don Diego López mantuvo su bien recompensada lealtad al monarca castellano, fortaleciendo además su posición y acrecentando alianzas, pues casó a su hija, María, con don Juan Núñez de Lara, emparentando así nuevamente a los más poderosos linajes de Castilla. Sí. Por desgracia, doña María, la hija del infante don Juan y doña María Díaz, con quien don Juan Núñez se había comprometido, murió a los siete años de edad en la torre de Lobatón, y el de los Lara trocó a una doña María por otra, en este caso, la hija de don Diego López, como hemos dicho.

El infante don Juan, por su parte, mantuvo su, de sobras conocida perfidia. Por las conjuras, guerras, estragos, robos y quemas que promovió, fue hecho preso, siendo liberado solo a cambio de hacer pleito de no deservir al rey en los próximos seis años y de entregarle ciertos lugares y fortalezas. Y fue en el mes de junio de ese año del Señor de mil trescientos, cuando envió a Valladolid a Rodrigo Álvarez Osorio, su mayordomo; y a Ferrand Romo, su canciller, para dar cumplimiento ante la Corte de dicho pleito homenaje.

Los oficiales del infante, el cual aún se hacía llamar “rey de León”, llegaron a caballo a Valladolid, cruzando el río Pisuerga por el puente

Mayor. Sin aminorar el trote, entraron en el alcázar, atravesando su foso y penetrando la muralla del castillo llamado *Alcazarejo*.

Allí aguardaban la reina madre y el rey don Fernando, junto a sus privados. Uno de ellos era don Diego López, que deseaba asistir y oír en persona todo lo tocante a las demandas del infante, pues, aunque afianzado como uno de los hombres fuertes del rey, su sobrina seguía siendo la legítima heredera de Vizcaya. ¿Y qué era de doña María Díaz?, te preguntarás... Bien, como ya habrás de sobras advertido, ella y casi todas las mujeres, incluso las de noble linaje, son siempre tratadas como menores de edad, tuteladas primero por sus padres y después por sus esposos. Pero ten calma, pronto llegará el momento en el que doña María comenzará a escribir su propia historia.

Ambos mandaderos se arrodillaron ante el monarca y besaron su mano.

—Don Fernando. Señor —habló el canciller—. El infante don Juan quiere venir a vuestra merced y renunciar a cuanta demanda tiene sobre los reinos de Castilla y León, y por razón de la demanda sobre Vizcaya de su mujer, doña María Díaz, pide que le deis alguna cosa a cambio.

El monarca se mostró complacido, pero quien habló fue la verdadera mandataria.

—Decid al infante que nos place —contestó la reina madre—, y esto acordamos: Que don Juan renuncie de cualquier manera a cuanta demanda tenga sobre los reinos de Castilla y León, y reconozca por su rey y señor a don Fernando, y heredero por derecho de los reinos de Castilla y León. Sobre Vizcaya... tendremos luego nuestro acuerdo.

Tanto el canciller como el mayordomo de don Juan se retiraron con una reverencia, tan moderadamente satisfechos por recibir la respuesta esperada, como lo estaba la del linaje de Molina y su hijo, el rey.

La noche se cernía sobre Valladolid, dotando de un falso velo de placidez a la ciudad y a los que en ella moraban.

Don Diego López y su hijo, don Lope Díaz, posaban en su cámara del alcázar mayor. El señor de Vizcaya bebía con deleite una copa de vino mientras contemplaba una carta portulana que abarcaba el golfo de Vizcaya y el mar del Norte. Los nombres de las ciudades allí transcritos, sobre todo las de Flandes, le resultaban desconocidos, incomprensibles y ni sabría ni intentaba pronunciarlos. Lo que sí sabía con certeza es que a ellas arribaban cada vez más barcos mercantes cargados de lana procedentes de los puertos de Castilla. Y como hombre inteligente y ambicioso que era, deseaba que su Señorío contara con un puerto que pudiera rivalizar con los vecinos y aprovechar la gran y creciente actividad ganadera del Honrado Concejo de la Mesta.

Lo cierto es que don Diego apenas había mostrado interés en los asuntos de Vizcaya, ni dispuesto de tiempo para ocuparse de su buen

gobierno, pues había conseguido que el rey don Fernando le otorgara los oficios de alférez y mayordomo mayor, los mismos que una vez ostentara su finado hermano, el conde don Lope. Cargos cuya responsabilidad lo mantenían siempre en la Corte. Sin embargo, esa noche del año del Señor de mil trescientos, llevaría a cabo un acto por el que sería postreramente recordado, más allá de cualquier otro que pudiera realizar en vida.

—¿Te resulta conocido el nombre de “Puerto de Bilbao”? —preguntó don Diego a su vástago.

—Nunca lo oí nombrar, padre.

—Es un pequeño asentamiento de mareantes y pescadores a orillas del Ibaizabal, a unas ocho leguas de la villa de Castro Urdiales, ya en nuestra tierra de Vizcaya. Dista cuatro leguas del mar y cuenta con una ría que puede ser cruzada tanto a pie cuando la marea está baja, como navegada por pequeños bajeles cuando crece. Es lugar mucho más propicio para la llegada y salida al mar de las mercancías que llegan a la costa, que la mayoría de los puertos de la Hermandad de Castilla. Y es mi merced convertirlo en villa.

—Pues necesitaréis dotarlo de fuero, privilegios y una mayor población —apuntó el mozo.

—Pierde cuidado. Voy a otorgarle el fuero de Logroño y haré nuevo poblamiento con vecinos de la cercana anteiglesia de Begoña.

Unos golpes resonaron en la estancia, distrayendo de sus pensamientos y conversación a padre e hijo.

—Don Diego —dijo un escribano, entreabriendo la puerta—. ¿Me habéis hecho llamar?

—Pasa y copia ahora mis palabras.

El escribano desplegó un pergamino sobre la mesa, sacando de su bolsa, plumas y un tintero, que colocó a su derecha.

—Cuando gustéis, señor —dijo el oficial.

—En el nombre de Dios y de la Virgen bienaventurada santa María —comenzó a recitar el del linaje de los Haro—. Sepan por esta carta cuantos la vieren y oyeren, como yo, Diego López de Haro, señor de Vizcaya, en uno con mi hijo, don Lope Díaz, con placer de todos los vizcaínos, hago en Bilbao de parte de Begoña, nuevamente población y villa, que dicen, el puerto de Bilbao. Y os doy a vos, los pobladores de este lugar, que seáis francos, libres y quitos para siempre jamás, vos y los que de vos vengan, de todos los pechos y de todas las veredas y también fonsaderas, enmiendas, oturas, y de mañerías, como de todas las otras cosas, y que tengáis cumplidamente el fuero de Logroño, y que os mantengáis por él notablemente, en justicia y en derecho, así en homecillo y en caloñas y en todos buenos usos y costumbres como el fuero de Logroño manda. —Don Diego continuó con el dictamen, terminando aquella

carta puebla con palabras graves—. Y definiendo firmemente que nadie ose embargar, ni menguar, ni contrariar por ninguna razón estos fueros y mercedes que yo os hago; y que sobre cualquiera que lo hiciere o contra ellos pasare, caiga la ira de Dios y de santa María, y la mía, unida con la maldiciente de Judas Iscariote, el traidor, dentro de los Infiernos para siempre jamás. Y de esto, mando dar esta carta sellada con mi sello de plomo. Dada en Valladolid, a quince días de junio, año del Señor de mil trescientos.

Don Diego sacó de su bolsa una pequeña barra de lacre. Después tomó una de las velas que se consumían sobre la mesa y la acercó a la llama, dejando que se derritiera abundantemente sobre el pergamino. Acto seguido, imprimió su sello, que quedó grabado como signo de autenticidad.

—Adorna la letra capital y decora los bordes con ornamentos vegetales —mandó el del linaje de los Haro.

—Señor —respondió el escribano, retirándose con el pergamino.

—Padre, necesitaréis privilegios reales si deseáis que esta, vuestra nueva villa, pueda medirse a los puertos de Castilla.

—Lo sé, Lope... el rey hará y sellará todo cuanto yo le pida. Es un mozo sin seso que solo piensa en holgar e ir de caza a tierra de León —dijo don Diego, contemplando de nuevo ese cartulario, donde en breve, aparecería el nombre de Bilbao.

Don Diego López de Haro había hecho un gran servicio a su tierra de Vizcaya. Ahora, era otro el que debía renunciar de una vez por todas a sus reclamaciones sobre ese Señorío.

A veintiséis días andados de ese mismo mes de junio, el infante don Juan compareció en el palacio de Valladolid ante la Corte. El esposo de doña María Díaz avanzó con paso sereno por el salón, recorriéndolo los ojos de todos los ricos hombres, caballeros, prelados y procuradores de concejos de los reinos, hasta llegar a una mesa en la que descansaban un crucifijo y los Santos Evangelios. Frente a él, tuvo al rey don Fernando, flanqueado este por su progenitora, la reina madre; el infante don Enrique “el Senador”; y don Diego López de Haro.

—Don Juan —dijo el arzobispo de Toledo, don Rodrigo—, ¿juráis renunciar a cuanta demanda tenéis sobre los reinos de Castilla y León en cualquier manera, y reconocéis por rey, por señor y heredero de los reinos de Castilla y León, por derecho, al rey don Fernando? ¿Y que, si este rey muriese sin hijos de bendición, que tomaréis por rey y por señor al infante don Pedro, su hermano? ¿Y si el infante don Pedro, su hermano, muriese sin hijo de bendición, que tomaréis por rey y por señor al infante don Felipe su hermano? ¿Y si el infante don Felipe muriese sin hijos de bendición, que tomaréis por reina y por señora a la infanta doña

Isabel? ¿Y si la infanta doña Isabel muriese sin hijos de bendición, que tomaréis por reina y por señora a la infanta doña Beatriz?

Don Juan puso una mano sobre la cruz y otra sobre los textos sagrados.

—Lo juro —respondió el infante—. Hago entrega además al rey don Fernando de la ciudad de León y de los otros lugares que he tomado.

—Yo, don Juan —dijo el rey don Fernando—, por la demanda que tiene doña María Díaz, vuestra mujer, y para que finquéis asosegado con don Diego, y no haya entre vos contienda ninguna, a cambio de Vizcaya, os doy Mansilla, Paredes, Medina de Rioseco, Castro Nuño y Cabrerros.

Cinco notarios que estaban presentes hicieron cartas muy firmes de aquel juramento.

Apaciguado en apariencia el más arduo pleito de uno de los ricoshombres más díscolos, la reina madre mandó que se reunieran con ella don Enrique “el Senador”, don Diego López, don Juan Núñez y el propio infante don Juan.

Estando los cinco congregados en privado, no sorprendió a ninguno de ellos quién fue el primero en tomar la palabra, ni con qué ruego lo hizo.

—Doña María —habló aquí el infante don Juan—, ahora que he vuelto a vuestra merced, demando que me deis mi soldada según y como se la dais a los otros infantes y ricoshombres.

La viuda del rey don Sancho no tenía elección, por lo que cedió ante la petición del infante. Solo entonces tuvo asosegados a su servicio a los más notables señores de sus reinos. No había uno que no la hubiera ultrajado a ella, hecho guerra a su esposo, o deservido a su hijo; pero ni uno solo había dejado de regresar a su merced a cambio de una gran suma de dineros.

—Ahora que tenéis vuestros sueldos —dijo la reina madre a los cuatro—, id a cercar Almazán, que se halla en poder de don Alfonso de la Cerda y los aragoneses, y tomadla.

Y los hidalgos se partieron con ese frío mandato.

La reina madre se retiró también a la capilla del alcázar. Se arrodilló para hablar con Dios, pero no sabía si dar gracias por el estado de las cosas o para rogar que terminase el calvario que para ella suponía su paso por la vida terrena.

Al poco de encontrarse orando, llegó a su presencia doña María Díaz de Haro, que se arrodilló a su lado.

—Tía. Señora —dijo doña María Díaz.

—Sobrina. Señora —respondió la reina madre, en un susurro—. ¿Habéis visto ya a vuestra madre?

—No, no he sabido hasta hace poco que se hallaba recluida en el monasterio de los franciscanos de esta comarca de Valladolid. Mañana la veré... y conocerá a su nieto.

—¿Es mancebo sano, vuestro hijo Juan?

—Lo es, a Dios gracias... pero no son las dolencias que pueda sufrir lo que más temo.

—Lo sé. Cada día que pasa tengo más presente que no veré paz en mi tierra. Si no es por las luchas entre mis privados será por la guerra contra el rey de Granada o por las demandas del infante don Alfonso de la Cerda, quien, desde Aragón, se hace llamar “rey de Castilla”.

—Pero habéis asesegado a todos vuestros vasallos. Sois una reina a la que los súbditos aman por cómo obráis, acatan lo que les pedís y os dan sus servicios. Miradme por el contrario a mí, que no tengo nada.

—Decís que no tenéis nada y envidiáis mi condición, pero más que reina pudiente soy solo una pobre viuda. —Doña María la miró con asombro—. Sí, soy pobre por las costas de las guerras, no teniendo para mí ninguna renta de la tierra, que todas las cobran los ricos hombres para continuar al servicio de mi hijo, el rey. Pobre, por los muchos caballos que de forma deshonestamente me demandan mis caballeros, a pesar de que sé que en la guerra les matan pocos, mas no puedo excusarme de hacerlo. Pobre, por las soldadas que he de dar a los almogávares, a los que guardan las villas, castillos y fortalezas; a mis hijosdalgo y a los otros hombres de armas.

—Puedo acompañaros en el llanto y en la oración, pero no compadeceros. No, cuando mi hija María me fue arrancada de mis brazos cuando solo contaba tres años de edad y entregada a don Juan Núñez, quien la ha tenido desde entonces en su poder, en su torre de Lobatón, hasta su muerte el pasado año. No pude despedirme de ella ni velarla. No, cuando he asistido impotente a cómo mi avaro y desleal esposo, sin yo otorgarlo, aceptaba trocar Vizcaya, mi mayor heredad, por lugares de los que nunca he oído hablar, y ni sé, ni saber quiero dónde se hallan.

También la reina madre aguardó antes de continuar.

—No puedo aliviar en nada vuestro sufrimiento, sobrina, ni mentiros haciéndoos creer que, para este mundo, somos algo más que meras vasijas cuyo fin último y primordial es alumbrar descendencia. Pero recordad que yo también he perdido a un hijo, señora; el mozo infante don Enrique y vuestra hija, doña María, murieron al tiempo. Pero no pugnemos por ver quién acarrea más desgracias y dolor. Debemos mantener la templanza en estas horas oscuras.

—¿Cómo podemos hacerlo, siendo poco más que unas mujeres desheredadas y sin poder?

La reina madre agachó la cabeza, en postura de oración.

—Yo veré a mi hijo, el rey, mandar con firmeza a estos señores... y vos y vuestra estirpe, seréis quienes gobernaréis Vizcaya. Vuestro esposo, el infante, bien por vuestras demandas o por su propia voluntad, no desistirá en su empeño de reclamar el Señorío, por mucho que ahora haya renunciado a él y vos lo sintáis perdido para siempre.

—¿Cómo podéis estar tan segura de ello?

Doña María de Molina levantó la cabeza, mirando a su sobrina a los ojos.

—Porque conozco de sobras a estos ricoshombres, tan bien como para saber que, si juran sobre sagrado una cosa, harán precisamente la contraria.

El siguiente año del Señor de mil trescientos uno se recordará por siempre por padecerse gran hambruna, muriendo famélicas las gentes en plazas y por las calles. Fue tan gran mortalidad la que hubo, que bien se sabe que murió un cuarto de toda la población cristiana, comiendo los hombres pan de grama, no viendo nunca en tiempo el mundo tan gran hambre ni tamaña mortandad.

Pero ante semejante calamidad, aquellos ricoshombres de los que tanto te he hablado, lejos de compadecerse por los vivos o difuntos, de olvidar la avaricia y el rencor, de perdonar injurias y deshonras, de acoger en sus corazones la gratitud... redoblaron su odio.

Tal fue así, que el rey don Fernando tuvo que partir las Cortes de ese año, ayuntadas primeramente en Burgos en el mes de abril, para ir a hacerlas después en verano a tierra de León. Esto se hizo para guardarse de peleas entre los señores, pues había muy gran desamor entre el infante don Juan, don Juan Núñez y don Diego López de Haro. El infante don Juan mantenía enconada enemistad con don Diego, por Vizcaya, y don Juan Núñez, a pesar de ser ahora su yerno, andaba despagado del de los Haro por no entregarle la tierra de Bureba y Rioja, como se había comprometido.

El monarca castellano, aunque contaba por entonces con edad de quince años, seguía siendo poco más que un niño crédulo y de muy poco seso. Es por ello, que el infante don Juan intentó adueñarse de su voluntad para recuperar Vizcaya. Pero ya había quien se había apoderado mucho, tanto del soberano, como de la reina madre; uno, al que nada se le podía negar. Don Diego López, despreocupado por los movimientos de sus rivales, continuó acrecentando honores y fortaleciendo su hacienda, y tan empoderado como se hallaba, acudió al soberano con otra demanda. A primeros del mes de enero, don Diego logró que don Fernando privilegiara a su recién fundada villa de Bilbao.

—Nos, don Fernando —dictó el monarca a su escribano, Benito García—, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, del Algarve y señor de Molina: Porque don Diego de Haro, señor de Vizcaya, nuestro vasallo y nuestro alférez, nos dijo que él hacía poblar nuevamente la villa de Bilbao, que es su lugar en su tierra de Vizcaya, y porque nos pidió merced, por sus vasallos de este lugar, que nos, les hiciésemos merced, y que les diésemos

franquezas y libertades así como fueron dadas a los de Bermeo, porque este lugar se poblase mejor, nos, les quitamos de portazgos, que no los den en todos los lugares de mis reinos, salvo en Toledo, o en Sevilla, o en Murcia. Y, además, les quitamos de treintazgos y de oturas; de enmiendas; y de peajes de entrada y de salida, de mar como también por tierra; y, además, tenemos por bien y mandamos que los del concejo de este lugar, puedan andar y pescar, comprar y salar, así como hacen los de Castro, los de Laredo y los de otros puertos. Y, además, tenemos por bien y mandamos que todos aquellos que vinieren con mercaderías a este puerto de la villa de Bilbao, que carguen y descarguen las mercaderías que trajeran francamente. —Pocos podían imaginar entonces la entidad que esa villa llegaría a alcanzar ni la impronta que dejaría—. Además, tenemos por bien y mandamos, que los vecinos de esta villa de Bilbao usen nuestra aduana de Sevilla, así como usan los gascones y los genoveses. —Para bien, según unos, y para mal, según otros, tanto en la propia Vizcaya, como fuera de ella—. mandamos que anden seguros y salvos por todas las partes de mis reinos, sin embargo y sin contrario alguno, y que no sean prendidos ni embargados ellos ni sus cosas —privilegio este, que no significaba entonces ni tampoco ahora, más que atender al ansia de libertad y el derecho emanado de la razón, no gozando de injusta ventaja quien lo tuviera, sino de lógica envidia quien no lo poseyera—... Y porque esto sea firme y estable, mandamos sellar este privilegio, en Burgos, miércoles, a cuatro días de enero. Año del Señor de mil trescientos uno.

No te maravillarás si te digo, que el inmediato año de mil trescientos dos, los reinos volvieron a dividirse de la peor manera que podría concebirse, partidos en dos bandos los señores. Por un lado, don Diego López, el infante don Enrique “el Senador” y don Juan Manuel; y, por el otro, el infante don Juan y don Juan Núñez de Lara. No te hablaré de las razones que propiciaron esas enemistades, que a poco estuvieron de desembocar en guerra contra el propio monarca don Fernando, pues me causa hastío, como aquel puerco al que llevas limpio a una feria y no puedes evitar que se revuelque en cada lodazal que encuentra en el camino. Don Fernando buscó la concordia entre los suyos y, sabiendo que tanto el del linaje de los Haro como el infante don Juan eran hombres de gran valía, quiso que fincaran como amigos. Y como en él era habitual, mandó llamar a su madre a su palacio de Burgos, para buscar la forma de lograr tan buen fin, viéndose con ella el día después de la Pascua.

—Señora —dijo el rey al ver entrar en el salón a la dueña.

—Hijo. Señor —respondió doña María, sentándose a su lado.

—Madre... os he hecho venir antes de vernos con don Diego, porque es mi voluntad avenirlo con el infante don Juan, poniendo fin a la



contienda que hay entre ellos. Os ruego que me ayudéis y aconsejéis la mejor forma de hacerlo.

—Me place lo que me decís y os ayudaré a ello. Si lo lograrais, sería lo más conveniente y nunca podríais hacer nada que fuera a más gran pro de vuestra honra.

—Es verdad. Así lo entiendo. Pero mi tío, el infante don Juan, al que ya hablé en Carrión sobre esto, me demandó Vizcaya en nombre de doña María, su mujer. Yo le dije que Vizcaya la tenía don Diego y que ese pleito ya se había librado en Valladolid, recibiendo doña María algunas tierras y lugares a cambio del Señorío.

—¿Y cuál fue la respuesta del infante?

—Don Juan dijo que aquel pleito fue hecho con apremio y que su mujer doña María Díaz nunca lo otorgó. Que hasta protestó ella ante escribano público, diciendo que no le placía cuanto el infante hacía en su nombre en razón de Vizcaya y de sus otros heredamientos. Dije al infante que don Diego debía fincar con Vizcaya, Orduña, Balmaseda, las Encartaciones y Durango, pero que podría darle Tordehumos, Íscar, Santa Olalla, lo de Córdoba, lo de Valdecorneja y lo de tierra de Murcia, y, además, que nos, le daríamos alguna cosa de lo nuestro para que esto fuese acordado. Él fue conforme y consintió aseosegar el pleito de esa manera.

—El infante, puede. Pero doña María Díaz nunca renunciará a Vizcaya.

—Lo sé, es tan testaruda como su tío. Don Diego, a pesar de que tanto vasallos como amigos le aconsejaron que hiciera este acuerdo, se negó, diciendo que esa avenencia que yo tengo con el infante don Juan se tornará en mi daño y desapoderamiento... Yo quedé muy espantado, y don Diego se partió de mí muy sañado y despagado.

—Haced pasar ahora a don Diego y hablemos los tres en confidencia.

El rey dio la orden a un mozo de cámara, el cual hizo llamar al del linaje de los Haro. Lejos de llegar con buen talante, don Diego, antes de que el soberano o la reina madre le dijese cosa alguna, comenzó a hablar con gran ira y rencor muchas razones contra don Fernando, no guardando el respeto ni el decoro que debiera. El rey, asombrado y, puede que, hasta atemorizado, no quiso o no se atrevió a responder nada, sufriendo todas aquellas injurias muy bien y con regia compostura. Nadie diría que uno era un ricohombre y el otro, un rey. Cuando don Diego hubo acabado de hablar, o más bien, de sermonear, tanto al rey como a su madre, no quiso permanecer más tiempo allí, yéndose de su presencia y de la ciudad junto con sus compañías.

—Lo he intentado, madre —dijo el soberano, asombrado y conternado a partes iguales—, y sabe Dios que mi voluntad es estar a bien con cada uno de mis ricos hombres... Hagamos llamar al infante don Juan y

a don Juan Núñez de Lara. Si logran poner paz con don Alfonso de la Cerda y el rey de Aragón, yo entregaré Vizcaya al infante, y la merindad de Bureba y Rioja, a don Juan Núñez...

—Pero, señor, esto no lo podréis hacer por derecho. Debéis emplazar a ambas partes para que den sus razones y sea don Diego López en persona quien responda a las demandas del infante don Juan y de doña María Díaz, y que ambas partes tengan su acuerdo en paz.

—Así se hará, pues —musitó con la cabeza gacha el menguado soberano.

En el mes de abril del año del Señor de mil trescientos cinco, el infante don Juan y doña María Díaz acudieron a las Cortes de Medina del Campo para tratar el pleito sobre Vizcaya.

De todos los prelados, ricoshombres, caballeros y ciudadanos de las villas de Castilla y León ayuntados en esa villa, la del linaje de los Haro era la única mujer. Y por esa condición, no pudo defender su causa por sí misma. Ni siquiera su gran hidalguía le valió para poder tomar la palabra. Si acudió allí fue porque según el fuero de Castilla, no puede nadie nombrar a su personero por escrito de procuración, sino haciéndolo personalmente ante el rey, su merino, o los alcaldes que deban librar el pleito. Así pues, y ante el soberano don Fernando, doña María Díaz dio poder cumplido a su esposo, el infante don Juan, como su procurador, para demandar Vizcaya y todos los otros heredamientos que fueron de su padre. Después, se retiró a la villa de Paredes de Nava.

A esas vistas también debía comparecer don Diego López de Haro, pero ni llegó ni envió a nadie en su nombre para excusarse por ello, a pesar de las demoras y numerosas ocasiones que se le brindaron.

Ayuntados, pues, todos los hombres buenos de la Corte, habló el infante don Juan al rey, su sobrino, así como a sus privados y a cuantos notarios, oficiales y alcaldes de los reinos de Castilla y de León que con él estaban:

—Señor, yo os hago esta demanda por doña María Díaz, mi mujer, de esta manera: Cuando el conde don Lope, padre de doña María, fue muerto en tiempo del rey don Sancho, vuestro padre, Vizcaya fincó en don Diego, su hijo. Y a los pocos días murió este don Diego, y fincó Vizcaya en su hermana doña María, mi mujer. Y aunque ella, a la sazón, no estaba en esa tierra, cuando los de Vizcaya supieron que don Diego era muerto, tomaron por su señora a doña María Díaz en aquel lugar que es acostumbrado según el fuero de Vizcaya, así como lo suelen hacer con todos los señores de Vizcaya. Pero el rey don Sancho, vuestro padre, tomó por la fuerza Vizcaya y todos los lugares y heredamientos que fueron del conde don Lope y de doña María Díaz, y nunca se los dio, pues

ella y yo anduvimos fuera de vuestros reinos hasta que el rey vuestro padre finó; y en vuestro reinado nunca lo hemos podido demandar hasta ahora. Por tanto, por doña María Díaz, yo os pido por merced, señor, que le entreguéis la tierra de Vizcaya que le tomó el rey don Sancho, vuestro padre, contra fuero y contra razón, y todos los otros heredamientos que fueron del conde don Lope, su padre, que ella debe heredar. Ya que Dios os puso en el lugar del rey, vuestro padre, quered deshacer el entuerto que recibimos por el desapoderamiento que él nos hizo, haciendo vos que seamos tornados en Vizcaya y en todos los otros heredamientos. Y desde que todo nos sea entregado, si don Diego u otro alguno quisiera demandarnos alguna cosa, no le responderemos ante vos, sino que le cumpliremos por fuero y por derecho.

Tras recabar consejo entre los suyos, respondió el monarca:

—Sobre esta demanda que me hacéis, en el tiempo en el que el rey don Sancho tomara Vizcaya a doña María Díaz, yo era mozo pequeño, y ni me acuerdo de ello ni era en edad de poder recordarlo. Si decís que el rey, mi padre, la tomó como no debía, eso, yo, ni lo sé, ni creo que lo hiciera.

—Señor, si lo tenéis por bien, os lo probaré.

—Cuando me lo probéis, yo haré lo que deba por fuero y por derecho.

—Dadme a quien reciba las pruebas —solicitó confiado el infante.

—Os doy a mis alcaldes del Reino de Castilla y de Extremadura.

Don Juan se retiró junto a los oficiales susodichos a la iglesia de San Andrés, que era cerca de la posada del rey, haciéndoles entrega en los días posteriores de las pruebas, las cuales los alcaldes hicieron copiar a un escribano real que estaba con ellos.

Al quinto día de celebrada la vista, se levantó gran alboroto en las calles de Medina del Campo. Don Diego López irrumpía en la plaza seguido por trescientos caballeros de su casa. El del linaje de los Haro, una vez supo todo lo tratado, acudió ante el monarca para responder a la demanda que se hacía en nombre de su sobrina doña María.

—Señor —dijo de forma altiva don Diego—, vos bien sabéis cómo el infante don Juan, cuando fue a vuestra merced en Valladolid, llevó una procuración de doña María Díaz, su mujer, y suya, por cuyo poder renunciaron a cuanta demanda y derecho tenían en Vizcaya, Orduña, Balmaseda, las Encartaciones y Durango, y en todos los otros heredamientos de fuera de Vizcaya. Y vos, señor, por hacerme merced, les disteis a cambio las villas de Mansilla, Medina de Rioseco, Cabreros, Castro Nuño y Paredes; y yo les di Villalón. Y estos lugares los recibieron y están a día de hoy en posesión de ellos. De esto tengo muy buenas cartas selladas con sus sellos; con el vuestro; con el sello de la reina, vuestra madre; con el del infante don Enrique; con el del arzobispo de Toledo; y signadas con cinco signos de escribanos públicos. En dichas cartas se

contiene todo esto, y en cómo me hizo homenaje el infante don Juan de no ir nunca contra ello en tiempo alguno, y, si no, que caería en gran pena. Además, hizo juramento sobre los Santos Evangelios y sobre la cruz, en los que puso las manos corporalmente, la cual jura le tomó el arzobispo de Toledo. —Dicho esto, mandó a un vasallo suyo, de nombre Lope Álvarez Danon, que leyera ante toda la Corte las cartas referidas en las que se contenían todas esas palabras. Una vez las cartas fueron leídas, continuó—. El infante don Juan va contra el juramento que hizo. Por ello, es perjuro y no debéis responderle a esta demanda que os hace, hasta que sea absuelto por el Papa, al que apelo, tal y como manda el derecho, y pido que no me agraviéis en este lugar.

Don Fernando mandó escribir todas las razones que dio el del linaje de los Haro.

—Don Diego —dijo el soberano—, iros a vuestra posada de Pozaldez y aguardad allí hasta que os reclame. En ese comedio libraré mi acuerdo sobre esto.

Pasados varios días, el rey hizo llamar al infante don Juan, al que trasladó el escrito y todas las razones que diera don Diego López. Tras leer y meditar las pruebas aportadas, dio respuesta el esposo de doña María:

—A lo que dice don Diego, de que yo y doña María recibimos a cambio de Vizcaya y los otros heredamientos con procuración de ella, yo respondo así: Lo primero, que según el fuero de Castilla, la procuración escrita no vale; lo segundo, que ningún cambio sirve si no es hecho ante testigos y dados fiadores de ambas partes, pues otra manera no vale, y así, ninguna cosa de este cambio que dice don Diego.

El rey don Fernando mandó escribir esa respuesta, diciendo que la sentencia que librara se decidiría por derecho.

Ante el soberano y la reina madre fueron los hombres buenos sabedores de derecho y de fueros, llamados por ello *foreros*, para tratar los hechos y las cartas de don Diego López y el infante don Juan entregadas en el pleito.

Durante días se disputó tal asunto, no pudiendo llegar a ningún acuerdo ni convenir una sentencia, pues unos eran abanderados del infante don Juan y cataban cuantas formas podían para ayudarlo en su demanda; mientras que los otros, partidarios de don Diego, trataban por todos los medios de apoyarlo. Pero el del linaje de los Haro supo que la reina y su propio yerno, don Juan Núñez, trataban de librar ese pleito, no por juicio en realidad, sino con alguna avenencia. Eso disgustó mucho a don Diego, que se partió del rey, sin despedirse, yéndose a Castilla y después a Vizcaya.

Finalmente, y visto todo el proceso, habló el mayor de los buenos hombres foreros:

—Por razón de la jura que hiciera el infante don Juan y que don Diego apelara al Papa, acordamos que don Diego no puede hacer esa apelación, porque el rey y todos sus reinos de Castilla y de León son exentos de la Iglesia de Roma, no teniendo ninguna jurisdicción por ningún agravamiento que el rey ni ningún otro hiciera ni en hecho de jura ni en cualquier otra cosa, no pudiendo apelar al Papa. Esta excepción la guardaron siempre todos los reyes de donde vos venís y os aconsejamos que lo guardéis así, y puesto que don Diego se ha ido sin mandato vuestro, siendo emplazado, os aconsejamos que sigáis adelante con el pleito.

—Así lo haré —dijo el soberano—, mas aconsejadme qué sentencia he de dar.

—Ordenamos que la deis de esta manera: En cuanto a lo de Orduña, Balmaseda, las Encartaciones, Durango y los otros heredamientos de fuera de Vizcaya, el pleito es ninguno, pues el infante don Juan ha probado que doña María Díaz es heredera derecha del conde don Lope, su padre, y de don Diego, su hermano, y se lo debéis entregar todo.

Don Fernando acató ese consejo, dando sentencia a favor de doña María en carta plomada, pero con la condición de que nadie la pregonara hasta que él lo mandase. E hizo esa artimaña por si podía atraer a don Diego y avenirlo con el infante don Juan con alguna otra pleitesía.

El monarca y su madre marcharon después a Burgos, acordando que se viesen allí con ellos tanto el del linaje de los Haro como el esposo de doña María Díaz.

—Decido el pleito de esta manera —dijo el soberano—. Que Vizcaya y todos los otros heredamientos que tiene don Diego, que los conserve durante toda su vida, y después de su vida, que finque Vizcaya, Durango y las Encartaciones, en poder de doña María Díaz. Y que don Lope, hijo de don Diego López, tenga Orduña, Balmaseda y todos los otros heredamientos de fuera de Vizcaya; y, además, le daré mi villa y castillo de Haro por heredad, y mi Mayordomazgo.

Ese escrito de sentencia únicamente agradó sobremanera a don Lope Díaz, pero disimuló que le placía y lo quería, pues no lo osaba decir a su padre, el cual quedó muy dolido. También mostraron muy gran pesar por el desenlace de aquel pleito don Juan Núñez y el propio infante don Juan, quien, sin encomienda ni mandato alguno, propuso al poco tiempo otra solución:

—Señor, dadme a cambio de Vizcaya: Guipúzcoa con San Sebastián, Fuenterrabía y Salvatierra, que es en Álava. Que don Diego me dé Santa Olalla y lo de Cuellar y Huelva, y yo devolveré Paredes, Medina de Rioseco, Mansilla, Cabrerros y Castro Nuño.

A pesar de que aquello era muy gravoso para el rey, tan gran ansía tenía por aseogar esa contienda, que cedió.

—Trasladaré este pleito a don Diego, y lo otorgo con una condición — dijo el soberano—. Que doña María Díaz lo otorgue ante mí, para que de aquí en adelante no pueda demandar ni remover este pleito otra vez, ni ella, ni ningún otro por ella.

—Señor, para esto os demando plazo para ir a hablar con doña María Díaz y tener su beneplácito.

—Lo tengo por bien. Yo rogaré a don Diego López que aguarde aquí en Burgos vuestra llegada.

En Paredes de Nava, doña María Díaz posaba en un cuarto con la mirada perdida en un fuego que agonizaba en el hogar.

—Doña María —dijo el infante, entrando en la estancia.

—Don Juan. Esposo —correspondió el saludo la del linaje de los Haro—. ¿Traéis buenas nuevas?

—Las mejores que obtener he podido.

—Hablad pues, señor, os lo ruego —pidió doña María, con contenida ilusión.

—Don Fernando ha otorgado daros Salvatierra, en Álava, y Guipúzcoa, con San Sebastián y Fuenterrabía, a cambio de que renunciemos a Vizcaya. Y, además, de que retornemos a la Corona todos los otros lugares que nos fueron dados.

Doña María quedó petrificada. Esas palabras la turbaron tanto, que debió repetirlas en su mente para asegurarse de no haberlas entendido mal. Se levantó y alejó unos pasos de su esposo como si tuviera la peste. En ese momento se sintió traicionada como pocas veces en su vida, pues tuvo por cierto que aquel acuerdo no había surgido de la voluntad del rey, sino de la de ese hombre que nunca había mostrado amor ni dedicación más que a sus propias ambiciones. Sintió furia y odio contra él, contra sus antepasados y contra ella misma por verse impotente y tan desvalida. Y tal vez, fue esa ira la que logró que, por primera vez, se atreviera a desafiar a su esposo, actuando como digna heredera de Vizcaya.

—No lo haré... —masculló entre dientes la dama.

—Señora...

—¡Nunca lo haré! —gritó colérica y temblorosa—. ¡Ya me den Guipúzcoa o diez tales como Guipúzcoa! ¡Y además cuanto valiera Vizcaya! ¡No lo tomaré ni abandonaré la demanda por Vizcaya de ninguna manera!

—Doña María... atended mis razones —dijo el infante, acercándose a ella—. Es la mejor sentencia que obtendremos nunca.

—Antes atenderé cuanto Dios quiera demandarme, que recibir a cambio de Vizcaya cualquier cosa que me den —aseveró, con voz más baja pero igual firmeza en sus ojos.

Don Juan se sintió frustrado, enojado e impotente.

—¡Sois tan estúpida como vuestro padre! ¡Él tampoco supo cuando ceder y eso le costó la vida y casi me la cuesta a mí también!

—¡Vos superáis en toda maldad y avaricia a mi padre! —chilló ella, rompiendo a llorar.

Por esas palabras, el infante don Juan la golpeó en la cara con el dorso de la mano.

—¡No posaré por más tiempo sin tierras, villas ni bastiones como si fuera un siervo! —gritó él, mientras doña María retrocedió hasta quedar sentada en una silla cercana, sin poder creer lo que acababa de ocurrir—. ¡No aguardaré a que vuestro tío don Diego muera para tener Vizcaya!

—¡Vos nunca tendréis Vizcaya!

Alertadas por los gritos, las damas de doña María entraron en la estancia.

—¡No, mi señor! —suplicaron Blanca y Beatriz, echándose sobre su señora, interponiéndose entre ella y el infante, al ver a este hacer ademán de golpearla de nuevo.

—¡Mi señor, dejad a vuestra esposa, os lo ruego! —pidió Beatriz, viendo la cara enrojecida de doña María.

El infante, consciente de su error y de lo reprochable de su acto, se retiró de la estancia, dejando solas a dama y sirvientas.

Pero no por ello dejó de insistir, porfiando mucho en esta demanda, afincando a doña María más de cuanto debiera, mas nunca logró quebrantar su determinación ni que diera su brazo a torcer por ninguna cosa que le dijese o hiciera.

Tras aproximadamente un año de pleitos, el infante don Juan llegó a Castrojeriz a verse con el rey don Fernando, hablándole de la siguiente manera:

—Señor —dijo el infante, derrotado en su interior—, os pido por merced que no queráis que yo ande así, desheredado de Vizcaya y de los otros heredamientos que tiene don Diego, que fueran del conde don Lope, y que han de ser de doña María Díaz, mi mujer. Os pido, que de dos cosas que os demando, hagáis una. Cumplid la sentencia que disteis sobre Orduña, Balmaseda y los otros lugares de fuera de Vizcaya; o, si no, dadme los castillos de Treviño, Portilla, Frías y Haro.

El monarca castellano comprendió entonces que debía otorgar la sentencia que antaño recibiera de sus foreros.

—Enviaré a don Diego la siguiente pleitesía: Que Vizcaya, Orduña, Balmaseda y todos los otros heredamientos, los tenga durante toda su vida, y, después de su vida, que finquen Vizcaya, las Encartaciones y Durango, en doña María, vuestra mujer, y en vuestro hijo don Juan; y que Orduña y Balmaseda los tenga don Lope, junto con Haro y Miranda.

—Señor, si podéis poner el pleito de esta manera, me place.

Y fue el siguiente año del Señor de mil trescientos siete, estando el rey don Fernando en la ciudad de León, cuando el pleito por Vizcaya parecía más cerca que nunca de concluir felizmente.

—Don Diego —dijo el rey al del linaje de los Haro—, bien sabéis que el infante don Juan me demanda cada día que se le entreguen Vizcaya, Orduña, Balmaseda y los otros heredamientos que doña María Díaz, su mujer, debería tener, por ser heredera derecha del conde don Lope, su padre. Pero ya que vos me habéis hecho mucho servicio, por haceros merced y acabar con la contienda entre vos y el infante don Juan, deseo que finquéis toda vuestra vida honrado y bien andante. Por ello, tengo por bien que, hasta el fin de vuestros días, poseáis Vizcaya, Orduña, Balmaseda, Durango y las Encartaciones y todos los otros heredamientos que vos tenéis. Y después, que sean Vizcaya, Durango y las Encartaciones de doña María Díaz, mujer del infante don Juan, y de su hijo don Juan o de otros hijos o hijas que tuviera del infante don Juan. Y que hagan homenaje los de Vizcaya a doña María Díaz de tomarla por heredera derecha del conde don Lope y por señora de Vizcaya después de vuestra vida; y que los alcaldes de los castillos de Vizcaya le hagan ese mismo homenaje. Don Lope, vuestro hijo, recibirá Orduña, Balmaseda y, además, todos los otros heredamientos de fuera de Vizcaya que eran del conde don Lope, así de patrimonio como de abolengo. Y, además, tendrá de mi hacienda las villas de Miranda y Villalva de Losa.

Ese acuerdo era muy dañino para don Diego y su hijo don Lope, pues serían muy menguados en su heredamiento. Pensaron que merecían otro galardón por el servicio y crianza que le habían hecho a don Fernando, pero viendo que era talante del rey dar esa sentencia, tuvieron que otorgarla.

Por primera vez en mucho tiempo, se reunieron el infante don Juan y doña María Díaz, con don Diego López y don Lope Díaz, en Valladolid. Los cuatro principales a los que atañía ese hecho, sellaron el acuerdo por cartas, junto con el rey don Fernando y la reina madre, sepultando en el pergamino, tras torcidos barrotos de tinta y con cera marcada, años de disputas, luchas y traiciones.

Pero había uno que no mostraba dicha. Don Juan Núñez de Lara, sabiendo que el pleito por Vizcaya era ya librado, y viendo la concordia y avenencia entre don Diego López, el infante don Juan y el rey don Fernando, se sintió engañado y quebrantado por no recibir ninguna honra en aquel acuerdo, entendiendo que eran todos contra él. Y lo invadió el pesar, como si este fuera un espíritu maligno que necesitara habitar en cuerpo mortal.

El del linaje de los Lara comenzó a ensañarse entonces con el rey, hablando muchas malas palabras contra su persona, diciendo que se despedía de él y que no viviría ni fincaría más en su tierra. Y como



estaba don Juan Núñez rodeado de hombres que no lo amaban, no tardaron en llegar a la Corte, esas y otras muchas malas razones.

En Burgos, el infante don Juan, que no perdía nunca ocasión de sembrar discordia, habló al rey y a sus privados y los de su Consejo, sobre el que pudo haber sido su yerno, diciendo que era cierto que don Juan Núñez era de tal manera; que así obraba él siempre, y por mucho bien que le hiciera, nunca lo tendría en su corazón.

Don Fernando redobló la saña que tenía por esto, exigiendo a don Diego que quitara a don Juan Núñez la promesa de casar a su hija doña María con él. El del linaje de los Haro no quiso aceptarlo, pero tanto lo presionó el rey y tantas promesas le hizo, que tuvo que ceder al fin.

Hecho aquello, don Diego y su hijo don Lope fueron a Lerma, donde aguardaba doña María Díaz. En otro tiempo, que tío, sobrina y primo se vieran y compartieran lumbre, techo y mesa, sería de uso corriente y ni digno de mentarse, pero en ese tiempo, era algo merecedor incluso de celebración. Don Diego, una vez le fueron entregadas las villas prometidas de Villalva de Losa y Miranda, por homenaje y por cartas ante el rey y la reina madre, otorgó cumplir el homenaje que, a su vez, él debía hacer por Vizcaya.

Tras un arduo peregrinaje y callado sufrimiento de diez años, más propio de penitentes que de una mujer noble, pudo encaminarse doña María Díaz a Vizcaya. Iban con ella don Diego López, don Lope Díaz y el merino mayor del rey en Castilla, Sancho Sánchez de Velasco, con mandato de que viese cómo se hacía el homenaje.

¡Cuántos desafueros, muertes y males habían caído sobre los presentes hasta llegado ese momento! Pero de nada servía regodearse en el lamento, pues cada paso avanzado; cada legua recorrida, parecían sanar lentamente las laceraciones en el corazón de doña María Díaz.

Llegados a esa tierra montañosa, espesa de árboles y de caminos angostos rodeados de floresta, don Diego mandó ayuntar a todos los hombres buenos de Vizcaya en Arechabalaga, uno de los lugares en los que, desde hacía centurias, los vizcaínos hacían sus Juntas y tomaban señores, y que en vizcaíno significa “El lugar del roble ancho”.

Estando todos congregados, los hijosdalgo de Vizcaya pudieron ver entonces por primera vez a aquella mujer de la que solo habían oído hablar; y doña María Díaz, ver a todos los que debían ser sus vasallos, aquellos que lucharían y morirían por ella, y por los que ella debería hacer todo sacrificio imaginable. No sabía la dama cuánto habrían sufrido sus vasallos, y ellos no sabían cuánto había padecido esa dama hasta llegar a ese momento, pero ¿qué importaba ya el pasado?

—Es voluntad del rey —habló a los junteros don Diego López—, que sabiendo que doña María es heredera derecha del conde don Lope, mi

hermano, la toméis por señora de Vizcaya después de mis días; a ella, y a sus hijos o hijas.

—Señor —dijo un hidalgo, por boca de todos—, si vos por bien lo tenéis, nosotros, así lo haremos. Mas bien sabéis que hicimos homenaje a vuestro hijo don Lope, para tomarle por señor después de vuestra vida. ¿Cómo podemos hacer tantos homenajes?

Por esta cuestión se adelantó don Lope, el vástago de don Diego, tomando la palabra.

—Ved que este pleito es a muy gran pro y guarda de don Diego, mi padre, al que yo aconsejé que lo hiciera. Y, además, sabiendo que es doña María, mi prima, derecha heredera de Vizcaya, tengo por cierto que, si yo heredase heredad ajena, Dios sería contra mí y no lograría ser vuestro señor. Os mando, pues, que hagáis homenaje a doña María Díaz, y que la toméis por señora de Vizcaya para después de la vida de don Diego, y yo, os quito del homenaje que me hicierais.

Y los hijosdalgo vizcaínos, atendiendo esas razones, hicieron pleito homenaje de cumplir tal voluntad.

Doña María no debió esperar mucho para que dicha promesa se convirtiera en realidad.

El año del Señor de mil trescientos nueve, el rey don Fernando congregó en Madrid a sus hermanos, los infantes, y a muchos de los ricos-hombres, maestros de las órdenes de caballería, obispos y hombres buenos de las ciudades y villas de todos sus reinos. Allí, les dijo que era su voluntad servir a Dios haciendo guerra a los moros, tal y como hicieran los reyes que le habían precedido, y porque el rey de Granada había quebrantado los pleitos y posturas que pusiera con él, deseaba ir a combatirle a la Andalucía. Y fue en el cerco de la ciudad de Algeciras, donde don Diego López enfermó de una fuerte dolencia, de la que no pudo escapar, reclamando Dios su alma en enero del año del Señor de mil trescientos diez.

Desconozco qué sentimiento invadió a doña María Díaz cuando supo que su tío había fallecido. Como rica heredera, puede que recibiera con contenida satisfacción la noticia de la muerte de su predecesor al frente del Señorío, por poder gozar al fin de las bondades del poder, aunque ella no fuera criada para tal fin, ni soñara nunca con nada más que con dar descendencia a su marido y perpetuar su estirpe. Pero seguro que, en el fondo, doña María presagiaba que sus males no harían sino continuar, y sabía bien de manos de quién podrían llegar.

Lo que sí puedo adivinar, es lo que sintió al pisar la hierba de ese claro de Arechabalaga; al recorrer los pasos que la separaban de aquellos grandes robles; lo que sintió al ser recorrida su figura por los ojos de las decenas de hijosdalgo ayuntados en Junta; lo que sintió al jurar

hacer cumplir y guardar los fueros, leyes y libertades de los vizcaínos, y recibir de ellos pleito homenaje, siendo tomada por señora de Vizcaya, en la misma manera en la que habían sido recibidos cuantos señores fueron antes que ella».

Doña Teresa interrumpió el relato, pues, atravesada una arboleda, divisó su casa torre de San Julián de Muskiz, iluminada por los últimos rayos del sol de aquel día. Sin embargo, cuando creía que tomarían el desvío para detenerse en su solar, a la dama le sorprendió ver que continuaban camino de la costa.

—¡Diego! —gritó la dueña.

El viejo caballero se aproximó al carromato.

—Vamos a nuestra casa de Portugalete —dijo él—. Allí están Diego y Ochoa. Aquí, en Muskiz, puede haber ojos del rey o algo peor...

—Bien, será lo mejor zarpar cuanto antes —respondió doña Teresa.

—No. Será al alba cuando partamos.

—¿Y no sería más prudente embarcar ahora y partir cuanto antes de Vizcaya?

—No. Una nave zarpando en plena noche despertaría recelos en aquellos que nos quieren mal. Nadie debe saber que llevamos con nosotros a doña María, ni su destino. Me adelantaré ahora —dijo el viejo caballero, dando espuelas a su montura, alejándose.

El carro prosiguió su camino hacia la costa a paso calmado, disimulando bien la premura que sentían los que en él viajaban. Doña María no había hablado mientras escuchaba narrar la historia y hechos de su abuela. Tampoco, una vez hubo callado su aya, parecía tener nada que decir. Solo deseaba poder llegar a aquella villa marinera para acostarse en una buena cama y dormir toda la noche, aunque supiera que el amanecer del nuevo día sería acompañado por su inevitable marcha de Vizcaya, quién sabe para cuándo regresar.

## Capítulo IV

No fueron, tampoco esa mañana, el canto del gallo ni el repicar de campanas, ni la voz de doña Teresa, los que despertaron a doña María; sino el crujido de maderos y aletear de velas ondeantes. Cuando abrió los ojos, no fue sol lo que vislumbraron los ojos de la manceba, sino penumbras. Y no era en un mullido lecho en el que reposaba, sino en un arcón de madera. La del linaje de los Haro se sobresaltó por ello, incorporándose de golpe.

—No os asustéis, mi señora —dijo Oneka, la sirvienta, que estaba a su lado.

—¿Dónde estamos?

—En la bodega del navío que nos lleva a Bayona.

—¿Cómo he llegado aquí? No recuerdo que hallamos embarcado.

—Salimos de casa de los Muñatones por la noche. A vos os sacaron oculta en este baúl con gran cuidado.

—Y... ¿hemos zarpado ya?

—Sí, mi señora.

Doña María sintió ansiedad y miedo, acompañados de gran pena. Salió del arcón y corrió hacia las escaleras que daban a la cubierta, guiada por la luz del amanecer que penetraba hasta el interior de la nao.

—Doña María... —dijo Oneka, yendo tras ella.

La doncella salió al exterior. En la amura de babor vio a doña Teresa de la Sierra y a Diego Pérez, junto a dos de sus hijos, Diego y Ochoa, y los escuderos. Se dirigió entonces corriendo al castillo de popa, poniéndose sobre la punta de los pies y ayudándose con las manos para poder alzarse y asomarse por encima de la borda, pudiendo otear así el horizonte. Contempló la bahía del Abra, sus arenales y las pequeñas casas que rodeaban la iglesia de Santa María de Portugalete, con sus verdes montes, huertas y pastos para el ganado.

—Doña María... —habló aquí Oneka, llegando a ella y cubriéndola con un manto.

La del linaje de los Haro no dijo nada, ni a su sirvienta ni en su interior. Comprendió que no había nada que decir, ni tampoco nada que pudiera hacer. Al poco, se unió a ella doña Teresa.

—No temas, María —dijo la dueña, posando las manos en sus hombros—. Todo lo que ves, seguirá aquí cuando regreses... ven, el viento nos es favorable. Puede que arribemos a Bayona antes de lo previsto, y aún hay saber del que debo hablarte.

Doña María y su aya bajaron a la bodega, acomodándose entre algunos fardos y toneles.

—Aya, ¿por qué me habéis sacado oculta?

—¿Por qué?... ¿Acaso no recuerdas bien y con detalle todo lo que te conté ayer y el día anterior?

—Bueno, sí... gran parte.

—Pues al parecer, no lo más importante.

—¿Por qué dices eso? No me has preguntada nada...

—Sí lo he hecho. Óyeme, María. Te dije que no debías memorizar todo al pie de la letra. Solo comprenderlo.

—¿Y qué debo comprender? —preguntó la manceba, con tristeza—. ¿Que debo ocultarme de mis propias gentes como si fuera una encartada?

La dueña la abrazó, dudando por primera vez de si todo aquello que hacían, era en verdad lo mejor para ella.

—Oh, mi dulce niña... Ruego a Dios para que estemos haciendo lo acertado...

Ambas se serenaron, bregando por no derramar lágrimas que hicieran más penosa la travesía.

—Aya, ¿y qué poder tiene ahora doña María sobre sus vasallos? —dijo doña María, regresando al relato de su abuela, para que su aya no continuará dando voz ni cabida a malos pensamientos, haciendo con ello gala de madurez—. ¿Puede castigarlos porque tomaron a su tío como señor, en vez de guardar el juramento que le hicieron a ella?

—¿Por qué hablas de castigos antes si quiera de escuchar sus razones? Como señora que algún día serás de Vizcaya, el único pensamiento que debes albergar para con tus vasallos, debe ser el de velar por ellos como harías por un hijo. Del mismo modo, ellos te honrarán y servirán, no como siervo sometido, sino con devoción, por ser la guardiana de los fueros, que son su bien máspreciado, reflejo de su voluntad y libertades.

—Aya, sé lo que son las leyes, pero ¿qué son los fueros de los que tanto hablas?

—El fuero es lo que encierra en sí mismo dos cosas: los usos y las costumbres de un pueblo. El uso nace de aquellas cosas que el hombre dice o hace en el tiempo sin ningún problema, mientras que la costumbre, es el derecho no escrito que usan los hombres durante largo tiempo. Ambas maneras deben entrar en el fuero para que sea firme, razonado y guardado, y el pueblo lo ame y tenga como una valiosa herencia. Si el fuero es hecho como conviene, de buen uso y buena costumbre, tiene tan gran fuerza, que se vuelve ley con el tiempo, por la que se mantendrán y vivirán los hombres los unos con los otros en paz y justicia.

—¿Y por qué se llama así?

—Porque es algo que esta fuera y no se debe decir ni mostrar a escondidas, sino en las plazas y por los otros lugares a todo aquel que quiera oírlo.

—¿Y puede un señor cambiar esos fueros si los ve injustos?

—Ninguna costumbre que quiera usar un pueblo debe ir contra la ley de Dios, ni contra señorío o derecho natural. Siempre se debe poner con gran consejo, no por yerro, ni antojo, sino por derecho y razón. Si entendiere que es por el bien común, el gobernante puede hacer ley y fuero nuevo, mudando el antiguo. Si fuera oscuro, tiene el poder de esclarecerlo y, además, puede quitar costumbre usada si viera que es dañosa, haciendo otra nueva que fuere buena.

—Eso lo he comprendido, aya.

—Continuemos hablando entonces de esa señora, quien, como imaginaba que pronto advertirías, no es otra que tu abuela.

—Sí, aya.

—«Doña María era ahora, con todo merecimiento y derecho, “doña María Díaz I de Haro, señora de Vizcaya”. Contaba con la pleitesía de todos los vizcaínos, servicio de oficiales y multitud de vasallos hijosdalgo, caballeros y escuderos leales que obedecían solo a su voz. Pero tal poder, como no me cansaré de repetirte, no debes entenderlo al modo de los tiranos. No, como aquellos caudillos crueles que buscan su propio provecho, sin importar que sus actos sean en gran mengua y daño de sus vasallos, estragando la tierra y vedando las cofradías y los ayuntamientos de hombres. Ser señor es un compromiso para con tus súbditos, a los que deberás socorrer cuando así lo requieran y poner buen y diligente remedio a sus demandas.

Eso fue lo que hizo doña María Díaz cuando se encontraba en Valencia, junto con su hijo don Juan, que ya contaba con edad de diecisiete años. Acompañaban a la señora su anciano despensero, Juan Pérez; y su prestamero en Vizcaya y en las Encartaciones, Juan Sánchez Marroquín, oficial de justicia y hombre de mayor autoridad en esa tierra después de la propia señora.

—En el nombre de Dios y de la Bienaventurada santa María, su madre. —Escribía el escribano Pedro García al dictado de doña María Díaz, la cual confirmaba la carta puebla dada por su tío a la villa de Bilbao, como le correspondía—. Sepan cuantos este privilegio vieren, cómo yo, doña María, hija del conde don Lope, a quien Dios perdone, mujer del infante don Juan y señora de Vizcaya, en uno con don Juan, mi hijo, y con placer de todos los vizcaínos, hago en Bilbao, de partes de Begaña, población y villa, cual dicen, el Puerto de Bilbao. Y mando y defiendo firmemente a todos los concejos y alcaldes, jurados, jueces, justicias y alguaciles, merinos, prebostes y portazgueros de mis villas y de todos mis lugares, que este mi privilegio, o su traslado signado por escribano público vieren, que ninguno ose demandaros ni tomaros ninguna cosa de lo vuestro a vos, mis vasallos de mi villa de Bilbao, por razón de portazgos, peajes ni por otra cosa ninguna sobredicha —pero doña María Díaz no solo iba a confirmar aquella fundación, sino que, por petición de

los bilbaínos, les concedía dos privilegios más—... Además, mando que el camino que va de Orduña a Bermeo, que pasa por Echebarri, que vaya por aquella mi villa de Bilbao, y no por otro lugar sino por esta, y cualquier o cualesquiera que otro camino tomase sino este de Bilbao, mando a mi prestamero de Vizcaya y a mis merinos y al preboste de la villa, que les tomen todo cuanto les hallaren por descaminados, y que lo guarden para hacer de ello lo que yo tuviere por bien. Además, mando y definiendo que ninguno sea osado de tener compra ni venta ni regatería ninguna en todo el camino que va de Areta hasta la villa de Bilbao, y cualquiera que lo hiciere, que peche a mí, por pena, cien maravedís de la moneda nueva, y el merino que lo hallare, tome aquella reventa para sí.—Con esto, cumplía doña María uno de sus mayores deberes, dando además gran ejemplo a su hijo, para cuando este le sucediera y se convirtiera en señor de Vizcaya—. Y porque todo esto sea firme por siempre y no venga en duda, os doy este mi privilegio sellado con mi sello de cera colgado. Dado en Valencia, a veinticinco días de junio, año del Señor de mil trescientos diez.

Los dos procuradores de Bilbao que se hallaban presentes mostraron gran satisfacción por la concesión de los privilegios y razones que en ese pergamino se contenían, yendo ante su señora.

—Doña María Díaz. Señora —dijo el mayor de ellos, con una reverencia—. Nos habéis hecho gran merced. Y nos, junto con nuestros alcaldes, preboste, alguaciles y justicias todos, y hasta el último vecino y morador de vuestra villa de Bilbao, pugnaremos por tierra y por mar para que la dicha villa resista ante los de aquellos linajes y anteiglesias que, sin Dios y sin derecho, nos causan daños y males.

—Id con Dios —respondió confusa su señora.

—Que Él os guarde —se despidió el procurador más joven.

—Madre. Señora —dijo con desgana el mancebo don Juan, que ni por edad ni por temple, mostraba interés en aquellos menesteres, partiéndose de la sala.

—Doña María —dijo el prestamero, Juan Sánchez, tomando aquel privilegio para ponerlo a buen recaudo, saliendo también.

—Doña María. Señora —habló aquí su despensero, mientras se retiraba junto al resto.

—Aguarda, Juan —pidió la dama.

—Señora. —Se volvió el anciano ante esa orden.

—Necesito hablarte ahora en confidencia...

—Permitidme entonces que mande que os traigan vino y viandas —pidió Juan, ordenando eso mismo a un mozo.

—Confío en que te habrás asegurado de que nada de eso nos falte, mi buen el oficial —dijo ella con tono afable, ofreciendo al anciano asiento a su lado.

—No habría podido desempeñar mi cargo tantos años si por mi culpa las vituallas escasearan. Del buen hacer de camareros y despenseros, depende más en ocasiones que las treguas y acuerdos lleguen a buen fin, que de las razones de embajadores o personeros reales —hablaba Juan Pérez con la despreocupación que da la edad, y como si tuviera enfrente a una hija o nieta, no a su señora.

—Se diría que tienes en mayor estima el cuidado de tu estómago que el de la mente o el alma. —Doña María hablaba también con la confianza que se tiene a un viejo consejero, del que sabía que nunca ni por nada del mundo abandonaría su servicio, pues nada codiciaba ya, más que ejercer con presteza su cargo.

Dos criados entraron en la sala, portando dos copas, una jarra de vino y un plato con fruta. Llenaron ambas copas, poniéndolas en manos del despensero y su señora, después, se retiraron.

—Siempre he pensado que se desprecia en demasía el placer que los alimentos corporales ofrecen —dijo Juan Pérez, bebiendo de su copa, saboreándola con fruición.

—Así debe ser, pues el deseo exacerbado por la comida y la bebida es gula, y la gula es pecado mortal.

El despensero bebió de nuevo. Temía enzarzarse en una discusión teológica en la que no deseaba verse inmerso, pero su vanidad tampoco le consentía esquivarla.

—La gula consiste, como bien sabéis, en comer o beber en exceso y de forma desordenada, apartándonos de lo razonable. Pero comer o beber simplemente más de lo que uno debe, es pecado venial, así como hablar o callar más de lo que conviene, o responder ásperamente al pobre que pide limosna. Ahora bien, ¿hay pecado en deleitarse con los frutos de los campos, dar gracias a Dios por todas sus criaturas y aderezarlas con las hierbas y especias que Él ha puesto en la tierra para que nos sirvamos de ellas? Todas esas cosas son puras, y está escrito en los Evangelios que nadie nos debe juzgar por la comida o la bebida; y que el que come no desprecie al que no coma, y el que no come no desprecie al que coma.

—Pero san Agustín —continuó doña María, deseando medir y poner en apuros la sapiencia del anciano—, hombre docto donde los haya, dice en su obra que le era grata la necesidad del comer y el beber, pero que debía luchar contra esa dulzura para no ser esclavo de ella, combatiéndola todos los días con muchos ayunos. Decía que el hambre y la sed son molestias que queman y que, como la fiebre, dan muerte si el remedio de los alimentos no viene en nuestra ayuda. Y es por ello que, entendía, debíamos acercarnos a los alimentos como si fueran medicinas.

—Pero san Agustín finaliza el capítulo del que habláis, diciendo: “¿Y quién es, Señor, el que no es arrastrado un poco más allá de los límites de la necesidad? Quienquiera que no lo sea, grande es, y magnifique tu



Nombre. Yo, ciertamente, no lo soy, porque soy hombre pecador; mas también magnifico tu Nombre". Y como yo, doña María, no deseo incitaros a la gula ni la embriaguez —dijo el despensero, incorporándose y tomando el vino y la bandeja con fruta—, aparte de vuestra presencia estos manjares para no arrastraros al camino del diablo.

—No, mi buen Juan —dijo risueña la de los Haro—. Te lo ruego, no deseaba provocarte. Sé que eres hombre virtuoso aunque lo niegues a través de chanzas.

—Mi señora —respondió el oficial, sentándose de nuevo tras la burla—, hoy en día resulta casi imposible para el hombre común ser virtuoso, pues tan diferentes y opuestos son en ocasiones los mandatos de Dios y los que emanan de los reyes terrenales, que no se pueden cumplir las leyes divinas sin desobedecer a los monarcas, ni obedecer las órdenes dictadas por estos, sin caer en pecado contra Dios. Pero, aunque me agrada sobremanera conversar con vos, no es del yantar de lo que deseabais hablarme, ¿no es cierto?

—No, no lo es. Deseo que me hables de Vizcaya. Una tierra que me pertenece y a la que yo pertenezco, pero que apenas he pisado y apenas conozco.

—¿Y qué deseáis saber?

—Los males que afligen a mis vasallos. El porqué de las palabras de los procuradores de Bilbao.

Juan Pérez llenó su copa y la bebió casi por completo.

—Vuestra tierra vive sumida en la guerra, doña María —susurró el anciano.

—¿Una guerra? —preguntó ella, con inquietud—. ¿Y cómo es posible que no haya sabido tal cosa?

—La guerra de la que os hablo no se declara en Cortes ni se pregona en las plazas. Es una guerra que se libra, no en lejano campo de batalla ni ante ciudad murada, ni entre gentes de diferentes credos o naciones, sino en el seno de una misma merindad; una guerra que no necesitó de afrenta o razón para declararse, solo de una vana excusa; una guerra cuya raíz es tan honda y ancestral como el hombre, y tan inescrutable como sus propias y más bajas pasiones. En todo valle hay casas y torre de una misma y antigua estirpe, cuyos miembros recelan de los del valle más próximo. Las anteiglesias odian a los de las villas, y los de las villas a los de las anteiglesias; y muchos hidalgos cometen todo tipo de fuerzas, robos y muertes sobre los labradores vecinos y mulateros que hallan en sus dominios solariegos. —Apuró la copa, para poder finalizar—. Bilbao, igual que antaño le sucedió a Vitoria, en Álava, y a tantas otras ciudades y villas, sufre la amenaza de poderosos linajes banderizos, como los Salcedo, Leguizamón, Butrón o Avendaño. Familias guerreras y belicosas que rivalizan entre ellos por el control de la tierra. Son como los lobos

que odian al pastor por separarlos de las codiciadas ovejas... Vos y vuestros alcaldes y oficiales, doña María, sois los pastores.

—¿Dices que soy señora de una tierra poco menos que maldita?

—No, mi señora. Vizcaya no está maldita... solo lleva demasiado tiempo en manos de los lobos. En poder de aquellos que, partidos en dos bandos, se enseñorean de vuestra tierra, así como de otros lugares, imponiendo en ellos la ley que emana de su voluntad.

—¿De qué bandos hablas?

—Uno es el llamado *Oñez*, el otro, *Gamboa*. Y todas las casas de Vizcaya, así como las de Guipúzcoa y Álava, toman partido por uno u otro.

—¿Cuándo surgieron tales bandos?

—Su origen es más mito que realidad, y cada cual a quien halléis, os contará uno diferente.

—Agradezco mucho tu saber, al que sin duda recurriré en adelante. Pero ahora demando tu consejo. ¿Cómo puedo, con mi servicio, apaciguar a mis vasallos?

—Doña María, en muchas ocasiones, no es la obra de señores o reyes lo que el pueblo requiere para su buen gobierno, sino más bien, su ausencia.

—¿Qué quieres decir?

—Con todo respeto, vos mejor que nadie sabéis de los males que la conducta de ricoshombres arrojan sobre parientes y súbditos, pues los habéis padecido en carne propia. Lo que pretendo deciros, mi señora, es que bastará con que no echéis más desasosiegos sobre los vizcaínos de los que ya soportan y han soportado.

—Mucho me he mortificado, Juan, por los actos de mi padre, mi tío y mi esposo. Temí incluso que los vizcaínos me repudiaran a mí, a mi descendencia y a la memoria misma de todo mi linaje por las luchas y desafueros que durante estos años han sufrido por nuestro mal obrar. Te aseguro, que serán la medida, la razón y la búsqueda de la paz, los principios que guiarán siempre todas mis decisiones.

—Doña María —dijo Juan Pérez, llenando la copa de la dama y alzando después la suya—, mucho me congratula lo que decís. Ya temía entregar mi alma a Dios sin poder decir que había servido a un buen señor, y ahora celebro que así sea. —La del linaje de los Haro respondió esas palabras con una mirada de incompreensión—. Pues lo que podré decir, es que serví a una buena señora.

Ambos rieron tras esa chanza, brindando con sus copas por un porvenir que se adivinaba venturoso.

Doña María Díaz podía hacer cuanto estuviera en su mano para gobernar justa y cabalmente a los vizcaínos, pero había otro que parecía condenado a no vivir en paz con sus semejantes.

El año del Señor de mil trescientos once, algunos hombres comenzaron a meter mal entre el infante don Juan y el rey don Fernando en el cerco de Algeciras, extendiendo rumores y habladurías para desavenir a tío y sobrino. Y cuando al fin se reconciliaban, esas mismas gentes cuidaban de enfrentarlos de nuevo. Tal fue así, que el infante acabó abandonando el real, partiéndose luego del cerco, desamparando al rey. Con él, se fueron don Juan Manuel, don Fernán Ruiz de Saldaña y hasta quinientos caballeros más.

Su marcha pesó mucho a don Fernando, tanto que, llegado a Burgos, entabló habla con don Juan Núñez, diciéndole muy querrelloso que, si quería servirle, le ayudara a prender y matar al esposo de doña María. Aseguró el rey que, mientras don Juan viviera, él nunca podría acabar ninguna cosa que quisiera, como la guerra contra los moros que tenía comenzada, por el estorbo que le hacía siempre en eso y en todo lo que podía.

Al ser llamado por el rey a Burgos, don Juan solo se atrevió a ir cuando la reina madre, que era quien gobernaba en realidad los reinos de Castilla y León, le aseguró que su vida no corría peligro. Llegado a esa villa, el infante posó junto a su hijo, el mancebo don Juan, en el barrio de San Esteban, donde se sentía a salvo. Pero en esa tierra nada ni nadie debería nunca sentirse a salvo.

Un martes, a veinte días andados del mes de enero, el monarca castellano, mientras compartía mesa en las posadas de la reina con su madre, doña María, y el infante don Juan, fue aconsejado por algunos hombres malos, diciéndole que debía matar al infante de cualquier manera. Y don Fernando, débil de cuerpo y dócil de mente, accedió a ello, ordenando a don Juan Núñez y a su privado, Fernán Gómez, prender o matar a su propio tío. Mas estos ricoshombres entendieron que habría gran peligro si le acometían en aquel lugar, pues don Juan tenía consigo a doscientos caballeros, y en esas casas valían tanto como mil, por lo que desistieron de perpetrar el crimen en esa ocasión. Pero el rey, obstinado en aquella mala acción, acordó emplazar al infante para el siguiente jueves. Un día antes, el miércoles, mandó don Fernando meter en casa de su esposa, la reina doña Constanza, armas y espadas y mucha masa de gentes que estaban con él en esa conjura. Pero quiso Dios que el abad de Santander, canciller de la reina madre, al saber aquello la misma noche del miércoles, fue a alertarla. Doña María tomó muy gran pesar por ese hecho, tanto por la seguridad que ella misma había dado al infante de que su vida no corría peligro, como por temor de que, si su hijo mataba a tan gran señor en su propia casa a traición, podría perder sus reinos, pues todos los hombres buenos de la tierra tendrían gran miedo de él y harían todo lo peor que pudiesen contra su persona.

El jueves, día que debía consumarse tan vil homicidio, la reina madre alertó al canciller del infante sobre ello, mandándole que se partiera de la

villa, y que por ninguna cosa del mundo fuera a presencia del rey, ni velara por nada más que por poner su cuerpo a salvo. Don Juan, atendiendo ese mandato, cató manera de salir de la villa de la forma más silenciosa posible. No queriendo levantar sospechas en el monarca, ordenó a dos halconeros suyos que llegaran a él y le dijeran que en el arroyo de Quintana Dueñas había dos garzas, y que fuera a matarlas. Don Juan, que tenía los caballos ensillados y las armas prestas, cabalgó con esa excusa fuera de la villa como arrebatado. Don Fernando, al que hizo decir que se partía para cazar, no lo creyó, mandando que repicaran las campanas de la catedral para que todos los hombres de la villa fuesen tras el infante.

Caída la noche, y sin haber podido capturar al esposo de doña María Díaz, los del rey se albergaron en Quintana Dueñas y las aldeas de alrededor. Mientras, el infante, su hijo don Juan y muchos otros, llegaron a Saldaña, que era un lugar muy fuerte de su vasallo Fernán Ruiz, donde bien podrían defenderse si fuese menester. Esa misma noche, el esposo de doña María Díaz envió mensajeros para poner buen recaudo en todas sus villas y castillos, yendo después él mismo a cada una de ellas, abasteciéndolas generosamente.

Frustrada su conjura y perdida la sorpresa, el rey don Fernando, con gran pesar, se retiró de regreso a Burgos.

Pero como temía la reina madre, aquella acción tuvo consecuencias, y es que algunos de los leales al monarca recelaron de él, hablando con el infante y mostrándole su amistad. Don Fernando, viendo que no pudo acabar con don Juan y que se descubrían contra él nuevos enemigos, acudió una vez más ante su madre, pidiéndole por merced que fuera a hablar con el infante para avenirlo con él. La reina madre se sentía traicionada y ya no creía ni a su propio hijo, pero tanto insistió su vástago, que hubo de consentir.

La mediación de doña María y de los obispos de Santiago, Lugo y Palencia, lograron una vez más aplacar los ánimos, viéndose todos los involucrados en la villa de Grijota. Allí, dijo la reina madre a su hijo que nunca sería bien servido de su hermano, el infante don Pedro; de su tío, el infante don Juan; ni de don Juan Núñez, mientras hubiera desavenencias entre ellos, y que haría bien en asosegarlos a todos para así poder llevarlos consigo a la frontera. Don Fernando acató ese buen consejo, convocando Cortes en Valladolid en el año del Señor de mil trescientos doce, donde, reunidos todos los de sus reinos, les dijo que quería ir de nuevo a la guerra contra los moros en servicio de Dios.

Pero la voluntad de Dios era otra, y por mucho que erramos, continuamos apelando a ella, creyendo obedecerla y escudándonos en su supuesto cumplimiento.

Siendo el mes de septiembre, el monarca castellano contrajo una dolencia muy fuerte en el asedio a la villa de Alcaudete. Se partió entonces

a Jaén, pero no quiso cuidar su salud, ya que comía carne cada día. El siete de ese mes se reunió por la mañana con su hermano, el infante don Pedro, para acordar que, con sus hombres, fuera junto con el rey de Granada a atacar al caudillo moro de la ciudad de Málaga. Después, se echó a dormir. Pasado el mediodía, lo hallaron muerto en su cama. El rey don Fernando IV entregó su alma a Dios a los veintiséis años de edad, falleciendo de un modo tan anodino y poco memorable como había vivido. Y su muerte arrojó sombras de incertidumbre sobre el destino de súbditos y vasallos, abriendo viejas puertas a nuevas luchas por el poder y gobierno de sus reinos.

El sol brillaba sobre la comarca de Burgos, iluminando entre el follaje del bosque a un buen número de hombres y mujeres que transitaban por el sendero de los montes Obarenes.

Encabezaban la comitiva el prestamero de Vizcaya y las Encartaciones, Juan Sánchez Marroquín, y la señora de Vizcaya, doña María Díaz de Haro, seguidos de sus damas y del despensero Juan Pérez. Todos ellos andaban en mulas. En el centro, una docena de hidalgos a caballo y una veintena de peones. En la retaguardia, los escuderos y sirvientes.

El sonido metálico de las herraduras de las bestias sobre las piedras del camino, y el entrechocar de las anillas de hierro de los lorigones, era lo único que se oía en leguas a la redonda junto con el piar de algunas aves.

Juan Pérez, que no compartía el desasosiego general que embargaba a su compañía, sacó una pequeña flauta dulce y comenzó a tocarla. Las, ora melancólicas, ora vigorosas notas que el oficial hizo brotar del instrumento, distrajeron de muchos malos pensamientos a la señora de Vizcaya, y sorprendió, cuando no disgustó, a los hombres de armas, los cuales, siempre alerta, temían ser acechados por doquier.

Al finalizar la pieza, doña María Díaz, percatándose de que aquello no agradaba a la mayoría, por no decir, a nadie, habló al anciano antes de que pudiera continuar tocando.

—Es una melodía muy hermosa —dijo la dama.

—La escuché hace tiempo en Bayona —respondió el despensero—. Dos maravedís...

—¿Cómo dices?

—La tocaba en la plaza un mendigo. Le di por limosna dos maravedís y pedí que me la enseñara. No solo es hermosa, es... evocadora.

—Hermosa palabra, para una hermosa melodía...

—Sí —respondió el oficial, con la mirada perdida—... la contemplación y exaltación de la belleza es lo poco a lo que los ancianos podemos aspirar para reconfortar nuestro espíritu.

—Pero toda belleza es temporal —replicó ella—, y se tiene por miserables a aquellas almas prisioneras del amor a las cosas temporales.

Cualquiera diría que doña María quería provocar nuevamente a su anciano consejero, pero, en esa ocasión, Juan Pérez no parecía dispuesto a un nuevo duelo de intelectos.

—¿Y qué vida no es miserable, mi señora? No he conocido hombre alguno de gran saber, que no sintiera, llegado a un extremo de su vida, grandísimo tedio de vivir, y no menos miedo a morir. Hasta llegado el día que, hastiados por completo, el temor desaparece.

—Hablas con pesar, mi buen Juan.

El anciano tardó en continuar, meditando bien sus palabras.

—Siento lástima, doña María. Lástima por ver que somos una raza condenada a vagar por el desierto. Condenados por la ignorancia y el oscurantismo... Condenados por el miedo. Vuelvo a ver un mundo atezado por el terror. No hay mejor arma ni herramienta más eficaz para hacer que los hombres y mujeres desprecien con júbilo sus derechos y libertades, desconozcan al hermano y al amigo, y jaleen al tirano que llega a lomos de un blanco corcel prometiendo la salvación... que el miedo. El miedo nubla la mente y destierra la razón, convirtiéndonos en bestias capaces de cualquier infamia y crueldad.

—Lo sé, pero siempre ha sido así...

—Ciertamente, doña María. ¿Y no es esa tragedia suficiente para mostrar gran pesar? Siempre ha sido así... y mucho temo que siempre lo será. Siempre, mientras gobiernen en nuestros corazones el oscurantismo y la ignorancia, hombres y mujeres seremos tierra fértil en la que la semilla del miedo encontrará arraigo y sustento; y, con ella, la tiranía.

—Pero Juan, tú eres un hombre sabio. ¿No es acaso la sabiduría suficiente don para consolar tu espíritu?

—En absoluto, mi señora. El erudito siente gran frustración por saber que hay un millar de enigmas de este mundo que escapan a su conocimiento; y soledad, por no poder compartir con apenas nadie sus pensamientos e inquietudes. Mirad a cuantos nos rodean. No importa si son mancebos o viejos, libres o siervos, clérigos o legos; habladme de sus cuitas mundanas y decidme si tienen algo que ver con las de un sabio. Y eso, con el transcurso de los años, conduce, no solo a la soledad, sino también al desprecio del prójimo.

—¿Es ese conocimiento el que te hace mostrarte tan despreocupado en estos momentos?

—No, mi señora. Mi serenidad, que no despreocupación, proviene de la experiencia por lo vivido y lo que he podido conocer por crónicas de este y otros reinos...

—¿Compartiríais conmigo ese saber, que más parece ser un bálsamo milagroso?

—Es sencillo, doña María. Refiriéndonos a lo que nos atañe, igual daño puede hacer recaer un rey sobre su pueblo siendo varón de edad,

que mancebo sin barbas, así tal y como si no hubiera descendencia y los ricosombres pugnaran una y mil veces entre ellos por su tutela o corona.

—¿De modo que, no temes lo que está por llegar, después de justamente todo lo vivido?

—Ya solo temo a lo desconocido, mi señora. Y lo que está por llegar, lo conozco bien... al igual que vos —finalizó el despensero, tomando de nuevo su flauta y entonando otra melodía, para disgusto de casi todos.

Doña María Díaz y los suyos llegaron al cabo de ese día a Burgos. Tras tomar las posadas del barrio de San Esteban, donde acostumbraban a posar los señores de Vizcaya en aquella tierra, la del linaje de los Haro fue a verse con la, ahora, reina abuela.

Cuando doña María entró en la capilla de la catedral donde oraba su tía, ambas se abrazaron e hicieron gran llanto juntas.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó la del linaje de los Haro, una vez se hubieron calmado—. ¿Es cierto lo que se dice? ¿Que murió sin padecer?

—Eso me han asegurado todos los de Jaén... —dijo entre sollozos doña María de Molina—. Oh, Señor... ¿por qué te lo has llevado tan pronto?

—Por desgracia, ese dolor nos es familiar. Se siente que te arrancan del pecho una parte de tu mismo ser, y que ya nada ni nadie podrá reparar ni colmar ese vacío.

—Siempre venía a mí en busca de consejo —prosiguió la reina abuela—... Sabía que yo pugnaría por apartar todo mal y ayuntar todo el bien posible. Pero no tuvo un día de paz. De continuo, sus ricosombres lograban hacer que recelara de todos los que le eran leales. Incluso procuraron ponerlo en mi contra y en contra de su hermano, el infante don Pedro.

—¿Y qué hay de don Alfonso, vuestro nieto y heredero de los reinos?

—Nació el viernes, día trece de agosto. Fue voluntad de mi hijo que yo me ocupara de su crianza, pero mi nuera, la reina doña Constanza, no lo ha tenido por bien, y lo ha entregado a mi hijo, el infante don Pedro... Oh, buen Dios, dame fuerzas. No podré sufrir de nuevo las luchas entre los ricosombres de mi nieto. No, con una reina madre sin seso y un monarca al que aún restan trece años para verse libre de tutores. No soportaré trece años de intrigas, conjuras y revueltas.

—Tía. Señora. Ved que yo soy con vos. Y mi esposo, el infante don Juan, guardará lealtad a don Alfonso. Sus aspiraciones han sido colmadas, y el pleito por Vizcaya, que tantos quebrantos nos ha causado a todos, yace asosegado por siempre.

—Nada en esta tierra, María —dijo la reina abuela, con voz grave, mirando a su sobrina a los ojos—, yace asosegado por siempre.

Pero si muchos tomaron gran pesar al saber de la muerte del soberano, el infante don Juan y don Juan Núñez de Lara obtuvieron gran placer por esa nueva. La muerte de don Fernando logró que ambos señores abandonaran sus disputas y riñas, acudiendo en paz a Valladolid a los pocos días ante la reina abuela.

—Doña María. Señora —dijeron tanto don Juan Núñez como el infante don Juan, haciendo una reverencia.

—Señores. Buenos hombres —respondió ella.

—Doña María —habló aquí el esposo de la señora de Vizcaya—, primeramente, os reconocemos cuánto bien y cuánta merced nos habéis hecho a ambos hasta en dos ocasiones, pues si no hubiera sido por vos, sin duda habríamos sido muertos. Es por ello que deseamos apoyaros para que seáis vos la tutora del rey don Alfonso, y no vuestro hijo, el infante don Pedro, que nos quiere mal, pues nunca fue esa la voluntad del difunto rey don Fernando.

—No consentiremos que eso ocurra en ninguna manera, doña María —advirtió con firmeza don Juan Núñez—. Ni nos, ni otros muchos que están con nos, como don Pedro Ponce, don García de Villamayor y, hasta vuestro hijo, el infante don Felipe. Si vos no tomarais bajo vuestra tutela al rey don Alfonso, habrá gran guerra entre nosotros y vuestro hijo, el infante don Pedro, y toda la tierra sufrirá estragos.

—Doña María —prosiguió el infante don Juan —, sabed que hemos enviado cartas a los caballeros y procuradores de Castilla y de León, y puesto a buen recaudo toda esa tierra. Y hecho firme pleito con los de Burgos, de ser contra todos aquellos que vayan contra nosotros. Si el infante don Pedro acude allí, no le abrirán sus puertas, ni le harán honra ni ningún servicio. Y si el tutor o tutores del rey quienes fueran, o el mismo rey don Alfonso antes de tener edad cumplida, fuesen contra nosotros o contra cada uno de nosotros, para quebrantar los fueros, cartas, privilegios y libertades que tenemos, nos defenderemos.

Esas palabras supusieron un nuevo y duro revés para la reina abuela, que entendía la gran ocasión que se les presentaba a aquellos ricoshombres para iniciar una guerra y desatar todas las vilezas y ambiciones que acarreaban.

—Señores —respondió titubeante doña María de Molina—, sé muy bien cuan gran peligro hay en esto, y no quiero que semejante hecho se acuerde si no es con consejo de todos. Pugaré por poner tregua y concordia entre vos y mi hijo. Enviaré mensajeros a por el infante don Pedro y la reina madre, doña Constanza, para que acudan a las Cortes de Palencia, y allí asosegaremos este pleito... No deseo que haya contienda entre vos ni daño en la tierra.

—Doña María —repitieron al unísono ambos señores, con una reverencia, retirándose.



Esa noche, la señora de Vizcaya aguardaba al infante don Juan en su posada de Villalón. Había sabido por sus escuderos de todo lo hablado entre su esposo y la reina abuela en Valladolid, y por mucho que su despensero le hubiera advertido, no podía dejar de temer que los males del pasado volvieran para atormentarla, a ella y a los suyos. Antes de la medianoche, la dama escuchó un lejano sonido de caballos al trote acercándose a la villa. Se asomó a una ventana, y no tardó en ver llegar a su esposo acompañado de varios caballeros. Doña María ya no era una manceba indefensa, y muchas cosas habían cambiado desde que la casaron con aquel hombre. Sin embargo, había enemigos contra los que siempre se sentiría menor de edad. Enemigos que no eran de carne y hueso, y habitaban en el interior de todo hombre y mujer, acosando y corrompiendo las mentes.

—Señora —saludó don Juan, entrando en la alcoba.

—Esposo —contestó la del linaje de los Haro—. ¿Las vistas con la reina doña María han sido fructíferas?

—Ya conocéis lo que se ha decidido, ¿no es cierto?

—Ciertamente, lo sé. —Doña María aguardó antes de continuar hablando, esperando en vano una réplica por parte de su esposo. Hasta que entendió que lo mejor era hablar sin ambages ni tapujos—. Nunca abandonaréis vuestro empeño, ¿verdad?

—¿A qué empeño os referís?

—Al de apoderaros del rey. Junto con mi padre, procurasteis apoderaros de la voluntad de don Sancho, vuestro hermano; después, de la de don Fernando, vuestro sobrino; ahora, de la de don Alfonso.

—No procuro tal cosa, señora. Tan solo hacer cumplir el deseo del finado rey don Fernando para con la custodia de su hijo. No miento cuando digo que debo mi propia vida al consejo y entendimiento de la reina abuela.

—No obráis así por la reina abuela, sino por vuestro propio interés; para que la tutela del rey don Alfonso no recaiga en su tío, el infante don Pedro, al que habéis convertido en vuestro nuevo rival.

—Don Pedro es nuestro rival, señora —dijo el infante, acercándose a ella—. Nuestro y de nuestro hijo Juan.

—¿Por qué porfiáis en enemistaros con todo ricohombre que ostente un mínimo de poder más que vos? ¿Tanto anheláis ser voz de rey, que arriesgaréis por tal pretensión, vuestra vida, la mía y la de vuestra descendencia? ¿Acaso no hay lugar para la concordia ni la paz en vuestro corazón?

—No me habléis de pretensiones ni de paz, doña María. Vos, no, que habéis respirado, luchado y padecido durante toda vuestra vida para haceros con el señorío de Vizcaya.

—Porque era lo que por derecho me correspondía —replicó ella con firmeza—. No he reclamado ni un maravedí, ni un palmo de tierra, ni un celemin de trigo más de lo que por herencia y linaje se me debía.

—Eso es lo que nos diferencia, doña María... la ambición.

—¿Y a dónde os ha conducido vuestra ambición?... Las luchas que no he dejado de presenciar desde mi mocedad no han sido diferentes a una partida de dados. Pero estas no se juegan sobre un barril ni se ven monedas cambiando de manos. Aquí mueren hombres que dejan viudas que los lloran y huérfanos que juran venganza. Villas y alcázares que son arrebatados a unos y tomados por otros, solo para regresar a manos de los primeros, pasado el tiempo. Después, esas villas y castillos son trocados por tierras en otros lugares, y su tenencia entregada a algún hombre emparentado con el que antaño los combatió. Y todas esas guerras... toda esa... avaricia y gran sinrazón... creo, esposo, que es porque no conocéis otro modo de procuraros riqueza, ni hay otra cosa alguna en la que halléis placer.

Al infante don Juan le costó asimilar respuesta tan dura, pronunciada a la par con tamaño desdén. Pero él también sabía herir con las palabras.

—Las luchas no son el único medio por el que sé procurarme riquezas, señora... He obtenido Vizcaya y las heredades de los Haro casándome con vos...

Doña María no respondió, por volver a sentirse un animal vendido por su padre. Solo le quedaba un único y débil consuelo; una esperanza vana: que su hijo, don Juan, se viera libre de la maldición que suponía ser esclavo de la avaricia y los apetitos exacerbados que corrían desbocados por las venas de su progenitor.

El año del Señor de mil trescientos trece, el infante don Juan; la reina abuela, doña María de Molina; y el infante don Pedro, su hijo, acudieron a tierra de Palencia para comparecer en sus Cortes.

El infante don Juan posó en la morería; el infante don Pedro y los suyos, en el arrabal; y la reina abuela, en el convento de San Pablo.

Los prelados y procuradores de las villas que ya se hallaban en la ciudad, comenzaron a hacer realidad los temores atávicos de doña María de Molina, dividiéndose en dos partes. Los que la apoyaban a ella y al infante don Pedro, se ayuntaron en la iglesia de San Francisco, y los partidarios del infante don Juan, que eran de Castilla y León, Galicia y Asturias, en la de San Pablo. Unos, sin atenerse a consejo ni razón, tomaron por tutor del rey al infante don Juan; los otros, al infante don Pedro y a su madre.

La reina abuela, viendo que los reinos de su nieto amenazaban con quebrarse, dispuso que ambos infantes, tanto su hijo, como su cuñado, se convirtieran en tutores del mancebo rey don Alfonso, para que fincaran así, como amigos. Pero pareciera que en esa tierra no podía haber alianzas sin muertes, ni muertes sin alianzas, pues en noviembre de ese

año, falleció la reina madre doña Constanza, quedando huérfano de padre y madre el monarca castellano.

Dichas posturas de concordia se ratificaron en las Cortes de Burgos del año del Señor de mil trescientos quince, acordando y haciendo pleito homenaje los personeros de las ciudades y villas de los Reinos, de que la tutoría del rey fuera compartida entre la reina abuela, el infante don Pedro, y el infante don Juan; y si cualquiera de los tres tutores moría, fincaría toda la tutoría en los otros dos; y si dos muriesen, recaería toda en el que quedara vivo. Y como si una maldición hubiera de cumplirse, tras confirmarse aquel acuerdo, llegó otra muerte, la de don Juan Núñez de Lara, el segundo de su nombre.

El infante don Pedro marchó entonces a la frontera, a la guerra contra los musulmanes, por lo que el infante don Juan, como alférez mayor y tutor del rey don Alfonso, gozó de un poder mayor del que nunca antes había ostentado, siendo lo más parecido a un rey, que pudiera existir.

Me gustaría poder narrarte otra historia. Una historia con gentes que en alguna ocasión se aproximen a los que pueblan los cantares de gesta. Una historia de reyes sabios y clementes, caballeros leales en busca de gloria, y ricoshombres nobles de corazón, pero has escuchado lo suficiente como para saber que no hallarás eso aquí. Por eso, lo que sucedió a continuación, no te sorprenderá.

El año del Señor de mil trescientos diecisiete, tras varios meses ausente, el infante don Juan se reunió en Valladolid con doña María Díaz, su esposa, más quejoso de lo que en él era habitual.

—En septiembre del pasado año —habló el infante—, en las Cortes de Carrión, algunos ricoshombres, prelados y procuradores de los concejos nos demandaron a los tutores cuentas de todas las rentas del rey, viendo que había gran deuda en las arcas, hallándose el Reino en grave afincamiento de pobreza. Se acordó, por tanto, lo que se debía recaudar en la tierra, y que todo se destinaría para continuar la guerra contra los musulmanes de Granada, y para mantenimiento del rey, de los castillos y de los oficios de la Corte.

—¿Y bien? —preguntó doña María, sin demasiado interés.

—Estando yo en el palacio real, ante la reina abuela, los hijosdalgo discutieron sobre el reparto que debía hacerse de los escasos dineros con los que se contaba, no logrando acuerdo por la gran mengua que de ellos había. Sin vergüenza y no guardándonos honra, los procuradores y ricoshombres comenzaron a pelear entre ellos... Tuve que interponerme, apaciguando los ánimos, pues estaban dispuestos a matarse los unos a los otros. Fue milagroso que nadie resultara herido ni muerto allí, con tantas armas como se sacaron, más aún cuando mi gente, que estaba en la villa, irrumpió armada en el palacio temiendo por mi vida.

—Dios mío... Y la reina doña María, ¿salió ilesa?

—Ilesa, pero desolada y humillada. De allí marchamos juntos a Palencia, donde terminamos el repartimiento de los dineros.

—Pero vuestro mal talante no se debe a ese altercado ¿verdad?

—No... he sabido que el infante don Pedro, junto con los maestros de las órdenes, ha combatido y vencido a los caballeros del sultán Ismail —dijo él, sirviéndose y bebiendo un vaso de vino—. Mató bien seguro a mil quinientos de ellos y a cuarenta señores moros de gran cuantía. Luego fue a tierra de Jaén y cercó y combatió con ingenios los castillos de Cambil y Alhabar, que son muy fuertes, hasta que los tomó...

—Todo cristiano debería celebrar tales hazañas —dijo doña María irónicamente, sabiendo bien el porqué del malestar de su esposo.

—Este cristiano, no —contestó entre dientes el infante—. ¿Por qué creéis que mi finado hermano llegó a ser rey? Porque se distinguió en la guerra contra los moros, ganándose en el campo de batalla el respeto de unos y el temor de otros. Ahora, además, el Papa ha otorgado a la lucha del infante don Pedro la bendición de la cruzada, y dado las tercias y las décimas de los diezmos recaudados durante tres años para que pueda continuarla.

—¿Os uniréis pues, a él?

—Sí. Cataré la forma de tomar mi parte en esa cruzada, y también en las tercias y las décimas. Solo una vez don Pedro me haya concedido eso, partiré a la guerra contra el sultán de Granada.

—¿Con quién partiréis?

—Con todos los hijosdalgo de Castilla y León. Con el infante don Felipe, don Fernando Ruiz de Saldaña, don Rodrigo Álvarez, don García de Villamayor... y con Juan, nuestro hijo.

Un temblor sacudió a doña María, más por la rotundidad de la respuesta, que por lo inesperada que pudiera ser.

—¿Cuidaréis de que no le alcance ningún mal? —susurró la del linaje de los Haro.

—Me ofendéis si dudáis de ello. Juan es a quien más amo del mundo. Velaré porque siempre se halle a salvo —aseguró el infante, retirándose.

Antes de esa campaña, don Juan y doña María partieron a Toro junto con su hijo don Juan y la esposa de este, doña Isabel, para tratar con el arzobispo de Santiago, don Frey Berenguel, las dispensas papales en razón de sus casamientos.

Cumplido ese trámite, el infante don Juan, su hijo, y el resto de caballeros aderezaron su hacienda y pertrechos, marchando a la Andalucía, llegando a la villa de Baena, que es en tierra de Córdoba, a mediados del año del Señor de mil trescientos diecinueve.

Desde la torre del llamado *Arco Oscuro*, varios hombres del alcaide avistaron a los del infante aún en la lejanía, saliendo a su encuentro. Al galope llegaron los de Baena ante la hueste de don Juan, recibéndolo con muchas honras y gratitud.

—¿Qué nuevas hay del infante don Pedro? —preguntó el infante don Juan.

—Señor —respondió uno de los guardas—, el infante partió a Sevilla con los maestros de Calatrava y de Alcántara. Sabemos que de allí fue a cercar Tíscar, que es la más fuerte cosa que tienen los moros.

—Enviad mensajeros a ese lugar y decid a don Pedro que nosotros iremos a Alcalá de Ben Zayde.

—Señor... —dijo el hombre del castillero, acatando la orden.

—¿Cuándo partimos, padre? —preguntó el mozo.

—Comprendo tu ansía, Juan, pero tu fincarás aquí, en Baena.

—Pero, padre —replicó contrariado el mozo—, ¿me habéis traído hasta aquí para permanecer en la retaguardia?

—Juan... Se me conoce entre las gentes como *el de Tarifa*. Lo que ocurrió allí fue gran deshonra para mi nombre. Dios mediante, en esta tierra obtendré gloria y haciendas para nuestra casa, con las que te heredaré, y si la muerte me ha de llegar, que así sea. Pero si esa desgracia acaeciese, óyeme, cuídate de mi sobrino, el infante don Pedro; y de mi primo, don Juan Manuel, el hijo del infante don Manuel. Ellos bregarán por arrebatarte todas las posesiones y títulos que ostentes, como lo han intentado conmigo. Recuerda que Vizcaya, la tierra de tu madre, será siempre tu bastión, pero tu fortuna, se forjará junto al rey don Alfonso, en Castilla y León.

—Sí, padre... —respondió el mancebo don Juan.

Ambos infantes se encontraron en Alcalá de Ben Zayde, población que tomaron al asalto, y después, la de Alcaudete. De allí fueron a cercar la fortaleza de Illora, combatiéndola y entrando en el arrabal, al que prendieron fuego. Avanzaron después hacia Granada, asentando su real a las faldas de Sierra Elvira, desde donde durante días realizaron saqueos en las alquerías cercanas, tomando prisioneros y quemando las cosechas que hallaron.

Se dice que el infante don Pedro quiso ir más adelante, hasta la misma Granada, pero el infante don Juan y otros muchos no lo consintieron, emprendiendo la retirada el lunes día veinticinco de junio.

Cuando el sultán Ismail vio que los cristianos desistían de combatir la ciudad, abandonando su tierra, mandó que salieran a su encuentro varios miles de caballeros al frente del jeque Utman.

Don Pedro marchaba al frente del ejército, mientras que el infante don Juan guardaba la zaga. Azotados por el calor y las luchas pasadas, y cargados con gran botín, se apresuraban por llegar al río Genil donde poder saciarse, pues tenían por cierto que no podrían continuar la marcha ni sobrevivir sin refresco y descanso. Fue en ese momento cuando Utman ordenó atacar. El desconcierto cundió entre los cristianos, convirtiéndose la regia hueste en una muchedumbre confusa y desmadrada. El infante

don Juan procuró ordenar a los suyos, pero a tantos le hirieron y mataron, y tan hostigado fue él mismo, que tuvo que mandar en busca del infante don Pedro para que lo socorriera. Los de Castilla y León caían por docenas ante el hierro de los miles de caballeros y peones musulmanes, desfalleciendo en mitad de la lucha los que no huían.

Al llegar don Pedro a la retaguardia, quedó espantado al ver que multitud de los suyos yacían muertos o malheridos, y tantos otros eran alanceados o asaeteados por doquier como si fueran corderos. El infante metió mano a la espada para acaudillar a sus hombres, gritándoles órdenes y haciendo todo lo humanamente posible para equilibrar las fuerzas, pero tan exhaustos estaban los suyos y tan mal mandados fueron ese día, que por mucho que se esforzó no logró que ninguno le obedeciera como era debido. Tal angustia sufrió entonces, que perdió el habla, cayendo del caballo, muerto en tierra.

Los maestros de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, que permanecían en la vanguardia, a media legua de la batalla, huyeron cuando supieron ese trágico hecho.

El infante don Juan había perdido su única esperanza de salvación. Él procuraba mantenerse firme y resistir cuanto tiempo fuera posible, pero aquella escena invitaba a abandonar toda esperanza y hasta la cordura. Y eso le ocurrió, cuando varios caballeros del infante don Pedro le dijeron que su señor había muerto. El esposo de doña María Díaz tomó tan gran pesar por esa nueva, que perdió el entendimiento, teniendo que llevarse los vasallos y los de don Pedro. Pudieron ponerlo a salvo de aquella matanza, aunque su mente se había trastornado. No murió, pero tampoco podía decirse que viviera. Los musulmanes, aprovechando la confusión de los caballeros cristianos, fueron hacia su real, entrando en él a su antojo, robando y tomando cuanto hallaron, regresando con buen despojo a Granada.

Aquel día, tras esa humillante derrota y en mitad de la noche, murió el infante don Juan, perdiendo sus vasallos su cuerpo en los dominios del sultán nazarí.

Desconozco si fue en esa tierra cuando el mancebo don Juan resultó herido en alguna escaramuza, perdiendo un ojo y ganando el apodo de *el Tuerto*, pero si así ocurrió, fue un pequeño precio el que pagó en comparación con lo que sufrieron la mayoría de los suyos. Aunque es muy exagerado, se dice que en esa batalla murieron más de cincuenta mil cristianos, mientras que, por parte de los musulmanes, únicamente cayeron once o trece.

Varios escuderos del difunto infante don Juan llegaron a Baena. Atravesaron sus imponentes murallas y recorrieron las pequeñas casas encaladas hasta llegar a la parte más alta de la colina en la que se asentaba la población, entrando al castillo.

Tan pronto como pusieron un pie en el interior de la fortaleza, se toparon con don Juan, que ya los había visto aproximarse en la distancia.

—Mi señor... —musitó uno de los sirvientes.

—Hablad...

—Don Juan... vuestro padre, el infante, ha caído.

—¿Caído? —preguntó con sorpresa, pues la muerte de un infante suponía no solo una derrota, sino también que, sin duda, había acaecido una gran matanza de hombres.

—Sí, mi señor.

—Llevadme ante su cuerpo.

—Señor... el cuerpo del infante... lo perdimos en tierra de moros.

—¿Perdido?... ¿Perdido dices? —Don Juan golpeó en el rostro al escudero con el dorso de la mano—. ¡¿Como si fuera un fardo?!

—Mi señor —murmuró el mozo, sin poder dar ninguna excusa.

—¡Id por él! ¡Traedme su cuerpo o no regreséis!

—Mi señor, mucho lo buscamos por nosotros mismos, pero por mucho que fue nuestro empeño, no lo hallamos.

—Id entonces ante el rey de Granada. Decidle que le ruego que busque el cuerpo de mi padre en sus dominios.

—Pero, mi señor... nos apresarán...

—Fue el infante don Pedro quien quebrantó las treguas con él, corriendo sus tierras y matando a sus moros. No nosotros. El rey de Granada nunca ha recibido de mi padre, ni de mí mismo, ningún enojo ni afrenta. Os entregará su cuerpo, como le gustaría que yo entregara a su hijo el suyo...

Los vasallos obedecieron, partiendo sin dilación a Granada. El sultán Ismail recibió a los mandaderos de don Juan, y una vez hubo escuchado sus razones y petición, hizo que se rastreara toda su tierra, hallando al fin el cuerpo del infante, llevándolo a Granada. El gobernante nazarí mandó que lo pusieran en un ataúd cubierto de muy buenos paños de oro, colocando muchas candelas a su alrededor. Hizo llamar después a todos los cristianos cautivos que había capturado, enviándolos ante don Juan, para decirle que había hallado el cuerpo de su padre, y que enviara a buscarlo. Don Juan así lo hizo, mandando a sus caballeros, los cuales fueron acompañados por mucha gente de caballería del sultán hasta que hubieron llegado a tierra de cristianos.

Sin duda, el cuerpo del infante don Juan corrió mejor suerte que el del infante don Pedro, el cual, según algunos historiadores árabes, fue llevado a Granada y puesto en la Alhambra. Otros, dicen que le arrancaron la piel y la rellenaron con algodón, como si fuera un muñeco, colgándolo después en la puerta de la ciudad, donde permaneció durante años.

En Burgos, la ahora viuda doña María Díaz salió al encuentro de su hijo, el cual no podía disimular la gran vergüenza y resentimiento que albergaba en su interior. Ambos se abrazaron y derramaron lágrimas por la muerte del infante. Después, una vez hubieron puesto el ataúd en un buen lugar y encendido candelas, se dirigieron a las posadas de San Esteban.

—No quiso que lo acompañara —habló aquí don Juan, al que apenas le salía la voz—. Si hubiera ido con él a Granada...

—Si tu padre no lo tuvo por bien, sería porque sabía del peligro que iba a enfrentar. Si hubieras ido a combatir a los moros, con toda certeza ahora tú también estarías muerto, yo ahora velaría dos cuerpos y nuestro linaje se habría perdido.

—Lo último que me dijo es que me cuidara del infante don Pedro y de don Juan Manuel. Debemos ser cautos, madre, aunque uno ya haya muerto.

—Juan, no receles tan abiertamente de los que te rodean. Ese fue un mal que siempre persiguió a tu padre y nos acarreó muchas desgracias. La tutoría del rey descansa ahora en la reina abuela doña María, que siempre hizo lo mejor que pudo por nosotros; y la guarda de los Reinos, en su hijo, el infante don Felipe, que estaba de lado de tu padre.

—Lo estaba... para discutir el poder a su hermano. Pero el infante don Pedro ha muerto, y los aliados pueden tornarse en rivales.

—Juan, no permitas que tu mente te dicte malas razones. Deja los asuntos de la Corte en manos de la reina abuela.

—¿Y qué ocurrirá con la soldada y los oficios que eran de mi padre? —dijo don Juan, mirando a doña María por primera vez a los ojos—. Ahora deben fincar en mí, madre.

—Es cierto que te corresponden, y se te han de dar. Yo defenderé siempre todo lo que te pertenezca por derecho, ante la reina abuela doña María, su hijo, el infante don Felipe, y todos los prelados, maestros y ricoshombres que sea menester.

—Lo sé, madre, pero la reina abuela no vivirá por siempre. Dos de los tres tutores del rey don Alfonso han muerto. ¿Qué ocurrirá cuando doña María no esté?

—Que antes se ayuntarán Cortes y se proveerá de nuevos tutores a don Alfonso. Ella mejor que nadie sabe de los males que pueden cernirse sobre nosotros por esto.

—Ya lo ha hecho, madre. De camino aquí he sabido que la reina abuela ha enviado cartas a los concejos, pidiéndoles que sean todos en uno en servicio del rey y que no haya particiones en la tierra. Pero también sé que algunos desean tomar a don Juan Manuel por tutor del rey, si no lo han hecho ya...

Doña María veía reflejada cada vez con más claridad en el rostro de su hijo la mirada recelosa de su difunto esposo, y cómo, sin remisión, se



apoderaban de su espíritu, el temor, la insidia y la desconfianza, que siempre fueron seña de identidad del infante.

—Juan, no cometas los errores de tu padre. Sé prudente y leal. Deja que yo hable a la reina abuela y a sus privados. Reprime la ambición que sientes y no des un paso por enfrentarte a don Felipe ni a don Juan Manuel. No confíes en nadie si no lo deseas, pero por mi vida te juro, que puedes fiarte de mis consejos. Como me dijo tu padre antes de partir: Tú eres lo que más amo en el mundo...

—Creo en vuestra buena voluntad, madre, pero vos sois una mujer... Y sin ánimo de ofensa os digo, que nunca os tendrán en cuenta en la Corte.

Doña María sintió doble dolor al escuchar esas palabras. Tanto por ser pronunciadas por boca de su hijo como por temerlas ciertas.

—La reina abuela me escuchará a mí con más razón que a nadie, Juan. Recuerda que soy doña María Díaz I de Haro, señora de Vizcaya, y hay cientos de caballeros e hijosdalgo que me han jurado pleito homenaje y obedecen ciegamente. Mi tío, don Diego López, y antes mi padre, don Lope Díaz, fueron colmados de títulos, oficios y tierras por los reyes de Castilla y León. No por haber nacido varones, sino para asosegarlos a su servicio y por el temor que se les tenía. Y por nuestro Señor Jesucristo te juro, que no me importa si a mí me escuchan en la Corte por la misma razón.

Y don Juan vio por primera vez en los ojos de su madre un reflejo familiar, que le agradó más que cualquier otro gesto, hecho o muestra de amor que le hubiera dedicado en su vida.

La del linaje de los Haro partió a los pocos días a la villa palentina de Paredes de Nava, donde moraba la reina abuela. La encontró en su aposento, víctima de un gran quebranto por la pérdida de su hijo, el infante don Pedro, como era natural, pero también padecía y lloraba sinceramente por la muerte del infante don Juan, temiendo, con razón, el desamparo que podrían sufrir los reinos de su nieto.

Doña María Díaz saludó a su tía de modo más frío que en ocasiones pasadas, pues no llegaba entonces como su sobrina; no, como la esposa de un infante, sino como madre y adalid de las heredades y derechos de su hijo.

—Doña María. Señora —dijo doña María Díaz, con una sutil reverencia, sentándose a su lado.

—Sobrina. Señora —respondió la reina abuela, que mostraba en su rostro el sufrimiento y llanto cercanos.

—Os doy el pésame por la muerte de vuestro hijo.

—Y yo, doña María, por la de vuestro esposo. Señor, en qué mala hora te los has llevado...

—Mi difunto esposo no era el hombre más recto ni afable del mundo, pero en este último tiempo había encaminado bien sus pasos. Él nunca os deseó mal alguno, ni fue contra vos de obra, ni por palabra ni consejo. Y si algún agravio os causó, fue creyendo defender su derecho y por recelo del resto de infantes y ricoshombres.

—Lo sé, doña María. Conozco sobradamente el modo en el que se conducen los ricoshombres. Yo también fui sincera siempre a la hora de buscar hacer bien a vuestro esposo, no solo por cuidar de asesegurar los Reinos, sino también porque con ello os hacía bien a vos y a vuestro hijo, don Juan.

—Es justamente de él de quien deseo hablaros, señora. Os pido por merced que deis a mi hijo toda la tierra que fuera de su padre y lo que él tenía, y que le pongáis la soldada en cuantía de quinientas veces mil maravedís. —Cuando la reina abuela se disponía a asentir, creyendo que su sobrina había terminado de enumerar peticiones, doña María Díaz continuó—. También deseo que le deis el Adelantamiento de la frontera y una llave del sello del rey.

La reina abuela no esperaba tales demandas ni la premura con las que fueron reclamadas. No, cuando el cadáver del infante don Juan aún no había recibido sepultura. Tal vez no solo los ricoshombres miraran por su propio interés. O tal vez, doña María Díaz hacía lo que ella misma había hecho toda su vida. Velar por su descendencia. Y porque no tomara don Juan voz por otro rey, la reina abuela tuvo que ceder.

—Os otorgo lo que me pedís, salvo la llave. No os la daré hasta que todos los de la tierra se ayunten en Cortes en el plazo acordado.

—Señora —contestó doña María, retirándose con una reverencia más sutil aún que la anterior.

—Los concejos de Madrid, Cuellar, Sepúlveda, Ávila, Segovia y los del obispado de Cuenca, han tomado por tutor del rey a don Juan Manuel —dijo la reina abuela, sin girarse, hablando de espaldas a su sobrina—... Me reconforta saber que cuento con vos y con vuestro hijo a mi lado y en servicio del rey.

—Señora —susurró doña María, dejando la estancia y a la reina abuela en soledad.

La del linaje de los Haro regresó a Burgos, al barrio de San Esteban, junto con su hijo don Juan. El mozo recibió con gran júbilo las palabras de doña María, pudiendo saborear la concesión de tierras y dineros. El cuerpo del infante también descansó, recibiendo ese día sepultura en el altar mayor de la catedral de Santa María.

A pesar de que la nieve cubría la ciudad a finales de ese año del Señor de mil trescientos diecinueve, la mente enardecida de don Juan por la disputa de las tutorías del rey, hervía en pensamientos, más aún que el

caldo que sorbían madre e hijo en sus posadas en las que se hallaban reclusos.

—Tu esposa pronto dará a luz ¿no es cierto? —preguntó doña María, procurando distraer a su hijo de sus confabulaciones.

—A principios del siguiente año, madre.

—¿Y cómo lo llamaras?

—Juan, como mi padre y yo mismo.

—¿Y si fuera niña?

Don Juan no había meditado esa posibilidad.

—Si eso ocurriera, la llamaré María. Como vos, madre.

La dama suponía esa respuesta, y su mente imaginó cómo sería el mundo al que llegaría. Por desgracia, puede que más cruel e inhóspito que el que ella había conocido.

—Aún faltará tiempo para que pueda ver reinar la paz en esta tierra.

—¿A qué os refieres?

—A la mayoría de edad del rey don Alfonso. Aún faltan seis años para que tenga edad cumplida para verse libre de las tutorías.

—Puede que ni entonces haya paz. Si su talante no es firme o no recompensa debidamente a sus vasallos, las revueltas no cesarán —aseguró don Juan, pudiendo apostar cualquiera a que él mismo sería uno de los dispuestos a rebelarse.

A ese barrio de San Esteban llegó una pequeña partida de caballeros. El que los mandaba, Juan Sánchez Marroquín, prestamero de doña María, entró en las posadas en busca de la dama.

—Mi señora. Don Juan —saludó el oficial

—¿Qué nuevas traéis de Vizcaya? —preguntó doña María.

—En vuestro Señorío reina la calma, doña María, y los impuestos se han cobrado y repartido como deben.

—¿Y qué habéis sabido de los otros asuntos? —dijo don Juan.

—Don Juan Manuel ha movido pleitesías a la reina abuela, viéndose con ella en Valladolid y diciéndole el gran poder que tiene por los muchos concejos que apoyan su demanda, y que ninguno de la tierra cumple más y mejores condiciones para ser tutor del rey, que él. Pero doña María se mantuvo firme, y no lo quiso tomar por tutor. A pesar de esto, don Juan Manuel se llama ya «tutor del rey». Cuenta con más de ochocientos hombres de a caballo y unos siete mil peones... y ha hecho nuevos sellos reales.

—¿Nuevos sellos? —exclamó ella, alarmada—. No puede hacer eso. Solo la Cancillería tiene los sellos del rey cumplidamente.

—Pues por esos sellos falsos —continuó el prestamero—, don Juan Manuel ha comenzado a usar y dar oficios y tierras, librar pleitos y ordenado a las villas que le han tomado por tutor, que no acojan al rey don Alfonso ni a la reina abuela, salvo si sus oficiales fueran sin armas.

—¿Y qué hay del infante don Felipe? —preguntó el vástago de doña María.

—Don Felipe fue a Ávila a lidiar con él. Le dijo que pelearía uno contra uno o ciento contra ciento, pero don Juan Manuel no quiso ir a la lid, y no hubo enfrentamiento. Durante días lo desafió don Felipe, comiendo y bebiendo por aldeas y villas de Segovia y Coca, sin que don Juan Manuel apareciera.

—Don Juan Manuel se ha mostrado como un cobarde entonces... —aseveró don Juan.

—¿Con cuántos hombres cuenta don Felipe? —se interesó doña María.

—Creo que con unos trescientos cincuenta hombres de a caballo y hasta mil escuderos hijosdalgo de a pie, mi señora.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó ávido don Juan.

—Que los lugares por donde anduvo don Felipe le tomaron por tutor del rey. A la reina abuela doña María le pesó mucho saber cómo su hijo andaba por esas aldeas, y no queriendo que hiciera ningún mal en la tierra, le mandó que se partiera de allí y que regresara con ella a Valladolid.

Tanto don Juan como doña María se mostraron muy sorprendidos y consternados al saber esto, pues ambos señores, así don Juan Manuel, como el infante don Felipe, desafiaban a la reina abuela y a la voluntad de lo acordado en las Cortes, al ambicionar ser tutores del rey.

—Entonces, la reina abuela no cuenta ahora con más ayuda que la nuestra —dijo don Juan, con un brillo en los ojos heredado de su padre, y puede que, en parte, de su madre, aunque permaneciera latente—. Deberá hacer pues, cuanto queramos.

—¿En qué piensas, Juan? —preguntó doña María.

—En partir a Valladolid, donde ella posa... Venderemos cara nuestra lealtad.

La noche cayó sobre San Esteban y toda la comarca de Burgos; pero una oscuridad mayor, esa que anida en los corazones y los anega, también había llegado a aquella tierra, y sería mucho más duradera y sombría.

En Valladolid, el siguiente año del Señor de mil trescientos veinte, doña María Díaz y su hijo don Juan se vieron con la reina abuela y el infante don Felipe. Desafortunadamente, la llegada de su sobrina y del joven señor, ya no era recibida por la viuda del rey don Sancho con el placer ni calma de antaño. Con altivez enmascarada de humildad, los del linaje de los Haro demandaron la merindad de Castilla y la de tierra de León y de Galicia, para darla a quien ellos quisieran. Pero el infante don Felipe no consintió que quitaran la merindad de Castilla a su leal

Garcilaso de la Vega, ni tampoco que nadie, sino él mismo, dispusiera de la merindad de Galicia. Dictada esa voluntad, a doña María y don Juan les pesó mucho ver que la reina abuela no hacía lo que ellos demandaban, asegurando que no consentirían que merindase Garcilaso en Castilla.

Don Juan, sentado con su madre a una mesa en las casas del obispo de Zamora, tiró al suelo varios platos y copas que acababan de serle servidas. Ninguno dijo nada tras ese arrebató. Doña María tan solo lo miró de soslayo, entendiendo su ira y la falta de templanza propia de su mocedad.

—La reina abuela ha obrado con sentido —habló serena doña María—. De entre todos sus privados y ricoshombres, su hijo don Felipe es en quien más puede confiar, a pesar de todo. Yo habría hecho lo mismo si estuviera en su lugar.

—No lo dudo, madre. Pero un gobernante debería satisfacer a sus vasallos. Sobre todo, a vasallos tan poderosos como nosotros. ¿Acaso no ven en la Corte el peligro que supone don Juan Manuel? ¿Desean que nos unamos a él y tomemos por la fuerza las demandas que nos han negado?

—Juan, no pienses por un momento en rebelarte contra doña María ni contra el infante don Felipe. Eso solo recrudecería los males que no he dejado de padecer desde que tengo memoria. Y te aseguro que no los deseas, como yo no los deseo para ti.

—Pero... ¿y por qué a don Fernando de la Cerda, mi primo, la reina abuela le ha otorgado el Mayordomazgo del rey que tenía don Juan Manuel, además de cincuenta mil maravedís en tierras? ¿Por qué a él sí, y a su amada sobrina y a al hijo de esta, no? ¿Deberemos mostrar cuánto poder tenemos y cuánto debería temernos?

—Juan... —dijo doña María, acercándose a su heredero, tomándolo por las manos—. No vayas en busca de contiendas, te lo ruego. Lucha, más bien, contra ese impulso que parece más propio de bestias que de hombres con razón.

—Ya es tarde, madre. Mis espías me han dicho que don Juan Manuel se ha visto con el infante don Felipe, acordando ambos ser tutores del rey don Alfonso... e ir contra mí.

Doña María se estremeció al oír aquello. Esa avenencia hacía que su hijo corriera mayor peligro que nunca antes en su corta vida.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó, volviendo a sentirse desarmada e indefensa por primera vez en años.

—Enviaré mandaderos a la Hermandad de Castilla. No consentiré en la tutoría de don Felipe. Si no se cumple mi voluntad, tampoco se hará la de esos señores...

Tomada esta postura, don Juan, en un movimiento impetuoso pero cabal, se dispuso a jugar con las normas y en el terreno establecido, como

buen ricohombre que era, aunque su corazón le rogara actuar como villano.

En Burgos compareció don Juan ante la reina abuela, doña María de Molina; su hijo, el infante don Felipe; su mayordomo, don Fernando de la Cerda; don Lope, hijo del difunto señor de Vizcaya; don Pedro Fernández de Castro; el arzobispo de Santiago y muchos otros.

Con confianza y autoridad, el hijo de doña María Díaz conminó a los personeros de los concejos a que no consintieran la postura que acordaron los de Extremadura de tomar por tutores del rey a don Juan Manuel ni al infante don Felipe, y que hicieran pleito con él, de que hasta que no renunciaran a las dichas tutorías, no se tomara ni a ellos ni a ningún otro por tutor. Los de los concejos aceptaron esa condición, haciendo pleito homenaje y jura sobre los Santos Evangelios, y, si contra ellos fuesen, nunca serían absueltos salvo por el Papa. Don Fernando, el mayordomo de la reina abuela, viendo que los de la Hermandad de Castilla seguían a don Juan, hizo algo que no debería ser inesperado, acatando ese pleito, ordenándolo en idénticas condiciones, posicionándose así en el bando del hijo de la señora de Vizcaya.

Y muchas otras voces se afirmaron en esto.

Todos los concejos de Castilla estaban con don Juan y don Fernando, mientras que los de Extremadura, Toledo y los de la frontera, eran con don Juan Manuel y el infante don Felipe.

La reina abuela veía la tierra partida en dos mitades y cuán gran deservicio de Dios y del rey era eso; y el no menor mal y daño que acecería, temiendo que ninguna avenencia ni talante que pudiera adoptar traería buen remedio a esa discordia.

Don Juan y don Fernando de la Cerda habían entrado al palacio de Burgos como rivales, pero una vez mostradas las fuerzas, lo abandonaron unidos como aliados.

—Habéis morado en el reino de Aragón gran parte de vuestra vida, ¿no es cierto... primo? —se interesó don Juan, hablando a don Fernando con una cordialidad y cercanía inusual.

—En efecto, don Juan. Exiliado primero en Francia y luego en Aragón por el difunto don Sancho. Por ese usurpador...

—Pero veros ahora. Habéis regresado a vuestra tierra y ostentáis un cargo de gran dignidad...

—¿Gran dignidad, decís? —don Fernando se detuvo, mirando a los ojos a don Juan—. ¿Consideráis una gracia ser mayordomo de la reina abuela? Mi hermano, don Alfonso de la Cerda, debería ser el rey de Castilla y León. Él murió sin nada por culpa de don Sancho. Mi padre no nos legó más que promesas vacías y un apodo denigrante. No... primo. Aún no he alcanzado ni una ínfima porción de la dignidad que merezco.

—Pues luchad por ella, don Fernando. ¿No es por eso que estáis aquí a mi lado? Ambos somos nietos del difunto rey don Alfonso X. Olvidad tanto a don Sancho como a su sucesor, don Fernando, que no son ahora sino pasto de gusanos. No debemos dejar que la venganza nos ciegue. Tenemos otros enemigos mucho más poderosos que aún respiran y caminan sobre la tierra.

Ese año, doña Isabel, la esposa de don Juan, encaesció una niña, que fue llamada María. Ya sabrás de quien te estoy hablando. Me gustaría decir que creció feliz y segura junto a sus padres hasta alcanzar la mayoría de edad, pero esa no sería la verdad. Lo cierto es que, al tiempo de llegar a este mundo, su padre, don Juan, junto con don Fernando de la Cerda, comandaba una hueste de seiscientos caballeros y muchos peones bien pertrechados que atravesaba la comarca de Campos, acercándose a Villalón, prestos a hacer realidad los temores de la reina abuela.

Varios hombres a caballo salieron de la villa, llegando a su encuentro.

—Don Juan. Don Fernando —dijo uno de ellos—. Señores, dejad que os acompañemos a vuestras posadas.

—¿En qué estado se encuentra la comarca, Pedro? —preguntó don Juan.

—El infante don Felipe ha causado gran quebranto en la ciudad de León, señor.

—¿Qué de cierto hay en lo que se dice por las aldeas?

—Juan Ramírez de Guzmán tenía las torres. Sabía que la ciudad había tomado voz por vos, don Juan, y que, si vuestros leales las tomábamos, sería vuestro todo el reino de León, de modo que mandó llamar al infante don Felipe. Al llegar, algunos le abrieron las puertas de la muralla que están cerca de las torres, y nos entró gran miedo al verlo dentro de la ciudad, de modo que nos metimos todos en la iglesia de Santa María de Regla, abasteciéndonos de armas para defender el lugar.

—¿Dio fuego a la iglesia? —preguntó don Fernando.

—No, infante. Fuimos nosotros los que prendimos fuego a una claustra pequeña y a las casas del obispo que están arrimadas a la iglesia, recelando de que los de don Felipe podrían entrar por ahí. Pero de nada sirvió. El infante y los suyos combatieron el templo muy fuertemente, y tan afincados fuimos, que enviamos pleitesía para que nos dejasen salir a salvo. La iglesia está ahora en manos de un caballero del infante, de nombre Martín Sánchez, y la ciudad la tiene don Rodrigo Álvarez de Asturias.

—¿Dónde posa ahora don Felipe? —Quiso saber don Juan.

—En Mayorga, señor, a no más de cinco leguas de aquí.

—Enviad a alguien con mandato mío, para decir al infante que iré allí a lidiar con él, y que salga fuera, que yo, presto estoy para ello.

Al amanecer del día siguiente, varios mensajeros llegaron a las posadas de don Juan, que aguardaba ansioso combatir. Con él, posaban en Villalón, don Pedro de la Guerra; el conde de Portugal; don Lope, hijo del difunto don Diego López de Haro; Pedro Manrique y don Juan Rodríguez de Rojas.

—Mi señor —dijo uno de los emisarios—, el infante don Felipe dice que le hacéis gran tuerto viniendo así en la manera que venís, no teniéndolo desafiado, y que, si queréis lidiar, él no tiene allí tanta gente como la que vos traéis, pero que lidiará con vos uno contra el otro, cuerpo a cuerpo, o veinte contra veinte.

—No lo haré así —respondió el hijo de doña María Díaz.

—No habrá otra forma, don Juan —habló don Fernando.

—Si don Felipe no sale de Mayorga de buen grado, le forzaremos a hacerlo —aseveró don Juan.

El heredero del linaje de los Haro, deseando que el infante don Felipe acudiera contra él, fue a Gatón, lugar bajo la tenencia del monasterio de las Huelgas de Burgos, que combatió y tomó como venganza y provocación. Don Juan había devorado a una presa fácil y casi indefensa. Su espada apenas estaba manchada de sangre, por lo que partió junto a Pedro Manrique, don Juan Rodríguez y grandes gentes de caballeros y escuderos a Monzón de Campos. Los habitantes de aquella villa se repartieron por el alcázar y pertrecharon su torre, rogando al cielo el envío de auxilio ante tan repentina calamidad. Ciertamente, no habían cometido ningún mal merecedor de tamaño castigo, pero, en esa tierra, las calamidades merodeaban por doquier, acechando tanto a siervos como a infanzones. Aunque no sé de una sola ocasión en la que los siervos y los pobres hicieran caer desgracias sobre los ricos y hombres libres.

Don Juan y los suyos combatieron muy fuertemente el lugar, hasta que lo entraron por la fuerza. Tomaron todo lo que hallaron y robaron cuanto tenían los que allí moraban. Monzón quedó yermo, como quedan los campos de cultivo tras el paso del granizo. Lo poco de valor que guardaban o tenían esas gentes, les fue arrebatado, y no quiero pensar las fuerzas o muertes que pudieron cometer en aquel asalto. Una vez abandonada, dejaron a Pedro Manrique al cargo de la villa, en la que continuó haciendo mucho mal.

Tras esto, marcharon todos a Carrión para enfrentar a don Fernando Ruiz de Saldaña, quien fuera merino mayor de Castilla y aliado del infante don Felipe. El del linaje de los Haro estragó a su paso las aldeas de esa comarca, tomando muchas viandas para poder mantenerse, y robando todos los dineros recaudados de las rentas para servicio de don Felipe.

Esas nuevas llegaron a Palencia, al monasterio de Santa María de Perales, donde doña María Díaz posaba, poco antes de que lo hicieran



los autores de las mismas. La del linaje de los Haro quedó desolada al conocer lo perpetrado por su hijo y vasallos. Y cuando tuvo ante ella a don Juan, al infante don Fernando de la Cerda y a don Lope Díaz de Haro, su primo, no pudo creer que apenas hubiera, en los ojos de aquellos señores, rastro de culpa ni arrepentimiento.

—¿Qué habéis hecho?! —gritó doña María, reprendiéndolos con dureza—. ¿Cómo habéis podido cometer semejante villanía y traición?! ¡Os hablo a vos, caballeros! ¡Y a vos, hijo mío! ¡Que guiados por malos deseos os habéis convertido en ladrones y homicidas! ¡Muy mal hacéis en dañar así la tierra del rey y destruirla! ¡Habéis tomado todos los dineros que eran para el infante don Felipe y también para mi servicio! ¡Catad la manera ahora de poner paz y sosiego!

—Madre —dijo don Juan por boca de todos, ante la ira mostrada por tan gran señora—, en cada lugar que hallemos, nos placera hacer eso.

Doña María se aproximó a su hijo, amonestándole en voz baja:

—Se cumple el año de la muerte de tu padre. Debo marchar a Burgos. A mi regreso, hablaremos más de estos hechos. Finca aquí hasta entonces.

La señora de Vizcaya emprendió su camino, llegando a esa ciudad en apenas dos jornadas. En la catedral, y tras las misas, honras y oraciones, se reunió con la dama en un lugar apartado y sombrío del templo su anciano despensero, Juan Pérez.

—Mi señora —dijo el oficial, sentándose junto a ella.

—Juan...

—Estáis apesadumbrada, doña María, y aún no hemos cruzado palabra. No quiero imaginar en qué estado quedaréis después.

Esa pequeña chanza no logró arrancar ni una leve sonrisa en la del linaje de los Haro, lo que preocupó aún más al despensero.

—¿Crees en la predestinación, Juan? ¿Crees que hay personas, por herencia de sangre, destinados a hacer siempre el bien o el mal, y que por mucho que se las apremie, nunca se obtendrá de ellas otra cosa?

El oficial se recostó y respiró hondo, dejando que su mente vagara entre recuerdos agridulces del pasado más remoto.

—Cuando era mancebo quería creer en ello... Creer que nuestras vulgares vidas caminaban sobre un sendero trazado por una sabiduría y piedad más allá de nuestro entendimiento. Pero ¿por qué si existe la predestinación, iba entonces Dios a dotarnos de razón para discernir cómo elegir cada uno de nuestros pasos y palabras? ¿Por qué darnos preceptos y exhortaciones, si no es para que sepamos cómo conducirnos? ¿Por qué enviarnos castigos y recompensas, si no es porque hemos tenido el yerro o el acierto, la cobardía o el valor, de obrar acorde a sus mandatos? ¿Para qué caer en el pecado y para qué redimirnos? Todas esas cosas serían inútiles si existiera la predestinación. Su misma palabra dice: “Él

hizo al hombre al principio, y lo dejó libre, a su propio albedrío”. El libre albedrío, como el juicio, es facultad del entendimiento y la voluntad, y lo que permite diferenciar el bien del mal. Lo que permite obrar, no por pura necesidad, sino por bondad o maldad, por egoísmo o caridad. No como los animales irracionales, dotados de un instinto natural que les inclina a actuar movidos por sus sentidos... No, mi señora; puedo creer en las señales y los milagros, pero, aunque me gustaría creer que estamos predestinados... no puedo.

—Dicen que las madres pueden conjurar la envidia y codicia que nacen en sus hijos cuando apenas son niños inocentes. Y aunque, entonces, ellas mismas o sus ayas les toleren indulgentemente esos errores, creyendo que los años los harán desaparecer, ¿qué hacer si la madurez no los remedia? ¿Cómo excusar tales pecados?

—Sabemos que, una vez corrompida la naturaleza humana, se usan inmoderadamente las cosas permitidas, y se desean ardientemente las no permitidas. Me pedís que os revele cómo mudar la naturaleza de un hombre, y no creo que haya nacido sabio en la antigüedad o en esta era, que siquiera se haya planteado eso, si antes no existe voluntad de enmienda y contrición. Entiendo que, como señora de Vizcaya, busquéis consejo a la hora de castigar el delito, pero no me pidáis, como madre afligida, la forma de purificar y conjurar el mal, inculcando humildad y piedad contra soberbia y avaricia, pues os fallaré siempre... Y ahora, doña María, si me lo permitís, debo hablar a la señora de Vizcaya, no a la madre de don Juan.

—Habla entonces, que la señora de Vizcaya escuchará siempre tus demandas.

—Lamento ser portador de malas nuevas, pero ha ocurrido algo terrible en vuestro Señorío.

Doña María miró al despensero, mostrando unos ojos húmedos y enrojecidos.

—Sigue hablando.

—Han quemado la casa torre de los Leguizamón.

—¿Quién lo ha hecho?

—Se dice que han sido las familias de Zamudio y Martiartu.

—¿Y cuántas muertes ha habido?

—Mi señora... quemaron la casa con sesenta hombres y catorce mujeres dentro. Creo que ninguno pudo salvarse...

La del linaje de los Haro quedó devastada al oír eso. Parecía no haber lugar en la tierra en la que no se derramara sangre a raudales.

—¿Por qué harían algo tan abominable?

—Por venganza, doña María. Hace veinte años, los Leguizamón quemaron dentro de su casa al pariente mayor de los Martiartu, junto con quince hombres de los suyos.

—Y dime, Juan, ¿debo actuar ahora como madre, o como señora de Vizcaya?

—No os comprendo, doña María...

—¿Cómo persiguió mi tío, don Diego López, el crimen de los Leguizamón en el mil trescientos?

—Los acotó. Pero desconozco si pudo prender y pasar por justicia a los culpables. No tengo memoria de lo que sucedió.

—Conociendo a mi tío, no dudo lo que le hubiera gustado hacer. Y mira en qué estado nos hallamos ahora...

—¿Qué pretendéis pues, mi señora?

—¿Me dijiste que los Leguizamón son uno de los linajes que causan daños a mi villa de Bilbao, no es cierto?

—Así es, doña María. Tanto los Leguizamón como los Avendaño.

—¿Y puedes jurar que los de Bilbao no han tenido que ver en esto?

—Hasta donde yo sé, no son culpables, mi señora. La última reyerta de la que tengo constancia entre los Leguizamón y el concejo de Bilbao se dio en los molinos de Basondo. Ese día recibió muchas heridas Martín Pérez de Leguizamón. Tan lacerado fue, que murió. Pero antes, otorgó tregua al concejo de Bilbao. Vuestro mismo prestamero fue quien la recibió.

—¿Y ha sido guardada?

—No, mi señora. Algunos de sus familiares se niegan a acatarla, poniendo excusas, y siguen desafiando a la villa de Bilbao.

—¿Cuándo se celebrarán las siguientes Juntas en Vizcaya?

—Cuando vos tengáis a bien convocarlas.

—Ve pues allí, mi buen Juan Pérez. Acude a Vizcaya con poder mío, y que, ante escribanos, hijosdalgo y hombres buenos, los Leguizamón confirmen dichas treguas con el concejo de Bilbao.

—Mi señora, os advierto que es cosa ardua mandar a las gentes sobre su honra o los ultrajes recibidos. Los hombres aguardarán una y hasta dos generaciones si fuera preciso para vengar las afrentas a su linaje.

—Yo, como su señora —volvió a mirar doña María al oficial, más prendidos los ojos de ira que de tristeza—, les ordeno que cesen en adelante de herirse y matarse. Irás a Vizcaya, Juan, y en mi nombre, impondrás la paz entre el concejo de Bilbao y los Leguizamón.

—Doña María, aunque celebro esto, decidme, ¿por qué favorecéis de tal modo a una villa fundada por el hombre que tantas penalidades os causó?

La del linaje de los Haro tardó en responder. Levantó la mirada y contempló el altar y ornamentado retablo, pero sus ojos vieron más allá, hasta un mundo sin miedo, en el que se pudiera morar a salvo y en libertad.

—Las villas y ciudades... son lugares que se fundan para que las gentes puedan vivir alegre y deleitablemente, con paz y seguridad, y sin recibir ofensas. Donde pueda haber compras, ventas, trueques y contratos

necesarios para la vida humana. Donde se haga ayuntamiento de matrimonios, y hombres y mujeres vivan bien y virtuosamente. Pero, para ello, deben ser fuertemente muradas; contar con grandes y altas torres, fuertes y bien almenadas; y sus puertas estar muy bien guardadas. Dentro de esos muros, debe haber buenas posadas, alcázares nobles y otras casas tales, recias y fuertes o llanas e iguales. Sí.... Las villas y ciudades, y las gentes que en ellas habitan, pondrán fin a este tiempo... a esta era de terror. Y yo deseo fervientemente hacer cuanto esté en mi mano para que eso suceda. Debo privilegiarlas, fortalecerlas y poner en ellas cuanto mejor gobierno sea posible... Y ahora, Juan, si no vas a rezar, dar limosna ni confesarte, retírate con este mandato —finalizó doña María, arrodillándose.

—Mi señora, por esos buenos deseos, os acompañaré en la oración —respondió el despensero, poniéndose de rodillas junto a la del linaje de los Haro, quedando ambos en la soledad y penumbra del templo.

En Vizcaya había muertes al igual que en Castilla y, en Castilla, se desató la venganza como había ocurrido en Vizcaya. El infante don Felipe y Fernando Ruiz de Saldaña causaron cuantos estragos pudieron en la tierra de doña María Díaz y de su hijo don Juan, el cual no anduvo a la zaga en maldades, cometiendo mucho daño en la ciudad de Zamora, cuyos habitantes lo habían reconocido como tutor del rey don Alfonso, diciéndose incluso que tomó por la fuerza a una dueña de esa villa que mantenía su viudedad muy honradamente. Pero no solo ellos se mostraban desenfrenados en sus apetitos y excesos. Los ricoshombres, caballeros e hijosdalgo que los servían hacían muchos robos y atrevimientos, tomando cuanto les placía, y sus señores, tanto don Felipe, don Juan Manuel, como don Juan, se lo consentían, por no perder su apoyo y evitar que se partieran al bando rival.

La nieve cubría toda la comarca de Tierra de Campos, el día que don Juan regresó al monasterio de Santa María de Perales, seguido por varios ricoshombres y muchos caballeros y peones, para continuar tratando los hechos con su madre.

—Los concejos de Castilla están de nuestro lado —hablaba en el claustro el heredero al señorío de Vizcaya, caminando lentamente—, y la tierra del rey don Alfonso continúa desmembrándose. La ciudad de Córdoba ha tomado por tutor del rey a don Juan Manuel; y cuando supieron esto, los del reino de Sevilla y el reino de Jaén, tomaron por tal, al infante don Felipe.

—Lamento que, en las postrimerías de su vida, la reina abuela tenga que padecer esto —dijo doña María.

—Id a verla, madre —pidió su vástago—. Don Juan Manuel y don Felipe están desavenidos. Decid a doña María que, ya que ninguno de

ellos fue designado como tutor del rey en Cortes, niegue a ambos esa dignidad.

—¿Y si no cede a esta demanda?

—Entonces nos aliaremos con don Juan Manuel, y no solo haremos guerra al infante don Felipe... también a ella misma.

Esas palabras no perturbaron a doña María, que parecía haber perdido toda fe en que su hijo encaminara sus pasos por el sendero de la compasión y la cordura.

—El Papa ha enviado a Valladolid a un cardenal de la Iglesia de Roma para tratar esa discordia. Don Frey Guillén, obispo de Sabina. La reina abuela dilatará cuanto pueda este pleito hasta tener sentencia de su Santidad.

—Pues afincaremos cada día con nuestra pleitesía a doña María —habló aquí don Fernando de la Cerda.

—Así sea —susurró ella—. Todo se decidirá en las Cortes.

En abril del año del Señor de mil trescientos veintiuno, todos los ricos hombres, prelados, maestros de las órdenes de caballería y personeros de las ciudades y villas del rey don Alfonso, se ayuntaron en Palencia para concurrir a Cortes. Pero, para aquel entonces, las disputas entre los infantes y los de los concejos sobre las tutorías del rey, habían hecho mella en la salud de la reina abuela, recreciéndole una fuerte dolencia, la cual se agravó tanto, que entendió que era mortal, partiendo al monasterio de los frailes de San Francisco de Valladolid. Reunió entonces a los caballeros, regidores y hombres buenos de esa villa, diciéndoles que estaba en manos de Dios, y que, puesto que le quedaba muy poca vida, les dejaba en su encomienda al rey don Alfonso, su nieto, para que ellos lo tomaran, guardasen y criasen en aquella villa, no entregándolo a ningún hombre del mundo hasta que tuviese edad cumplida para mandar por sí mismo sus tierras y reinos.

Tras ese último mandato, doña María de Molina dictó su testamento. En ese escrito consignó, entre otras disposiciones, su deseo de que cinco capellanes perpetuos recibieran cuarenta mil maravedís para que canten por su alma para siempre jamás, y que tenga cada uno quinientos maravedís al año. Asimismo, pagó deudas y mandó que dieran a sus dueñas, doncellas, alcahuetas, criadas y criados, doscientas veces mil maravedís. Y para cumplir esas voluntades y todas las cosas según y como las ordenó, hizo sus testamentarios mayores al infante don Felipe, su hijo; y a doña María Díaz, su sobrina, rogándoles que lo cumplieran por el deudo que tenían con ella y por el amor que ella les profesaba. Se confesó muy devotamente y recibió todos los Sacramentos de la Iglesia, como reina muy católica que era. Después, se vistió el hábito de los frailes predicadores, dando su alma a Dios el primer día de julio.

Una reina había muerto en Castilla, y la voluntad de otra señora se iba a acatar en Vizcaya. Una nueva vida había sido cobrada, antes de que otro pacto de paz y concordia pudiera ser librado.

El día treinta y uno de julio, por mandato del prestamero Juan Sánchez Marroquín, fueron tañidos los cinco cuernos de los montes Koltiza, Ganekogorta, Gorbea, Oiz y Sollube.

Obedeciendo el fuero de Vizcaya, se ayuntaron en Junta en Gernika los hijosdalgo, caballeros, escuderos y procuradores de las villas y anteiglesias del Señorío.

El despensero Juan Pérez, acompañado de varios escribanos públicos de las villas de Bermeo, Bilbao y Plentzia, se colocó en el centro de todos ellos, ante la ermita juradera de Santa María de la Antigua y bajo la sombra de un solitario roble.

—Don Juan Sánchez —habló aquí el anciano oficial—. Alcaldes. Junta. Doña María, nuestra señora, me envía en razón de la pelea y heridas que acaecieron al concejo de Bilbao con Martín Pérez de Leguizamón, que Dios perdone, y con sus compañeros que fueron con él a las ruedas de Basondo, que son de la dicha nuestra señora. Doña María tiene por bien que los de Bilbao sean guardados en su derecho, como Sancho Sánchez de Leguizamón y sus hermanos, y que se otorgue a Martín de Urquiza, de parte de la dicha señora, para que razone el pleito por ella y por el concejo de Bilbao.

—Lo haré —dijo Martín de Urquiza.

Se adelantaron entonces Sancho Sánchez y sus hermanos.

—Para hacer todas las cosas que los alcaldes y la Junta de Gernika manden y hallen de fuero y de derecho —intervino Sancho Sánchez—, pedimos a Juan Sánchez Marroquín que nos dé por vocero a Martín Ortiz de Albiz.

—Lo otorgo —respondió el oficial de justicia.

—Que queden consignados por escrito los siguientes testigos —dijo el despensero, recorriendo con la mirada los rostros familiares de los que lo rodeaban—. Eneko Sáez de Bolívar, Diego Ortiz de Axpe, Ramiro de Urquiza, Martín Díaz de Vizcarra, Ochoa Ortiz de Otaola, Ximeno de Barroeta, Ordoño de Zamudio, Fernando Ibáñez de Arostegi, Martín Ruiz de Gauteguiz y Juan Ochoa, abad de Lemoniz.

Inscritos los testigos, comenzó la vista.

—Alcaldes. Junta —habló aquí Martín de Urquiza—. Como voz y en nombre de nuestra señora y del concejo de Bilbao, razono y digo, que por la pelea que acaeció al concejo de Bilbao con Martín Pérez de Leguizamón, que Dios perdone, y con aquellos que con él fueron, y por las heridas que acaecieron de noche y a deshora, dio el dicho Martín Pérez, al concejo de Bilbao y a sus vecinos, tregua y fin de cien años, y en adelante para siempre jamás. Que digan Sancho Sánchez y sus hermanos si se dio tregua y fin como yo digo. Que digan sí o no.

—Es verdad que Martín Pérez dio tregua —respondió el vocero Martín Ortiz—, así como lo dice Martín de Urquiza. Mas cuando eso hizo, no estaba Martín Pérez en su acuerdo ni en buena memoria. Y esa tregua y fin que hizo no puede valer, ni ningún hombre la guardó. Y por eso no pueden ahora sus parientes ser demandados de cumplirla.

—A la hora en la que Martín Pérez dio esa tregua y fin al concejo de Bilbao, según que dicho es, estaba en su buena memoria y en su buen entendimiento —afirmó Martín de Urquiza—. Y esa tregua y fin sirve para que ningún pariente de Martín Pérez o algún otro, tenga razón para demandar al concejo de Bilbao ni a ninguno de sus vecinos, por la muerte sobredicha, en ningún tiempo del mundo.

—Hombres buenos de Bilbao —dijo un alcalde de la Junta, adelantándose—, juzgamos y mandamos que mostréis tres hombres buenos hijosdalgo de buena fama que estuvieran en el lugar cuando Martín Pérez de Leguizamón dio la tregua y fin a vuestro concejo.

—Ponemos como testigo al prestamero Juan Sánchez Marroquín —continuó De Urquiza—, el cual llegó con otros hombres buenos y escuderos a la posada de Castro donde yacía herido Martín Pérez, y le tomó la tregua y fin. Llamamos asimismo a Diego Pérez de Leguizamón y a Fortún Pérez de Yurrebaso.

Los tres mentados se colocaron ante los alcaldes, diciendo y atestiguando todos ellos, que Martín Pérez estaba en efecto en su buena memoria y entendimiento cuando dio esa tregua de cien años al concejo de Bilbao.

—Damos las razones de Diego Pérez, don Juan Sánchez y Fortún Pérez, por buenas y valederas —dijeron los alcaldes—, y juzgamos mandar que ningún pariente del dicho Martín Pérez, pueda demandar por la muerte del susodicho de aquí en adelante al concejo de Bilbao ni a ningún vecino de esa villa.

Sancho Sánchez y sus hermanos, así como los hombres buenos de Bilbao, otorgaron y consintieron la sentencia dada. Hecho esto, se adelantó un procurador de Bilbao.

—Alcaldes. Junta —habló aquí Sancho Martínez de Ururarechue—. Desde que esa tregua y fin fue dada por Martín Pérez de Leguizamón, Sancho Sánchez ha desafiado al concejo de Bilbao, por sí, y en el nombre de otros por la muerte del dicho Martín Pérez, y yo pido que mandéis que lo desotorgue.

—Mandamos y juzgamos —respondieron los alcaldes, al unísono— a Sancho Sánchez, que desconozcáis el desafío que hicisteis sin derecho al concejo de Bilbao por la muerte de Martín Pérez.

—Desotorgo el desafío que hice por la dicha muerte de Martín Pérez, por mí y por todos aquellos por los que desafié —consintió el del linaje de los Leguizamón.

—De esto que ha pasado en Junta de Gernika —dijeron los hombres buenos del concejo de Bilbao—, y del juicio de los dichos alcaldes, pedimos, a Juan Sánchez Marroquín, que mande a los escribanos Rodrigo Ibáñez, don Pedro González, Rodrigo Adán, Fortún Ibáñez y Juan Pérez, poner en esta sentencia sus signos en testimonio de verdad.

Los escribanos cumplieron el ruego de los de Bilbao, imprimiendo en lacre sus sellos de cera en el pergamino.

El dispensero tomó el pliego con el mismo cuidado que si se tratara de un recién nacido, ya que, como la propia concepción es un acto milagroso, en efecto, allí se había alumbrado una paz no menos prodigiosa.

Paz que no se vivía en las mentes ni hogares de hombres de otras tierras.

La reina abuela, doña María de Molina, había muerto, y doña María Díaz de Haro se hallaba recluida en el monasterio de Santa María de Perales, dejando Vizcaya y las heredades de los Haro en manos de su hijo, don Juan Díaz de Haro “el Tuerto”. Sin ambas señoras, sus vástagos, como niños sin guarda, podían dar rienda suelta a su egoísmo y antojos de forma cruel y despiadada.

Don Juan hizo en Burgos ayuntamiento de las villas que le habían tomado por tutor, llamando también a algunos infanzones que causaban estragos en su tierra, diciéndoles que deseaba darles parte del dinero de las rentas y recibir de ellos ayuda y amistad. Pero su verdadera intención era prenderlos y matarlos. De los que deseaba vengarse, era de don García de Villamayor, Juan Rodríguez de Rojas, Juan Martínez de Leiva y Garcilaso de la Vega, amigos todos ellos de don Felipe y que apoyaban la tutoría del infante.

Solo Garcilaso receló de don Juan, no acudiendo a Burgos. Don García, Juan Rodríguez y Juan Martínez, por el contrario, sí cayeron en el engaño. Los dos primeros fueron muertos, y, el tercero, apresado. Mandó luego don Juan echar sus cuerpos a una calle, donde yacieron todo un día y una noche muy deshonradamente.

Don Felipe se dirigió entonces a Tierra de Campos para hacer mal y daño en las heredades de los Haro con ayuda de las fuerzas congregadas por su mayordomo, Alvar Núñez de Osorio, que eran cuatrocientos hombres de a caballo y mil quinientos de a pie de los concejos que habían tomado voz por el infante.

Cuando don Juan supo eso, viendo que no podía proteger sus villas ni lugares, y que don Felipe lo superaba en compañías, fue a Vizcaya. Puede que fuera la primera vez en su vida que pisaba la tierra que estaba destinado a gobernar. Pero la llegada de aquel hombre no era motivo de dicha para los vizcaínos, pues de nuevo veían entrar en su tierra a un señor que, bien como ocurrió en tiempos de don Diego López, llevaba la guerra con él, o bien, como sucedía ahora, se disponía a llevarlos a ellos a la guerra.



Don Juan recorrió las villas y anteiglesias del Señorío, llamando por sus apellidos a cuantos hombres vasallos tenía. Después, se dirigió a Castilla, ayuntando igualmente grandes gentes de a pie y a caballo.

Pero las tornas parecían cambiar, y el vulgo se disponía a tomar voz propia por encima de los designios de aquellos ricos hombres. Y es que algunos caballeros de Segovia, villa que estaba por don Juan Manuel, que eran García González, Garci Sánchez y Sancho Gómez, se hallaban enemistados con doña Mencia, una dueña que tenía allí muchos parientes y grandes compañías, por lo que enviaron un mensajero a don Felipe, diciéndole que fuera a Segovia, y que lo recibirían por tutor.

No pudiendo negarse a ese tentador ofrecimiento, y guiado por la codicia, el infante salió de Tordesillas con todos los que acaudillaba, y en una noche llegó a Segovia. Al amanecer penetró la muralla, y una vez en la plaza, cerca de la iglesia de San Miguel, don Felipe mandó cerrar las puertas de la villa y prender a doña Mencia, a sus hijos, parientes y a todos los de su bando. Después se apoderó de las casas de los canónigos y de la iglesia con todos sus bienes. Pero el alcázar lo tenía un vasallo de don Juan Manuel, que lo defendió sin que pudieran cobrarlo ese día.

El infante, satisfecho con esto, regresó a Tordesillas, dejando Segovia en poder de Garcilaso de la Vega, y este, a su vez, encomendó a su hijo, Pedro Laso, que fincara allí y combatiera a los que se habían pertrechado en el alcázar.

Pero este Pedro Laso resultó ser hombre muy sin Dios, el cual, en ese tiempo, tomó y robó dónde y lo que quiso, haciendo muchos males y daños en aquella tierra de Segovia.

Fue por esos estragos que, a los pocos días de partido el infante, se juntaron gran cantidad de gentes comunes y labradores de los pueblos de Segovia, penetrando en la ciudad y peleando con el hijo de Garcilaso, obligándolo a salir huyendo. Tras eso, fueron a las casas de dos de los caballeros que habían permitido la entrada de don Felipe en la villa, con ánimo de matarlos. García González se acogió con sus hijos y buena compañía de hombres en la torre de la iglesia de San Martín, mientras que Garci Sánchez ayuntó parientes y amigos para defenderse en la casa donde moraba. Los aldeanos y labradores fueron primero al templo, combatiéndolo rudamente. Pero viendo que no podían entrar en la torre, llevaron maderos y troncos, prendiéndole fuego. En el incendio murieron todos los que se habían refugiado allí, y tan grandes y poderosas fueron las llamas, que hendieron la torre, cayendo la mitad de ella. Fue después el populacho enfervorecido a las casas donde posaba Garci Sánchez, entrándolas por la fuerza, matando sin miramientos a todos cuantos hallaron. Desatada la sinrazón, y no saciados aún de sangre, acudieron

luego los comunes a la prisión donde estaban puestos en cadenas algunos de los de sus pueblos, sacando a todos los presos, degollando a unos y liberando a otros según se les antojó.

Tales crímenes fueron solo el preludio de lo que acaecería en aquel tiempo, pues en los años venideros sufriría Castilla esa guerra que no se declara en Cortes ni se pregona en las plazas. Una guerra que no se libra en lejano campo de batalla ni ante ciudad murada, ni entre gentes de diferentes credos o naciones, sino en el seno de una misma merindad. Una guerra que no necesitaba de afrenta o razón para declararse, solo de una vana excusa. Una guerra cuya raíz es tan honda y ancestral como el hombre, y tan inescrutable como sus propias y más bajas pasiones.

Las villas y aldeas del rey don Alfonso recibían gran daño, y eran destruidas, pues todos los ricos hombres y caballeros vivían de robos y saqueos, y los tutores lo consentían para seguir contando con su ayuda, como hemos dicho. Y cuando algunos de ellos se desavenían del rico hombre al que habían jurado servir, asolaba aquel sus tierras y masacraba a sus vasallos en represalia, diciendo que lo hacía por justicia, por el mal que habían hecho en el pasado, cuando estaban con ellos; algo que nunca les reprocharon mientras les eran leales. Y de los robos y hurtos vivían desde los labradores hasta los hijosdalgo. Todos se hallaban divididos en bandos, tanto los que se habían declarado partidarios de don Juan, de don Juan Manuel o del infante don Felipe, como los que no. Las ciudades y aldeas que seguían a uno de los cabecillas apremiaban a las otras para que se unieran a su causa, y así poder desbaratar y destruir a los contrarios. Las villas que no deseaban involucrarse en esa guerra sufrían la opresión de los que las gobernaban, tomando esos tiranos las rentas del rey con las que mantenían a sus compañías, abusando de los más débiles, empobreciendo a los labradores y arrojando sobre ellos tributos desaforados. Muchos lugares quedaron abandonados, y la tierra yerma, desamparándose granjas y heredades, yendo las gentes a poblar tierras de Aragón o Portugal. En ninguna parte de los Reinos de don Alfonso se vivía con sosiego ni se hacía justicia por derecho, llegando a tal estado las cosas, que no osaban las gentes andar por los caminos si no era armadas y en buen número, para poder defenderse de los robadores. Las gentes solo moraban en lugares con tapias y murallas, despoblándose las aldeas que no eran cercadas, y tanto era el mal que se hacía en la tierra que, aunque se hallaran cuerpos muertos por los caminos, nadie lo tenía como algo extraño.

Y fue en ese tiempo de miseria y violencia, cuando el rey don Alfonso alcanzó la mayoría de edad de catorce años, abandonando las tutorías, siendo agosto del año del Señor de mil trescientos veinticinco.

Por haber crecido rodeado de caballeros, escuderos y otros hombres que desde hacía tiempo vivían en los palacios y acudían a las Cortes, don Alfonso había aprendido muy buenos usos y maneras, criándose además en sus casas con hijos de ricoshombres e hijosdalgo. De él se dice que bebe poco, que es bien acostumbrado en el comer y muy apuesto en el vestir. Gusta de cabalgar y manejar armas, y le place mucho tener en su casa a hombres de gran fuerza, hábiles y de buena condición. Ama a los suyos y odia a los malhechores, sintiendo el gran mal y daño que padecía su tierra por la mengua de justicia que en ella había.

El mancebo monarca entró a uno de los salones del palacio de Valladolid, ciudad en la que, más que morar, podía decirse que había permanecido confinado toda su corta vida. Tras él, iban Martín Fernández Portocarrero y su canciller, Fernán Sánchez, quien lo había criado desde que su madre finara. Frente a él, aguardaban los del concejo de la ciudad, a los que había mandado llamar.

—Hombres buenos del concejo —dijo el soberano—. Tengo edad cumplida de catorce años, y deseo salir de esta villa y andar por mis Reinos, pues mis tutores, en cuyo poder he estado tanto tiempo, andan desavenidos, y por sus enemistades son yermadas y destruidas muchas de mis villas y lugares. Y si no es por la mano de mis ricoshombres, es por la guerra que me hacen los moros, enemigos de la fe, por la que sufre la tierra, no habiendo quien la ampare ni guarde de males. Las leyes y justicia no se cumplen, y temo que, si demoro más mi estancia aquí, todos mis Reinos caerán en gran perdición.

—Mi señor —respondió uno de los del concejo—. Tenemos a Dios en muy gran merced, pues, durante el tiempo que habéis estado en nuestras manos, ha querido guardaros de las ocasiones y peligros que acaecen en el mundo, hasta que habéis llegado a este estado, en el que sois de edad cumplida.

—Y, además —continuó otro—, tenemos a Dios en merced por el tiempo que nos ha dado para teneros en nuestra guarda, en el que hemos podido dar a todos los de vuestros Reinos tan buena cuenta de su rey y señor. Y puesto que ya sois de edad y entendéis los males y daños que son en el Reino, salid de la villa cuando lo tengáis por bien y enderezad vuestros Reinos, que mucho hace menester.

El rey despidió a los del concejo, que se retiraron con una reverencia.

—Mi señor —habló aquí Martín Fernández de Toledo—, habéis oído las razones de los hombres buenos de Valladolid, y sé que estáis muy deseoso de salir y andar por vuestros Reinos después de tan luengo tiempo encerrado en esta villa, para hacer justicia sobre los malhechores y encartados o guerra contra los moros, pero no atendáis a lo que, como mozo, os pide la voluntad, sino catad lo que os conviene hacer con seso y cordura. Enviad cartas con vuestro sello al infante don Felipe; a don Juan Manuel,

hijo del infante don Manuel; y a don Juan, hijo del infante don Juan, que han sido vuestros tutores. Y mandad otras cartas a todos los prelados, ricoshombres, maestros de las órdenes de caballería y procuradores de los concejos, diciéndoles que habéis cumplido edad de catorce años, y que vengan todos a Valladolid, donde queréis hacer Cortes para otorgar los fueros, privilegios, franquezas y libertades que poseen de los reyes de los que vos venís.

—No los necesito para hacer justicia —respondió airado el monarca.

—Mientras los infantes tengan sus cartas blancas y vuestro sello, seguirán en poder de vuestra tutoría —habló aquí Fernán Sánchez de Valladolid—. Y vuestra tierra vive en gran afincamiento de pobreza, no poseyendo vos ningún dinero. Necesitaréis que los personeros de los concejos os den algo de las rentas para poder manteneros, andar por vuestros reinos y abastecer los castillos que son en la frontera contra los moros.

Meditado ese consejo, don Alfonso entendió que lo propuesto era lo más razonable.

—Así se hará, mi buen canciller.

En Valladolid se ayuntaron pues, por llamamiento del soberano, todos los susodichos. Tanto el infante don Felipe como don Juan, señor de Vizcaya, entregaron al rey don Alfonso las cartas blancas selladas que tenían y por las que habían hecho uso de la condición de tutores. Don Juan Manuel, por su parte, dio al rey el sello que él mandara hacer con el que sellar como tutor las cartas que él tuviera merced.

Pero no creerías que las ansias de poder iban a desaparecer en aquellos señores de la noche a la mañana, ni el odio y rencor que se profesaban, caer en el olvido. De esos tres hombres, uno logró apoderarse de la voluntad del mancebo rey. Ese fue su tío, el infante don Felipe, el cual, sé con certeza, tuvo que ver en que, tanto su leal Garcilaso de la Vega, como su mayordomo, Alvar Núñez de Osorio, tomaran parte en el Consejo real, siendo los más cercanos a la merced de don Alfonso. También, por ruego del infante, y para continuar la tradición de Castilla, tomó el rey como tesorero a un judío, llamado Yosef de Écija, el cual ocupó un gran lugar en su Casa.

El resto de lo que sucedió, lo sé por la llegada de mi esposo, tu vasallo Diego Pérez. Don Juan y don Juan Manuel no tardaron en sospechar que aquellos caballeros, los nuevos privados de don Alfonso, se afanaban por poner al rey en su contra para que mandase hacerles algún mal, pues siempre fueron contrarios a ellos. Recelando de lo que pudiera ocurrirles si permanecían allí, partieron de Valladolid, yendo a Cigales, acordando posturas para defender sus villas y castillos, y poner sus vasallos contra el rey y contra todo aquel que quisiera ir contra ellos. Don Alfonso les envió mensajeros, pues don Juan y don Juan Manuel eran

los más poderosos hombres de sus Reinos, y podrían hacer gran guerra y daño en la tierra, pero no quisieron ir a su merced, ni creer ni atender ninguna de las cosas que se les dijo. Don Alfonso, tras hablar con algunos de sus privados, y, aconsejado por su tío don Felipe y por muchos otros que saben de conjuras y ardides, logró desbaratar la alianza entre tu padre y don Juan Manuel, prometiendo, a este, buen casamiento y mejor oficio. Según se dice, tu padre, sintiéndose traicionado, y por haber quedado viudo en tiempo reciente, buscó casar con doña Blanca, hija del infante don Pedro, que tiene en Castilla muchas villas, fortalezas y lugares fuertes. Don Juan ya era muy poderoso en los reinos de Castilla y León y por tener Vizcaya, y ese matrimonio le habría convertido en un rival terrible. También oirás que tu padre buscó confabularse con el rey de Aragón para destronar a don Alfonso, y que los aragoneses se hicieran con parte del reino castellano. Te dirán que don Alfonso se vio con él en Burgos, haciéndole mucha merced y honra, y otorgó heredades y rentas, pero que nada de todo eso sirvió para asosegarlo a su servicio. Puede que fuera verdad; pero la única verdad es que fue llevado a Toro por Alvar Núñez de Osorio, mayordomo de su mayor enemigo, el infante don Felipe. Ese hombre, el privado más poderoso del rey, le dijo que no debía temer nada, ni de él mismo ni de Garcilaso, ni de ningún otro que estuviera en compañía de don Alfonso, pues tu padre contaba por vasallos, con caballeros tan buenos como los que servían al rey. Le aseguró Alvar Núñez que serviría y ayudaría si alguien quisiera ir contra él en Toro, besándole la mano y convirtiéndose en su vasallo, jurando que antes tendrían que cortarle la cabeza, que permitir que recibiera algún enojo... Lo que ocurrió después, ya lo sabes. Tu padre entró en Toro para comer con don Alfonso en sus posadas la pasada víspera del día de Todos los Santos, y fue entonces... cuando le dieron muerte».

La manceba doña María no pudo evitar derramar nuevas lágrimas al recordar el asesinato de su padre.

Dueña y doncella permanecieron en silencio y soledad largo tiempo. Tan solo sus criadas se aproximaban de vez en cuando o buscaban sus ojos para asegurarse de que no requerían ni alimento ni bebida.

Al mediodía escucharon más gritos de lo habitual en la cubierta. Eran voces de órdenes y maniobras. Doña Teresa salió al exterior, y cuando sus ojos se acostumbraron al intenso sol, vio el puerto y la villa de Bayona.

La dueña sintió alivio y tristeza al mismo tiempo, y rogó con más fuerza para que aquello fuera lo acertado, porque ya no había vuelta atrás.

Cuando el navío atracó en el puerto, sus ocupantes desembarcaron sin tardanza. Doña María, bien guardada por sus sirvientas, Diego

Pérez, doña Teresa, y los hijos y escuderos de estos, se dirigieron a paso raudo pero sereno a la abadía de Saint Bernard, un convento de monjas cistercienses a orillas del río Adour.

—Esta tierra que pisas, María, es Gascuña —dijo doña Teresa—. Y, a pesar de hallarnos a no más de siete leguas de Guipúzcoa, para el rey don Alfonso es como si nos separaran más de mil. Aquí gobierna el senescal de Gascuña como voz y en nombre del duque de Aquitania, que no es otro que el primogénito del soberano de Inglaterra, quien, algún día, será el rey Eduardo III Plantagenet.

—Sí... aya —contestó doña María.

A medida que se aproximaban al convento, la del linaje de los Haro sentía más alivio, pues era un conjunto sobrio a la par que hermoso, acogedor y del que emanaba paz y quietud, de naves y edificios de tres alturas contruidos con piedra clara y tejados cubiertos de tejas grises.

Antes de llegar ya les aguardaba en pie el portero, un hombre de avanzada edad pero fornido, que denotaba costumbre de trabajar en el huerto, molino o talleres, así como en cualquier tarea para la que se le requiriera.

—Bendito sea el Señor —saludó el de Bayona en latín, descubriéndose la cabeza.

—Bendito sea —respondieron los recién llegados.

—Soy doña Teresa de la Sierra —dijo la dueña—, aya de doña María Díaz II de Haro, heredera al Señorío de Vizcaya. Te pido por caridad que nos llesves ante la abadesa.

El portero recorrió con la mirada a la dama que había hablado, al caballero que la seguía, a la manceba y a los jóvenes que formaban aquel séquito. Sin duda, eran gentes ilustres.

—La abadesa está ausente, pero os conduciré ante la priora.

Con mansedumbre, el de Bayona les dio entrada en el convento por la puerta de la iglesia. Una vez en el interior, pidió que aguardaran allí, e invitó a orar si lo deseaban, mientras él iba en busca de la religiosa. Tanto doña Teresa como don Diego, sus hijos y criados, y la propia doña María junto a sus sirvientas, se arrodillaron ante el altar y dieron las gracias a Dios y a la Virgen María por haberles permitido arribar sanos y salvos a esa ciudad. Pero, al poco, algo distrajo la atención de la del linaje de los Haro. Entre las columnas del muro sur, se adivinaba una oquedad a la altura de la cabeza de un adulto. Era un postigo toscamente labrado en la piedra, como fruto del envite de un pequeño ariete o roca lanzada por un ingenio de guerra. Pero de él no penetraba la luz del exterior, pudiendo parecer que esa pared acogía una cámara secreta. Pero lo que sorprendió, a la par que asustó a doña María, es que, de pronto, vio asomar el rostro de una mujer que se la quedó mirando fijamente.

—Aya —susurró la manceba, asustada por la súbita aparición.

—Guarda silencio, María —replicó doña Teresa.

Doña María volvió a mirar de soslayo, aunque, para entonces, la cara de aquella mujer se había desvanecido en la oscuridad de la que había surgido.

Transcurridos varios minutos, los pasos lejanos de la priora distrajeron de la oración a la compañía vizcaína. Don Diego y su esposa se alzaron para hablar con ella, y tras una breve conversación, doña Teresa regresó junto a doña María con semblante serio y apesadumbrado, pero no por haber fracasado en su demanda, sino al contrario, pues sabía que, posiblemente, esa sería la última ocasión en la que vería a la del linaje de los Haro.

—María... este será ahora tu hogar. La priora ha aceptado con gusto que vivas aquí. Serás tratada con la gran dignidad que tu persona y condición merecen, y no se te pedirá más obediencia que a una postulante. Destinaremos parte de las rentas para tu mantenimiento. Oneka y Juana permanecerán aquí, contigo, y tendrás también un maestro de escuela para que continúes instruyéndote en las artes liberales.

—Pero aya —dijo doña María, procurando no romper en llanto—, ¿cuánto deberé permanecer aquí?

—No lo sé, María. Puede que meses... puede que años. Pero te aseguro que un día, antes de que cumplas la mayoría de edad, vendrán a verte varios caballeros, como esos que pueblan los cantos que te desvelan, y te llevarán junto a un gran ricohombre. Será ese al que deberás entregarte en cuerpo y alma, y, juntos, recuperaréis el Señorío del que ahora te hemos alejado.

—Pero aya, ¿y si los vizcaínos no me acogen como señora por haber huido? ¿Y si se les somete y obliga a jurar a otro como su señor?

—He vivido mucho, María, y aún hoy no dejo de maravillarme por las vilezas que se engendran y recrecen en el mundo. Y, aunque me gustaría, no puedo asegurarte que no correrás peligros ni te verás libre de penalidades. Pero sí te juro por nuestro Señor Jesucristo, que tu apellido, el mismo que ahora te obliga a este destierro, será el que te haga retornar a Vizcaya como su señora.

—Pero, y si las Juntas...

—Óyeme bien, María —la interrumpió doña Teresa, intentando contener también las lágrimas—. El corazón de Vizcaya no se halla en sus Juntas ni en las iglesias juraderas; no descansa en la voluntad de los hijosdalgo ni en la de los parientes mayores; no lo hallarás en los oficiales de justicia ni en los alcaldes de las villas; no mora en ningún bando o linaje... no late en tu pecho ni en el mío.

—¿Dónde se halla entonces?

—Llegado el momento... cuando más lo necesites... se revelará.

Dicho esto, doña Teresa abrazó a la manceba, sabiendo que la dejaba a buen recaudo con las monjas de Saint Bernard. Don Diego también se despidió afectuosamente de ella, dedicando después los hijos y escuderos de los señores una reverencia, retirándose todos. Viéndolos alejarse, doña María sintió la tentación primero, y un deseo desgarrador y ardiente después, de correr tras ellos y volver a embarcar, pero en su interior sabía, o quería creer que, si esas personas la habían llevado hasta allí, era enteramente por su bien y seguridad.

Con amabilidad y comprensión, la priora condujo a doña María y sus sirvientas a las celdas. Salieron de la iglesia por una pequeña puerta que daba al claustro, el cual cruzaron para penetrar por un sombrío pasillo. A cada lado había puertas, unas diez, creyó contar la dama, y sobre cada una de ellas, un crucifijo.

—Este será vuestro dormitorio, doña María —dijo la religiosa, deteniéndose frente a una de las últimas estancias, abriendo la puerta con un chirrido—. Vuestras criadas ocuparán otra celda aneja. Comeremos en dos horas.

La manceba entró en la celda, cerrando la priora la puerta tras ella. Doña María entendió que no debía salir de allí hasta la hora indicada o cuando fueran a buscarla. El cuarto era humilde, como correspondía a todo lo que tuviera que ver con la Orden del Císter. Medía unas cuatro varas de ancho por seis de largo, y solo había un camastro, una mesa, una silla, una jofaina y una jarra con agua. Doña María se dirigió a la única ventana de la estancia, arrastró la mesa y se subió a ella para alcanzar a otear el exterior. Por desgracia, su dormitorio daba al claustro, puede que como todos los demás, y no a los campos. Aquello hizo que se entristeciera y se sintiera más como una presa que como huésped. Recordó entonces lo narrado por su aya sobre los años de esa suerte de encierro sufrido por su abuela doña María Díaz en Navarra. Mientras lo escuchó, pensó en cómo había podido soportarlo, siendo tan joven, viendo el tiempo de su mocedad transcurrir y esfumarse sin vivencias ni alegrías, y entendió el porqué de esas enseñanzas; y que si todo lo que doña Teresa le había narrado era premonitorio y para mejor afrontar su destino, lo que le aguardaba fuera de esos muros era mucho peor que morar en la celda de un convento.

Ese pensamiento la reconfortó y asustó a partes iguales. Bajó de la mesa, se recostó en la cama y permaneció en silencio mirando fijamente un crucifijo de madera oscurecido por el tiempo y la humedad, que destacaba como único ornato en aquellas cuatro paredes.



## **Libro II**

## Capítulo I

El viento cálido del sur azotaba la costa de Gascuña, haciendo que se gobernaran con dificultad los navíos que discurrían por los ríos Adour y Nive, y los que buscaban atracar en el puerto de Bayona.

En el refectorio del convento de Saint Bernard, doña María Díaz cenaba junto con las monjas y novicias, y en compañía de otras niñas y postulantes que deberían decidir si abrazar o no la vida en castidad. Tras varios días en el convento ya conocía su sencilla y austera rutina. Tan solo la comida que se servía parecía variar. Ese atardecer tomaba leche, una ensalada, pescado y pan con manteca. Los alimentos apenas se aderezaban y eran algo más desabridos de los que estaba acostumbrada a comer, pero se esforzaba por terminar sus raciones y no dar a entender que era malcriada. Temió sentirse como una extraña, pero allí, todos parecían unidos por un vínculo que no le resultaba del todo ajeno. Le serenó comprobar que había gran disciplina y cada cual tenía un lugar que ocupar u oficio que desempeñar.

Una vez acabada la cena, todas las de la abadía se dirigieron a la iglesia para la oración de Vísperas. Doña María, alejada del altar, miró sin disimulo aquel hueco oscuro, del que, en ocasiones, veía surgir la cabeza de una mujer. Durante las misas, sin embargo, no se escabullía. Estaba allí, rezando como una más de la congregación. Se preguntaba quién era o qué mal le aquejaba. Tal vez fuera una leprosa o lisiada, o había cometido algún pecado por el que no se le permitía el contacto con el resto de las monjas. No sabía nada de ella y, un pequeño rincón de su mente, deseaba averiguarlo todo.

Esa noche, doña María no podía conciliar el sueño, atosigada por malos pensamientos sobre su soledad y desamparo. A hora tardía, y sin meditarlo apenas, decidió salir de su estancia. Recorrió el pasillo y llegó al claustro, sintiéndose como una malhechora que huye de la justicia. Y volvió a ser una niña que, como correspondía a su corta edad, lo único que temía es ser descubierta y reprendida por alguna travesura.

—Lo hemos logrado, mi señora —susurró con voz ronca, agachada junto a una columna—. Sigamos pues, caballeros.

Del claustro entró en la iglesia, esforzándose por empujar con suavidad la puerta para evitar que la madera y bisagras crujieran y delataran su presencia. El lugar era mucho más lúgubre ahora, sin la luz del día y con pocas velas encendidas que lo alumbraran. Pensó que no había sido buena idea salir de su celda, pero no podía rendirse ahora que se encontraba tan cerca de cumplir el mandato que ella misma se había impuesto.

Caminó con cautela, mirando continuamente a su alrededor. Intentando no tropezar, se acercó a un candelabro con tres velas medio derretidas. Tomó una de ellas, procurando no derramar y quemarse con la cera caliente, y avanzó hacia el lugar de la pared del que surgía aquella cabeza. Deseaba acechar con el mismo sigilo que un gato cuando se prepara para saltar sobre su presa, pero al llevar la llama frente a sus ojos, quedó algo cegada, no pudiendo evitar golpearse un pie con la pata de un banco. Exhaló un pequeño quejido de dolor y la brusquedad del gesto hizo que derramara algo de cera sobre su mano. Notar el líquido ardiente hizo que gimiera de nuevo, soltando la vela.

—¿Nos han descubierto? —murmuró para sí misma, tanto por continuar el juego como para no sentirse sola—. No lo creo, mi señora... Podemos avanzar.

Se frotó los dedos del pie para aliviar el dolor, recogió la vela, y avanzó, guiada por el deseo de desvelar ese misterio.

Notó que sus ojos ya se habían hecho a la oscuridad, por lo que dejó en el suelo la vela y pensó la manera de subir hasta el postigo. Miró a su alrededor en busca de algún artilugio o mueble, pero allí solo había pesadas bancadas.

—Mis leales, es ahora cuando os pido que demostréis cuanto me amáis y me sirváis hasta la muerte.

Agarró entonces uno de los bancos e intentó arrastrarlo hacia ella con suavidad y fuerza al mismo tiempo... pero ese intento fue en vano. No pudo desplazarlo ni un palmo.

—Es inútil, mi señora —susurró—. Ni cien hombres podrían moverlo, y vednos a nosotros que, aunque esforzados, somos tan pocos.

Doña María debía pensar otra forma de hacer aquello, y no tardó en dar con la solución. Se dirigió al extremo opuesto del banco y comenzó a empujarlo. Para su sorpresa, no solo pudo moverlo, sino que apenas hacía ruido al deslizarse por el suelo.

—Lo conseguimos —musitó entre jadeos—, lo estamos logrando. Vamos, caballeros. Bregad con arrojo. No desfallezcáis ahora.

Pero tanto empujó que, sin darse cuenta, el banco golpeó la pared. Eso hizo que se detuviera y agachara, asustada.

—Estad alerta. Si el enemigo no nos ha descubierto por esto, ni asoma la cabeza, es que es sordo o algo trama...

Miró por encima del banco a aquel simple agujero que, en su mente, se había convertido en hogar de un reo o enfermo, guarida de un ser deforme o sobrenatural, o la misma entrada al inframundo.

—Deberíamos retroceder, mi señora... No, no nos rendiremos ahora. Avanzad con cautela, que yo os guiaré.

La del linaje de los Haro se aproximó a la pared, tomó de nuevo la vela, subió al banco, y, con gran ansia y agitada respiración, acercó la

llama al agujero. En cuanto la luz penetró en la oscuridad, un rostro de mujer asomó de improviso, soplando la llama y apagándola. Esa aparición se acercó tanto a doña María, que esta pudo sentir el hálito de la mujer confundido con el humo exhalado por la vela.

La manceba cayó en el banco, y tanto temor sintió, que echó a correr, saliendo de la iglesia y atravesando el claustro en dirección a su celda. No recordó a los hombres que tenía bajo su mando, ni les dio órdenes ni cuidó de que todos estuvieran a salvo y la siguieran en su huida. Ya en la seguridad de su cuarto, se metió en el lecho y cubrió con la manta. Esperó a que su corazón recuperara el latir natural y su respiración dejara de ser agitada, para poder escuchar con claridad si alguien se aproximaba. Solo entonces, volvió a pensar en los suyos.

—No nos han seguido, mi señora —murmuró, tapada hasta los ojos—. Hemos perdido a muchos, pero estáis a salvo... Quiera Dios que su sacrificio no haya sido en vano...

Al amanecer, los hombres y mujeres de Bayona iniciaron un día más sus labores, ya fuera trabajando en los talleres, rompiendo la tierra y preparando campos de cultivo para la siembra, o cargando y descargando fardos de navíos en el puerto. Doña María, como el resto, también debía iniciar sus tareas. Tras orar y tomar el desayuno, salió del convento para reunirse con el que iba a ser su maestro. Era este un hombre de avanzada edad, pelo cano y cuidada barba, que aguardaba la llegada de la manceba en la calle, junto a la puerta de su casa.

—Doña María Díaz —dijo el erudito al verla, invitándola a entrar.

—Maestro —saludó la del linaje de los Haro.

El anciano guio a doña María hasta una pequeña estancia con anaqueles y una mesa, en la que ambos tomaron asiento.

—La abadesa me ha dicho que vuestra aya le aseguró que conocíais las obras de Homero y Virgilio —dijo él—, pero no las enseñanzas de los sabios antiguos. Comenzaremos pues por Epicuro. ¿Os resulta familiar ese nombre?

—No, maestro.

—¿Y Temístocles? También me han dicho que sentís predilección por las gestas y hechos de armas antes que por la filosofía.

—No, maestro. Nunca he oído ese nombre.

—Temístocles fue un general y Epicuro un pensador. Otro griego, Menandro, dijo que uno salvó a su patria de la esclavitud y, el otro, de la estupidez. —Esas palabras arrancaron la primera sonrisa a doña María en tiempo—. Epicuro, a diferencia de Platón y Aristóteles, busca con su doctrina dar respuesta a las necesidades materiales y espirituales del hombre, y no tanto a satisfacer su curiosidad. Él, como los cínicos o estoicos, basa sus teorías en que el hombre es un ser desgraciado, pero

cuyo fin natural es el de la obtención de la felicidad a través de la satisfacción plena. Decidme, doña María, ¿cuáles creéis que son los males que aquejan al hombre para hacerlo infeliz y a los que debe enfrentarse?

La manceba podía decir cien razones por las que padecer y sufrir, pero no debía pensar en sus propias vivencias, sino en la respuesta acertada.

—¿El miedo a las enfermedades, a la miseria... y a la muerte?

—A la muerte, y a la incertidumbre sobre lo que nos aguarda tras ella. Pero Epicuro resuelve estas inquietudes, mostrándonos que no se debe temer a la muerte, pues cuando nosotros existimos, la muerte no está presente, y cuando la muerte está presente, entonces, nosotros no existimos. Por tanto, la muerte no tiene nada que ver con los vivos ni con los muertos, justamente, porque con aquellos no tiene nada que ver, y los otros ya no existen.

—Pero maestro, la muerte la tenemos presente como nuestro seguro final, y de continuo vemos morir a seres queridos. No es algo que se pueda despreciar ni dejar de temer. Muchos huyen de ella por considerarla la más grande calamidad, y otros la añoran por suponer el final de sus penas.

—Pero los sabios ni rehúsan vivir ni temen morir, pues ni les ofende la vida ni creen que la muerte sea un mal. Y de la misma manera que el sabio no prefiere la comida más abundante sino los manjares más agradables, así, también, disfruta, no del más largo tiempo, sino del más grato.

—Maestro —dijo doña María, vislumbrando rayos de sol y un precioso cielo azul a través de la ventana—, ¿podríamos continuar fuera la lección?

El hombre, que era tolerante y comprensivo, accedió a la petición, tal vez por proceder de una doncella noble.

—Sí, salgamos. La contemplación del orden natural siempre ha sido propicia para el aprendizaje, pero evitad distracciones.

—Sí, maestro.

Ya en el exterior, mientras caminaban, el maestro continuó impartiendo la materia.

—Si afirmamos que nuestros mayores temores tienen que ver con el sufrimiento y la muerte, entonces aceptamos que todo lo que hacemos, lo hacemos para no sentir dolor ni temor. Una vez cumplido esto, se disipa todo tormento del alma y alcanzamos el gozo. Por ello, coincidiendo con los hedonistas, Epicuro afirma que el gozo es el principio y el fin de una vida dichosa; el bien primitivo e inherente a todos; y condicionados por el gozo, realizamos toda elección y repulsa.

—Pero, maestro, ¿debemos despreciar entonces las penurias que sufren los que luchan en el nombre de Dios? ¿Los ayunos, la penitencia y

el sacrificio? Todas esas cosas son las que purifican nuestra alma y nos hacen alcanzar la redención y la salvación.

—Y la redención y la salvación son gozos, ¿no es cierto?

—Son los mayores gozos.

—Cuando Epicuro afirma que el gozo es el fin primordial, no se refiere al de los viciosos ni al basado en el placer físico, sino a evitar el sufrimiento del cuerpo y la perturbación del alma. Él enseña que el gozo es bueno, pero no cualquiera es aceptable; al igual que el dolor es malo, pero no todo debe ser rechazado por principio.

—¿Y cómo podemos diferenciar cuáles aceptar y cuáles no?

—Debemos renunciar a los placeres de los que se derive más dolor que gozo. Y hay veces que consideramos mucho dolor, mejor que los placeres, justamente cuando, tras soportar durante mucho tiempo los pesares, se obtiene un gozo mayor. Eso supone que, en determinadas ocasiones, podemos hacer un mal uso del bien y, otras, por el contrario, un buen uso del mal. Y en este tiempo son muchos los que se entregan al dolor, flagelándose por los caminos, como penitencia o acudiendo a la guerra contra los enemigos de Cristo. Esos hombres lo hacen, no a mayor gloria de Dios, sino porque creen a Dios enojado por nuestros pecados, procurando, con su sufrimiento, purgar culpas y aplacar la cólera divina.

Rodeando el convento, maestro y alumna vieron junto a un muro a una persona que parecía hablar sola. Pero, tras varios pasos, doña María se percató de que, en realidad, lo hacía a una pequeña oquedad, abierta en lo que, sin duda, era una falsa pared que sobresalía del templo. Al poco, pudo intuir, tras el ventanuco, la cara de una mujer que, juraría, era la misma a la que veía de continuo oyendo misa tras el muro de la iglesia.

—Maestro, ¿quién es esa mujer? —preguntó la del linaje de los Haro, sin pensarlo dos veces.

—Vos, que vivís allí, ¿me lo preguntáis? Es una reclusa llamada Mahai de Arretchea.

—¿Y qué hace ahí?

—Seguir su propio camino. ¿Nunca habéis cruzado palabra con ella?

—No, maestro.... No me he atrevido.

—Que no os asuste su estado. Es mujer prudente, entendida y cabal; y, a buen seguro, podríais entablar buena conversación... Continuemos, y procurad no volver a distraeros.

—Lo siento, maestro.

—Como decíamos, una vida gozosa no la procura entregarse de continuo a los festejos, a los manjares de una mesa suntuosa, ni a los placeres propios de la mocedad, sino a un sobrio razonamiento que, por un lado, investigue los motivos de toda elección y rechazo, y, por otro, descarte las suposiciones, por culpa de las cuales se apodera de nuestra

mente y espíritu una confusión de muy vastas proporciones. Por lo tanto, el principio para lograr todo esto, y el bien más grande, es la sensatez...

Pero doña María no pudo evitar seguir mirando de soslayo esa oscuridad, ante la que, cuando un vecino de Bayona se iba, otro llegaba, no faltando, en el tiempo que pudo observar, quien se acercara a conversar con la reclusa, e incluso a llevarle alimentos y dádivas.

Aquella noche, la del linaje de los Haro tampoco podía conciliar el sueño. En su mente se agolpaban demasiadas incógnitas sin respuesta, y los lugares y hechos que imaginaba, lejos de calmarla, la desvelaban aún más. Imaginaba a su abuela, enclaustrada en una celda similar a la suya, pero a cientos de leguas de distancia; a su tierra, en peligro; y a sus vasallos, sometidos o encolerizados con ella. Para combatir esos pensamientos, imaginó a varios caballeros llegando al galope a la abadía. Eran de buen porte y vestían lorigones y tabardos ornados en su pecho con el emblema de la casa de Haro, que era, sobre fondo de plata, dos lobos negros, cada uno con un cordero ensangrentado en las fauces. Iban armados con yelmos, lanzas y escudos, y una de sus criadas entreabría la puerta de su celda para anunciar su llegada.

—Pasad, buenos caballeros ... ¿habéis logrado aquello que os encomendé?... Lo logramos, doña María —susurró la doncella, con entonación varonil—. El ermitaño ha aceptado vuestro oro a cambio de revelar la invocación... ¿Y cuáles son esas palabras que durante siglos se han transmitido solo entre nigromantes?... Mahai de Arretchea, mi señora.

Doña María ya no tenía por qué temer a lo que moraba en las sombras de aquella cueva abierta en la roca. Sabía lo que era; ahora, debía descubrir todos sus secretos.

Con cautela, imaginando nuevamente liderar una compañía de hidalgos, la dama se adentró en la iglesia, en la que esa noche había una oscuridad más inquietante aún que la anterior, y ni la luz de las exiguas velas, ni el mismo débil resplandor de la luna, ni todos los hombres de armas que pudiera imaginar a su lado, lograban rivalizar con el natural desasosiego que emanaba siempre de la noche, ni insuflar valor en su ánimo.

—Mi señora, creo que es una celada —murmuró doña María—. Deberíamos regresar al castillo... No temáis, mis leales. Os habéis adentrado en la tierra maldita y puesto vuestra cabeza en manos de la Orden de los Nigromantes. ¿Acaso abandonaréis a vuestra señora por temor a la oscuridad?... No tememos a la oscuridad, doña María, sino a lo que hay en ella.

La manceba continuó hablando para sí misma, caminando poco menos que a ciegas, hasta que sus ojos percibieron con dificultad el hueco

de la pared donde moraba aquella mujer. Empujó el mismo banco que había empleado la noche anterior, poniéndolo junto al muro y subiéndose después con gran cautela, manteniendo, en esta ocasión, buena distancia con la pared.

—Ha llegado el momento, mi señora —pronunció, apenas moviendo los labios—. Recitad la invocación. —Y, finalmente, habló a alguien que, sabía seguro, era de carne y hueso, tal que ella—. Mahai de Arretchea... ¿estás ahí?

No hubo respuesta. En ese momento temió que, si había alguna otra criatura en el templo, su voz la atraería. Cuando ya pensaba en refugiarse de nuevo en su mente y ordenar a sus caballeros la retirada, del hueco, surgió una pequeña luz.

—Acercaos más, señora —dijo una voz femenina desde la abertura.

Doña María dudó. Ni la presencia de mil caballeros habrían fortalecido su espíritu. Pero, en verdad, ¿qué debía temer? La había visto a plena luz del día hablando cordialmente con varios vecinos de la villa. Su mente, la misma que la había llevado hasta allí, no podía trocarse ahora en irracional obstáculo, por lo que accedió a esa petición, aproximándose a la pared. Tomó una vela, cuya llama iluminó, en parte, su rostro, y, en el interior de la oscuridad, el de la reclusa. Doña María comprobó que, en efecto, quien estaba ante ella, no era más que una mujer que podía pasar por noble dueña. Sin deformidades ni nada digno de mentar ni temer.

—¿Mahai de Arretchea? —repitió la manceba.

—Volved a vuestra celda, señora. Es tarde. Hablaremos mañana.

Dicho esto, la reclusa sopló la vela, apagándola.

Doña María se resignó. El encuentro no había sido como esperaba, aunque había dado un gran paso. Colocó el banco en su lugar, y, con andar sereno, regresó a su celda, metiéndose en el camastro.

—Regresad a vuestros hogares junto con vuestras familias, caballeros. Agradezco muy de corazón el servicio que me habéis prestado —dijo, cerrando los ojos, deseando más que nunca que llegara el nuevo día.

Por la mañana, doña María oró y tomó su desayuno con gran ansia. Se reunió con su maestro como debía pero, en esa ocasión, apenas escuchó nada de la lección que le impartía.

—Así pues, como dijimos ayer... —hablaba el anciano a la del linaje de los Haro, mientras caminaban en derredor del convento.

Pero la mente de la manceba no podía prestar atención ni parecía tener cabida para otro saber que no fuera conocer más sobre aquella misteriosa mujer. No deseaba saber nada de ningún erudito, ni ir al río con sus sirvientas, ni al mercado de Bayona. Solo quedar libre de tareas para poder conversar con la tal Mahai.



Antes de la cena, con la última luz del día que penetraba en la iglesia, sin temor ni deseando ocultarse, pudo al fin aproximarse al hueco donde moraba la reclusa.

—Mahai, ¿estás ahí?

—¿Dónde creéis que puedo estar, señora? —se escuchó en el hueco.

—¿Por qué me llamas señora? ¿Sabes quién soy?

—Sé que sois una doncella noble. Lo que no sé, es qué delito cometió vuestro padre para que vos os halléis aquí.

—¿Y por qué crees que mi padre ha cometido un delito?

—Si la pena la hubiera cometido vuestra madre y fuera ella muerta o apresada, ahora estaríais bajo tutela de vuestro padre o aya, a no ser que fuerais huérfana. Sé que sois noble por vuestro vestir, maneras y hablar, y por la dueña, caballero y escuderos que os trajeron aquí, y las criadas que os sirven. Y no sois de Gasuña, por lo que estáis aquí refugiada, tal que proscrita, de modo que ha tenido que ser una gran pena cometida por vuestro padre contra su rey o señor, la que os ha traído hasta aquí. Tan grande, como para desear no solo darle muerte a él, sino también a su descendencia. Es decir, a vos...

Doña María sintió, al instante, deseo de poner a prueba la mente de aquella mujer.

—¿Y por qué sabes que el hombre que me trajo no es mi padre?

—Porque entonces, alguno de esos muchachos que os seguían, sería sin duda hermano vuestro, y ni vestían de forma tan galante como vos, ni os despedisteis con afecto de ninguno de ellos.

Y comprobado su atinado razonar, la del linaje de los Haro reconoció la verdad.

—Mi padre... fue asesinado por el rey don Alfonso.

—Oh —exclamó la mujer, sorprendida en parte—... Don Alfonso de Castilla y León.

—Sí...

—¿Y por qué pena fue condenado vuestro padre?

—Se dice de él que cometió traición, pero sé que no es cierto. Fueron los privados del rey, que lo odiaban, los que conspiraron para que don Alfonso ordenara darle muerte. ¿Y tú?... ¿Qué delito cometiste?

—¿Por qué habláis de delitos?

—Mi maestro me dijo que eres una reclusa.

—Estoy reclusa, no presa, doña María.

—¿Cómo conoces mi nombre?

—Pocas cosas es imposible no saber aquí. Y en este lugar moro, no por mandato de juez, sino por propia voluntad y para servicio de nuestro Señor.

—¿Quieres decir que decidiste, libremente, ser encerrada aquí?

—Así es.

—¿Por qué?

—Hay quién, desde su niñez, siente con fervor la llamada de Dios; doncellas, incluso de vuestra edad, que desean vivir su vida en reclusión. Sé de algunas que preferían quedar ciegas antes que verse casadas, y el día más feliz de sus vidas fue aquel en el que fueron emparedadas; otras, no visten los hábitos hasta cumplida la mayoría de edad. Algunas se entregan devotamente al celibato, otras, no pueden imaginar siquiera tomar los votos de pobreza o castidad. Yo era de estas últimas, pero hace tiempo, ocurrió algo... Tuve unas revelaciones.

—¿Unas revelaciones?

—Cuando tenía treinta años Dios me envió una enfermedad que sufrí gravemente durante tres días. La tercera noche me confesé y recibí los últimos sacramentos, pues no esperaba vivir hasta el día siguiente. Después de eso, permanecí postrada dos días y dos noches más. Pensé a menudo que estaba a punto de morir, y los que estaban conmigo lo creían también. Sentía mi cuerpo muerto de cintura hacia abajo. Mis ojos permanecían fijos en el techo de mi estancia y no podía hablar. El sacerdote puso un crucifijo ante mi rostro y dijo: «He traído la imagen de tu Salvador, mírala y que ella te consuele». Entonces, mi vista comenzó a nublarse. Todo a mi alrededor se oscureció y sentí fealdad y terror, como si me rodeara una horda de demonios. Pero, entonces, una luz pareció surgió del crucifijo. Después, la parte superior de mi cuerpo comenzó a morir. Mi mayor angustia era la disminución de mi aliento. Verdaderamente creí que estaba a punto de morir, pero, súbitamente, en aquel momento, todo el dolor desapareció. Estaba sana, igual que antes de padecer ese mal desconocido. Y fue entonces cuando Dios me dio consuelo y descanso, revelándome un supremo deleite espiritual en el alma. Un deleite y una seguridad tan bienaventurados y poderosos, que no había ya miedo, ni tristeza, ni dolor físico o del alma que pudiera afligirme. En ese gozo me sentía llena de una seguridad inalterable y una enorme fuerza. Esa sensación era tan dichosa, que me sentía completamente en paz, de manera que no había nada en la tierra que pudiera afligirme. Fue en ese momento cuando tuve las revelaciones... Y supe que debía recluirme para comprender cabalmente tales visiones. Me hallo aquí para meditar y escribir sobre ellas. Soy solo una mujer simple y frágil. Una criatura iletrada que no sabe latín ni de teología, pero Dios me abrió los ojos del entendimiento, y dedicaré el resto de mi vida mortal a reflejar Su verdad, para que pueda servir de consuelo a aquellos que necesiten ser consolado.

—¿Y cuánto tiempo llevas aquí?

—Unos cuatro años y medio.

—Yo apenas una semana, y ya me siento morir de tristeza.

—Este mundo es una prisión; esta vida, penitencia. Pero el remedio es que nuestro Señor está con nosotros, protegiéndonos y guiándonos a

la alegría en plenitud; pues es un gozo infinito, que Aquel que será nuestra dicha cuando estemos en el cielo, sea nuestro protector mientras nos hallamos en la tierra, siendo nuestro camino el verdadero amor y la confianza fiel.

—Hablas como mi maestro. Él también se refiere a la felicidad y la búsqueda del gozo, pero yo no estoy destinada a ser feliz.

—¿Destinada? Nunca había oído a alguien de vuestra edad hablar del destino. ¿Por qué decís eso?

—Porque sé lo que me aguarda cuando regrese a mi tierra. Mi aya me contó lo que le ocurrió a mi padre, a mi abuelo y a mi abuela, y a su padre antes que a ella. Ni sus vidas ni sus finales fueron felices.

—Puede que vuestra aya os contara esos hechos para que aprendierais de ellos y no cometierais los mismos errores que vuestros antepasados.

—Eso no dependerá de mí, tanto como de mi esposo.

—¿Y quién es el afortunado? ¿Habéis celebrado ya esponsales?

—Aún no, pero algún día vendrán a buscarme y me llevarán junto a él. Hasta entonces, debo permanecer aquí, en este lugar, que es lo contrario a mi condición.

—¿Lo contrario?

—Como señora de Vizcaya, seré rica en tierras y dineros, y, ante todo, deberé tomar esposo y darle hijos. Este lugar, repleto de mujeres castas y pobres, es el único del mundo al que no pertenezco...

—¿Y es eso lo que deseáis? ¿Fortuna y tomar esposo?

—No importa lo que yo quiera —dijo doña María, con tono irritado—. Ese es mi destino como heredera del linaje de los Haro.

—El destino es el tirano que emplean aquellos que tratan los actos que dependen de su voluntad, como si fueran fruto de la necesidad natural o el azar. Pero, yo os pregunto, ¿qué deseáis en realidad?

Doña María recapacitó por unos momentos, dando voz a su pretensión más profunda y oscura.

—Si mi voluntad pudiera cumplirse sin importar cuál fuera, desearía ver muertos a don Juan Manuel y al rey don Alfonso, y poder elegir esposo de entre cualquiera de los gentilhombres de la cristiandad.

Mahai sonrió y caminó hasta el postigo que daba al campo, dando la espalda a la manceba, mirando al exterior.

—«Día y noche le acosaba el pensamiento de haber sido obligada, sin ninguna culpa, a desposarse con un pagano... Y el deseo de venganza muy rara vez la abandonaba. Pensaba para sí misma: “Soy poderosa y tengo tan grandes riquezas, que aún puedo infligir daño a mis enemigos”».

—¿Qué es eso?

—Parte de un cantar...

—¿Conoces cantares de gesta? —preguntó con ilusión la manceba.

—Sí... era y aún soy ávida lectora, y mi difunto esposo traía a menudo a nuestra casa a juglares para que nos solazaran con sus poemas. —Volvió Mahai a mirar a los ojos a doña María—. De modo que todo lo que habéis aprendido sobre vuestros ancestros, os lleva a desear la venganza... ¿Yerro, o fue el deseo de venganza lo que condujo a la muerte a los vuestros?

—En parte la venganza... y, en parte, la avaricia. Pero no solo de los míos, también de todos los que los rodeaban.

—Y de esos dos males hacéis vos ahora gala.

—Yo no soy avariciosa. Solo deseo lo que me corresponde por derecho... lo que merezco...

—No he conocido a ningún avaro que no creyera merecer todo lo que poseía o ansiaba poseer...

Tal reproche hizo mella en el orgullo de doña María, que se acercó a la reclusa aún más, metiendo casi su cabeza en la pared.

—Ese... es mi destino —repitió la del linaje de los Haro.

No deseando hablar más, doña María abandonó la iglesia y regresó a su celda. A pesar de tanta soledad, lo cierto es que no había dispuesto de tiempo, voluntad o valor para escrutar sus verdaderos sentimientos.

Amaneció sobre Bayona un sol radiante, pero doña María no quiso esa mañana recibir las enseñanzas de su maestro al aire libre, sino en la casa. No deseaba que aquella mujer los viera pasear, castigándola de algún modo con su ausencia, aunque ese castigo recayera también sobre ella misma, privándose de la luz del sol y la fresca brisa marina.

—Hoy comenzaremos el estudio de la obra de Ovidio —dijo el anciano, abriendo un gran volumen que comenzó a leer—. «Al principio, antes del mar, la tierra y de todo lo que se halla bajo los cielos, era uno solo el aspecto de la naturaleza, al que llamaron *Caos*; masa informe y confusa, y nada más que mole estéril. Y, amontonados en ella, elementos mal avenidos de las cosas no bien ensambladas. Un dios y una mejor naturaleza separaron del cielo las tierras y, de las tierras, las aguas, apartando también el transparente cielo del espeso aire. Añadió fuentes y enormes pantanos y lagos. Ordenó después que se extendieran los campos, que los valles se quedaran en el fondo, y que los bosques se cubrieran de floresta, alzándose rocosos montes. Sobre ellos, suspendido en el aire, ordenó que estuvieran las nubes y los truenos que conmueven los humanos espíritus y los vientos que originan los relámpagos a la vez que los rayos. Apenas había aislado así, con lindes determinadas todas las cosas, cuando los astros, que durante largo tiempo habían estado oprimidos por la oscuridad, comenzaron a brillar en la inmensidad del cielo; y para que ningún lugar estuviese privado de los seres vivos que le son propios, los astros y las siluetas de los dioses ocuparon el suelo

celeste; las aguas fueron habitadas por los brillantes peces; la tierra recibió a las fieras y las aves se adueñaron del aire. —Todo aquello resultaba muy familiar a la manceba, y esperaba que, en ese relato, también hubiera diluvios y plagas—. Pero faltaba todavía un ser vivo más respetable que estos, más dotado de profundo pensamiento y capaz de dominar a los demás, vistiéndose la tierra de las desconocidas figuras de los hombres». Como veréis, doña María, aquí los antiguos muestran la creación del mundo.

—¿Y cómo se creó a la mujer, según ellos? —preguntó curiosa.

—Hesíodo, en su *Teogonía*, nos dice que Zeus, furioso por ver entre los hombres el fuego robado por el titán Prometeo, preparó para ellos un mal. Ordenó al dios Hefesto que modelara de tierra una imagen con apariencia de casta doncella. La diosa Palas Atenea le dio ceñidor y adornó con un vestido de resplandeciente blancura; y con deliciosas coronas de fresca hierba trenzada con flores, rodeó sus sienes. Luego de preparado el bello mal a cambio de aquel bien robado, Zeus la llevó a donde estaban los inmortales dioses y los hombres mortales, y un gran estupor se apoderó de todos ellos cuando vieron el espinoso engaño, irresistible para los hombres.

—¿Por qué habláis de bello mal y espinoso engaño?

—Se dice que de esa figura desciende la, considerada por los antiguos, funesta estirpe de las mujeres, que conviven con los varones, no conformándose con la penuria, sino buscando la saciedad. Así cuenta Hesíodo que hizo Zeus altitonante a las mujeres, como gran calamidad, siempre ocupadas en perniciosas tareas, procurando que aquel hombre que huye del matrimonio y de las terribles acciones de las mujeres, no queriendo casarse, alcanza la vejez sin nadie que lo cuide, pero no vive falto de alimento, aunque al morir, los parientes se reparten su hacienda. Aquel a quien, sin embargo, le alcanza el destino del matrimonio y consigue tener una mujer sensata y recatada, el mal se equipara constantemente al bien durante toda su vida. Y quien encuentra una mujer desvergonzada, vive sin cesar con la angustia en su alma y corazón; siendo incurable ese mal.

—Maestro... entonces... ¿los antiguos entendían que las mujeres éramos la ruina para los hombres?

—Por nefasta tenían su naturaleza y conducta. Bien, hablaremos ahora de las Cuatro Edades —continuó la lectura el anciano—: «La Primera Edad fue la de oro que, sin leyes ni líder alguno, por propia voluntad, cultivaba la lealtad y la rectitud. El castigo y el miedo estaban ausentes y no se esculpían palabras amenazantes en bronce clavado, ni la suplicante muchedumbre temía el rostro del juez, sino que estaban seguros sin fiador. Aún no cercaban las ciudades fosas en precipicio; no existían la trompeta de bronce ni los cuernos de bronce curvado; ni los

yelmos ni la espada. Sin hacer uso del ejército, los pueblos convivían en apacible ocio, libres de preocupaciones. Incluso la propia tierra, sin daño ni haber sido tocada por la azada ni herida por arado alguno, ofrecía por sí misma cereales y muchas otras cosas; y satisfechos con los alimentos producidos, sin que nadie los forzara, se recolectaban frutos del madroño y del cornejo; fresas silvestres y también moras que se adhieren a las duras zarzas; y las bellotas que habían caído del ancho árbol de Júpiter. La primavera era eterna y los apacibles céfiros acariciaban con tibias brisas las flores nacidas sin necesidad de semilla plantada; fluían ríos, ora de leche, ora de néctar, y la rubia miel goteaba de la verde encina». Como habréis adivinado sin dificultad, Ovidio habla aquí, tal que del tiempo en el que el hombre aún moraba en el Edén, antes de su expulsión por el pecado original.

—Sí, maestro.

—«Pero una vez enviado Saturno al tártaro lleno de tinieblas, el mundo estuvo bajo el dominio de Júpiter, llegando la Edad de Plata, inferior al oro, más valiosa que el rojizo bronce. Júpiter acertó la duración de la antigua primavera y, a través de inviernos y veranos, de variables otoños y corta primavera, dividió el año en cuatro periodos. Entonces, por primera vez, el aire abrasado por secos calores se inflamó y quedó colgado el hielo condensado por los vientos. Por primera vez, fueron casas las cuevas, los apiñados arbustos y las ramas enlazadas con corteza; y, por primera vez, las semillas de Ceres fueron enterradas en largos surcos, y los bueyes gimieron oprimidos por el yugo». Aquí, doña María, tenemos el tiempo de Noé y el de los descendientes de Caín.

—Sí, maestro —repitió la manceba, ansiando oír lo que venía a continuación.

—«Después, llegó la Tercera Edad, la de bronce, más cruel y dispuesta a las terribles armas; sin embargo, no manchada de crímenes. La última, fue de duro hierro, el peor metal, irrumpiendo entonces toda iniquidad. El valor, la verdad y la lealtad, huyeron. Su lugar lo ocuparon la cobardía, las mentiras, las emboscadas y, también, la violencia y el criminal deseo de poseer. La rica tierra no solo recibía la exigencia de las cosechas, sino que se penetró en sus entrañas, excavando en busca de las riquezas que escondía. Fue extraído el oro, acicate de desgracias, siendo más dañino que el hierro. Surge la guerra, que agita con mano ensangrentada las armas que rugen. Se vive de lo robado; el anfitrión no está seguro de su huésped ni este de aquel; no, el suegro del yerno, ni es usual la armonía entre los hermanos. El marido es una amenaza de muerte para su esposa, y ella para él. Las malvadas madrastras mezclan horribles venenos y el hijo se interesa por los años de padre antes de lo debido. Vencida yace la piedad, y la última de los dioses, la virgen Astrea, ha abandonado las tierras humedecidas por la matanza».

A doña María le resultaba familiar esa era y, por lo que contaba su maestro, el mundo llevaba siglos en ella.

Al atardecer, de nuevo antes de la cena, y ya sin rencor en su corazón por el desaire pasado, doña María acudió ante la que podría considerar su otra maestra, al menos, en materia espiritual, lo que, ciertamente, le interesaba menos que los cantares que pudiera recitar.

—¿Mahai? —preguntó doña María.

—Salud y gracia, doña María —dijo la reclusa.

—¿Estás ocupada con tus labores?

—Mis labores pueden aguardar —contestó Mahai, acercándose al hueco.

—Me preguntaba... si no añoras la vida fuera de aquí.

—No, porque era una vida de pecado.

—¿De pecado?

—Yo era persona disoluta, entregada a los placeres, sin medir consecuencias ni importarme quién las sufriera por mi culpa...

—Comprendo... entonces, ¿estás aquí, en parte también por penitencia?

—Podría decirse que sí...

—¿Me contarías cómo era esa vida?

La reclusa tardó algo en contestar, meditando la respuesta.

—«Antes de venir aquí, yo era una burguesa de Orleans. Por mi belleza casé a los catorce años con un campesino muy rico nacido en Amiens. De negocios y usura se sabía todos los trucos y artimañas, y cuando cerraba un trato, el deudor quedaba tan en sus manos, como un zorro en una trampa. En nuestra casa comíamos patos, faisanes, avutardas y pasteles de harina blanca. Bebíamos a diario vino de Soissons y me bañaba en agua con hierbas antes de acostarme. Tenía vestidos de fina lana de Douai y un sombrero de junco para cada día de la semana. Mi esposo acudía a todas las ferias de aquí a Troyes, y, en su ausencia, recuerdo que una mañana de verano, mientras recogía berros en el río, se me empapó de agua la camisa que llevaba, ciñéndoseme al cuerpo. Mis pechos se adivinaban sin dificultad, y cuando, de regreso a mi casa, me vio el capellán, le faltó tiempo para seguirme, mirándome con insistencia. “Que Dios condene mi alma si no logro someterla a mi voluntad”, debió decir, pues yo sabía que le quitaba el sueño y tenía por mí el corazón inflamado de amor.

Me alcanzó en el umbral de mi puerta, y con espíritu trastornado, aunque estaba sobrio, me dijo:

—Señora, escuchad mis cuitas. Llevo mucho tiempo sufriendo en silencio y ahora quiero decir lo que siento. No puedo callar más, tengo que decirlo. Me habéis roto y arrancado el corazón. Así fueran necesarios los tesoros que poseo que, si no os ofende, quisiera teneros una noche. — Apenas pude escandalizarme por su atrevimiento, abrió una bolsa de

cuero cosido, y me mostró muchas y buenas monedas, en suma, de hasta quince libras esterlinas de plata—. Os daré todo lo que poseo. No será desagradable cuando me acueste con vos, al contrario, será dulce y cortés. Y si de mí tuvieseis un heredero, sabed que no le faltará de nada.

Yo deseaba quedarme con su dinero, pero no yacer con él, de modo que le dije que volviera a la noche cuando los criados se hubieran ido a dormir, y que, sin hacer ruido ni encender candiles, entrara en la casa y se metiera en mi lecho, que allí me encontraría. Al marcharse, pedí a una sirvienta que fuera al burdel a buscar a una muchacha de la calle de las que pasan necesidad, llamada Alison. Era menuda de cuerpo y cualquiera podía tenerla y gozar de ella por tan solo una moneda francesa. Cuando me la trajo, le conté lo que planeaba y ambas tramamos un escarmiento para el preste. Llegada la noche, todos en la casa sabían qué hacer. Albergado por la oscuridad, cubierto con una capucha cual peregrino o ladrón, y excitado con el ardor de un burro en celo, el clérigo penetró hasta mi alcoba, deseando asaltarme. Alison fingió estar adormecida para no tener que hablar y que no se descubriera el engaño, y mientras el capellán la abrazaba, ella solo suspiraba. Entonces, una vez estaban los dos en la cama, en otra estancia, mis criados prendieron fuego a un espeso colchón de paja, saliendo a la calle y gritando: “¡Socorro! ¡Fuego!”. Muchos del pueblo acudieron para ayudar, y ante ellos, espantado por las llamas, salió a la calle el clérigo desnudo como un gusano y, tras él, la joven Alison. Cuando todos vieron a su capellán de esa guisa, quedaron muy espantados.

—¡Así Dios me valga, no quiero saber nada de vos! —dijo el carnicero, que comenzó a pegarle con un palo, y otros, con los puños y los pies.

Corriendo, pudo el preste llegar a su casa, temblando como una hoja, con las señales de los golpes recibidos marcados en la espalda, las costillas y la cadera. Bien le pegaron y avergonzaron esa noche»

Doña María quedó estupefacta al escuchar ese relato.

—Es repugnante —exclamó la doncella.

—¿No os ha divertido? Me ha parecido que prestabais más atención que a la clase de ayer.

—Sí, pero es un acto vil, y si has cometido muchos como ese, no me sorprende que estés arrepentida.

—Lo que os he contado no me ocurrió a mí, en realidad. Es un *fabliau* que he alterado en parte.

—¿Qué es un *fabliau*?

—Un pequeño relato en verso que encierra moraleja. A saber, este nos dice que, si el capellán hubiera estado enamorado de la dama y actuado cortésmente, no habría acabado golpeado ni deshonorado. Por lo tanto, lo que todo hombre debe practicar, es el amor cortés, y no dejarse llevar por la lujuria ni tampoco pagar a las mujeres por gozar de sus cuerpos.



—¿Es como... una fábula?

—Así es.

—¿Y por qué me lo has contado como si lo hubieras vivido tú misma?

—Porque sabía que era la única forma de que prestarais atención. A las mentes de los mancebos y aún a los de más edad, les resultan tediosas ciertas materias del saber, pero excitan los relatos mundanos y hechos que tienen que ver con personas a las que conocen, sobre todo si son pecaminosos y vulgares. Por eso, las clases de los maestros suelen ser infructuosas, y de ellas se extraen conocimientos solo con mucho perseverar. Si yo os hubiera dicho que iba a impartiros doctrina, vuestra mente se habría alejado de aquí, del mismo modo que no estaba junto a vuestro maestro cuando departía con vos sobre Epicuro.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque he hablado con él.

—¿Ha venido a verte?

—Muchos hombres y mujeres vienen a mí para conversar y contarme sus cuitas. Soy buena confidente.

—¿Qué es una confidente? ¿Es algo como... un confesor?

—Es cosa parecida, pero al tiempo, muy diferente. Los dos guardamos celosamente los secretos que se nos confían, pero las personas que se presentan ante un confesor lo hacen arrepentidas y con el deseo de expiar sus pecados, buscando la absolución. A un confidente, en cambio, se suele acudir con voluntad de continuar pecando, y para saber la mejor forma de hacerlo sin ser descubierto.

—¿Y tú les ayudas en ello?

—No, yo los disuado y aconsejo de la mejor forma que puedo para que encaucen sus vidas por el buen camino, pero sin reproches ni sermones.

—¿Y qué has aconsejado a mi maestro?

—Que os hable de mitos de héroes y monstruos. Toda doctrina debería casar con aquello a lo que tendemos por nuestra propia naturaleza o estado de ánimo. Lo opuesto, es como remar en un río en contra de la corriente. Y ahora, en vuestra doctrina, vos necesitáis a héroes y a monstruos.

—No resulta fácil atender a doctrinas cuando desconozco la suerte de los míos.

—Lo sé, señora. Pero pensad que ningún bien les hacéis descuidando vuestra educación. Además, vos misma lo dijisteis, ser señora de Vizcaya es vuestro destino, y no hay hombre sobre la tierra, ni siquiera un rey, que pueda impedir que alguien cumpla con su destino, ¿no es cierto?

—Supongo que no —dijo doña María, algo más aliviada de la pesada carga que sentía su espíritu—. Mahai... Ese relato de la mujer y el capellán... ¿ocurrió realmente?

—Dios sabe. Este mundo está tan corrompido que, peregrinos, clérigos y caballeros se entregan con desenfreno a la embriaguez, la lascivia y a todo pecado corporal. Y cuando el hombre cae tan profunda y miserablemente, no hay ayuda que pueda restaurarlo, salvo el amor de Aquel que creó al hombre. Él es el caballero más cortés y gentil, más hermoso y lleno de gracia, que sufrió y derramó sangre por el tesoro escondido que deseaba rescatar.

—¿Un tesoro escondido? —preguntó la del linaje de los Haro.

—La humanidad... Todos y cada uno de nosotros, somos un tesoro escondido en Dios, conocidos y amados desde toda la eternidad. —Doña María quedó decepcionada al oír eso, pues esperaba oír historias de caballeros andantes y tesoros de gemas y monedas de oro—... Veo que os atraen mucho los relatos, y recuerdo que vuestros ojos brillaron cuando os dije que sabía de cantares de gesta. Si sois aplicada y aprovecháis bien vuestro tiempo aquí, os narraré el más hermoso y épico poema de todos cuantos conozco, y creo conocerlos todos.

—¿Lo harás? —inquirió con ilusión la manceba.

—Lo haré. Ahora, volved a vuestra celda, buscad la comunión con nuestro Señor, y rezad por los vuestros. Es lo único y de mayor provecho que podéis hacer.

Doña María obedeció con presteza. Regresó a su habitación, se arrojó ante la cama y comenzó a orar.

A muchas leguas de allí, también en una solitaria celda, pero del monasterio palentino de Santa María de Perales, otra doña María Díaz, la señora de Vizcaya, oraba pidiendo por el alma de su difunto hijo. La mujer se incorporó con dificultad, pues el pesar afligía tanto a su cuerpo como a su espíritu. Ya no sabía si Dios la escuchaba o le había escuchado alguna vez. No, después de comprobar en sus carnes que no había paz ni redención posible en esa tierra; no, al saber que el rey don Alfonso, tras matar a su vástago, había entrado y tomado para la Corona sus villas y lugares fuertes. Y como esos castillos y heredades eran más de ochenta en muchas partes del Reino, mientras él en persona iba a tomar lo uno, enviaba a sus oficiales y a los de su casa para que tomaran los otros, por su voz y para él.

Uno de esos hombres era Garcilaso de la Vega, nombrado merino mayor de Castilla, el cual, sin mandato del monarca, llegó a ese monasterio, entrando y viendo a doña María. Lo que ocurrió entre esos muros nunca se sabrá, pero se dice que Garcilaso habló con la madre del difunto don Juan, tratando con ella manera de que le vendiera Vizcaya, haciendo algunas cartas de aquello. No dice crónica alguna, a cambio de qué trocó doña María su bien máspreciado y heredad de su nieta, ni tampoco tenía

Garcilaso poder para llevar a cabo tal pleito. Aun así, esas cartas fueron llevadas por caballeros del rey castellano para que tomasen el Señorío. Y, desde entonces, don Alfonso comenzó a llamarse en los escritos «señor de Vizcaya y de Molina».

Cuando el monarca hubo cobrado todas las villas y castillos que fueron de don Juan, se dice que fincó con el corazón más holgado, tanto por hacer tan gran conquista en pequeño tiempo y sin gran costa, como porque el mayor contrario que había en su Reino era ya fuera del mundo.

Desvelada su cruel naturaleza, partió a la Andalucía a la lucha contra los moros. Pero, de camino, se detuvo en la ciudad de Segovia, con deseo de escarmentar a los que tuvieron que ver en la quema de su iglesia y las muertes de los caballeros García González y Garci Sánchez.

Don Alfonso inició entonces pesquisas para saber quiénes fueron los responsables de aquellos hechos. Por delación, fueron muchos apresados y sometidos a juicio, recibiendo la pena según lo que hicieron. A unos, los arrastraron por la tierra atados a rocines, para ahorcarlos después; a otros, les ataron cadenas alrededor de los espinazos y oprimieron con ellas, hasta quebrárselos; a otros, les cortaron los pies y las manos, y después los degollaron. A los que habían puesto fuego a la iglesia, los quemaron vivos.

A ese rey y esa justicia, eran a los que doña María Díaz debería regresar.

#### Año del Señor de 1327

El tiempo transcurría lentamente en el convento de Bayona para la última descendiente del linaje de los Haro. Los meses le parecían años y cada vez sentía más incierto y lejano el final de su nueva vida en confinamiento. Encontraba cierta distracción en el estudio de la dialéctica y la retórica, y algo menos, en el de la geometría y la astronomía, pero solo hallaba realmente paz y refugio de sus cuitas cuando hablaba con la reclusa Mahai de Arretchea.

—No os veo con niños de vuestra edad —dijo Mahai a doña María, la tarde del primer día de la primavera.

—No...

—¿Y por qué no?

—Ellos no son como yo.

—¿Y cómo son?

—Hablan de cosas estúpidas, juegan a cosas estúpidas y tienen deseos estúpidos.

—¿Como cuáles?

—Ellas juegan a ser damas casadas con ricoshombres, y ellos fingen pelear como caballeros.

—¿Y...?

—Que ni ellas serán nunca nobles damas ni ellos caballeros bienandantes... Y si supieran lo que les aguardaría, como lo sé yo, no desearían serlo.

—¿De modo que ellos son felices porque juegan a ser algo que nunca serán, y vos sois infeliz y no jugáis con ellos, porque algún día, sí lo seréis?

Doña María tuvo que meditar esa cuestión.

—Son felices porque son ignorantes. Con el juego cumplen necios sueños que les hacen olvidar sus vidas vulgares.

—¿Creéis que tienen necios sueños porque sus vidas son vulgares, o sus vidas son vulgares porque tienen necios sueños?

—¿Te estás burlando de mí?

—No, doña María, solo intento comprenderos.

—Ellos no son...

—No son como vos —la interrumpió Mahai—. Ya me lo habéis dicho. Pero es costumbre que todo aquel nacido en alta cuna sea educado y criado con los hijos de nobles cortesanos y también con otros de menor categoría. Eso se hace, no solo para que compartan vivencias, anhelos y asueto con mancebos de su edad, sino para que conozcan mejor a los que serán sus vasallos y súbditos. Solo los tiranos que se creen casi divinos viven apartados de aquellos a los que gobiernan por considerarlos indignos incluso de que los miren a los ojos. Si algún día tenéis vasallos, vuestro mayor deber será procurarles paz, libertad y justicia, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y cómo lo haréis si sentís rechazo por ellos? ¿Cómo serviréis y os sacrificaréis por unos, cuya mera presencia repudiáis? Unos villanos labradores como esos, serán los que os mantendrán a vos y a los vuestros con su trabajo en los campos. Es cierto que son analfabetos en su mayoría, rudos en el habla y el trato, y pobres en el vestir y el calzar, pero, aun así, procurad mostrarles compasión.

Doña María no respondió. Se levantó y retiró pensativa, pero antes, hizo una última pregunta:

—¿Cuándo me contarás ese cantar del que me hablaste hace tiempo? —dijo la manceba, volviéndose.

—Ah, sí... el cantar. Volved mañana y, con gusto os narraré esa necia historia, para que, por un tiempo, sintáis vuestra vida algo menos vulgar —respondió Mahai con sorna y algo de malicia, apartándose del postigo.

La del linaje de los Haro encolerizó. Pensó en gritarle alguna grave palabra, pero no estaba sola en la iglesia, por lo que refrenó su lengua y salió al claustro. Allí aguardaban sus criadas, Oneka y Juana, que vieron a la joven señora pasar ante ellas como una exhalación, sin hablar ni mirarlas, y con el rostro enrojecido por la rabia contenida. Y, aunque en ese

momento, lo que menos deseaba era estar en compañía de nadie, tampoco le agradaba volver a una celda en la que ya pasaba buena parte del día y toda la noche, por lo que salió del convento acompañada por sus sirvientas, en busca de algunos niños de la villa.

En las calles y plaza de Bayona se mezclaban artesanos, mercaderes, pescadores, clérigos y hombres y mujeres comunes, pero la mayoría de mancebos, cuando buscaban solazarse, iban al río Adur o a su pequeño afluente, el Nive. Fue en la desembocadura de este último, en la orilla opuesta, donde vio a cuatro niños y tres niñas. Doña María, Oneka y Juana cruzaron el puente, y al aproximarse, reconocieron a una de ellas por ser sirvienta en el refectorio del convento, y con la que ya habían hablado en alguna ocasión, siendo su padre de la vecina villa guipuzcoana de Hondarribia. A diferencia de doña María, aquellos niños tenían el pelo descuidado, vestían bastos sayos remendados y desgastados por el uso y calzado de duro cuero de vaca. Los mozos jugaban a batirse con palos o con sus manos desnudas, echándose unos sobre otros y derribándose en el suelo, pero al ver a la del linaje de los Haro, abandonaron la falsa lid y la saludaron.

—*Madame* María —dijo uno, en un tosco francés, haciendo una reverencia exagerada.

—*Madame* María —repitieron los otros, inclinándose varias veces, en burla.

Doña María los ignoró, yendo a donde las niñas, que se peinaban entre ellas.

—Guillerma —saludó la del linaje de los Haro.

—Doña María —correspondió el saludo la niña guipuzcoana.

—¿Qué hacéis? —preguntó doña María.

—Nos lavamos y desenredamos el pelo —respondió otra, de nombre Ederne—. No todas tenemos la fortuna de contar con sirvientas que nos atiendan.

—Ederne está enfadada —dijo la tercera, de nombre Maore—. Se ha lavado y peinado, pero hoy no ha visto a Loritz.

—¡Cállate! —chilló con voz aguda la aludida.

—¿Quién es Loritz? —preguntó doña María.

—El hermano de Maore, uno de los hijos de Luken, el molinero. Se va a casar con él —dijo Guillerma, mirando a Ederne, con ánimo de enervarla.

—¡No me voy a casar con un molinero! —gritó Ederne.

—¿Y tú, Guillerma?, ¿para quién te atavías? —preguntó de nuevo doña María.

—Para Ohian. Su familia tiene vacas en Ustaritz y venden quesos aquí. Hoy vendrán a la plaza.

—Yo me casaré con el hijo del senescal —dijo Maore.

—Pero si nunca le has visto —dijo Guillerma.

—¡Sí le he visto y es apuesto como pocos! —replicó enojada Maore—. Es él quien no me ha visto a mí. Pero la próxima vez que venga, me verá seguro.

Doña María se distrajo al ver que los niños tiraban varias piedras a una embarcación de remos que transcurría por el río en dirección a la costa, después de lo cual se escondían tras unos matorrales.

—¿Y vos, doña María? —preguntó Ederne—. ¿Con qué galante noble vais a casaros?

—Yo... no lo sé, todavía.

—¡Vais a ser monja, entonces! —espetó Maore

—¡No voy a ser monja! —gritó doña María—. ¡Me casaré, pero aún no sé con quién!

—¿Y cuándo lo sabréis? —se interesó Guillerma.

—Antes de tener edad cumplida, un gran ricohombre enviará a sus caballeros para que me custodien y lleven a su castillo, y allí, entre grandes fastos, me desposaré con él.

Las tres niñas se miraron, no pudiendo evitar la risa.

—Puede que sea un hombre rico... pero ¿y si cuando lo veáis en el altar resulta ser un tullido? —dijo Ederne.

—¡O un viejo beodo! —exclamó Maore.

—¡Tal vez será un jorobado! —prosiguió Ederne—. ¡Como el de la historia de Durand!

—¡Sí! —chilló Maore con alborozo—. ¡Dedicó toda su vida a atesorar riquezas, pero era tan feo que la naturaleza debió esforzarse para hacerlo así! ¡Con mechones como cerdas en vez de cabellera y los hombros ganchudos!

Maore y Ederne comenzaron a reír con estrépito. Guillerma procuró contenerse por saber que debía verse con doña María a diario.

—¡Callaros! —gritó la del linaje de los Haro—. ¡Silencio, idiotas!

Pero las órdenes y sentimientos de la dama no importaban a esas mancebas, que continuaron mofándose y recreando en su mente cómo de desgraciado y deforme podría ser el futuro esposo de doña María.

—Vámonos, mi señora —dijo Oneka, viéndola impotente y con deseo de golpearlas—. Volvamos al convento.

Doña María y sus sirvientas se alejaron entre las risas y burlas de los de Bayona. Realmente no la odiaban, solo aprovecharon una oportunidad para comportarse como lo que eran, criaturas que se dejan llevar por sus bajos instintos y en las que aún no habían arraigado la compasión ni el respeto.

La dama recorrió el templo más velozmente que cuando había salido, llegando a su estancia y encerrándose en ella. Se echó en la cama y comenzó a llorar lágrimas que había reprimido durante largo tiempo.

—¿Qué deseáis que hagamos con ellos, mi señora? —susurró, imaginándose que varios caballeros a su servicio tenían apresados a aquellos niños y niñas—. Azotadlos, y luego ponedlos en un cepo. Que permanezcan así veinte días... Sí, mi señora.

Durante tres días doña María Díaz no salió de su celda. Sus criadas procuraron, no sin tesón, que comiera algunas verduras, y más esfuerzo aún debió dedicar el maestro desde entonces para que atendiera las lecciones.

La del linaje de los Haro sentía profunda desazón en cuerpo y alma. Todo le irritaba y de todos renegaba. Para colmo, el fuerte viento del sur que azotaba Bayona hacía que el calor que sentía fuera sofocante, aumentando aún más su pésimo ánimo. Pero a nueve días contados del mes de mayo, a media tarde, el tiempo cambió. Un gran frescor comenzó a penetrar por su ventana. Al poco de recibir esa caricia aliviadora, el cielo se oscureció, y le pareció escuchar truenos en la lejanía. Durante una hora no llovió. Únicamente oía ese sonido aterrador precedido por destellos no menos inquietantes. Pareciera que Dios mostraba su enojo con los hombres desgarrando el cielo, pero sin enviar agua con la que aliviarlos y regar los campos. Doña María se subió a la mesa y asomó por la ventana para sentir con más fuerza el viento y escuchar mejor la tormenta. Por primera vez no quería refugiarse de ella, sino sentirla en todo su poder y crudeza. No debería abandonar la habitación, se decía. Sería algo irracional, dirían muchos. Pero, para ella, no había mayor estado de sinrazón que el que ya sufría allí confinada. ¿Era mejor morir por la mano de Dios, al aire libre, si eso debía ocurrir, que enloquecer entre esas cuatro paredes, esperando a que algunas gentes, en una tierra lejana, se dignaran a ir a buscarla cuando les viniera en gana?

Sin importarle sus antiguos miedos, salió de la estancia, atravesó el claustro y la iglesia, y entreabrió la puerta del templo, asomándose al exterior. Al momento, el envite de una gran corriente de aire húmedo estuvo a poco de tirarla al suelo. Haciendo acopio de fuerzas y desterrando los últimos temores, abandonó el convento, caminando lentamente junto a sus muros, hasta llegar a un prado en lo alto de una colina. Llegó entonces la lluvia, con tanta fuerza como podía esperarse, y los truenos aumentaron en cantidad. La manceba comprobó que cada vez transcurría menos tiempo entre el rayo y el estrépito que le seguía, y, con todas sus fuerzas, como para exorcizar algún demonio interior, gritó al escuchar uno que pareció caer a no más de un cuarto de legua. Su agudo chillido quedó enmudecido por el trueno, de modo que nadie pudo ni hubiera podido diferenciarlo con claridad, aunque estuviera en las cercanías.

—¡Vamos! —gritó, mirando al cielo, con el pelo, rostro y ropa empapados.

Y el cielo no tardó en complacerla, descargando un nuevo rayo, esta vez en una arboleda cercana. Al sentir cómo ese relámpago recorría el firmamento, doña María volvió a chillar desde lo más hondo, sin pensar, ni puede que importarle, si uno de esos dedos de fuego le alcanzaba. Así continuó hasta el anochecer, gritando junto a la tormenta, desfogándose y liberando en parte los males que llevaba dentro.

Esa noche, la doncella durmió con gran placidez y hasta bien entrada la mañana. Las monjas le consentían ausentarse de los rezos y comidas, levantándose más allá de la hora Tercia. Privilegios que, como prometió su aya doña Teresa, eran pagados con puntual generosidad. El rencor que sentía por las palabras de Mahai parecía haber sido limpiado también por la tempestad, acercándose a hablar con ella de nuevo tras la cena.

—Sois muy valiente, doña María —dijo la reclusa, al percibir esos solitarios y familiares pasos—. A vuestros años y, aún con más edad, me espantaban las tormentas.

—A mí también... hasta ayer. ¿Me viste?

—Era difícil no ver una mancha blanca en un prado verde bajo un cielo gris. ¿Cómo se ha obrado ese cambio en vos?

—Supongo que... como se pierde todo temor... perdiendo todo apego.

—¿Queréis decir que no os importaba ser fulminada por un rayo?

—No en ese momento. Supongo... que fue una estupidez.

—No todos los actos de nuestra vida pueden ni tal vez deban regirse por la razón ¿Qué os ocurrió para no desear seguir viviendo?

—Unos niños fueron crueles conmigo... Dijiste que debía compadecerme de ellos, y lo intenté, pero no tienen modales ni saben nada de cortesía. Puede que las privaciones que sufren sean el germen de su mala voluntad y envidia.

—¿Y qué os dijeron que fue tan grave?

—Que mi esposo sería un hombre rico, pero deforme o lisiado. Y se rieron y burlaron imaginándose eso.

—Comprendo que eso os conmueva, pero hasta ahora parecía no importaros el aspecto ni porte de aquel con el que ibais a desposaros, solamente su condición de noble...

—Yo... suponía que todo richombre es...

—¿Galante y apuesto? ¿Alguien a quien amar sin medida y que al tomaros por esposa seríais la más dichosa del mundo y envidia de todas las damas de la Corte?

—Sí... —reconoció doña María.

—Realmente, ni vos ni ellas podréis elegir esposo. Los villanos casan siempre con los que conocen desde la niñez, y los reyes, con aquellas infantas o hijas de duques o condes con los que conviene crear o reforzar alianzas. Vuestro esposo, se halle donde se halle, tampoco es libre de



elegiros a vos, como vos no lo sois de elegirlo a él, y puede que su corazón albergue las mismas dudas que el vuestro, aunque ambos sepáis que no es el amor, sino la necesidad, la que sellará vuestra unión.

—Sí, eso lo sé bien.

—Sea quien sea, seguro que será bien parecido, y como se hace con todo mancebo de alta alcurnia, habrán procurado que desde su niñez tome buenos alimentos y en su justa medida, sin beber en exceso ni comer carne a diario. Será galante en el vestir y cortés en el trato, y, cuando os vea, le embargará el gozo, pues vos también cumplís con esas condiciones.

—Si continuara en mi tierra sé que podría ser mejor dama y conocer bien mis deberes como esposa... pero aquí, ya sea estando sola o en compañía, vienen a mí muchos malos pensamientos.

—¿Como los que os incitaron a acudir bajo la tormenta?

—Sí...

—Yo diría que parecíais aliviada al regresar al convento empapada y manchada de barro hasta los tobillos...

—Sentí alivio, pero también placer, al ver ese poder tan pavoroso. Un poder superior al de cualquier rey o ingenio que el hombre pueda concebir. Un poder que despoja de arrogancia y muestra lo vulnerable de nuestro ser. Me sosegó comprobar que, más allá de leyes, prisiones o tormentos, hay algo terrenal que puede someter a cuantos hombres malvados se hallan en este mundo.

A Mahai le entristeció escuchar esas palabras llenas de deseo de venganza.

—Doña María... cuando habláis así, veo que me equivoqué al decir que en vuestra doctrina necesitabais a héroes y monstruos. Creo que, por desgracia, el corazón os demanda a héroes que se comporten como monstruos. Pero no temáis, es el ímpetu de vuestra mocedad el que os empuja a tener esas malas ansias. Y es la labor de cuantos os rodeamos, poner en ello algún buen remedio.

—¿Y qué remedio puedes poner encerrada ahí? Lo que me aguarda no se resuelve leyendo un libro o escuchando un poema.

—Los mayores males de la humanidad se han resuelto con palabras pronunciadas al viento y otras escritas en pergamino. Y no veo en vos mal alguno del que no podamos librarnos por esos medios. Si os place escucharme, os contaré ahora el cantar más antiguo que conozco. Es una historia de amor trágico surgido del puro azar, no como el que nobles o villanos se profesan.

—Sí —contestó sin vacilar doña María, acomodándose en el banco, deseosa de oír el relato.

—«Este que vais a escuchar, señora, es un hermoso cuento de amor y muerte. Se trata de la historia de Tristán y la reina Iseo. Escuchad

cómo, entre grandes alegrías y penas, se amaron y murieron el mismo día; él por ella y ella por él. El relato de su amor se ha extendido por la salvaje Escocia hasta el muro de Adriano; resuenan sus ecos en las riberas del Sena, el Rin y el Danubio; apasiona a Inglaterra, Normandía y Francia; y su recuerdo perdurará mientras el mundo exista. Y aunque el tiempo destructor, que no perdona vidas ni ninguna otra cosa humana, ha destruido más de un pliego en el que buenos trovadores de antaño se esforzaron por honrar esta obra, muchos continúan narrando sus aventuras para que pervivan en la memoria de las gentes.

Hace muchos años, reinaba en Cornualles un poderoso rey llamado Marco, el cual debía hacer frente a las invasiones de sus vecinos que, de continuo, penetraban en sus dominios, devastando la tierra. Rivalín, señor de Leonís, al conocer este hecho, acude en su ayuda, sirviéndole con su espada y consejo como el vasallo más leal, ya que desea conquistar a la bella hermana del rey, llamada Blancaflor. Cuando al fin se logra la paz, el rey Marco se la entrega como recompensa.

Las bodas se celebran en la Corte de Tintagel, regresando los jóvenes esposos a Leonís. Pero el solaz del que disfrutaban es efímero. No ha transcurrido un año de su unión, cuando llegan malas nuevas a Rivalín. Un viejo enemigo, el duque Morgan, se ha revelado y saquea villas y ciudades. El rey hace público un bando, reúne sus huestes y, dejando a la reina encinta en manos de su mariscal Roald, marcha a luchar a los confines de su Reino.

La guerra es dura y, aunque logra causar grandes pérdidas al duque Morgan, en uno de los combates, el soberano Rivalín muere.

La reina Blancaflor aguarda su regreso semanas y meses. No pudiendo los suyos ocultarle la verdad por más tiempo, le confiesan la trágica noticia. Ni una lágrima escapa de sus ojos, ni un grito, ni un lamento, pero sus miembros se tornan débiles. Parece que su alma quisiera arrancarse de su cuerpo. Durante tres días espera reunirse con su señor y entregar el alma a Dios. Al cuarto, da a luz a un niño varón.

—Hijo, ¡cuánto he deseado verte! ¡Eres la más hermosa criatura que nunca mujer llevó en su vientre! —clama ella—. Triste te he traído al mundo. Triste es la primera celebración que puedo hacerte. Por ti, siento tristeza de morir. Y como has llegado al mundo en medio de la tristeza, tu nombre será Tristán.

Mientras dice esas palabras, lo besa. Poco después, la reina muere. Roald recoge al huérfano y lo entrega a una dama noble que es viuda, para que lo amamante y críe.

Quando el infante cumple los siete años y no necesita cuidados de mujeres, Roald confía su educación a Governal, que se convierte en su ayo y maestro. Tristán aprende a leer y escribir, y, en poco tiempo, las artes que un caballero debe saber, alcanzando en todo ello una

perfección sin igual. Es fuerte en la carrera y el salto; diestro nadador y jinete, en el tiro con arco, el manejo de la espada, la lanza y el escudo; experto en la cetrería; concedor infalible de caballos y templados aceros; inspirado cantor y tañedor de variados instrumentos musicales. Al llegar a los quince años, Tristán ya es un perfecto doncel, y su ayo le dice que debe partir a tierras lejanas y probar su valía en Corte extranjera.

—Maestro —dice Tristán—, diríase que habéis observado en mi corazón. Desearía ir a Cornualles, donde mi padre fue a buscar esposa, según me habéis contado.

Sin tardanza, inician los preparativos para su marcha. Hierran rocines y acémilas, y Roald, con gran pesar, bendice a Tristán, entregándole un buen palafrén y una valiosa silla. Seis donceles de su edad, un cocinero y dos mozos de cuadra, van con él.

Largo tiempo cabalgan, atravesando bosques y vadeando ríos, hasta descubrir el mar en lontananza. Dos días y dos noches más tarde, ven, sobre un acantilado, reluciendo como metal bruñido, los muros de la Corte de Tintagel.

Tristán se presenta ante su tío, el rey Marco, ofreciendo ser su vasallo, pero no revela su origen, sino que se basta de sus habilidades en la caza, el canto o el tañer de instrumentos, para ganarse, con el tiempo, la confianza y el favor del monarca. Llegado el momento, Tristán es armado caballero.

Pronto tiene Tristán ocasión de mostrar su valía, pues en ese tiempo, Cornualles debe pagar cada cinco años a Irlanda un deshonoroso tributo: trescientas doncellas y otros tantos mancebos. Todos de quince años. El navío de Morholt, un guerrero gigantesco, hermano de la reina de Irlanda, atraca en el puerto de Tintagel, reclamando en nombre de su rey elpreciado e injusto botín.

—Rey Marco. Señor —dice el gigante—. El rey Gormond de Irlanda me envía a recoger el tributo que cada lustro debéis satisfacer. En el plazo de dos días reuniréis los trescientos jóvenes y las trescientas doncellas, que embarcarán en mi nave para llevarlos como siervos a Irlanda. Si alguno de tus barones, de igual nobleza que yo, osa negarme este tributo contra todo derecho y justicia, yo lo desafío a luchar conmigo en la isla de San Sansón, a pocas leguas de aquí.

Los cornualleses enmudecen de espanto, cabizbajos y avergonzados; nadie se atreve a cruzar sus armas con aquel poderoso gigante. Pero Tristán sorprende a todos en la Corte ofreciéndose a luchar contra él. Y ambos, cada uno en una barca, bogan hasta la cercana isla de San Sansón. En el duelo, Tristán derrota a Morholt, hundiéndole la espada en el cráneo, pero el gigante, antes de morir, le alcanza en la cadera con su venablo, cuya hoja está emponzoñada de veneno. Herido y agotado, aún tiene fuerzas Tristán para subir a su barca, quedando a la deriva

durante siete días. Pero las mareas no le conducen de regreso a Cornualles, sino a la costa de Irlanda. En los dominios de su enemigo, niega su identidad, haciéndose pasar por un juglar de nombre Tantris, que ha naufragado tras haber sido su nave atacada por piratas. La hija del rey Gormond, la princesa Iseo, cuida y sana a Tristán, ya que conoce la preparación de ungüentos y pócimas, y las virtudes de las hierbas medicinales por enseñanza de su madre, que era experta en venenos y remedios. La joven Iseo es manceba de piel clara y cabello rubio, y se puede decir que ambos estaban predestinados a encontrarse, pero no quiere el amor surgir en esa ocasión, regresando Tristán a Cornualles una vez se repone.

En la Corte del rey Marco es recibido con gran júbilo por todos, menos por tres barones, celosos de su fama y honores, que no tardan en atribuir su triunfo y prodigiosa curación a poderes diabólicos. Los calumniadores, conscientes de que su monarca es soltero y no cuenta con hijos, temen que, algún día, Tristán herede la corona, por lo que comienzan a acuciar al rey para que tome esposa.

Sin saber a quién elegir, una mañana llega al soberano una golondrina que deja caer en su ventana un cabello rubio. Comprendiendo el rey que es una señal divina, proclama que solo casará con la doncella a quien pertenezca el mechón. Tristán sabe que el cabello no puede ser de otra más que de la joven Iseo, por lo que parte en su busca con buen número de hombres de armas.

Una vez en Irlanda, pide al rey la mano de Iseo para su soberano.

—Señores —habla Tristán a la asamblea de barones del rey Gormond—, a fin de que los reinos de Cornualles e Irlanda olviden sus viejas rencillas y gocen de paz y armonía, el rey Marco, mi señor, tomará por esposa a la rubia Iseo. Todos los príncipes y barones de Cornualles le rendirán homenaje y la servirán como reina y señora. Estos cien caballeros que me han acompañado están dispuestos a jurar sobre las reliquias sagradas, que el rey Marco os pide paz y tomará a Iseo como su mujer desposada.

El rey Gormond acepta la petición, celebrándose grandes festejos.

Se hacen los preparativos necesarios para la partida de Iseo, equípandose una nave y disponiendo baúles con ricos vestidos y joyas preciosas como ajuar de la novia. Pero la madre de Iseo, sabiendo lo difícil que es que el amor surja entre su hija y el rey Marco, y dé buenos frutos, prepara un filtro de amor.

—Brangel —dice la reina a su fiel sirvienta—, acompañarás a mi hija a Cornualles y le servirás con amor y lealtad. Toma este frasco y guárdalo celosamente. Es un vino herbolado que he preparado con mis propias manos. Cuando llegue la noche de bodas y los esposos estén en su lecho, vierte su contenido en una copa y ofrécela al rey Marco y a Iseo.

En cuanto lo beban juntos, ambos se amarán de suerte que nadie podrá sembrar la discordia entre ellos. Durante tres años no podrán vivir separados sin enfermar, y pasado ese tiempo, seguirán amándose hasta la muerte.

Brangel toma el elixir y promete a su señora cumplir fielmente su voluntad.

Llegado el momento de partir, la princesa Iseo embarca seguida por la doncella Brangel y el paje Perinís. Muchas jóvenes, hijas de nobles, la acompañan. Multitud de caballeros, damas y escuderos se congregan para despedirla. No hay mujer que no llora al verla marchar, pues todas la aman por su cortesía y belleza. Iseo se despide de sus padres y sonrío tristemente al abandonar Irlanda.

A medida que el viento hincha las velas y el navío se aleja de la costa, aumentan en Iseo sombríos pensamientos. “¿Qué destino me aguarda en esa tierra extraña, donde siempre han odiado a los irlandeses?”, dice en su interior. “¡Maldito sea este mar que me lleva hacia Cornualles! ¡Mejor querría estar muerta en mi país que reinar allí!”.

Sabedor de sus cuitas, Tristán se desvela por reconfortarla, pero sus esfuerzos son inútiles. La princesa se muestra esquiva y rencorosa.

—¡Dejadme! —grita ella—. ¡Por mis cuidados atravesasteis este mar de regreso a Cornualles! ¡Por vuestra culpa sufro ahora penas! ¡Me lleváis prisionera en esta nave que me conduce a un reino enemigo! ¡¿Quién diría cuántas tristezas y tribulaciones me aguardan allí, lejos de los míos?!

—Bella Iseo —responde Tristán—. Mi regreso a Irlanda no os acarreará penas y tristezas, sino honores y gozo. En Cornualles seréis una reina poderosa y amada; en Irlanda, solo podríais casar con un duque o barón.

Con esas y otras muchas razones se afana Tristán en intentar aplacar el odio y resentimiento que, hacia él, siente la rubia Iseo.

La nave prosigue su rumbo. El sol entra en Cáncer. Es la víspera de San Juan, y un calor sofocante se apodera del mar. El viento cesa, las velas cuelgan del mástil y la nave se detiene. Tras comer, todos los marinos, caballeros, hombres y mujeres se tumban a dormir la siesta, somnolientos por el ardor del aire. Tristán procura consolar a Iseo entonando dulces canciones y tocando su arpa, pero tal es el calor, que comienzan a sentir sed. Iseo envía a una de sus criadas a buscar bebida, y ella, a su vez, acude a Brangel, que dormita echada sobre una estera. La doncella, cuando se le requiere el vino, baja a la bodega, llena a tientas una copa con una botella al azar, y se la ofrece a Tristán, que bebe la mitad. Después, da la otra mitad para que la beba Iseo. Esa copa, como adivinarás, contiene el filtro amoroso entregado por la reina. Por la desidia y error de Brangel, los jóvenes beben la pasión, la perdición y la

muerte. Al instante, Tristán e Iseo se miran extrañados. Es como si el vino, al recorrer sus venas, mudara sus corazones y pensamientos. Asoman en el rostro de la princesa la emoción y el temor, disipándose el rencor. Iseo palidece y pierde el color, confesándose a sí misma prisionera del amor, tanto, que ese sentimiento le causa amargo malestar. Se inclina hacia Tristán y apoya en él sus brazos. Él la abraza igualmente, sin apretarla ni mucho ni poco, tal como se hace con alguien a quien se conoce, temeroso de saber si en Iseo ha prendido el amor como en él, y, de ser así, si lo aceptará o rechazará. Iseo no puede comprender el origen de su aflicción y repentina pasión, y habla con franqueza:

—¡Ah! ¡Tristán! Todo lo que veo me atormenta: este cielo, el mar, mi cuerpo y mi vida.

—¿Qué es lo que os atormenta?

—El amor que siento por vos.

Entonces, Tristán posa sus labios sobre los de Iseo.

—Vos me habéis hecho perder los sentidos y olvidar mis proezas — dice él—. Todo eso es nada estando a vuestro lado.

Los días posteriores, los amantes intercambian muestras de afecto y hablan de su felicidad entre caricias y abrazos. En privado, disfrutaban los enamorados de su dicha, alegría y gozos, tanto de día como de noche, siempre que pueden. Pero su aventura termina al divisar la costa de Tintagel. Todos están alegres y contentos, excepto Tristán, el enamorado que, si por su deseo fuera, no arribaría durante mucho tiempo, prefiriendo seguir amando a Iseo en la mar, entregados ambos al deleite».

Doña María atendía el relato como si se hallara en un salón o en su propia alcoba. No le preocupaba que otros oídos pudieran estar escuchando eso mismo. Solo se sumergió en esa historia, costándole entender tal desmedida pasión, sorprendiéndose cuando, a pesar de sus actos, Iseo se desposó con el rey Marco. No supo qué pensar al escuchar que los dos amantes continuaron viéndose a escondidas, y poco le extrañó que fueran descubiertos merced a una estratagema urdida por los tres barones y, ambos, condenados a muerte.

—«El rey Marco ordena hacer un foso y llenarlo con sarmientos, espigas y raíces. Los pregoneros anuncian que todos deben acudir al palacio. Reunidos los cornualleses, el soberano dice que quiere quemar en la hoguera a su sobrino y esposa. Entre muestras de tristeza y ruegos de perdón, el rey manda que enciendan el fuego y lleven allí a Tristán. Quiere verlo arder a él primero. Tristán llora de vergüenza, pero no sirve para nada. Iseo llora también, casi loca de desesperación.

En el camino por el que pasan, Tristán ve una capilla construida sobre el mar, al borde de un peñasco. Más allá de la parte del coro, solo hay acantilado. Si una ardilla saltara por alguna de sus ventanas de cristal púrpura, moriría sin duda.

—Señores, mi fin se acerca —dice Tristán a sus guardianes—. Dejarme entrar en esta capilla. Deseo rogar a Dios que se apiade de mí, pues mucho he pecado. Ved que este templo solo tiene una puerta y cada uno de vosotros blande una espada. No puedo huir ni tengo forma de salir más que pasando ante vosotros. Cuando acabe de rezar a Dios, regresaré a vuestro lado.

Viendo que es sensato lo que pide, le quitan las ataduras y dejan entrar en la capilla. No pierde el tiempo Tristán que, por detrás del altar, abre la ventana, y salta con agilidad. El viento hincha sus ropas, impidiendo que caiga pesadamente, y la blanda arena atenúa su caída. Dios se compadece de él.

Los guardias esperan fuera en vano. La muchedumbre reza, y, desde la ciudad, el maestro Govenal galopa hacia la orilla con las armas y el caballo de Tristán. Si lo descubrieran, le quemarían a él en vez de a su señor, pero tanto le ama que no quiere abandonarlo. Cuando el sobrino del rey ve a su ayo, se llena de júbilo.

—Maestro, gracias a Dios he podido escapar, y ahora estoy aquí. ¡Ay, desgraciado de mí! ¿Qué me importa? Si no tengo a Iseo, nada más cuenta. ¡Desdichado! ¿Por qué no me he matado en el salto que acabo de dar? Yo he escapado y a Iseo la quemarán. Para nada he escapado. Si ella muere en la hoguera por mi causa, moriré.

—Por Dios, buen señor, calmaos, no os desesperéis —dice Govenal, entregándole su espada, loriga y yelmo—. Si queman viva a Iseo, tendréis muy buena ayuda para vengarla, y yo no dormiré en ninguna buena casa hasta que los tres malditos traidores por los que ella ha sido condenada, hayan muerto.

—Bien está, maestro. Ahora, salvo a Dios, no temo nada. Debo llegar a la hoguera. Preferiría ser descuartizado que dejar vivir a los que la tienen prisionera.

—No os apresuréis. No veo qué podéis hacer. El rey está tan enojado que ha pregonado un bando contra vos. A todos los burgueses de la ciudad ha ordenado que os hagan prisionero, y si alguno intentara ayudaros, lo hará ahorcar. Y todos se quieren más a sí mismos que a vos.

Tristán llora con gran pena por ver que nada está en su mano para evitar el final de su amante.

Iseo es conducida a la hoguera en la que ya arden los espinos. Los de Cornualles se estremecen al ver a su señora con las muñecas atadas, tan fuertemente, que hasta tiene los dedos ensangrentados. Las lágrimas se deslizan por sus mejillas sin parar. Quien contemplara su cuerpo y su rostro sin compadecerse de ella, tendría demasiada maldad en su corazón.

Pero cuando ya la acercan a la hoguera y su fin parece inevitable, llega al lugar un leproso llamado Iván, seguido por cien compañeros

suyos que padecen ese mismo mal. Nunca se han visto seres más deformes, contrahechos y repugnantes. Llevan muletas, bastones y unas tablillas, como ataño a quienes padecen tan horrible enfermedad.

—Señor —dice el leproso al rey—, habéis elegido la hoguera para ajusticiar a vuestra mujer. Es cierto que el suplicio es terrible, pero de corta duración. Pronto el fuego consumirá su cuerpo y el viento esparcirá sus cenizas. Si quisierais escucharme, os propondré un castigo mucho más cruel por el que la reina vivirá una vida miserable y añorará la hoguera todos los días.

—Si es así —responde el rey—, y me muestras un castigo más terrible que el fuego, serás recompensado.

—Rey Marco, dadnos a Iseo. Dádnosla a los leprosos. Será nuestra mujer común. Nunca dama tendrá peor fin. Bajo estos andrajos que se nos pegan a la piel, arde en nosotros el deseo insatisfecho, pues no hay mujer que pueda soportar nuestro trato. Con vos, la reina vivía honrada y feliz, vestía ricas prendas y se adornaba con joyas preciosas, descansaba en habitaciones de fino mármol y asistía a delicados festines. Si nos la entregáis, compartirá nuestras sucias chozas, nuestras escudillas y jergones, y se alimentará de los restos que nos tiran a las puertas. Entonces, Iseo, la víbora, comprenderá la vileza de su conducta y lamentará no haber muerto en la hoguera.

El rey permanece meditabundo.

—¡Señor! ¡Piedad! —suplica la reina—. ¡Mejor quemadme que entregarme a esas gentes!»... Y ahora, doña María, es hora de que volváis a vuestra celda —dijo Mahai, para confusión de la manceba.

—¿Qué? No puedes parar ahora. Quiero saber qué le ocurrió a Iseo. Es el peor momento para dejar de contar la historia.

—Es el mejor momento. Este cantar, como cualquier labor que realicéis y a la que llevéis dedicada considerable tiempo, debéis interrumpirla cuando mejor os halléis. De ese modo, al pensar en retomarla, sentiréis bienestar y gran acicate en el ánimo. Por el contrario, si abandonáis una tarea a medio hacer por hastío o por una dificultad que parece insalvable, vuestra mente se mostrará reacia y con desasosiego para enfrentarla de nuevo.

—Pero no es justo...

—Doña María. Tanto vos como yo tenemos mucho tiempo aún por delante para conversar. Cuanto antes lo comprendáis, más llevadera os resultará vuestra estancia aquí.

La del linaje de los Haro se resignó, retirándose frustrada.

Al salir de la iglesia, ya en el claustro, escuchó una voz recia que procuró sonar afable.

—Doña María —dijo la abadesa a sus espaldas.

—Madre —respondió la dama, volviéndose.



—Pasáis mucho tiempo hablando con la reclusa.

—Sí, es mujer entendida y creo que me aconseja bien.

—Ella no es quién para dedicarse a vuestra instrucción. No debe divertiros ni convertir su celda en una escuela. Abrid ahora vuestro corazón y contestadme con sinceridad y sin temor —pidió la religiosa, arrojándose ante doña María—. En las contadas ocasiones en las que hemos sido algo severas con vos, ¿os ha dicho que podíais acudir a ella buscando consuelo?

—No, madre...

—En vuestras conversaciones ¿os ha susurrado al oído palabras halagadoras? ¿Os ha hablado de la palidez de vuestro rostro, finura de vuestros brazos o suavidad de vuestra piel?

—No...

—¿No os ha acariciado o besado? ¿No os ha llamado, entre abrazos, hija o amada mía?

—No, madre. Nunca ha hecho esas cosas.

La abadesa se relajó, comenzando a caminar ambas por el claustro.

—Debéis comprender, doña María, que son muchos los peligros que hay en el mundo exterior. Huir de ellos es una de las razones por las que vos estáis aquí, y también, por la que hay mujeres que eligen la vida en clausura. Les impulsa a ese sacrificio voluntario el deseo de no ser vistas, de quedar muertas para el mundo y sepultadas con Cristo. Pero, aún encerradas corporalmente entre cuatro paredes, algunas dan rienda suelta a su lengua e imaginación, para distraerse e incluso deleitarse con deseos impúdicos. Apenas encontraréis entre las reclusas de nuestro tiempo, una que permanezca en silencio y soledad, siendo incapaces de poner mordaza a su boca. A menudo, suelen acudir a sus ventanas mujercuelas charlatanas, vendedoras de nuevas y sembradoras de rumores, que las entretienen con conversaciones de amoríos, alimentando su imaginación con habladurías y calumnias. Describen el cuerpo, atractivos y carácter de este u otro monje o clérigo, o un hombre cualquiera, narrando con vivo colorido las astucias de las casadas para engañar a sus maridos y satisfacer así su voluptuosidad, fomentando la lascivia en las jóvenes o la libertad en las viudas, que ya creen lícita toda complacencia de sus caprichos. Y, al final, cuando por necesidad deben retirarse, el dulce veneno les ha invadido hasta las entrañas, y la desdichada reclusa se ve saturada de placeres. Entonces, revuelve en su corazón las imágenes impresas por el oído, para inflamarse aún más con el desfile de sus recuerdos, hasta que, presa de sus pasiones, se queda a merced del demonio, porque ya, con todo descaro, comienza a ver la manera, no solo de excitar, sino de saciar su voluptuosidad, buscando los medios apropiados en cuanto al tiempo, lugar y persona, para poder satisfacer el deseo que siente. De esta manera, la celda se convierte en

prostíbulo; la lascivia empaña su santa morada, y queda ofendido el nombre de Dios y su género de vida. Y, ensanchando como sea la entrada, o bien se escapa la reclusa, o entran dentro el lascivo y el adúltero. Cuántos hombres y mujeres son víctimas en nuestros días de tamaña desgracia, como se ha comprobado frecuentemente.

—Madre —titubeó doña María, que no había entendido prácticamente nada de lo dicho por la religiosa—... Os aseguro que del único hombre del que me ha hablado Mahai, es de Jesucristo. Él es el único al que desea amar y servir.

—Muchas palabras solo enmascaran otras, y las cosas que nos repugnan cuando las vemos u oímos, se tornan halagadoras al pensar en ellas. No es aconsejable que estéis tanto en presencia de Mahai ni converséis con ella. Una reclusa solo debería hablar con sus sirvientas y confesor. Es menester que seáis honesta y moderada, y no la importunéis. La honestidad es el ornato de todos nuestros actos y palabras, doña María. La honestidad es la que modera la lengua, aquieta la ira y la lujuria, y evita los pleitos. Si la honestidad y la moderación son propias de las gentes honradas, mucho más deben corresponder a una mujer, y, más todavía, como es el caso de ambas, a una virgen y una reclusa. Debéis conservar la serenidad de espíritu y la paz de corazón.

—Eso pretendo, madre... pero es conversar con ella lo que me ayuda a lograrlo.

—Pero no habláis de cosas de la vida presente o de la salvación del alma. Os he escuchado. Os narra amoríos y el modo en que doncellas se arrojan libidinosamente y sin vergüenza a la fornicación, corrompiéndose y perdiendo la virginidad por lujuria. No os entregáis a la lectura de los Evangelios ni a los trabajos manuales, y mucho menos a la oración, sino al ocio. Y la ociosidad es enemiga del alma y madre de todos los vicios; provoca divagaciones, causa pereza y engendra la tristeza; siembra los peores pensamientos, despierta los afectos ilícitos y suscita los deseos deshonestos. El ocio causa el hastío de la soledad y hace la celda insoportable.

—La soledad en mi celda es lo que me resulta insoportable, madre. A menudo tengo malos pensamientos...

La abadesa se detuvo y acuclilló de nuevo ante doña María.

—Malos pensamientos... ¿con mancebos de vuestra edad?

—Con algunos niños de la ciudad... y también con niñas...

—Oh, doña María —dijo la religiosa, cubriéndose la cara con las manos—. No hay peor infamia que el crimen detestable por el que el hombre apetece a otro hombre, o la mujer a otra mujer... ¿Solo habéis tenido malos pensamientos o también habéis pecado con vuestro cuerpo?

—Solo de pensamiento, madre, pero me hubiera gustado que esos deseos se cumplieran...

—¡No, doña María! ¡Frenad vuestra lengua! —La del linaje de los Haro quedó perpleja y asustada, sintiendo que se aferraban con fuerza a sus brazos las manos de la abadesa—. Oídme bien, cuando sintáis alguna excitación o despertéis sobresaltada, o irrumpen en vuestros sueños visiones contra la serenidad de vuestro pudor, sugiriéndoos placeres carnales, debéis pedir a Dios, como virgen que sois, que su gracia os haga fácil lo que resulta casi imposible a la naturaleza de los jóvenes. Nada es tan eficaz para eliminar los pensamientos ociosos y reprimir los obscenos, como la meditación de la palabra de Dios. Recordad siempre lo precioso que es el tesoro que lleváis dentro de un cuerpo tan frágil. Cuidadlo con la máxima diligencia y temor, pues si lo perdéis, ya no podréis recuperarlo nunca. Pensad en la recompensa y en la gloria. No hay mayor corona con la que mostraros ante el que deba ser vuestro esposo, que la que os proporciona la virginidad.

—Pero yo no pienso en ellos de forma placentera. Al contrario. Me gustaría poder castigarlos por cómo se portan conmigo.

—Entonces, ¿no os imagináis pecando con ellos? También sin el contacto carnal puede corromperse y violarse la virginidad, cuando el ardor de la violenta pasión que abrasa la carne se apodera de la voluntad e inflama los miembros...

—Hay cosas que he imaginado, que sin duda son pecado por desearles gran mal y daño.

—Pero ¿nada que comprometa vuestra virtud?

—Nada más que eso, madre... ¿Eso no compromete mi virtud?

La religiosa se incorporó serena, por ver que la doncella que tenía a su cargo continuaba conservando la candidez.

—Confesaros mañana y se os impondrá la penitencia debida.

—Sí, madre —respondió la dama, también aliviada.

—Doña María... no puedo impedirlos que habléis con Mahai, pero si lo hacéis, renegad siempre de escuchar algo que perturbe aun levemente la paz de la castidad, y estad segura de que os abandonará la gracia si proferís una sola palabra poco honesta. Ahora volved a vuestra celda, rezad y acostaos, y encomendad a Dios la salvaguarda de vuestra inocencia.

—Sí, madre...

La del linaje de los Haro obedeció solícita. Aunque el convento hubiera estado en llamas, no se habría atrevido a desviarse ni un palmo del camino que separaba el claustro de su estancia. Rezó con fervor y se metió en el lecho, pero si ya antes temía no poder conciliar el sueño pensando en el destino de la reina Iseo, ahora sentía un terror aún mayor. Tanto, que al poco de acostarse salió de su celda y acudió a la de sus sirvientas.

—Oneka —dijo doña María, zarandeándola hasta despertarla.

—Mi señora... ¿os encontraréis bien? —respondió Oneka, adormecida.

—Tengo algo que encomendarte.

—¿En qué puedo servirlos a estas horas?

—Quiero que vigiles la puerta de mi celda...

—¿Teméis algo?

—Temo perder mi virginidad.

—Pero ¿qué decís? —preguntó alarmada la sirvienta, arrodillándose frente a doña María—. Sois muy pequeña de edad para temer por eso. ¿Alguien os está importunando? Si es así, debéis decírmelo, pues hombre tan malvado no puede andar por ahí libremente.

—No... Solo quiero asegurarme de que no la pierdo mientras duermo. La abadesa me ha dicho que, si se pierde, nunca puede recuperarse. Quiero que te asegures de que nadie entre y me la robe.

—Descuidad, doña María. Ese es uno de los mayores desvelos para cualquiera que sirve a una doncella. Me aseguraré de que nadie robe vuestra virginidad.

—Gracias, Oneka —respondió la manceba, retirándose.

Ni doña María ni su sirvienta durmieron demasiado aquella noche, pero no fue ese el motivo por el que la del linaje de los Haro llegó malhumorada a hablar con Mahai tras los rezos y lecciones de la mañana.

—¿Habéis venido para que os cuente qué es lo que le ocurrió a Iseo? —preguntó la reclusa.

—No. No quiero oír hablar de héroes, y menos aún de héroes que se comportan como monstruos. Tal vez los monstruos sean quienes deberían vencer.

—¿Por qué habláis así?

—Hoy mi maestro me ha hablado del mito de Perseo.

—Uno de los mayores héroes antiguos. ¿Qué es lo que os desagrada de él?

—Mató a Medusa sin pensarlo dos veces.

—Ese era su deber. Así se lo ordenó Atenea.

—Pero Medusa no merecía morir. Lo que le ocurrió fue injusto.

—¿Injusto?

—Medusa era la más hermosa de las tres Gorgonas. Por su belleza fue violada por Poseidón en el templo de Atenea. Furiosa e impotente por ello, Atenea la convirtió en un monstruo, y Afrodita, celosa, mudó su cabello por serpientes. Después, Perseo le cortó la cabeza. Es injusto. Poseidón es quien debería haber sido castigado, pero...

—Pero él es un dios. No se le puede castigar.

—No, de modo que se castigó al débil... a quien fue la víctima. Y su muerte se narra como un acto heroico de Perseo.

—Si os sirve de consuelo, ni Perseo ni otros semidioses, como Hércules, existieron en realidad. Pocos héroes encontrareis en esos mitos que sean un dechado de rectitud y no se enfrenten o den muerte a criaturas grotescas pero inocentes o que hayan sido maldecidas por los dioses. En muchos casos, no importan las acciones de los héroes, solo el fin a lograr.

—Entonces no deberían ser llamados héroes.

—Los héroes persiguen un gran bien común. No actúan movidos por la gloria, la avaricia o la venganza.

—Aquiles, sí. Él solo buscaba la gloria de su nombre.

—Tampoco Aquiles fue real...

—¿Y dónde están los héroes reales? Todos los que he conocido cercanos a ser considerados grandes hombres, han hecho cosas terribles cada vez que han tenido ocasión. No he conocido a ningún héroe, y si son como los de los mitos, tampoco los quiero...

—Recuerdo que un sabio dijo: «Pobre de la nación que necesite héroes».

—No te comprendo...

—Los pueblos exaltan a los héroes para ocultar su propia cobardía; tal y como los de Cornualles alabaron a Tristán por derrotar a Morholt, para no recordar que ninguno de ellos ni sus antepasados se atrevió a hacerle frente. Gustamos de alzar la mirada y contemplar con orgullo estatuas de héroes talladas en piedra sobre pedestales de mármol, para no mirar en nuestro interior ni a los que nos rodean. Rendimos honores a aquellos que descansan en ornados panteones, mientras procuramos no ver a nuestro paso a los cientos que reposan en nichos vulgares, que nunca se atrevieron a alzar su mano contra los tiranos. Glorificamos a uno que hace tiempo hizo algo loable, pero no nos preguntamos dónde estaban los miles que no hicieron nada, ni, desde entonces, nada han hecho hasta ahora. Una nación en la que cada uno de sus ciudadanos hubiera hecho antaño, o estuviera dispuesto a hacer hoy, el mayor sacrificio en la defensa de sus derechos y libertades, no necesitaría exaltar a nadie que hubiera hecho eso mismo en algún momento del pasado o del presente.

—Pero recompensar el valor es algo loable y de bien agradecidos. Como los que se sacrifican más allá de lo que deben.

—¿Y por qué lo hacen si es más allá de lo que deben?

—No te comprendo.

—¿Quién decide cuánto tiene que sacrificarse uno u otro? ¿Si consideramos que el sacrificio es poco, se les castiga, y si pensamos que es mucho, se les recompensa? A saber, ¿no podríais consideraros, vos misma, una heroína?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por el modo en que soportáis este encierro a tan corta edad, siendo huérfana de padres y en una tierra que no es la vuestra.

—¿Desde cuándo los héroes son los que aceptan de buena gana las imposiciones de otros y, menos aún, un confinamiento como el mío? ¿Cuándo, hasta este tiempo, se ha llamado héroe al que obedece los designios de los poderosos, sin protestar, sin rebelarse y sin luchar, esperando paciente y sumiso a que se le diga que ya puede regresar a la vida que conocía?

—Habéis hablado bien. ¿No podríamos entonces considerar héroes al caballero y la dueña que os pusieron a salvo trayéndoos hasta aquí?

—Podría ser... pero ellos son mis vasallos. Era su deber...

—¿Y qué me decís del resto de vuestros vasallos? ¿Qué han hecho por vos? —Doña María no respondió—. ¿Lo veis? ¿Qué preferís pensar? ¿Que el caballero y la dueña son héroes que han realizado una gran proeza y, el resto, gentes corrientes que no podían emular su hazaña? ¿O que el caballero y la dueña son gentes corrientes que sencillamente han cumplido con su deber y, el resto de vuestros vasallos, cobardes que no se han atrevido a hacer lo propio?

—El resto... no tuvieron tiempo para hacer nada —dijo doña María, desconcertada—. Don Diego y doña Teresa me sacaron de Vizcaya tan raudamente que...

—Lo sé, señora. Tal vez vuestra marcha fue precipitada y de haber permanecido allí, todo habría sido diferente. Podríais haber sido protegida por todos y jurada su señora, llegado el día. Pero tal vez no, y ellos creyeron que no podían correr el riesgo. Pero ¿comprendéis ahora el porqué de la necesidad de los héroes?

—Sí... Para aliviar nuestra conciencia. Para creer que, si uno entre mil actúa con arrojo haciendo lo correcto, no es porque los demás no quieran, no sepan, o no se atrevan a hacerlo, sino porque no pueden. Porque el que lo hace, es especial. Eso descarga de culpas, vergüenza y remordimientos al resto.

—Así es.

—Entonces, los héroes... ni existen... ni han existido nunca.

—Ese es el tiempo y el mundo en el que nos ha tocado vivir, doña María. Un tiempo de descreimiento... Un mundo en el que no hay lugar para los héroes...

Mahai se retiró del postigo tras esas enigmáticas palabras. Y doña María comprendió que la conversación había terminado.

De regreso en su celda, la del linaje de los Haro volvió a meditar si en verdad su huida había sido acertada; si algún día podría regresar a Vizcaya, o, incluso, si debería hacerlo. No sabía si a su hipotético regreso encontraría una tierra de súbditos leales, o un lugar plagado de gentes que la tendrían por una extraña.

Y esos renovados y perniciosos pensamientos serían solo los primeros y puede que más inofensivos de los que la acosarían de ese día en adelante.

Varios hombres montados en mulas cruzaban el puente del río Arlanza, en la villa castellana de Lerma. Tras penetrar sus muros y cavas, recorrieron las calles hasta llegar a otra muralla, la que rodeaba un pequeño pero recio alcázar. Los guardas que les dieron el alto no tardaron en reconocer al que encabezaba la compañía, permitiéndoles la entrada casi de inmediato.

Una noble dama, de unos cuarenta años de edad, leía el *Libro de Apolonio*, cuando fue importunada por uno de sus sirvientes. El mozo, tras saludar y disculparse, le dijo que el recién llegado era don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel. La dueña se acercó a una ventana, pudiendo ver bien a tan ilustre señor entrar en el patio de armas. Sin prisa, bajó al salón para recibir a su huésped.

Cuando se encontraron, fue don Juan Manuel el primero en hablar.

—Suegra. Señora —dijo él, cortésmente—. Celebro ver que no habéis envejecido desde la última vez que os vi.

—Vos en cambio parecéis vuestro padre. Os hacía en Alfayates, en las bodas del rey don Alfonso.

—¿No es temprano para vuestros sarcasmos, doña Juana?

—Siempre es buen momento para el sarcasmo, pero temprana o tardía, toda hora es mala para estar en presencia de alguien desavenido con el rey —contestó ella, ofreciéndole asiento en su mesa.

—¿Y qué esperabais de mí? —preguntó irritado don Juan Manuel, sentándose pesadamente, despojándose de su capa—. Don Alfonso rompió el casamiento que había puesto con mi hija, doña Constanza y, mientras hablamos, se está desposando con la infanta doña María de Portugal.

—Pero antes de eso os partisteis de la frontera tras el asesinato de don Juan “el Tuerto”. Dejasteis esa tierra desamparada siendo su adelantado mayor. Al hacerlo, sin duda avivasteis sus sospechas de una conjura contra él. Ahora, negándoos a regresar a su servicio cuando se halla tan afincada la guerra contra los moros, no habréis hecho más que confirmárselas. Atended los pleitos que os hace para volver a su merced. Eso sería gran pro de todos.

—Es demasiado tarde, doña Juana. Cuando supe que repudiaba a mi hija, le envié mandaderos a Sevilla, diciéndole que me despedía y desnaturalizaba de él; por mí y por todos mis vasallos y los que me han de ayudar... Y envié otros mensajeros al rey de Granada, asegurándole que sería su amigo por los muchos desaguisados que he recibido de don Alfonso, y que, si le hacía guerra, yo le ayudaría en tal manera que sus moros cobren gran parte de la tierra castellana.

A doña Juana le poseyó un gran asombro al oír aquello.

—No quería creerlo. Pensaba que eran habladurías. ¿Buscasteis aliados con el mayor enemigo de la ley de Dios y de la cristiandad?

—Mandé decir que le daría certidumbre de eso, por cartas y homenajes cuales él quisiera.

—¿Y obtuvisteis respuesta?

—Sí. Me dijo que le placía la amistad que quería poner con él —don Juan se recostó, rememorando lo ocurrido—, y ambos comenzamos a hacer guerra a don Alfonso. Los moros, por la parte de la frontera; yo, desde mis lugares y castillos de los obispados de Cuenca y Sigüenza; y cada uno de los que son en mi ayuda, robando y causando males y daños en sus comarcas... Mientras don Alfonso estaba en Sevilla, yo fui con grandes gentes a las comarcas del arzobispado de Toledo. Quemé y destruí muchas aldeas; maté a muchos hombres; robé todo lo que hallé y caté la peor forma de deservir a don Alfonso y hacerle todo el mal que pude. También pedí por merced ayuda a los aragoneses. Por mis ruegos, ellos causaron esos mismos daños en tierras y lugares de don Alfonso cerca de Valencia.

A la dueña le costó continuar la conversación, preguntando tal vez algo banal.

—Por todos esos males, el rey ya os habrá tirado del oficio de adelantado mayor de la frontera.

—Desde luego, se lo ha dado al nuevo maestre de la Orden de Santiago, don Vasco Rodríguez.

—Y eso no es lo peor que os espera...

—No me subestiméis, doña Juana. Lo cierto es que don Alfonso me teme. Hace poco, el mismo Papa de Roma, nombró cardenal al obispo de Cartagena para que tratara nuestro pleito. Su Santidad sabe que soy muy gran señor del Reino y entiende que nuestra discordia dificulta la guerra contra los moros, pues sin mi ayuda, don Alfonso no puede hacer ninguna cosa. Tras hablar con el cardenal, el rey me envió sus mensajeros, diciéndome que no quería estar desavenido conmigo. Que podía ir sin querrela a su presencia y que me haría mucha merced y daría los más honrados oficios de la Corte y gran lugar en el Reino.

—¿Y vos le creísteis?

Varios sirvientes entraron en el salón, poniendo sobre la mesa, platos, copas, jarras con agua y vino, panes, y buenas y variadas viandas.

—No —prosiguió don Juan Manuel, llenando una copa con agua y bebiéndola de un trago—. Creo que su intención era darme muerte a traición, como hizo con don Juan “el Tuerto”. Así al menos me lo advirtió el prior de San Juan, don Fernán Rodríguez, con quien tengo gran amistad. Por ello, respondí a don Alfonso que no me vería con él de ninguna manera...

—¿Y qué hay de mi hija? —preguntó ella, inquieta—. ¿Está a salvo?



—No temáis por ella. Doña Blanca se halla a buen recaudo en mi castillo de Lorca. Le he encomendado su custodia al alcaide, uno de mis caballeros más leales.

Doña Juana se tranquilizó, aunque, en aquella tierra, nunca nadie podía tener la absoluta certeza de tener la vida a salvo. La dueña colocó un plato vacío a su derecha, y acercó el otro repleto de panes, que dejó a la izquierda.

—Enumeremos pues, las fuerzas de la balanza —dijo doña Juana—. Don Alfonso cuenta con tres poderosos privados: Garcilaso de la Vega, el conde Alvar Núñez de Osorio, y el judío don Yusuf de Écija. Estos señores reciben gran parte de las rentas de la tierra, parten los dineros y libramientos del rey, y cuentan con grandes haciendas y poder de gentes, caballeros y escuderos hijosdalgo.

—Y aun así no se tenían por bien pagados —la interrumpió don Juan Manuel—. De los tres que habéis nombrado ninguno permanece al servicio del rey, y solo uno conserva la vida. Don Alfonso ordenó matar a Alvar Núñez por advertencias de tres oficiales que tiene en el Consejo de su Casa.

—Pero se fiaba de él más que de ningún otro...

—Desde hacía tiempo le hablaban de los muchos males y estragos que causaba en ciudades y villas. Tomaba, además, para sí y para sus vasallos y criados, la mayor parte de la cuantía de maravedís de las rentas, no dando nada a los caballeros ni ricos hombres de sus mesnadas, quedando todos muy quejados. No hace ni un mes que un hombre del rey, un tal Ramiro Flores de Guzmán, lo mató mientras se hacía pasar por su vasallo. Y adivinad... Don Alfonso lo juzgó una vez muerto, tachándolo de traidor; después, quemó su cuerpo y se apoderó de todos sus lugares y alcázares, y del tesoro de oro, plata y dineros que tenía en el castillo de Tordehumos.

—¿Y el otro finado?

—Garcilaso de la Vega...

—De la Vega —repitió doña Juana, perpleja a la par que agrada— ... ¿Y cómo murió ese desgraciado?

—¿Creéis en los augurios, doña Juana? —Fue la sorprendente pregunta que realizó don Juan Manuel como respuesta.

—Sutil forma de llamar bruja a vuestra suegra. Los nigromantes hacen uso del consejo y ayuda de demonios para conocer lo que ha de llegar. Yo, a pesar de lo que podáis creer, no tengo tratos con demonios ni hago invocaciones.

—No es una chanza. Al igual que vos, yo no practico la adivinación, pero lo que le ocurrió a Garcilaso...

—¿Y qué le ocurrió?

Don Juan Manuel se sirvió una copa de vino y bebió la mitad antes de contestar.

—De la Vega era hombre que sí creía devotamente en los augurios, y siempre llevaba consigo hombres que sabían mucho de eso. Antes de salir de Córdoba hacia la comarca de Soria donde yo estaba, debió ver en algún agüero, que iba a morir en el camino, y junto a él, otros muchos. Con tanta certeza creyó en ese vaticinio, que envió a decir al rey que, ya que su muerte no se podía excusar, tuviera por cierto que moriría haciéndole gran servicio y honra. Cuando Garcilaso llegó a Soria, algunos caballeros y escuderos del lugar, hicieron correr el rumor de que había sido enviado con la orden de prenderlos, por lo que fueron a hablar con gentes de todas las aldeas de la comarca, ayuntándose contra él en la ciudad más de mil trescientos hombres de a caballo. Estando Garcilaso y sus vasallos oyendo misa en el monasterio de San Francisco, entraron armados los de Soria en la iglesia, matándolo a él y a uno de sus hijos, además de a todos sus caballeros y hasta a veintidós infanzones e hijosdalgo... ¿Sabéis lo que diría un católico de eso?

—Un católico diría lo mismo que cualquiera de otra confesión... que su muerte fue la voluntad de Dios.

—Lo que yo digo, es que Dios está con nosotros. Digo que Garcilaso ha sido castigado y juzgado por perpetrar el asesinato de don Juan “el Tuerto” y por tener tratos con demonios.

—¿De veras creéis eso?

—Él me ha hecho creer, señora. Un hombre que ve en los hados su propia muerte en un camino antes de enfrentar al enemigo... Eso no es una premonición, es una señal. La Providencia me ha librado de un gran rival y sus compañías merced a un sencillo malentendido. Dios confundió a los de Soria para que mataran a Garcilaso y no pudiera darme alcance.

—Puede que no sepáis esto, pero a Alfayates va a acudir Gonzalo García, consejero mayor del rey de Aragón, con poder cumplido para poner casamiento entre su señor y la hermana de don Alfonso, la infanta doña Leonor. —Don Juan Manuel no dijo nada, pero su rostro reflejó gran inquietud—. Así es... Las bodas se celebrarán en Tarazona. ¿Qué haréis ahora, yerno, que no podéis contar con la ayuda ni amparo de Portugal ni de Aragón, ambos aliados y amigos de don Alfonso? ¿Seguís creyendo que Dios está con vos?

—¿Tenéis eso por cierto?

—Vos sabéis de muertes y yo de casamientos.

—Si pensáis eso, os maravillará la razón por la que he venido a veros.

—Pocas cosas pueden maravillarme ya, pero, viniendo de vos, no apostaría lo contrario.

—Como sin duda sabréis, la hija de don Juan “el Tuerto”, doña María Díaz de Haro, se halla en Bayona, que es tierra del rey de Inglaterra.

—Sí, la llevó allí un ama que la criaba cuando supieron del asesinato de su padre.

—Ella es la única que puede heredar por ley y por justicia el condado de Vizcaya y todas las otras villas y castillos que sus padres tenían. Os pido pues, doña Juana, que deis el consentimiento para que vuestro hijo, que pronto alcanzará la mayoría de edad, case con esa doña María.

La mujer meditó bien lo que acababa de oír por boca de su yerno. En efecto, había quedado muy desconcertada por una propuesta que en ningún caso había llegado a meditar.

—Don Alfonso tomó todos los bienes y tierras de don Juan tras el juicio y sentencia que dio contra él —dijo la dueña—. Se hace llamar «señor de Vizcaya»; y he oído que ha convocado a procuradores de esa tierra a las Cortes que se han de celebrar en Madrid.

—Lo que ocurrió sobre Vizcaya fue una farsa grotesca. ¿Creéis realmente que la primera doña María vendió el Señorío?

—Desde luego que no. No conozco en persona a la primera doña María, pero sé cuánto ha podido sufrir. —Doña Juana pareció ponerse en la piel de la del linaje de los Haro, sintiendo hondamente cada una de las palabras que pronunciaba—. Una mujer, de más edad que yo, que ha perdido a sus padres, hermano, esposo, y a un hijo, no vende ni por todos los tesoros terrenales lo único que ha de legar a su nieta. Y ya no importa encierro ni lo que puedan afincarte ni humillar tu dignidad... No sé si fue la voluntad de Dios que Garcilaso de la Vega muriera por instigar el asesinato de don Juan “el Tuerto”, por conjurar demonios, o por entrar en un convento de monjas y acuciar a una noble dama viuda que aún guardaba luto por su hijo muerto a traición. Qué desvergüenza. Y aún el rey don Alfonso tiene por bien llamarse «señor de Vizcaya», tras eso. ¿Dónde están las tierras o dineros por los que se trocó ese Señorío? ¿Dónde estaban los testigos y fiadores de ambas partes? ¿Dónde, los notarios y escribanos públicos para dar fe de ese pleito?

—Señora —insistió don Juan Manuel, viendo las reticencias de doña Juana a punto de caer como fruta madura—, vuestro hijo ya es maestre de la Orden de Alcántara y cuenta con gran hacienda. Si se desposa con doña María Díaz y me presta su ayuda, haremos juntos frente al rey don Alfonso hasta que les entregue el condado de Vizcaya y todas las otras tierras y heredades de Castilla que fueron de don Juan “el Tuerto” y su esposa doña Isabel. Como bien habéis dicho, yo sé de muertes y vos de casamientos... ¿Qué más se necesita para que una conjura llegue a buen fin?

La dueña miró los platos, y vio rebosar de viandas el vacío, y menugar el que contenía los panes. Se levantó y sacó de un arcón una botella de vino añejo que parecía de gran valor. La descorchó y sirvió dos copas, entregando una a su yerno.

—Sí —dijo ella, con la mirada perdida—. No habrá en los Reinos de España alianza ni herederos más fuertes. Don Juan Núñez III de Lara

y doña María Díaz II de Haro... unidos. Nunca esta desdichada tierra  
habrá contemplado un poder mayor.

Suegra y yerno brindaron por tan ambicioso proyecto, sin imaginar  
ni temer el daño que habría de llegar.

## Capítulo II

Año del Señor de 1331

Bayona bullía por la celebración de sus festejos, agolpándose muchas gentes en la plaza de la iglesia y por sus calles.

Tanto hombres y mujeres, así pequeños como mayores, comían, bebían y reían con alborozo, recreándose con los que hacían juegos malabares o apostando en peleas de gallos, mientras los tenderos daban grandes voces desde los puestos pregonando las bondades de su mercadería y para atraer cuanta atención y monedas pudieran.

Pero alguien de entre esa multitud no se divertía. Doña María Díaz vagaba por el lugar seguida por Oneka y Juana, sus sirvientas, y un mozo de mulas, pero como si se encontrara en total soledad. A sus casi once años de edad, la doncella era más esbelta de cuerpo; sus rasgos, más sutiles y afilados; su melancolía, algo más difícil de ocultar. A ella no le atraían los espectáculos mundanos que sí apasionaban a los comunes, pero sintió curiosidad por la presencia de un juglar que se colocó en el centro de la plaza para recitar un poema. No eran habituales en Bayona, por lo que fueron muchos los que se reunieron para escucharle, aunque no todos entendiesen el occitano, lengua por excelencia de los juglares y trovadores.

—«Jean el Galés nos cuenta, —comenzó a recitar el juglar— que había en las tierras del conde de Nevers un rico burgués, prudente y cortés. El burgués era comerciante y hábil en las ferias. Sensato y educado, tenía una mujer muy estimable, la más bella de la zona y de cualquier otro lugar en que se buscara. La dama quería mucho a su marido y él a ella, pero ocurrió que se echó una amiga a la que amó y regalaba muchos vestidos, mientras ella lo engañaba porque sabía muy bien cómo manejarlo. La dama, viéndolo ir y venir, se dio cuenta de lo que ocurría y no pudo evitar decirle a su marido:

—Señor, cubrís de deshonor vuestra vida a mi lado, ¿no os da vergüenza?

—Señora, ¿por qué?

—¿Por qué, señor? Tened cuidado, mantenéis a una cualquiera que os tiene sorbido el seso. Todos en la ciudad lo saben y no disimulan sus murmuraciones. Dicen que estáis dejado de la mano de Dios, de la Virgen y de todos los santos».

—Callad, señora. Eso no es cierto. La gente siempre anda murmurando.

Doña María dejó de escuchar. Si su cuerpo cambiaba, también su interior mudaba. Sus preocupaciones eran más diversas. Algunos de sus miedos se habían mitigado; otros, acrecentado. Y esas cuitas que se agolpaban en su mente y copaban su atención, llevándola cada vez con más frecuencia a lugares y tiempos inciertos, se avivaron con las palabras del juglar, no dejándola retomar el relato hasta llegado el final.

—«Jean el Galés —hablaba el juglar, ya presto a terminar—, nos dice que, así como la hoja de la hiedra está siempre fresca y verde, así está siempre el corazón de las mujeres dispuesto a engañar a los hombres. Por eso está loco, no lo dudéis, el hombre que, teniendo buena mujer, va a otra puerta a ensuciarse con las locas fulanas traidoras, más ansiosas que gatas, y en las que no se encuentra verdad, ni bien, ni lealtad. Y habiendo sacado provecho de un hombre, preferirían verlo quemarse antes que tenerlo a su lado, y por ellas han venido muchos males».

Doña María quedó confundida, por ese y por tantos relatos y hablurías que había escuchado, luchando en su interior lo que le habían enseñado hasta entonces, y lo que estaba conociendo en esa tierra, conformándose ideas deformes sobre la naturaleza de hombres, mujeres, nobles y plebeyos.

Sin querer pasar más tiempo entre esas gentes, mandó a sus criadas retirarse, subiendo a su mula para que la llevaran de nuevo al convento de Saint Bernard.

—Es bueno escuchar *fabliaux* —dijo a doña María el mozo que tiraba de las riendas del animal en el que montaba—. Hacen olvidar muchas penas, dolores, preocupaciones y fechorías. Los que son capaces de recitarlos deben esforzarse para lograrlo, pensando y estudiando como lo hicieron aquellos antepasados que solemos considerar buenos maestros. Los que vienen después no deberían estar ociosos, pero las costumbres son malas y se hacen perezosos. Por eso no quieren muchos seguir componiendo, ya que el buen trovar exige un gran esfuerzo, os lo aseguro.

—Sí —respondió con desgana doña María, que buscó después con la mirada a Oneka, la cual se acercó a su lado—. Oneka ¿crees que seré una buena esposa?

—Desde luego. Sois una doncella noble, prudente y virtuosa. Cualquier hombre sería dichoso de casarse con vos.

—Pero, entonces... ¿por qué hay hombres que, si tienen buenas mujeres, no se sienten satisfechos con ellas?

—Son buenas porque su corazón es puro y leal, pero hay hombres que, por sucumbir a las tentaciones, demandan mujeres hábiles en el pecado. Entonces, acuden a algunas que por pasar penurias o por maldad, satisfacen todo deseo carnal a cambio de dineros o regalos.

—¿Y cómo podemos evitarlo?

—No creo que haya nacido mujer, ni siquiera reina o infanta, que pueda confiar de tal manera en su esposo como para tener la certeza de que no visita a amigas o tiene concubinas. Pensad que la lealtad es como la honra, el honor o la palabra dada, cada uno debe guardar la suya. Es una ley que en privado acatamos, y solo en nosotros se hallan los jueces y los tribunales que deben hacerla cumplir, aunque, desde luego, el adulterio, en caso de poder probarse, es algo muy penado.

Dos mancebas de la villa vieron alejarse a la dama, comenzando a murmurar sobre ella.

—Todos los jóvenes la pretenden —dijo Maore—. No disimulan mirarla y le prestan mucha atención.

—Aquí no hay burguesa como ella —respondió Ederne—. Mira qué blanca es su cara y qué liso y brillante tiene el cabello. Seguro que su piel es muy suave y huele mejor que nosotras. Si yo tuviera criadas que trabajaran para mí y me acicalaran con esmero, también tendría ese aspecto.

—Ni tú ni yo seremos nunca como ella, y a este paso tú no llegarás ni a esposa de molinero —se burló Maore.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Ederne, ruborizándose.

—Sé que te ves con mi hermano Loritz en el granero, cuando creéis que todos dormimos.

—¿Te lo ha dicho?! ¡Juró que no se lo contaría a nadie!

—No ha hecho falta, es torpe y me despierta cada vez que sale a hurtadillas. Yo lo he seguido y os he visto muchas veces.

—No lo dirás por ahí, ¿verdad?

—No soy yo de quien debes preocuparte, sino de doña María. ¿No has visto como Loritz la mira y sigue sus faldas? Ansía lo que ella tiene a pesar de todo lo que tú le entregas.

—¡Eso es mentira! ¡Loritz me ama solo a mí!

—Seguro que te ama varias veces en una noche, pero también apostaría a que cuando te abraza, es en doña María en quien piensa.

—¡Cállate, Maore! —gritó Ederne, al borde del llanto.

—Hay dos tipos de mujeres que despiertan en los hombres más ardor que ninguna otra —continuó Maore, viendo que sus palabras tenían el efecto deseado—. Una, es la doncella encerrada bajo llave en torre o convento custodiada por sus sirvientes. La otra, la mujerzuela que vende su cuerpo por dinero, joyas o vestidos. Una y otra son codiciadas por jóvenes y viejos de toda condición.

—Y doña María es de las primeras...

—Eso se dice, pero ¿quién puede negar que esté dando cabida a hombres en su celda? Todos saben cuánto gusta a clérigos, novicias, reclusas, y todo aquel que habita un convento, gozar de la fornicación. Cuanto más se les prohíbe, más lo ansían.

—Entonces, ¿crees de veras que los muchachos de aquí ya han podido lograr sus favores y volver a ella como si fuera una puta?

—Eso es algo que debemos averiguar.

—¿Y cómo lo haremos? Apenas sale del convento, no habla con nadie y cuando viene a la ciudad está siempre acompañada.

—Sus criadas vienen a comprar al mercado, ¿verdad?

—Sí, una o dos veces por semana.

—Haremos esto, ¿cuál es el vino más fuerte que tu padre tiene en el hostel?

—El vino de Chipre. Es tan fuerte que debemos cortarlo con agua antes de servirlo.

—Consigue una botella y escóndela bien.

—Pero... si mi padre me descubre.

—¿Prefieres que sepa que te ves con mi hermano en el molino y te entregas a él?

—No... pero dime antes lo que pretendes. No quiero verme envuelta en un delito.

—Hay un refrán antiguo que dice «En el vino está la verdad, y en el agua, la salud». ¿Cuántas veces en tu hostel has visto a beodos decir cosas a extraños por causa de la bebida, que jamás confesarían ni a un hermano?

—Sí, eso es cierto.

—Haz lo que te digo y guardaré vuestro secreto. Cuando veas en las calles a alguna de sus sirvientas diles que quiero verlas, y que no regresen con su señora hasta hablar conmigo. Después, ven a buscarme.

—Lo haré... pero más te vale que nada llegue a oídos de mis padres —amenazó Ederne, regresando a la posada familiar.

En el convento, la del linaje de los Haro se acercó a hablar con Mahai.

—Doña María —saludó la reclusa al verla—. ¿Habéis venido para que al fin os cuente hoy lo que le ocurrió a Iseo?

—Ya sabes que no. Cada semana me preguntas lo mismo, y misma es la respuesta que te doy. Además, empezaste el relato diciendo que era una historia de amor y muerte. Sé cómo termina. ¿Qué interés queda entonces?

—¿Creéis que solo importa el final? Todo aquel que emprende una travesía o peregrinaje, sabe lo que hará en su destino y también que regresará al punto de partida. ¿Por qué entonces moverse de su hogar? No cuenta el final, sino el viaje en sí.

—No soy como ellos —dijo doña María, como ausente, que parecía no haber escuchado la respuesta de Mahai—. Y no creo que deba serlo. Disfrutan regodeándose en sus miserias.

—¿Por qué decís eso?



—Por las historias que se cantan ante ellos y cómo las jalean. Aplauden a trovadores y juglares que los llaman a la cara: ladrones, blasfemos, adúlteros o desvergonzados... Deberías ver cuántas mujeres reían y asentían cuando se insultaba a nuestro género con descaro.

—Muchos de modales refinados pueden ser en su interior más perversos que cualquier villano. Pero es cierto que, desde que tengo memoria, tanto en los poemas que se recitan para duques y condes, como ante el vulgo, se insiste en ridiculizar al campesino, pastor o herrero, así como a los clérigos pobres y a los que sufren alguna deformidad. Y cuando no es la risa lo que se busca provocar, los tachan de fétidos, horriblos y brutales, más parecidos a bestias que a personas con razón. Los burgueses y cortesanos han logrado con esto que, la misma palabra «villano», acabe significando, además de habitante de las villas, hombre malvado.

—¿Pero son esas historias reflejo de la realidad, o de tanto escucharlas, ellos mismos han adoptado esos comportamientos y entienden que deben ser así? ¿Que esa y ninguna otra, es la realidad?

—Es una buena cuestión. Muchas veces he visto cómo los sucios embaucadores logran que su interesada mentira se convierta en una verdad incontestable entre los aplausos de los denostados. Sí... resulta difícil levantarse ante alguien de mayor saber o autoridad que uno mismo, y negar lo que con confianza y rotundidad está hablando. Si una historia se propaga con velocidad y recita durante generaciones ante cientos de personas sin oposición, ¿quién, de entre el vulgo, se alzaría y diría que no es cierta?

—Algunas de esas historias, como la que me contaste, pretenden ser edificantes, pero la mayoría son obscenas...

—Sí, eso es lo que buscan los comunes para su solaz...

—Entonces su miseria no es solo material, también moral.

—No confundáis falta de decoro con inmoralidad... Ya que no queréis que os narre la tragedia de Tristán e Iseo, voy a procurar conseguir un libro que contiene algunas de las historias más hermosas que se han escrito. Sin duda será de vuestro gusto. En él no encontraréis malas mañanas ni perversiones.

—Entonces serán historias falsas...

—También los *fabliaux* lo son. Y, puestos a leer falsedades, mejor leer unas que nos inspiren gozo y buenos sentimientos, que no las que nos humillan y despiertan en nosotros, odios, celos y confusión, ¿no creéis?

—Supongo que sí...

—¿Qué pensamientos os rondan? Vuestro cuerpo está aquí, pero no vuestra mente.

—Ayer permanecí tiempo viendo una maravilla. Y cuando creía que no podría sorprenderme más, presencié un nuevo prodigio.

—Os lo ruego, decidme qué visteis.

—De la rama de un manzano había colgada una larva de oruga. Se movía y, al poco, surgió de ella una mariposa. Sabía que era así como nacían, pero aún no puedo creer que, uno de los seres más repugnantes y torpes de la creación, pueda convertirse en uno de los más bellos y gráciles.

—O que uno de los seres más gráciles y bellos, nazca del más torpe y repugnante.

—¿No es lo mismo?

—No, en absoluto lo es. De ese hecho podéis obtener dos enseñanzas muy diferentes. ¿Y cuál es la otra maravilla que contemplasteis?

—Permanecí junto a la mariposa viendo cómo desplegaba sus alas, y, te juro, que lo que vi pintado en ellas, era el ojo de una serpiente, como rodeado de las escamas que forman su piel.

—¿El ojo de una serpiente?

—De un ámbar brillante.

—Ciertamente, es una maravilla.

—Esa visión me sosegó. Comprendí, que una inteligencia muy superior y ajena a la de la mariposa, había pintado en sus alas ese ojo de serpiente para ahuyentar a los pájaros, que son el cazador natural de las mariposas, pues las serpientes son a su vez el cazador más temido por los pájaros.

—¿De modo que, creéis haber sido testigo del ingenio de Dios, en las alas de una mariposa?

—Tuve por cierto... que, si hay una mente no terrenal capaz de hacer eso por una mariposa, también tendrá buenos planes y propósitos para mí...

—¿Y si lo que visteis no fue obra de Dios, sino del diablo?

—¿Del diablo?

—Dios es el creador de todos los seres del mar, la tierra y los cielos, pero el diablo también puede influir en ellos. Decidme, ¿quién pensaríais más dado a pintar el ojo de una serpiente en otra criatura, Dios o el diablo?

—¿Y por qué iba el diablo a hacer tal cosa?

—Puede que como muestra de su poder y para que os deleitéis con su obra. El diablo también puede tener un plan para vos, y está escrito que marcará un día a todos los hombres y mujeres del mundo. ¿Por qué no hacerlo con una mariposa?

—¿El diablo nos marcará?

—Recordad las Sagradas Escrituras. Recordad el Apocalipsis, capítulo trece, versículos dieciséis al dieciocho: «Hará, pues, que todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos, se pongan una marca en la mano derecha o en la frente; y ya nadie podrá comprar o vender si

no está marcado con el nombre de la bestia o con la cifra de su nombre. ¡Vean quién es sabio! El que sea inteligente, que interprete la cifra de la bestia. Es la cifra de un ser humano, y su cifra es 666».

—Pero eso... no será posible.

—Está profetizado, y ocurrirá. De nada servirá que hayamos sido advertidos. Pero del mismo modo está escrita la caída del Anticristo, y no tendrá tiempo apenas para gozar de su obra.

—Confío en no ver ese tiempo... ¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó la manceba con la misma melancolía con la que había hablado toda la conversación.

—No, doña María, os lo agradezco.

La del linaje de los Haro se retiró entonces, pero antes de que se hubiera alejado diez pasos, oyó a la reclusa a su espalda.

—Desde luego, doña María, que fue Dios quien pintó el ojo de una serpiente en el ala de esa mariposa. —La doncella no se volvió, continuando su marcha—. Y soy yo —murmuró Mahai, para sí misma—, quien más puede y debe hacer aún por vos.

Al día siguiente, doña María acudió a la escuela para continuar con su esmerada educación.

Tras casi cinco años en Bayona, leía y escribía con gran soltura; hablaba de forma aceptable gascón, occitano y francés; conocía los hechos de los más notables duques que en tiempos pasados habían gobernado en Gascuña, como Eudón “el Grande” o Guillermo Sancho, y pocas materias del saber le eran ajenas, aunque su interés había trocado de los cantares épicos, al conocimiento del pasado más remoto. Lo que no había menguado era su gusto por las historias en las que triunfaba la justicia poética, cuando no, la cruda venganza, algo con lo que su maestro la complacía siempre que era posible. Ahora, se encontraba inmersa en el estudio de los textos de Heródoto.

—«Una mujer, tras la muerte de su esposo, era por entonces reina de los masagetas —recitaba el maestro, leyendo un libro, sentado junto a doña María—; su nombre era Tomiris. El emperador Ciro despachó un mensajero con el embuste de que quería tomarla por esposa, pero Tomiris, sabiendo que lo que pretendía no era su mano, sino su Reino, le prohibió la entrada. Entonces, Ciro, viendo que no tenía éxito con su ardid, marchó de inmediato hacia el Araxes y preparó una campaña contra los masagetas, tendiendo puentes sobre el río para el paso del ejército y levantando torres que protegieran las embarcaciones que debían cruzarlo». Continúa ahora vos, doña María, y procurad hablar como lo haría esa reina —dijo el anciano, poniendo el libro a su lado.

—«Mientras Ciro se ocupaba de esa obra, Tomiris le envió un heraldo con este mensaje: “Rey de los persas, deja de afanarte en esas ambiciones,

pues no sabes si al final redundarán en tu beneficio —pronunció doña María, de forma solemne—; renuncia a ellas, gobierna sobre los tuyos y resígnate a verme reinar en paz a mis súbditos. Pero sé que no querrás seguir este consejo, prefiriendo hacer lo que sea antes que atenerte a una política de paz. Pues bien, si tanto deseas enfrentarte a los masagetas, así sea. Abandona la labor de pontear el río y pasa a nuestro país, que nosotros nos retiraremos a tres jornadas de camino del río; o si prefieres recibirnos en el tuyo, haz tú otro tanto”».

El maestro, satisfecho con la aptitud de su discípula, volvió a retomar él mismo la lectura:

—«El lidio Creso, que se hallaba entre los presentes, habló así: “Deberíamos atravesar el río y avanzar tanto como ellos retrocedan y, después, intentar vencerlos de la siguiente manera: según tengo entendido, los masagetas no conocen nuestros placeres persas ni saben de comodidades; por lo tanto, ofrezcamos a tan toscos hombres un banquete en nuestro propio campamento, sacrificando y aderezando numerosas reses; y añadamos, asimismo, ánforas de vino y manjares de todo género. Hecho esto, dejemos en el campamento las peores tropas y mal armadas, mientras que las demás, por su parte, retrocedan hacia el río. Si no yerro, los masagetas, al ver tantos manjares deliciosos, se abalanzarán sobre ellos y, entonces, nosotros tendremos la ocasión de lograr nuestros fines”».

El libro volvió a doña María.

—«Siguiendo los consejos de Creso, Ciro avanzó un día desde el Araxes. Cuando el emperador y lo más selecto del ejército persa se hubieron retirado en dirección al Araxes, quedando pertrechado el contingente más débil del mismo, un tercio del ejército de los masagetas cayó sobre las fuerzas persas, y, a pesar de su resistencia, lograron acabar con ellos. Tras haberse impuesto a sus adversarios, al ver el banquete que estaba preparado, se apresuraron a dar cuenta de él, hasta que, hartos de comida y ebrios de vino, se quedaron dormidos. Entonces, los persas se abalanzaron sobre ellos, matando a muchos y apresando a un número aún mayor; entre ellos, al hijo de la reina Tomiris, que acaudillaba a los masagetas, y cuyo nombre era Espargapises».

—Es suficiente por hoy, doña María —dijo el anciano, retirando el libro.

—Maestro ¿podemos terminar este capítulo? —replicó ella.

—¿Preferís seguir leyendo antes que ir a jugar al río?

—Sí... los juegos de los mancebos no me divierten.

—¿Por qué no?

—Las niñas se suben a hombros de los niños y se pelean y golpean, hasta que una o los dos caen al agua. Después, vuelven a montarse sobre ellos, y lo repiten...

—¿Y eso es impropio de vos?

—Me sentiría ridícula haciéndolo...

—De acuerdo —consintió el maestro, volviendo a abrir el libro, dejando que doña María retomara la lectura.

—«Entonces, Tomiris, sabedora de lo ocurrido a su ejército y a su propio hijo, envió un heraldo a Ciro con el siguiente mensaje: “Sanguinario Ciro, no alardees por lo que ha sucedido; no te ufanes si, con el brebaje que da el fruto de la vida, has vencido a mi hijo en una celada, en vez de midiendo las fuerzas en el campo de batalla. Acepta ahora el consejo que mi benevolencia te dicta: Devuélveme a mi hijo y podrás irte impunemente de este país, a pesar del ultraje que has infligido a un tercio de mi ejército. Pero si no lo haces, te juro por el sol, señor de los masagetas, que, por sanguinario que seas, yo te saciaré de sangre”».

—«Ciro —continuó el anciano—, cuando le fueron transmitidas estas palabras, no hizo el menor caso de ellas. En cuanto a Espargapises, el hijo de la reina Tomiris, una vez recuperó la consciencia y comprendió en qué trance se hallaba, pidió a Ciro que lo liberara de sus ligaduras, cosa que se le concedió; y en cuanto se vio libre y dueño de su destino, se quitó la vida. De este modo, pues, murió Espargapises. Mientras tanto, Tomiris, como Ciro no le había prestado oídos, reunió todas sus fuerzas y las lanzó contra él. Se dice que esa batalla fue, de cuantas se han librado entre bárbaros, la más reñida; en concreto, y según mis fuentes, se desarrolló como sigue...»

El libro volvió a doña María, para que finalizara la lectura.

—«Al principio, cuentan, los dos bandos se mantenían alejados unos de otros, atacándose solo con saetas; pero luego, cuando se les agotaron, se acometieron en lucha cuerpo a cuerpo con sus lanzas y armas cortas. Por mucho tiempo porfiaron en la lucha no pareciendo ninguno de los bandos dispuesto a ceder; pero, a la postre, triunfaron los masagetas. La totalidad del ejército persa fue aniquilado en el campo de batalla, perdiendo también la vida el propio Ciro, después de un reinado, en total, de veintinueve años. Entonces, Tomiris, mandó llenar una vasija con sangre humana y buscar el cuerpo de Ciro entre todos los cadáveres persas. Cuando lo encontró, introdujo su cabeza en el odre y, al tiempo que ultrajaba el cadáver, lo apostrofó así: “Aunque estoy viva y te he vencido en combate, tú has causado mi ruina al capturar a mi hijo mediante una celada; pero yo, tal y como te prometí, voy a saciarte de sangre”».

—Bien, doña María, retirémonos ahora —dijo el maestro cerrando el libro—. Mañana comenzaremos el estudio del modo de vida y costumbres de los egipcios.

—Maestro —dijo doña María—, cuando llegue a ser señora de Vizcaya... ¿se esperará de mí que haga esas cosas?

—¿A qué cosas os referís?

—A plantar batalla y guerrear contra los enemigos.

—Desde luego que no, doña María. Las mujeres de nuestra época son como las antiguas bárbaras paganas. Antaño vivían en gran confusión, tanto de creencias como de deberes. Pensar que la mujer debe actuar como un hombre, es como si hoy adoráramos a un árbol o un animal como se adora al mismo Dios.

—Pero, yo no soy como las demás mujeres. Mis vasallos esperaran mucho de mí...

—¿El qué? ¿Que os comportéis como varón? —Doña María no supo qué responder—. La virilidad es una virtud innata del hombre. Recuerdo que Séneca, para alabar a una mujer que cruzó a nado el Tíber y liberó a muchos de sus compatriotas, dijo de ella: «Por su ilustre audacia al desafiar al enemigo y a la corriente del propio río, se ha hecho Cloelia casi un hombre». Pero no confundáis virilidad con valor o firmeza. No toda gesta ni hecho de gran mérito requiere enarbolar pendón, desenvainar espada, ni prorrumpir en ruidosos alaridos de guerra. Desde tiempo antiguo, hay hombres que enseñan en las escuelas y otros que rezan en los templos; hombres que tallan la madera y otros que esculpen la piedra; hombres que cultivan la tierra y otros que crían ganado; hombres que forjan el hierro y otros que modelan el barro; hombres que elaboran zapatos y cinturones, y otros, prendas de vestir y sombreros; hombres que recitan poemas y litigan en juicios con poderosa oratoria, y otros que escriben cartas e iluminan pergaminos... ¿Son acaso menos hombres o más afeminados que los caballeros? Pensad, que más ha podido legar al género humano un buen político o pensador, como Cicerón o Platón, que reyes como el macedonio Alejandro Magno, el cual hizo grandes cosas en vida y ganó la inmortalidad de su nombre, cierto, pero a su muerte, su imperio se desmoronó como un tronco podrido, y hoy solo queda el recuerdo de sus hazañas.

—Entonces, maestro, si no debo liderar a mis súbditos en batalla, ¿podrías enseñarme a ser una buena esposa para mi marido?

El anciano titubeó por tan sorprendente petición.

—Eso no se aprende en la escuela, doña María. Cuando os asalten esas dudas, pensad que ya sois manceba cultivada, de buena crianza, esbelto talle y porte amable. No descuidaréis las tareas del hogar, pues tenéis y tendréis aún más sirvientas que se ocuparan de esos menesteres; y por vuestra constitución sana y fuerte naturaleza, sin duda seréis madre prolífica. Por todo ello, seréis esposa ejemplar.

—¿Pero y si mi marido no se conforma con eso?

—¿Qué más podría desear?

—Decídmelo vos...

—¿Yo?

—Cómo hombre... ¿es eso suficiente para colmaros de felicidad?

—Oh... habláis de los que buscan satisfacción no honorable.

—Sí, ¿eso tampoco se aprende en la escuela?

—Desde luego que no —sentenció el maestro, enojado, encaminándose a la puerta—. Aunque...

—¿Sí, maestro?

—Hay una obra que, creo, os resultará provechosa...

Esa noche doña María tenía ante sí un valioso libro. En la mesa de su celda, alumbrada por varias velas que había tomado de la iglesia, leía *Arte de amar*, del poeta romano Ovidio.

—«Antes de nada, penetre en tu mente la certeza de que a todas se las puede conquistar. Tú solo tienes que tender las redes. Antes callarán los pájaros en primavera; antes las cigarras en verano; antes dará su espalda a la liebre el perro de Ménalo, que una mujer rechace al hombre que la pretenda lisonjeramente. Aceptará incluso aquella de la que podría pensarse que nunca lo haría. El amor furtivo es tan agradable para una mujer como para un varón. El varón no sabe disimularlo; ella lo desea más escondidamente. Pongámonos de acuerdo el sexo viril en no ser nosotros los primeros en suplicar a la mujer, y enseguida ella asumirá, vencida, el papel de suplicante. —La manceba pensó si eso quería decir que era ella la que debía acudir a su esposo en vez de esperar que él fuera en su búsqueda, cosa que, por otra parte, no podía hacer. Sería la primera y más nimia de las dudas que le surgirían leyendo esa obra—. Pero, antes de conquistar a una joven, procura conocer a su criada; ella te facilitará el acercamiento. Has de ver en qué medida es partícipe de los deseos de su señora, y que no vaya a ser una cómplice poco leal de tus secretos devaneos. Sobórnala con promesas y súplicas. Lo que pretendes, lo obtendrás muy fácilmente, si ella quiere. Ella elegirá el momento oportuno en el que el estado de ánimo de su señora sea propicio e idóneo para conquistarla. Que su criada, mientras le peina el cabello por la mañana, le incite sutilmente y añada a la vela el impulso del remo».

Doña María meditó por unos momentos lo que acababa de leer, se levantó de la silla y, con cautela, abrió su puerta. Se disponía a acercarse a los aposentos de sus sirvientas por si estaban juntas murmurando algo, pero no tuvo ni que salir para encontrarse a una de ellas. En el umbral de su misma puerta, sobre un jergón, estaba Oneka, que se despertó al escuchar el chirriar de las bisagras y maderos.

—Doña María, ¿necesitáis algo? —preguntó adormecida la sirvienta.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijisteis que velara vuestra celda por la noche para que nadie entrara y os robara la virginidad...

—Es cierto... Cuidarás de ello, ¿verdad?

—De continuo, mi señora.

—Duerme entonces, y cuando vayas a la ciudad, no te retrases ni pierdas más tiempo que el que te lleven los recados.

—Desde luego, doña María —respondió Oneka, desconcertada.

La del linaje de los Haro cerró la puerta y regresó a la lectura.

—«Yo te diré la medida justa en la que debes beber: que tu mente y tus pies puedan cumplir su cometido. Así como la embriaguez auténtica resulta perjudicial, la fingida te será provechosa. Haz que tu lengua engañosa balbucee sonidos entrecortados para que cualquier cosa que hagas o digas con más licencia de la debida, pueda ser atribuida al alcohol que bebiste de más. Mézclate con el gentío y, arrimándote dulcemente a ella cuando salga, pellízcala con los dedos en el costado o rózale el pie con tu pie. —La doncella dejó de leer. Otra cosa que debía hacer era alejarse del vino y de los beodos. «Buen consejo», pensó. Después, metió sus manos bajo el vestido, y con temor y ansiedad, se pellizcó el costado. Notó un poco de dolor, pero nada más. Tal vez lo estaba haciendo mal. Con la otra mano, hizo lo mismo en el costado izquierdo. También sintió solo un ligero dolor. Puede que los hombres supieran cómo hacer que resultara placentero, pero no quería averiguarlo. Hizo lo mismo con los pies. Se descalzó y se frotó un pie con otro. Eso resultaba más agradable, pero nada fuera de lo común. Quizás debía ser el pie de otro el que se frotara con el suyo, pensó—. Ahora se te ofrece el momento de hablar. ¡Fuera de aquí, vergüenza pueblerina! El azar y Venus ayudan a los atrevidos. No cuesta mucho convencerlas: todas se creen dignas de ser amadas sin medida. A ninguna, por muy fea que sea, le disgusta su propia estampa. No te avergüences de alabar su rostro y su cabello; sus bien torneados dedos o sus pequeños pies; incluso a las castas les gusta el pregón de su hermosura; la belleza propia preocupa a las doncellas y les agrada. —Doña María quedó pensativa. A ella no le agradaría ni disgustaría que le dijese lo grandes o pequeños que tiene los pies, y lo cierto es que nunca había reparado en que eso pudiera ser importante. Sin duda, ese libro estaba escrito para gentes de otra condición, pero, ya que debía tener trato con todo tipo de personas, era bueno conocer sus costumbres—. Y no tengas reparos al prometer; las promesas atraen a las mujeres. Por añadidura, pon como testigos de tus promesas a los dioses que prefieras. Si sois astutos, burlaos de las mujeres impúdicamente. Solo de ellas. Este es el único caso en el que la fidelidad es más digna de vergüenza que el engaño. Engañad a las que os engañan; en su mayor parte son una raza impía. Caigan pues en los lazos que ellas tendieron. Así pues, que los perjuros engañen a las perjuras tal como se merecen; que la mujer se duela ofendida por su propio ejemplo. —La del linaje de los Haro se detuvo una vez más. A ese paso no le daría tiempo de acabar el libro. ¿Eran todas las mujeres, y ella, por añadidura,



malvadas? ¿Creería su esposo, fuera quien fuera, que le aguardaba en ella una compañera desleal y codiciosa, a la que no pensaba guardar lealtad ni amarla? Quisiera Dios que más adelante encontrara otras razones diferentes—. También son útiles las lágrimas: con lágrimas resquebrajarás al diamante. Procura que ella te vea las mejillas húmedas; y si no te salen las lágrimas, restriégate los ojos con la mano mojada. ¿Quién, si es un experto, no mezclará besos con palabras tiernas? Aunque ella no te los dé, róbaselos tú a pesar de todo. Es posible que, al principio, luche contigo y te llame sinvergüenza, pero, sin embargo, deseará que la venzas en la lucha. Sobre todo, ten cuidado de no hacerle daño en sus delicados labios cuando le arranques violentamente los besos y no pueda quejarse de que hayan sido brutales. El que ha conseguido besos y no ha conseguido también lo demás, será digno de perder incluso lo que se le dio. —La manceba se tocó los labios, se los apretó y retorció un poco—. Aunque le des el nombre de «violencia», a las mujeres les gusta esa clase de violencia. Lo que les produce placer desean darlo muchas veces obligadas por la fuerza. Todas se alegran de haber sido violadas en un arrebató imprevisto de pasión, y consideran un regalo esa desvergüenza. Por el contrario, la que pudiendo haber sido forzada, se retira intacta, aunque finja alegría en su rostro, estará triste. —Doña María se retiró de aquellas páginas como si sobre ellas serpenteara una culebra. A su pequeña mente le resultó terrible imaginar que todos los hombres sintieran ese impulso, o pensarán que toda mujer deseaba ser forzada. «¿Cómo podría sentirse una doncella segura en un mundo así, si no es enclaustrada en un convento? —pensó—. Qué bien habían hecho doña Teresa y don Diego en llevarme a ese lugar»—. Es evidente que, del mismo modo que a la mujer le avergüenza tomar la iniciativa, así cuando es el hombre el que empieza, consiente en ello gustosamente. ¡Ah!, demasiada confianza tiene en su propia belleza el hombre, quienquiera que sea, que aguarda a que ella lo solicite primero. Para hacerla tuya, implórala, pues ella solo desea que la imploren. No obstante, si por tus súplicas aumenta su orgullo altanero, abandona tal propósito y retrocede. Muchas desean lo que huye de ellas y odian aquello que las atosiga. Evita que se cansen de ti, acosando con menos insistencia. Y no siempre el que suplica debe confesar sus anhelos amorosos: que el amor penetre recubierto bajo el nombre de la amistad».

Doña María dejó de leer. Apenas quedaba cera que consumirse en las velas ni ella contaba con fuerza para seguir manteniendo abiertos los ojos. El «arte de amar», como rezaba el título de aquella obra, era un sendero mucho más complejo y sembrado de engaños y peligros de lo que había imaginado. Rezó y se acostó comprendiendo que debía ser más cauta con su apariencia y ante quien se mostraba; y también, con las palabras que pronunciaba o gestos que hacía.

A la mañana siguiente, al tiempo de amanecer, Ederne restregaba con un cepillo el suelo de la posada. No podía evitar que el pensamiento de lo suave que sería la piel de sus manos y rodillas si no tuviera que dedicarse a esas labores, aguijoneara su mente. Si dispusiera, como doña María, de sirvientas y criados que hicieran todo por ella, seguro que podría encontrar buen marido, hijo de burgués o rico comerciante. Fregaba con rabia los tablones de madera, azuzada por esas ideas, cuando vio llegar a la plaza a Oneka. Recordando la petición de Maore, abandonó la tarea y salió al encuentro de la sirvienta.

—Oneka —dijo, tomándola del brazo.

—¿Qué quieres? —respondió la criada.

—Maore tiene algo que confiarte, espera aquí hasta que venga a verte.

—No puedo retrasarme mucho. Daros prisa en venir.

Ederne echó a correr en dirección al molino, que estaba a un cuarto de legua de distancia del pueblo. Llegó a donde su amiga sin apenas resuello, y ambas regresaron a Bayona igual de raudas.

Oneka veía a la gente atravesar la plaza para oír la misa, y sabía que se estaba demorando en volver al convento. No imaginaba qué podían querer de ella esas mancebas y, aunque no era arisca de carácter, tampoco apreciaba su compañía.

Cuando ya las calles y los puestos de viandas, pescados y legumbres prácticamente se habían vaciado, vio llegar a Maore y Ederne, exhaustas.

—Habéis tardado, no puedo esperar más para irme —les reprochó la sirvienta.

—Aguarda un poco —pidió Maore—. Tenemos un obsequio para tu señora.

—¿Un obsequio? —respondió Oneka, sorprendida.

Ederne sacó de una bolsa una botella de vino.

—Es un vino de gran calidad, de los que solo se compran y venden en París o Burdeos. Seguro que vuestra señora nunca ha probado uno igual.

—Doña María no bebe vino, aún es menor de edad.

—Pero es una burguesa —dijo Ederne—. Las burguesas beben vino a diario, según se dice.

—¿Cómo será amada por un gran señor, si no se comporta como tal, ni aprecia los buenos vinos de su mesa? —preguntó Maore—. Ten, prueba un poco tú misma, y verás que este vino es digno de la bodega de un rey.

Maore abrió la botella y sirvió el vino en una pequeña escudilla.

—Yo... tampoco bebo vino —dijo Oneka, como si le estuvieran acercando alguna pócima extraña.

—¿Y por qué no? —cuestionó Ederne—. ¿Por qué solo los burgueses deben gozar de estos placeres?

—Solo queremos que nos digas si crees que agrada­rá a tu señora — insistió Maore—. Piensa en cómo se deleitará con él y lo llevadera que hará su estancia en la soledad de su celda, cuando se suma en un dulce sopor.

—¿Queréis que se embriague?

—Desde luego que no, pero algunos sorbos le ayudaran a dormir con placidez cuando le sea difícil —aclaró Maore, con bien fingida falsedad, tendiéndole la escudilla—. Ten, pruébalo.

La sirvienta bebió un sorbo, que al principio le resulto áspero y amargo.

—Bebe más —pidió Ederne—. Ahora tu paladar lo apreciará mejor.

Ante la insistencia de las mancebas, Oneka bebió dos escudillas más, y al poco, comenzó a notar mareos y la cabeza embotada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ederne.

—Este vino es muy fuerte —contestó Oneka, sintiendo nauseas.

—No estás acostumbrada —dijo Maore, tomándola por un brazo—. Ven, nosotras te acompañaremos al convento.

—Sujétate también a mí. —Se ofreció Ederne, cogiéndola por el otro brazo.

—Y dinos, ¿en qué ocupa su tiempo tu señora? —preguntó Maore.

—Do... doña María pasa todo su tiempo dedicada al estudio.

—¿Solo estudia? —insistió Maore.

—También reza y conversa con una reclusa, pero se vuelca en la lectura más que en ninguna otra cosa...

—¿Y no se ve con nadie?

—Con nadie, además de con nosotras.

—¿No tiene tratos con ningún hombre? —inquirió Ederne.

—Sí, con un clérigo. —Las mancebas sonrieron maliciosas, pues creían que iban a obtener la valiosa información que querían—. Su confesor... y con su maestro...

—¿Nadie más? —preguntó Maore, frustrada.

—No...

—Una doncella agraciada con tantos dones, ¿de veras no seduce a jóvenes, ni se rinde a los encantos de ningún varón?

—En absoluto —dijo con firmeza Oneka—. Doña María es casta y preserva su virtud para el que debe ser su esposo. Se guarda bien a sí misma, y nosotras a ella.

—¿Estás segura de eso que dices?

—Juro por todos los santos del cielo, que hasta donde yo sé, no ha yacido ni desea tener tratos con ningún hombre.

Las mancebas desistieron de continuar la pesquisa. No iban a obtener otra respuesta ni más verdad que la que la embriaguez les había procurado.

—Desde aquí ves Saint Bernard, y cuando llegues se te habrá despejado el seso —dijo Maore, soltándole el brazo—. Tenías razón. Tal vez este vino no esté hecho para una moza de tan poca edad.

Oneka se dirigió con paso titubeante de regreso al convento. Al malestar que sentía, sin duda se sumaría la reprimenda de su señora por la tardanza.

—¿Estás satisfecha? —dijo Ederne—. Eres una malpensada. Ya ves que no tenemos de qué preocuparnos.

—Al contrario. Ahora temo su estancia entre nosotros mucho más que antes.

—Pero es una doncella que no desea la compañía de ningún hombre. Reserva su virginidad para su esposo.

—Eso dice ahora por ser aún moza, pero, en poco tiempo, su naturaleza, como la de cualquier otra, hará que se sienta atraída por uno o por muchos jóvenes, y cuando entre en razón y descubra que la han abandonado aquí, y que ningún caballero de brillante lorigón vendrá a llevarla ante ningún gran señor, se abandonará a su suerte y caerá en todo placer y tentación. Será botín codiciado y el mayor galardón posible para los de aquí. Los mozos la corresponderán con gusto y no la dejarán en paz, y cuando uno al fin la posea, el resto le envidiarán y odiarán y, entonces, habrá riñas y discordia. Pero si logramos que la desflore un hombre casado o un clérigo, se sabrá pronto en la ciudad y también en el convento. Entonces, se formará revuelo y escándalo, y las monjas la encerrarán en su celda, o, mejor aún, la expulsarán, y deberá regresar a su tierra deshonorada. De cualquier forma, nos libramos de ella y dejará de inquietarnos.

—Sí —afirmó Ederne, pensativa—. Nunca estaremos seguras de que nuestros amigos no la deseen y estén con ella a la mínima oportunidad. ¿Y cómo lograremos eso?

—A menudo, llegan a mi cabaña clérigos pobres de los que piden limosna en los caminos. No tienen por calzado más que unas vendas, ni mantas y ni un céntimo en sus bolsas. Un plato con pan, huevos fritos y queso, es para ellos un festín, y cuando les albergamos para que no pasen la noche a la intemperie, nuestra pobre morada les parece el palacio del duque de Bearne. Y a pesar de su situación, les falta tiempo y sobran fuerzas para venir a hablar conmigo cuando mis padres están dormidos. Me piden que los deje deslizarse en mi cama y acostarse a mi lado. A más de uno y a más de diez ha tenido que coger mi padre de la garganta y darles buenos palos antes de echarlos de nuevo al bosque.

—¿Y qué tiene que ver eso con doña María?

—Llegado el momento, cuando volvamos a albergar a algún clérigo, cuidaré de ser amable con él, y que no quiera marcharse ni aunque el mismo san Martín lo reclame. Hasta entonces, mantén la boca cerrada

sobre esto que planeo, y yo la mantendré cerrada sobre mi hermano y tú.

—Sigo sin saber qué tramas... pero seguro que algún mal nos traerá —advirtió Ederne, volviendo a la posada.

Desconocedora de todo lo que se tramaba, doña María continuaba instruyéndose junto a su maestro.

—«Pues bien, los pintores y escultores representan y esculpen la imagen de Pan como lo hacen los griegos —leía el anciano—, con cabeza de cabra y patas de macho cabrío; no porque crean, ni por asomo, que sea así, pero no me apetece ahora explicar por qué lo representan de ese modo. Los mendesios, pues, veneran a todos los animales de raza caprina pero, más que a las hembras, a los machos, por quienes los cabreiros tienen más consideración; y, en concreto, hay uno de esos animales que, cuando muere, causa gran consternación en todo el nomo mendesio. Por cierto que, en lengua egipcia, el macho cabrío y el dios Pan reciben el nombre de *Mendes*. Y en nuestro tiempo tuvo lugar en ese nomo la siguiente aberración: un macho cabrío se apareaba a ojos de todos con una mujer; este acto llegó a ser objeto de exhibición general»... ¿Comprendéis tal hecho, doña María?

—Creo que sí, maestro...

—¿No tenéis ninguna pregunta?

—No sobre esto, pero sí tengo otras dudas...

—¿Y qué dudas son?

—Es sobre la obra de Ovidio.

—Resolvámoslas, pues.

—¿De veras se piensa que toda muchacha desea ser forzada?

—¿Habéis acabado el libro?

—No, maestro.

—La primera parte se refiere al cortejo y a las pasiones desmedidas propias de la mocedad. Veréis que, más adelante, Ovidio dice que el tierno amor debe alimentarse con palabras dulces; que el marido debe dedicar tiernos halagos y palabras que regalen el oído de su mujer para que esta se alegre con su llegada. Dice que el hombre debe ceder cuando ella le lleve la contraria y, aunque lo considere indigno, le sostenga el espejo mientras ella se peina. —El maestro se levantó y continuó recitando a Ovidio de memoria—. «El amor es una forma de milicia: apartaos los indolentes; no son tímidos varones los que han de defender estas enseñanzas. La noche y el invierno con sus duras caminatas y fatigas están presentes en este campamento del placer, así como también todo tipo de esfuerzos. Soportaréis muchas veces la lluvia que las celestes nubes derramen y, helados, yaceréis a menudo sobre el suelo desnudo». Continuemos ahora con la descripción que de los egipcios hace Heródoto. Os advierto que comprobaréis que en muchos casos sus costumbres eran

obscenas. Confío en que no os escandalice ni lo consideréis inapropiado para vuestra dignidad.

—No, maestro.

—Leed entonces —mandó el maestro, señalando con el dedo la línea por la que doña María debía continuar.

—«Por lo demás, los egipcios celebran la fiesta en honor del dios Dionisio casi enteramente igual que los griegos, aunque sin danzas corales. Ahora bien, en lugar de los falos, han creado otros artilugios: unas estatuas articuladas por hilos, como de un codo de altura, que las mujeres llevan en procesión por las aldeas y cuyo pene, que no es mucho menor que el resto del cuerpo, se mueve; abre la marcha un flautista y ellas lo siguen, cantando a Dionisio. La explicación de que las estatuas tengan el pene tan grande y solo muevan esa parte, se encuentra en una historia sagrada que, sobre el particular, se cuenta en el lugar».

—Bien, doña María. ¿Tenéis alguna pregunta?

—Creo que no...

—No seáis pudorosa. ¿Comprendéis la ceremonia y el ritual?

—Sí...

—¿Podéis imaginarlo?

—Con dificultad, pero creo que sí...

—El próximo día os mostraré algo que, sin duda, os ayudará a comprenderlo mejor —dijo el maestro, con tono pausado y susurrante—... Podéis irros... y terminad de leer la obra de Ovidio.

El día siguiente doña María llegó a la escuela a la hora acostumbrada. El maestro la aguardaba impaciente y, a diferencia de otras veces, se colocó detrás de ella en vez de sentado a su lado.

—Hoy traigo algo valioso que conservo con celo —dijo el maestro, colocando sobre la mesa una serie de pergaminos que parecían arrancados de un libro—. Mirad las ilustraciones que adornan los márgenes de estos manuscritos; muestran como pocas el arte de la sátira. Os enseño esto en confianza, pues, aunque son monjes de gran destreza los que se deleitan con su creación, no todo el clero aprueba su naturaleza irreverente, cuando no, blasfema. Debéis prometerme que esto que vais a ver será nuestro secreto y no se lo revelaréis a nadie, ni siquiera a vuestro confesor ni sirvientas.

—Os lo prometo, maestro.

El hombre le enseñó el primer manuscrito. En él, se veía a dos conejos de pelaje grisáceo y a un hombre desnudo y maniatado en el suelo. Uno de los conejos alzaba una gruesa rama con la que parecía golpear al hombre en la cabeza, mientras que el otro había comenzado a despellejarlo por los pies.

—¿Qué significa esto? —preguntó extrañada doña María.

—Como os digo, es una imagen satírica. Invierte el orden natural de las cosas, mostrando a los conejos como cazadores y al hombre como su presa...

—¿Y por qué se hace?

—Resulta jocoso, ¿no os parece?

—Sí... —murmuró doña María, sin convicción.

—Mirad esta otra. Acercaos más —dijo el maestro, retirando el primer pergamino y dejando ver el siguiente, apoyando su mano en el cuello de la manceba e inclinándole la cabeza.

En esa ocasión, doña María contempló dos figuras grotescas. La que se encontraba a la derecha, era un hombre o demonio de cuerpo negro y cara roja. Portaba un carcaj con flechas y había disparado una a la segunda criatura, la cual era una suerte de hombre pez o tritón, con una cola en lugar de piernas y de un color blanco pálido. El ser, mitad hombre, mitad pez, estaba tumbado, agarrando su cola con las manos hasta casi poder besarla, dejando al descubierto su ano, por el cual penetraba la saeta lanzada por la primera figura.

—No comprendo esto, maestro...

—No hay mucho que comprender, doña María —respondió él, comenzando a deslizar la mano por el cabello y nuca de la doncella—. Lo que veis es la libertad desatada; la plasmación de una fantasía; el asueto y el gozo de realizar una acción prohibida en un libro de salmos; algo lascivo en un terreno santo. Sin duda, es la escapatoria y venganza de un hombre envuelto en hábitos que reprimen su naturaleza libidinosa. Una naturaleza que es la de todos, ¿no creéis? Nos dice que, tras ese muro en el que hay clavada una cruz, palpita el pulso incontenible. ¿Por qué reprimirlo? Pensad en el placer que habrá obtenido ese monje con este sacrilegio. ¿Creéis que le gustaría ser el que dispara la flecha, o el que la recibe? ¿Pensáis que cuando lo hacía, tenía en mente a algún novicio?

—No... no lo sé, maestro... —titubeó la del linaje de los Haro.

—Ved esta última...

El anciano retiró el segundo pergamino, dejando ver la última ilustración. Al tiempo, comenzó a deslizar la mano izquierda por debajo del vestido de doña María, acariciándole la espalda.

En ese pergamino se podía ver a dos mujeres ataviadas como monjas, cada una a ambos lados de un árbol que tenía penes erectos por frutos. Las religiosas se afanaban por recolectar esos miembros, metiéndolos en sus bolsas.

—¿Qué es... maestro? —preguntó con recato y vergüenza doña María, notando que la actitud de su mentor no era la habitual, y que nunca había tenido ese comportamiento con ella.

—Es un árbol de falos, doña María... Ved lo excitados que están, y cómo esas mujeres ansiosas luchan por ellos —decía con voz entrecortada y

jadeante, tocando cada vez más a la manceba, mientras con la mano derecha se acariciaba su propio miembro por debajo del sayo—. Que caliente estáis, pequeña... ¿Imagináis acaso las perversiones que esas ramerarás harán con los falos henchidos en la soledad de sus celdas? Si no les basta con uno y guardan dos y hasta tres o cuatro, pensad la manera tan perversa en la que gozarán con ellos... en qué lugares prohibidos los albergarán. — Doña María no se atrevía a moverse ni a hablar, y apenas a respirar. Lo que estaba ocurriendo no era natural, pero sentía tal vergüenza, que no sabía manera de reaccionar. El maestro, una vez hubo satisfecho sus depravados apetitos, dio por concluida la clase—. Podéis iros, doña María. Pero recordad, habéis prometido que esto que habéis visto, será nuestro secreto. Si rompéis la palabra que me habéis dado, vuestro honor quedará manchado para siempre.

Hecha esa advertencia, se despidió de ella con un afectuoso abrazo y un beso en la mejilla.

Doña María salió apresuradamente de la escuela, pero, al poco, frenó el paso. No deseaba llamar la atención, ni que, por sus modos, se delatara o levantaran sospechas y pudiera ser conocida la conducta de su maestro.

Cuando llegó al convento, se encerró en su aposento, no queriendo ver a nadie.

Sus sirvientas fueron ante ella, extrañadas porque ni siquiera las saludara. Al entrar en la celda de su señora e interesarse por su estado, doña María las rehuyó primero y reprendió después, ordenándolas que la dejaran tranquila y no la atosigaran con preguntas. La conocían sobradamente y sabían que era esquiva y gustaba de permanecer en soledad, por lo que Juana procuró no importunarla más, pero Oneka sabía que estaba ocultando algo.

Al anoecer, tras comprobar que doña María no había salido en todo el día, Oneka entró de nuevo en su celda, sin importar las malas palabras que pudiera dirigirle.

—Doña María... ¿os encontráis bien?

—Sí... —dijo con voz ahogada la del linaje de los Haro.

—Sé que no es verdad. Siempre habéis compartido conmigo toda emoción y cuita. Por eso os molesto... porque sé que algo grave os perturba y no queréis decirlo.

Doña María permaneció en silencio unos instantes, hasta que sus labios dieron voz a una mentira más llevadera que la verdad.

—Algunas niñas siguen haciendo mofas cuando me ven... Acompáñame a la escuela a partir de mañana...

—Desde luego, doña María —respondió la sirvienta, dejándola de nuevo en soledad, satisfecha por haber obtenido, al menos, una razón del estado de su señora.



La mente de la doncella hirvió esa noche en malos pensamientos y sentimientos aún peores. ¿Podía ser que, llegada a esa edad, representara tal tentación, que incluso un anciano se veía arrastrado a la lujuria al tenerla cerca? Tan solo podía hablar con Mahai, pero la abadesa ya le había advertido también de que las reclusas eran proclives a dejarse llevar por las bajas pasiones. Ciertamente, parecía no había nadie allí en quien pudiera confiar.

A partir de ese día doña María acudió a la escuela con el cabello recogido y cubierta con varias prendas, ceñido el brial hasta el cuello y bien enlazado en espalda y mangas. El maestro, viendo además que a su discípula la acompañaba de cerca su sirvienta, desistió en adelante de volver a intentar tocarla, aunque puede que ya hubiera obtenido de ella el placer que deseaba. Doña María también redujo casi a la mitad su ración de comida, deseando parecer menos noble y atractiva, y asemejarse más a una manceba del común que tuviera que trabajar a diario y no pudiera alimentarse como es debido.

Aun así, o tal vez por ello, el tiempo continuó transcurriendo como un tormento para ella; ni lo suficientemente veloz como para atisbar el momento de su partida, ni lo suficientemente lento como para dejar de temer que ya nunca podría regresar a Vizcaya, llegando a arraigar y fortalecerse en su mente la certeza, de que todos en su tierra la habían olvidado. Con cada salida y puesta del sol, le costaba más mantener la entereza, muriendo un poco más en su interior, la esperanza de abandonar algún día ese lugar repleto de mujeres castas y pobres.

Para evitar que esos razonamientos la llevaran por oscuras sendas plagadas de peores remedios, centró toda su atención en el estudio y en largos paseos alrededor del convento, siempre en soledad. Ya no hablaba tanto con Mahai, y cuando iba a verla, lo hacía por la ventana que daba al prado, y no desde el interior de la iglesia, para no ser vista por la abadesa, la priora, o alguna otra monja de la congregación. Ninguna de las dos tenía grandes nuevas que contarse, y a ninguna atraían las habladurías de los comunes de Bayona, de modo que el acicate que sentían en sus primeras conversaciones se había diluido hasta dejar paso al hastío.

A pesar de ello, ambas continuaban teniéndose aprecio, y habían sido de gran ayuda en el pasado la una a la otra por diferentes motivos, por lo que la manceba, aunque fuera una vez a la semana y ya conociera la respuesta, iba a verla para saber si necesitaba algo que su sirvienta no pudiera procurarle.

—Salud y gracia, Mahai —dijo doña María, una vez hubo llegado al ventanuco de la reclusa.

—Salud y gracia, doña María —respondió la mujer, asomándose al exterior—. Aunque parecéis escasa de lo primero. ¿Os encontráis bien?

—Sí... he pasado unas calenturas —mintió la del linaje de los Haro—. Pero ya me encuentro mejor.

—Lo celebro, ya pensaba que os habíais marchado.

—¿Marcharme? ¿A dónde?

—A donde vuestro destino os reclame, claro está.

—Mi destino y el tuyo se asemejan cada vez más.

—¿También vos habéis tenido una revelación?

—Sabes que no. Pero no hacen falta apariciones milagrosas para retenerme aquí. El milagro sería que alguien viniera a por mí.

Ederne y Maore, ocultas en unos matorrales lejanos, observaban a doña María y Mahai.

—¿Es ella? —preguntó Maore.

—Sí —respondió Ederne—, ya te dije que la veía a menudo caminar por aquí para hablar con la reclusa.

Mahai continuaba intentando consolar a doña María.

—Sois aún manceba —dijo la reclusa—. El año próximo cumpliréis los doce años. Decir que alguien se ha olvidado de vos, es como decir que han olvidado el apellido de los Haro. Debéis aquietar la mente o perderéis la cordura...

—Lo sé, pero cada día es más difícil. Siento que, a medida que pasa el tiempo, despierto malos pensamientos en los hombres... ¿Y si ocurre algo?... ¿algo al margen de mi voluntad, o me posee algún tipo de influjo?... ¿es tan fuerte el deseo de pecar como se dice?

—Se entiende que es mayor en los hombres que en las mujeres.

—La abadesa me dijo que la virginidad también se puede perder sin tener contacto carnal con otro hombre...

—¿No os hablaría de los íncubos y los súcubos? —preguntó alarmada Mahai.

—¿Los qué...?

—Íncubos y súcubos. Demonios con forma de hombre unos, y de mujer los otros. Se aparecen a las gentes y las poseen mientras duermen. —Doña María quedó petrificada al oír eso. De nada serviría que Oneka guardara la puerta de su estancia. Ni la sirvienta ni todas las huestes del mundo podrían protegerla de esa amenaza—. Pero no temáis, estáis en un lugar sagrado. Los íncubos no podrán penetrar hasta vos mientras estéis en el convento.

—Dices eso para tranquilizarme...

—Es totalmente cierto. Tal vez la abadesa se refería a que podíais perder la virginidad dejándoos llevar por el ardor de vuestros pensamientos...

—¿Y cómo haría eso?

—Bien... no lo sé seguro —mintió Mahai—, pero mejor así. Si no sabéis la manera, nunca podréis pecar.

—Sí, es verdad...

Doña María miró a la ciudad. Casi podía escuchar el bullicio en la plaza, el fragor de los artesanos en los talleres, los gritos de los pescadores en el puerto y las risas de los niños en las orillas del río.

—Todos parecen dichosos con lo poco que tienen —musitó la manceba.

—Porque no aspiran a nada más. ¿Tenéis entre ellos alguna amiga?

—No. Procuero ser cortés y tratarlos como iguales, como me aconsejaste, pero no tengo amigas allí. —Recordar esa verdad entristeció a doña María, que perdió el poco deseo de continuar hablando—. Debo irme. Salud y gracia, Mahai.

—Salud y gracia, doña María —respondió con melancolía la reclusa.

Antes de que pudiera entrar en el convento por la puerta de la iglesia, la del linaje de los Haro creyó escuchar que alguien la llamaba a gritos.

—¡Doña María! —escuchó con más claridad a su espalda. Al girarse, vio a Maore llegar a ella, sofocada y jadeando—. Gracias a Dios que os encuentro aquí...

—¿Qué te ocurre, Maore?

—Ha pasado algo... algo tan malo que no quiero confesarlo ni a prior o abad...

—¿Y vienes a verme a mí?

—Sí, porque solo vos podéis ponerle remedio...

—¿A qué tengo que poner remedio?

—Juradme por lo más sagrado que no hablaréis de esto con nadie del convento, ni con las monjas ni con esa alcahueta reclusa.

—¡Mahai no es ninguna alcahueta!

—Jurádmelo o no os diré nada, y creedme que os conviene y mucho, tomar parte en esto por la gran recompensa que podéis obtener.

—¿Y qué recompensa es esa?

—Una que tiene que ver con vuestra honra y donceller...

—¿De qué hablas? —preguntó doña María, tan sorprendida como irritada.

—Antes, juradlo...

—Está bien. Juro que no hablaré con nadie del convento sobre lo que me vas a confiar.

—Venid —dijo Maore, cogiendo a doña María de la mano y llevándola cerca del río—. Hace unos días, llegó a nuestra cabaña un clérigo. Por su aspecto parecía uno más de los que encontramos en el molino, sin ningún bien ni monedas, mendigando por un poco de pan y un rincón resguardado en el que dormir. Pero ese hombre me dijo ser un peregrino que volvía de Roma. Me mostró un valioso anillo de oro bendecido por el mismo Papa, el cual tiene la virtud de devolver la castidad y virginidad a las mujeres, por ligeras y casquivanas que sean.

—¿Es eso cierto? —preguntó con gran interés doña María.

—Sí, es por todos sabido que el oro bendecido tiene ese efecto milagroso. Tan solo con llevarlo en el dedo a la mañana siguiente de haber pecado, se recupera la virginidad. Yo le rogué que me lo diera a cambio de nuestra hospitalidad, y que podría llevarse del molino tanto grano como pudiera cargar en una acémila.

—¿Y te lo dio?

—Me dijo que antes debía tomar mi virginidad, y que sabría, por mi sangre, si merecía ese don...

—¿Tu sangre?

Maore se cubrió la cara con las manos y dio la espalda a doña María, simulando sentir vergüenza.

—Después de que me hubo deshonrado, me dijo que mi sangre no era noble, y que no me entregaría el anillo... Dios sabe a cuántas de las aldeas, tan estúpidas como yo, ha robado su doncelléz con esa artimaña...

—¿De veras te dijo que no lo merecías?

—Sí, y esta noche será la última que estará bajo nuestro techo. Es por eso que he venido a veros.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Vos sois una noble doncella. Una, como ese miserable nunca habrá visto. Vuestra sangre es mucho más valiosa que toda la de las mozas de Bayona junta. Si os entregáis a él, os dará el anillo, seguro.

—Mucho me estás pidiendo. Quieres que renuncie a mi mayor tesoro...

—Pero pensad en el galardón. Con ese anillo, nunca tendréis que preocuparos si caéis en pecado con un hombre. Con llevarlo, será como si nunca hubiera ocurrido...

Doña María meditó la propuesta. La tentación era grande, tanto, que le impedía pensar con claridad

—¿Y si después de yacer con él no me da el anillo? ¿Y si dice que mi sangre tampoco es digna? ¿Cómo puede saberlo realmente?

—Si dice que no sois una burguesa noble, entonces sabremos que es un embustero, y entre mi hermano y mi padre le quitarán el anillo y darán tal paliza, que obtendrá más limosnas que cualquier tullido por la lástima que dará a todo aquel con quien se cruce.

—De acuerdo, Maore. ¿Cuándo quieres que vaya a ver a ese peregrino?

—Hoy a medianoche. ¿Sabréis encontrar el molino?

—Sé dónde está...

—Hasta la noche entonces...

Al atardecer, la del linaje de los Haro, sin dar explicaciones, pidió a Oneka que la vistiera con un rico brial azul y una pelliza de armiño con brocados y bordada de plata.

—Doña María —dijo Oneka, no pudiendo soportar más la incertidumbre por el extraño actuar de su señora—, os lo suplico, decidme, ¿a dónde vais?

—Voy a poner fin a uno de mis mayores desvelos.

—Mi señora... ¿Maore o Ederne tienen que ver en esto?

—¿Cómo lo sabes?

—Permitid tan solo que os advierta. Si os ofrece vino, no lo probéis siquiera. Es muy fuerte el que tienen y un solo vaso os haría perder la consciencia.

—No lo haré.

Prometido aquello, doña María salió del convento como una furtiva, oculta por la oscuridad y bruma de la noche.

Recorrió una buena distancia de prado y bosque, buscando el sendero que debía llevarla al molino, pero la oscuridad confundió el recuerdo que tenía del lugar, y acabó desviándose. Cuando al fin logró encontrar el camino, se topó de bruces con un hombre que tiraba de una mula.

—Dios me guarde —exclamó él—. ¿De dónde salís?

—Voy a la casa del molinero, pero me he perdido. Nunca me había adentrado en el bosque por la noche ¿Sabes cómo se llega?

—La conozco como si fuera la mía. ¿Y qué vais a buscar allí?

—Tengo un asunto con un peregrino.

—¿Y qué asunto puede tener una doncella como vos con un peregrino?

—Juré no hablar de eso...

—Si no me lo decís, no os diré cómo llegar...

—Bien, en verdad juré no hablar de esto con nadie de mi convento. ¿Tú no sirves allí, verdad?

—Nunca lo he pisado.

—Entonces puedes saberlo. Quiero de él un anillo de oro.

—¿Un anillo de oro? ¿Creéis que un peregrino porta consigo tal joya?

—Sé que sí.

—No parecen faltaros buenas galas —dijo el hombre, escrutando a la manceba de pies a cabeza—. ¿Por qué os aventuráis por estos caminos en plena noche cuando podéis conseguir cualquier anillo en Bayona?

—Uno como ese, no. Es un anillo bendecido que tiene la propiedad de devolver la virginidad a quien la haya perdido.

—Por san Nicolás, que nunca oí hablar de semejante joya.

—Yo tampoco, pero bien vale el riesgo hacerse con él.

—¿Y qué le daréis a cambio del anillo?

—Mi... —Doña María titubeó. Ya había hablado demasiado con aquel desconocido en quien no podía confiar—... mi pelliza. Me ha asegurado que con eso se conformará.

—Que Dios os ampare entonces. Continudad este sendero hasta dar con un arroyo, cruzadlo, torced a la izquierda a los cuarenta pasos, y no tardaréis en ver el humo de una chimenea. Esa es la cabaña que buscáis.

—Que Dios te guarde, buen hombre —dijo doña María, partiendo en la dirección indicada.

—Que Él os guíe —respondió él, siguiéndola con la mirada mientras se alejaba.

En el granero, Maore yacía junto a un clérigo, que podría pasar por un hermano mayor.

—Buena amiga —dijo él—, desde hace una semana me retienes aquí, cautivo de tus promesas de amor. No como, no duermo, y apenas vivo. Por tu cuerpo ando tan maltrecho y dolorido que, si no te apiadas de mí, nunca volveré a sentir alegría. Así me muera, que quiero tenerte cuanto antes.

—Es cierto lo que dices y bien mereces que cumpla lo prometido, pero no quiero atenderte en este sucio lugar. Entremos en mi casa, y allí te complaceré.

—Pero si tu familia me descubre, ¿qué será de mí?

—Cerca de la entrada hay un gran arcón. Nos meteremos dentro y así quedaremos ocultos y se atenuaran nuestras voces. Y si por el vino que hemos tomado, grito o suplico que te detengas, no dudes en taparme la boca y tratarme como a una puta.

—Descuida, que no escaparás de mí.

—Cuando todos en la casa duerman, encenderé un candil y lo dejaré junto a la ventana. Entra entonces y métete en el arcón.

Acordado esto, Maore salió del granero, dejando solo y anhelante al joven clérigo.

Doña María divisó la cabaña, acercándose con sigilo. No veía luces ni oía ninguna voz. Era como si estuviera deshabitada. Temiendo encontrarse en el lugar equivocado, comenzó a otear el interior a través de las ventanas, entreabriendo una y husmeando en la oscuridad. De improviso, apareció ante ella el rostro de Maore. Doña María retrocedió sobresaltada y cayó de espaldas, aunque logró evitar chillar.

—Llegáis tarde —dijo Maore, asomada al exterior, mirando por doquier—. Pasad antes de que mi padre nos descubra.

Entre la espesura del bosque, unos ojos observaban la escena. El hombre con el que doña María se había topado y hablado mucho e ingenuamente, la había seguido. Cuando se aseguró de que la dama hubo entrado en la casa y no había nadie más merodeando por el lugar, abandonó el follaje y se aproximó a la cabaña.

—El peregrino no tardará en llegar —advirtió Maore, sirviendo a doña María una copa de vino a la luz de una vela—. Tomad, bebed esto. Os hará despreocupada y evitará que os arredréis llegado el momento.

Doña María, recordando la advertencia de Oneka, simuló beber de la copa, pero solo se mojó los labios, tirando la bebida a un rincón en cuanto Maore apartó la mirada.

—Meteos en este arcón —dijo Maore, abriendo el baúl—. Al cerrarse, nadie os oirá. Aquí ambos podréis daros lo que más ansiáis.

—Pero...

—Chsss —dijo Maore, llevándose un dedo a los labios—. Oigo pasos. Escondeos ahora.

Maore empujó a doña María dentro del arcón, cerrándolo. Cogió después el candil y fue a la entrada para ver qué o quién rondaba en el exterior. Antes de que pudiera asomarse, la puerta se abrió, viendo de frente al hombre con el que doña María había hablado en el bosque.

—Padre —balbuceó Maore, que palideció al momento.

—¿Qué haces despierta? —preguntó Luken, el molinero.

—He oído ruidos y creía que habría algún raposo merodeando...

—Más temo a las zorras que a los zorros —dijo él, con una mirada de desconfianza, yendo a su cuarto.

Maore dejó el candil en la ventana como había acordado con el clérigo, después, se fue también a su habitación.

—Me he encontrado a una doncella —gruñó el molinero a su esposa—. Venía del convento de las monjas.

—¿Se había perdido? —preguntó la mujer.

—Estaba buscando nuestra casa. Dice que viene a ver al clérigo que lleva una semana en el granero.

—¿Para qué? ¿No le bastan para confesarse los clérigos que hay en Bayona?

—No le busca para confesarse, sino para comprarle un anillo de oro.

—¿Al clérigo?

—Eso me dijo, pero escucha, dice que ese anillo tiene el poder de devolver la virginidad a la mujer que se lo ponga.

—¡Santo Dios!

—Y, además, que podía conseguir tamaña maravilla por unas pieles de armiño. Si esa joya existiera, no se vendería ni por cinco mil libras de plata.

—¿Y esa doncella, está aquí ahora?

—Lo está. Seguro que esto es cosa de la endemoniada de tu hija. Esta noche estaré atento para saber en que acaba este asunto. No quiero que bajo nuestro techo se hagan tratos tan extraños.

El clérigo vio al fin en la ventana la luz prometida, sintiendo mayor gozo que si fuera la llama de un faro, y él, quien gobernara un navío en una noche tempestuosa. El seso parecía haberse derretido en los cráneos tanto del religioso como de doña María, ambos prestos a caer en un gran engaño.

La del linaje de los Haro sentía que le costaba respirar, pero no por la falta de aire, sino por saber que uno de los momentos más anhelados y temidos, iba a transcurrir con un desconocido, dentro de un baúl, en la cabaña de un molinero. No deseaba tener ese recuerdo ni sería algo de lo que enorgullecerse, aunque, después de todo, ¿qué era lo que realmente estaba en su mano? ¿Cuántas cosas de las que le habían sucedido en su corta vida, habían sido elección suya? Respiró hondo e intentó calmarse, pensando en la recompensa que le aguardaba tras ese sacrificio.

De no mucha mayor serenidad gozaba el clérigo, que había bebido más de lo que debía, y tambaleante, entraba ahora en la casa. Como Maore le había prometido, frente a la entrada había un gran arcón en el que sin dificultad podían acostarse dos personas adultas. Con la respiración agitada por la excitación, se quitó sus harapos, quedando desnudo. Abrió con cuidado el baúl, y, a pesar de la oscuridad, vio que dentro había una manceba de pelo largo y brillante.

—Buena amiga, no me has mentido al decir que te encontraría aquí.

El clérigo metió un pie, con cuidado de no pisar a la que, creía, era Maore.

—Espera —dijo doña María, antes de que pudiera entrar por completo—, muéstrame antes el anillo...

—¿El anillo? No sabía que planeabas que esta fuera nuestra noche de bodas...

—No te burles de mí. Si quieres mi virginidad, antes deja que me ponga el anillo.

—Maore —dijo el clérigo, entrando por completo en el arcón y tumándose junto a doña María—, yo no te he hablado de anillo alguno... no al menos estando sobrio.

—Yo no soy Maore. ¡Y muéstrame el anillo o déjame salir de aquí!

—No, pequeña embustera. Voy a tomar de ti todo lo que quiero.

El clérigo cerró el arcón y desgarró la pelliza de doña María, sujetando su pequeño cuerpo y besándola en cuello y hombros.

—¡Suéltame! —gritó doña María—. ¡Déjame salir!

El peregrino la puso de espaldas a él, aprisionándola y apretándola contra sí, mientras continuaba besándola.

—Por todos los santos... que piel tan sueva tienes... muéstrame ahora tu tesoro —dijo él, rasgando también el brial de la doncella.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Señor, no permitas esto!

En ese momento, la tapa del baúl se abrió. El molinero cogió del bello al clérigo y lo sacó del arcón.

—¡Desgraciado beato! —gritó Luken, el padre de Maore—. ¡No tomarás nada de aquí sin aclarar este asunto! ¡¿Qué hay de ese anillo?!

—¡Ay de mí! —exclamó el clérigo, que perdió la excitación al tiempo que recuperó de golpe la sobriedad—. ¡No sé de qué anillo me habláis!



—Tienes suerte de que no sea mi hija la que está aquí, porque os molería a palos a los dos.

Doña María se cubrió como pudo con su vestimenta rota, saliendo del arcón y de la cabaña como si la persiguiera el mismo diablo, sin decir palabra ni mirar atrás.

Corrió por el prado con frenesí, sin saber a dónde le llevaban sus pasos. Solo quería huir, alejarse de aquel lugar y de esas personas. Atravesó el claro lo más velozmente que le permitían sus pequeñas piernas, con los miembros convulsos y el rostro lleno de lágrimas y desencajado. Cuando iba a penetrar en el bosque, de entre ramas y arbustos surgió una oscura silueta que se interpuso en su camino. Doña María gritó, no sabiendo si aquel ser podría ser un fauno, un íncubo, un lobo o cualquier otra criatura.

—Doña María, soy yo, Oneka —dijo la sirvienta, tomando por los brazos a su señora, que parecía a punto de desmayarse.

—¿Oneka?... ¿qué haces aquí? —preguntó doña María con gran agitación a la par que alivio.

—Mi señora. Temerosa por no saber a dónde ibais ni con quién andabais, os he seguido hasta aquí. Decidme, ¿qué os ha ocurrido?

—Nada... no ha ocurrido nada... Vámonos de aquí. Tenemos que volver a Saint Bernard.

—Sí, doña María. Volvamos. Conozco un atajo.

No tardaron señora y sirvienta en regresar a la seguridad del convento. Oneka lavó el rostro a doña María y le limpió el cabello. La del linaje de los Haro luchaba por ocultar su trauma y consternación, con la mirada perdida en el suelo, en el que parecía ver abrirse abismos de fuego. No había hablado en todo el camino, y ni tan siquiera mientras era acicalada. Solo abrió la boca cuando su sirvienta se dispuso a dejarla a solas.

—Oneka —susurró la dama—... quédate y duerme conmigo esta noche.

—Desde luego, mi señora —respondió la sirvienta, metiéndose en la cama con la manceba—. Doña María, sabéis que podéis confiarme cualquier cosa que os perturbe o que os suceda. Jamás seré un juez para vos. Mis labios quedarán tan sellados como si fuera un obispo que os oye en confesión. Y ni aún bajo tormento me arrancarían ni una palabra ni pensamiento que haya partido de vos.

—No ha ocurrido nada, Oneka —musitó doña María, que quería desahogarse contándole lo ocurrido, pero, al mismo tiempo, se avergonzaba en extremo de ello—. Es solo que... Mahai me ha hablado de demonios que llegan durante la noche...

—¿Demonios?

—Íncubos... Ahora, solo quiero dormir...

—Sí, doña María. Descansad, que yo os velaré.

Oneka pretendía pasar la noche guardando a su señora, para evitar que, nadie, hombre o demonio, entrara en la estancia y la forzara, pero no pudo resistir más de una hora antes de caer profundamente dormida. La que no logró conciliar el sueño fue doña María. En su mente, recordaba una y otra vez lo que acababa de sufrir y las consecuencias que podía acarrearle.

La del linaje de los Haro desatendió aún más su aspecto desde ese día, no dejando que la peinaran ni asearan por las mañanas. Cuando hacía gran calor, buscaba un lugar recogido y apartado y, allí, se descubría los hombros, espalda y piernas, mostrando también el rostro al sol, para que su piel dejara de ser blanca y suave y se asemejara más a la de una campesina.

Oneka y Juana veían con impotencia cómo, día a día, su señora se deterioraba mental y corporalmente. Cuando iban a la plaza, compraban los mejores y más saludables alimentos para que los tomara en su celda, ya que apenas comía en el refectorio, pero su apetito disminuía junto con sus ganas de vivir.

Una mañana en la que las criadas de doña María hacían compras en el mercado, Oneka vio a Maore hablando con Ederne a las puertas de la posada.

—Algo grave han hecho a doña María —dijo Oneka, mirándolas desafiante.

—¿Quiénes? —preguntó Juana.

—Esas dos... Óyeme, siempre guardo celosamente lo que veo y oigo de doña María, pero no puedo seguir haciéndolo. La noche que salí del convento, no fui a verme con ningún muchacho, como te dije. Salí porque vi marcharse a nuestra señora.

—¿Marcharse? ¿A dónde? ¿Se ve ella con algún hombre?

—La seguí hasta la cabaña del molinero. Allí vive Maore. Entró como una ladrona y, al poco, salió despavorida, con la ropa rasgada y aterrizada como nunca la había visto.

—¿Qué le ocurrió?

—No quiso decírmelo. Sabes que cada vez es más reservada.

—¿Crees que pudieron forzarla? —preguntó Juana, espantada.

—No lo creo. Si así fuera no habría podido correr como lo hizo...

—Entonces, ¿qué sucedió en esa cabaña?

—No lo sé. No quiso decir nada, por mucho que le imploré. Al regresar, tan solo pidió que durmiera con ella. Me dijo que temía a los demonios de la noche.

—¿A los íncubos?

—Los mismos.

—¿Crees que pudo ser engañada para participar en algún ritual diabólico? ¡Quién sabe las artes mágicas y hechicerías que practican las gentes de las villas! Una doncella como doña María puede ser ofrenda codiciada para cualquiera que tenga tratos con el Maligno.

—Si es así, debemos tenerla siempre vigilada, y aunque chille y nos regañe y golpee, no dejarla nunca salir por la noche ni adentrarse en el bosque. Si la han ofrecido a algún ícubo y logrado huir, tal vez vuelva a por ella para reclamarla.

—¿Pero qué podemos hacer nosotras contra semejante poder?

Oneka conocía la respuesta desde hace días, y su propósito era firme.

—Saberlo todo de esos seres.

—¿Cómo?

—Mi confesor me dijo que hay dos teólogos que escribieron sobre los ícubos. Sus nombres son: Tomás de Cantimpré y Guillermo de Auvernia, y sus obras están entre estos muros... en la biblioteca.

—Entonces debemos buscar esos libros mañana.

—No —dijo tajante Oneka—. En este convento hay muchos ojos. Si nos vieran buscando esos libros, despertaríamos recelos. Debemos ir a la biblioteca esta noche.

Oneka y Juana se dirigieron con gran sigilo a la biblioteca, alumbradas por dos cirios. Abrieron la puerta con sumo cuidado para que el chirriar de las bisagras no las delatara, entrando a hurtadillas, pisando como si temieran hendir los maderos del suelo. Ante ellas, espectral y amenazante, se mostró una amplia y lúgubre sala en la que había decenas de grandes estantes, rebosantes de pergaminos y libros de diversos tamaños y grosores. Si con la luz del día ya les habría llevado tiempo encontrar los textos de esos dos sabios, en medio de aquella oscuridad, la tarea se tornaba mucho más compleja.

—Separémonos —dijo Oneka—. Las obras que necesitamos se llaman *De Universo* y *Bonum universale de apibus*. Tú busca —Oneka dejó de hablar al ver incompreensión en la cara de su compañera, y recordó que no era tan instruida como ella—... tú busca solo un libro en el que destaque la palabra «Universo».

—Bien... —asintió Juana, algo avergonzada, por temer que no sería de gran ayuda en esa tarea.

Las sirvientas se separaron, perdiéndose entre la multitud de volúmenes y conocimiento centenario que albergaba ese lugar. El terror podría cundir ahora en cualquiera que entrara allí, pues vería dos siluetas femeninas vestidas de blancas telas vagando en silencio, alumbradas por una pequeña vela, como almas en pena.

Transcurrida aproximadamente media hora, Oneka se detuvo ante un gran libro cuyo título le resultaba familiar.

—Mira esto —susurró Oneka, sabiendo que Juana estaba cerca, sacando el libro y sentándose en el suelo—. Es la *Suma de teología* de santo Tomás de Aquino... Qué magna obra.

—Desde luego, es magna —dijo su compañera, impresionada por el tamaño del volumen—. Leerlo nos llevaría toda la noche...

—Necesitaríamos años dedicados a su estudio y ni aun así comprenderíamos todo su saber. —Oneka leyó durante varios minutos las páginas, buscando algo que pudiera arrojar luz sobre los males que aquejaban a su señora—. Aquí: «Pero aun suponiendo que alguna vez nazcan hombres de una unión habida con los demonios, no son engendrados por un principio vital del demonio o por el cuerpo que lleva unido, sino que ha sido tomado de algún hombre para tal objetivo. Esto es lo que sucedería, por ejemplo, si el demonio se hace súcubo ante el hombre, e íncubo ante las mujeres, ya que también toman las semillas de algunas cosas para engendrar cosas distintas»

—¿Quiere decir —preguntó Juana—, que los demonios adoptan forma femenina para tomar la semilla de los hombres, y luego cuerpo de varón para así fecundar con ella a las mujeres?

—Sí, eso hacen este tipo de demonios...

—Pues debemos encontrar la forma de alejarlos o combatirlos.

—¿Qué crees que hacemos aquí? —respondió Oneka, conteniendo a duras penas su exasperación, prosiguiendo al poco la lectura—. «Por eso, Agustín, en el libro *De divinatione daemonum*, dice: “Los demonios a veces descubren con toda facilidad las disposiciones de los hombres, y no solo las que manifiestan de palabra, sino también las concebidas en el pensamiento, porque en el cuerpo se refleja el estado del alma”».

—Oneka, eso me asusta. ¿Crees que doña María esta predispuesta en su interior a tener tratos con demonios?

—Sé que no, pero, aunque así fuera, es nuestro deber impedirlo... deja que siga buscando. —Durante buen tiempo, Oneka continuó leyendo, sin obtener el fruto deseado—. Aquí hay objeciones y respuestas a muchas cuestiones valiosas... razones seminales, cuerpos celestes... pero no los remedios que necesitamos.

—Sigamos buscando entonces...

Ambas criadas retomaron la labor. Oneka confiaba en que la Providencia guiara sus pasos e hiciera que sus ojos dieran con las obras buscadas, ya que, en el fondo, no creía que su compañera fuera de ayuda. Al poco tiempo, por fortuna y para su sorpresa, comprobó que estaba equivocada.

—¡Aquí! —exclamó con satisfacción Juana, deteniéndose ante un libro de menor tamaño que el de santo Tomás—. ¿Es este uno de los que buscamos?

Oneka corrió hasta ella, sumando la luz de su vela a la de su cómplice, para así poder ver mejor y leer las letras del lomo de cuero.

—*Thomae Cantipratani S. Theol. Doctoris, ordinis praedicatorum, et episcopi...*

—¿No es el que buscamos?, pone algo así como *apibus* —dijo Juana, señalando el texto—... recuerdo que dijiste esa palabra.

—Deja que termine de leerlo —replicó Oneka, irritada—. *Suffraganei cameracensis, bonum universale de apibus...* ¡Este es!

—Bien, ábrelo y lee...

Oneka no necesitaba que le dijera lo que debía hacer, pero ya que Juana había encontrado ese ejemplar, decidió ser indulgente y tener paciencia con ella, más, al menos, de la que mostraba habitualmente. Recorrió con su dedo índice y ojos, las líneas, signos y páginas, en busca de las palabras deseadas, pero no las hallaba. Juana disimulaba peor su ansiedad que Oneka, que solo se centraba en el libro, mientras que la primera lo hacía en las sombras o ruidos que creía ver y oír a su alrededor. Dos horas transcurrieron sumidas en la obra de Tomás de Cantimpré, cuando, después de rastreadas, más que leídas, cerca de quinientas cincuenta hojas, Oneka no pudo reprimir exhalar un grito de alegría.

—¡Sí! —chilló, olvidando la discreción que debían guardar.

—Baja la voz...

—Ya estaba perdiendo la esperanza.

—Yo la había perdido hace tiempo...

—Podías haber seguido buscando la obra de Guillermo de Auvernia en vez de estar aquí...

—Te estaba ayudando. Sin mí, habría llegado el alba y aún seguirías sin encontrar nada. Vamos, lee...

—*De daemonibus incubis...* a saber: Sobre los demonios íncubos.

—Eso ya lo comprendo... Traduce el resto.

—«Los demonios íncubos... actúan de la siguiente manera... Los demonios íncubos atacan sexualmente a las mujeres en su lecho, así lo hemos escuchado en confesión en varias ocasiones»

—¡Aquí! —gritó Juana, aterrada, señalando lo que venía a continuación—. ¡Pone *virgine!*

—Baja la voz —la reprendió Oneka que, en el fondo, también luchaba por mantener la serenidad—. Dice: «La virgen afligida por el íncubo».

—Oh, Señor —musitó trémula Juana, santiguándose, mirando a su alrededor, pareciéndole la biblioteca mucho más lúgubre y amenazante de lo que ya era de por sí—. Es el peor momento y lugar para leer sobre esto. Lo que daría porque nos alumbrara la luz del sol. No sé por qué te he escuchado...

Durante una hora, Oneka continuó la lectura de la obra de Tomás de Cantimpré, y Juana, la búsqueda de la de Guillermo de Auvernia. La

vista se le nublaba a Oneka y el cuerpo y la mente le pedían descanso. Sus párpados eran cada vez más pesados, cayendo sobre unos ojos que deseaban cerrarse. Pero el deber para con su señora estaba por encima de cualquier debilidad.

—Juana, trae más cirios de la iglesia —mandó Oneka, viendo menguar su vela y sentir cada vez más en su mano el calor de la llama y la cera derretida.

La sirvienta dudó. No le agradaba caminar sola por aquellos pasillos y, menos aún, atravesar el claustro y adentrarse en el templo; pero, para ella, el deber estaba también por encima del temor, por muy cierto o irracional que fuera.

Juana caminó silenciosa a la par que velozmente, atravesando las estancias sin dejar de mirar a su alrededor. Entró en la iglesia, cogió de los candelabros las dos velas más grandes que había, y regresó rauda junto a su compañera. Entró en la biblioteca, aliviada en parte, pero, a pesar de la escasa luz que había en el lugar, le pareció ver como si una sombra se ocultara de ella, a su derecha, tras un estante.

—¿Oneka? —susurró.

—Estoy aquí —respondió la criada, desde unos diez pasos de distancia.

—Creo que... he visto algo...

—¿Te han descubierto? —preguntó Oneka, llegando hasta ella.

—No... he visto algo ahí —contestó Juana, señalando el lugar en el que creía haber observado la aparición.

Oneka encendió los cirios con la llama agonizante de su vela, tomó de la mano a su compañera, y ambas caminaron con paso vacilante en busca de lo que fuera que pudiera estar acechándolas.

—Ahí —señalando nuevamente la esquina de una estantería—. Creo que está ahí.

Oneka, con gran determinación y recordando que en el fondo no estaban haciendo nada merecedor de castigo, aunque sí algún reproche, dobló la esquina, empuñando la vela y su llama como si fuera un crucifijo protector frente a algún demonio, o una daga contra un asaltante. Pero allí, no había nadie.

—Estamos solas, Juana.

—Gracias a Dios...

—Sigamos buscando —mandó Oneka, retirándose.

Pero en ese mismo lugar, otra cosa llamó la atención de Juana.

—Oneka, mira —dijo la criada, alumbrando el lomo de un libro que tenía justo frente a ella, a la altura misma de sus ojos—. Aquí pone... *Guilielmi Alverni*... ¿es el que buscamos?

Su compañera se acercó, alumbrando también el volumen y sacándolo para poder leer el título.

—*Guilielmi Alverni* —recitó con satisfacción Oneka—, *episcopi parisiensis, mathematici perfectissimi, eximii philosophi, ac theologi praesantissimi, opera omnia...* ¡Este es!

—Pero aquí no dice nada de ningún universo.

—Este libro contiene todas sus obras. El *De Universo* es una de ellas...

Las criadas colocaron el libro en una mesa y se sentaron para poder estudiarlo mejor. Con gran cuidado y satisfacción, comenzaron a pasar sus páginas. Tras las primeras cuarenta, la emoción continuaba latente. Llegadas a las cien, comenzaron a impacientarse. Cuando ya hubieron repasado más de cuatrocientas, fue la desesperación la que afloró.

—¿Seguro que lo que necesitamos está aquí? —preguntó Juana.

—Sí, cállate y sigue buscando...

Juana apartó a su compañera, cerró el libro, le dio la vuelta y lo abrió de nuevo por el final, leyendo desde la última página en orden inverso.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Oneka, sorprendida.

—Encontrar lo que necesitamos. Es como si este sabio se estuviera burlando de nosotras, habiendo escrito al final de su libro lo que necesitamos... ¿Qué pone aquí? Es el último capítulo, el veintiséis... Lee el título.

—*Utrum daemones habeant propria nomina, & de deceptionibus circa...*

—No es lo que buscamos...

—Déjame leerlo entero.

—¡No es lo que buscamos! —espetó Juana, mostrando por primera vez un temperamento y determinación que ni ella sabía de donde procedía, quedando tan sorprendida la una como la otra.

—De acuerdo —dijo Oneka, apocada—, sigue...

Juana retrocedió dos páginas más, y como si ante ellas se hubiera aparecido un arcángel o cualquier santo, su rostro su iluminó de felicidad por lo que vieron escrito en el capítulo veinticinco.

—¡Mira! Pone *incubis & succubis* —exclamó Juana, con regocijo.

—¡Sí! Esto es lo que buscamos. —Se sumó al alborozo Oneka—. Oh, Señor. El penúltimo capítulo de la última parte del libro. Parece una burla macabra.

—Vamos, lee. No perdamos más tiempo. Las monjas pronto se levantarán para los maitines.

—*De daemonibus incubis, & succubis* —leyó Oneka—, *& utrum generarepossint, & de aliis visionibus circa hoc.*

—No lo leas, tradúcelo...

—Primero tengo que leerlo...

—Pues lee en silencio. Me exasperas.

—Tú me exasperas a mí. Así no me ayudas.

—Yo he encontrado el libro.

—Por casualidad o porque una sombra te ha guiado a él...

—No pierdas tiempo y tradúcelo.

Oneka comprendió que debía morderse la lengua y aquietar sus impulsos. Nada bueno les traería caer en ese momento en una de sus habituales riñas.

—«Sobre los demonios íncubos y súcubos, y si pueden engendrarse, y sobre otras visiones acerca de esto... Es muy conveniente investigar profundamente sobre los espíritus malignos, los cuales se llaman usualmente íncubos o súcubos... empezaré aquí, con ayuda de Dios, y diré que son concupiscentes y libidinosos, siendo famosa la fecundación procedente de ellos, haciendo creíble los testimonios de varones y mujeres, los cuales han testificado y afirman todavía, haber padecido sus engaños, molestias y maldades, así como también las violencias de la sensualidad de los mismos».

—No necesitamos que nos diga qué son, sino cómo combatirlos.

—Aguarda... «Los espíritus de este tipo no emiten el semen desde el vaso de la generación, sino que lo aportan desde otro sitio, y lo emiten engañosa y fantásticamente, no según la verdad, dado que no sale de ellos mismos, puesto que ni en ellos mismos puede estar. Digo contra esto, que no hay ninguna voluptuosidad de conjunción, ya que la voluptuosidad del concúbito consiste principalmente en la efusión del semen, pero no hay ninguna voluptuosidad libidinosa en la transmisión del semen que estos procuran. Es más, si ellos tienen concupiscencia y un ardor carnal tan grande de voluptuosidad, ¿por qué no se enardecen más hacia la especie propia que hacia la ajena, dado que hay mayor hermosura en la especie propia que en la especie de mujeres y de hombres?».

—No entiendo nada —interrumpió nuevamente Juana—. ¿Qué importa por qué los íncubos actúan así o no? Lo importante es poner remedio a sus actos.

—Este hombre es un sabio. Lo que hace es rebatir las opiniones de otros sabios anteriores.

—¿Por qué?

—Eso hacen los sabios. Discuten entre ellos. Deja que siga. «No hay duda, por lo tanto, de que es posible, más aún, fácil para los demonios, hacer algunas inspiraciones o insuflaciones en las matrices de las mujeres, cuando las engañan con el célebre concúbito ficticio. Y acerca de los sémenes de algunos animales que se aplican convenientemente a la generación junto con semen humano, te haré saber un único ejemplo conocidísimo. Sabrás pues que, en la provincia de Sajonia, cierto oso raptó a la esposa de un soldado y se la llevó a una cueva en la que habitaba. Allí la tuvo muchos días y años y engendró hijos de ella, los cuales, liberada



después la mujer y devuelta a su marido, vivieron con la misma mujer, y después se hicieron soldados. Y aunque eran hombres verdaderos, de su naturaleza ursina aparecía en ellos esto: que sus rostros venían a semejarse un poco a los de los osos, y recibieron el sobrenombre del padre, a saber, oso, por el que habían sido engendrados, y fueron llamados *ursinos*».

—¡Esto es ridículo! —gritó Juana—. ¡Hemos perdido el tiempo!

—Serénate —pidió Oneka—. Aún resta la mitad del capítulo.

—¡Y habrá más divagaciones y retórica inútil! —chilló Juana aún más fuerte, cogiendo el libro y tirándolo al suelo.

El golpe retumbó en toda la biblioteca. La sirvienta comenzó a llorar y a respirar agitadamente, presa de un ataque de ansiedad. Oneka ya no sabía qué decir para tranquilizarla, por lo que prefirió abandonar la misión por esa noche.

—Mañana regresaremos... ahora ya sabemos dónde está lo que buscamos.

—Sí —susurró Juana, procurando calmarse—. Será lo mejor.

Las dos sirvientas dejaron la biblioteca. Pero, en ese lugar, oculta en la oscuridad, había estado alguien más. Una novicia las había seguido, permanecido a su lado como una sombra y escuchado todo lo hablado.

A la hora Tercia, la abadesa avanzaba por el claustro seguida por la priora y la novicia delatora. Las tres religiosas entraron en la celda de doña María, encontrándola echada en la cama.

Presentaba un aspecto descuidado, con el cabello encrespado y la tez morena.

—¡Miradla, madre! —dijo la novicia, señalando a la del linaje de los Haro—, cómo muda su apariencia. Desea satisfacer al diablo y convertirse en una de sus siervas.

Doña María se despertó e incorporó a duras penas, sobresaltada por la repentina irrupción.

—No —contestó la abadesa—. El mal que la aqueja es muy terreno, no obra del Maligno. Sin duda, su deplorable estado responde a la culpa que siente por algún pecado cometido. Pero es cierto que esta manceba poco tiene que ver con la criatura que se nos encomendó.

—Confesadlo, doña María —intervino la priora, acercándose a la dama—. Reconoced que habéis pecado.

—No puedo hablar de ello —susurró con amargura la manceba—. Yo no quería pecar...

—Hemos sido demasiado indulgentes con vos —dijo la abadesa, viendo confirmadas sus sospechas—. Os hemos dado mucha libertad y privilegios. Y ahora nos obligáis a confinaros y trataros con más dureza.

El alboroto despertó también a Juana y Oneka, a pesar del sueño que arrastraban. Las sirvientas se asomaron al pasillo. Al ver abierta la puerta de la estancia de doña María, y varias voces surgiendo de ella, se vistieron para ir junto a su señora.

—Yo no quería pecar —repitió la del linaje de los Haro, entre lágrimas y con voz ahogada.

—Pero caísteis en la tentación —dijo la priora—. Y habéis manchado por siempre vuestra honra y profanado este santo lugar.

Oneka y Juana entraron en la celda, yendo al lado de su señora, siendo ignoradas por las religiosas.

—No permitiremos que vuelva a ocurrir —continuó la abadesa—. A partir de hoy no abandonaréis el convento, y siempre que salgáis de vuestra celda os acompañará una monja. Y para refrenar vuestros instintos y deshonestas voluntades, ayunaréis hasta que Dios decida que habéis purgado el mal que lleváis dentro. Tan solo beberéis agua y comeréis una ración de pan al día...

—Pero, abadesa —dijo Oneka.

—¡Silencio! —mandó la religiosa, encarándose con las sirvientas—. A buen seguro, vosotras habéis sido cómplices y encubridoras de los desmanes de vuestra señora.

—No podéis obligarla a ayunar... —protestó tímidamente Oneka.

—El ayuno es un escudo impenetrable contra todas las tentaciones —habló aquí la abadesa—; un refugio saludable en toda tribulación; un apoyo indestructible para nuestra oración. La castidad no está asegurada sin el ayuno y no se puede conservar la castidad sin una gran contrición de corazón y penitencia corporal. —Se acercó entonces a doña María, hablando con voz alta y tono severo—. Rebelaos contra vuestra propia fragilidad. Ayunad, flagelaos, arrojaos al agua helada y orad. Frotaos con ortigas para sofocar el fuego interior metiendo otro en la piel. Haced lo que sea necesario para que cese de arreciar vivamente en vos el libidinoso espíritu de la fornicación.

Tras esas amonestaciones, las religiosas se retiraron, dejando sola y más abatida aún a la del linaje de los Haro.

Las amenazas no tardaron en cumplirse. Doña María no pudo en adelante hacer nada más que pasear, orar y guardar ayuno. Ni la lectura de textos que no fueran los Evangelios, ni otras labores, le fueron permitidas. Durante las dos primeras semanas solo salió de su celda para caminar por el claustro o el huerto. Pasado ese tiempo, las fuerzas y el ánimo la fueron abandonando, no dejando ya la estancia. Los ojos de los pocos que la contemplaban eran testigos de su agonía, constreñida por el remordimiento más que por la falta de alimento, mientras la abadesa y la priora se turnaban para sermonearla cuando reposaba en su cama.

—Pensad en el terror del día en el que, desatados los elementos, se estremecan las fuerzas del cielo —recitaba la abadesa—. Se abrirán las puertas de los Infiernos y quedarán manifiestas todas las cosas ocultas. Llegará el juez airado desde lo alto, enardecido de furor y montado en el carro de la tempestad, para vengarse en su cólera con la desolación del fuego. Bienaventurado el que esté preparado para salir a su encuentro. Desgraciadas entonces las almas que ahora se manchan con lujurias, se entregan a la avaricia y se enorgullecen en sus soberbias, porque saldrán los ángeles para separar a los malos de los buenos, colocando a estos a la derecha y a los otros a la izquierda...

Una noche, Oneka entró con sigilo en la celda de su señora, portando algo oculto entre sus ropas que sacó con cuidado. Doña María permanecía echada, moviendo los labios como si orara o hablara con algún ser invisible. Pudiera ser que ya hubiera enloquecido.

—Mi señora... la sirvienta de Mahai me ha dado esto para vos.

—No lo quiero... No quiero nada del mundo.

—Pero me dijo que os lo prometió. Son poemas.

—No quiero oír más *fabliaux*.

—No son *fabliaux*... son *lais*...

—¿*Lais*?

—Cantos originarios de Bretaña. Estos que os traigo fueron escritos hace más de cien años por una mujer que responde al nombre de María de Francia. Son poemas de otro tiempo; un tiempo más galante y cortés que este que nos ha tocado vivir.

—¿Y por qué leerlos? ¿Para tener aún más presente lo miserable de nuestros días? Ese tiempo ya no existe...

—Pero si una vez existió, podemos conservar la fe en que es posible traerlo de vuelta, y tal vez vivir otros igual o más dichosos todavía... Vuestro cuerpo está retenido aquí, en esta lóbrega celda, pero vuestra mente no conoce de muros... Yo os los leeré, si os place.

—Bien...

Oneka se sentó junto a doña María y comenzó a leer.

—«Si habéis sido bendecidos con los dones de la elocuencia y una hermosa erudición, no debéis ocultarlos ni callar nada. Al contrario, es vuestro deber hacer públicos vuestros talentos. Aquellos que deseen domoñar sus vicios deben afanarse en el estudio. Solo la poesía puede liberarnos del miedo y el dolor».

—No necesito que tú también me sermonees —la interrumpió doña María—. No soy yo quien para recitar poemas ni trovar, y ya no sé qué más hacer para purgar mis males...

—No os lo decía a vos, doña María... Los *lais* de María de Francia comienzan así...

—Oh... continúa entonces...

—«Por ello, pensé en escribir los lais que había oído desde niña. No quisiera olvidar jamás esas maravillosas aventuras. Decidí, pues, rimarlos y convertirlos en poemas. Mucho tiempo y noches en vela me ha llevado semejante empeño».

—Comienza ahora con el primero, Oneka, antes de que algunos oídos entrometidos te descubran y alerten a la abadesa...

—Sí, mi señora: «¡Oíd todos, quien habla es María! Mientras sus poemas vivan, no será olvidada. Las gentes deben alabar a los sabios y a quienes hablan bien de ellos, pero cuando en algún lugar surge un hombre o mujer de gran talento, los envidiosos siempre intentan disminuir sus méritos. Obran entonces como un mal perro cobarde de los que muerden a la gente a traición. Pero no quiero desviarme de mi propósito, aunque me lo recriminen los maldicientes y burlones. ¡Están en su derecho de renegar!»

Los relatos que sé verdaderos, de los que los bretones han hecho lais, os narraré con brevedad. Comenzaré esta obra mostrándoos una aventura que acaeció en los tiempos antiguos en Bretaña la Menor.

En aquella época gobernaba el rey Hoilas, conociendo tanto épocas de paz como de guerra. Ese rey tenía por vasallo un barón que era señor de León, llamado Oridial. El rey confiaba mucho en él y le tenía en gran estima, pues era caballero noble y valeroso. Oridial tuvo dos hijos con su esposa: una bella niña, que recibió por nombre Noguent; y un niño, al que llamaron Guigemar. Se decía que no había en el Reino ninguno más hermoso. Su madre lo amaba mucho y también era apreciado por su padre Oridial, que cuando pudo alejarlo de su tutela, lo envió a servir al rey Hoilas.

Por su prudencia y valor se ganó el afecto de toda la Corte, y al llegar el tiempo en el que tuvo edad cumplida, el rey lo armó caballero y pertrechó ricamente y a su antojo.

Guigemar, tras hacer ofrendas y dádivas en abundancia, marcha a Flandes en busca de fortuna y gloria, pues allí se libran constantes duelos y batallas. Ni en Lorena, Borgoña, Anjou o Gascuña, se encuentra en aquel tiempo un caballero que pudiera compararse a él.

Tan solo en una cosa erró Naturaleza al crear a Guigemar: A este nunca le había preocupado amar. No habría doncella en la tierra, por grande que fuera su hermosura o linaje, que no lo hubiera aceptado con gusto si él la hubiera pretendido. Muchas lo llamaban a menudo, pero él no mostraba ningún deseo en corresponderlas. Nadie atisbó nunca en él el menor deseo de amar. Tanto conocidos como extraños, lo consideraron, por ello, hombre echado a perder.

En la flor de su mocedad, Guigemar regresa a su tierra, junto a su padre, su buena madre y hermana, que mucho lo han añorado. Con ellos permanece, creo, un mes.

Una mañana quiere ir a cazar, pues mucho se solaza con ese divertimento. Por la noche habla con sus caballeros, monteros y batidores ojeadores, y temprano al amanecer, van al bosque con gran alegría. Encuentran el rastro de un gran ciervo y sueltan a los perros. Corren delante los monteros; el doncel se queda atrás: un criado porta su arco, cuchillo y su perro de caza. Bien es cierto que quiere tirar, si hubiera ocasión, antes de que el ciervo pueda huir. En el espesor de la floresta ve a una cierva junto a un cervatillo; era el animal totalmente blanco, y tenía astas de ciervo en la cabeza. Los perros las han descubierto y sus ladridos la hacen salir de la maleza. Guigemar tensa el arco y le dispara. La saeta hiere al animal en la testa, derribándolo, pero como por milagro, rebota y alcanza en el muslo a Guigemar, atravesándolo y llegando hasta el caballo, tirándolo a tierra. Caen el caballero en la hierba junto a su presa moribunda. La cierva está muy malherida, y entre lamentos y quejidos, comienza a hablar así:

—¡Ay, desdichada de mí! ¡Voy a morir! Y tú, caballero que me has herido, muy cara pagarás tu triste hazaña. No habrá físico alguno, ni pócima, hierba o raíz, que pueda jamás curar la herida que tienes en el muslo; solo será remediada por aquella que sufra por tu amor, tan gran pena y dolor, como nunca sufrió mujer; y tú padezcas otro tanto por ella, de manera que se maravillarán de vuestro recuerdo todos los que han amado alguna vez o amarán de este tiempo en adelante. ¡Ahora vete, y deja que muera en paz!

Guigemar está gravemente herido y muy abatido en su ánimo por lo que ha escuchado. Comienza a pensar a qué tierra podría acudir para curar su herida, pues no quiere morir. Y jamás ha conocido a una mujer que despertara en él, amor, y pudiera ahora mitigar sus sufrimientos. Entonces, llama a su escudero:

—¡Amigo, deprisa, pica espuelas! Haz que regresen mis compañeros, pues quiero hablar con ellos.

El criado galopa y queda solo Guigemar entre lamentos. Este, venda su herida fuertemente con la camisa, monta en su caballo y parte. No desea que ninguno de los suyos le retenga o impida marchar, alejándose a través del bosque por un verde sendero.

Fuera ya de la floresta, divisa una llanura. Al fondo, contempla una montaña y un acantilado sobre el mar. En la orilla hay un puerto y parece fondear una nave, cuyo mástil y hermosa vela vislumbra Guigemar. Está muy bien aparejada, y tan bien untada de brea por dentro y por fuera, que nadie podría distinguir las junturas. Los cierres y grapas son de ébano; la vela entera es de pura seda, muy hermosa al verse hondeando completamente desplegada.

Muy pensativo queda el caballero. Nunca había oído decir que nave alguna hubiera podido llegar a esa tierra. Sigue avanzando, desciende a

la costa y se dirige a ella, embarcando no sin gran esfuerzo. Pensaba encontrar marinos o soldados que custodiaran el navío, pero allí no había nadie.

En el centro de la cubierta, ve un lecho, cuyos largueros y travesaños son de oro con incrustaciones de ciprés y marfil blanco, siguiendo la tradición salomónica. La colcha que lo cubre es de seda entretejida con hilos de oro. No conozco el valor de las demás telas, pero os hablaré de la almohada: quien descansa su cabeza en ella, nunca tendrá el cabello cano. La manta es de marta cibelina cubierta con seda púrpura de Alejandría. Dos candelabros de oro puro, de los cuales el peor valía un tesoro, ornan la proa. Para su admiración, en cada uno de ellos hay un cirio encendido.

Guigemar se tiende sobre el lecho y descansa, pues mucho le duele su herida. Después de reposar, se levanta para irse, pero ya no puede. La nave ha zarpado, adentrándose en alta mar y surcando veloz las aguas. Es imposible regresar a la costa.

Mucho lo lamenta, no sabe qué hacer. Está desolado, pero no tiene más remedio que afrontar la nueva aventura. Se encomienda a Dios y ruega que lo guíe a salvo hasta un buen puerto, librándolo de la muerte. Después, se acuesta de nuevo en el lecho y se duerme.

Ha sufrido el peor de sus padecimientos, pero antes del anochecer llega al país en el que hallará la sanación; a una antigua ciudad que es capital de aquel Reino.

El señor que allí gobierna es un hombre muy viejo que tiene por esposa a una dama de alto linaje, bella, prudente, y cortés. Era celoso en extremo, pues Naturaleza parece obligar a todos los viejos a caer en los celos por temor a sufrir infidelidades. He ahí una condena del paso del tiempo. Sus temores no son cosa para tomar en burla».

Doña María se veía a merced de dos fuerzas que agitaban su alma mientras su mente y cuerpo se malograban. ¿Cuál era el remedio y cuál el castigo? ¿Dónde hallaba en verdad consuelo, y dónde, tormento? ¿En la promesa de un amor idílico que, sabía, nunca viviría, o en la amenaza de un sufrimiento atroz pero purificador? ¿Con qué sentir alivio, y, ante qué, repulsa? Primero durante el día y después al llegar la noche, tanto las religiosas como su sirvienta, procuraban consolarla como mejor sabían o creían hacerlo. Con más buena voluntad que acierto, se esforzaban en poner remedio y purgar el mal que, pensaban, anidaba en la del linaje de los Haro.

—Imaginad ahora que estáis ante el tribunal de Cristo, colocada entre los dos grupos, y que aún no habéis sido mandada a ninguno de los dos —hablaba con autoridad la priora—. Mirad a la izquierda y contemplad a la mísera multitud. ¡Qué hedor, qué dolor, qué temor! Rechinan

sus dientes y tiemblan sus carnes desnudas; su aspecto es espantoso, su figura, deforme; están confundidos y avergonzados, humillados por la desnudez de su cuerpo. Quieren ocultarse, y no pueden; intentan huir, pero no se les permite. Si alzan los ojos, dan con el furor del juez; si los bajan, se horrorizan ante la contemplación de los abismos infernales. No pueden excusarse por sus crímenes ni argüir que el juicio es injusto, pues sea cual fuera la sentencia, su conciencia les fuerza a reconocer que es justa. Ahora guiad vuestros ojos a la derecha y mirad a aquellos que serán glorificados. ¡Qué belleza, qué honor, qué gozo, qué paz! Unos son elevados a la dignidad de jueces, otros, portan sobre sus sienes la gloriosa corona del martirio; esos, las blancas flores de la virginidad; otros, la fértil generosidad de la limosna; aquellos, la erudición de su docto saber, pero todos están unidos por el vínculo de la misericordia. El rostro de Cristo resplandece ante ellos, no aterrador sino amable; dulce, no amargo; no amenazante, sino risueño. Y vos, en medio de ambos, desconociendo a cuál de los dos os destinará el juez. La cruel espera hace que os asalte el terror y cubra el espanto. Si os coloca con los de la izquierda, no podréis alegar que la sentencia es injusta; si os manda con los de la derecha, será por Su gracia y no por vuestras buenas obras.

—«Al pie de la torre del homenaje hay un vergel, —continuaba leyendo Oneka el *lai*: *Guigemar*—. De mármol verde son las murallas que lo cercan, altas y gruesas. Solo existe una entrada y está custodiada día y noche. En el otro extremo del castillo se halla la costa, de manera que nadie puede entrar ni salir de ese lugar si no es navegando. Allí es donde el viejo gobernante, para tener a su mujer a buen recaudo, había hecho construir una cámara. La estancia tenía las paredes ornadas con pinturas en las que se representaba a Venus, diosa del amor, mostrando el modo en el que deben comportarse dos amantes, guiándose con lealtad. La diosa arrojaba a un fuego el libro de Ovidio en el que enseña cómo reprimir el amor, excomulgando a todos aquellos que lo leyeran u obedecieran sus enseñanzas. —Doña María sonrió al escuchar esto, ya que a ella también le hubiera gustado poder quemar esa obra—. En ese lugar se encontraba pues, enclaustrada, la dama. Su esposo había puesto a su servicio a una doncella bien instruida y noble, que era su sobrina, hija de su hermana. Entre ellas existía un gran afecto. Cuando la dama no estaba con su esposo, permanecía con ella, asegurándose la doncella que no entrara en la estancia ningún hombre ni mujer, ni ella pudiera salir. Un viejo sacerdote de barba cana custodiaba la llave del postigo. Había perdido sus atributos masculinos, de lo contrario, su señor no le habría encomendado guarda a su esposa. El viejo sacerdote celebraba para la dama el culto a Dios y le servía la comida.

Un día, al atardecer, después de comer y de dormir la siesta, la dama va al jardín acompañada de su doncella, pues le apetece pasear. Cuando miran al mar, ven llegar una nave que se dirige hacia su costa, pero en la que no parece haber a bordo, tripulación ni piloto.

La dama quiere huir de allí; ¡no es maravilla que sienta miedo ante esa aparición! Pero la doncella, que es prudente y más audaz de corazón, la tranquiliza. Después, caminan hacia la ribera. La doncella se descubre la cabeza y entra en la nave, que ya ha atracado en la playa. No encuentra allí alma alguna, salvo la del caballero, que continúa dormido en el lecho. La dama se detiene ante él y lo observa. Su tez está tan pálida que lo cree muerto.

Con presteza regresa al lado de su señora contándole lo que ha hallado, maldiciendo el destino sufrido por el aquel doncel.

—Entremos juntas —responde la dama—. Si está muerto, que se ocupe de su cuerpo el sacerdote. Si está vivo, que hable.

Sin demora, embarcan. La dama delante, la doncella detrás. Cuando llega al lecho, la dama se detiene, mirando al caballero. Se lamenta y compadece entonces por ver perdidos su cuerpo y belleza. Posa una mano sobre el pecho del doncel y al instante se regocija al sentirlo cálido y percibir el latir de su corazón.

El caballero despierta y la mira. También él siente alegría, pues comprende que ha llegado a salvo a tierra firme. La dama le pregunta cómo y desde que país ha llegado, si ha sido desterrado y si esa herida la ha sufrido en alguna batalla.

—Señora —responde Guigemar—, no ha ocurrido nada de lo que mentáis. Si os complace oír la verdad, yo os la contaré. Procedo de Bretaña la Menor. Hace poco fui de cacería al bosque y durante esa jornada herí a una cierva blanca, pero la saeta rebotó contra mí. Como podéis ver, me hirió en la pierna, con tan mal fortuna, que temo no recuperar la salud. La cierva, lamentando su suerte y viendo próximo su final, habló y me maldijo, asegurándome que no encontraría remedio, salvo por el amor de una mujer. Cuanto oí su profecía salí como arrebatado de la floresta. Como por maravilla encontré esta nave en el puerto y, sin pensarlo dos veces, embarqué. Después, caí inconsciente. No sé cómo he llegado aquí ni cuál es el nombre de esta ciudad. Hermosa dama, os ruego por Dios que me ayudéis, pues no sé a dónde ir y no puedo gobernar esta nave yo solo.

—Bello doncel —responde ella—, con gusto os auxiliaré y contestaré vuestras preguntas. Esta ciudad y toda la tierra que veis es gobernada por mi esposo y señor. Es hombre acaudalado y de noble linaje, pero ya viejo, y por ello, terriblemente celoso. Por mi fe, debéis saber que me tiene encerrada en este lugar que no cuenta más que con una sola entrada, y un viejo sacerdote guarda la llave de mi cámara. ¡Pluguiera a Dios que en un mal fuego arda! Si mi señor no lo ordena, él no permite



que salga. Aquí permanezco recluida día y noche, en mi estancia y capilla, y como única compañía, la doncella que veis a mi lado. Si os place permanecer con nosotras hasta que os halláis repuesto, de muy buen grado os acogeremos y serviremos de todo corazón.

Al oír tales palabras, Guigemar da las gracias a la dama. Le responde que acepta su hospitalidad. Entonces, se levanta del lecho, debiendo ayudarlo ellas con esfuerzo, pues se encuentra muy débil.

Las damas lo llevan hasta su habitación y recuestan en el lecho, tras un dosel que hace las veces de cortina. Le sirven agua en cuencos de oro y lavan la sangre de la llaga con una bella tela de blanco lino, vendando con fuerza, pero esmero, su muslo.

Cuando, al anochecer, el viejo sacerdote les lleva la cena, la doncella guarda para Guigemar buena parte de su comida y bebida, de manera que quede colmado su estómago y bien saciado de bebida.

Pero eso ya no basta para satisfacer al caballero: Amor lo ha alcanzado de lleno. Su corazón está más herido que su carne y sufre gran tribulación. Tanto lo ha extraviado la dama que llega a olvidar su propio país. No siente ya dolor por herida alguna, pero a pesar de ello, suspira angustiado. Ruega a la doncella que se retire y le deje dormir, reuniéndose esta con su señora, en cuyo pecho también ha prendido ahora el mismo fuego que arde y consume a Guigemar.

El caballero permanece azuzado por su desconocida cuita. No sabe qué es lo que le ocurre, pero una certeza sí tiene: si la dama no puede curar su nueva herida, sin duda, morirá.

—¡Ay de mí! —clama él—, ¿qué voy a hacer? Acudiré a ella y le suplicaré que se apiade de este pobre desahuciado. Si rechaza mis súplicas y se muestra altanera, moriré o agonizaré en sufrimiento todos los días del resto de mi vida.

Suspira entonces hondamente, y así, entre lamentos y atormentado, permanece en vela. Toda la noche recuerdo las palabras, el porte, ojos claros y la bella boca de aquella cuya belleza le ha cautivado el corazón. Entre dientes le implora piedad como si la tuviera echada junto a él; poco falta para que llame a su amiga. Si él pudiera saber lo que ella también siente y cómo Amor la tortura, muy alegre se sentiría. Un consuelo como ese aliviaría en gran medida el sufrimiento que ha vuelto pálida su piel.

Pero si Guigemar padece mal de amores, la dama no está menos enferma. De madrugada, antes del alba, ella se levanta, quejosa por no poder dormir, pues Amor la atormenta. Su doncella percibe en su semblante muestras de amor hacia el caballero que alberga en su cámara, pero ella ignora si él la ama o no.

Mientras su señora entra en la capilla, acude la doncella junto al lecho de Guigemar. Él la llama, diciéndole:

—Amiga, ¿a dónde ha ido tu señora? ¿Por qué se ha levantado tan temprano?

Al callar, suspira. Entonces, la doncella le dice:

—Buen doncel, vos estáis enamorado, no os obstinéis en mantenerlo oculto. Para vuestro consuelo, os diré que es posible que améis de manera que vuestro amor sea correspondido. Pero quien quiere ser amado por mi señora debe prometer ser discreto. Muy conveniente sería vuestro amor si ambos fueseis constantes. ¡Vos sois bello y ella es hermosa!

Él le responde:

—Estoy enamorado de tal forma, que mi mal no puede más que empeorar si no recibo auxilio. Mi dulce amiga, aconsejadme. ¿Qué haré yo, con este, mi amor?

La doncella, con gran dulzura, ha confortado al caballero y le ha asegurado su apoyo. Hará por él todo lo que pueda. Tal es su cortesía y amabilidad.

Después de oída la misa, no se olvida la dama de regresar. Quiere saber lo que hace Guigemar; si está despierto o si duerme, aquel por quien Amor no cesa de atormentar su corazón. Entonces la doncella la conduce al lado del caballero. De ese modo podrá él descubrirle a placer sus sentimientos, sean cuales fueran, para su gozo o desdicha. Cuando se encuentran, ambos se saludan. Muy turbados están los dos.

No se atreve él a hacer visible su amor. Como es de tierra extranjera, tiene miedo de que ella lo pueda alejar de su lado si le manifiesta sus deseos. Pero quien no revela su enfermedad, difícilmente puede confiar en recobrar la salud. Amor es llaga dentro de la carne que nunca asoma a la superficie. Largo tiempo hace que este mal nos acosa, pues Naturaleza nos lo ha legado. Muchos lo toman en burla: esos groseros cortesanos que van por el mundo cortejando a las damas y jactándose de obtener sus favores. No es eso amor, sino locura, perversión y libertinaje. Quien encuentra un amor leal, debe servirlo, amarlo y obedecer en todo, sus órdenes.

—Señora —dice él—, muero por vos. Mi corazón está muy angustiado. Si no os dignáis curarme, moriré sin remedio. Requiero vuestro amor. ¡Bella, no me rechacéis!

Ella lo escucha con atención y le responde con gentileza. Sonriendo, le dice:

—Amigo, sería decisión demasiado apresurada otorgaros vuestra demanda. No estoy acostumbrada a ello.

—Señora —dice él—, por Dios os lo ruego, no os enojéis por lo que voy a deciros: la mujer coqueta se hace rogar durante mucho tiempo para hacerse apreciar más y para que su enamorado no vaya a creer que ha experimentado ya el amor. En cambio, la dama de recto pensamiento, en la que se dan cita nobleza y buen sentido, si encuentra hombre a la

medida de sus deseos, no deberá mostrarse altiva con él; lo amaré, obtendrá su alegría y, antes que nadie llegue a oírlo o saberlo, habrán sacado ambos de su amor el máximo provecho. Hermosa dama, ¡termine este debate!

La dama entiende que él dice la verdad, y le otorga sin más demora su amor: puede besarla. Guigemar no cabe en sí de gozo, juntos yacen y hablan, con frecuencia se besan y se abrazan. Lo demás viene por sí solo, aquello que suele acontecer entre los enamorados».

Las luces se entremezclaban con las sombras en la mente de doña María. Acostada en su lecho, era como una criatura poseída a la que se pretendía exorcizar, con muy distintos ritos y sentir. Durante el día desfallecía a cada poco tiempo, y, por la noche, sus sirvientas se acercaban a su boca, para comprobar si respiraba. Incluso en sueños parecía inquieta, mordiendo los labios con unos dientes que reclamaban alimento.

—Nuestra primera mansión fue el paraíso. —Creyó escuchar la dama, por boca de la abadesa—. La segunda, es este destierro en el que nos hallamos... este mundo lleno de miserias. Aquí estamos sujetos al temor, a los trabajos, al sufrimiento, arrojados de la presencia del Señor; excluidos de los gozos del Paraíso. La tercera, estará entre los espíritus y ángeles del cielo...

En la noche de sus sueños, la del linaje de los Haro vio una luz que crecía poco a poco, no resultando cegadora en absoluto. Las náuseas y los vahídos eran sus compañeros al amanecer, y al no sentir tal malestar, supo que no había despertado, y que aquella luz no era la del alba. Más se afianzó la dama en la idea de que su final estaba próximo, recordando las visiones que le relató Mahai, cuando, ante esa luz, se apareció un rostro humano. Vislumbró que era un hombre de cuidada barba castaña y largo cabello rizado. No tuvo dudas entonces, de que el mismo Jesucristo se dignaba a mostrarse ante ella.

—Doña María Díaz, ¿podéis oírme? —dijo una voz varonil.

—Os oigo, Señor. ¿Habéis venido a llevarme?

—Sí, así es —respondió la aparición.

La del linaje de los Haro comenzó a llorar lágrimas; en parte, de impotencia; y, en parte, de consuelo, por ver llegado el final de sus infortunios.

—Aunque lamento que mi paso por esta tierra haya sido tan fugaz —musitó ella—, sin apenas dichas y ningún logro en mi haber, mi alma está dispuesta para partir hacia la última morada.

—Doña María —dijo el hombre, arrodillándose y acercando más su cara a la de ella, limpiándole las lágrimas de los ojos para que pudiera

ver con claridad—. Soy don Pedro Alfonso, conde de Barcelos, hijo natural del rey don Dionis de Portugal. He venido junto con el que pretende vuestra mano.

Tras él, pudo la dama atisbar a otras dos siluetas más, vestidas con tabardos de lino marrón y capas verde oscuro.

—¿El que pretende mi mano? —repitió la manceba, procurando aclarar su mente y discernir si aquello era verdad o un engaño del Maligno.

—Don Juan Núñez de Lara, hijo de don Fernando de la Cerda y doña Juana Núñez de Lara. ¿Os resulta familiar su nombre?

Doña María recordó que su aya le habló de ese linaje, y como le aconsejó, no había olvidado aquel apellido.

—Sé quiénes son los Lara, y habría sido gran honra para mí desposarme con él, pero ya no puedo.

—¿Por qué decís eso? ¿Qué os ha ocurrido para hallaros de esta guisa? —preguntó el conde, que no podía salir de su asombro por el aspecto desgredado, sucio y famélico de la que tenía ante él.

—Ya no soy una doncella... —dijo doña María, volviendo a caer en el llanto.

—Pero... ¿qué decís? ¡¿Os han forzado?! —preguntó exaltado el conde.

—Sí...

—¡¿Cómo lo permitisteis?! —gritó don Pedro a la abadesa, priora y varias monjas y novicias que, junto con las sirvientas de doña María, aguardaban fuera de la estancia.

—Señor —dijo Oneka, entrando en la celda y arrodillándose ante él—. No fue forzada. Sufrió un asalto en una cabaña, pero sin mayores daños. Dejaría que pusieran en mi mano un hierro candente, y que me quemara si digo mentira.

—¿Qué ocurrió entonces? —Volvió a preguntar, mirando a las religiosas—. ¡¿Por qué esta penitencia?! ¡¿No la explorasteis para saber si había sido profanada su virginidad?! —

—No necesario —dijo la abadesa—. Sus ojos pecaminosos, espejo del alma, me revelaron la verdad. La culpa es grande en ella.

Don Pedro tuvo que contener un primer y grave impulso de su corazón, deteniendo un paso que a poco estuvo de dar.

—Doña María, ¿qué os ocurrió? —susurró él, volviendo a hablar a la dama—. Os ruego que seáis sincera. No tengáis vergüenza de hablar conmigo como si lo hicierais con vuestro confesor.

La manceba sollozaba y respiraba con dificultad, y, cuando se sosegó, buscó las palabras más sinceras que pudo, al tiempo que sutiles.

—Caí en un engaño... y un hombre envileció mi cuerpo para tener placer con él... He sido humillada y avergonzada.

El conde se cubrió la boca con una mano para evitar pronunciar una maldición. Quedó muy compungido, pero no estaba dispuesto a dejar a

esa niña al albur de los caprichos de nadie, ni a regresar ante el de los Lara con las manos vacías.

—Pero vuestra sirvienta asegura que no os forzaron. ¿Qué ocurrió, doña María? Hablad con valor, os lo imploro.

Doña María respiró hondo y comenzó a rememorar lo ocurrido esa fatídica noche.

—Un peregrino me tocó en el pecho y la cintura... y besó el cuello...

—Continuad...

—¿Qué más queréis que os diga?

—Doña María, perdonad la rudeza de mis palabras, pero decidme... ese malvado... ¿os abrió las piernas y os forzó?

La dama recordaba, como grabado a fuego en su mente, todo lo vivido en la cabaña del molinero. Estaba muy segura de la respuesta.

—No...

El conde pudo respirar también con gran alivio.

—Entonces no se ha consumado el delito. Ni vos habéis caído en pecado, ni vuestra virtud ha sido mancillada. Seguíis siendo una doncella, doña María.

La vida pareció florecer de nuevo en la del linaje de los Haro al oír esas palabras, sonrosándose la tez de su rostro, recuperando el brillo sus ojos y su mente la lucidez.

—¿Estáis seguro de ello? —preguntó doña María.

—Bastante seguro —dijo risueño el noble portugués, tomándola en sus brazos—. Permitid que os saque de aquí.

Al ver lo que don Pedro pretendía, la abadesa se interpuso entre él y la puerta.

—No os la llevaréis. Esta criatura ha ofendido su honra y la santidad de este lugar. Solo Cristo será quien dicte cuándo ha purgado sus pecados.

—Dejadnos pasar, abadesa —dijo con mirada severa el conde, secundado por sus caballeros, que mostraban un rictus no mucho más amable—. Ahora soy yo quien debe guardar a doña María. Nunca mi mano ni mi hierro han tocado a clérigo alguno y menos aún a una religiosa, pero por el Dios al que ambos servimos os juro, que no dudaré en apartaros de un empujón si seguís interponiéndoo entre doña María y su libertad.

Tanto la abadesa como la priora y el resto de las de la congregación, vacilaron. No deseaban dejar marchar a doña María, pero tampoco les amparaba justicia o derecho, ni tenían medios para impedirlo. Tras unos instantes de duda, la abadesa finalmente cedió, retirándose, dejándolos salir de la celda.

—Que Dios tenga piedad de vos y de esa pecadora —dijo la religiosa, con odio y frustración, viendo cómo don Pedro se alejaba con la dama en brazos.

—Que Dios se apiade de todos, abadesa —respondió el conde, sin volver la mirada.

Oneka y Juana, con gran alborozo, se apresuraron a recoger todos sus enseres y ropas, metiéndolas en sacos de tela.

En el exterior, aguardaban a don Pedro otros cinco hombres de armas y, al menos, el doble de escuderos y sirvientes. Todos ellos quedaron desolados cuando vieron el lamentable aspecto de doña María. Esperaban a una doncella hermosa, y, aunque sin duda había belleza en ella, había sido tan castigado su cuerpo, que cualquier campesina con la que se le comparara, parecería más agraciada.

Un caballero de buen porte y altura se acercó al conde y observó de cerca a la manceba.

—¿Saligia? —preguntó a don Pedro.

—No, Fernando. Hay quienes tienen tan presente combatir el pecado y toda tentación, que terminan viendo mal en todo y en todos, menos en ellos mismos. Montad, señora —dijo el conde, subiendo a doña María a un buen rocín que le acercaron, tomando él mismo las bridas.

—¿Quién es Saligia? —preguntó confusa doña María.

Todos los hombres miraron al noble portugués, con mezcla de pudor y ganas de reír.

—Una mujer —respondió don Pedro—. La más lujuriosa que hombre vivo pueda tener en memoria... Doña María, estos caballeros os servirán como a mí mismo. Sus nombres son: Joao Gomes da Ponte, Fernando Mendes de Calheiros —dijo don Pedro, señalándolos mientras los nombraba—, Alfonso de Castanheda, Osorio Dias dos Cameros, Gonçalo Bazacos de Villamayor, Martinho Rodrigues da Palmeira y Garcia Alvares de Meneses.

Todos ellos hicieron una reverencia a la del linaje de los Haro.

—Caballeros —correspondió el saludo doña María.

—Marchemos ahora de este lugar —dijo don Pedro.

Cuando ya se encaminaban por el sendero hacia Bayona, doña María escuchó risas y gritos que procedían de la ribera del río. Vio a varios mozos que chapoteaban y se divertían, o tan solo holgaban al sol, y creyó reconocer algunos rostros conocidos.

—Don Pedro, vayamos por aquí, cruzando el Nive —pidió la dama.

—Como gustéis —aceptó el conde, observando también a los mancebos—. ¿Amigos vuestros?

—No... —contestó con frialdad doña María.

Don Pedro ordenó a los suyos descender hacia el puente que cruzaba el río Nive en vez de atravesar el Adur, que era camino más corto hasta la villa.

Los caballeros y escuderos, encabezados por el conde y la dama, recorrieron la orilla a paso lento. Allí estaban varios de los niños que solían burlarse de doña María, y también Maore, junto a un mozo.

Doña María los miró a todos desde lo alto de ese magnífico corcel, sin detenerse ni dirigirles palabra, ni tampoco más gesto que una poco disimulada mirada de desdén. Nunca una venganza fue tan sutil.

—Saligia... —dijo uno de los caballeros al conde, cuando ya cruzaban el puente.

—Saligia —confirmó don Pedro.

—¿Por qué mentáis ahora a esa mujer lujuriosa? —preguntó extrañada doña María.

—No es a ella a quien nos referimos. Se trata de otra llamada igual, soberbia como ninguna...

La del linaje de los Haro hizo oídos sordos. Ahora, tenía muchas cosas en mente.

En la posada, los caballeros portugueses juntaron dos mesas, echando de una tercera a varios hombres que la estaban ocupando, uniéndola a las otras para formar una donde todos tuvieran acomodo. Se despojaron de capas, capuchas y mantos, dándoselos a los escuderos, que los colgaron con diligencia en las perchas. Apenas sentados, comenzaron a golpear la enorme mesa con los puños y pomos de sus cuchillos, exigiendo comida. El posadero tuvo que apresurarse para servirles un guiso de puchero, varios pollos que se asaban ensartados en varas de hierro, una perdiz y medio capón del día anterior. Después, pidió a su mujer e hija que prepararan más viandas. Los caballeros comían con gran apetito, sin usar cubiertos, celebrando satisfechos el haber cobrado la pieza que se les había encomendado. Doña María, por su parte, no daba muchas más muestras de refinamiento. Tras su cautiverio y penurias, y viendo la mesa a rebosar de platos tan suculentos, olvidó sus modales y comenzó a comer con gran fruición y deleite. Tanto fue así, que todos los hombres de armas comenzaron a mirarla. También el conde la observaba, con mezcla de compasión y ganas de reír.

—Saligia... —murmuró Garcia Alvares.

El resto asintió entre sonoras carcajadas.

Doña María, al oír de nuevo ese nombre y percatarse de que se referían a ella, habló al conde:

—¿Por qué mencionan a esa mujer soberbia?

—Es otra a la que se refieren. Una, cuya gula no conocía límites. No pretendáis saciaros, doña María —habló con paternalismo y condescendencia don Pedro—. No es sano para el cuerpo comer abundantemente después de haber guardado ayuno.

Doña María quedó algo avergonzada, por lo que dejó de engullir la carne y pasó a masticarla más lentamente. Las risas se trocaron en gritos de júbilo y nuevos golpes en la mesa, cuando Ederne llegó con varias jarras desde la bodega.

La del linaje de los Haro, viendo servir la bebida al conde, y recordando lo sufrido y lo que pudo haber pasado en la casa del molinero, no pudo contenerse.

—Bebed con mesura, señor —dijo la dama, mirando de soslayo a Ederne—. Me han dicho que el vino de este lugar es muy fuerte. Varias copas podrían hacer que perdierais la consciencia, y si algún desaprensivo anduviera cerca, quién sabe qué mal os traería.

Los caballeros quedaron perplejos por la advertencia, pero en absoluto se mostraron cautos.

—Servídmelo entonces a mí —pidió Gonçalo Bazacos, llenándose la copa hasta que el vino rebosó, derramándose algo sobre la mesa.

—Yo lo tomaré por vos, mi señor. —Se ofreció Garcia Alvares, llenando igualmente su copa.

—Yo siempre os guardaré las espaldas y libraré de todo enemigo. Este mal caldo no os dañara —dijo en burla Alfonso de Castanheda, bebiendo de la jarra, empapándose barbas y ropa, entre las risas, gritos de ánimo y redoblados golpes de puño y cuchillo en la mesa.

—Decídmelo, don Pedro —habló aquí doña María—, ¿cuándo podré ver a don Juan Núñez?

—Mañana, al tiempo de desposaros con él. ¿Habéis pensado en qué iglesia os gustaría celebrar la ceremonia?

—¿Desposarme? —Si bien esas palabras la colmaron de felicidad, también quedó abrumada por lo apresurado de las mismas—. No... yo... no lo he pensado...

—Cualquiera servirá, pues...

Doña María continuó meditando la propuesta. Aunque lo mejor que le había ocurrido en los últimos años era abandonar el convento de Saint Bernard, había algo que desearía hacer si su boda iba a celebrarse en Bayona. Y ese algo era más fuerte que el temor, el odio, o cualquier mal recuerdo.

—En la iglesia del convento —dijo ella.

—¿En el convento? —preguntó el conde, extrañado—. ¿De veras deseáis regresar allí después de lo que habéis padecido?

—Sí. Allí hay alguien... alguien que deseo, la presencia.

—¿Y no puede esa persona acudir a otra iglesia de esta villa?

—No, don Pedro —respondió doña María, con una sonrisa y gran brillo en los ojos—... no puede.

La reclusa Mahai lloraba de felicidad, contemplando junto al altar a un mozo bien parecido y de porte galante, que vestía un ampuloso sayo de seda verde ornado con motivos florales. Estaba acompañado por un clérigo y por otro hombre, que rondaría los cuarenta años y podría ser su padre.



Al poco, pues nadie deseaba demorar ese momento, entró en el templo doña María Díaz. Vestía un brial blanco ceñido a la cintura, de ancha falda y mangas, con ricos bordados de plata; una capa, también blanca, y un tocado de flores ceñido a las sienes. Sus sirvientas le habían peinado y alisado el cabello, para que luciera bien suelto, como correspondía a una doncella.

Mahai lloró aún con más fuerza al ver aparecer a la del linaje de los Haro. Cuando doña María llegó junto al que iba a convertirse en su esposo, sintió gran alivio por verse colmadas sus aspiraciones y desvanecerse los temores. Como había deseado, el que iba a ser su esposo no solo procedía de muy noble estirpe, sino que era apuesto, y no mucho mayor que ella, pues contaba con dieciséis años de edad.

Ambos se tomaron por la mano derecha. El sacerdote preguntó de forma retórica, a los escasos presentes a la ceremonia, si alguien conocía algún motivo por el cual no pudiera celebrarse el enlace, y nadie en ese templo prácticamente vacío puso objeción alguna. No contaban con donaciones ni arras físicas que entregarse, ni tampoco había allí familiares que las dieran o recibieran, pero eso no importaba a nadie. Los dos mancebos se juraron fidelidad y sus manos fueron enlazadas con una banda de tela blanca, celebrándose a continuación una misa. Por último, recibieron la bendición nupcial.

—Bien pues, señora —dijo don Juan Núñez, una vez finalizada la ceremonia—. Os dejo ahora. Debo partir junto con mi cuñado, don Juan Manuel, a la Corte del rey de Portugal, para tener hablas con él.

Doña María sufrió un severo revés en uno de los momentos más anhelados y dichosos de su vida.

—Pero... don Juan. Señor —balbuceó la del linaje de los Haro, sin poder disimular su sorpresa—... ¿debéis partir tan arrebatadamente?

—Doña María —intervino don Juan Manuel—. Permitid que me presente, aunque vuestro esposo ya lo haya hecho por mí. Soy don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel. Conocí bien a vuestro padre. Fui aliado suyo hasta su trágica muerte.

—Su asesinato, querréis decir, señor —corrigió doña María, dejando salir algo de la frustración y odio contenido, pues si no había olvidado el apellido de los Lara, menos aún había olvidado el nombre de aquel que pasó de ser aliado, a rival de su padre, y que ahora tenía ante ella.

Tanto don Juan Manuel como don Juan Núñez se miraron perplejos.

—Estáis en lo cierto, doña María —confirmó don Juan Manuel, sin reparo alguno—. De su asesinato, vil y cobarde como pocos se recuerdan. Pero creed que ese crimen no quedará sin castigo, aunque lo haya perpetrado un rey. Y creed también, que vuestro padre estaría orgulloso y muy complacido de ver a su hija desposada con don Juan Núñez III de Lara. Pero, ahora, os ruego comprendáis que hay asuntos que no pueden demorarse.

—Así es, señora —ratificó don Juan Núñez.

—Perded cuidado —añadió, sonriendo, don Juan Manuel—, os devolveré a ambos a los brazos del otro tan pronto como sea posible. Además, aún no tenéis edad cumplida para consumir el matrimonio, ¿no es cierto, doña María?

Esas palabras, aunque ciertas, ofendieron a la del linaje de los Haro por sentirse tratada con desdén. Sentimiento cuya mirada tampoco supo ni quiso ocultar.

—Os veré pronto, señora —dijo don Juan Núñez—. Mi buen amigo, el conde don Pedro, os llevará al solar de mi familia. Allí os aguarda mi madre, doña Juana Núñez, que cuidará de vos como vuestra aya.

—Como dispongáis, señor —respondió con resignación doña María.

Salieron todos de la iglesia, despidiéndose una vez más don Juan Núñez de doña María con un casto beso en la mejilla, siendo guiado después por don Juan Manuel en dirección al puerto, desapareciendo de la presencia de doña María tan fugazmente como había surgido.

Don Pedro llegó junto a la del linaje de los Haro, comprendiendo bien cómo debía sentirse.

—No os aflijáis, doña María. Este que habéis dado es un gran paso en la vida de cualquier dama. Y como bien ha dicho don Juan Manuel, ya tendréis tiempo sobrado para gozar de la vida conyugal.

—Ese hombre... traicionó a mi padre —dijo entre dientes la manceba—. Era su mayor aliado... y por su culpa quedó solo a merced del rey don Alfonso. Y ved qué poder parece ejercer ahora sobre mi esposo, manejándolo como un títere y casi hablando por su boca.

—Don Juan Manuel es hombre de notable poder y entendimiento, doña María, pero no habrá en los reinos de España quien se asemeje al que vos y vuestro esposo, unidos, ostentaréis. Perded cuidado. Nada podrá urdir don Juan Manuel contra vos o sin vos, aunque lo pretendiera.

—«Poder» ¿decís?... Miradme, que apenas poseo más bienes que las ropas que visto.

—Pero sois doña María Díaz de Haro, legítima señora de Vizcaya e hija de doña Isabel, quien fuera nieta del rey don Alfonso III de Portugal. Cuando supe que don Juan Núñez venía por vos, le supliqué ser yo quien os guardara y condujera hasta sus heredades. Siento gran orgullo por tener ante mí, a otra descendiente de la Casa Real portuguesa.

—Lamento decepcionaros, conde —contestó doña María, con frialdad—, pero no sé nada de vuestra tierra, ni siento apego por ella.

—¿Vuestra madre no os habló de su país ni familia, ni enseñó la lengua portuguesa? —preguntó él, contrariado.

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años, y apenas recuerdo si quiera su rostro.

—Cierto, señora —recapacitó don Pedro—. Dios se la llevó demasiado pronto. Perdonadme. Venid, zarparemos ahora aprovechando este viento propicio. Navegaremos siguiendo la estela del navío de vuestro esposo.

—Esperad —pidió doña María—. Hay alguien de quien deseo despedirme...

Doña María rodeó la iglesia, seguida por el conde don Pedro y sus caballeros y escuderos, llegando al muro donde se abría el ventanuco de Mahai.

La reclusa, alertada por tal número de pisadas de bestias, se asomó al exterior, viendo aproximarse a la del linaje de los Haro subida a un magnífico rocín. El día tan ansiado, había llegado.

—Debo partir ya... —dijo la manceba, con voz entrecortada.

—Lo celebro, y vos también deberíais —respondió Mahai con sincera lástima y no menos cierto regocijo.

—Tal vez podría permanecer aquí unos días más —sugirió la manceba, volviendo a aflorar lágrimas en sus ojos.

—No, doña María. Mucho tiempo habéis morado ya en este lugar. En vuestra tierra os aguardan súbditos, esposo, y, seguro, por si añoráis los padecidos aquí... nuevos sufrimientos.

—Pero... aún tienes que contarme lo que le ocurrió a Iseo.

—Cualquiera podrá contaros esa historia...

La mente de doña María bregaba entre la tiranía caprichosa propia de su mocedad, y el deber que su estirpe le exigía.

—Volveré... Vendré a verte —aseguró doña María, sin poder retener las lágrimas.

—No —respondió serena y dulcemente Mahai—. No volveréis.

—Cuando sea señora de Vizcaya podré ir a donde quiera y hacer lo que quiera...

—Porque seréis señora de Vizcaya, no podréis ir a donde queráis, ni hacer lo que queráis...

Doña María entendió lo acertado de esas palabras y la razón que Mahai tenía. Aquello era una despedida. La manceba se acercó a la oquedad, y al estar sobre una montura, pudo introducir parte de su cuerpo en el interior, abrazando a Mahai. Transcurridos varios segundos, se separaron, pero no sin que antes, doña María le diera un beso en los labios.

—Hasta siempre, Mahai de Arretchea.

—Hasta siempre, doña María Díaz. Espero oír hablar de vuestras hazañas, o de las de vuestros hijos...

No hubo más palabras ni miradas, solo mudo pesar mezclado con no menos callada satisfacción por parte de ambas.

Una vez en el puerto, don Pedro Alfonso y doña María embarcaron, seguidos por los suyos. No tardaron en levar ancla y soltar amarras, desplegando la vela y poniendo rumbo a Vizcaya.

Ya alejada de la costa, doña María miró de nuevo a la ciudad y al convento de Saint Bernard. La dama sabía que abandonaba aquel lugar para nunca regresar, y no merecía la pena mirar atrás, pero tampoco podía evitarlo. Nada debía añorar, estando en paz, pues ya llevaba consigo el tesoro más valioso que pudiera haber obtenido: gran cantidad de enseñanzas tanto del alma como del cuerpo, ya fueran impartidas por villanos o burgueses; aprendidas de libros escritos por muertos o por los consejos y actos de los vivos; así lo más perverso del corazón humano, como las mayores muestras de bondad. Y puede que sí mereciera la pena mirar atrás. Por eso, no abandonó la popa del navío hasta que Bayona se difuminó y desapareció por completo en el horizonte.

### Capítulo III

El crepúsculo caía sobre el Golfo de Vizcaya, pintando el cielo con caprichosos tonos anaranjados y rojizos brillantes, pareciendo como si ardiera. Bajo ese manto, mucho más amenazante que el propio océano, la solitaria nao portuguesa del conde don Pedro avanzaba en calma, bendecida su singladura por un suave viento de levante y una mar mansa.

Doña María Díaz, convertida ya en mujer desposada, ocupó un buen y cómodo lugar que los sirvientes del noble portugués habían dispuesto para ella en la cubierta. Pero, a pesar de las atenciones y desvelos de los caballeros, la dama no había hablado desde que embarcaron, ni con ellos ni con sus sirvientas. Don Pedro, deseando entablar conversación y hacer amena la travesía a la joven doncella, recordó las palabras dichas por esta a Mahai.

—¿Os agradan los cantares y poemas, doña María? —preguntó el conde.

—¿Cómo lo sabéis?

—Dijisteis a la reclusa del convento que os contara lo que le ocurrió a Iseo. ¿Os referíais a la reina Iseo? ¿La amada de Tristán?

—Sí —susurró ella, recordando que ya nunca escucharía a Mahai recitarle esa ni ninguna otra historia.

—Cuando llegemos a vuestra tierra, buscaré al mejor juglar para que os cante ese poema.

—No es necesario, don Pedro. Hace tiempo que me desengañé de los cantares. No deseo conocer personajes falaces ni que mi mente habite en un mundo vano.

—No habléis así, doña María. Nadie debería decir esas palabras, y menos aún una manceba de vuestra edad.

—¿Acaso los menores de edad debemos ser ingenuos?

—No, pero tampoco descreídos.

—Después de lo que he conocido, creer en amantes o vasallos leales hasta la muerte y en señores rectos y justos... Es pueril.

—Solazaos ahora —dijo el conde, recostándose en la amura, viendo que no sería tarea fácil restar gravedad al ánimo de la dama—. Narradme alguna gesta de vuestra tierra, que, si Dios quiere, en breve pisaréis de nuevo...

—¿De Vizcaya?... Yo... no conozco ninguna.

—¿Ninguna? ¿Ni la mayor de todas?

—No...

—Toda tierra cuenta con algún hecho memorable, héroe legendario o batalla señalada que sirviera para lograr su libertad o independencia frente a un poderoso enemigo...

—Si existe, yo no la conozco. ¿Vuestra patria la tiene?

—¿Portugal? Por supuesto: La batalla de Ourique.

—No he oído hablar de ella...

—Antaño, Portugal era un condado del reino castellano. Pero hace unos doscientos años, en el transcurso de una campaña contra los moros, mientras el conde Alfonso Enríquez oraba en su tienda, Cristo se le apareció, revelándole que obtendría una gran victoria.

—¿Cristo se le apareció? —preguntó doña María, fascinada.

—Con la misma claridad con la que me veis vos ahora. En muy contadas ocasiones, Cristo, los ángeles o los santos, se aparecen para insuflar valor a sus elegidos y mostrarles que es la voluntad de Dios que logren el triunfo y la gloria.

—¿Y obtuvisteis la victoria en esa lucha?

—Desde luego. Y el propio don Alfonso Enríquez fue aclamado como rey de Portugal en el mismo campo de batalla.

—¿Y si los vuestros hubieran sido derrotados, habríais perdido la fe en Cristo?

—Nunca, doña María. Pero ¿cómo ser derrotados tras esa aparición? ¿Cómo, sabedores de que se nos ha concedido el auxilio divino, e imbuidos de tan ferviente pasión?

—Don Pedro... los moros también creen en Dios, ¿verdad?

—Sí, pero no en el dogma de nuestra santa fe.

—Y... ¿por qué Dios no se apareció a los moros?

—¿Cómo decís?

—Si los moros también alaban a Dios, aunque sea dándole otro nombre y con otros ritos, y Dios deseaba que los cristianos vencieran ese día, ¿por qué no se apareció a los moros para advertirles de su error y que se retiraran? ¿Por qué no decirles que no debían estar en ese lugar ni batallar contra vuestras gentes? Así habría evitado la lucha y salvado la vida a miles.

—Doña María —respondió confuso don Pedro—... Dios no se aparece al bando perdedor.

—¿Por qué?

—Yo no conozco su voluntad inescrutable, pero nunca habréis oído que Dios se aparezca a alguien que sea derrotado.

Doña María quedó pensativa. Ciertamente, no recordaba un caso semejante.

—Don Pedro, ¿vos habéis sufrido alguna derrota?

—Desde luego, como toda persona.

—¿En la guerra?

—En la guerra, en el amor, en los duelos, en las subastas de caballos y de ganado, en el juego...

—¿Y qué se siente?

—¿Qué se siente?... Humillación... y ánimo de venganza...

—¿Y sentisteis que Dios no estaba con vos en esos momentos?

—Si sois persona cabal, comprendéis que ese fracaso ha llegado porque os habéis dejado llevar por la soberbia, la avaricia o la estupidez, y que no era voluntad de Dios que triunfarais ese día, dominado por esos malos sentimientos. Pero también debéis entender que lo que parece escapar a nuestra razón y a la voluntad divina en un orden, entra dentro de ella en otro. Cuando pecamos, nos alejamos de la voluntad de Dios, entrando en el orden de su justicia al ser castigados por ella.

—¿Y si un adivino o alguien entendido en tales prácticas os hubiera advertido de esas derrotas para poder así evitarlas, lo habríais hecho, aun sabiendo que era voluntad de Dios padecerlas?

—Es una buena pregunta doña María, y en ocasiones la he meditado. Las derrotas, dependiendo de su gravedad o dureza, no tienen por qué ser algo nefasto en sí mismas, y aunque grande sea el daño sufrido, no significa que Dios no esté con nosotros.

—No os comprendo...

—En el convento, antes de mi llegada, ¿creíais que Dios os había abandonado, no es cierto?

—Sí. Casi desde que mi aya, doña Teresa, me dejó allí, pensé que todos me habían olvidado... incluso el Todopoderoso.

—Pero ahora sabéis que no era así... Pensad en esta travesía. Cuando lleguemos a Vizcaya, los marinos entonarán una Salve. Nosotros rezaremos con ellos por costumbre y respeto, y después desembarcaremos, buscaremos una buena posada, y comeremos y beberemos hasta hartarnos. Pensad, sin embargo, lo que ocurriría si nos abordara una flotilla pirata; si se produjera una lucha encarnizada y tuviéramos que saltar por la borda, o si nos sorprendiera una tempestad y el barco naufragara. Pensad en que solo nosotros dos sobrevivieramos, y durante días, sujetos a unos maderos, vagáramos a la deriva en el mar, a merced de las mareas y del inclemente sol, padeciendo una sed inhumana. Si eso ocurriera y fuéramos rescatados o llegáramos a la costa, alzaríamos los brazos y elevaríamos plegarias al cielo, dando gracias a Dios, haciendo por doquier generosas ofrendas y limosnas. ¿Y, sin embargo, no habríamos sufrido una derrota a manos de piratas o de la misma mar?

—Sí, pero habríamos salvado la vida tras una gran calamidad.

—¿La misma vida de la que gozamos ahora?

—Sí.

—Entonces, ¿es necesaria una gran tragedia o derrota, para comprender el valor de cada momento en este mundo?

—Creo que comprendo lo que decís...

—Yo no exalto el sufrimiento ni el dolor, doña María, ni tampoco los castigos corporales, pero todo hombre y mujer es la suma de sus desgracias y alegrías; y así como en una muralla veis la labor de unos hábiles canteros y talladores, también queda por siempre en ella el rastro de las piedras que la golpearon durante los asedios. Ambas cosas definen lo que son. Ambas cosas nos muestran su naturaleza y hablan de su pasado. Para ambas cosas fueron creadas: Para que las gentes se maravillen con su contemplación y para resistir los envites y golpes más cruentos. ¿Me preguntáis si desearía hacer desaparecer alguna de las derrotas sufridas si pudiera?... Ni una sola deseo haber dejado de padecer. Ni una herida; ni un desengaño. Ni permitiría que ponzoña alguna o hechicería, me privara de una sola cicatriz de la piel o del alma, pues con ellas se perdería también parte de mi sentir y saber. Y creed, doña María que, con el tiempo, vos también daréis gracias por cosas que hasta ahora habéis maldecido.

La del linaje de los Haro tomó esas palabras por buen consejo. Tras cenar, y a pesar de no tener sueño, se dispuso a dormir, no sin antes rezar sus oraciones. Era la primera noche en mucho tiempo que sentía que alguien escuchaba sus plegarias, orando con sincera gratitud por el bien recibido. Después, se acostó, mirando a la luna que ya brillaba con fuerza. Se sentía bendecida por regresar al fin a su tierra rodeada de tantos y tan buenos caballeros, mecidos todos por la mano infinita del mar, en la mayor cuna de madera creada por el hombre, y con una aya que no era de ese mundo, brillando sobre sus ojos.

El nuevo día amaneció con un cielo cuya tez resultaba mucho más benévola que la que había mostrado antes de ser oscurecido por la noche.

Mientras las sirvientas peinaban y acicalaban a doña María, ella se encontraba inmersa en la lectura del libro de *lais* que la sirvienta de Mahai le había entregado a Oneka.

—«Vivía en Bretaña en barón —susurraba la doncella, moviendo los labios de manera casi imperceptible, como si quisiera disimular lo que leía—. De él he oído decir muchas alabanzas. Era caballero galante y esforzado, y se conducía noblemente. Muy privado era de su señor y todos sus vecinos lo amaban. Desposó con una mujer de noble linaje y semblante agradable. Él la amaba y ella le correspondía. Una cosa, aun así, molestaba a la dama: cada semana perdía a su esposo durante tres días enteros, sin saber qué le acontecía ni a dónde iba. Ninguno de sus amigos ni conocidos sabía nada tampoco.

En cierta ocasión en que vuelve a su casa, alegre y dichoso, ella le inquiere sobre su cuita:

—Señor —dice ella— hermoso y dulce amigo, desearía preguntaros algo, si me atreviera, pero temo vuestra ira. No hay cosa que más pueda afligirme en el mundo.



Cuando él la oye, la abraza, atrae hacia sí y besa.

—Señora —dice él—, hablad sin cuidado. No hay pregunta a la que yo no quiera responderos, si sé hacerlo.

Ella responde con gozo:

—Por mi fe, estoy salvada. Señor, tengo tal miedo los días en que os separáis de mí... Muy gran dolor siento en el corazón y es tanto el temor de perderos que, si no logro consuelo de inmediato, creo que moriré. Decidme a dónde vais; dónde os encontraréis; dónde permanecéis. A mi entender, tenéis otro amor y, si es así, cometéis gran yerro.

—Señora, por Dios, gran mal me vendría si os lo digo, pues os alejaría de mi amor y yo mismo me condenaría.

La dama, al oír aquello, no lo toma en burla. Y tantas veces le repite su pregunta, tanto lo mima y adula, que él termina por contarle su ventura, sin ocultarle nada.

—Señora, yo me convierto en hombre lobo. Me adentro en el bosque, en lo más profundo de la floresta, y allí vivo de presas y rapiñas».

—Buen día, doña María —dijo el conde don Pedro, sacando a la dama del relato—, ¿os importuno?

—En absoluto, don Pedro —respondió ella, cerrando el libro y guardándolo con mimo.

—Me agrada ver que os entregáis con fervor a la lectura. Si hablaseis portugués, podríais leer mi obra...

—¿Vos escribís?

—Crónicas nobiliarias y cántigas —contestó el conde, sentándose junto a ella.

—¿Cántigas?

—Poemas cantados que se acompañan de la cítara, el añafil o la flauta dulce.

—¿Vos los escribís y cantáis?

—No, yo soy un trovador que solo escribe. De cantarlos y acompañarlos con los instrumentos se ocupan los juglares.

—¿Puedo ver algo de vuestra obra? —preguntó ella, risueña.

—Desde luego —respondió el conde, sacando de una bolsa un buen monto de pergaminos.

Doña María tomó el primero y leyó el título con dificultad:

—*Livro de linhagens... do conde D. Pedro...*

—Narro aquí la historia de las más notables familias portuguesas y castellanas. Prometí a vuestro esposo, don Juan Núñez, que consignaría los hechos de los Lara...

—Es una gran labor. Requiere de mucho saber...

—Y mucha responsabilidad. Esta obra y mis cántigas de amor y encarnio serán seguramente lo único por lo que seré recordado, cuando tanto yo como todos los míos no seamos más que polvo.

—¿Tenéis hijos, don Pedro?

—No...

—¿Estáis casado?

—Lo estuve. Me desposé con una noble y muy rica dama. Se llamaba Branca Peres de Portel. Por desgracia, Dios se la llevó muy pronto. De ella heredé la gran fortuna de los Sousa, su familia por parte de madre. Después casé con una dama aragonesa, pero no permanecí con ella mucho tiempo...

—¿También murió?

—No.... Nos separamos.

—¿Os separasteis?

—Sí. Sé que no es lo habitual, pero fue mejor así...

—¿Y desde entonces estáis solo?

—No estoy solo. Comparto mi vida con una hermosa dama llamada Teresa de Anes.

—Sí estáis casado, pues.

—No, no nos hemos deposado...

—Entonces...

—Sí, vivimos en pecado... o amancebados, creo que se dice en Castilla. —Por la expresión de doña María, el conde don Pedro supo que estaba confusa—. Comprendo que mi conducta no es en todo la apropiada para alguien de mi dignidad. Espero que no os ofenda.

—No... yo, no os juzgo. Prefiero vuestra sinceridad a la hipocresía e impudicia revestidas con buenas galas.

—Don Pedro —dijo Martinho—. Varios botes se acercan.

Los caballeros se apostaron en la borda de babor, aunque no armaron ballestas ni empuñaron lanzas, ya que solo eran unos pocos pescadores los que habían divisado. El noble portugués golpeó con el pie a un caballero que aún permanecía dormido.

—En pie, Joao —mandó el conde.

—Disculpad, mi señor —contestó Joao Gomes, sin saber bien donde se encontraba—. Saligia...

—No se refiere a la mujer de gran apetito ¿verdad? —preguntó con indiferencia doña María.

—No, a otra cuya pereza os escandalizaría —respondió don Pedro, sin dejar de observar en lontananza.

—Conocéis a demasiadas Saligias y ninguna parece buena compañía —dijo la dama—. Yo de vos no las frecuentaría, y si por ventura conociera a otra, huiría de ella como del diablo.

—Eso mismo me digo yo cada día —murmuró el caballero Joao, incorporándose.

—Preguntadles dónde estamos —ordenó el conde a los marinos, viendo que los botes se hallaban a la suficiente distancia como para entablar conversación.

Tras cruzarse varias palabras a voz en grito, uno de los tripulantes habló a don Pedro:

—Dicen que esa villa que se ve a media legua es Bermeo.

—¿Bermeo? —exclamó con ilusión doña María, acercándose a la amura de babor para poder ver a esos pescadores, poniéndose sobre las puntas de sus pies—. Entonces, estas son ya aguas de Vizcaya. Dejad que les hable.

—No, doña María. Sed prudente —advirtió el conde—. No sabemos con certeza quiénes pueden ser esas gentes.

—Mucho tiempo he estado oculta, don Pedro. Si no puedo mostrarme sin temor ante los míos, no merezco el apellido ni el título que mis antepasados me han legado.

El noble portugués comprendió las razones de la del linaje de los Haro, permitiendo que se aproximara a la borda.

—¡Escudero! —gritó el conde a un mozo, que se apresuró a llegar ante él—. Trae un taburete para doña María.

El criado obedeció, llevando una banqueta para que la doncella se subiera en ella y pudiera ver y hablar con claridad a los pescadores. El que iba en la proa era sin duda el mayor de todos ellos, de largo cabello y barba descuidada. Otros cuatro a los remos, uno a la caña del timón y un mozo junto a los aparejos.

—Salud, buenos hombres —dijo doña María.

—Salud y gracia, noble dama —respondió el mayor.

—Soy doña María Díaz de Haro —dijo ella, solemne—, hija del difunto conde don Juan “el Tuerto”, vuestro difunto señor.

Los marinos quedaron estupefactos, sin saber qué responder o cómo actuar.

—Doña María —saludó el mayor, con una leve reverencia.

—¿Sois de Bermeo?

—No, señora, venimos de la vecina Ondarroa.

La manceba los recorrió a todos con la mirada más detenidamente, y no pudo evitar que sus ojos se detuvieran en el más joven. Era agraciado, de pelo castaño lacio, rasgos aniñados y suaves, y mirada huidiza.

—¿Son tus hijos? —preguntó doña María.

—Solo el timonel y este de aquí, doña María —respondió el pescador, cogiendo de un hombro al tímido mozo—. Apenas tiene edad para faenar, pero sí para conocer el oficio de su padre.

—Es muy bello. Verlo en esa embarcación, con su cabello hondeando al viento, me ha recordado a cómo imaginé que sería el dueño de un poema.

—¿El dueño de un poema?

—Uno, cuyo nombre es Tristán...

—Extraño nombre, señora.

—Apropiado para estos tiempos...

—¿Llamaréis así a vuestro primer hijo?

—No... yo. —Doña María dudó, pues debía responder a algo sobre lo que apenas había meditado—. Me he desposado con don Juan Núñez de Lara, por lo que mi primogénito recibirá por nombre Juan... o Nuño.

El pescador, al ver aflicción en doña María, dijo algo que él tampoco había pensado nunca.

—Pues entonces, señora, si os place, y para hacer merced a dama de tan noble linaje, apodaremos en vuestro honor a este mozo, mi hijo: Tristán.

—Me sentiría muy honrada —respondió doña María con una sonrisa, agradeciendo sinceramente el gesto.

—Iremos a Bermeo y anunciaremos vuestra llegada —dijo el pescador, dando órdenes a los suyos.

El bote se alejó a golpe de remo, seguido por la nao portuguesa.

A medida que se acercaban a la costa, el conde don Pedro se maravillaba cada vez más por lo que veía. Las olas rompían en rocosos acantilados o se esparcían plácidas sobre arenales. En tierra, montes frondosos se extendían por doquier y hasta donde la vista alcanzaba, siendo cubiertos por una bruma espesa que se deslizaba lentamente hasta los propios acantilados, donde ya nada podía arraigar, y, aún allí, pequeños arbustos crecían obstinados entre las grietas de piedra.

—Qué visión tan espléndida. No puedo creer, doña María, que una tierra así no sea rica en leyendas...

—¿Por qué lo decís?

—Los países montañosos y de grandes bosques, son en los que más abundan las creencias en seres míticos. En un prado verde, en un campo árido o en un yermo páramo, no hay lugar para el asombro, pero, contemplad esas montañas y la niebla que todo lo cubre. ¿Cómo no creer ver ogros de negro pelaje, cuando solo os encontraréis ante un oso que huye? ¿Cómo no confundir los ojos brillantes de un zorro o un lobo oculto en la floresta, con los de un demonio? ¿Cómo no creer oír a una bestia del averno, en el eco del berrido de un ciervo?... Doña María, yo también deseo haceros merced y honra, y, si os place, en el título IX de mi obra, hablaré de los principios de vuestro linaje y de los hechos épicos que sin duda los acompañaron.

—¿De los Haro?

—Así es.

—El honor sería mío, ¿pero qué escribiréis? No sabéis nada de mi estirpe, y yo, de poca ayuda puedo ser. Ya os dije que no conozco nada sobre los orígenes de Vizcaya.

—Los descubriremos juntos, doña María —contestó el conde, recuperando el tono paternal.

Cuando la nave atracó en Bermeo, una gran cantidad de vecinos y moradores, así hombres como mujeres, jóvenes y viejos, tanto menestrales como pescadores, dejaron sus labores y fueron a recibir a los ilustres recién llegados, agolpándose en el puerto.

Doña María desembarcó, bien guardada por el conde y sus caballeros, pisando, por primera vez en mucho tiempo, la tierra que debía heredar. Entre gran expectación llegaron a la plaza de la iglesia de San Pedro, donde fueron recibidos por varios oficiales y caballeros de la villa.

—Doña María —saludó un hidalgo, galante y bien ataviado—. Dios sea loado por haberos mantenido a salvo. Mi nombre es Ordoño de Fika y soy vuestro leal vasallo.

Otros caballeros llegaron igualmente a ella, presentándose con una reverencia:

—Soy Lope Martínez de Beléndiz. A vuestro servicio, doña María.

—Joanes de Arteaga, a vuestro servicio —dijo otro, muy joven.

—Ramiro de Madariaga, a vuestro servicio —saludó, el que parecía de mayor edad.

—Juan de Mendoza, a vuestro servicio, doña María.

—Martín de Arostegi, a vuestro servicio —dijo el último.

Hecho esto, entraron todos en la iglesia, donde oyeron una misa cantada en honor de doña María. Después, el alcalde ordenó disponer mesas y bancos corridos en la plaza para celebrar una muy buena comida con la que agasajarla. Se sirvió gran cantidad de sidra y del mejor vino que había en la villa, pescados en abundancia y muchas viandas. Una vez doña María hubo tomado asiento en la cabecera de la mesa, se sentaron junto a ella el alcalde y el preboste, así como los más notables del lugar y muchos buenos caballeros hijosdalgo. En el otro extremo, tomó asiento el conde don Pedro. El noble portugués tenía a la derecha a sus caballeros, mientras que a su izquierda se sentaron, por su petición expresa, los eruditos escribanos de la villa, que eran Ochoa Ibáñez y Juan Pérez de Begoña.

—Y decidme, alcalde —habló aquí doña María—, ¿cuál es el estado de la tierra?

El aludido miró a su oficial, dudando qué decir, respondiendo a los pocos varios segundos.

—Señora... tras la muerte de vuestro padre, el conde don Juan...

—Su asesinato —corrigió doña María.

—Tras... el asesinato de vuestro padre, el rey don Alfonso tomó por sí y en su voz todas las villas y lugares que él tenía en Castilla...

Doña María quedó muy turbada al oír eso, aunque era algo que, en el fondo, temía y esperaba.

—También hemos sabido —añadió el preboste—, que se hace llamar en los escritos «señor de Vizcaya». Se dice en la Corte que vuestra abuela le vendió el Señorío por mediación de un tal Garcilaso de la Vega.

La manceba quedó aún más confusa y asustada.

—No temáis, doña María —habló aquí el caballero Ramiro de Mada-riaga, al ver el semblante de la doncella y que su cara palidecía—. Eso son falacias. Vuestra abuela, doña María Díaz, sigue cumpliendo para con sus vasallos como señora de esta tierra con gran ahínco. Hace dos años dio carta puebla de fundación a la villa de Ondarroa; hace tres, otorgó a la villa de Bilbao, que todo el hierro y acero que llegue a su puerto se descargue y pese en su rentería, pudiendo llevarlo libremente a donde quieran una vez pagado el albalá; y este mismo año ha dado orden a los alcal-des de la Hermandad de que todo acotado que sea hallado en culpa, sea ejecutado. Que no os turbe nada de esto que acaba de ser dicho. El rey don Alfonso nunca ha entrado en Vizcaya ni la tiene apoderada.

—Y si osara entrar —dijo Ordoño de Fika—, todos los hijosdalgo y castillos de Vizcaya enarbolarán vuestro pendón y defenderán con las armas vuestro derecho.

La dama se sintió reconfortada por esas palabras.

—Pero no hablemos de una guerra que nadie desea —intervino el alcalde—. Ahora que estáis aquí, podréis tomar buen esposo, y él os apoyará para que, como única y legítima heredera de los Haro, os convirtáis en señora jurada de Vizcaya.

—Esa feliz esperanza es la que me ha mantenido viva y traído ahora de regreso. Ya me he desposado en Bayona con don Juan Núñez III de Lara, hijo de don Fernando de la Cerda.

Oír aquello alegró sobremanera a los presentes.

—Brindo por tan venturoso enlace —dijo el alcalde, alzando su copa.

Cuando los portugueses vieron que en el otro extremo de la mesa se disponían a brindar, no tardaron en unirse a ellos.

—¡Salud! —gritó Gonçalo Bazacos, llenando su copa y levantándola.

—¿Por qué brindas? —preguntó Osorio Dias.

—No lo sé, pero no debemos ser descortesés con estas gentes tan hospitalarias —respondió Gonçalo, bebiendo la copa, dejándola vacía en la mesa.

—Así pues —dijo el conde don Pedro al escribano Ochoa Ibáñez, que-riendo continuar una conversación que había discurrido veladamente, siendo harto provechosa—, ¿decíais que Vizcaya era señorío antes de que en Castilla hubiera reyes?

—Así es —respondió Ochoa Ibáñez.

—Es un buen comienzo para el título de mi obra —dijo el conde, me-ditando ya lo que escribir—. Y por aquel entonces ¿Vizcaya hacía guerra a los moros?

—No —intervino Juan Pérez—, era con los asturianos con quienes más guerreábamos.

—Y decidme —prosiguió el noble portugués—, esa batalla de la que habéis hablado, ¿cuál era su nombre?

—Batalla de Arrigorriaga —dijo Ochoa Ibáñez.

—¿Arguriaga? —preguntó el conde, intentando memorizarlo.

—En vascuence quiere decir «El lugar de la piedra roja». Fue así llamado porque, tras la lucha, que fue muy grande, el campo y todas las peñas quedaron enrojecidas por la sangre vertida.

El conde pidió a su buen caballero, Fernando Mendes, que se dispusiera a escribir, repitiendo ese hecho en portugués:

—*Por esta mortiindade* —comenzó a relatar el conde—, *que i foi tamanha que as pedras e o campo foi todo vermelho, poserom-lhe nome ao campo o campo de Arguriaga, que tanto quer dizer por seu linguagem de vasconço, como pedras vermelhas pelo nosso.*

Así transcurrió la jornada hasta el anochecer. Tanto doña María como el conde don Pedro obtuvieron basto y fructífero saber; ella, sobre el presente de Vizcaya; él, sobre su pasado.

A la mañana siguiente, los hijosdalgo de Bermeo custodiaron a doña María, don Pedro y los suyos, hasta el término de la villa, y aunque se ofrecieron con insistencia para ir en su compañía hasta que abandonaran la merindad, doña María declinó su oferta, agradeciéndoles su servicio, diciendo que estaba muy bien protegida por el conde y los caballeros y escuderos portugueses.

Ya en la soledad de un camino rodeado de floresta, doña María habló con gran sinceridad al conde.

—Don Pedro, temo por mí y por mis vasallos. Según parece, el rey don Alfonso ha tomado por la fuerza mis heredades en Castilla, y hasta pretende usurpar esta tierra, haciéndose llamar «señor de Vizcaya».

—Lo sé, doña María.

—¿Lo sabíais? —exclamó ella, con asombro y algo de indignación—. ¿Lo sabíais y no me lo dijisteis?

—¿Y de qué hubiera servido? Además, para eso os habéis desposado con don Juan Núñez, para que él defienda vuestro derecho de ser reconocida señora de Vizcaya...

—¿Y creéis que luchará por ello? ¿Se enfrentaría al rey don Alfonso?

—No puede excusarse de hacerlo, doña María —respondió el conde, bajando la voz—. Para eso ha casado con vos, y vos con él.

—No habláis con convicción —dijo doña María, viendo titubear a don Pedro.

—No es mi convicción la que vacila ni he dicho mentira. Tan solo lamento...

—¿Qué lamentáis? —preguntó insistente la dama.

—Lamento ver a tres mancebos tiranizados por su linaje y por lo que desde la tumba sus antepasados les demandan. Lamento ver que, tanto vos como don Juan Núñez, como el mismo rey don Alfonso, arrastráis una carga injusta...

—Para ello hemos sido criados, don Pedro.

—Sí, como una bestia para soportar el yugo y arado con el que rompe la tierra, y para engendrar a su vez a otros que lo lleven tras su muerte...

—¿Me asemejáis a un buey o a un caballo?

—Sí, señora... a vos; a vuestro esposo; al rey don Alfonso; a mí mismo... Pero dejemos este asunto... Decidme, ¿sabiendo lo que ahora sabéis, aún deseáis que escriba sobre vuestro linaje y los orígenes de esta tierra? Vuestros escribanos me han hablado de un lugar llamado... *Argu... riaga*. Creo que las gentes de esa comarca pueden guardar muchos y buenos conocimientos.

—Yo... debería llegar lo antes posible a las heredades de mi esposo —dijo doña María, palabras a las que el conde asintió con decepción—. Pero también desearía ver a la que fue mi aya, doña Teresa de la Sierra, y a su marido, el caballero Diego Pérez de Muñatones. Ellos me pusieron a salvo en Bayona. Arrigorriaga no está de paso a San Julián de Muskiz, donde tienen su torre, pero podemos desviarnos al sur. Además, será gran servicio el que haré a mis vasallos y estirpe, ayudando a que hombre tan ilustre como vos, escriba sobre mis antepasados...

—Celebro oír eso, doña María. ¿A cuántos días de marcha nos encontramos?

—Nos separan de Arrigorriaga unas seis leguas. Puede que dos días al paso y parando para hacer fonda.

—Entonces iremos al trote —dijo don Pedro, picando espuelas a su caballo, siendo seguido por el resto.

Esa noche se hospedaron en la posada de Forua. Los caballeros bebían y cantaban, como era habitual, acompañadas sus voces por las notas de un extraño instrumento que tocaba Martinho y que doña María nunca había visto: una especie de tabla de madera con cuerdas y clavijas que emitía diferentes sonos.

El conde don Pedro se mantenía apartado del bullicio, sentado en una mesa, a la luz de varias velas. Rodeado de pliegos, plumas y tinta, permanecía imbuido en sus pensamientos.

—*Bizcaia, que foi senhorio primeiro em seu cabo* —susurraba el conde, mientras escribía—, *ante que el rey houvesse Castela, e ò depois em Bizcaia nom havia nem ãu senhor. E havia ãu conde em Esturas que havia nome don Moninho, e vinha-lhes fazer mal...*

—¿Os importuno, don Pedro? —dijo doña María, acercándose al noble portugués, conociendo de sobras la respuesta.

—En absoluto, doña María —respondió el conde, con afabilidad y resignación, a pesar de desear continuar escribiendo mucho más que hablar con nadie.

—¿Qué escribís?



—La historia de esta, vuestra tierra.

—¿Ya habéis comenzado a escribirla?, si apenas llevamos en Vizcaya dos jornadas...

—Deseo dejar por escrito todo de cuanto tenga constancia. Ya habrá tiempo para añadidos y correcciones.

—¿Será épica?

—No podría ser de otro modo. Decidme doña María, ¿cuáles son vuestros cantares predilectos?

—Tengo gran recuerdo de los dos que más oí recitar de niña: el del *Mío Cid* y el de *El esforzado y virtuoso caballero Amadís de Gaula*.

—Con razón, señora. —El conde guardó silencio, rememorando algunos versos del primer cantar mencionado—... «Los ojos de Mío Cid muchas lágrimas van llorando; atrás vuelve la vista y se queda mirándolos. Vio que estaban las puertas abiertas y sin candados, vacías quedan las perchas, ni con pieles ni con mantos, sin halcones de cazar y sin azores mudados»... Quién alcanzara esas cotas de maestría...

—¿Creéis que podréis?

—Como ya os dije, lo intentaré, pero para eso necesito silencio y soledad. Vuestra belleza está poniendo celosas y ahuyentando a las musas.

Doña María comprendió que el conde le estaba pidiendo sutilmente que le dejará escribir en paz, pero no sabía por qué, no estaba dispuesta a hacerlo aún.

—¿Qué son las musas? —preguntó ella, aunque sabía de sobras la respuesta.

—Según los antiguos, eran diosas, amantes y protectoras de las artes, que inspiraban a los poetas y artistas en sus creaciones para que pudieran culminar sus obras.

—¿Y decís que yo puedo causar celos en unas diosas? —preguntó ella, aún con mayor picardía.

El conde don Pedro comprendió que aquella conversación estaba lejos de acabar por el capricho de una manceba a la que no podía azotar ni ordenar acostarse. Al contrario, se tornaba cada vez más ardua.

—Bien... vos sois una doncella agraciada de carne y hueso, y ellas tan solo pueden susurrar halagos o acordes a nuestro oído. Por eso envidian que os halléis en mi compañía.

—¿Acaso las musas no inspiran a mujeres? ¿O solo a mujeres viejas y feas?

Ciertamente, el deseo de los azotes iba creciendo en el interior de don Pedro.

—Ahora que lo decís, doña María, el sabio Platón mencionó a una tal Safo de Lesbos; una poetisa tan docta, que se la consideraba casi como una más de las musas.

—¿Era vieja y fea?

—Lo desconozco, doña María —dijo el conde, con rictus y voz hastiada—. ¿Por qué no rezáis vuestras oraciones y os acostáis? Mañana cabalgaremos durante todo el día.

—Eso haré. —Accedió doña María, retirándose. Pero cuando ya don Pedro se sentía libre para retornar a la escritura, la del linaje de los Haro se volvió—... Don Pedro...

—¿Sí, señora? —preguntó el, con poco disimulado mal humor.

—¿Deseáis que rece a las musas para que acudan a inspiraros? Si me decís sus nombres y el rito a seguir, lo hare con gusto.

—No es necesario, doña María... pero os lo agradezco —respondió el noble portugués, esta vez sí, con talante severo.

Satisfecha con esa última provocación, doña María se retiró al fin, inclinando levemente la cabeza como despedida.

Pero esa noche, doña María no podía dormir. Se encontraba inquieta y confundida. No sabía por qué había actuado así con don Pedro. Sentía un deseo extraño de atraer su atención y entablar buena conversación, pero también de atacarle. No deseaba que la viera ni tratara como a una niña. Tal vez debería hablar de ello con Oneka, pero, al poco, recordó dónde se hallaba y cuál era su finalidad, y ese pensamiento mató cualquier otro que pudiera estar asaltándola.

La doncella salió de la cama y despertó a sus sirvientas.

—Oneka —susurró—, sígueme. Quiero ir a un lugar.

—¿Ahora, doña María, y en mitad de la noche? —preguntó confusa la criada.

—Sí, ahora...

—Mi señora —dijo Juana—, no es seguro que abandonéis la posada vos sola.

—Por eso iré con Oneka —contestó doña María, con una voz y mirada que no dejaban en su sirvienta resquicio a la negativa.

El conde don Pedro tampoco podía conciliar el sueño, y no por los ronquidos de sus caballeros, ebrios y dormidos como puercos después de una buena pitanza.

—Ni lo pienses —murmuraba para sí mismo el noble portugués—. No pienses en sus juegos. Es una manceba que no domina sus emociones ni impulsos. No como tú. Sí, no como tú. No. No pienses en ella ni en sus sirvientas. Además, ¿en qué podría satisfacerte? No sabe de ninguna mala arte ni cómo complacer a un hombre. Aunque eso es mucho más excitante que pagar a una ramera, desde luego. Esta noche caminaba de forma diferente, quería que te dieras cuenta. Será por hallarse en la edad en la que las mozas comienzan a convertirse en mujeres, o por haber abandonado el ayuno, pero juraría que sus caderas y pecho han crecido. O tal vez solo vista más ceñida... ¿Qué demonios haces? ¿A dónde vas? —siguió murmurando, mientras se levantaba del lecho.

Don Pedro caminó con cautela, con muchas voces y malos pensamientos agolpándose en su mente que intentaba acallar en vano. Con cada paso crujían los tablones y delataban su presencia, aunque los ronquidos de los suyos los disimulaban en parte. Con la respiración contenida llegó a la puerta de la estancia de doña María. Solo quería abrirla para comprobar que estaba a salvo. Solo la miraría. «Estás cumpliendo con su cometido de protegerla y guardarla», se dijo. Al fin y al cabo, en esa posada había muchos hombres y quién sabe si todos serían de fiar, aunque fueran sus caballeros. O tal vez, por eso mismo desconfiaba.

Abrió la puerta con sumo cuidado, y cuando sus ojos se hicieron a la oscuridad, comprobó que dos de las camas estaban vacías.

—¿Doña María? —inquirió alarmado.

—¿Señor? —respondió Juana, adormecida.

—¿Y doña María?

—Don Pedro... me ordenó que no lo dijera...

El conde fue a donde la criada, tomándola por los brazos.

—Pues yo te ordeno que me lo digas ahora.

—Ha ido... ha ido a la iglesia juradera.

—¿A dónde?...

En el exterior, los caballeros Garcia Alvares de Meneses y Joao Gomes da Ponte, maldecían su suerte por hacer guardia y no haber podido beber ni dormir bajo techo, como si fueran escuderos o criados.

—¿La viste cuando montaba? —preguntó Garcia Alvares.

—¿A quién?

—A doña María.

—No.

—¿No viste como se movía su cuerpo cuando galopaba y se adivinaban sus formas? ¿O solo mirabas los cuartos traseros de su caballo?

—Yo no miro los traseros de los caballos. No me confundas con los de tu aldea, conocidos por abusar de las yeguas y las cabras.

—¿Te has visto en un espejo? Es tu madre la que parece haber conocido a algún cabrón cuando era moza.

—¡Garcia! ¡Joao! —gritó el conde, saliendo de la posada.

—Mi señor —respondieron al unísono ambos caballeros, levantándose.

—¿Y doña María?

—Señor —balbuceó Joao Gomes—, no creeréis que nosotros...

—¡Se ha ido! ¡Ha cogido un caballo de los corrales y ha ido rumbo al sur ante vuestros ojos!

Los caballeros se miraron incrédulos y atemorizados.

—Don Pedro —susurró Joao—... daremos con ella, os lo juro.

—Si le sucede algo, lo pagaréis —amenazó el conde, yendo al establo, seguido de los dos caballeros.

Doña María descabalgó, pisando sus pies descalzos la hierba humedecida por el rocío de la noche. Caminó con serenidad y de forma solemne unos veinte pasos antes de detenerse. Ante ella, la iglesia de Santa María de la Antigua de Gernika y un solitario roble. Quería implorar y rezar, pero no sabía si era blasfemo o impío hacerlo ante un árbol, aunque ese árbol y otros tantos elementos fueran sagrados para los vizcaínos en tiempos pasados y aún se conservara ese recuerdo.

En la lejanía comenzó a escucharse el eco de cascos de caballos. Oneka se asustó, pero no así doña María, que continuó mirando impertertable ese viejo roble.

Cuando don Pedro y sus caballeros llegaron al claro, la visión era como extraída de un poema. Un prado iluminado por la luna llena, con un roble en su centro, y dos damas vestidas con vaporosas prendas blancas, una de ellas junto a un rocín también blanco, sin bridas ni ensillar.

El noble portugués fue ante la del linaje de los Haro, con paso firme pero lento y respetuoso.

—Doña María —dijo él, a espaldas de la dama—, ¿qué hacéis aquí? Es temerario que os aventuréis en plena noche por estos parajes y caminos tan desamparados.

La doncella deseaba llorar de impotencia, pero por primera vez, no podía hacerlo. No en ese momento.

—Mi aya me dijo —respondió ella, con voz queda—, que en una época que se rigiera por el honor, la lealtad y el temor de Dios, yo sería tomada por señora de Vizcaya, pero que no habíamos nacido en ese tiempo...

Don Pedro se acercó a la dama, colocándose a su lado.

—Y lo seréis, doña María. Llegado el momento. —El noble portugués avanzó unos pasos más hacia el roble—. ¿Es aquí donde son jurados los que fueron señores de esta tierra antes que vos? ¿No en un palacio ni en una catedral?

—No. En Vizcaya no hay grandes palacios ni catedrales. Siempre se han jurado en esta ermita y a los pies de este roble.

—¿Y cómo sería ese pleito homenaje?

—Yo debería jurar hacer cumplir y guardar las leyes y libertades de los vizcaínos. Después, aquellos que tienen voz por todos los de las villas y los de las anteiglesias de la Tierra Llana, besarían mi mano y me tomarían por señora.

—¿Y no sacrificáis un buey o hacéis libaciones? —preguntó con sorna don Pedro.

—¿Cómo decís?

—Por el lugar, parece un rito pagano, doña María. Los antiguos adoraban a los árboles de hoja perenne. Los cristianos no.

—Como os digo, así se ha hecho y así se continúa haciendo. Pero para vuestra serenidad, os diré que la jura se realiza en suelo sagrado, ante

la cruz y los Evangelios. Nuestra santa fe católica está a salvo aquí, don Pedro, no temáis. —respondió ella con inquina renovada, ante la no menor malicia mostrada en la burla del conde.

—Regresemos ahora, doña María —pidió el noble portugués, retirándose todos de regreso a la posada.

Alumbrados por el sol recién nacido, doña María, el conde don Pedro y el resto de su compañía, recorrían en silencio y aparente calma el sendero que había de conducirles a Arrigorriaga. Pero la mente de la manceba dama continuaba siendo una gran tabla redonda en la que se batían en duelo sus temores y ansias.

—Don Pedro —habló aquí la doncella, no pudiendo acallar por más tiempo una de esas cuitas—, ¿creéis que agradé a don Juan Núñez?

—¿Agradarle?

—Cuando me vio...

—Doña María... sé que no resulta cortés decir esto, pero vos sabéis tan bien como yo que vuestro matrimonio se celebró por quienes sois ambos, no por lo que podáis sentir. Por eso mismo aceptasteis gustosa esa unión. No porque os describiera el rostro o el cuerpo, o las virtudes o virilidad de don Juan, sino porque dije que era del linaje de los Lara, ¿no es cierto? Eso bastó para que vuestros ojos se iluminaran y resplandecieran como dos luceros en la noche.

—Sí... —susurró doña María, bajando la cabeza.

El conde don Pedro, temiendo haber sido brusco en su sincera contestación, respondió a las dudas de la doncella.

—Sois dama bien parecida y de cuerpo gentil. Desde luego que cuando don Juan os vio, quedó agradao sobremanera. Cualquier hombre se sentiría dichoso de tomaros por esposa.

Aunque pudiera ser condescendiente, oír esas palabras de alguien que, seguro, había conocido a tantas mujeres, reconfortó a doña María, pareciendo incluso cabalgar más liviana desde ese momento.

Al ocaso, divisaron desde una colina la anteiglesia de Arrigorriaga, cercada por el río Nervión.

—¿Hemos llegado? —preguntó el conde.

—Sí. Esto que veis es Arrigorriaga —confirmó doña María.

—Lleguemos a ella y tomemos buenas posadas —dijo don Pedro.

Un labrador que se encontraba retirando algunas malas hierbas, escuchó a su espalda pisadas de caballos que parecían descender al trote hacia él. Al volverse y advertir a cierta distancia el gran número de gentes que se aproximaban, dejó su labor y comenzó a correr hacia la anteiglesia, dando grandes voces.

—¿Qué le ocurre? —preguntó la del linaje de los Haro, al ver al hombre alejarse como llevado por el diablo—. Parece aterrorizado.

—Sí —respondió el conde.

—¿Qué le habrá asustado tanto?

—Nosotros... —aseveró don Pedro.

El labriego cruzó el puente al tiempo que continuaba lanzando graves alaridos para advertir a todos sus vecinos de la llegada de aquella compañía armada. Todos los de Arrigorriaga corrieron a refugiarse entonces en sus casas o en la pequeña iglesia de Santa María Magdalena, no quedando alma ni rastro de vida en los campos ni en las calles.

Cuando doña María, don Pedro y el resto, cruzaron el puente, el lugar parecía desierto.

—Se han ocultado todos —dijo incrédula doña María, recorriendo con la mirada las casas, corrales y establos.

—Esto no es bueno —murmuró Gonçalo Bazacos.

Avanzando lentamente y sin hacer gestos bruscos ni levantar la voz, llegaron a la iglesia. Acordaron detenerse, ya que habían visto a varios hombres y mujeres, tanto mayores como pequeños, esconderse allí. La del linaje de los Haro bajó del caballo sin pensarlo dos veces.

—Aguardad doña María —pidió el conde, descabalgando igualmente—. Apartaos y dejadnos entrar a nosotros primero.

Don Pedro dio orden a Fernando Mendes, con un gesto de la mano para que se adelantara y golpeará la puerta del templo. El resto de caballeros, desde sus monturas, tomaron las lanzas. Osorio Dias y Alfonso de Castanheda, flanqueando al conde y a doña María, asieron la empuñadura de sus espadas, prestos a rechazar cualquier ataque.

Fernando golpeó la puerta tres veces, pero no hubo respuesta. Repitió la llamada con más insistencia, pero, de nuevo, solo obtuvieron a cambio, el eco de los golpes de puño.

—Permitidme, os lo ruego —dijo doña María, llegando a las puertas y hablando hacia el interior del lugar—. Buenas gentes de Arrigorriaga, soy doña María Díaz, hija del difunto don Juan Díaz de Haro. No temáis nada de mi ni de estos hombres que tan lealmente me han guardado y traído, a esta mi tierra.

Un tímido rumor de pasos se escuchó en la iglesia, deteniéndose al otro lado de los maderos. El postigo del portón se abrió, y un hombre de mediana edad asomó la cabeza con cautela, bajando la mirada para poder ver bien a la que había hablado.

—Doña María Díaz se halla en Bayona, manceba.

—Me hallaba en Bayona. Este hombre —replicó ella, señalando al noble portugués—, es don Pedro Alfonso, conde de Barcelos, e hijo del difunto rey de Portugal, don Dionis, y ellos son sus caballeros y sirvientes.

—¿Sois portugués? —preguntó el de Arrigorriaga.

—Sí —contestó don Pedro—. ¿Tenéis algo en contra de mi gente?

—No, ni en contra ni a favor... Nunca he conocido a un portugués. Decid algo en vuestra lengua, os lo ruego.

Don Pedro suspiró resignado, accediendo a complacerle, si con ello lograban hospitalidad y buena posada.

—*Quando o gato sai, os ratos tomam conta.*

—¿Qué significa? —preguntó el de Arrigorriaga, complacido y más relajado.

—«Cuando el gato no está, los ratones mandan» —respondió el conde, con aún mayor resignación.

—Soy Ochoa Martínez —dijo el vecino, abriendo las puertas—, maestre cura de esta iglesia de Santa María Magdalena.

—Padre —habló aquí doña María, entrando en el templo, pudiendo ver al resto de fieles que se habían refugiado allí—, ¿por qué os habéis encerrado bajo llave? ¿Qué es lo que tanto os atemoriza?

—Temíamos que fuerais a atacarnos, como por desgracia a menudo ocurre.

—¿Atacaros? —preguntó la dama, sorprendida—. ¿Quién os ataca? ¿Vasallos del rey don Alfonso?

—No, señora... vasallos vuestros...

—¿Míos?

—Son hijosdalgo de esta tierra los que acechan nuestra anteiglesia y tantas otras, y por los que sufrimos muchos daños, fuerzas y robos.

—Saligia —murmuró Alfonso de Castanheda a espaldas de doña María, la cual se volvió, cansada de oír ese nombre—... He recordado a una mujer avariciosa como de ninguna otra habréis sabido —continuó el caballero, al sentir la mirada escrutadora de la de los Haro.

—Doña María —dijo, aproximándose a ella, un anciano que se ayudaba de un báculo en su lento caminar—, soy Pedro Ortiz de Lejarraga. Como podéis ver, estamos indefensos, pues aquí solo hay buenos hombres labradores y muy pocos escuderos. Si yo fuera más joven, me enfrentaría a esos desalmados, pero apenas puedo valerme.

—¿Y no hay aquí oficiales de justicia? —preguntó ella.

—No, señora. Ni alcalde, ni preboste, ni otros justicias ninguno. Ni tampoco murallas tras las que ampararnos, pues como bien sabréis, todo eso son privilegios de las villas.

Dos hombres, los únicos armados, llegaron también ante la dama.

—Señora —dijo el que parecía mayor, realizando una reverencia—, soy Pedro Ruiz de Aguirre, procurador de este concejo.

—Señora —secundó el otro, también inclinando la cabeza—, mi nombre es Martín Sáez de Arandia, morador en esta anteiglesia. Permitid que os llevemos a la posada.

Ya en la plaza, otro anciano se acercó y habló a doña María:

—Señora, soy Martín Pérez de Abrisqueta. Somos muy honrados de teneros en Arrigorriaga. ¿Sabíais que una vez, Pedro Ortiz y yo servimos a vuestra abuela?

—Cierto —añadió el de los Lejarraga, que seguía de cerca a la doncella—. Fuimos escogidos como juradores por su mandato, al ordenar que se amojonasen los límites de los montes de este término, además de los de Zarátamo, Galdácano, Lemona y Bedia.

—¿Conocisteis a mi abuela? —preguntó la del linaje de los Haro.

—No tuvimos ese placer, doña María —respondió Martín Pérez—. Nos reunimos a campana repicada y cuerno tañido en el campo de Ibazabal, cerca de Ollargan, con su prestamero y su despensero mayor, que es a los que acostumbraba a enviar en su nombre para librar los pleitos.

—Ellos nos mostraron una carta de vuestra abuela, nuestra señora —prosiguió Pedro Ortiz—, en la que se decía que los del concejo de Bilbao protestaban porque algunos caballeros, escuderos y otros hombres de la tierra les embargaban los montes y términos que ella les diera en privilegio.

—Durante jornadas recorrimos toda la tierra —dijo Martín Pérez, rememorando ese hecho con entusiasmo y señalando por doquier—, desde Percheta, donde se pega el arroyo de Acordoyaga y su ferrería al agua mayor de Aldaondo, y por donde taja la mitad del agua mayor que pasa por Zubileta; y desde las casas de Esquirribay hasta Zorroza, y por esos mojones hasta los de Yuso, terminando en la casa de Juan Pérez de Mújica, y...

—Buenos fieles —les interrumpió el clérigo—, doña María, sin duda estará cansada, dejemos que se sosiegue en la posada y aderecemos abundante guiso de caldera y viandas para la cena con la que vamos a agasajarla.

—Desde luego, padre —asintió Martín Sáez, apartándose, como los demás.

Doña María, el conde don Pedro y el resto de los suyos, fueron guiados a la única posada de Arrigorriaga. Mientras avanzaban por la anteiglesia, se abrían las puertas y ventanas de las casas, y a ellas asomaban rostros temerosos a la par que curiosos.

—No puedo creer que mis súbditos se hagan tanto mal entre ellos —dijo la doncella a don Pedro—, y menos aún, que sean los caballeros los peores de todos. ¿Comprendéis ahora por qué no quiero oír hablar de cantares? Son una ofensa para el sentido común de cualquiera que no viva enclaustrado y ajeno a la realidad.

—Son esos caballeros y no el recuerdo que de muchos hay en los poemas, los que suponen una ofensa para su condición. Pero es cierto que, tanto los señores como los vasallos de este tiempo, son solo una sombra de lo que deberían ser y de lo que una vez fueron —dijo el conde, levantando la voz para que los suyos le oyeran.

—Una gran sombra, en ciertos casos —dijo Garcia Alvares.

—Soy hombre robusto para desgracia de mis enemigos —respondió a la burla Gonçalo Bazacos, dándose por aludido.



—Cuando montas, tu caballo se lamenta más que tus enemigos por tu robustez.

—No escuchéis a este patán, doña María. Le arde no poder vencerme ni en las justas y ni aun bebiendo o comiendo.

—Dentro de poco solo deberé esperar a que tu caballo caiga bajo tu peso para vencerte.

—Cállate, si no quieres que por error caiga sobre ti durante la noche cuando el vino y la carne quieran abandonar mis tripas...

Eso provocó nuevas risas y también voces de repulsa al imaginarlo.

—¿Y cómo eran antaño los caballeros, don Pedro? —se interesó doña María, retomando la conversación.

—Los caballeros eran los más honrados de todos los defensores —respondió él con entusiasmo, por tener ocasión de rememorar aquello—. Los elegidos para ser nombrados caballeros debían ser más amables, sabios, leales, fuertes, nobles de ánimo, gozar de mayor instrucción y hacer gala de mejores costumbres que los demás. Y a ese hombre, se le daban para su servicio y desempeño de tan valioso ejercicio, las armas más eficaces y la bestia más bella y ágil, que es el caballo. Por esa razón, fueron llamados caballeros.

—Pocos entonces podrían alcanzar tal dignidad.

—Así es. Se decía que tan solo uno entre mil era digno de ser caballero, por eso se les llamaba *militēs* y, al conjunto de ellos *militia*. Pero no siempre fue así. Al principio, los escogían de entre los pedreros, carpinteros o herreros, por ser gentes de cuerpos y manos fuertes; y también entre los carniceros, por estar acostumbrados a matar seres vivos, cortar miembros, y derramar sangre sin contemplación ni reparos.

—A algunos los eligieron de entre las ovejas —dijo Garcia Alvares.

—Y ni me permitieron acabar la tarea —respondió en burla Joao Gomes, lo que causó risas entre la mayoría.

—¡Guardaos vuestras chanzas groseras en presencia de doña María! —les reprendió el conde.

—Os pido perdón, señora —dijo arrepentido Garcia Alvares.

—Mis disculpas, doña María —secundó Joao Gomes la petición de perdón.

—¿Y esos hombres rudos no cumplían bien con su cometido? —continuó la dama.

—No. En lugar de vencer a sus enemigos, se vencían a sí mismos, no teniendo vergüenza y olvidando cómo conducirse. Es por ello que se escogió a aquellos que eran de buen linaje y tenían vergüenza por naturaleza, pues la vergüenza veda al caballero de huir en la batalla, y los que eran de nobles lugares, se guardaban de hacer cualquier cosa por la que pudieran caer en vergüenza. Por eso se les llama «hijosdalgo», que es tanto como decir «hijos de bien»; así como «gentiles», por mostrar nobleza

y bondad. Y aunque fueran flacos, mejores eran los flacos y sufridores, que los fuertes y ligeros para huir.

—¿Entonces, todo caballero debe ser de buen linaje?

—Sí, deben proceder de derecho linaje de padre y de abuelo hasta en el cuarto grado. Y cuanto más lejos llega su buen linaje, tanto más crece su honra e hidalguía. Por ello, los hidalgos no casan con villanas, ni las hijasdalgo con villanos, pues su descendencia perdería la condición de noble en un caso, y de hidalgo en el otro.

—Y decidme —prosiguió doña María, dejando que la niña que aún llevaba dentro ocupara el lugar de la futura señora de Vizcaya, arrinconando las tribulaciones—, ¿sus virtudes eran en verdad, tantas y tan buenas como las que se narran en los cantares y poemas?

—Aún mejores —aseguró con ilusión el conde, pareciendo más mancebo que doña María—. Juraban y cumplían guiarse por la rectitud y la lealtad; eran fuertes y bravos cuando correspondía, y mansos y humildes cuando debían; protegían a los pobres para que los ricos no los oprimieran y socorrían a los débiles para que los fuertes no los humillaran; se alejaban de cualquier lugar donde habitaran la traición y la injusticia; ayudaban a las doncellas y damas con su poder para ganar alabanzas y galardones, honrando a las mujeres y soportando la pesada carga de defender sus derechos; guardaban la fe inviolablemente y amaban y asistían a otros caballeros, sus compañeros, en toda ocasión; ayunaban los viernes y oían misa todos los días...

—Ayuno... —dijo Garcia Alvares, lanzando un nuevo dardo a su compañero.

—Misa diaria... —devolvió la puya Gonçalo Bazacos.

—Ciertos hombres, incapaces de una cosa y de la otra —reprochó el conde, alzando la voz—. No es vano realizar buenos juramentos y poner todo nuestro leal empeño y voluntad en cumplirlos, doña María. Aunque parezca lo contrario, no es tanto en verdad, lo que nos separa de esos hombres que nos muestran los cantares del pasado.

—Me gustaría creerlo... —respondió con melancolía doña María, mirando al frente.

Llegado el crepúsculo, los vecinos y moradores de Arrigorriaga dispusieron mesas, sillas y bancos en la plaza de la iglesia. Doña María cenó flanqueada por el cura y el procurador del concejo, mientras que el conde don Pedro lo hizo junto a Pedro Ortiz de Lejarraga y Martín Pérez de Abrisqueta.

Al anochecer, terminada la cena, algunos de la anteiglesia llevaron a la plaza varios pebeteros con los que alumbraron a doña María y al conde don Pedro. Y, al poco, tras apilar ramas y maderos, encendieron una gran hoguera. Hombres y mujeres comenzaron a danzar entonces

en torno al fuego, más ebrios de alegría que por causa de la sidra. Varios de los caballeros y escuderos portugueses se unieron a la celebración con gusto. Por primera vez en mucho tiempo volvió a vivirse alborozo y a oírse grandes risas en el lugar.

—Miradlos —dijo doña María—, ¿qué es lo que celebran? ¿Cómo pueden festejar nada con todo lo que sufren?

—Celebran nuestra presencia entre ellos, señora —contestó el conde—, y que, tal vez, esta sea la única noche en su vida en la que no temerán despertar por gritos de auxilio o de asaltantes, ni viendo arder sus casas.

—¿Y no piensan en que mañana nos habremos ido?

—Quién sabe, doña María, qué ocurrirá mañana... Tal vez yo no pueda regresar junto a mi dama ni vos con don Juan Núñez.

—¿Por qué habláis así, don Pedro?

—Disculpadme, señora. Será mejor que me retire —balbuceó el noble portugués, levantándose—. La bebida y el fuego no son buena compañía ni consejeros.

—¿Os ha molestado lo que he dicho?

—No, no estoy molesto... Solo pienso en las ocasiones perdidas.

—¿Qué ocasiones? —preguntó ella, intrigada.

El conde don Pedro debía luchar por no sentarse de nuevo al lado de doña María. Sabía que debía volver a la posada, pero algo en su interior era más fuerte que la razón, por lo que, finalmente, tomó asiento.

—Hace muchos años, en la aldea de Bilhó, vi a una moza, algo mayor que vos. Entraba en su casa, junto con su hermano o puede que su esposo, no lo sé. Nunca olvidaré su semblante. Sonreía de un modo... Todo su rostro estaba iluminado por la felicidad.

—¿Y eso os maravilló como para recordarla después de tanto tiempo?

—Estaba tullida... No tenía piernas. Avanzaba sobre un carretillo que el hombre empujaba, como si fuera un fardo.

—Comprendo... —musitó doña María, agachando la cabeza.

—Yo no —dijo el conde, con los ojos brillantes por unas lágrimas difíciles de contener, en las que se reflejaba el fuego—. No comprendo tantos momentos desperdiciados; no comprendo por qué es digno de alabanza entregarse a la penitencia en vez de al gozo... ¿Queréis saber por qué vuestros súbditos danzan y ríen abrazados, aun con todas las penurias y dolor que acarrear?... Porque no fuimos creados para vivir con temor, ni sometidos a encierro ni privaciones. Y si nuestro cuerpo está retenido, es entonces la mente la que halla un resquicio de luz por el que huir y buscar refugio del mal. Y, aunque deban pasar mil años, los que predicán y practican el terror, los heraldos de la tiranía, los perros serviles que traicionan a sus hermanos y los condenan a la desesperación y a la miseria... todos ellos pagarán largamente por sus crímenes. Y si no

será su carne la que sufra, serán sus almas en los Infiernos y su memoria entre los hombres y mujeres de la tierra renacida.

—Don Pedro, ¿de veras os encontráis bien? —se interesó ella, con ternura casi maternal, aproximándose al conde

Sentir tan cerca a doña María, tanto como para poder oler su cabello e imaginar su suave piel, y aún más cosas, hizo que el conde, tras unos momentos de duda, se levantara como empujado por un resorte.

—Debo irme, doña María... —dijo el noble portugués, encaminándose, esta vez sí, a la posada.

—Me habéis recordado al protagonista de un *lai* —replicó la del linaje de los Haro, fruto de la decepción al sentir rechazada su compañía—: Un barón de Bretaña que huía de su dama, refugiándose en los bosques, pues se convertía en hombre lobo.

—Sí —respondió don Pedro, sin volverse—... es bueno saber cuándo va a surgir el lobo, para alejarse de los que se ama, y no causar daños ni deshonras... Que tengáis placidos sueños.

Esa noche solo fue placentera para los ebrios, pues ni don Pedro ni doña María pudieron apenas conciliar el sueño.

Llegado el día, y para tristeza de los vecinos y moradores de Arrigorriaga, sus ilustres huéspedes se dispusieron a partir. Todos, tanto hombres como mujeres, así jóvenes como viejos, formaron un cortejo de despedida, besando las manos de la del linaje de los Haro, derramando lágrimas y bendiciones, y dando a los portugueses, viandas, verduras, panes, huevos, sidra, y todo con cuanto podían obsequiarles para el camino que les aguardaba.

Cuando alcanzaron el cauce del río Ibaizabal, el conde don Pedro se colocó junto a la dama, al recordar algo que deseaba decirle.

—Doña María, ¿os resulta familiar el nombre de *Vusturio*? Los ancianos de Arrigorriaga me dijeron que ese es el nombre de la aldea donde los vizcaínos se enfrentaron y vencieron a los asturianos.

—¿Pero no dijisteis que fue en Arrigorriaga donde aconteció esa lucha?

—Según parece, el nombre de Arrigorriaga se le dio a ese lugar por la gran matanza de aquel día, al quedar los campos y piedras que había, llenos de sangre. Pero hasta entonces era Vusturio. Tal vez erré al pedirlos que viniésemos a esta anteiglesia.

—El único nombre que me resulta familiar, es el de Busturia...

—¿Y dónde se encuentra?

—La dejamos atrás hace mucho. Está próxima a Bermeo, en el estuario de la ría del Urdabai.

—Lamento oír eso, pero, seguramente, fue en esa anteiglesia de Arrigorriaga o en su término, donde se produjo la lucha.

—¿Cuándo continuaréis escribiendo?

—Escribí durante la noche...

—¿Y qué habéis escrito?

—Los ancianos me dijeron que, en aquel tiempo, había en Asturias un conde que vino a hacer mal a los vizcaínos, imponiéndoles un tributo.

—¿Un tributo? ¿Qué tributo?

—Cada año, los vizcaínos debían entregarle una vaca blanca, un buey blanco, y un caballo, también blanco. De lo contrario, sufrirían grandes males.

—¿Una vaca, un buey y un caballo blancos? —preguntó doña María, extrañada.

—Los animales blancos siempre se han considerado mágicos, y en ciertos lugares y época, cuasi divinos. No os sorprenda que surjan al hablar de este hecho tan lejano, en el que, sin duda, se entremezcla verdad y leyenda.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Esa carga era muy pesada para los vizcaínos, no pudiendo cumplirla sino con gran esfuerzo. Un año, cuando al no poder satisfacer tal demanda, ya temían sufrir la ira del conde, llegó a esta tierra, desde el mar, como traído por las plegarias, un noble de gran linaje que había sido expulsado de su país. No era otro que el hermano del rey de Inglaterra, de nombre don Froom. Y junto a él, llegó también su hijo, llamado Furtam Frooez.

—¿El hermano de un rey inglés?

—Así es.

—¿Entonces, llegó a Vizcaya como Tristán a Cornualles? ¿En un barco, desde tierra lejana, para liberar a sus naturales de la opresión?

—Tal y como lo oís.

—Continuad, por favor —pidió doña María, con entusiasmo.

—Don Froom, al conocer la contienda que mantenían los vizcaínos con el conde de Asturias, les dijo quién era él, y que, si le tomaban por señor, les defendería. Los vizcaínos, viendo que era hombre de pro, de alto linaje y noble sangre, dijeron que les placía, y lo aceptaron como su señor.

—¿De modo que yo desciendo de la nobleza inglesa? —le interrumpió ella, ávida de conocimiento.

—No os apresuréis, doña María, aún faltan muchas generaciones hasta llegar a vos. ¿Queréis saber qué ocurrió después?

—Desde luego, don Pedro.

—A los pocos días, el conde volvió a exigir el tributo, pero en esa ocasión, los vizcaínos se negaron. Don Froom mandó a decirle que no se lo darían, y que, si lo quería, viniese él mismo y en persona a cogerlo. Recibido el desafío, el conde reunió a su gente y entró en Vizcaya. Don

Froom, por su parte, congregó a los vizcaínos, y fue cerca de la aldea llamada Vusturio, donde se produjo la batalla. Los vizcaínos derrotaron a los asturianos, matando al conde, y debido a tan gran mortandad, toda la tierra y las rocas quedaron rojas por la sangre vertida. De ahí que el campo de batalla, recibiera por nombre: campo de Arrigorriaga.

—Es sobrecogedor.

—Al cabo de un tiempo murió don Froom, fincando como señor de Vizcaya, su hijo Furtam. Él casó con una tal Elvira Vermuiz, hija de Vermuu Laindez y nieta de Alain Calvo. De ellos descienden otros que reconoceréis, llamados don Lupo Ortiz, y después, don Diego López.

—¿Y ya está?

—No, aún queda mucho por contar —dijo el conde, picando espuelas a su caballo, haciendo que el resto le siguieran al trote, dejando a la manceba con la miel en los labios.

A mediodía, cuando ya los caballos flaqueaban y necesitaban descanso, se detuvieron a los pies de una colina en el solar del linaje de los Basurto.

Don Pedro y doña María subieron la loma, desde la que había buenas vistas de la merindad, sentándose, una vez alcanzaron la cumbre. Al poco, llegaron a ellos los caballeros, criados y sirvientas.

—Debió ser muy duro dejar vuestra tierra —dijo el conde, en voz baja, mirando a su alrededor—. Quedar huérfana a tan corta edad y tener que marchar a otro país...

—Apenas tuve tiempo de llorar por ello. Todo fue tan apresurado... Lo peor vino después. La incertidumbre de no saber cuándo regresaría... hasta que vos llegasteis. Y decidme, cuando me entreguéis a doña Juana Núñez ¿volveréis a vuestra tierra? Vos también debéis añorarla.

—La añoré durante mucho tiempo. Estuve exiliado en Castilla por desavenencias con mi medio hermano, don Alfonso, el ahora rey de Portugal. Pero logré recuperar todo lo que me fue confiscado durante mi ausencia, al igual que haréis vos con vuestras heredades.

—Dios lo quiera. Es un buen pensamiento.

—Es el único que en ocasiones nos permite mantener la cordura.

—¿Vais a continuar escribiendo?

—No he dejado de hacerlo, doña María.

—¿Y cuándo lo habéis hecho?

—Mientras comía; mientras pretendía conciliar el sueño; mientras cabalgábamos en silencio...

—Pero no escribáis...

—No he impreso signos en el pergamino, cierto, pero en mi mente no he dejado de escribir.

—Pero, don Pedro... no habéis escrito nada...

—¿Sabéis que fue hace unos diez siglos, cuando un obispo de Milán, llamado san Ambrosio, sorprendió a todos los que le veían, porque leía sin mover los labios ni emitir sonido alguno?

—¿Causaba asombro porque leía en silencio?

—Hasta entonces se pensaba que cuanto más alto y fuerte se recitara lo leído, mayor devoción se mostraba, pero aquello no era necesario para lograr el fin deseado. Del mismo modo, yo puedo tener escrito en mi mente todo un capítulo, sin necesidad de tinta ni papel, aunque es cierto que cuando me surge por inspiración alguna frase o rima de gran ingenio, debo escribirla de inmediato, sea cual sea la labor que esté realizando. Esos destellos de lucidez no pueden perderse.

—¿Y por qué no escribís algo ahora? Quiero decir... en el papel.

—Lo haré, pero debo hacer os una petición...

—¿Qué petición?

—Que me ayudéis...

—¿Que yo os ayude?

—Ahora debo hablar de don Diego López, bisnieto de don Froom. Aquí es donde la leyenda toma más fuerza.

—Explicaos, don Pedro.

—Me dijeron que este don Diego era muy buen jinete y, estando un día de cacería, siguiendo el rastro de un jabalí, escuchó el canto de una mujer. Su voz le guio hasta un lago, donde la halló, echada sobre una peña. Era una dama muy hermosa y muy bien vestida, de la cual se enamoró intensamente. Don Diego le preguntó quién era y ella respondió que era una dama de muy alto linaje. Él dijo que, si era mujer de alto linaje, casaría con ella si quisiera, ya que él era señor de toda aquella tierra. Ella prometió que lo haría, pero con una condición.

—¿Qué condición? Seguid hablando.

—No sé si deseáis escucharlo y menos aún que lo escriba.

—Si es la verdad, hacedlo, por favor...

—La dama dijo que casaría con él, si antes le prometía que nunca más se santiguaría. Cosa a la que don Diego accedió.

Doña María quedó sin aliento.

—¿Era entonces un demonio? ¿Un súcubo?

—¿Qué sabéis de los súcubos? —preguntó el conde, con interés y sorpresa.

—Nada, yo... solo los oí nombrar una vez...

—Quién sabe, doña María, cuál es la historia real y cuántos hechos han sido sumados después por clérigos o trovadores, o entre las mismas gentes comunes.

—No escribáis eso, os lo ruego. No quiero que se piense que mi linaje descende de una mujer demonio ni que uno de mis antepasados tuvo tratos con ella.

—Es habitual en los poemas la aparición de criaturas antinaturales. Son mujeres bellas en ocasiones, que socorren a los héroes a cambio de favores o como guardianas de conocimientos o reliquias.

—Pero no que sean inmundas e impías. Es deshonesto decir que un señor de Vizcaya casó con una mujer demonio y, más aún, que renegó de Cristo por pura lujuria.

El conde don Pedro quedó pensativo, observando el entorno que le rodeaba.

—Aún hay más. Esa mujer estaba muy bien hecha en todo su cuerpo, salvo por...

—Decidlo, poco puede espantarme ya.

—Porque tenía pies de cabra.

—¿Pies de cabra?

—Sí, pero no debería sorprenderos. Si un ser antinatural habitara estas montañas y riscos, necesitaría pies de cabra para moverse con agilidad.

—Pero eso es aún peor. ¿No creían los antiguos en seres así, que tenían cuernos y pies de cabra?

—Sí, los llamados faunos y sátiros.

—Y eran criaturas lascivas.

—Sí... —reconoció el conde.

—Don Pedro, con certeza eso no fue real. Cambiemos el relato.

—Doña María... nadie creerá que eso fue real —dijo el noble portugués, recostándose en la hierba—. Pensad en la historia como en un queso o una carne puesta a curar comida por las ratas. Hay una parte cierta que aún conservamos y, otra, perdida para siempre. ¿Qué mejor forma de llenar los agujeros que con una enseñanza moralizante que, además, sorprenda al que la escuche? De ese modo, le hacemos saber que hay algo de realidad, en este caso, la existencia de vuestro antepasado, don Diego López, pero desconocemos quién fue su esposa, por lo que hablamos de esa mujer con pies de cabra. Es preferible la modestia del trovador o juglar que, ante el desconocimiento de un hecho hace aflorar la fantasía, que la soberbia del cronista o historiador que pretende hacer creer que todo cuanto escribe, es como si Dios se lo hubiera revelado.

—Entiendo lo que decís... pero ¿debe tener pies de cabra? Alguien así... difícilmente resultaría agradable a un hombre.

El conde don Pedro volvió a mirar el paisaje.

—Yo deseo que tenga pies de cabra; vos, por el contrario, no. ¿Qué os parece sí, como decisión salomónica, solo tuviera un pie de cabra?

—¿Un solo pie?

—Una mujer que tuviera un pie de cabra puede dar a entender que no nació con él, sino que tal vez fue víctima de una maldición o hechicería. Así nadie pensará que es un ser malvado y, menos aún, un demonio.



—Cierto —reconoció doña María, con una sonrisa—, y hasta despertaría compasión...

—Escribamos entonces este título: *La dama con el pie de cabra* —dijo el conde, sacando pergamino y tinta, comenzando a escribir—: *Este dom Diego Lopez era muy boo monteiro, e estando ùu dia em sa armada e atendendo quando verria o porco, ouvio cantar muita alta voz ùa molher em cima de ùa pena. E el foi pera la e vio-a seer mui fermosa e mui bem vistida, e namorou-se logo dela mui fortemente, e preguntou-lhe quem era. E ela lhe disse que era ùa molher de muito alto linhagem. E el lhe disse que pois era ùa molher d'alto linhagem que casaria com ella se ella quisesse, ca elle era senhor daquella terra toda. E ela lhe disse que o faria se lhe promettesse que nunca se santificasse. E ele lho outorgou, e ella foi-se logo com ele. E esta dona era mui fermosa e mui bem feita em todo seu corpo, salvando que havia ùu pee forçado como pee de cabra.*

Doña María aguardaba mientras el conde recitaba en voz alta lo que iba escribiendo, deleitándose con la sonoridad del idioma portugués, mucho más melodioso y refinado que el castellano y el propio vizcaíno. Contemplaba también las montañas, prados, floresta y todo lo que le rodeaba, hasta que sus ojos repararon en varios de los caballeros de don Pedro, que hablaban con sus sirvientas y parecían mostrar mucho interés en sus labores.

—Don Pedro —dijo la del linaje de los Haro.

—Decidme... doña María... —contestó el conde, interrumpiendo la escritura que ella misma le había solicitado realizar.

—¿Vuestros caballeros están casados?

—Todos salvo Martinho Rodrigues, aunque él también tiene una dama aguardándole a su regreso.

—Entonces, ¿por qué pretenden a mis sirvientas?

El noble portugués levantó la mirada, viendo a sus caballeros conversar amigablemente con las doncellas de doña María.

—No las pretenden, doña María, solo...

—¿Desean ser amables?

—Sí...

—¿Podéis asegurar que no las están cortejando? Dudo que sus esposas aprobaran su conducta si pudieran verlos.

—Doña María... cuando los varones se hallan en presencia de doncellas hermosas, tienden a guiarse menos por el seso, y si están junto a más compañeros y han bebido... digamos que su mente no rige como debería, dejándose llevar por las bajas pasiones.

—Al menos no han bebido. Es un consuelo saber que no tendréis que ser demasiado duro con ellos cuando los reprendáis.

—¿Por qué habría de reprenderlos? Tan solo están hablando.

—Sabéis que no. Las están importunando.

—No las veo disgustadas...

—Fingen para no mostrar descortesía.

—Doña María, podéis llamarlas a vuestra presencia, pero...

—No. No será necesario —dijo la del linaje de los Haro, no queriendo sumar más gravedad de la necesaria a ese hecho fútil—... Decidme, ¿qué ocurrió entre don Diego y la dama del pie de cabra?

—Vivieron juntos muchos años y tuvieron dos hijos. Un niño, llamado Enhegez Guerra; y una niña, cuyo nombre desconozco. Pero la Divina Providencia quiso que esa unión no perdurara. Una noche, tras regresar de una jornada de caza, don Diego, su esposa y sus hijos, se sentaron a la mesa para comer un gran jabalí. Junto a ellos tenían a dos perros. Uno era un podenco negro de la dama del pie de cabra, el otro, el de don Diego, un alano. Acabando la cena, don Diego les lanzó un hueso. Ambos canes forcejaron por él, y en la disputa, el podenco mató al alano. Al ver eso, don Diego no pudo evitar invocar a la Virgen, diciendo: «¡Santa María, nunca vi tal cosa!». En ese momento, la dama del pie de cabra tomó en un arrebato a los niños, elevándose en el aire. Don Diego, viendo sus intenciones, agarró a Enhegez con todas sus fuerzas, de manera que logró retenerlo consigo, pero no pudo impedir que su esposa saliera volando por una ventana, rumbo a las montañas, llevándose a la pequeña.

—¿Salió volando? —preguntó desconcertada doña María.

—Eso me dijeron los de Arrigorriaga.

—Entonces, sin duda era una mujer demonio. —Don Pedro no supo cómo rebatir eso—. No podéis escribir tal cosa. ¿Y si en realidad, esa mujer, la esposa de don Diego y madre de esos dos mancebos, fue una dama leal y prudente, y devota católica? No podéis mancillar su memoria de ese modo.

El conde se arrodilló junto a doña María, disponiéndose a dar voz a un pensamiento sobre el que había meditado desde que sintió en su interior la necesidad y el placer de escribir.

—Decidme, señora, ¿creéis que sois mujer libre?

—Desde luego —respondió ella, con indignación—. No soy una sierva.

—Sí que lo sois, doña María... y yo también. Somos siervos de la voluntad divina... siervos de nuestras flaquezas y temores, y de lo que la carne nos demanda. Si lo pensáis con detenimiento, descubriréis que no habéis sido libre ni un solo día de vuestra vida. Y yo, apenas tampoco. E incluso aquel que no está atado a un juramento, lo está a la tierra que rompe y cultiva, al ganado que pastorea y cuida, o a la esposa e hijos que debe sustentar y proteger. Y aunque fuéramos el más dichoso, despreocupado y bienandante de los caballeros, en busca de gloria y fortuna en tierra extranjera, seríamos esclavos de la necesidad de saciar el hambre y mitigar la sed, de la búsqueda de refugio para huir del calor o para abrigarnos del frío. Somos siervos de los caprichos del azar y de los que

son más poderosos que nosotros. Pero aquí —le mostró entonces los pergaminos en blanco, pasando los dedos por la superficie rugosa —... solo aquí podéis ser realmente libre. Aquí podéis hacer, podéis decir, podéis ser, todo cuanto deseáis. No os atéis en este lugar con más cadenas de las que ya arrastramos en el mundo mortal. No refrenéis vuestra mente ni los impulsos del alma, doña María. No deis muestra de cobardía en este otro mundo inmortal, pues nada debéis temer aquí, a la hora de hacer brotar y cumplir vuestra voluntad, más que a vuestra propia incompetencia y necesidad.

La del linaje de los Haro comenzó a asimilar lo que el noble portugués quería decir, dejando de ver maldad en sus intenciones.

—No temo a la fantasía, don Pedro. Pero, del mismo modo que lamentaría que alguien escribiera en tiempos venideros malas palabras sobre mí, yo no deseo decir esas cosas de nadie. Y, a buen seguro, vos tampoco desearíais que se hablara mal de vuestra persona.

—Os comprendo, señora. Pero decidme, ¿qué preferiríais?, ¿que vuestro nombre caiga en el olvido y se pierda, como sin duda se ha perdido el recuerdo de tantos y tantos grandes hombres y mujeres de esta tierra, o que alguien, guiado por el amor a vuestra estirpe, escriba sobre vos, tal vez cosas falaces y puede que deshonestas, pero ayude a que vuestra memoria se perpetúe, aun pasados siglos de vuestra muerte?

—Yo también comprendo lo que decís...

—Os juro, doña María, que daría la mitad de mis heredades por descubrir un manuscrito en el que se hallara toda la verdad sobre los hechos que escribo. Pero, a falta de poder desentrañar esa verdad, ¿qué pecado hay en aderezar con algunos añadidos la historia de los antepasados, y poder, por un corto plazo de tiempo, sentirnos realmente libres en ese mundo inmortal?

Las reticencias parecían haber desaparecido en la doncella, desarmada por alguien que la superaba en edad, vivencias y entendimiento.

—Pero prometedme, don Pedro, no hacer pasar vuestros escritos sobre mi linaje, por verdad.

—Perded cuidado, doña María. ¿Quién creería que una mujer con un pie de cabra capaz de volar existió en realidad?

Don Pedro continuó escribiendo, doña María, deleitándose con esas dulces palabras pronunciadas al viento, y los caballeros portugueses, siendo corteses con Oneka y Juana.

Cabalgando al paso, pero sin demorarse, divisaron al anochecer la casa torre de los Muñatones.

El lugar parecía abandonado, y solo tras golpear varias veces las puertas, lograron que un mozo mal aseado y peor vestido, les permitiera la entrada y llevara al salón, donde posaba su señor. Cuando lo vio, a

doña María le costó reconocer al viejo caballero que la había protegido y llevado hasta Gascona, en el hombre que tenía ante ella.

—Diego Pérez... —dijo doña María, entristecida por la guisa y decrepitud de aquel, que parecía haber envejecido veinte años.

El del linaje de los Muñatones pareció tardar en reconocer a la doncella, tanto por cómo había mudado su aspecto infantil, como por el empeoramiento de su propia vista.

—¿Doña María? —dijo, agudizando la mirada mientras escrutaba la cara de la dama.

—Soy yo, mi buen Diego Pérez.

—Doña María —balbuceó De Muñatones, cayendo de rodillas ante ella, tomando sus manos y besándoselas—. Bendito sea el Creador. Qué bienaventuranza teneros de regreso a salvo, en medio de tantas desdichas.

—¿De qué desdichas hablas? —preguntó ella, presa de un desconcierto que iba cada vez a mayores— ¿Y doña Teresa? ¿Le ha ocurrido algo?

El viejo hidalgo se incorporó, ofreciendo asiento a los huéspedes. Una vez todos hubieron sido atendidos, él volvió a reposar su cuerpo marchito en una silla ajada por el uso y el tiempo.

—Sí, doña María. Le ha ocurrido algo. A ella... a mí... a todos nosotros.

—¿Y cuál ha sido ese mal? Muy grave debió ser lo que enfrentaste, para quebrar de tal modo tu ánimo, pues el hidalgo que yo recuerdo no habría flaqueado ante ninguna amenaza del mundo.

De Muñatones agachó la cabeza, consternado y avergonzado a partes iguales, haciendo extrañas muecas como si su boca quisiera hablar y reprimir al mismo tiempo las palabras.

—El mal que se nos apareció, al poco de regresar de Bayona... no era de este mundo, doña María.

Oír eso perturbó no solo a la manceba, sino también a don Pedro y sus caballeros. Algunos, como Osorio Dias o Martinho Rodrigues, se santiguaron varias veces.

—Estás cansado, mi buen Diego —dijo doña María—. Te dejaré ahora. Dime dónde se halla doña Teresa para que pueda verla.

—Mi dueña pidió hace ya tiempo ser enclaustrada y vivir el resto de sus días en soledad. Está encerrada en lo más alto de la torre. No ve a nadie, casi no habla y apenas come.

Doña María sintió un gran dolor. No sabía qué había podido sucederles, ya que tanto Diego Pérez como doña Teresa, eran el hombre y la mujer más fuertes, decididos y capaces que había conocido.

—Acudiré a su lado. A buen seguro, se alegrará de verme, y confío en que mi presencia la reconforte.

—Sí —dijo De Muñatones, con la mirada ausente—. En lo alto de la torre... aquello... no era de este mundo.

Lamentando ver turbada la mente del viejo caballero, la dama se levantó, tomó entre sus manos el rostro de Diego Pérez y le besó la mejilla.

—Adiós, mi buen caballero —dijo ella, intentando sin fortuna que los ojos perdidos del hidalgo se cruzaran con los suyos.

Doña María, don Pedro y el resto, abandonaron apesadumbrados el salón.

—Tened a bien seguirme, señora —dijo un criado que aguardaba, portando con un candil.

Subieron las escaleras procurando no hacer ruido, como si acecharan o ellos mismos temieran ser acechados, iluminados por esa pobre luz y la no menos escasa que entraba por los ventanucos. La del linaje de los Haro había recorrido esos peldaños en juegos durante su niñez infinita de veces, pero en aquella ocasión, le resultaron mucho más siniestros de lo que recordaba. Llegados a la estancia en la que doña Teresa de la Sierra se había confinado, el criado golpeó la puerta dos veces con suavidad.

—Doña Teresa —dijo el mozo—... ha venido una ilustre visita.

—¿Qué me traen? —preguntó una voz mortecina desde el interior.

—¿Mi señora?

—¿Me traen lo que he perdido? Si es así, pueden entrar. Pero si pueden devolverme lo que he perdido, no necesitarían aguardar tras una puerta para entrar. Entonces, no deseo nada de ellos.

—Doña Teresa... aya —dijo doña María, llegando a la puerta.

—¿María? —habló doña Teresa, aunque en esa ocasión, se la oyó con más claridad y cercanía.

—La misma, aya. No sé qué habréis perdido, pero gracias a lo que tú y tu esposo hicisteis, Vizcaya ha recuperado a la que será su señora. Solo eso puedo ofrecerte.

Se oyeron pisadas cautelosas, y, al poco, la puerta se entreabrió, apareciendo entre la penumbra doña Teresa de la Sierra.

—Mi dulce niña —dijo la dueña, palpando el rostro y cuerpo de doña María, como si quisiera asegurarse de que no era una ilusión y realmente se encontraba allí—... entra, entra ahora... ¡Solo ella! —gritó, al ver que don Pedro y varios de los suyos se adelantaban también.

—Aguardad en el umbral. Estaré bien —dijo doña María, cerrando la puerta tras ella.

Doña Teresa tomó de la mano a la doncella y la condujo hasta el centro de la estancia, después, encendió varias velas, pues la oscuridad de la noche se había impuesto sobre la luz. Doña María hubiera preferido que no lo hiciera, por no ver lo que la rodeaba. Las paredes se hallaban plagadas de crucifijos, así como de salmos y versículos bíblicos escritos con carbón. La visión era aterradora incluso para alguien que había permanecido años en un convento. En ese momento, deseó tener cerca a don Pedro y sus caballeros.

—Aya, dime, por compasión, ¿qué es lo que os ha ocurrido?

—Algo que no quiero nombrar... algo, de lo que solo quiero huir, pero que ya ha envenado mi mente y mi alma.

—Si tan poderoso es ese mal, háblame de él, así quedará advertida y podré prevenir a todos cuantos halle...

—Sí... Semejante mal no recrecerá porque una vieja hable de él. Al poco de dejarte en Bayona, vino a esta casa Ochoa López de Gordejuela, demandando a mi esposo ayuda para hacer guerra a Sancho Ortiz de Marroquín. Él no quería acudir, por ser tanto uno como el otro, parientes suyos en igual grado... pero yo sí. Yo, cegada por mi soberbia, y deseando todo el mal posible a los Marroquines, aliados de los Galochas, que son enemigos porfiados de mi linaje, logré que acudiera a la lucha, y con él, se llevó a nuestros hijos, Diego y Pedro, y a muchos de sus mejores parientes. Pero mi esposo, no deseando pelea, y por quitar aquel ruido y malquerencias, envié a Fortún Sánchez, un primo suyo y de Ochoa López y Sancho Ortiz, para que hiciese treguas y desviase sus malsanas intenciones...

—Don Diego siempre ha sido hombre cabal, ¿qué ocurrió entonces?

A doña Teresa le costaba hablar. Fue a las ventanas y las cerró y atrancó con maderos, como si temiera atraer el mal y unas tablas pudieran detenerlo.

—Mientras se trataban esas treguas —dijo susurrante, acercándose a doña María— entre Fortún Sánchez y otros hombres buenos, los Marroquines aguardaban en Sámano, y los Gordejuela y Muñatones, en Santullán... y entonces...

—¿Qué pasó, aya?

Doña Teresa, trémula como si contara menos años aún que doña María, habló de forma casi inaudible.

—El diablo, a quien pesa todo bien, se les apareció...

—¿El diablo se les apareció? ¿A quiénes?

—A ambos. Se apareció en figura de hombre al mismo tiempo tanto a unos como a otros, en una Peña que está entre Sámano y Santullán... Les dijo a grandes voces, primero a los Marroquines y luego a los Gordejuela y Muñatones, que catasen cómo los enemigos iban sobre ellos, y que eran llegados a un llano llamado *Lamier de Ornoas*. Tanto unos como otros fueron a aquel prado, y comenzada la pelea, Ochoa López de Gordejuela huyó por miedo, retirándose con todos los suyos, quedando los Muñatones en la lucha. Al ser pocos —doña Teresa no pudo evitar romper en llanto—, murieron mis hijos, Diego y Pedro, y otros once de los mejores parientes de mi esposo.

—Oh, Señor —exclamó doña María, tapándose el rostro, llorando con igual o mayor piedad.

—Es real —dijo doña Teresa, tomando con sus manos la cara empapada en llanto de doña María, como hiciera años atrás—. El diablo, es

real. Puede hacerse de carne y hueso para confundirnos... Debes hacer algo por mí, ya que yo no puedo.

—¿Y qué puedo hacer yo, después de esto, que te traiga algo de consuelo?

—Coloca una cruz en aquella peña. Una gran cruz de hierro, para que el lugar sea santificado, y el mal, conjurado.

—Lo haré, mi buena aya.

—Bien... ahora, debes irte. Aquí solo hay angustia. La voluntad y la alegría se consumen con mayor rapidez que la cera de estas velas. Llevamos dentro la ponzoña de la ira y la desesperanza, y todos los que permanezcan a nuestro lado, serán contagiados. Hay tres enemigos mortales: el mundo, el diablo y la carne, ¿cómo escapar de todos ellos, si no es recluida aquí?

Doña María no supo qué decir. Tan solo abrazó a la dueña, sabiendo que, con toda seguridad, sería la última vez que estaría en su presencia, y se retiró. Salió de la estancia, sin mirar ni cruzar palabra con el noble portugués ni los caballeros ni sirvientas, que aguardaban inquietos. Bajó rauda por las escaleras hasta la planta inferior y salió de la torre.

Ya en el exterior, don Pedro la alcanzó.

—Doña María, ¿a dónde vais?

—No lo sé... solo quiero huir de este lugar...

—Pero ya ha anochecido, si no queréis dormir aquí, vayamos a una posada.

—No. Quiero marchar —dijo ella, con rotundidad y la respiración agitada—. Lo necesito ahora...

—Bien... así lo haremos.

En mitad de la noche, un grupo de jinetes galopaban tal que acotados perseguidos. La del linaje de los Haro solo ansiaba escapar, pero sabía que, ni aunque recorriera mil leguas de tierra u otras mil millas en la mar, se puede huir de una mente indómita o atormentada.

Recorridas dos leguas, y cuando ya los caballos amenazaban con desfallecer, llegaron a una puebla de casas. Entendiendo doña María que debía contener su arrebató y pensar en los que la guardaban, detuvo su rocín, hablando así al conde:

—Esto es Sopusuerta. Aquí, en la torre de San Cristóbal, pasaremos la noche.

Pero allí parecía que tampoco morara nadie, pues ni en la torre ni en la iglesia de San Martín les abrieron las puertas.

—Salud y gracia, buenas gentes —susurró una voz de hombre desde la ventana de una casa cercana a la ermita.

Tanto don Pedro como los suyos se acercaron a él.

—Salud y gracia, buen hombre —respondió el conde—. Soy el conde don Pedro de Barcelos. Me hallo de paso con mis caballeros y escuderos en esta, vuestra tierra. Buscamos un lugar donde pasar la noche.

—Entrad al abrigo de mi casa —dijo el de Sopena—. Mi nombre es Peio. Don Pedro y los suyos entraron en el humilde hogar.

—¿Es vuestra hija? —preguntó Peio, avivando un fuego sobre el que reposaba un puchero.

—Sí —respondió el conde.

—No —gruñó ella, ante la mirada de ofuscación del noble portugués—. Soy doña María Díaz de Haro, heredera de este señorío de Vizcaya.

—Señora —dijo el hombre, yendo hacia ella y tomando y besando sus manos—... Me hacéis mucha merced y honra morando en mi casa. Dejad que os atienda como merecéis.

Dicho esto, Peio cogió una vara y dio varios golpes en el techo. Tras algunos segundos, se abrió una trampa, y, ante la sorpresa de todos, del tejado se deslizó una manceba de pocos más años que doña María, dejándose caer en brazos de su padre.

—Ella es Catalina, mi única hija —dijo Peio, acercando la manceba a doña María—. Catalina, atiende en todo a doña María.

—Te lo agradezco, buen hombre —dijo la del linaje de los Haro—. Pero antes, dime, ¿por qué mantenías oculta a tu hija?

El de Sopena dudó entre mentir o decir la cruda verdad. Era algo que podía ofender los oídos de su futura señora, aunque tarde o temprano lo acabaría sabiendo, si no era concedora ya de esa razón.

—Este lugar, como toda la comarca de las Encartaciones, sufre las enemistades y luchas de los linajes banderizos.

—¿De qué linajes hablas? —preguntó la dama—. ¿Cuáles son los que os importunan?

—Todos cuantos aquí habitan: los Urrutia, los Muñatones, los Llano, los Mendieta... Pero confío en que vuestra abuela, y vos después, logréis poner algún buen remedio en esto, haciendo que diriman sus diferencias en las Juntas y no con el hierro.

—Esa es mi voluntad y deber... Y dime, ¿tu hija está desposada? —se interesó doña María, trocando la conversación.

—No, señora... sentaos a mi mesa, os lo ruego —pidió Peio, retirando una silla y ofreciéndola a doña María, mientras el conde y los caballeros se repartían también en torno a la gruesa tabla rectangular.

—Es hermosa —dijo la dama—. Encontrará buen marido.

—La belleza de los hijos es un don del que los padres no siempre podemos dar gracias, señora —murmuró Peio, ofreciendo algo de guiso a la dama, mientras su hija servía sidra para todos en unos vasos de asta.

—¿A qué te refieres? —preguntó doña María.

El hombre dudó si debía responder con la verdad.

—No me escuchéis —dijo, besando nuevamente su mano—. Os estamos importunando. Os acomodaremos aquí, pero esto no es digno de vos.



—Marcharemos pues a la posada —propuso don Pedro, levantándose, sin haber probado bocado, viendo apremio y tensión en el rostro y gestos de su anfitrión.

—No hay posada en Sopuerta, señor, pero podéis asosegaros en la casa del cura.

—Ya lo hemos intentado —dijo doña María—, y no había en ella ningún clérigo...

—Es cierto... partió hace tres días a Bilbao para asistir a la sentencia que vuestra abuela, nuestra señora, dará por un pleito entre el Cabildo de esa villa y el patrono de la iglesia de Santa María de Begoña.

—¿Mi abuela, dices? —preguntó la manceba, con asombro a la par que ilusión—. Creía que estaba recluida en el monasterio de Perales...

—No, doña María. Es en Bilbao donde se halla y desde donde gobierna el Señorío...

La doncella no pudo creer tener tan cerca a su último familiar vivo; a una abuela a la que no veía desde hacía años. Y pensó que quizás ni se reconocerían, aunque estuvieran a un palmo la una de la otra.

—Gracias, buen hombre, seguiremos tu consejo.

—Que Dios os guarde —se despidió Peio, sin poder calmar los temblores que le habían invadido.

La del linaje de los Haro y el resto fueron a la casa del cura, entrando en ella por la fuerza y acomodándose. Mientras, los escuderos y criados llevaron a los caballos y mulas a apacentar a una cuadra cercana. Doña María posó junto a sus sirvientas en un cuarto separado del resto, yaciendo en un humilde pero confortable jergón de paja. No hubo risas, cánticos ni sonos esa noche. El dolor por el escabroso relato oído en la torre de los Muñatones, y la misma suerte sufrida por el hidalgo y su dueña, parecía haber poseído a todos.

Cuando ya se disponían a dormir, el brillo de una pequeña llama apareció al fondo del pasillo, y se acercó hasta el umbral de la puerta de la estancia de la dama.

—¿Doña María, necesitáis algo? —preguntó el conde don Pedro, tenuemente iluminado por la luz de la vela.

—No, don Pedro, descansad. No os desveléis por mí.

—Vos sois la única que me causa desvelos... Vuestra seguridad, quiero decir. Sé que vuestras criadas os procurarán lo que necesitéis, pero si hay algo que demandéis y en lo que ellas no puedan servirnos...

A doña María le sorprendió la actitud y palabras titubeantes del noble portugués. «Tal vez hay algo que quiera decirme, pero no pueda hacerlo más que en soledad», pensó.

—Oneka, Juana, dejadnos —mandó doña María.

—Pero, mi señora... —replicó Juana.

—El conde don Pedro y yo debemos hablar de cosas que no os atañen.

—Doña María —replicó Oneka—. No es apropiado ni conviene que estéis a solas con él en vuestra alcoba.

—No temas por mí, Oneka...

—Permaneceré junto a la puerta, para cuidar, como me pedisteis en su día, que nadie robe vuestra virginidad —dijo Oneka, saliendo, lanzando al conde una mirada todo lo desafiante que su condición le permitía.

—Comprendo vuestro sentir, doña María —habló don Pedro, acercándose al lecho de la manceba—. La tierra y gentes que habéis encontrado poco se parecen a las que abandonasteis.

—Cuando me fui, ambos padecían estragos. Era yo quien vivía ajena a ello. Ahora, puedo ver con mis ojos y no a través de las fabulaciones de otros. Por ello, debo sentirme dichosa.

—¿Os sentís dichosa por ver peligrar vuestras heredades, a vuestros vasallos matarse y robarse entre ellos, y a la que fue vuestra aya y su esposo, caídos en la demencia?

—Sí... porque esa es la verdad. Antes vivía en la mentira, cubierta mi mente y mis ojos por un halo de complacencia. Pero ahora, conozco la verdad. Y eso no tiene igual... al menos para quien, como yo, desea y puede trocar la realidad.

—Sois tenaz, no hay duda.

—No... he flaqueado muchas veces. Cuando me encontrasteis en Bayona creía que moriría por un sencillo ayuno... pero lo cierto, es que no me importaba. Si no podía regresar a Vizcaya y cumplir el propósito para el que fui engendrada, ¿qué importa la muerte si ya estaba muerta en vida? ¿Para qué prolongar una existencia estéril?

—¿Y estabais dispuesta a renunciar a todo? —preguntó don Pedro, aproximándose más a ella.

—¿A todo? Ya temía haberlo perdido todo.

—No... yo —susurró el conde, que luchaba en su interior por decir unas cosas, y al mismo tiempo, reprimir otras—, no hablo de regir villas ni castillos. Hablo de todo lo que podíais tener a vuestro alcance... De los gozos que traen el día y la noche; de maravillaros y sobrecogeros con las creaciones de vuestra mente en el interior de una celda, o con las del Todopoderoso fuera de ella.

—Nada de eso contaba para mí.

—Entonces, no sé si sois afortunada o desdichada... Saligia —dijo el conde, en un suspiro.

—¿Y bien? ¿De qué pecado hacía gala esa Saligia?

—Era envidiosa hasta la náusea...

—¿Y qué envidiáis vos?

—Ahora, a otro hombre... de continuo, mayor talento, arrojo, o esa libertad que solo se aparece ante el papel.

—¿Y para que usaríais esa libertad?

—Si nada me retuviera... tomaría una nao y... navegaría hacia poniente. Hasta las islas que llaman: la Atlántida, la Antilla o San Brandan. Y después... continuaría más allá. Y si el mar acabara en un gran abismo al que nos precipitaríamos sin remedio... por Dios que no habría habido vida ni muerte más memorable.

—¿Habláis del gozo y de la creación, y, al tiempo, de morir con heroísmo?

—No solo vos habéis deseado la muerte, doña María. En ocasiones, cuando siento que ni vertiendo en mis escritos la rabia que me consume, logró calmarla... cuando miro a mi alrededor y veo en qué han convertido los poderosos a mis semejantes, a los que apenas reconozco como tales... desearía morir llevándome conmigo la vida de muchos, pero entonces, sé que condenaría mi alma...

—No hablemos pues, de muertes...

—¿Por qué no? Este es el momento apropiado.

—¿Por qué lo decís?

—En Arrigorriaga oí un refrán: «El día es para los vivos; la noche, para los muertos».

—Sí, mi aya me lo decía. Se usa para asustar a los niños y que no salgan de sus casas por la noche. Además de los espíritus de los condenados, también se nos hace creer en otros seres malignos.

—No solo los niños deben creerlo. En la puerta de esta casa hay clavado un cardo solar.

—Simboliza el sol y la luz del día. Se usa para ahuyentar a los seres de la oscuridad y que no penetren en el hogar.

—Eso me recuerda algo que vi en un pequeño cementerio cerca del camino. Una imagen tallada en una estela funeraria. Era una piedra redonda y, de un círculo en su mismo centro, partían una especie de brazos o rayos, que a su vez terminaban en otros círculos...

—Sin duda sería antigua...

—Sí. Puede que de un tiempo en el que el cristianismo y vuestras viejas creencias aún compartían culto con igual fuerza en esta tierra —susurró el conde, meditabundo—. Y tal vez esas gentes pensaran que no había nada de malo en ello, si sus corazones eran inocentes y el acto de tallar ese símbolo lo movía la misericordia y buena fe.

—Toda consagración o epitafio que veáis, encomienda a Dios el alma del difunto, pero puede que los vivos desearan perpetuar y homenajear la memoria del ser querido con una hermosa lápida.

—O tal vez simbolizar el sol, como forma de que su alma goce de luz perpetua...

—O para que su espíritu no pueda abandonar su sepulcro por la noche, retenido por esa representación del sol —dijo doña María, sonriendo

al imaginar tan tenebrosa escena—. Puede que ese gesto aliviara de temores a las gentes.

—Tenéis una mente ingeniosa y vivaz, señora... Pluguiera a Dios que fuera tan sencillo espantar los malos pensamientos como a los malos ángeles. Más aún, si ya están dentro, con nosotros.

—Para eso oramos, don Pedro, y tenemos presentes a los seres queridos que, a su vez, nos recuerdan en sus plegarias y aguardan con anhelo... como a vos vuestra dama, Teresa de Anes. —Oír nombrar a su amada por boca de doña María, hizo comprender a don Pedro, en el fondo, para su alivio, que ni esa noche ni ninguna otra, habría ocasión para yacer con ella—. Descansad ahora, mañana abandonaremos Vizcaya, y entonces, mi vida y la de los que sean en mi compañía, correrán mayor peligro que hasta hoy.

El conde comprendió lo acertado de las palabras de la dama.

—Señora... —dijo sin mirarla, retirándose.

Tan pronto como el noble portugués abrió la puerta para salir, volvieron a entrar Juana y Oneka, quedando las tres a solas de nuevo, disponiéndose a dormir.

Unos gritos lejanos despertaron a doña María. Oneka y Juana se levantaron y abrazaron a su señora. Al poco, don Pedro y varios de sus caballeros entraron en la estancia.

—Doña María... —dijo el conde, llegando hasta ella.

—¿Qué ocurre, don Pedro?

—No lo sé, pero guardad silencio y no hagáis ningún ruido.

El noble portugués y sus caballeros se apostaron junto a las ventanas, oteando el exterior con cautela, procurando no ser vistos. Doña María también quiso ver lo que ocurría fuera, asomándose por un ventanuco cercano. Entre la oscuridad, distinguieron a cinco jinetes banderizos. Daban grandes alaridos, más como de bestias que pretendían llamar a los suyos o amedrentar a los rivales, que de hombres. Todos iban armados con lanzas y varios llevaban antorchas. Con idéntico bullicio, tres fueron a una casa apartada, mientras que los otros dos entraron en una más próxima, saliendo al poco de ella con las manos vacías. Tras recorrer varios pasos, echaron abajo la puerta de otra.

—¿Qué pretenden? —preguntó trémula, doña María.

—Lo que ya podéis imaginar —contestó don Pedro.

Dos de los asaltantes sacaron a la calle a un hombre y a dos mujeres, ambas de edad, mientras que los otros tres que se habían alejado, regresaron con otro hombre y una moza. Doña María los reconoció al instante: eran Peio y su hija Catalina. Esos que les habían dado cobijo y parte de su humilde sustento.

—Apartaos, doña María —dijo el conde, retirándola de la ventana—.

No miréis ahora.

—No —respondió la del linaje de los Haro, zafándose de don Pedro—. Dejadme, no podemos permitir esto.

Uno de los banderizos se montó en el vecino de la primera casa asaltada, azotándolo como si fuera un mulo, obligándole a llevarlo a cuestras alrededor de los demás. Otro, comenzó a apalear a Peio. Los otros tres, arrancaron las vestiduras a las mujeres, disponiéndose a forzarlas.

—Don Pedro, dejad que salga —imploró la dama, al borde del llanto—. Soy doña María Díaz de Haro... la que será su señora... me deben obediencia.

—Aquí y ahora no sois señora de nada, solo una doncella con la que gozarían más que con ninguna otra.

Doña María quedó turbada por esa respuesta y sin saber qué hacer.

—Entonces, por piedad, os suplico que salgáis vos y los vuestros —pidió ella.

—Ordenadlo, don Pedro —dijo Gonçalo Bazacos, al oír tan sentido ruego—. Será un buen ejercicio para desentumecer los cuerpos.

—No —respondió el conde—. No arriesgaré la vida de doña María. Que tomen lo que han venido a buscar y se vayan.

—Sois el más menguado hombre del mundo —dijo doña María, entre dientes—. No me uséis para excusar vuestra cobardía. ¿Dónde quedan vuestros juramentos de proteger a los débiles y a las mujeres?

Esas palabras hicieron mella en el conde y sus caballeros, que no podían sino agachar la cabeza.

—Dad la orden, don Pedro —pidió también Osorio Dias, viendo, tan impotente como los demás, que las mujeres comenzaban a ser violadas—. Podemos enfrentarlos y darles muerte a poco coste. Parecen ebrios y casi les doblamos en número.

—No... —respondió el conde, aunque con menor convicción.

Doña María, que ardía de impotencia y desesperación como pocas veces en su vida, comprendió, como si le hubiera llegado una revelación, que sí tenía en su mano el poder para poner fin a esa situación.

—Deseo presentaros a una mujer —dijo la dama, como ausente y con extraña calma, mirando al conde con unos ojos en los que no parecía habitar sentimiento ni luz—. Una, con la que aún no habéis topado.

—No lo hagáis —susurró el noble portugués.

—Hace gala de una ira, como seguro, en ninguna otra habéis conocido...

—No... —advirtió don Pedro, señalándola.

—Su nombre es —doña María corrió hacia una ventana, asomándose al exterior y chillando lo más fuerte que sus pulmones y garganta le permitieron—... ¡Saligia!

El grito sorprendió a los cinco banderizos, que miraron hacia el lugar del que había partido. Los dos malhechores que se martirizaban a los

varones se adelantaron con cautela, tomando las antorchas y lanzas, caminando hacia la casa del cura. Los otros tres se incorporaron igualmente, dejando a las mujeres.

—Joder... —maldijo el conde.

—Lástima —susurró con mal disimulado placer Gonçalo Bazacos, disponiéndose a salir a la calle—. Nos han descubierto.

—Quieto —ordenó don Pedro, viendo las intenciones de su caballero.

—¡Proteged a doña María y a nuestro señor! —gritó Fernando Mendes.

—Pero... no —dijo en vano el conde, viendo como el pundonor de sus caballeros les hacía armarse y salir al encuentro de los asaltantes.

El noble portugués miró con rabia a la del linaje de los Haro, cuyos ojos desafiantes, en los que de nuevo volvía a haber luz y sentimiento, no mostraban más que satisfacción.

Los siete caballeros abandonaron la casa del cura, armados con martillos de guerra, dagas, espadas y mazas. Sin medir fuerzas, meditar actos ni mediar palabras, uno de los banderizos acometió con su lanza a Garcia Alvares. El portugués esquivó el hierro dando un paso a su derecha, asió la lanza por el centro con su mano izquierda y clavó la punta de su daga en el cuello del malhechor, en un gesto tan fugaz que ninguno de los compañeros del herido pudo ver lo que había ocurrido, ni por qué uno de los suyos cayó al suelo moribundo. Otro de los asaltantes acometió con mayor rabia y mismo poco seso, también con una pica y a la carrera. Garcia Alvares lo esquivó de nuevo, trabando con su pie la pierna derecha del banderizo, derribándolo en tierra a su espalda, despreocupándose de él. Caído en el suelo y antes de que pudiera levantarse, Osorio Dias le clavó su espada en vientre, mientras Gonçalo Bazacos le golpeó en pleno rostro con su martillo de guerra, hundiéndole el arma en el cráneo.

Los otros tres asaltantes comenzaron a gritar amenazas y calumnias al ver caídos a dos de sus compañeros, o puede que incluso parientes. Ellos no parecían tan impetuosos. Sacaron dos dagas y una espada, y por el modo en que las esgrimían, parecían diestros en su manejo. Después de todo, las dagas eran las armas preferidas de los que matan a traición, por ser empleadas en la corta distancia y fáciles de ocultar.

Los caballeros se dispusieron en forma de medialuna, como una red para rodear al que se acercara. Los escuderos, por su parte, a los flancos. Uno de los banderizos que portaba daga, se abalanzó sobre el escudero más alejado del centro. El ataque sorprendió al mancebo criado, que esquivó bien un primer envite del hierro enemigo, que pasó rozándole el cuello. Respondió el portugués con un golpe de maza que su rival también evitó, alejándose dos pasos. El malhechor tomó la daga con la hoja hacia abajo, listo para apuñalar, levantó la mano e inició la carrera, pero antes de que pudiera dar tres pasos, una flecha le atravesó el pecho,

derribándolo. Había sido lanzada por uno de los escuderos, el cual se apresuró a armar de nuevo su ballesta.

Los dos banderizos restantes, temiendo imposible la victoria, echaron a correr hacia donde estaban sus caballos, rogando por salir ilesos del lugar. Al verlos huir, Fernando Mendes, Martinho Rodrigues y Garcia Alvares fueron tras ellos.

—¡Quietos! —gritó el conde—, ¡dejad que se vayan!

Orden que también fue desobedecida por los caballeros.

Fernando Mendes dio alcance a uno, incrustando y atravesándole con su espada la pierna izquierda, haciéndolo caer. Por su parte, Garcia Alvares corría en pos del último que quedaba ileso, el cual, al presentir próximo al portugués, se giró, dando al tiempo un ciego revés de espada, con la fortuna de que la hoja acertó en la garganta al caballero. Garcia Alvares, al sentir el tajo, se sujetó el cuello con las manos y retrocedió unos pasos, desplomándose en el suelo. Fernando Mendes llegó al malhechor, agarrándolo por las ropas cuando ya tenía un pie en el estribo de su montura, derribándolo en tierra.

—¡Mi señor! —chilló un escudero de Garcia Alvares, que intentaba en vano contener la sangre que manaba del cuello del caballero.

Gonçalo Bazacos y el resto llegaron raudos ante su compañero caído, mientras Fernando Mendes mantenía en el suelo al último de los banderizos, pisándole el pecho con un pie y con la punta de su espada sobre su garganta.

Don Pedro fue junto a sus caballeros, y, doña María, a donde las mujeres, que se afanaban en cubrirse con sus ropas.

Gonçalo se arrodilló ante el caballero, intentando tapanle el corte para que no se desangrara.

—Ha sido rápido... aun para estar tan gordo —dijo con dificultad Garcia Alvares.

—Esto te ha pasado por hacer mofas de los hombres robustos —respondió en forzada chanza Gonçalo Bazacos, procurando restar gravedad a la situación.

A pesar de que cada cual intentaba poner de su parte y hacer cuanto creían era lo mejor, Garcia Alvares murió sin remedio.

—Dios... —gimió Gonçalo, cayendo sobre el pecho de su compañero, llorando, al igual que Martinho y varios más.

—Don Pedro, ¿y él? —preguntó Fernando Mendes, refiriéndose al último de los malhechores, al que aún retenía en el suelo a punta de espada.

—Doña María, venid aquí —mandó el conde. Y la dama obedeció, sintiendo que esas palabras eran más una orden que una petición—. Decid, doña María, ¿con que pena se castiga en Vizcaya al que fuerza a una mujer?

Tras dudar sobre qué sentencia dictar, habló la razón más que el deseo ciego de una manceba, aunque no se sabía cuál de esas dos voces sería benigna y cuál más cruel.

—Mi abuela dictó, que cualquier acotado que sea hallado en culpa, debe ser muerto —respondió con frialdad la del linaje de los Haro—... pero aquí no hay alcalde ni oficial que pueda hacer cumplir la pena, de modo que, obedeced la orden de la señora de esta tierra. Haced justicia, os lo ruego.

Fernando miró a su señor, que hizo un ademán de conformidad. El asaltante, al oír la condena, agarró la hoja de la espada con ambas manos, intentando zafarse. El caballero le pisó el estómago, y, con fuerza, le quitó el arma, haciéndole dos buenos cortes en ambas manos, después, la descargó con mayor violencia, cortándole la cabeza en dos a la altura de la boca. Puede que su intención fuera decapitarlo por el cuello, pero el final fue el mismo.

—Ved lo que habéis logrado —gruñó el conde a doña María—. Por salvar la honra de esas mujeres, habéis hecho que muera uno de los míos.

—Y ha muerto como todo buen caballero querría —contestó ella.

—¿De veras creéis lo que decís? —preguntó atónito el noble portugués—. ¿Eso pretendéis que diga a su esposa para reconfortarla!? ¿Que murió defendiendo la virtud de una campesina!? ¿Creéis que eso aliviara su dolor?!

—Sí —replicó doña María sin vacilar, a pesar de la ira que mostraba el conde—... sin duda eso será un bálsamo en su duelo... si es mujer bien nacida. Y no es solo la honra de estas campesinas la que he salvado, don Pedro, sino la de todos nosotros.

Don Pedro fue a donde la manceba, con tal decisión, que ella retrocedió unos pasos, y los caballeros estuvieron tentados de sujetarlo para evitar que la golpeará, pues parecía dispuesto a ello.

—Hoy más que nunca deseo dejaros a cargo de doña Juana Núñez —espetó don Pedro, encarándose con doña María. Acto seguido, la tomó por un brazo y llevó ante los cuerpos de los dos últimos banderizos en morir—. Ved esto. Estos son vuestros súbditos. Son vizcaínos como vos, y los habéis matado. Buen bagaje es que vuestra primera orden en Vizcaya haya sido para dar muerte a cinco de los vuestros.

—¡No son de los míos! —gritó doña María, soltándose del conde y hablándole de igual a igual—. ¡En cuanto forzaron a estas mujeres se convirtieron en malhechores! ¡Y a los malhechores se los apresa y pasa por justicia! ¿No es así en vuestra tierra, don Pedro?

El conde no supo cómo decir con suavidad lo que su corazón demandaba, mordiéndose los labios y después la lengua.

—Seréis una digna gobernante, señora... no os importa quitar la vida y menos aún a costa de arriesgar y sacrificar las de los demás —



sentenció el noble portugués, retirándose de vuelta a la casa del cura, no sin antes decir unas últimas palabras ante los cuerpos de los otros tres banderizos muertos—. Miradlos bien, doña María. Algún día, Dios no lo quiera, deberéis defender esta tierra por las armas. Y entonces, echaréis en falta a estos hombres. Y a las mujeres que ahora habéis salvado... puede que el mal que iban a padecer, sí que les parezca un bálsamo en comparación con el daño que reciban del invasor.

Los escuderos del finado caballero amortajaron su cuerpo. El resto, rezaron por su alma, aunque García Alvares fuera el menos devoto de todos, dejando en manos de los vecinos de Sopena dar sepultura o no a los restos mortales de los banderizos.

Más templados los ánimos, y dado que a ninguno le resultaba fácil ni grato conciliar el sueño tras lo ocurrido, los caballeros hicieron guardia en el exterior, mientras que el conde acudió de nuevo a los aposentos de doña María, que permanecía sentada en su cama. En esa ocasión, no fue necesario que las sirvientas abandonaran el cuarto.

—¿Cuándo lo supisteis? —preguntó don Pedro, sentándose en una silla a su lado.

—¿Saber qué? —respondió la dama.

—Que cuando hablábamos de «Saligias» no nos referíamos a mujeres.

—Desde el principio. Soy doncella noble y entendida, ¿lo recordáis? Aprendí los pecados mortales antes de saber escribir mi nombre: *Superbia, avaritia, luxuria, invidia, gula, ira et acidia...* Saligia...

—Supongo que era obvio...

—Yo supongo, que aquieta el espíritu creer que el mal siempre está fuera... y no dentro de uno mismo. Que somos seres puros y cándidos, y no es nuestra culpa si de vez en cuando caemos en pecado, por no poder resistir la tentación.

—Sí, así es...

—Es una hermosa mentira, pero si hallamos en ella la paz, qué mal hay, ¿no creéis? —dijo doña María, volviendo a emplear un tono sarcástico.

—Ya os he contestado —respondió con aspereza el conde, no deseando enzarzarse en otra nueva discusión—... ¿Aún deseáis que escriba sobre vuestro linaje?

—Y vos ¿aún deseáis hacerlo?

—Desde luego, pero no me habéis contestado...

—Sí. ¿Por qué no habría de quererlo?

—¿Queréis que el más menguado hombre del mundo escriba sobre vuestros antepasados? —preguntó con ironía el conde, doliéndose aún por la ofensa recibida.

—Yo... no hablaba de corazón, pero necesitaba espolearos y herir vuestro orgullo. No podía permitir tal delito.

—Lo sé, doña María. Y creedme que, en otra ocasión, en otro lugar y tiempo, y sin vos bajo mi custodia, esos desgraciados no habrían tocado a esas mujeres. Pero ahora... aquí... para mí solo cuenta vuestra salvaguarda.

—En mi corta vida he oído hablar de muchas muertes, don Pedro, tanto galantes como indignas. Algunas, temidas y anunciadas; otras, llegadas de improviso. Y aunque creáis que soy manceba que no sabe nada del mundo, sí sé que no quiero vivir con temor, remordimientos ni sin vergüenza, ni tampoco traicionando mi naturaleza. Y sé, por vuestros labios, que vos tampoco. Y como me dijisteis en la mar, sé que no habéis perdido la fe.

—¿Por qué habláis de la fe?

—Porque quiero creer que ha sido la Providencia la que me ha hecho salir tan arrebatadamente de la casa torre de los Muñatones, para llegar aquí, a tiempo de evitar este crimen... A tiempo... para ser la mano terrenal por la cual se ha cumplido la voluntad de Dios.

—Sí —respondió el conde, meditando aquello—... y si no es cierto, al menos será una hermosa mentira.

—Sí —reconoció risueña la del linaje de los Haro.

Don Pedro creía estar escuchándose a sí mismo. En verdad sintió que, si hubieran estado solos, ambos habrían podido abrazarse y besarse, pero no era voluntad del destino que coincidieran en el tiempo ni el lugar en el que ese hecho pudiera hacerse realidad. Ninguno dijo nada, aunque, tal vez, los dos sintieran lo mismo. Su deber y lealtad para con los suyos era mayor que cualquier otra fuerza o deseo.

—Que tengáis plácidos sueños, doña María —dijo el noble portugués, retirándose.

—Vos también —respondió con melancolía doña María, siguiéndolo con la mirada.

Al alba, entre lloros y besos en rostros y manos por parte de los escasos habitantes de Sopuerta, más fervorosos aún que los recibidos en Arrigorriaga, doña María, el conde don Pedro y su compañía, dejaron el lugar, retomando el camino del norte rumbo a Bilbao.

A cinco días andados del mes de abril de ese año del Señor de mil trescientos treinta y uno, la joven villa rebosaba de actividad. Los mercaderes, artesanos y labradores se agolpaban en sus únicas tres calles, y muchos vecinos y moradores, tanto del mismo Bilbao como de las anteiglesias de Begoña y Arrigorriaga, habían acudido para ver a su señora: doña María Díaz I de Haro.

La manceba doña María, el conde don Pedro y el resto de caballeros y escuderos, llegaron a la plaza de la iglesia de Santiago. Cuando entraron en el templo, vieron que todas las miradas de las gentes que atestaban lo atestaban se dirigían al coro, por lo que comenzaron a abrirse paso hasta

allí con dificultad. Una vez ante el recinto tras el cual se contemplaba el altar, la del linaje de los Haro vio a una mujer que destacaba en el centro de una comitiva de clérigos, testigos, oficiales y escribanos. Se sintió reconfortada al comprobar que aquella señora de avanzada edad y, seguro, aún mayor tenacidad, no había abandonado su heredad, ni, menos aún, como decía ese infecto rumor que corría por la tierra de Castilla, vendido Vizcaya al rey don Alfonso.

—Sepan cuantos esta carta vieren —comenzó a dictar la señora al escribano Lope González—, como ante mí, doña María, mujer que fui del infante don Juan, señora de Vizcaya, vinieron, de una parte, Sancho Sánchez de Leguizamón, abad del monasterio de Santa María de Begoña, y de la otra parte, los clérigos de Santiago de Bilbao, para poner avenencia sobre el servicio que debían prestar los dichos clérigos en la dicha iglesia de Santa María de Begoña. Además, de la soldada que había de tener aparte de su servicio, Sancho Sánchez, presbítero en el dicho monasterio de Santa María, y se avinieron en la manera según que en esta carta se dirá. Que de todo pan cocido que se ofreciere en la dicha iglesia de Santa María, sea la mitad de los clérigos sobredichos de Santiago aparte de la mesa que solían tener en el tiempo del conde, mi padre, que Dios perdone. Además, de todo dinero que se ofreciese, treintanarios, anuales, encomendaciones y cuantías de misas más o menos cuantas fueren; y el pan que se ofreciese con el Cuerpo; y todo pan y dinero que dieren a la oración; y todo pan y dinero que dieren al caserío; y todo pan y dinero que dieren las dueñas cuando entran en la iglesia después del parto a los cuarenta días; y todo pan y dinero que dieren sobre las fosas; y todo pan y dinero que dieren, o huevos, por tirar el capillo a la criatura en la pila, que sea todo de los clérigos sobredichos. Además, si viniere especial carga de carne o de pescado o de huevos en día festivo, o con Cuerpo, o en novena, o en aniversario, que sea del monasterio y, si viniere más de uno, que sea partido por cabezas, la mitad para el monasterio y la otra mitad para los dichos clérigos. Además, que tengan los clérigos sobredichos, a parte de su soldada, toda la décima de todos los frutos que son en día que esta carta es hecha, o serán por siempre jamás de cualquier manera, que sean en sus terrenos propios de Santa María; más la décima de tureño y manzanal que es de Santa María en Albia, entre Jaúregui y Vasogoechea; y más toda la décima que pertenece a Santa María en Carrisqueto, en Zuaste. Además, si labraren y sembraren alguna cosa el abad o la abadesa, en los terrenos propios del monasterio, que sea la décima de ello de los dichos clérigos, y yo, la dicha señora, lo tengo por bien y consiento en esta avenencia de las partes con todo lo sobredicho, y lo doy por firme y que valga por siempre jamás, y mando y defiendo a todos aquellos y aquellas señores o señoras mis herederos que, en pos de mí, han de heredar Vizcaya. Además, defiendo a

los abades y abadesas que tendrán el dicho monasterio en renta o en soldada, que no sean osados ni puedan ir contra esta avenencia que ante mí es puesta, en ningún tipo, ni los pueda tirar ni sacar del servicio a los sobredichos clérigos de Santiago por ningún achaque del mundo, ni les pueda tirar la soldada, ni sus otros tributos que en esta carta son contenidos en ninguna manera del mundo, ni puedan ni osen traer ningún clérigo extraño para el servicio de la iglesia sobredicha de Santa María, tirando a estos clérigos de Santiago de su servicio. Además, mando y definiendo también a los clérigos sobredichos de Santiago, que no puedan dejar ni desamparar el servicio de la iglesia sobredicha de Santa María por ningún achaque del mundo, ni puedan poner excusa ninguna de ningún tipo para no servirla si no la sirven bien y cumplida de todas las horas y de los siete sacramentos según se debe servir tal iglesia como aquella; y este es servicio que deben hacer los dichos clérigos de Santiago en la sobredicha iglesia de Santa María de Begoña y que se obliguen a ello para hacerlo y cumplirlo, que entre semana, todos los días vacantes, vaya un clérigo a cumplir todas las horas de día y cante misa de día y, si el sábado no hubiera fiesta, que cante misa de Santa María; y todos los domingos y en todas las fiestas generales, que vayan cinco clérigos, y sirvan en la iglesia los sábados y los domingos, y en las vísperas de fiestas, que vayan tres clérigos también a las vísperas de la iglesia como de día; Y porque esto es verdad y sea firme y valga para siempre jamás, y no venga en duda, mandamos dar a los dichos clérigos de Santiago esta mi carta de creencia sellada con mi sello de cera colgado. Dado en Bilbao, a cinco días de abril, año del nacimiento de Nuestro Salvador, de mil trescientos treinta y un años.

El acto finalizó con reverencias y parabienes, contentándose ambas partes con lo resuelto.

—Ved que es así, doña María —habló aquí el conde don Pedro—, como mejor y más cumplidamente puede un señor servir a sus súbditos, atendiendo sus demandas y librando pleitos, poniendo en ellos buenos remedios y sentencias.

—Temo que haya demandas que no se resuelvan con la pluma, don Pedro —susurró la dama.

—Sí, y para aquellas tendréis a vuestros caballeros e hijosdalgo. No ansiéis ordenar montar rocín, vestir lorigón ni yelmo, ni blandir espada. Todo buen señor debe repudiar las guerras, aunque sus privados les acucien para iniciarlas, ya que si lo hacen no es por amar servirles, sino por las grandes cuantías de tierras, siervos y dineros que logran en ellas.

—¿Y si a esa guerra se marcha para mayor gloria de Cristo y servicio de Dios?

—¿Habéis leído en algún Evangelio que Cristo montara caballo y blandiera espada contra los paganos?

Doña María no supo contestar, pero tampoco podría haberlo hecho, pues el conde se adelantó para recibir a la señora de Vizcaya, que abandonaba el coro seguida por su prestamero y un merino, así como de los procuradores, clérigos y testigos.

—Doña María Díaz de Haro —saludó el noble portugués, con una reverencia—. Soy don Pedro Alfonso, conde de Barcelos. He llegado a esta villa con vuestra nieta, doña María.

Las dos damas se miraron con incredulidad, escrutándose y comparando el recuerdo que conservaban la una de la otra, con las personas que tenían ante sí. Fue la señora de Vizcaya la que avanzó dos pasos hacia su nieta, agachándose y abrazándola.

—Oh... María —dijo la dueña, con notable emoción.

—Abuela... —correspondió el saludo la manceba.

Al separarse, volvieron a contemplarse en silencio, como para grabar en sus mentes y pupilas el más vivo recuerdo posible.

—Me apené mucho cuando supe de tu partida a Bayona, pero fue lo más cabal que podía haberse hecho. Ven...

Ambas damas caminaron hacia el altar, seguidas por los oficiales del Señorío a un lado, y el conde don Pedro y sus caballeros al otro, hasta que abuela y nieta llegaron a uno de los primeros bancos del templo, donde tomaron asiento.

—Háblame de tu viaje de regreso. ¿Corriste algún peligro?

—No en mis carnes, pero presencié algo horrible. Unos malhechores atacaron Sopuerta y a poco estuvieron de forzar a unas mujeres, si don Pedro y sus caballeros no lo hubieran impedido.

—Sí. Las luchas entre los linajes banderizos es una plaga que asola nuestra tierra. Mucho los requiero y mando, pero ni el temor a la justicia o la muerte, ni los anatemas o pena de excomuniación, hacen que los parientes mayores guarden la ley ni atiendan mis razones.

—Vizcaya ha fincado sin señor mucho tiempo, abuela. Ni mi padre ni mi abuelo antes, cuidaron de velar por el buen gobierno de sus gentes.

La dueña miró con sorpresa a su nieta. En su estancia en Bayona parecía haber aprendido mucho sobre el pasado del Señorío, pues decía verdad.

—Para los Haro, Vizcaya es nuestro hogar y mayor bien, pero es cierto que mi difunto esposo, tu abuelo, no compartía ese sentir. Vizcaya, y lamento reconocer que, por añadidura, yo misma, éramos una pieza más en el tablero de sus ambiciones. No le importaba mercadear con esta tierra y trocarla por cualquier otra...

—¿Hablas del pleito que mantuviste con tu tío, don Diego López?

—Sí... Pedía a Dios cada día que me diera fuerzas para aguantar ese castigo... para soportar el modo en el que, desde una y otra parte, me acuciaban. Tan solo me reconfortaba pensar en que Vizcaya era lo mayor

que podía legar a mi hijo... Pero él también fue víctima de la avaricia; víctima de una herencia emponzoñada... Un legado de afrentas al honor y malquerencias. Una carga demasiado pesada para espaldas tan jóvenes.

—No es pesada carga ni ponzoña reclamar lo que por derecho corresponde. Y si es ante un rey ante quien se debe llevar esa demanda, que así sea. —La doncella, comprendiendo que no era fácil para su abuela recordar todo lo vivido en su lucha por mantener el Señorío, supo que, para alegrarle el ánimo, debía hablarle de la nueva que le había llevado de vuelta a Vizcaya—. Abuela, debes saber, por si aún no ha llegado a tus oídos, que no hace ni dos semanas me desposé en Bayona con don Juan Núñez III de Lara.

La anciana doña María quedó tan sorprendida que no pudo expresar ningún sentimiento, ni con su rostro ni de palabra. Tras unos instantes, la abrazó de nuevo, con regocijo, pero también temor. El conde don Pedro, cercano a ambas, pudo ver en los ojos de aquella dueña, que el miedo superaba al gozo.

—Oh, nieta mía... Ni en sueños podría haber deseado un mejor marido para ti.

—Ni yo, abuela. Sosiégate ahora. Don Juan y yo no desampararemos Vizcaya. La gobernaremos como todo buen señor debería. Como tú has hecho: atendiendo las demandas de los vizcaínos y poniendo en ellas paz. —Eso agradó a la señora, pero lo que oyó después, le hizo comprender que la paz estaba lejos de llegar—. Y junto a él, no solo haré que el rey don Alfonso deje de llamarse en sus escritos «señor de Vizcaya», también recuperaré todas las otras heredades que fueron de mi padre. Sé que contaba con más de ochenta villas, castillos y lugares fuertes en los Reinos de don Alfonso.

—Sí —respondió titubeante la dueña—, pronto alcanzarás la mayoría de edad, y yo podré legarte al fin esta dignidad...

Al amanecer, nieta y abuela se despidieron con igual efusividad que el día anterior, conscientes de que, tal vez, no volverían a verse, y que ese reencuentro había sido un inesperado presente de incalculable valor.

La señora de Vizcaya insistió para que una buena pieza de caballeros hijosdalgo les sirvieran de guardas hasta los límites del Señorío. Cumplido esto, abandonaron Bilbao por el puente de su ría, cruzándose con gran número de laneros castellanos.

—Vuestra nieta será una digna señora, doña María —dijo a la dueña su prestamero—. Veo en ella vuestra fuerza y tesón.

—Sí, pero esos dones son peligrosos en la mocedad. Y aquí solo veo a una moza jugando a ser mayor, pero sin la sabiduría que los años y sus penurias aportan... Debemos prepararnos. Yo misma y en persona me

ocuparé de que se pertrechen y abastezcan con armas y vituallas los castillos de Unzueta, Munchete, Ereño y la peña de San Juan.

—¿Prepararnos, mi señora? —preguntó el oficial, confundido por ese deseo—. ¿Prepararnos para qué?

Doña María vio alejarse a su nieta, y como si se contemplara a ella misma el día de su matrimonio, sabía que era tan solo una pequeña pieza en un gigantesco y antiquísimo tablero del que el destino no le concedería la gracia de huir.

—Para lo inevitable —respondió ella, sin titubear ni retirar la mirada de su última descendiente viva, que ya se perdía entre las casas y huertas del arrabal de *Allende la Puente*.

Doña María, el conde don Pedro y los suyos, abandonaron Vizcaya, adentrándose en tierra de Castilla, parando en las villas y aldeas de los Lara, donde anunciaron la buena nueva del matrimonio de su señor, dejando que todos los leales de don Juan Núñez, así caballeros como labradores, vieran a su nueva señora. La del linaje de los Haro era tratada con grandes muestras de devoción, amor y juramentos de lealtad. Otros, simplemente la miraban estupefactos.

Tras dos jornadas recorriendo la comarca de Burgos, la doncella pudo divisar, aun en la lejanía, el que sería su nuevo hogar: Lerma.

Alzada sobre una colina, casi la mitad de la villa la cercaba la ribera del río Arlanza, mostrando una tapia muy bien labrada en esa orilla. El resto del lugar estaba guarnecido con tres altos muros y dos cavas muy hondas entre ellos. El lugar albergaba a unas setecientas almas, todas las cuales parecieron echarse a la calle para recibir a doña María. La manceba, tras cruzar el puente y penetrar en la ciudad, avanzó por una calle a cuyos márgenes se agolpaban vecinos que derramaban sobre ella saludos y bendiciones. Como si fuera una santa llegó al centro de la villa, donde se erigía un alcázar con una gran torre central rodeado de murallas, cuyas puertas se abrieron ante ella. Doña Juana Núñez de Lara salió al patio de armas para recibir a su nuera, rodeada de sirvientas, criados y escuderos.

—Doña María —dijo la madre de don Juan Núñez al verla, besándola en la mejilla.

—Doña Juana, señora —respondió la manceba.

—Don Pedro —dijo doña Juana—. No deseo entreteneros. Estoy segura de que vuestros asuntos os reclaman lejos de aquí. Id con Dios.

El noble portugués y sus caballeros se miraron entre ellos.

—Disculpad, doña Juana —contestó don Pedro—, pero confiaba en poder dar cebada a los caballos y posar con los míos esta noche en vuestra hacienda...

La dueña lo miró con extrañeza, pero, al momento, su rostro se tornó risueño.

—Desde luego, don Pedro, solo me mofaba de vos. Os daré descanso a vos y a vuestras bestias —dijo doña Juana, rodeando con un brazo a doña María, encaminándose al interior de la torre—. Ah, y entrad también a los caballos.

Los portugueses quedaron más desconcertados aún.

—¿Nos ha llamado bestias? —preguntó Gonçalo Bazacos.

—Su sátira mordaz es el precio que debemos pagar por su hospitalidad —contestó el conde.

—Aún no he descabalgado y ya me parece caro —gruñó Fernando Mendes.

Tras la cena, doña María Díaz fue llevada a uno de los mejores aposentos del alcázar. Era una estancia seis veces mayor que su celda del convento de Bayona, con paredes de piedra clara y un techo surcado de gruesas vigas y travesaños de madera. Contaba con una gran y mullida cama con dosel cubierta de pieles; dos arcones de madera noble y hermoso trabajo de forja; una alacena no menos digna de mención; un elaborado tapiz flamenco que cubría la pared opuesta a las ventanas, el cual narraba una estampa campestre, puede que de alguna fábula o mito antiguo; y, en el centro de la estancia, una lujosa alfombra de lana de oveja y seda sin teñir, de unas cinco varas de largo y tres de ancho.

Oneka y Juana entraron con las ropas y pertenencias de su señora, ordenándolas en los baúles y perchas.

—Dejadme ahora —pidió doña María.

Ambas sirvientas obedecieron, abandonando el cuarto. La del linaje de los Haro se asomó al exterior, observando una tierra ocre cuyos campos de cultivo y pasto llegaban hasta donde la vista alcanzaba. Y volvió a escuchar sus pensamientos en el silencio y soledad de una celda. No sabía cuánto tiempo debería permanecer allí, lejos de todo lo que conocía y de su, realmente, aún desconocido esposo. Puede que días; puede que semanas; tal vez, meses. De nuevo, le asaltó la sensación de no tener el control de su vida ni actos, y deseó buscar refugio en un mundo y un tiempo más galante y noble. Revolvió en el arcón hasta hallar el libro de Mahai, sacándolo con mimo. Tras recordar durante varios minutos a la reclusa, con la mirada y mente perdidas en el pasado, colocó una silla frente a la ventana para aprovechar los últimos rayos de luz del día, abrió el libro, y comenzó a leer el *lai* titulado *Yonec*:

—«Vivía en Bretaña un hombre muy noble, pero viejo. Era gobernador de Carwent y señor de todo el país. Como poseía una formidable heredad, toma mujer para tener hijos que después sean sus herederos. Discreta, cortés, de alto linaje y muy hermosa era la doncella entregada al ricohombre. Este la amaba mucho por su belleza. Como era lozana y gentil, ponía en guardarla gran celo. Dentro de una torre la encierra, en



una gran cámara enlosada. Ella no puede salir al exterior para ver a parientes o amigos. Cuando el señor se acuesta, no hay mozo de cámara ni mayordomo que se atreva a entrar en la habitación ni encender los cirios. Tiene él, una hermana, vieja y viuda, a quien encomienda la custodia de su dama, para estar seguro de su conducta. Hay otras mujeres en otra estancia aparte, pero la dama no puede hablarles sin consentimiento de la vieja. Así permanece retenida más de siete años, pero sin tener hijos. Una gran tristeza embargó a la dama. Entre lágrimas y suspiros, y a fuerza de no cuidarse, llega a perder gran parte de su belleza. Solo desea que la muerte se la lleve lo antes posible».

Doña María continuó leyendo, ya no deseando, sino temiendo cada vez más que el mundo de fantasía mostrado en esos poemas se convirtiera en realidad. O tal vez, a juzgar por lo vivido y narrado por boca de otros, lo que debería temer es que la realidad que le aguardaba no pudiera rivalizar en dolor ni crueldad con ese otro mundo inmortal, ni con nada que su pequeña mente pudiera imaginar.

## Libro III

## Capítulo I

Un templado mediodía del mes de mayo de ese año del Señor de mil trescientos treinta y uno, doña María Díaz y su suegra, doña Juana Núñez, comían en el salón del alcázar.

—... Y por las muchas querellas que recibió de los de la tierra contra ese don Yusuf de Écija —hablaba aquí doña Juana, que era quien de continuo iniciaba y también solía finalizar las conversaciones—, don Alfonso le tiró del Almojarifazgo, y decretó que ya no fueran judíos, sino cristianos, los que se ocuparan de las rentas, y que se llame a esos oficiales, en vez de almojarifes, tesoreros.

—Sabia decisión, señora —respondió lacónicamente doña María, cortando un trozo de berza con la misma parsimonia y desgana con la que escuchaba lo narrado.

La dueña se había percatado desde hacía tiempo del estado de su nuera. Hasta un ciego se daría cuenta. Y ese día, desistió de continuar intentando distraerla de sus cuitas, atacándolas de frente.

—Comprendo que estéis apenada por hallaros aquí sin vuestro esposo, pero lo que ha llevado a mi hijo don Juan a Portugal será gran pro vuestro y de vuestro Señorío.

—Lo sé, doña Juana, pero me hubiera gustado ir con él o, al menos, permanecer en su compañía algunos días.

—Su marcha tenía un sentido, doña María. Es posible que podamos quebrar la alianza entre Castilla y Portugal.

—¿Quebrarla? ¿Esa es vuestra voluntad?

—Un rey con poderosos vasallos y aliados no renunciará a aquello de lo que despojó a vuestro linaje. No, si no se ve obligado a ello por la fuerza.

—Lo sé, señora, pero decidme, ¿no está casado don Alfonso con doña María, la hija del rey portugués?

—Lo está, pero aún no ha podido tener hijos con ella, y es fama pública que se siente por ello, hombre menguado. Además, hace poco conoció en Sevilla a una dueña viuda, rica y muy hijadalgo, de pocos días más que él, llamada doña Leonor de Guzmán. De ella se cuenta que es en hermosura la más apuesta mujer del Reino, además de entendida. Don Alfonso no dejó de pretenderla hasta que la tuvo, haciéndole muy buenos servicios y pagamientos. Se dice que la ama más que a su propia esposa. Incluso se rumorea que ya puede estar esperando su primer hijo de ella.

—Pero eso es... —contestó doña María, algo escandalizada.

—Eso es la naturaleza humana, querida. Cambiad ese semblante. La fortuna parece sonreírnos...

—No solo me aflige este incierto porvenir o la ausencia de mi esposo... también, el saber quiénes son los que le aconsejan.

—Os referís a mí yerno, don Juan Manuel...

—Sí...

—Hablad sin tapujos.

—Supongo que sabréis que don Juan Manuel acordó con mi padre, al que Dios perdone, que al ser él viudo por la muerte de mi madre, casara con su hija, doña Constanza...

—Pero el rey don Alfonso le ofreció ser él mismo quien casara con doña Constanza.

—Sí... Y por ese acuerdo rompió su palabra y lealtad, desamparando a mi padre...

—Comprendedlo. Sé que es difícil no guardarle rencor, pero don Juan Manuel quedó cegado por tamaño ofrecimiento. ¿Y qué hombre no?... Si os sirve para resarciros, él también fue después traicionado por don Alfonso, y ahora le desirve de forma contumaz... y diría que, hasta enloquecida, haciéndole todo el mal posible.

—Lo sé... y vos le entregasteis en casamiento a vuestra hija. Eso me basta para saber que confiáis en él sin reservas.

—Sí... le he dado como mujer a mi hija y casi la guarda de mi otro hijo, vuestro marido. Creed que su voluntad de apoyaros en vuestra demanda, así como su deseo de hacer guerra al rey don Alfonso, son féreos. Tal vez demasiado...

—¿Por qué decís eso?

—Porque ha iniciado una lucha que parece no tener más acicate ni fin que la pura venganza. Y nosotros no podemos dejarnos llevar por el ensañamiento. No somos gentes comunes ni mozos arrastrados por el antojo de las pasiones. Si queréis mi consejo, y don Alfonso ofreciera buenas mercedes para volver a su servicio, deberíais aceptarlas.

—Yo no deseo ninguna guerra, doña Juana. Solo gobernar en paz a los vizcaínos junto con mi esposo, y recuperar las heredades que fueron de mi padre, para poder legarlas algún día a mis hijos.

—Lo sé, querida, pero temo que el que también esté dispuesto a una guerra por venganza, sea el rey don Alfonso. —Doña María no respondió, y doña Juana se arrepintió de dar voz a su corazón. Procurando distraer la atención hacía otro lugar, se levantó de la meso, cogió varias hojas de papel de un estante, y se las entregó a su nuera—... Ya que al igual que yo os deleitáis con la lectura, tomad esto.

—*Libro de los ejemplos del conde Lucanor y de Patronio* —leyó doña María.

—Ha sido escrito por don Juan Manuel. Son seis cuentos moralizantes. Aún tardará en completar esta obra, pero si queréis conocer a un hombre, leed sus escritos. Ahí revelan con desenfreno y sin pudor lo más

brillante y oscuro de su alma. Al papel se le confiesan pecados y deseos como si fuera un clérigo, pero, a diferencia de aquellos, los libros no pueden custodiarlos ni llevárselos con ellos a la tumba, pues son creados para todo lo contrario.

—Lo leeré con esmero, doña Juana.

—Terminaos ahora la cena —pidió la dueña, con tono maternal—. Cuando mi hijo regrese y os vea no quiero que piense que he descuidado vuestra salud.

A pesar de las conversaciones con doña Juana, cada vez más sinceras, los días continuaban transcurriendo pesada y monótonamente para la del linaje de los Haro. La doncella aparentaba siempre serenidad, tanto ante su suegra como ante sus sirvientas y los criados de la casa, pero, en su interior, ardían la rabia y el descontento. Su corazón y mente anhelaban nuevas que nunca llegaban, y ese vacío era caldo de cultivo para malos pensamientos que bregaban por irrumpir en el mundo real con violencia. Ya apenas tenía paz para los rezos y, menos aún, para concentrarse en la lectura. Deseaba cambiar el presente y gobernar el futuro; tener el poder para que sus designios se ejecutaran sin vacilaciones. Pero, a falta de ese poder, se contentaba con alterar los relatos del libro de Mahai al tiempo que los leía, y mientras comía o descansaba, se veía a sí misma dictando ordenanzas, ya como señora de Vizcaya, e incluso acotando y juzgando a malhechores junto a su prestamero, alguaciles y alcaldes.

Una mañana de junio, mientras Oneka la peinaba y aseaba frente a la ventana, contempló en la lejanía, más allá de las casas y muros de Lerma, una multitud de hombres y mujeres, semejantes a hormigas en la distancia, que se desperdigaban por los campos disponiéndose a ararlos para la siembra. La sirvienta pensó en lo afortunadas que eran ambas por no tener que trabajar rompiendo la tierra ni al capricho del clima, temiendo al granizo o las sequías, y viendo la melancolía de su señora, quiso compartir con ella ese razonamiento.

—Deberíais sentirlos la dama más dichosa del mundo, doña María.

—¿Y por qué debería?

—Mi señora, veo a esas gentes labrando los campos, y aunque su vida es más penosa que la nuestra, ellos saben que la tierra dará sus frutos. Tal vez no les quede mucho en sus bolsas tras pagar diezmos y rentas, pero tampoco necesitan tanto. Vos en cambio... es como si nada pudiera satisfaceros ni colmar vuestras ansias. Es como si... sintierais, no que hayáis perdido una cosecha, sino que os hubieran robado las de toda una vida.

—He perdido más que eso, Oneka. Me han arrebatado los frutos de muchas vidas... los de todos mis antepasados.

—Para eso estáis aquí, en la casa de los Lara; para recuperarlo todo y aun acrecentarlo.

La del linaje de los Haro sintió compasión al ver a los labriegos, aunque, al mismo tiempo, asomó algo de envidia. Extraño sentimiento que también quiso compartir con su sirvienta.

—Míralos. Mira a esos siervos. Ellos... todos nosotros, somos la más noble y libre criatura de entre todas las otras que Dios pudo crear. Y por la servidumbre, que es la más vil y despreciada cosa que entre los hombres puede haber, ellos se tornan en poder de otros, de manera que podemos los señores hacerles lo que queramos, perdiendo poder los siervos hasta de su misma persona, no haciendo sino lo que se les ordena. Dime Oneka... esos labradores, ¿crees que casan entre ellos por amor?

La sirvienta levantó la mirada, contemplando de nuevo los campos.

—No lo creo, doña María. Pienso que son como los hijosdalgo al ir a cazar. Atrapan a la presa más fácil y que tienen más próxima. No hay en estos lugares mucho donde elegir.

—Pero tanto siervos como siervas pueden casar con mujeres y hombres libres ¿no es cierto?

—Pueden, pero es menester que ambos sean cristianos. Y debe saber el hombre o la mujer libre, que la condición del otro es la de siervo.

—¿Y no serán esos matrimonios entonces, los únicos guiados por el amor? ¿Por qué hombre o mujer libre iba a casar con siervo, que no tiene hidalguía, ni hacienda, ni dote que aportar, si no es por pura pasión?

—No lo sé, mi señora. No conozco ese otro mundo del que habláis. Y en los libros que leéis, no está todo el saber. Pero temo que ni reyes, condes o señores, ni tampoco los comunes, son libres de enamorarse ni de decidir con quién compartir sus vidas, pues los primeros arrastran la carga de su dignidad, y los otros, de la indignidad. Aquellos no pueden conformarse con casi nada, y los otros, no pueden elegir entre apenas nada. Y en ningún caso se da al amor libertad para que pueda desempeñar su tarea.

—¿Por eso existirán los poemas y cantares? ¿Para vivir a través de sus dueños, pasiones que en el mundo real son imposibles?

—Creo que, si alguien ha podido escribir esas obras, es porque en su interior anhelaba vivirlas. Tal vez solo es necesario que dos personas con idéntico sentir se encuentren para poder hacerlas realidad.

—¿Y si eso no ocurriera nunca? Qué vida tan desdichada, la empuñada en ansiar vivir algo que nunca llegará...

Oneka miró a la mesa, viendo el libro de *lais*, comprobando que, ahora, esa lectura no ayudaba en nada a la dama.

—Mi señora. La reclusa me dio el libro de María de Francia para vuestro solaz, y mostraros que allí fuera no solo hay pecado y depravación. Me pidió que os lo diera para que supierais que hay más almas como la vuestra. Tan solo es necesario que esas almas alcen su voz para

así encontrarse, aunque sea en otro tiempo y vida... Espíritus que no se constriñan ni amedrenten ante nada, y con sus actos y ejemplo, lograr tal vez que ese mundo que habita solo en su interior, se torne real.

—Y hasta hace poco creía que yo era la más ilusa de esta casa.

—No es ser ilusa desear un porvenir mejor —replicó Oneka, cuya antigua amistad y gran confianza con doña María, le hacía rozar en ocasiones lo que, siendo una criada, muchos considerarían falta de respeto—. Ese es el deber de todo buen señor para con sus vasallos, y vos tenéis el poder para cumplirlo.

Doña María recordó entonces quién era en realidad, y su mente regresó de un futuro incierto, a un presente que, en realidad, no era tan desventurado.

—Dime, Oneka... si fueras uno de mis oficiales... ¿qué me aconsejarías para que mis vasallos fueran más dichosos y mejor gobernarlos?

—¿Yo... un oficial?

—¿Por qué no?

—Vuestros oficiales serán aquellos que sirven ahora a vuestra abuela. Después de a ella, os servirán a vos.

—Lo sé, pero... no hablo de ser prestamero ni merino. ¿Imaginas que existiera alguien que debiera desempeñar el cargo de proveer de buenos maridos a las mujeres, y buenas esposas a los hombres?

—¿Como un casamentero?

—Bien... puede que no un oficial.... Tal vez podría instituir una festividad... en primavera... para los mancebos que cumplen la mayoría de edad. Una fiesta, con justas y mercado, que dure varios días... donde los jóvenes lleguen de villas y anteiglesias de todas las merindades, y allí puedan conocer a quienes nunca podrían conocer de otro modo...

Oneka no quería desilusionar a doña María, ahora que había logrado que su tristeza se difuminara, dejándose llevar por su imaginación, pero tampoco deseaba dar alas a lo imposible ni crearle falsas esperanzas.

—Mi señora... dudo que el clero aprobara ese día. No hay fiestas si no es en honor de los santos o que conmemoren la vida y milagros de Cristo. Incluso podrían llegar a tacharos de alcahueta...

—Pero lo que pretenderíamos es que la vida de todos fuera más dichosa. —Doña María quedó pensativa y, por un momento, dejó que volviera a aflorar la niña que aún era, y que cada día parecía más hondamente enterrada en su interior—. Oneka, trae papel y tinta. Voy a dictarte una carta.

—Sí, mi señora —dijo la sirvienta, yendo a la mesa, haciéndose con lo requerido.

Doña María adoptó postura solemne, como si en vez de estar a solas con su fiel criada se hallara frente a una gran multitud que esperara sus palabras.

—Sepan cuantos esta carta vieren, cómo yo, doña María Díaz, señora de Vizcaya, en uno con mi esposo don Juan Núñez...

—Disculpád, doña María —la interrumpió Oneka—... deberíais comenzar diciendo algo así como: En el nombre de Dios y de la Virgen bienaventurada santa María...

—Es cierto, Oneka —reconoció la doncella, comenzando de nuevo—. En el nombre de Dios y de la Virgen bienaventurada santa María. Sepan cuantos esta carta vieren, cómo yo, doña María Díaz, señora de Vizcaya, en uno con mi esposo don Juan Núñez... para hacer bien y merced a mis vasallos...

—Perdonad, mi señora —intervino de nuevo Oneka—. ¿Y si dijerais: Con placer de todos los vizcaínos...?

La del linaje de los Haro meditó esa nueva sugerencia, aceptándola también con gusto.

—Sí, has hablado bien, Oneka. Con placer de todos los vizcaínos, mando que... —La doncella se detuvo, no sabiendo bien cómo seguir— ... mando que...

—Tal vez... ¿otorgar?

—Sí... otorgo a todos los vecinos de las villas y anteiglesias de Vizcaya y a los que moran en sus términos y otros lugares, que sean francos y libres para ir a la villa de Bilbao... el día... tercero del mes de... mayo... con todo tipo de mercaderías, y que no sean retenidos ni embargados, ni deban pagar peajes ni portazgos, más que los que contiene nuestro fuero...

—Decid que no se tolerará la sodomía, mi señora —volvió a señalar Oneka.

—Desde luego...

—¿Y cómo evitaremos el adulterio?

—Eso ya está penado.

—Lo sé, pero... ¿cómo lo evitaremos?

—Tú escribe... Y tengo por bien y defiendo firmemente, que ninguno ose de ir contra este privilegio, ni quebrantarlo ni menguarlo en ninguna cosa, y quien así lo hiciera, deberá pechar en coto mil maravedís de la moneda nueva.

Ambas rieron con disimulo al terminar la carta, por entender que había algo de maldad inocente en ese texto.

—Es irónico —dijo doña María—. Dos mancebas vírgenes hablando de amoríos y fornicación...

La sonrisa se borró al momento del rostro de la sirvienta, no pudiendo evitar ruborizarse y desviar la mirada al suelo.

—¿Qué te ocu...? —preguntó doña María, que sabía la respuesta antes de finalizar la frase—. No...

—Doña María... yo... —balbuceó Oneka, levantándose y cubriéndose la cara avergonzada, dando la espalda a su señora.



La del linaje de los Haro fue tras ella, no iracunda, sino emocionada.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Con quién fue? —preguntó la doncella en voz baja, pero con gran curiosidad, tomándola por los brazos y retirándole las manos para poder mirarla a los ojos.

—En Bayona... con un mozo que trabajaba en el huerto del convento.

—Cuéntamelo todo —pidió doña María, expectante.

—Esperad... ¿oís eso? —dijo Oneka, asomándose a la ventana.

Para salvación de la criada, una compañía de caballeros, escuderos y mozos de mulas avanzaba por las calles hacia el castillo, y, encabezándolos, creyó diferenciar a don Juan Núñez de Lara.

—¿Quiénes son? —preguntó doña María, asomándose también.

—¡Es vuestro esposo! —exclamó Oneka, sintiendo mayor alivio por poder esquivar la conversación, que por la llegada del ricohombre.

—¡Aprisa! ¡Vísteme! —ordenó doña María.

La sirvienta obedeció, abriendo el arcón y tomando uno de los más bellos y ricamente ornados briales de su señora. Era un vestido de seda azul ribeteado con hilo dorado en cuello, mangas, cintura y parte inferior de la falda. Con manos temblorosas, la criada le abrochó los botones y colocó un manto de tela verde con broche de oro. Cubrió después el cabello de doña María con un velo de color aguamarina sujeto con una tiara de plata. Por último, le puso un collar de perlas rematado con una cruz, también de plata.

—Podéis salir, doña María —dijo Oneka, satisfecha con la contemplación de su señora.

La doncella se miró en el espejo, mostrándose también agradada con su aspecto. Respiró hondo, todo lo que le permitía el ceñido vestido, y salió de la estancia, bajando las escaleras hasta el patio. Allí aguardaba doña Juana junto a varios criados, la cual la tomó de la mano y ordenó a dos mozos que abrieran las puertas. Cuando don Juan Núñez, seguido de los suyos, penetró en el patio y contempló a su madre y radiante esposa, descabalgó de su rocín y besó tanto a una como a la otra.

—Madre. Señora —dijo el mozo.

—Hijo —respondió doña Juana.

—Doña María. Señora —saludó él con sincero placer, sintiéndose sin duda más gratamente impresionado por la que iba a compartir su lecho, que cuando la vio por primera vez en Bayona.

—Esposo. Señor —respondió doña María.

—Entremos —dijo doña Juana—. No has enviado a ningún mandadero para anunciar tu llegada ¿Para qué quieres esos magníficos caballos? Parece que te regodeas teniéndome en vilo...

Doña María siguió a su esposo, pero no pudo evitar volver la mirada, escudriñando al resto de la compañía. Doña Juana, que parecía tener

ojos en la nuca y hasta en la mente de los que la rodeaban, se volvió hacia ella, hablándole en voz baja.

—No —susurró la dueña—, don Juan Manuel no ha venido...

Doña María sintió cierto alivio por no tener que compartir techo y a su esposo con ese hombre, pero al mismo tiempo, temía lo que pudiera estar tramando a sus espaldas.

—Y decidme, señor, ¿dónde se halla don Juan Manuel? —preguntó doña María, que, tal vez por su mocedad y a diferencia de su suegra, era incapaz de contener la inquietud.

—Permanece en la Corte portuguesa. Yo recibí a gentes de Astorga que me pidieron que fuera a resolver unos pleitos. Acordamos que posaría en esa ciudad hasta llegado este mes de junio, y que, si para entonces no se reunía conmigo, volviera aquí.

—¿Entonces no sabéis lo que don Juan Manuel está tratando allí?

—No —respondió don Juan, despreocupado—. Como os digo, debía ocuparme de otros asuntos en tierra de León.

Aquello preocupó a doña María, que veía cómo su confiado marido parecía dejar en manos del hijo del infante don Manuel, todo cuanto tuviera que ver con su hacienda y destino.

—Soseguémonos ahora —dijo doña Juana, dedicando a su nuera una mirada de calma y complicidad—. Mandaré que aderecen un buen yantar. Por cierto, doña María, ¿no fue al obispo de Astorga al que uno de vuestros antepasados dedicó graves injurias? Se dice que incluso debió ser sujetado por varios ricoshombres para evitar que le acometiera.

—¿Es cierto eso? —preguntó jovial don Juan Núñez.

—Sí —respondió con reticencias doña María—, fue mi bisabuelo, don Lope Díaz.

—¿Y qué le dijo? —insistió él, con gran interés.

—Amenazó al obispo con sacarle el alma del cuerpo a patadas —musitó doña María.

—¡Ha, ha, ha! —rio el mozo, sin disimulo ni la vergüenza que sí mostraba su esposa—. Qué gran injuria. Decir eso a un rival en una pelea seguro que supone media victoria. Dejaría su ánimo y valor por el suelo antes que su cuerpo.

Doña María también sonrió, entrando en el alcázar, disponiéndose a gozar al fin de la compañía del hombre con el que estaba destinada a compartir el resto de su vida.

Los días posteriores fueron los primeros, en mucho tiempo, en los que, tanto don Juan como doña María pudieron comportarse realmente como mancebos. El florido estío permitía que ambos pasaran gran parte del día fuera del alcázar y de la propia villa, recorriendo a caballo las tierras, aldeas y lugares del solar de los Lara.

Una mañana, a dos días contados del mes de julio, los dos jóvenes señores holgaban tumbados en la orilla del río Arlanza, mientras varios criados pescaban truchas para ellos. Todo invitaba al asueto y el deleite, pudiendo decirse que aquella pareja era la más dichosa del mundo. Pero algo en el interior de doña María, impedía que sintiera una felicidad plena. Y don Juan Núñez, menos sagaz que su esposa, pero bien asesorado por su madre, halló la ocasión propicia para abordar ese hecho.

—¿Qué es lo que os turba, señora? —murmuró él.

—¿Por qué lo decís, señor?

—Conozco esa mirada. Es la que se muestra cuando la mente se pierde y recrea en pensamientos poco gratos.

—Siento gratitud, don Juan. No pasa un día sin que agradezca a Dios todos los bienes que me rodean y el que me haya traído a vuestro lado.

—Yo también doy gracias, pero eso no evita que deba cuidarme de peligros y atender demandas y pleitos. Hablad con franqueza. No debemos callarnos ni ocultarnos nada el uno al otro.

Por la gran confianza que su esposo le brindaba, la del linaje de los Haro hizo acopio de valor, liberando su angustia.

—Hay dos asuntos que hostigan mi mente y me están envenenando el alma, señor. Y es que el rey don Alfonso se hace llamar «señor de Vizcaya». Y aunque he visto con mis propios ojos cómo mi abuela gobierna el Señorío y es obedecida y amada por todos los vizcaínos, desde clérigos y oficiales hasta labradores e hijosdalgo, son las villas y fortalezas que mi linaje tiene en Castilla las que siento perdidas para siempre...

—Lo sé, doña María, y no dudéis de que pondré todo mi empeño en devolveros lo que, ahora, a ambos nos pertenece. ¿Cuál es el otro asunto?

—Se trata... se trata de don Juan Manuel... y del poder que, temo, ejerce su consejo sobre vos.

Don Juan Núñez sonrió, por escuchar a su esposa revelar algo de lo que ya era conocedor desde hacía tiempo.

—Sé que don Juan Manuel abandonó a vuestro padre, pero creed que no fue responsable de su muerte. Fueron los privados reales, los que, guardando gran rencor a don Juan, emponzoñaron la mente de don Alfonso, ya por naturaleza tendente a la ira y el homicidio, para que cometiera ese crimen horrendo.

—Pero si no hubiera roto su alianza... —dijo doña María, con la garganta ahogada y lágrimas asomando en sus ojos, recordando el lejano relato de su aya sobre ese suceso.

—Vuestro padre no era ningún cándido mancebo. Por eso desconfiaba tanto de verse con don Alfonso. Pero... ¿quién podría imaginar ser asaltado en plenas calles de Toro al ir a comer a las posadas del rey?... No os regodeéis en la culpa ni en el odio por hechos tan lejanos. Nada bueno

os traerá eso. Además, imaginad que os estuviera viendo ahora mismo. Él o vuestro abuelo. ¿Cuándo antes, los Haro y los Lara, casas, ora enfrentadas, ora aliadas, soñaron con ver de esta guisa a sus herederos?

—Sí —dijo doña María, sonriendo—. A buen seguro, si algún nigromante les hubiera mostrado este momento, habrían perdido el habla o la razón.

—No —respondió don Juan, también con una sonrisa—. Sentirían gran orgullo por esta unión. Por haber podido enterrar disputas tan sin sentido. Nosotros hemos logrado mucho más de lo que jamás soñaron, y sin derramar sangre ni cercenar vidas. No tienen nada que reprocharnos desde sus sepulturas, ni nosotros, ninguna deuda que saldar para con su memoria... salvo la que habéis mentado...

—Y sin duda, podremos saldarla juntos —dijo doña María, posando su mano sobre la de su marido.

Don Juan Núñez redactó esa misma noche una carta para el rey don Alfonso, en la que se quejaba de que el monarca lo tenía desheredado por todo lo que había tomado del difunto don Juan, padre de su esposa, doña María. El de los Lara entregó la misiva y uno de sus mejores rocines a un escudero de su confianza, despidiéndolo ambos señores con la mirada y callados ruegos.

Las jornadas siguientes transcurrieron de forma plácida, pudiendo dedicar el tiempo don Juan Núñez a las justas, la caza con halcones o a ejercitarse en el manejo de las armas, mientras que doña María lo hacía en la lectura. Era un matrimonio dichoso, a pesar de que ni siquiera se había consumado aún, pues la del linaje de los Haro continuaba siendo menor de edad.

Aproximadamente a la semana, el escudero enviado al monarca regresó, pero sin nada que decir ni ofrendar. Aunque fue severamente reprendido por el de los Lara, no pudo obtener nada de él. El rey don Alfonso, sencillamente, no se dignó a responder. Esa actitud soberbia no desanimó a los jóvenes señores, que volvieron a escribir otra carta, y mandarla, en esa ocasión, con dos caballeros.

Aunque doña María ya tenía a un buen esposo a su lado, continuaba anhelando algo. Siempre había algo que anhelar y, parecía que, mientras ese deseo no desapareciera, no encontraría la felicidad plena. Ya no recordaba cómo ansiaba la libertad en el convento de Saint Bernard; no, cómo se marchitaba, aguardando el retorno de su esposo; ahora, era el eco de las herraduras de los caballos que traían de regreso a los mensajeros enviados al rey don Alfonso, lo que la desvelaba. Desgraciadamente, también los hijosdalgo regresaron con las manos vacías.

Más de tres y de seis fueron los emisarios enviados al soberano de Castilla y León con cartas selladas. Doña María los despedía con

plegarias, y cuando los veía regresar, oraba aún con más fuerza. Pero todo era en vano. La respuesta siempre era la misma. No había respuesta.

La frustración fue creciendo en el interior de la del linaje de los Haro, y decayendo la esperanza, regresando los demonios que parecían extintos, pues su dicha volvía a depender, no de su voluntad, sino de lo que viera llegar a través de una ventana. Y la costumbre de mirar a la lejanía esperando algo o a alguien, parecía haberse convertido en una maldición.

Para colmo de males, un caluroso atardecer de agosto llegó la última persona en el mundo a la que deseaba ver y, menos aún, tratar. Don Juan Manuel penetró en Lerma como si la villa y todos los que en ella moraban le pertenecieran.

—... Y el rey hizo ordenamiento de que los hombres que quisieran montar en bestias, anduviesen en caballos o en rocines, debiendo deshacerse de todos los mulos y mulas —hablaba con muy buen humor el hijo del infante don Manuel, bebiendo y comiendo en el salón del alcázar, junto con doña Juana Núñez, don Juan Núñez y doña María Díaz—. Y así se guardó y cumplió, no osando nadie entonces andar en mulo ni en mula.

—¿Y si querían andar en mulos, como se ha hecho siempre y es de sentido común? —preguntó doña Juana.

—Entonces pecharían al rey una cuantía de dineros en pena.

—¿Queréis decir —intervino doña María—, que hacer algo natural y de derecho, que han usado nuestros antepasados hasta aquí desde que se tiene memoria, fue prohibido y castigado?

—Así es, señora —contestó don Juan Manuel—. Pero, aunque tarde, la razón se impuso. Antes de los dos años fue visto que los caballos y rocines no podían cumplir con los ajetreos que sí podían los mulos y mulas, y se perdían muchos por cómo las gentes se afanaban en andar todos los días en ellos. Por eso el rey retiró el ordenamiento que había hecho. Y cuando los hombres quisieron tornar a tener mulas en las que andar, no las pudieron tener, y hasta hoy dura la carencia de mulas en esa tierra. ¡Ha, ha, ha! —rio don Juan Manuel, secundado por don Juan Núñez.

Doña María, que creía estar curada de espanto por las órdenes tiránicas y absurdas de los poderosos, no pudo dejar de maravillarse por el hecho de que semejante voluntad, causante de males entre las gentes, fuera cumplida y obedecida sin protestas.

—Deberíamos retirarnos ahora, doña María —dijo doña Juana.

—Disculpad, señora —respondió la doncella, con firmeza—, pero lo que don Juan Manuel tiene que decir, me atañe, y tengo gran interés en saber qué posturas ha acordado con el rey de Portugal.

—Habéis hablado bien, señora —dijo don Juan Manuel—. Al tiempo de partir a por vos a Bayona, recibí cartas de mi buen amigo, el prior de

San Juan, don Fernán Rodríguez, en quien el rey de Portugal confía mucho, por servir bien a su hija, la reina doña María. Él trató pleito por cartas y mandaderos para que me viera con el monarca portugués, que estaba muy quejado al saber que la manceba del rey don Alfonso, doña Leonor de Guzmán, ya le ha dado un hijo varón, lo que es gran deshonra y mengua para su hija, doña María.

Esa nueva causó asombro entre los presentes.

—El rey ya tiene lo que quería —murmuró estupefacta doña Juana, al no tener conocimiento de ese hecho—. Y se debe ser muy cauteloso con lo que se codicia. Esa mujer ha parido más que un varón. En su vientre ha florecido la semilla que sembrará de discordia los reinos.

—Don Alfonso lo ha heredado en Aguilar de Campoo, dándole ese apellido y buenos lugares en la frontera de Aragón. Las posturas que acordé con el rey de Portugal fueron que, don Pedro, su primogénito y heredero, deje a su esposa, doña Blanca de Castilla, y case con mi hija, doña Constanza. A cambié, yo le ayudaré a desterrar el gran apoderamiento que don Alfonso ha dado a doña Leonor en su hacienda y en el Reino.

—¿Dejar a doña Blanca? —preguntó doña Juana.

—Esa mujer se halla doliente de parálisis —respondió don Juan Manuel—. Nunca dará un hijo al infante don Pedro.

—¿Y ya habéis firmado esos pleitos?

—Con cartas de certidumbre, señora.

—De modo que habéis convertido a esa doña Leonor en vuestro rival... —dijo don Juan Núñez.

—Solo en Portugal, señor —contestó intrigante don Juan Manuel, bebiendo de su copa, deleitándose tanto o más con la conversación y sus propias maquinaciones que con la bebida—. A mi regreso a Castilla escribí al rey don Alfonso, diciéndole que iría a su merced, a su Casa y servicio para lo que él quiera mandar.

Don Juan Núñez, doña Juana, y doña María, se miraron perplejos. No comprendían qué podía tramar ese hombre.

—¿Ir a su...? —dijo titubeante la del linaje de los Haro.

—Pero con la condición —interrumpió don Juan Manuel—, de que deje a su esposa doña María y case con doña Leonor, a la que yo serviría y ayudaría en todo lo que cumpliera.

Doña María no sabía ya qué pensar, al igual que su esposo, cuya mirada estaba perdida.

—Pero no es esa vuestra voluntad, ¿no es cierto? —intervino doña Juana.

—Desde luego que no. Si hace ese casamiento, fincará enemigo declarado del rey de Portugal, y si no lo hace, continuará enemistado con nos.

—El rey don Alfonso nunca se separará de su esposa —aseveró la madre de don Juan Núñez—. No esperéis contar con las armas del rey de Portugal en esta liza.

—Lo sé, pero puede que sí con las de otro monarca.

—¿Quién? ¿No tendréis en mente al de Aragón? —preguntó doña Juana, quien, en el fondo, temía conocer la respuesta.

—No, señora... andáis descaminada.

La dueña temía que fuera el mismo con quien don Juan ya había trabado amistad tiempo atrás y, ahora, llegado el momento propicio, por compartir ambos enemigo común, hubiera recuperado esa alianza.

—¿Entonces? —intervino don Juan Núñez.

—Antes de responder, don Juan —dijo don Juan Manuel—, debéis saber que vuestro tío, don Alfonso de la Cerda, ha ido a la merced del rey.

Aquello supuso un duro golpe, del que tanto don Juan como su madre tardaron en recuperarse y poder articular palabra.

—¿Con qué pleitesías? —balbuceó el del linaje de los Lara.

—No hubo pleitesías ni le pidió ninguna otra cosa —respondió don Juan Manuel—. Solo posadas en la villa de Burguillos.

—¿Posadas? —repitió don Juan Núñez

—Vuestro tío se vio con el rey en ese lugar, le besó ambas manos, entregó cartas en las que renunciaba a toda voz o derecho sobre los reinos de Castilla y de León, volvió a besarle las manos y otorgó ser su vasallo. El rey ha heredado a vuestro pariente dándole tierras y parte de sus rentas para que pueda mantenerse honradamente durante el resto de su vida.

—Hablad pues, señor —intervino doña María, viendo a su esposo cada vez más indispuerto—. ¿Con qué rey habéis pactado alianza?

Don Juan Manuel metió la mano en su bolsa, sacando un pergamino enrollado que dio a don Juan Núñez.

—Es una carta del rey de Granada —dijo don Juan Manuel, antes de que el mozo pudiera comenzar a leerla.

Ni don Juan Núñez ni doña María habrían imaginado que era a ese soberano al que don Juan Manuel se refería, y sus rostros denotaron su confusión. Doña Juana, por el contrario, concedora ya de las malandanzas de su yerno con los musulmanes, sí pudo evitar asombrarse, al menos, tanto como su mancebo hijo y aún más joven nuera.

—Pero don Alfonso tiene puesta tregua con los moros —dijo doña Juana, mientras su vástago intentaba leer la carta.

—Tregua que ha vencido —contestó don Juan Manuel—, y ninguno de ambos monarcas desea guardar la paz y posturas que acordaron. Sin embargo, tanto uno como otro han otorgado alongar esa tregua un año. El rey de Granada, para tener tiempo de pasar allende la mar y traer gentes de moros del rey Albohacén de Marruecos con los que poder hacer guerra; y, el rey don Alfonso, para asosegarme en su servicio o hacerme tal extrañamiento, que forzadamente le sirva o deje el Reino.

—¿Y confiáis en su palabra? —replicó doña Juana—. Los moros están tan querellosos entre ellos como lo estamos los cristianos.

Mientras doña Juana y don Juan Manuel hablaban, doña María pidió a su esposo ver la carta, ya que se percató de la dificultad que este tenía para leerla. Al tomarla, la del linaje de los Haro comprobó que, en efecto, la letra, a pesar de ser armoniosa, era tan curvada que resultaba compleja de descifrar.

—Tengo motivos para confiar, señora —continuó don Juan Manuel—. He sabido que el rey Albohacén se dolió mucho al conocer los males y querellas que el de Granada le dijo recibir de los castellanos, diciéndole que quería tomar ese hecho como suyo propio, y que le ayudaría, haciendo que uno de sus hijos pase el mar al frente de siete mil caballeros para hacer la guerra.

Don Juan y doña María retiraron los ojos de la carta al oír semejante cifra, mirando a don Juan Manuel.

—¿Sabéis lo que esto puede provocar, señor? —susurró doña Juana, hablando también por su hijo y nuera.

—Lo sé —respondió satisfecho don Juan Manuel—. Y apuesto mi cabeza a que estas nuevas causarán en don Alfonso el mismo pavor que veo en vos.

—¿Y bien? ¿Qué contiene esa carta? —preguntó doña Juana.

—No comprendemos la escritura de los moros, señora —respondió ofendida doña María, dejando el papel sobre la mesa, intuyendo que don Juan Manuel se lo había dado a sabiendas de que no podrían leerla, con el único fin de hacer mofa.

—Ciertamente, los escribanos moros pueden resultar exasperantes —replicó condescendiente don Juan Manuel, cogiendo el escrito—. Una vez el rey de Granada tuvo la promesa del rey Albohacén de que haría guerra a don Alfonso, y con gran voluntad de ganar contra él todos los aliados que pudiera, me envió a sus mandaderos con esta carta, porque sabía que yo quería ser su amigo. Aquí se contiene su voluntad de hacer guerra a don Alfonso y confianza en que Dios le auxiliará, rogándome que lo ayude con cuanto sea menester para esa empresa.

—¿Y qué le respondisteis? —preguntó don Juan Núñez, que parecía recuperado.

—Oída esta mandadería, me sentí muy complacido, pues desde hace tiempo tengo puesta mi voluntad en hacer daño y deservir a don Alfonso en todo cuanto pueda, como aquel que por miedo recela cada día de que le llegue la muerte. —Don Juan Manuel bebió de nuevo de su copa, esta vez, más despacio—. Respondí al rey de Granada, diciéndole que agradecía a Dios sus palabras, y le tenía en merced porque guardara bien los pleitos y posturas que yo puse con él en los tiempos pasados. Le dije que me placía ser su amigo, y que le ayudaría contra el rey don Alfonso con mi cuerpo,



vasallos, villas y castillos. También le dije que tuviera por cierto que vos, don Juan, seríais en mi ayuda y haríais por mí toda cosa cuanto yo os pida, así como si fuerais mi hijo. —Doña María escuchaba esas palabras mientras luchaba en su interior por no sufrir un arrebato de cólera del que arrepentirse—. Le hice saber que vos no solo habéis heredado el solar de los Lara por vuestro abolengo, y con él, la lealtad de muchos hidalgos de Castilla y León que os querrán ayudar contra el rey don Alfonso o contra cualquiera, sino que, además, por vuestra mujer doña María, habéis heredado Vizcaya, que es uno de los mayores solares de España.

—El rey de Granada debe tenerse por muy bien pagado de vos —intervino doña Juana.

—Confío en que vos también, señores —dijo don Manuel, leyendo la mente de don Juan y doña María a través de sus ojos como en un libro abierto.

—Sí, don Juan —murmuró titubeante don Juan Núñez.

—Me retiro ahora —dijo don Juan Manuel—. Debo regresar a tierra de la Orden de Santiago para continuar con la edificación de una fortaleza que he mandado alzar cerca de Vélez. Además, si todo transcurre como deseamos, deberé abastecer mis lugares y labrar todos mis castillos, para que, llegado el momento, se pueda hacer guerra desde ellos.

El hijo del infante don Manuel dejó el salón, quedando sus anfitriones sin habla por la inminente guerra que prometía desencadenarse.

Esa noche, don Juan Núñez y doña María Díaz caminaban por un pasillo como si fueran almas en pena, rodeados de penumbra y pesimismo.

—Qué indignidad —gruñó entre dientes el del linaje de los Lara—. Mi propio tío. Sangre de mi sangre. Él, que fue el mayor contrario del abuelo y el padre de ese rey, rendirse de ese modo ante un mancebo de pocos más años que yo...

—Vuestro tío es un anciano que no tendrá fuerzas para porfiar en la lucha y ha buscado procurarse una buena vejez —dijo doña María, procurando calmar a su esposo.

—Pues bien, si el rey don Alfonso me arrebató a los míos, yo me ocuparé de hacer lo propio con sus ricoshombres y privados...

—No sé qué tramáis, pero más temo el modo de obrar de don Juan Manuel. Esa forma hartera de conducirse... prometer lealtad a uno y después a otro con tanta ligereza... por no mentar su alianza con el mayor enemigo de la cristiandad.

—No os ofendáis, señora, pero ¿no fue vuestro abuelo, el muy católico infante don Juan, quien se hizo vasallo del rey de Marruecos para servir a su hermano, el rey don Sancho? Es por todos sabido que sitió y combatió Tarifa con gran poder de moros bajo su mando.

—Así es, señor —habló avergonzada doña María—. Y ya conocéis los logros y galardones que le recudió aquella infamia... No puedo creer que don Juan Manuel vaya a iniciar una guerra aliándose con los moros.

—¿No era eso lo que queríamos?

—No, don Juan. ¿Por qué entonces tratar por cartas este pleito?

—Y ved vos qué respuesta hemos obtenido...

—Esposo. Señor —dijo doña María, deteniéndose y mirando a los ojos a su marido—... aún no es tarde. Confiemos en la Providencia y escribamos una última carta al rey don Alfonso.

—Mucho le hemos rogado ya. Y mucho nos hemos rebajado nosotros, no contentándonos con uno, ni dos, ni tres desaires...

—Don Juan, os lo ruego... escribamos al rey don Alfonso una última vez, y si tampoco entonces tenemos respuesta, entenderé que es la voluntad de Dios librar estos hechos por la fuerza de las armas.

—Como gustéis, señora... —respondió don Juan, quedando ambos en silencio en la oscuridad del pasillo.

El destinatario de esas cartas y esperanzas se hallaba por aquel entonces en la villa toledana de Santa Olalla, lugar que era de don Juan Manuel.

Don Alfonso había sabido que en esa comarca moraban algunos malhechores que asaltaban a los que iban por los caminos, robando y tomando todo cuanto podían, matando a los hombres y forzando a las mujeres, por lo que, hallándose en Talavera, había tomado el camino a Toledo con gran voluntad de castigarlos. Y fue al llegar a Burujón, cuando un hombre irrumpió en el lugar en mitad de su siesta, para decirle que era en Santa Olalla donde podría dar con todos esos malhechores juntos.

Al saber los criminales que el monarca entraba en la villa, se ocultaron en sus casas y en la iglesia, pudiendo ser capturados todos sin dificultad, salvo el principal de todos ellos, de nombre Egas Páez, el cual, dijeron al rey, yacía en el pozo de una cueva cercana.

Don Alfonso, que no deseaba dejar sin escarmiento a todo aquel que pudiera, mandó a algunos hombres que lo sacaran de allí. Los del rey, oídas las órdenes y una vez en la cueva, se mostraron recelosos de descender al pozo, temiendo que el proscrito estuviera armado y pudiera atacarlos amparado en la oscuridad, por lo que comenzaron a arrojar piedras y lanzas para intentar herirlo o matarlo. Esa simple labor, que se alargaba más de lo imaginado, resultaba entretenida para la mayoría de los hombres del rey, a pesar de ser grotesca, pues los que lanzaban al pozo las piedras y armas eran jaleados en burla por el resto, que se mofaban de su torpeza, respondiendo los encargados de apresar al tal Egas Páez con maldiciones, turnándose cada poco tiempo unos y otros.

El monarca castellano aguardaba el cumplimiento de su orden flanqueado por cinco de los privados de su Consejo en los que más confiaba: el mozo Martín Fernández Portocarrero; Alfonso Fernández Coronel; Fernán Sánchez de Valladolid, su canciller y notario mayor de Castilla; Juan Martínez de Leiva, su merino mayor; y su camarero mayor, Fernán Rodríguez. A estos dos últimos encomendaba todos y cada uno de los hechos que se habían de librar en el Reino.

Don Alfonso, a pesar del alborozo que reinaba entre los de su compañía, contemplaba casi adormecido la ridícula cacería.

—Mi señor —dijo al rey uno de los encargados de apresar al criminal—. Lo hemos matado. No hay duda.

—No lo creo —respondió don Alfonso con sopor, aunque también profundamente irritado—. Os mando que entréis en el pozo y lo saquéis muerto o vivo.

El súbdito no supo qué contestar. No quería bajar a esa angosta y lóbrega oquedad, pero tampoco osaba desobedecer a su señor, por lo que regresó junto al resto, con gran ánimo de cumplir lo ordenado.

Al poco de continuar con el lanzamiento de piedras y dardos, alguien creyó oír una voz desde las profundidades.

—¡Basta! —gritó uno al resto de sus compañeros—. Escuchad...

Varios hombres se arremolinaron en torno al pozo, no pudiendo creer que el malhechor siguiera con vida después de soportar semejante castigo. O era el más afortunado villano sobre la tierra, o era su espíritu el que hablaba.

—¡Dejadme salir a la merced del rey! —gritó Egas Páez.

Los de don Alfonso se sintieron muy aliviados por esas palabras, cumpliendo raudos su petición.

Mientras el monarca y los suyos aguardaban, llegó a ellos un mensajero a caballo. Fernán Sánchez de Valladolid salió a su encuentro con varios caballeros, regresando al poco al lado de su señor con unas cartas selladas.

—¿Quién las manda? —preguntó don Alfonso con desgana, sin mirar las cartas, al tiempo que al fin postraban ante él, encadenado, a Egas Páez.

—Es el sello de los Lara, mi señor —respondió el oficial.

Don Alfonso ignoró a su privado, yendo hacia el reo, escrutándolo de pies a cabeza.

—¿Este despojo os ha causado tantos quebrantos? —preguntó a sus hombres—. Debería ajusticiaros junto a él.

Dicho esto, el monarca les dio la espalda, montando en su palafrén.

—Mi señor —le habló Fernán Sánchez—. ¿Despido al mandadero como al resto?

Don Alfonso meditó la respuesta, sonriendo por un momento, antes de hablar.

—No. Enviaré mi respuesta a don Juan Núñez... y a don Juan Manuel.

—Mi señor —le importunó, esta vez su camarero, Fernán Rodríguez—. ¿Qué hacemos con los malhechores?

El rey se volvió, mirando a todos los apresados que habían sido responsables de los daños y males en esa comarca. En total, contaba con veintiséis hombres en su cadena, incluyendo la última y más fatigosa captura.

—Degolladlos —mandó don Alfonso, espoleando a su caballo de regreso a Santa Olalla.

En el castillo de Lerma, doña María se esforzaba por leer las páginas escritas por don Juan Manuel, intentando conocer mejor a ese hombre y sus pensamientos. Pero sus ojos se quedaban retenidos cada vez con más frecuencia al poco de comenzar la lectura, víctima de una mente que deseaba ir más allá de esas letras. La impaciencia y el ímpetu de su mocedad le acuciaban a hacer algo más que estar sentada frente a unas hojas y palabras escritas por alguien a quien odiaba. No fue su voluntad, ni su esposo don Juan, ni tampoco sus doncellas los que pusieron fin a esa agonía, sino el rumor lejano de una bestia al galope. Doña María se asomó por la ventana, viendo entrar en la villa de Lerma, mucho más velozmente que de costumbre, al último mensajero enviado. «Eso solo podía significar una cosa», pensó. Con gran prisa y emoción salió de la alcoba, bajando al salón. Al llegar, encontró a su esposo con varios caballeros y al mandadero, entregándole un recipiente metálico usado para guardar cartas enrolladas. Don Juan quitó la tapa, sacó el papel y comenzó a leerlo. Al poco, agachó la cabeza y renegó en voz baja, apretando la carta entre sus manos. Sin decir palabra ni percatarse de que su esposa estaba a su lado, se encaminó colérico a su estancia. Doña María fue tras él a varios pasos de distancia, y cuando entró en la habitación, le habló de la forma más cordial y dulce que pudo.

—Esposo. Señor. Esa carta... ¿trae nuevas del rey?

—Sí... —respondió él, dolido y humillado.

—¿Y qué dice?

—Dice que la reina doña María está preñada... y que él ha recibido en Santiago la honra de la caballería y desea recibir ahora la de la coronación. Me hace llamar a Burgos, a mí y a don Juan Manuel, para que asistamos a la ceremonia y festejos, diciendo que allí estarán todos los ricoshombres, infanzones e hijosdalgo de las ciudades y villas de los reinos de Castilla y León, de Toledo y de la Andalucía, y muchos otros...

Doña María se aproximó a su marido, tomándolo por un brazo.

—¿Y no responde a nuestra demanda? —preguntó ella.

—No... y si doña María de Portugal le da un hijo, el rey portugués nunca se alzarará contra él. Al contrario, será en su ayuda y contra nosotros.

—Don Juan, puede que don Alfonso os invite a ambos a Burgos con deseo velado de tratar allí este pleito con vos, en persona y sin mandaderos ni nadie que hable en vuestro nombre.

—No seáis ingenua, señora. Antes me temo que intentaría darnos muerte.

—¿Y qué respuesta enviaremos? Ved que no es de persona cabal dejar que sea un corazón inflamado el que hable por su boca.

—La misma que él nos ha dado hasta ahora: Ninguna.... Como bien decís, dejemos que se temple la sangre.

—Algo debe haber que podamos hacer.

—Ya lo he hecho.

—¿El qué, señor?

—Tener tratos con uno de los privados en quien don Alfonso más confía, y procurar que le desirva.

—Don Juan, si hacéis esto que decís, es porque ya tenéis voluntad de hacer guerra al rey.

—Os recuerdo, señora, que fuisteis vos la que dijisteis que, si esta vez tampoco había cumplida respuesta a nuestra demanda, entenderíais que era voluntad de Dios que se empuñaran las armas.

—Pero, señor... yo no quise decir eso...

—Pues lo dijisteis. No se puede mudar de parecer así, doña María. En verdad, no sé por qué sigo tratando con vos de estos asuntos. Ni los pleitos de la Corte ni la guerra son cosa de mujeres, por muy alta estirpe de la que se proceda —dijo don Juan, retirándose

Don Juan se sentía decepcionado con su esposa, pero puede que, aún más, consigo mismo.

La del linaje de los Haro quedó sola en la estancia, humillada y herida en su interior, sin saber cómo obrar ni qué podría haber dicho. Miró al horizonte a través de una ventana, pero no buscando ni esperando ya nada. Había pensado en ocasiones en poner fin a su sufrimiento, y ese lugar y ocasión podían ser los apropiados, pero ella, más que nadie, tenía experiencia en anteponer el seso a los caprichos o mandatos del corazón. Con paso calmado y debiendo aquietar malos pensamientos, regresó a su alcoba. Se arrodilló, rezó unas oraciones y, una vez cumplido ese rito que cada vez le parecía más estéril, se recostó en una cama que dentro de poco debería convertirse en lecho conyugal, temiendo que el día en el que se consumara su matrimonio, fuera, dados los acontecimientos presentes y futuros, uno de las más amargos de su vida.

## Burgos

En las calles de esa ciudad se vivía gran alborozo y celebraban festejos con motivo de la coronación del rey.

Don Alfonso quiso aprovechar esa ocasión para hacer honra a muchos de sus infanzones e hijosdalgo, otorgándoles la condición de caballeros.

Y como de continuo llegaban a Burgos muchas gentes de fuera del Reino que iban en romería a Santiago por el camino francés, el monarca dispuso a algunos de sus hombres para que preguntaran quiénes eran caballeros o escuderos, diciéndoles que fueran a justar, dándoles caballos y armas si no las tenían. Tanto comunes como ricos hombres llegados de Francia, Inglaterra, Alemania y Gascuña, se batían en buena lid cada día con astas gruesas, mientras los prelados bendecían la fiesta. Pero el monarca sabía que, ni en tan dichoso momento, podía relajarse, pues los alcaides de los castillos de Tarifa y Gibraltar le habían enviado mensajeros, alertándole de que gran multitud de navíos del rey Albohacén de Marruecos habían desembarcado una poderosa hueste en Algeciras. Según decían, eran más de siete mil caballeros al frente del infante Abomelique, recibiendo además mucho pan, armas, caballos y todo cuanto les era menester para hacer guerra. Don Alfonso sabía que eso solo podía ocurrir si el rey Albohacén contaba con la complicidad del rey Mohammed de Granada; y sabía que el gobernante nazarí solo podía haber roto la tregua que tenía puesta con él, si contaba a su vez con la promesa de ayuda en Castilla. Pero no era únicamente en las maniobras de los musulmanes y sus aliados cristianos donde debía tener puestos los ojos el monarca, sino también en los de su misma Casa y Consejo, entre cuyos miembros siempre se había urdido la traición azuzada por la avaricia.

Mas si el rey desconfiaba de las lealtades de los suyos, muchos de sus vasallos temían por su propia vida, merced a rumores y hablaturías que se hacían llegar a oídos del soberano. Fue por esos temores fundados que algunos ricos hombres abandonaron Burgos en mitad de la noche como fugitivos, partiendo hacia Lerma.

En la villa de doña Juana Núñez no se albergaban mejores sentimientos, pues doña María y don Juan parecían haberse distanciado. El heredero de los Lara, al igual que su esposa, y como todo mozo de su edad, había oído narrar multitud de poemas y cantares épicos por boca de juglares, y escuchado las andanzas y gestas de notables caballeros y reyes, pero nunca había combatido, más allá de justas amistosas. Temía herir y matar por primera vez tanto como lo deseaba, ya que no había otro modo de recuperar o acrecentar su hacienda. Ya fuera con ese rey o contra él; ya, dando muerte a musulmanes o a cristianos, lo cierto es que ansiaba enfrentarse a otros hombres, más incluso que yacer por primera vez con su esposa. No necesitaba provocación o recibir afrenta para ello, solo un pretexto. Y lo que recibió ese día, fue algo más que eso.

—¡Don Juan! —gritó, entrando en su aposento uno de sus escuderos de mayor confianza, de nombre Gutier Díaz de Sandoval—. ¡Mi señor!

—¿Qué ocurre, Gutier? —respondió el del linaje de los Lara, ocupado en la lectura de unas cartas.

—Unos extraños que dicen ser ricos hombres aguardan a las puertas del alcázar.

Don Juan Núñez bajó al patio, rodeado de todos sus escuderos. Se asomó al postigo y vio a media docena de personas que ocultaban su rostro bajo amplias capuchas.

—¿Quién va? Dejad que os vea la cara —mandó don Juan.

Los recién llegados se despojaron de las capas y descubrieron las cabezas. Don Juan quedó muy maravillado al reconocerlos a todos. A esa villa y su merced habían llegado, Juan Hurtado de Mendoza y su hermano, Diego Hurtado, Sancho Ruiz de Rojas, Ruy Pérez de Soto y Juan Martínez de Leiva, acompañado de su mujer.

Era un presente mayor que cualquier otro que hubiera podido imaginar, regresando esa noche la alegría al alcázar de Lerma.

El salón de la torre se llenó de velas y paños blancos, y la mesa, de abundantes viandas, sabrosos guisos y no poco vino.

Don Juan Núñez había arrebatado al rey don Alfonso a muy buenos y poderosos ricos hombres, y le plugo mucho escuchar sus razones y los consejos que tuvieran a bien darle.

—Estando en Burgos, en las fiestas por la coronación de don Alfonso —habló Juan Martínez de Leiva, que no comía, siendo comprensible su falta el apetito—, algunos hombres le dijeron que me traía hablas con vos, para dejarle y venir a vuestro servicio, porque vos me dabais vuestro Mayordomazgo.

—Os descubrieron pues... Tenía por más hábiles a los privados del rey —dijo don Juan Núñez, con una arrogancia que no había mostrado hasta entonces.

—La Corte tiene ojos y oídos en las paredes, mi señor. Puedo jurarlo. Yo mismo me he servido de ellos para mis esculcas en muchas ocasiones.

—Continuad —mandó el del linaje de los Lara, esta vez con displicencia, dando un bocado a un racimo de uvas.

—Sabidas esas cosas, el rey me mandó llamar a su palacio. Con él estaban muchos de sus ricos hombres y caballeros y otras gentes llegadas para la coronación. Me dijo que sabía que me quería partir de él y venir a vos, y que, siendo de su Consejo y teniendo de él tan gran fianza como tenía, le hacía con ello muy gran maldad. Lope Ruiz de Villegas dijo allí, ante todos, que era cierto que yo os había prometido ser vuestro vasallo, acordando venir a Lerma, y que con eso hacía gran yerro al rey, habiendo recibido de él tanta merced y habiendo estado tan luengo tiempo en su privanza. Mentadas todas esas razones, vi en los ojos de don Alfonso un gran deseo de prenderme, pero no lo hizo; lo uno, porque otros caballeros respondieron por mí, asegurando mi lealtad, y, además, porque si me hubiera matado, habría sido sin derecho.

A esa mesa no estaban sentadas doña María ni tampoco doña Juana, pero sí asomaban muy próximos lo que podrían considerarse los ojos y oídos de la primera. Oneka había sido enviada al salón por su señora, para saber lo que don Juan y esos hombres tramaban. En una cámara aneja, oculta tras una alacena y rodeada de oscuridad, la sirvienta no perdía detalle de todo lo que se hablaba.

—De modo que, aun siendo descubierto por el rey, salvasteis la vida. Brindo por vos, Martínez; la fortuna os acompaña —dijo don Juan, esta vez con condescendencia, alzando su copa.

—Mi señor —intervino Sancho Ruiz de Rojas, hombre que podía ser el padre de don Juan Núñez, y como tal, le habló—. Sabemos que el rey os tiene desheredado por no daros lo que fue de don Juan “el Tuerto”, hijo del infante don Juan, que ahora pertenece a vuestra mujer, doña María Díaz. Aún no habéis hecho daño en la tierra a don Alfonso, pero os apercebimos de que lo hagáis. Hacedle guerra, males y daños tantos como podáis. Luchad por vuestras heredades. Si no sabíais como comenzar, tomad ahora gran esfuerzo con nosotros, como vuestros vasallos.

—Sí —dijo don Juan, con satisfacción, pues no deseaba demorar más la lucha ni podía mostrarse débil—. Enviaré escuderos y mandaderos a los de mis villas y castillos, y yo mismo me partiré con vosotros. Demostraré a don Alfonso ser más temible que los moros del rey de Marruecos. Mucho haré que se maravillen en la Corte, si hay quien me tiene por un mancebo que solo sabe defender sus demandas por cartas.

Esas palabras bien merecieron un brindis, pudiendo todos los señores comer y beber con fruición y deleite. Oneka ya había oído todo lo que necesitaba, regresando junto a su señora una vez que la conversación se tornó trivial.

La mañana siguiente, el castillo de los Lara amaneció con gran ajetreo. Don Juan Núñez se presentó a hora temprana en los aposentos de doña María, despidiéndose de ella cortés pero fugazmente, sin apenas cruzar palabra y mirándola con frialdad.

De nuevo a solas, la dama se asomó a la ventana. Pudo ver que varios escuderos entraban en las cuadras, sacando al patio, mulos, acémilas y dos magníficos corceles. Colocaron después en una de las bestias de carga las armas y pertrechos de su señor: un gambesón acolchado de lana cubierto de lino grueso, una loriga, una capelina, un yelmo, quijets, canilleras, dos lanzas, una espada, una daga y un escudo.

A diferencia de otras ocasiones, la del linaje de los Haro se sintió por primera vez huérfana de sentimientos, al antojo de un destino que escapaba por completo a su control. Ni siquiera al miedo podía dar ya cabida; solo a una gran incertidumbre ante la que se sintió más desamparada que frente a cualquiera amenaza que hubiera sentido en su vida.



## Año del Señor de 1332

Amanecía en Castilla un día de la última semana del mes de febrero.

Los campos estaban cubiertos por la escarcha, y el aliento del sol, otrora poderoso y capaz de matar de sed a hombres y bestias, no se sentía más que como una leve caricia sobre la piel. Doña María Díaz no recordaba haber vivido en Vizcaya ni en sus años en Bayona, invierno semejante ni padecido tal hálito helador como el que azotaba esas metetas. Ni el fuego del hogar, por muchos troncos con los que se le alimentara, ni los mantos y pieles con los que pudiera cubrirse, por muy gruesos que fueran, lograban desterrar el frío de su pequeño cuerpo.

Oneka entró en la estancia con un balde lleno de agua caliente, encontrando a su señora aún en la cama, aunque se diría que llevaba tiempo despierta.

—Salud y gracia, doña María.

—Dentro de poco cumpliré doce años —respondió lacónicamente la dama.

—Sí, mi señora. Y cuando don Juan regrese, podréis consumir vuestro matrimonio.

—No era así como lo imaginé.

—¿Y qué imaginasteis, mi señora?

—No importa. Al fin y al cabo, esto es lo que siempre desee, ¿no es cierto?

—Sí, doña María.

—Fui una necia pensando que mi vida podría ser diferente a la de mis antepasados, cobrando todos los placeres y sin ningún pesar. En ocasiones, celebro que mi madre entregara a Dios su alma tan tempranamente. Así no tuvo que padecer tanto como mi abuela, ni quedar viuda y al cargo de una manceba inútil.

—Doña María, os lo ruego. No soporto veros tan afligida.

—¿Y cómo quieres que me sienta?! ¡Mira allí fuera! ¡Mira por esa ventana!

—¿Qué queréis que vea?

—¡Nada! —gritó aún con más fuerza la del linaje de los Haro, llorando varias lágrimas que saltaron de sus ojos—. ¡No hay nada en esos campos!... Solo rumores... Rumores horribles sobre los actos de mi esposo que de continuo llegan hasta aquí...

—No prestéis oídos a los comunes ni a sus bocas maldicientes, mi señora. Son gentes vulgares, supersticiosas y siempre dispuestos a creer las peores habladurías y propagarlas redobladas.

—¿Cómo quieres que no los crea si mis propios antepasados perpetraron hechos como los que ahora oigo? Puede que ni vea regresar ya a mi esposo. Puede que haya sido hecho preso y esté puesto en hierros en

una celda... O tal vez yazca muerto allí fuera, en la nieve, y su cuerpo haya servido de alimento a los carroñeros.

—No habléis así, mi señora —dijo Oneka, secándole las lágrimas con las manos, procurando calmarla—. Don Juan Núñez regresará a vos. Si hubiera acaecido alguna desgracia, ya habríamos sabido de ella.

—¿Quién regresará a mí?

—Vuestro esposo, doña María: don Juan Núñez de Lara —respondió Oneka, temiendo que su señora comenzara a perder la razón o la memoria.

—Lo sé, pero ¿quién será el que regrese? ¿Quién, si ya al que me dejó parecía no importarle cristiandad ni otro bien alguno? ¿Qué habrá hecho en este tiempo? —preguntó impotente, entre sollozos—. ¿Habrá dado muerte a otros hombres?... ¿Habrá forzado a alguna mujer?

—No, mi señora, por Dios santo. Ni penséis eso.

—¿Por qué no? ¿Qué es ahora mi esposo sino un banderizo que solo busca perpetrar cuantos más daños y males pueda?

—Doña María... No os hablaré de la nobleza ni la cortesía; virtudes que parecen proscritas y desterradas a esos libros que ya apenas leéis... Pero tampoco dejaré que os ofusquéis, desterrándoos y confinándoos vos misma en los rincones más lúgubres de vuestra mente.

—¿Y qué harás para evitarlo? —preguntó la dama, de forma retórica.

Oneka tomó la cara de doña María entre sus manos, hablándole sin ningún temor ni recato, como nunca antes había hecho.

—¿Qué haréis vos para impedirlo? ¿Mandaréis que me azoten?

Doña María quedó desconcertada por el atrevimiento de su sirvienta, no pudiendo evitar reír al poco, de forma entrecortada, derramando más lágrimas contenidas.

—Lo merecerías...

—Dejad que os vista ahora —dijo Oneka con una sonrisa, yendo al baúl y buscando un vestido apropiado, seguidos sus pasos por la mirada ausente de doña María.

El semblante y ánimo de don Juan Núñez no podía ser más opuesto al de su afligida esposa. No solamente no había muerto ni estaba preso, sino que, junto a don Juan Manuel, saboreaba los dulces frutos que su creciente poder, y los daños causados por sus escuderos y leales en las comarcas del rey don Alfonso, le procuraban.

En la villa de Becerril de Campos, que es a unas cuatro leguas de Palencia, ambos señores aguardaban pacientes en mitad del puente de San Juan para tener hablas con un viejo conocido: el halconero real Sancho Martínez. Era este un hombre de buen entendimiento y gran amigo de don Juan Manuel, por ser el hijo del infante don Manuel, muy amante de la caza con aves.

El oficial llegó al lugar montado en un mulo joven, sin ninguna compañía ni más armas que el cuchillo que cualquiera portaba junto a su bolsa. Desde la distancia, había visto con claridad a los dichos don Juan Núñez y don Juan Manuel, pero al entrar en el puente, reconoció tras ellos a los ricoshombres que se habían partido del servicio del rey, con los que tantas veces había compartido cacerías y comidas, ahora, dispuestos a darle muerte sin vacilar.

—Don Juan Núñez. Don Juan Manuel —dijo Sancho Martínez, bajando del mulo.

—Sancho —correspondió el saludo don Juan Manuel.

—Señor, el muy noble rey don Alfonso... —habló aquí el halconero.

—¿Dónde está? —le interrumpió don Juan Manuel.

—En Valladolid, don Juan.

—¿Es cierto que la reina le ha dado un hijo varón, y, casi al tiempo, doña Leonor ha encaescido otro? —preguntó don Juan Núñez.

—Así es, don Juan. El primogénito real se llama don Fernando, y el hijo de doña Leonor, don Sancho.

—¿Ha heredado a ese pequeño bastardo? —preguntó con desprecio don Juan Manuel.

—Sí, señor. Su majestad ha dado a don Sancho el señorío de Ledesma, Béjar, Granadilla, Montemayor y otros lugares, además de buena cuantía de dineros y tierras. Le ha otorgado también vasallos y a Garcilaso de la Vega, hijo del finado Garcilaso, por mayordomo.

—Son muchas y buenas mercedes para un bastardo. ¿Cuánto más no mereceremos nosotros? —se preguntó don Juan Manuel, mirando a su compañero de correrías, que le devolvió una sonrisa cómplice.

—Señor —continuó Sancho Martínez—, el muy noble rey don Alfonso me ha enviado para que hable con vos, y catar manera de aseosgaros a su servicio.

Ni don Juan Manuel ni don Juan Núñez respondieron de inmediato, pues se sentían en una posición cómoda y ventajosa, sin necesidad de ceder lo más mínimo.

—Habla pues —masculló con desgana don Juan Manuel.

—Es voluntad de mi señor, el rey don Alfonso, que vayáis con él al cerco de Gibraltar, y me ha mandado decir, que de todas las cosas que él está en culpa con vos, don Juan Núñez, y con vos, don Juan Manuel, os las enmendará en la manera en que digáis que se debe hacer. —Tampoco tras este generoso ofrecimiento hubo palabras ni reacción alguna por parte de los señores—. Además, don Juan Manuel, por la querella que tenéis por el casamiento que él puso con vuestra hija, doña Constanza, don Alfonso hará merced a la dicha doña Constanza, ayudando a que tenga casamiento honrado, y de esto os dará rehenes y seguridad por la manera que queráis.

Don Juan Manuel miró de nuevo a su joven aliado, sonriendo ambos sin disimulo. Esa mandadería les satisfizo mucho, pero deseaban mostrar que eran ellos, y no el rey don Alfonso, quienes tenían las riendas del pleito.

—Nos place asosegarnos en servicio del rey —dijo don Juan Manuel.

—Don Alfonso se sentirá muy complacido, señor —respondió el halconero.

—Como nosotros posamos aquí, en Becerril, y don Alfonso en Valladolid —continuó don Juan Manuel, cuando ya Sancho Martínez se disponía a montar de nuevo en el mulo—, dile que vaya a Villaumbrales. Allí nos veremos con él y concertaremos los hechos en la manera en la que han de pasar.

—Pero... don Juan Manuel. No podéis ser vos quien emplace al rey a dónde...

—Lo cierto, Sancho —le interrumpió don Juan Manuel—, es que, si don Alfonso no acude pronto a socorrer Gibraltar, perderá tanto el castillo como la villa. Si eso ocurre, los otros lugares de la frontera tomaran muy gran miedo, rindiéndose sin defenderse, recibiendo toda esa tierra gran daño de los moros.

—Habéis dicho verdad, señor —reconoció el del rey.

—¿Y no es menos cierto, Sancho —continuó don Juan Núñez—, que don Alfonso no desea ir él solo contra los moros a la Andalucía, porque si deja Castilla sin recaudo teme que don Juan Manuel y yo le podríamos hacer muchos daños y males en el Reino?

—Cierto es, don Juan...

—Si el rey desea que retornemos a ser sus vasallos y acudamos con él a descercar Gibraltar, que vaya a Villaumbrales sin remilgos —dijo desafiante don Juan Manuel, retirándose al interior de la villa, seguido por don Juan Núñez y el resto.

—Don Juan Manuel. Don Juan Núñez —respondió el halconero a las espaldas de los señores, partiéndose del puente con aquel arduo mandato.

Una vez obtenida esa respuesta, don Alfonso dejó Valladolid, llevando consigo a don Rodrigo Álvarez de Asturias; don Juan del Campo, obispo de León; Martín Fernández Portocarrero; y Alfonso Fernández Coronel, que eran todos de su Consejo, llegando al poco a Villaumbrales.

En cuanto supieron que el rey abandonaba Valladolid, don Juan Núñez y don Juan Manuel salieron a su encuentro, encontrando a don Alfonso en el camino, cerca de Grijota, rogándole que fuera su huésped y comiera con ellos en una posada próxima que era de don Juan Manuel, petición que el monarca aceptó sin reticencias.

Ya en la fonda, tomaron asiento en una buena mesa unos frente a otros, sirviéndoseles la misma comida y bebida.

—Don Alfonso. Señor —habló aquí don Juan Manuel, con humildad—. Mi enhorabuena por la gracia que Dios ha mostrado al concederos a vos y a la reina doña María un hijo varón.

—Y por la bendición de que doña Leonor os haya dado a don Sancho. Seguro que, como vuestro abuelo del mismo nombre y grato recuerdo, será azote de moros. —Se sumó a los parabienes don Juan Núñez.

—Alabado sea —respondió don Alfonso, con desidia, por la notable falsedad de esas congratulaciones.

—Reconozco que estamos en grandes culpas por los muchos enojos que os hemos hecho —habló don Juan Manuel, también por boca de su aliado—, y os pedimos por merced que nos los queráis perdonar, y de aquí en adelante, os serviremos.

—Os perdono todos los enojos que me habéis hecho hasta aquí, y tened por cierto que es mi voluntad quereros para mi servicio —respondió el soberano—. Y por ello os haré gran merced, en guisa que entendáis que ningún rey del mundo os la haría más cumplidamente.

—Nos place lo que decís, señor —dijo don Juan Núñez.

—¿Vendréis pues conmigo a socorrer Gibraltar? —preguntó el soberano.

—Don Alfonso —continuó don Juan Manuel—, si queréis que os sirva en tal menester, mi postura es esta: La cuantía que tengo de vos, es de cuatrocientas veces mil maravedís; pues bien, quiero que la aumentéis en doscientas veces mil maravedís, de modo que ascienda a seiscientas veces mil maravedís. Y como quiera que tengo ciento ochenta veces mil maravedís en tierras vuestras, deseo recrecerlas con ciento veinte veces mil maravedís más, en guisa que tenga trescientas veces mil maravedís. —Don Alfonso se dispuso a responder, pero las demandas de don Juan Manuel no habían terminado—. Y, además, os pido que hagáis de mi tierra, «ducado»; y que sea exenta de todo tributo real; y que pueda labrar moneda en ella, cual yo quiera. Y os pido que me hagáis duque, heredando mi hijo, don Fernando, ese título después de mis días, y los que de él vengán, eso mismo.

Don Alfonso no contestó, mordiéndose la lengua, a la espera de las demandas de don Juan Núñez, al que miró, invitándole a hablar.

—Señor —dijo el del linaje de los Lara—, mi postura es esta: Dejad desembargadamente el señorío de Vizcaya, y mandad que me entreguen todas las villas y lugares que fueran del infante don Juan y de doña María Díaz, su mujer; y después, de don Juan “el Tuerto” y de doña Isabel, su mujer; pues todo aquello lo debo heredar yo por mi casamiento con doña María Díaz, hija de don Juan y nieta del infante don Juan.

—Si no cumplís con todo lo que os hemos dicho —continuó don Juan Manuel—, no os serviremos ni nos avendremos con vos.

Tras esas palabras se dijeron muchas otras, y puesto que ya era tarde, los señores acordaron verse de nuevo otro día para comer en

Villaumbrales, siendo entonces cuando firmarían los hechos tratados, de modo que don Juan Núñez y don Juan Manuel, fincasen asosegados en la merced del rey y a su servicio.

Esa noche todo invitaba a un sueño placentero y reparador, pero en aquella tierra nunca nadie podía creerse libre de peligros. Así lo tenía bien presente don Juan Núñez, cuando, al oír abrirse la puerta de su aposento, tomó un puñal sin funda que tenía en su cama oculta bajo la sábana.

—¿Quién anda ahí? —preguntó sobresaltado el del linaje de los Lara, empuñando el arma.

—Mi señor, soy Juan Martínez, vuestro mayordomo —dijo el oficial, entrando en la estancia con el rostro bien iluminado por la llama de un cirio.

—¿Qué ocurre Juan?

—He venido a advertiros. Si vos y don Juan Manuel acudís mañana a Villaumbrales a comer con el rey, tened por cierto que tiene acordado mandaros matar. Os lo ruego, no entréis en ese lugar murado con el rey, ni comáis el yantar que os ofrezca. Si lo hacéis, seréis muertos, ya envenenados o a golpe de maza y cuchillo por sus ballesteros.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó alarmado don Juan Núñez.

—Don Juan, antes de venir a vuestro servicio yo fui merino mayor de Castilla, y ostenté los oficios de camarero mayor y guarda mayor de don Alfonso, y aún tengo muchos ojos y oídos en la Corte y en la casa del rey.

—Ve a decir esto mismo a don Juan Manuel.

—No puedo, mi señor. Don Juan Manuel no quiere hablarme.

—¿Por qué?

—Porque cuando servía a don Alfonso yo mismo le aconsejé en varias ocasiones que diera muerte a don Juan Manuel... y él lo sabe.

Don Juan Núñez quedó boquiabierto por esa confesión, aunque, en realidad, lo único que debería causar asombro ante aquellas palabras, sería que alguien se asombrara.

Sin demora, el del linaje de los Lara salió de su cuarto para alertar a su aliado, acordando ambos no entrar en Villaumbrales, ni comer con el rey, ni ir a su presencia en el día y lugar acordados.

Por la mañana, don Juan Manuel envió decir a don Alfonso que no podía comer con él, porque no se encontraba sano, pero que él y don Juan Núñez le verían en un lugar fuera de Villaumbrales. Don Alfonso esperó a los señores en campo abierto, maravillándose al verlos llegar, pues tanto ellos como sus peones y caballeros iban bien armados con lanzas, capelinas, lorigones y dardos.

Don Juan Manuel llegó ante el monarca castellano con los suyos. No así don Juan Núñez y sus vasallos, que se apartaron, no queriendo estar cerca de don Alfonso.

—¿Por qué venís así de esta guisa? —preguntó el soberano a don Juan Manuel—. ¿Por qué habéis mandado decirme que no podéis comer conmigo?

—Don Alfonso... yo no me siento bien sano —contestó don Juan Manuel—. Por eso me excuso de comer hoy.

—¿Y don Juan Núñez?

—Don Juan Núñez es un mozo que tiene malos consejeros. Le han puesto en muchas sospechas contra vos, y es por esa razón que viene así.

—Si no queréis comer, entrad en Villaumbrales y os asosegaré sobre algunas cosas de las que acordamos ayer.

—Señor, han puesto tales sospechas en don Juan Núñez, que él no entrará con vos en lugar cercado. Mas ahora regresaremos a Becerril, donde hablaré con él, y otro día iremos ambos a vernos con vos.

Con tal razón dejaron el habla, yendo el rey a Villaumbrales, y don Juan Manuel y don Juan Núñez a Becerril. Pero esa misma tarde, los dos señores enviaron mensajeros a don Alfonso, por los que le decían que no se verían más con él, y que se partían de la comarca. Y don Juan Manuel perdonó ese día a Juan Martínez de Leiva, yéndose a Peñafiel, mientras que don Juan Núñez retornó a Lerma.

Doña María Díaz permanecía ajena a esa realidad, pero no podía estarlo de lo que su mente urdía cuando bajaba la guardia, siendo acosada día y noche por toda suerte de malos pensamientos. Aunque intentaba ocupar su tiempo en las tareas propias de una dama, el ánimo le rogaba permanecer siempre en su alcoba, e incluso en el propio lecho. Sus sirvientas le apremiaban a menudo para que fuera con ellas a Lerma, pero solo lograban que doña María abandonara el castillo para ir a la iglesia de San Pedro o a la plaza.

Caminando por el mercado, los ojos de la del linaje de los Haro recorrían las viandas de los puestos como las palabras de los libros: casi sin verlas. Ya podría tener ante ella a un perro rabioso en vez de a un cabrito muerto, que habría permanecido igual de impasible.

Acudir a las misas tampoco reconfortaba el espíritu de la dama. La iglesia de San Pedro había sido erigida en lo más alto de la colina en la que se asentaba la propia villa, y doña María subía la cuesta y escaleras que daban a ella como una penitente. Terminados los oficios, era siempre la última fiel en salir del templo, y siempre también, aguardaba en soledad en su plaza, contemplando los campos helados tanto tiempo como aquel frío inmisericorde se lo permitía. Desde allí, doña María juraría que se podía atisbar lo que hubiera en cien leguas a la redonda. Ya en el camino hacia Lerma, le resultó extraño no ver montañas. Siempre había visto montañas y bosques frondosos, tanto en Vizcaya como en Bayona. Pero allí, lo más parecido a una montaña, era lo que estaba

pisando. Era una manceba en la flor de la vida, pero se sentía marchitar, como lo hacía toda vida en aquellos campos helados que parecían no tener fin. Miraba esa tierra, temiendo cada día más lo que pudiera estar sucediendo en ella, y ya no sabía si orar para que Dios auxiliara a su esposo, o para que le diera la espalda.

Oneka siempre daba tiempo en soledad a su señora cuanto necesitara, pero al ver que se demoraba más de lo habitual en dejar la plaza, fue a su lado, cubriéndola con su pelliza de armiño.

—Abrigaos, doña María —dijo Oneka—, o caeréis enferma.

La del linaje de los Haro no respondió, descendiendo junto a su sirvienta y los criados y escuderos que la guardaban. Caminó por las calles como ausente, pero antes de llegar al alcázar, hombres y mujeres comenzaron a dejar sus labores y correr hacia la puerta sur de la muralla. Ese bullicio en las gentes comunes solo lo provocaba el temor o el júbilo.

—¡Doña María! —dijo un sirviente de doña Juana, su suegra, llegando a ella con la respiración agitada—. Nuestro señor, vuestro esposo... don Juan Núñez... ha regresado...

La doncella no mostró emoción alguna. Tras asimilar la nueva, continuó caminando como si no hubiera oído nada. Penetró la muralla del alcázar y atravesó el patio de armas con paso calmado. Una vez en la torre, no se reunió con su suegra, sino que subió a su aposento, aguardando la llegada de su esposo frente a la ventana. Al poco tiempo, vio entrar a caballo a don Juan Núñez y los ricoshombres, caballeros y escuderos que se habían partido con él. Regresaban todos, y todos ellos, ilesos. O no había habido lucha, o había sido muy desigual. El del linaje de los Lara avanzaba con la cabeza gacha, pero la levantó al llegar al centro del patio y desmontar, cruzándose sus ojos con los de doña María. No había regocijo por el reencuentro en los de ninguno de los dos, como podría esperarse de unos mancebos de su edad. En los de don Juan Núñez podía intuirse fracaso, decepción y rabia contenida; en los de doña María Díaz, nada.

Doña Juana salió al patio acompañada por todos sus criados y escuderos, pero tan pronto como saludó a su hijo, este se internó en la torre, no queriendo cruzar palabra. Por su parte, doña María continuó aguardando en silencio y soledad. Ambos parecían competir en orgullo o apatía por no ser el primero en llegar al otro. Pasada una hora, y no queriendo porfiar más en ese vano y pueril duelo, la dama abandonó su cámara, bajando al salón. Pero, al llegar, encontró la estancia vacía, en oscuridad, y la mesa, sin platos, copas, velas ni comida.

—Está en su aposento —dijo doña Juana, a espaldas de su nuera, que se sobresaltó al oírla.

—Doña Juana —respondió doña María—... me habéis asustado.

—Yo soy la última persona de la que debéis temer, doña María —dijo la dueña, acercándose a ella—. Así como tampoco debéis temer a mi hijo.



—¿Temerle? Yo no le temo, doña Juana.

—Entonces, ¿por qué no estáis junto a él?

—Porque temo. —Doña María no continuó, comprendiendo las palabras de su suegra—... temo lo que haya hecho en este tiempo. Temo lo que pueda decirme, y más aún, lo que calle, por ser esas cosas pecados inconfesables.

—Doña María —dijo doña Juana, comenzando a caminar, siendo seguida por su nuera—, ¿sabéis que mi esposo, al que Dios perdone, fue don Fernando de Castilla, también conocido como don Fernando de la Cerda?

—Sí, doña Juana. Si me permitís, siempre me he preguntado por qué lo apodaron así.

—Al nacer su padre, el infante don Fernando, vieron que tenía una verruga de la que brotaba pelo negro y grueso, como púas o cerdas de jabalí. Él heredó el sobrenombre paterno.

—Oh... perdonadme.

—No hay por qué, querida. Los comunes se solazan apodando a sus señores con nombres denigrantes. Pero si llamarnos como les plazca en las posadas o en la soledad de sus casas, es toda la venganza que van a hacer caer sobre nosotros por las penas que sufren, es un castigo que podemos soportar holgadamente ¿no creéis?

—Sí, doña Juana.

—Mi esposo, don Fernando, murió hace ya diez años. Me gustaría poder decir que guardo buen recuerdo de nuestra vida conyugal y de su memoria, pero lo cierto es que, desde que lo conocí, solo vi en él rencor y amargura. Pero no le culpo. Él, por ser hijo del infante don Fernando, que era primogénito y heredero del rey don Alfonso X, es quien debió ser entronizado rey de Castilla y León, en vez de su tío don Sancho IV. Pero lejos de ceñir corona, se vio desterrado en Francia, apoyado tan solo por mi familia. ¿Sabéis quién fue el mayor aliado que tuvo don Sancho entre los ricoshombres castellanos para llegar al trono, y que no fuera el padre de mi marido quien gobernara?

—Sí, doña Juana —respondió doña María, apocada—. Mi bisabuelo, don Lope Díaz.

—Así es. Vuestro bisabuelo, y mi propio tío, pues mi madre fue doña Teresa de Haro. Pero ni a él ni a ningún otro vivo o muerto guardo odio, pues tanto los Haro como los Lara servían a diferentes señores terrenales, pero a un mismo y más elevado amo: la ambición de poder. Las cosas pudieron ser muy diferentes para mí, cuando a los seis años, mis padres acordaron que casara con don Alfonso, hijo del mismo rey don Sancho. Pero el infante murió. A los catorce años casé con don Enrique “el Senador”, un hombre que nunca conoció la lealtad ni la medida, y es duro decir, que ni yo, ni creo que nadie en estos Reinos, lamentó su muerte.

Y después casé con ese hombre desheredado y lleno de tribulaciones. Sí. Él se martirizaba de continuo por no ser rey. Yo, en cambio, no lamenté ni un día no ser llamada «reina», «alteza» o «majestad». ¿Y sabéis por qué?

—No, señora.

—Porque hay a quienes nunca se nos ha permitido soñar. Vuestra abuela, doña María Díaz, también sabría bien de lo que hablo. Yo solo soñaba, o, mejor dicho, rogaba, dar a mi esposo un heredero varón. Algo que logré en la segunda ocasión. Pero vos, doña María, sí podéis y debéis soñar. Y eso es peligroso. Es peligroso para vos tanto como lo es para mi hijo. Mi esposo soñaba con una corona que por derecho le pertenecía. Mi hijo y vos soñáis con recuperar vuestras legítimas heredades. Esas cargas pueden otorgaros gloria a vos y a vuestros descendientes, o arrastraros al más profundo abismo. Comprendo bien que, por esa pesada carga, y siendo tan mancebos, en ocasiones pueda asaltaros el abatimiento y hasta la ira, pero mi hijo y vos no sois rivales, doña María. No debéis culparos el uno al otro ni castigaros por nada. Los únicos y verdaderos culpables de vuestros males, o yacen muertos y enterrados, o son vuestra abuela doña María Díaz y yo misma. Y si nuestra culpa es haberos engendrado, por Dios que, yo al menos, no pediré perdón por ello.

—Comprendo lo que decís, doña Juana. ¿Habéis hablado también sobre esto con vuestro hijo?

—Sí, doña María... Desde que tuvo uso de razón, no he dejado de hacerlo.

Dicho esto, la dueña abandonó el salón, confiando en el buen seso y entendimiento de su manceba nuera.

En su cámara, don Juan Núñez era desvestido por dos criados, cuando varios golpes sonaron en la puerta.

—Don Juan. Señor —dijo doña María, sin entrar en la estancia.

—Dejadnos —mandó don Juan a sus sirvientes, que se retiraron al momento, dando entrada a la del linaje de los Haro y cerrando la puerta tras ellos.

—Celebro vuestro regreso, esposo mío —dijo ella.

—¿De veras?

—Por supuesto, señor.

—No parecéis dichosa.

—Es por la angustia vivida en este tiempo. Ya creía no volver a teneros a mi lado. Y ahora que os veo aquí, ante mí, me cuesta creer que no seáis una aparición.

—No os afanéis en adularme, doña María. Ni es propio de vos ni yo lo merezco.

—¿Por qué decís eso? —preguntó la dama, acercándose a su esposo.

—Esta campaña no ha servido para nada...

—Venid conmigo y habládme, os lo ruego —pidió doña María, sentándose en el lecho, haciendo lo propio don Juan Núñez, que parecía haber sido ablandado por su madre, doña Juana, tal y como había hecho con ella.

—Al poco de dejaros llegué a Becerril de Campos, donde me vi con don Juan Manuel. Allí mandé a mis escuderos y a cuantos hombres tengo en mis lugares, que hicieran en las comarcas del rey tantos males y daños como les fuera posible... que robaran y destruyeran su tierra, alborotaran pueblos y tomaran castillos si pudieran. Fue tras eso que vino a vernos el halconero real para decirnos que don Alfonso nos quería a su servicio. Dijo que le placía que le acompañáramos a Gibraltar, acordando vernos con el rey en una posada de un lugar cercano. Al día siguiente, comimos con él en la misma mesa. Nunca había estado en su presencia y... pensar ahora que lo tenía al alcance de mi cuchillo...

—Don Juan. Esposo. Continúa. ¿Qué más ocurrió? —dijo ella, viendo que la mente del mozo parecía regresar a un lugar más oscuro.

—Le dijimos las demandas por las que podría aseguarnos para que volviéramos a su merced. Pleiteamos sobre dineros, tierras y títulos, y otras muchas cosas que son luengas para contar. Él acepto todo lo hablado, acordando vernos al día siguiente en Villaumbrales para comer y firmar los hechos en la manera tratada y así fincar don Juan Manuel y yo aseguados en su servicio.

—¿Y qué ocurrió, señor?

—Que mi mayordomo me despertó en mitad de la noche. Vino para alertarme de que don Alfonso no pretendía concedernos nada, sino que su intención era la de darnos muerte.

—Oh, Señor —exclamó doña María, tapándose la boca con las manos.

—Al principio no quise creerlo. Pensé que sería alguna argucia... pero ¿con qué fin?

—Tal vez vuestro mayordomo temía que, si volvíais a merced del rey, su vida podría correr peligro; que darle muerte a él o ponerlo en hierros por su deservicio, fuera una condición de don Alfonso.

—Lo pensé fugazmente, doña María. Pero entonces, como una revelación, recordé lo ocurrido a vuestro padre. Él también se vio en paz con don Alfonso, y al día siguiente, más confiado, acudió a sus posadas de la villa de Toro para comer con él. Y fue ahí... cuando le llegó la muerte.

—Cuando fue asesinado —corrigió doña María, por costumbre y principios—. Es cierto, esposo. Así ocurrió.

La del linaje de los Haro apoyó su cabeza en el hombro de don Juan, haciendo el mozo otro tanto.

—Ya no pude dormir el resto de la noche por miedo —continuó el de los Lara—. Al amanecer acudí al encuentro del rey en campo abierto,

bien pertrechado para la lucha... pero no hubo ocasión, ni después, más encuentros... No he sido digno de mi linaje —dijo don Juan, avergonzado, quebrándosele la voz.

—No habléis así, esposo mío —respondió con ternura doña María—. Habéis obrado con sensatez. Muerto es como no serviríais a vuestro linaje. No es vergonzoso arredrarse ante un rey, y ninguno de vuestros vasallos ni aliados, ni yo misma, ni nadie que esté en su juicio, dirá por esto que sois hombre para poco.

—¿Por qué entonces, con cada paso recorrido hasta aquí, no he dejado de desear regresar a Villaumbrales y poder hacer frente a ese rey?

—A menudo deberíamos temer lo que deseamos, don Juan. Durante años, yo misma solo he ansiado vengar la muerte de mi padre... pero ahora, viendo el gran daño que eso puede traer...

Los mancebos se separaron para poder mirarse a los ojos. Eran ojos humedecidos por lágrimas, reflejo de unos corazones abiertos por primera vez en mucho tiempo.

—Nada se logra ni troca en esta tierra sin causar estragos, doña María —susurró él—. No, sin la amenaza de provocarlos o el temor de sufrirlos.

La dama no supo qué responder, rogando sin convicción en su interior que la predicción de su esposo estuviera equivocada.

Pasaron varias semanas y, aunque en Lerma reinaba una tensa paz, no ocurría lo mismo en las comarcas del rey don Alfonso ni en las tierras solariegas de los Lara. Don Juan Núñez y el rey posaban separados por poco más de veinte leguas, sin atreverse a acercarse, pero tampoco a alejarse demasiado, mientras sus vasallos se hacían callada guerra. Eran como las más poderosas piezas de un tablero de ajedrez, aguardando en sus lugares, dejando que sean los peones los que se sacrifiquen. Y esos peones y también caballeros llegaban frecuentemente a la villa de su señor, bien a confirmar el pleito homenaje hecho a don Juan, a alardear de los males causados al rey don Alfonso, o pidiendo auxilio y cobijo por los daños sufridos por este. Ni don Juan Núñez ni doña María Díaz se habían separado ni vuelto a abandonar Lerma en ese tiempo, pues no había plaza más fuerte ni segura para cualquiera que ostentara el apellido de los Lara o el de los Haro.

Llegada la primavera, el joven matrimonio comía con buen apetito en el salón del alcázar, pero, aunque la fortaleza resultara ser de oro bruñido, cada vez más, resultaba ser una prisión para doña María.

—¿Cuánto más, don Juan? —habló aquí la dama, rompiendo el silencio.

—¿Cómo decís? —preguntó como respuesta su esposo.

—¿Cuánto más deberemos esperar para... dar un nuevo paso?

—Los pasos no han dejado de sucederse, señora. Son como la hoja del puñal que acaricia en suave vaivén una soga, hasta que, de improviso, la corta en dos.

—¿Y quién es la soga, señor? ¿El rey don Alfonso, o nosotros? Porque hoy es el día en el que me siento como una rehén en esta villa. Antes sabía que mis tierras posaban en poder de don Alfonso... ahora, siento que los dos estamos en sus manos.

—Puede que nuestras heredades sean rehenes de don Alfonso, señora, pero él mismo, es a su vez rehén de nuestra voluntad. Han pasado más de tres meses desde que me vi con él en Tierra de Campos y aún continúa en Valladolid, incluso sabiendo que el rey de Granada y los moros de Marruecos corren su tierra y amenazan toda la frontera. Sí. El corazón de don Alfonso le incita a marchar a la Andalucía, pero la razón le dice que, si se parte de Castilla con sus caballeros y ricos hombres, buena parte del Reino caería en mis manos y en las de Juan Manuel. Regocijaos imaginando el gran tormento que estará padeciendo —dijo don Juan Núñez, deleitándose en ese pensamiento.

—No será mayor que el de los cristianos de esa tierra —replicó doña María, con la cabeza gacha.

Don Juan Núñez se levantó y aproximó a su esposa. Tomó su barbilla con suavidad y le alzó el rostro para poder mirarla a los ojos.

—Sois compasiva... Esa es una buena virtud de las mujeres. Como cuando os apiadáis de los hijos por ser los padres demasiado severos con ellos. Pero recordad que la compasión o dulzura en exceso pueden hacer de ellos unos afeminados. Guardad la clemencia solo para aquellos que la merezcan, concediéndola en muy contadas ocasiones. Y nunca la otorguéis a los traidores ni a los que os hagan guerra, ya sean moros, judíos, cristianos... o sangre de nuestra sangre.

—Sí, señor. Os agradezco que me instruyáis sobre la guerra, aunque eso no sea cosa de mujeres.

Don Juan sonrió, pues su esposa era rival difícil si las armas con las que se debían batirse eran las palabras y el ingenio, a pesar de haber sido él criado por una mujer de gran entendimiento que siempre que podía hacía uso de la sátira.

—Mis señores —dijo el escudero Gómez Gutiérrez de Sandoval, entrando con premura en el salón—. Don Juan Manuel está en las puertas.

Sin tardanza, don Juan Núñez salió al patio, ordenando que abrieran el portón, dando entrada en el castillo a su amigo y aliado. Don Juan Manuel penetró en la fortaleza seguido de varios escuderos, estrechando los brazos a su mancebo anfitrión.

—Don Juan Manuel —dijo don Juan Núñez.

—Don Juan —correspondió el saludo el hijo del infante don Manuel.

—¿Qué os trae a Lerma?

—El rey don Alfonso ha partido a socorrer Gibraltar —dijo don Juan Manuel, con tono ufano y rostro exultante.

En el salón, el recién llegado comía y bebía con ansia. No solo tuvo don Juan Núñez que ordenar a sus criados poner en la mesa otro plato y copa, sino también, viandas y vino como para saciar a dos hombres.

—El rey marchó de Valladolid y fue a Burgos —comenzó a hablar don Juan Manuel, cuya boca apenas tenía cabida para palabras además de para la comida que engullía—, donde pidió prestados muchos dineros a los de la ciudad para pagar a los caballeros y ricoshombres de aquella comarca que debían ir con él a la Andalucía. Don Juan Alfonso de Haro, señor de los Cameros, fue uno de los que le aseguró que iría con él, por lo que el rey le entregó toda la cuantía. Don Alfonso salió de Burgos a la hora de Vísperas, fue para Madrid y después a Toledo, donde pidió más dineros prestados. Al tiempo, quiso la fortuna, que un escudero que vive en su Casa, llamado Gonzalo Álvarez de Almazán, y que me conoce bien, viniera a mí, diciéndome que hacía muy mal en no ir con el rey, sabiendo que iba a un lugar en el que no podría excusarse de tener lid con los moros. Oído esa razón, dije a Gonzalo Álvarez que tantos eran los miedos que yo tenía del rey, que no osaba ir con él ni en su compañía, pero que le alcanzara y le dijera que me mandase dar los dineros que tenía. Y que mientras él iba a Gibraltar, yo entraría a tierra de moros por el obispado de Jaén, haciendo que el rey de Granada no pudiera ir a ayudar al infante Abomelique, y si lo hacía, yo estragaría gran parte de la tierra de Granada.

—¿Y don Alfonso consintió en daros los dineros de Madrid y Toledo? —preguntó don Juan Núñez.

—Toda la cuantía.

—Vos estáis aquí con esa gran suma, pero ¿y don Juan Alfonso de Haro?

—Don Juan Alfonso, una vez hubo tomado los dineros que eran para los caballeros y ricoshombres de Burgos, fue a Córdoba con todas sus compañías, pero al llegar a un lugar llamado la Puebla de Chillón, regresó a Castilla, robando él y los suyos todo cuanto hallaron, haciendo muy gran deservicio al rey. Pero mayor fue esa traición, al decir por doquier que el rey había entrado a una tierra de la que no podría salir vivo, causando gran desmayo en los corazones de las gentes, pretendiendo alborozarlas y provocar levantamientos en las villas. Una vez en su tierra, don Juan Alfonso escribió cartas, tanto a vos, don Juan, como a mí, diciendo que quería ser en deservicio del rey y que nos ayudaría, y rogaba que nosotros le ayudásemos a él.

—¿Y por qué vos sabéis esto y a nuestras manos no ha llegado carta alguna? —preguntó doña María.

—Porque esas cartas fueron tomadas en Burgos al hombre que las llevaba, y entregadas al rey —contestó con desagrado don Juan Manuel, por entender que doña María se entrometía y desconfiaba de él—. Yo supe de lo ocurrido y de la postura de don Juan Alfonso cerca del monasterio de las Huelgas, cuando me dirigía hacia aquí.

—Entonces, el rey ha dejado Castilla y no tiene dineros con los que pagar las soldadas —dijo don Juan Núñez.

—Y tampoco puede regresar, pues eso supondría desamparar los conejos de la frontera, ya muy quejados y maltrechos por los daños que reciben de los moros —afirmó don Juan Manuel.

Los ojos de ambos señores se encendieron, reflejándose, no la llama de las velas, sino la sombría luz de la tentación, el deseo de venganza y la avaricia.

—Dejadnos ahora, señora —pidió don Juan Núñez.

Doña María no entendía por qué debía abandonar la mesa, pero obedeció con resignación. Don Juan Manuel bebió de su copa, vaciándola por tercera vez, y sonrió satisfecho, más embriagado por lo que su mente perpetraba, que por el vino.

—Enviemos mandaderos al rey de Aragón —propuso don Juan Núñez—. Nunca antes tuvieron ocasión como esta los aragoneses para cobrar la tierra de Castilla.

—Ya lo he hecho. Mandé cartas a esa Corte con todas las querellas y desaguisados que habíamos recibido de don Alfonso. Dije además al rey de Aragón que no nos sentíamos seguros de él, ya que había hecho y seguía haciendo todo lo posible para matarnos. Le pedí por merced que quisiera ayudarnos, y que nosotros le serviríamos.

—¿Y qué contestó?

—Dijo que, si don Alfonso hacía las cosas de esa manera, le pesaba mucho, y que le placería que nos hiciera merced, y que nosotros regresáramos a su servicio. —Don Juan Manuel hizo una pausa para continuar bebiendo.

—¿Eso es todo? —preguntó el mozo con impaciencia.

—No. Dijo que cuidaba y fiaba en la merced de Dios, para que don Alfonso pudiera salir con vida y honra de su lucha con los moros, y que él le enviaría sus mandaderos sobre esto, confiando en que nos enmendaría los agravamientos que nos tuviera hechos, en la manera que debiera. Procuré que nos prometiera su ayuda si don Alfonso no quisiera deshacer los tuertos que nos tiene hechos, y así luchar unidos contra él, pero dijo que hasta que no enviara sus mandaderos, no nos otorgaría ni prometería ninguna ayuda.

—¿Y qué paso daremos ahora? —preguntó don Juan Núñez, más impaciente aún.

—Haremos cruel guerra en las comarcas y villas de don Alfonso, con o sin los aragoneses —respondió don Juan Manuel, sin dudar—. Yo iré con los míos para tierra de Alarcón, al castillo de Garci Muñoz.

—Son buenos hijosdalgo los que os sirven —dijo don Juan Núñez, bebiendo por primera vez desde que don Juan Manuel se hubo sentado a su mesa.

—También vos contáis con buenas compañías de caballeros.

—Lo sé, pero para este cometido no quiero a gentes avezadas en las buenas lides. No... deseo a los peores que pueda encontrar.

El amanecer del quinto día tras la llegada y seguida partida de don Juan Manuel, algo más que la luz del sol despertó a doña María, llegando a sus oídos un gran murmullo de gentes. No eran buenas palabras ni oraciones lo que se proferían, sino grotescas risas, insultos, maldiciones y gruñidos. La del linaje de los Haro se asomó con cautela a la ventana, y si bien en sus contemplaciones a través de esa oquedad, habitaron al principio en su interior la ilusión y la esperanza; y después, la indiferencia; ahora, al ver penetrar en el castillo gran cantidad de gentes de la peor calaña, fueron la turbación y la repulsa las que se apoderaron de ella.

La indumentaria y maneras de esos hombres los delataban como malos bellacos. La mayoría vestían cubre hombros y capuchas raídas, y en sus sayas mostraban tantos remiendos y suciedad como en la piel. Algunos portaban armas nobles, robadas sin duda en los caminos, pero casi todos llevaban aperos de labranza, que ellos mismos, y no ningún hábil herrero, habían transformado para que fueran lo más mortíferos posible. Doña María se estremeció al ver a aquellos hombres sin bien y sin vergüenza, pues no pudo evitar que le recordaran a los banderizos que asaltaron Sopuerta, solo que estos se contaban, no con los dedos de una mano, sino por docenas.

Don Juan Núñez entró en la alcoba para despedirse de ella, sin desear escuchar consejo, razones, ni cruzar demasiadas palabras, cuya naturaleza ya imaginaba.

—Esposo. Señor —dijo doña María, inquieta—. ¿Quiénes son esas gentes que habéis ayuntado?

—Malhechores y encartados —reconoció el del linaje de los Lara, sin ambages.

—¿Malhe...? Pero, don Juan, ¿así deseáis recuperar nuestras heredades? ¿Amparándoos en fuerzas de moros y acaudillando a los más viles hombres de vuestra tierra?

—Don Juan Manuel y yo mismo tenemos a nuestro servicio a hombres diestros en la lucha. ¿Dónde están vuestras compañías de caballeros bienandantes, señora? No veo aquí con vos a un solo hidalgo vizcaíno.

—Vendrían si se lo pidiera... —respondió ella, titubeante.

—¿De veras?... No creo que vuestra abuela, la verdadera señora de Vizcaya, lo permitiera.



Doña María sintió quebrarse algo en su interior. Deseó llorar, pero se contuvo. No quería mostrar sus verdaderos sentimientos ante ese mozo, al que despreciaría si no se hubiera casado con él. Más que su mayor aliado, en otro momento y lugar, lo tendría por un rival. No lloró, ni tampoco respondió, porque en el fondo, don Juan había dicho una amarga verdad.

No hubo más palabras, y los dos entendieron que era mejor así, dejando la estancia al del linaje de los Lara.

Doña María tardó en asomarse a la ventana, y cuando lo hizo, fue a tiempo para ver a su marido dar las últimas órdenes a sus escuderos. Al poco, y sin levantar la mirada una sola vez, don Juan Núñez montó en su corcel y salió del castillo al paso, seguido por sus criados, varios hombres de mulas y aquellas gentes de mala ralea.

La manceba dama desató entonces la rabia que se había estado reprimiendo. Fue a la mesa, cogió el libro de *lais* de María de Francia y lo tiró contra una pared, después, hizo lo mismo con el de don Juan Manuel. Tras gritar y maldecir, cayó al suelo de rodillas y comenzó a golpearse el pecho, liberando el llanto que había contenido en presencia de su esposo.

Oneka, al escuchar el escándalo, acudió a su lado.

—¡Doña María! —gritó la sirvienta, sentándose junto a su señora y abrazándola—. Calmaos, por Dios...

—¿Cómo quieres que me calme? —preguntó la doncella, de forma entrecortada por el llanto—... Si una mesnada es el reflejo de su señor, contempla mi pérvida hueste... contempla los indignos haces que la forman. En la delantera, los traidores y desnaturalizados don Juan Núñez de Lara y don Juan Manuel... en el grueso y las costaneras... robadores, violadores y asesinos... y en la zaguera... en la zaguera, cubiertos de polvo y aplastados por las pisadas de hombres que son más inmundos que las bestias... el honor, la lealtad y el temor de Dios.

—Sabíamos que así era la guerra, mi señora. Sabíamos que esto ocurriría.

—¡Yo no lo sabía! —gritó desconsolada doña María, mirando a los ojos de esa que, más que una sirvienta, era amiga y confidente—... No quería que esto sucediera... no así.

—Recordad todo lo que vuestra aya, doña Teresa de la Sierra, os narró camino de Bayona. Rememorad los terribles hechos de vuestro abuelo, el infante don Juan, y los no menos terribles del rey don Sancho. ¿Por qué creéis que os transmitió todo ese saber? Para que supierais cómo obrar, cuando fuerais vos la que lo padecierais de nuevo. Para que el gran ejemplo de vuestra abuela os insuflara fuerzas cuando vuestro espíritu se sintiera desfallecer y deseara poco menos que le llegara la muerte.

—Pero yo no soy como mi abuela... No quiero sufrir todo lo que ella sufrió... no sé si podría soportarlo...

—No. Es cierto. Sois mucho más sabia de lo que ella era a vuestra edad.

—¿Y a quién importa eso? ¿De qué sirve el saber en este tiempo?... Mi esposo dijo verdad... Dineros, tierras y títulos. Solo eso cuenta. Por eso se mueven los corazones de hombres y mujeres. Ese es nuestro castigo perpetuo. Por eso me desposé con don Juan y por eso me hallo aquí; para tener dineros de los impuestos y las rentas; para ser jurada señora de Vizcaya y recuperar el resto de los lugares que fueron de mis padres. —Doña María se levantó, aliviada por la resignación, acercándose a la ventana—. No... no soy más sabia que mi abuela. Toda mi vida he sido una estúpida y una niña crédula. He soñado que la virtud y la nobleza de corazón podían alzarse sobre una tierra ahogada en ponzoña... no volveré a cometer ese error...

Y fue entonces Oneka la que quedó abatida por escuchar brotar tales palabras de labios de su señora, invadiéndole a ella el pesar, como si fuera un espíritu maligno que necesita habitar en cuerpo mortal.

Don Juan Núñez y sus hombres marcharon al norte, a Treviño. De allí retornaron a Tierra de Campos, robando y devastando todo a su paso. Como una plaga arrasaron con las cosechas, cultivos y ganados de la comarca, llegando hasta Melgar de la Frontera, a apenas una legua del reino de León. No habitarían en esa aldea ni un centenar de almas, dedicadas sus vidas al cultivo de los campos y el pastoreo, de bienes tan humildes como sus casas, todas ellas pequeñas y bajas. Pero, aun así, esas gentes se conjuraron para oponer resistencia.

Al ver en la lejanía que la hueste insaciable y desalmada de la que habían oído hablar se dirigía hacia ellos, los de Melgar se pertrecharon tanto como pudieron. A falta de muros y cavas que resguardaran el lugar, volcaron carretas en las entradas de las calles y tapiaron sus puertas y ventanas. Temían que, si aquellos hombres lograban entrar, saquearían cuanto hallaran, forzarían a las mujeres y matarían a cualquiera por placer. Sabían que no recibirían auxilio humano ni divino, pero, tal vez, si lograban resistir un primer envite, los carroñeros desistirían, yendo en busca de otra presa más fácil. Pero en su interior también sabían que, por mucho que oraran, esa gracia no les sería concedida.

Cuando don Juan Núñez y los suyos llegaron, la aldea parecía abandonada y sin rastro de vida. Solo los pobres parapetos que obstaculizaban las entradas delataban que sí había gentes en el interior. Era el terror, más que el pundonor, lo que había llevado a esos sencillos campesinos a fortificar su hogar, pero lejos de amedrentar con ello al invasor, solo lograron azuzar sus ansias de penetrarlo, tanto por entender la resistencia como un insulto y provocación, como por el hecho de que tal vez guardaran algo más valioso que sus vidas y honra. Los malhechores y encartados no necesitaron que su cabecilla les diera la orden de atacar.

Como la turba que eran, rodearon la aldea, arrojándose sin orden sobre las defensas, trepando por ellas y salvándolas sin apenas dificultad. Un hidalgo armado a caballo no lo habría hecho tan fácil ni rápidamente, pero por eso don Juan Núñez había mandado hacer leva de criminales andariegos; de gentes sin escrúpulos curtidas en celadas y asaltos furtivos, ya fueran en poblado o en descampado, así de noche como por el día. La aldea, que parecía dormida o muerta, pronto se llenó de gritos de hombres y mujeres de todas las edades.

Saqueado de bienes, vidas de hombres y honras de mujeres, se dio fuego a Melgar, elevándose vivas llamas y un humo negro al cielo de la Tierra de Campos, mostrando a todos los habitantes de la comarca lo que esperaba a aquellos que mostraban resistencia a don Juan Núñez y los suyos.

A la caída de Melgar de la Frontera le siguieron el alcázar de Moral de la Reina, que se entregó sin lucha, y el castillo de Avia de las Torres. Tras cobrar esos lugares, el del linaje de los Lara ordenó sitiar la villa de Cuenca de Campos, que era plaza bien fortalecida por muro y cárcavas.

Una vez asentados los malhechores y encartados en torno a la villa, don Juan Núñez pidió que le llevaran mulas para recorrer el cercado, marchando junto con su mayordomo y los escuderos que se habían distinguido en las luchas en esa comarca, antaño leales al rey don Alfonso, que eran: Gutier Díaz de Sandoval, Gómez Gutiérrez de Sandoval y Fernán Ruiz Cabeza de Vaca.

—¿Habrá hombres de armas? —preguntó don Juan Núñez, observando el lugar.

—No lo creo, mi señor —respondió Juan Martínez de Leiva.

—En otro tiempo, cuando eras merino mayor de Castilla, tu deber habría sido combatirme a mi o a cualquiera que hiciera esto.

—Así es, don Juan.

—¿Y ahora no te compadeces de estas gentes?

—Ahora os sirvo a vos, don Juan. También vos podríais compadecerlos. Son cristianos y castellanos al igual que nos.

Don Juan Núñez negó sutilmente con la cabeza, meditando por unos segundos su respuesta.

—No son como nosotros. No son de los nuestros. Sirven a mi enemigo, por lo que son mis enemigos. Nuestros enemigos —dijo, mirando a Juan Martínez.

—Lo son, mi señor.

—Y dime, Juan, ¿cuál es tu consejo para tomar este lugar?

El mayordomo contempló el foso y muro, no viendo en él ninguna parte que fuera más débil que otra, ni por donde pudiera ser entrado.

—Mantener el cerco, don Juan, y esperar.

—¿Esperar?

—No podemos labrar ingenios con los que combatirlo, ni tenemos escalas y menos aún, torres de asedio. Aquí no hay árboles que talar para conseguir madera, ni podemos traer tapiales de ninguna parte.

—Rendirlos por hambre —susurró don Juan Núñez, decepcionado— ... ¿Es eso lo que me aconsejas?

—Así caen la mayoría de lugares sitiados, mi señor.

—Pues bien, Juan, si no queremos ser nosotros los que muramos de hambre, ve con pieza de hombres a las aldeas cercanas y tomad todo el pan y dineros que halléis.

—¿Yo, decís?

—¿Quién podría servirme mejor, que alguien que desempeñó para un rey el oficio de merino mayor?

—Sí, mi señor —respondió Juan Martínez, acatando con desasosiego ese mandato.

La puerta de una casa de Villacid de Campos recibió un brutal golpe de hacha, atravesándola y penetrando la hoja al interior junto con la luz del día, arrancando, no solo astillas, sino también los gritos de los que allí moraban. Tres hachazos más bastaron para abrir hueco suficiente para que uno de los malhechores de don Juan Núñez pudiera entrar en la casa y, también, para que cundieran con más estrépito los chillidos y súplicas de clemencia de sus ocupantes. Aunque solo estaban allí para buscar alimento y dineros, ninguno de esos criminales que ahora gozaban de bula y se enseñoreaban de la región, desperdiciaban ocasión de forzar a tantas mujeres y atormentar a cuantos hombres caían en sus manos. Juan Martínez aguardaba a las puertas de las casas hasta que los gritos cesaban y los carroñeros que comandaba salían con fardos y sus apetitos saciados. Tanto en Villacid como en Ceinos de Campos y tantos otros lugares, el mayordomo era mudo testigo de cómo Dios no escuchaba los ruegos que llegaban a sus oídos.

Así se mantuvo la cerca de Cuenca de Campos, con los frutos del pillaje que los de don Juan Núñez realizaban por doquier. Los pobladores de esa villa sabían que con su obstinada resistencia condenaban al resto de familias de la comarca a la muerte y la miseria. Pero también sabían que esa muerte y miseria les llegaría tarde o temprano, al haber sido abandonados todos por su rey.

## Capítulo II

Año del Señor de 1333

En la Andalucía, frente a la costa de África, acontecía una lucha tan o más sanguinaria que en Castilla. Por tierra y por mar los cristianos pugnaban con los musulmanes por el dominio del castillo y villa de Gibraltar, ahora en poder del infante Abomelique de Marruecos.

A su llegada a esa pequeña península con forma de flecha que apunta a África, el rey don Alfonso, como todo aquel que la ve por primera vez, quedó maravillado por la altura de la imponente peña, a cuyas faldas se asentaban la población y su baluarte.

Para combatir Gibraltar, el monarca castellano dispuso una compañía de hombres encima del peñón, sobre la fortaleza, próxima a la torre mayor; y otra, cercando la villa, de tal manera que podían socorrerse los unos a los otros, descendiendo trabados por una cuerda los hombres que estaban en lo alto. Por su parte, a Alfonso Jofre Tenorio, almirante mayor de la mar, se le ordenó combatir con sus navíos a las galeas del rey de Marruecos.

En el real, rodeado de los oficiales y privados de su Consejo, don Alfonso asistía paciente ante el discurrir de los acontecimientos. Aunque se hallaba lejos de la lucha, vestía loriga y un tabardo cuartelado con los escudos de Castilla y León. Su espada, yelmo, quijotes, canilleras y zapatos de hierro reposaban en una mesa próxima. Todas esas armas habían sido puestas sobre el altar de la iglesia de Santiago y bendecidas por el arzobispo don Juan Fernández de Limia, al tiempo de recibir el monarca la honra de la caballería. Pero don Alfonso, como el resto de los de su hueste, confiaba más en las grandes piedras que en el poder de una espada sagrada.

—Poned tres ingenios en lo alto de la peña —ordenó el monarca a los suyos, al tener ya en el campamento las catapultas y trabuquetes que había mandado traer por mar desde Sevilla, Jerez, Cádiz y Tarifa—. Que dos de ellos tiren a la torre mayor del homenaje, y otro, a las naves que los moros tienen en la atarazana.

—Pronto quedará desmochada esa torre, mi señor —aseguró Alfonso Fernández Coronel—. Los moros no tendrán almena ni antepecho tras los que defenderse.

—Sus naves están cubiertas con madera y vigas muy gruesas, majestad. Las piedras no las quebrarán —objetó el almirante mayor—. Dejád que llegue a ellos con mis naves y que me su flota en el estrecho.

—Hacedlo, Jofre —dijo el rey.

—Mi señor —habló aquí el canciller Fernán Sánchez de Valladolid, observando la fortaleza en poder de los musulmanes—, si se hicieran mantas de madera gruesa bajo las que pueda vuestra gente ampararse de las piedras y saetas, se podría llegar y cavar al pie de la torre, y los de encima no podrán defenderla.

—¿Y quiénes irán? —preguntó Alfonso Fernández Coronel.

—Los almogávares —respondió el canciller, refiriéndose a los musulmanes que abundaban en Granada y servían al reino castellano; los cuales buscaban, además de botín, matar a cuantos musulmanes benimerines de Marruecos pudieran—. Hay muchos por aquí, y si se les da algo, harán esa labor.

—Habéis hablado bien, mi buen Fernán —dijo el monarca—. Decid a los almogávares que vayan a cavar a la fortaleza, y que por cada piedra que saquen de la torre, se les dará dos doblas de oro.

—Por esos dineros cavarán con las manos, majestad —dijo en burla Jofre Tenorio.

—O con los dientes, si les queda alguno sano —apostilló Fernández Coronel, causando risas en la mayoría.

—Mirad allí —dijo don Alfonso, haciendo cesar las risas, al divisar varias naves entrando en la bahía—. ¿Son las que mandé a por viandas?

—No lo creo, mi señor —contestó el canciller.

Tanto el monarca como sus privados se dirigieron al puerto para recibir a esos navíos. Rogaban que portaran víveres con los que sustentarse, pues si en todo asedio, el fuego, las piedras y el hierro eran armas temibles, no había enemigo más mortífero que el hambre o las enfermedades. Y es que eran ya dieciséis días los que duraba entre los cristianos la escasez, sufriendo tan gran mengua de alimento, que llegaba a valer el puerco ciento cuarenta maravedís; y el cuarto de vaca, ochenta; tanto como la fanega de cebada. Y siendo tan pocos los hombres de la hueste de don Alfonso que podían tener viandas, estaban todos muy quejados por semejante carestía y penuria.

Pero aquellas naves no atracaban para descargar carne ni grano, sino más lamentos y desdichas. El rey recibió a los recién llegados en el mismo muelle, no reconociendo a ninguno de los presentes, salvo a uno. Con gran valor o insensatez, ante don Alfonso desembarcó el que fuera su merino mayor de Castilla; el mismo que huyó de su servicio para ir a la merced de su rival, don Juan Núñez de Lara.

—Don Alfonso. Señor —habló aquí Juan Martínez de Leiva, no obteniendo respuesta del soberano, más que una mueca airada—. Reconozco la merced y fianza que me hicisteis, y vengo a serviros a este lugar. Conmigo os traigo cartas y mandaderos de Castilla, que os muestran y envían a decir, cómo don Juan Manuel y don Juan Núñez quisieron

avenirse con el rey de Aragón para ser en vuestro deservicio. Y aunque no lograron esto, han tomado algunas de vuestras villas y lugares, cercando y combatiendo otras, mientras sus gentes toman todo cuanto hallan por los caminos, robando la tierra y haciendo grandes daños y destruímiento en los reinos de Castilla y León, y por las Extremaduras.

—Mi señor —habló aquí uno de los mandaderos—, los de vuestros concejos de Castilla y León estamos tan apremiados por los males, despechamientos y estragos que nos hacen esos señores, que no os podemos dar ninguna cosa de las que deberíamos para que mantengáis vuestra hueste ni paguéis las soldadas.

—Majestad —dijo un tercero, adelantándose—. Las villas están en gran miedo, ya que, por consejos de algunos o con engaños, entran don Juan Núñez y don Juan Manuel en muchas, apoderándose de ellas de tal manera que no las podréis cobrar de nuevo. Además, don Juan Alfonso de Haro está con ellos, haciendo también mucho daño en vuestras comarcas.

—Don Alfonso —habló de nuevo Juan Martínez de Leiva—, por esto que os decimos os cumpliría partiros de esta cerca lo antes que pudierais y retornar a Castilla. De lo contrario, sabed que perderéis muy gran parte del Reino y no podréis escusaros de recibir gran deservicio de vuestros caballeros e hijosdalgo.

El monarca no respondió, mostrando una mal fingida templanza, optando por regresar al real y pedir consejo a sus privados.

—Mi señor —dijo Fernández Coronel—. Tenéis esta villa de Gibraltar en gran afincamiento y en poco tiempo podréis tomarla si permanecéis aquí.

—Pero si la tomáis —intervino el canciller— no podréis tener paz ni avenencia con los moros... ni salir de aquí, si no es luchando. Y sería muy peligroso que pusierais vuestro cuerpo en ventura de pelea.

Tras meditar lo escuchado, don Alfonso no tuvo más remedio que ceder.

—Mientras hablamos —respondió el soberano, abatido y con la mirada extraviada—, don Juan Manuel, don Juan Núñez y don Juan Alfonso de Haro corren mi tierra, estragándola y cometiendo toda suerte de daños y males imaginables... No es menester alongar más tiempo este cerco, ni me cumple permanecer aquí en ninguna manera... debemos procurar tener alguna avenencia con los moros.

La práctica totalidad de los miembros de su Consejo acataron satisfechos esa resolución. El rey sintió gran pesar por partirse de la Andalucía sin haber podido tomar Gibraltar, tan próximo como estaba de lograrlo, pero el daño que podía acarrearle su permanencia allí era mucho mayor que cualquier beneficio que pudiera obtener. Ese día fue más doloroso aún para el monarca castellano, al llegarle la mala nueva de que su primogénito y heredero, el infante don Fernando, había fallecido en la villa de Toro, donde lo había dejado para que lo criaran.

Tanto el infante marroquí Abomelique como el rey Mohammed de Granada, se mostraron muy complacidos por poder poner tregua con don Alfonso, tratando diversos pleitos y firmando acuerdos sobre parias y pago de derechos por el comercio de aceite y ganado.

Tras esto, se vio el soberano nazarí con todos los suyos en el real de los cristianos, comiendo ambos monarcas en la misma mesa, ayuntándose en paz cristianos y musulmanes en una única y gran pieza de hombres. Después de la comida, el rey Mohammed dio a don Alfonso con algunas de sus joyas más nobles y una espada con la vaina cubierta de placas de oro y muchas esmeraldas, rubíes, zafiros y aljófar grueso. Le obsequió también con un bacinete muy bien guarnecido de oro y piedras preciosas, en cuya frente había dos rubíes del tamaño de castañas, junto con muchos magníficos paños de oro y seda de los que se elaboraban en Granada.

Ambos soberanos pudieron disponerse entonces a combatir a los rivales que en el fondo más odiaban. Don Alfonso, a los también cristianos don Juan Núñez de Lara, don Juan Manuel y don Juan Alfonso de Haro; y el rey Albohacén de Marruecos, al también musulmán rey de Tremecén.

Pero las tornas volvieron a girar en contra de don Alfonso, pues al llegar a Córdoba supo que el rey de Granada, al que había dejado hacía apenas unos días, había sido asesinado, y el nuevo sultán, Yusuf I, se negaba a respetar la tregua acordada por su predecesor, haciendo nueva guerra a los cristianos junto con el rey de Marruecos.

Durante meses se vio obligado el monarca castellano a permanecer en Córdoba, pertrechando sus bastiones y buscando el modo de pagar las soldadas de los que debían guardarlos. Como se hallaba muy pobre y menesteroso al no recibir dineros de los concejos de Castilla y León, recorrió todas las villas y lugares de la frontera, pidiendo prestado, haciendo manlievas, que eran tributos que se recaudaban casa por casa, y cobrando las alcabalas o impuestos sobre mercaderías, por plazo de tres años, a todos los que vendían pan, vino, paños, carne o pescado.

No fue hasta finales de otoño, cuando don Alfonso logró acordar nueva tregua con el rey de Marruecos por un periodo de cuatro años, pudiendo al fin abandonar la Andalucía y regresar a Castilla.

Año del Señor de 1334

Hacia más de año y medio que doña María Díaz y don Juan Núñez se habían separado. El del linaje de los Lara continuaba cercado Cuenca de Campos. La del linaje de los Haro seguía recluida por voluntad propia en el castillo de Lerma, no abandonando apenas sus aposentos más que para ir a orar a la capilla, y cuando lo hacía, caminaba por los pasillos y escaleras como si fuera al cadalso. Allí rezaba arrodillada, hasta que el



dolor de sus miembros le hacía olvidar ese otro dolor más profundo imposible de apaciguar. Ayunaba cada vez de forma más dura y prolongada, escudándose en padecer calenturas u otros males para no comer junto a su suegra, desvaneciéndose muchas veces en medio de cualquier labor. Aunque oraba de continuo, solo rogaba por la vida de su abuela, por las almas de sus padres y por el perdón de sus pecados. No pedía nada para sí misma ni tampoco para su esposo. No temía casi nada de lo que pudiera afligirle en vida, y sobre don Juan Núñez, no sabía qué temer más, que no regresara... o que lo hiciera.

Oneka veía cómo su señora se demacraba más cada día, perdiendo peso y el color natural de la tez y los labios junto con el deseo mismo de vivir. Ahora, llegado el invierno, era presa aún más propicia para las enfermedades, y temía que hasta la misma muerte le rondara si continuaba negándose a comer como debía.

Una mañana del mes de febrero, que era de las más frías que se recordaban, Oneka entró como acostumbraba en el aposento de la dama, portando un aljófara de agua caliente y un plato humeante de caldo de verduras y carne. Dejó ambos recipientes sobre la mesa y se acercó a su señora, que estaba cubierta hasta el cuello por varias mantas y una piel, tal y como la había dejado la noche anterior.

—Doña María... ya ha amanecido —susurró a su oído, sin obtener respuesta—. Ha amanecido, doña María... ya ha amanecido.

La del linaje de los Haro abrió los ojos, para consuelo y alivio de Oneka, que, desde hacía semanas, temía que una mañana su señora no despertara.

—Os he traído un buen caldo, doña María —dijo la sirvienta, sentándose a su lado.

—No tengo hambre.

—Pero debéis comer, mi señora, o caeréis enferma. Ayunad llegada la primavera, pero no en este crudo tiempo.

—¿Para qué quiero un cuerpo sano, si es mi espíritu el que enferma sin remedio?

—Deberéis llevar al hijo de don Juan Núñez en vuestro vientre. ¿No es ese motivo suficiente para estar sana?

—No. Es una condena. Una condena para otra alma inocente que deberá penar por los pecados de sus padres.

—No habléis así, os lo ruego. No podéis abandonaros de esta manera, padeciendo hambre y una penitencia que parece no tener fin. No purgaréis los supuestos pecados que vuestro esposo esté cometiendo, por maltratar vuestro cuerpo, ni aliviaréis tampoco el sufrimiento que hayan podido padecer sus víctimas.

Doña María no respondió, perdiéndose sus ojos y mente en la luz blanquecina que penetraba por la ventana.

—¿Qué crees que le ocurrió a Iseo?

—¿Quién es Iseo, doña María? —preguntó confusa Oneka.

—La doncella de un cantar antiguo. Debía casarse con un rey llamado Marco. Pero en la travesía desde su hogar a la tierra de ese rey, un capricho del destino hizo que se enamorara de un doncel llamado Tristán. Ellos se amaron con pasión, pero, aun así, Iseo y el soberano se desposaron. Eso no impidió que los amantes continuaron viéndose a escondidas, hasta que fueron descubiertos. Por esa traición, el rey Marco los condenó a muerte, y cuando iban a quemar en la hoguera a Iseo, llegaron varios leprosos. Uno de ellos, de nombre Iván, dijo al rey Marco que, si de verdad quería castigar a la reina, se la entregara a ellos para que fuera su mujer común, ya que no había condena peor que esa. Y no sé qué sucedió después...

—Eso es terrible, mi señora. Pero seguro que Tristán pudo salvarla.

—Sí, yo también lo creo. Pero ¿antes o después de que los leprosos abusaran de ella?

—Confío en que antes. Si os place, podría traerlos a un juglar que conozca ese poema para que os lo cante.

—No, no quiero ver a juglares.

—Entonces, imaginad vos misma lo que ocurrió...

—Pero esa no sería la verdad...

—¿Y cuál es la verdad, doña María? ¿Quién podría jurar que es una cosa u otra, transcurrido semejante tiempo y contado ese poema por tantas generaciones en tantos lugares?

—Lo sé, pero no malgastaré mi tiempo imaginando historias vanas.

—No. Lo hacéis mortificándoos en soledad —susurró Oneka, risueña.

—El pensamiento de azotarte es cada vez más tentador.

—Pues hacedlo si eso os reconforta —dijo la sirvienta, cogiéndole una mano—, pero no lograréis que desista en velar por vos.

—Dime Oneka, ¿le amabas?

—¿A quién, doña María?

—Al mozo de Bayona. Al que cuidaba el huerto del convento.

Oneka se ruborizó, pues confiaba en que su señora hubiera olvidado ese deslíz.

—Le apreciaba, doña María —confesó, acostándose junto a su señora para poder hablarle al oído, y que nadie, aunque el entrometido estuviera asomado a la puerta, pudiera oír lo que decían.

—No se yace con alguien por mero aprecio, ¿verdad?

—Lo cierto, mi señora, es que sentía deseo por él. Y el tiempo dio paso el afecto.

—¿Y no sufriste al dejar Bayona y saber que nunca volverías a verlo?

—Sabía que el día de nuestra marcha llegaría tarde o temprano. Además, yo me debo a vos, y amo estar a vuestro servicio, más de lo que podré amar a ningún hombre.

—Pero yo nunca podré darte lo que te daría un hombre. ¿No pensaste ni por un momento en permanecer allí?

—Ni en lo que dura un abrir y cerrar de ojos, doña María.

—Si yo estuviera en tu lugar y hubiera encontrado allí alguien a quien amar, y me hubiera correspondido, no lo habría abandonado por nada del mundo.

—Yo ya tenía alguien a quien amar, doña María, y estoy ahora junto a esa persona.

Oneka no logró que su señora se levantara de la cama esa mañana, ni que comiera el caldo, ya tibio. Pero al menos tuvo el consuelo de haber distraído su mente y dado algo de calor con su cuerpo.

A tres días contados del mes de marzo, que era un sábado, víspera de la Pascua, el rey don Alfonso oraba en la iglesia de San Jaime apóstol de Villarreal.

El monarca castellano pedía por la vida y salud de sus dos nuevos hijos, los infantes don Enrique y don Fadrique, que su manceba, doña Leonor de Guzmán, había alumbrado en Sevilla el pasado mes de enero. Tras recibir la comunión, salió del templo, seguido por sus privados. No hubo dado veinte pasos, cuando un escudero de don Juan Núñez que le aguardaba en la plaza, llegó ante él.

—Señor —dijo el criado con una reverencia, ofreciéndole un pergamino—. Me envía don Juan Núñez con esta carta para vos.

El rey tomó la misiva y la leyó. En ese escrito, don Juan Núñez le pedía por merced que creyera todo cuanto el mensajero le dijera.

—Habla —mandó el soberano.

—Don Alfonso. Señor. Don Juan Núñez me envía a deciros por estas cartas de creencia, que se despide y desnaturaliza de vos.

El rey don Alfonso no pudo evitar ser presa de la colera al oír esas palabras, pudiendo el corazón más que cualquier razón o mandamiento.

—Antes de este tiempo se debiera haber desnaturalizado de mí don Juan Núñez. Ahora ya me ha hecho guerra... ¡Y puesto fuego en la tierra! —gritó el monarca, iracundo como pocas veces le habían visto sus privados—. ¡Y ha cercado y combatido mis villas, tomando algunas de ellas por la fuerza! ¡Y por todas esas cosas ha caído en gran culpa!... Y tú, aun viniendo como su mandadero, has cometido seguro con don Juan Núñez todas esas cosas.

—¿Señor...? —dijo trémulo el escudero.

—Alguacil —llamó don Alfonso a su oficial de justicia, que permanecía a tan solo unos pasos de él.

—Mi señor —respondió el alguacil, llegando a su lado.

—Cortadle las manos y los pies —ordenó el monarca, ante el estupor de todos y el espanto del mandadero.

—¡Señor, no lo hagáis! —imploró el mensajero, echándose de rodillas al suelo—. ¡Os ruego piedad!

Pero nada podía librarle de aquella cruel sentencia.

Entre súplicas, el escudero de don Juan Núñez fue llevado a un lugar apartado. Le pusieron de rodillas y ataron las muñecas con cuerdas. Después, colocaron su brazo izquierdo sobre un madero, sujetando su cuerpo unos, y tirando otro de la cuerda. El alguacil desenvainó su espada, y de un tajo cercenó la mano del mozo, que exhaló un agudo alarido desde lo más hondo. Hecho esto, retiraron el miembro amputado de la madera, poniendo en ella el otro brazo, cortándole la mano derecha con la misma limpieza y rapidez, y, de igual modo, a esa mutilación le siguió otro grito igual de desgarrador. Mientras los del rey sostenían al mensajero, la sangre les salpicaba vestiduras y rostro, no pudiendo evitar que sus pies resbalaran por la que se vertía en el suelo. Ya sin manos, tumbaron al escudero, que tan pronto parecía desmayarse por el dolor, como recuperaba la consciencia, sollozando y chillando a la vez, palabras ininteligibles. Una vez echado y sujeto por las piernas y los brazos sanguinolentos, el alguacil descargó su espada contra el tobillo derecho del mozo, pero en esa ocasión, necesitó de varios golpes para desgarrarlo del resto de la pierna. Obedeces a tu rey, y este villano está pagando, seguro, por sus crímenes; a muchos hombres y mujeres vengas con este acto, deseaba creer el alguacil. Con ese pensamiento en mente, el oficial cortó el último miembro. El escudero quedó asemejado entonces a una fuente de la que brotaba sangre por cuatro bocas. Ya no necesitaba ser sujetado. Aunque quisiera, ese lastimoso ser no podría erguirse, ni caminar, ni menos aún montar a caballo. Solo agonizar entre espasmos hasta morir desangrado.

—Degolladlo... —mandó don Alfonso, más por premura que por piedad.

El alguacil obedeció con presteza, sacando su cuchillo y cortando el cuello a lo que quedaba del mandadero de don Juan Núñez, que ni en su peor vaticinio podía haber imaginar el castigo y muerte que el rey don Alfonso iba a dar a su súbdito.

Doña María Díaz, a pesar de las muchas maldades que había conocido en su corta vida, tampoco desearía creer tan cruel tormento y muerte dados a alguien de quien no se había probado su culpa. Ni eso ni ninguna otra cosa imaginaba ya, tumbada en la cama, mirando por su ventana, viendo tan solo el cielo azul y algún pájaro cruzar fugazmente ante ella.

Oneka seguía llevando a su señora caldos y ensaladas, aunque no lograba que se las comiera por completo ni, en ocasiones, que las probara, pero esa mañana, se presentó ante ella por un motivo diferente.

—Doña María, dejad que os vista —dijo la criada, entrando con ansia en la alcoba.

—No voy a salir hoy.

—Mi señora, ha llegado un mandadero de vuestra abuela, doña María Díaz.

—¿De mi abuela?... Vamos, vísteme, ¿a qué esperas? —apremió la doncella, saliendo torpemente de la cama—... y asegúrate de que dan a ese hombre, agua, vino y viandas.

Una vez vestida, y con porte solemne, la del linaje de los Haro recibió al mensajero del Señorío.

—Doña María. Mi señora —dijo el vizcaíno, entregándole una carta.

La manceba rompió el sello lacrado y leyó el escrito. Sus ojos no tardaron en llenarse de lágrimas, quedando muy conmovida pero también atenazada por una muy gran responsabilidad.

—Doña María, ¿qué ocurre? —preguntó Oneka—. ¿Vuestra abuela se encuentra bien sana?

—Sí —respondió la dama, sin casi salirle la voz—... Me dice que ahora que soy mujer de edad cumplida, me corresponde a mí gobernar Vizcaya. Mi abuela ha dejado el Señorío, y los hijosdalgo y procuradores me han tomado como su señora y jurado pleito homenaje.

—Oh, doña María —dijo Oneka, abrazándola—. Qué gran dicha.

—No... no puedo creerlo —susurró la del linaje de los Haro.

—Es cierto, mi señora —intervino el mandadero—. Yo mismo vi cómo vuestra abuela, doña María Díaz, dictaba y sellaba con su sello de cera esta carta.

—No... no quería decir que no fuera cierto.... Es solo qué... no imaginaba que me convertiría en señora de Vizcaya de este modo.

—Doña María está fatigada —dijo Oneka al mensajero—. Su esposo, don Juan Núñez, se halla en la Corte. En su ausencia, es ella quien administra el solar de los Lara y soporta las cargas de escuchar las demandas y librar los pleitos de sus gentes.

—Lo comprendo, mi señora. No os importuno más. ¿Deseáis dar respuesta a vuestra abuela, doña María Díaz?

—Sí. Dile... dile que agradezco todo el bien que me ha hecho, y por asegurar Vizcaya para mí... Dile que mi esposo, don Juan Núñez, y yo misma, hacemos cuanto está en nuestra mano porque llegue a buen fin la demanda que mantenemos con el rey don Alfonso, para que no se llame más, en sus escritos «señor de Vizcaya»; y también para que me devuelva el resto de heredades que fueron de mis padres.

—Mi señora —dijo el mensajero, retirándose con una reverencia.

Doña María continuó abrumada. Era una feliz nueva. La que siempre había deseado. Dada en el peor momento posible y en el lugar menos propicio. Debí recordar que, lo que se desea, es en ocasiones una moneda de dos caras.

—Mientes muy bien, Oneka —susurró la nueva señora de Vizcaya—... casi tanto como yo.

—Disculpádmeme, doña María. He creído que debía hacerlo.

—Has hecho bien. Ahora solo debemos confiar en que ese hombre no hable con nadie, ni de esta casa, ni en el camino que hay de aquí a Burgos. Ni en ninguna tierra que mi esposo haya pisado y en la que haya podido causar daños.

—Ese mandadero dirá a vuestra abuela solo las palabras que ha recibido, aunque todos, tanto aquí en Castilla como en Vizcaya, sepan que son falsas. Decidme, ¿creéis que vuestra abuela no os mintió con su rostro afable al despediros en Bilbao? Seguro que por dentro lloraba y se retorció de angustia por saber bien lo que os aguardaba, pues ya lo había vivido ella en carne propia. Pero hizo lo que debía, por vuestro bien, igual que vos habéis hecho ahora por ella.

Doña María había recibido una feliz nueva. Una de las que más deseaba. Pero su mente no le permitía verse como señora de Vizcaya y, al tiempo, ser una manceba recluida en la villa de su suegra, sin vasallos, oficiales, hijosdalgo, ni más gente a sus órdenes que dos voluntariosas sirvientas, pues tan arraigada se hallaba al suelo que pisaba y al momento presente, que había renunciado a la libertad de imaginar.

Don Juan Núñez tampoco podía haber imaginado lo fatigoso del sitio de Cuenca de Campos, plaza que se había revelado como mucho más fuerte de lo que aparentaba en un principio. Los asediados padecían un hambre y sed atroces, pero su voluntad era más firme que cualquier padecimiento. De haberse rendido sin lucha, es posible que solo hubieran sido despojados de sus bienes, pero ahora, tenían por cierto que, si aquellos hombres penetraban en la villa, solo les aguardaba la peor de las muertes.

Tanto o más exhausto y sediento que los cercados se encontraba un hombre que llegó al campamento montado en una mula. El recién llegado, que confesó ser súbdito del rey don Alfonso, pidió ver a don Juan Núñez. Tras comprobar que no portaba armas ocultas, varios caballeros lo condujeron a la tienda de su señor.

—Don Juan. Señor —dijo el del rey, al tener enfrente al del linaje de los Lara—. Soy Valero Martínez, ballestero del rey don Alfonso.

—¿Eres ballestero del rey? —preguntó don Juan, escrutándolo de pies a cabeza—. ¿Y por qué no viene contigo el escudero que le envié?

—Don Juan, vuestro hombre fue muerto por don Alfonso tan pronto como oyó lo que le enviasteis a decir...

—¿Muerto?

—Dijo que lo castigaba por los males y daños que vos estáis haciendo en su tierra.

—¿Y qué respuesta traes tú? —inquirió don Juan, con voz ahogada.

—No traigo ninguna respuesta de don Alfonso, señor. He venido a decir que el rey finca en Valladolid y sabe que tenéis cercado este lugar.

Ha catado la manera de tener caballos para los que van con él y mandado a los de la villa que se apresten para ir a su servicio y contra vos.

Don Juan Núñez quedó estupefacto y pálido.

—Mucho me maravilla esto que me dices. ¿Por qué debería creerte? —cuestionó el de los Lara al balletero, encarándose con él—. No te conozco ni he dado merced alguna.

—No, señor. Pero vos tenéis a vuestro servicio a parientes míos, a los que, si yo pudiera, libraría de cualquier mal.

—¿Entonces, don Alfonso no sabe de tu venida aquí?

—No, don Juan. He llegado a vos encubiertamente. Salí por la noche de Valladolid, aun cuando el rey ordenó cerrar las puertas de la ciudad para impedir esto mismo. Con esta advertencia le hago gran deservicio y arriesgo mi propia vida... Vos sabréis qué hacer, pero yo os aconsejo que os vayáis de aquí.

Don Juan no podía creer lo que acababa de oír. Y no lo habría creído si no fuera porque a las pocas horas llegó a él un escudero, llamado Martín Ruiz de Ollón, criado de su madre doña Juana, que le dijo esas mismas razones. Solo entonces, abatido su ánimo y minadas las fuerzas, don Juan Núñez levantó el cerco de Cuenca de Campos, partiéndose con su compañía de malhechores y encartados de regreso a Lerma.

Al saber el rey don Alfonso que don Juan Núñez había dejado Tierra de Campos, reunió en Valladolid tantas compañías de caballeros y peones como pudo, aderezando y disponiendo todo cuanto era menester para librar la guerra que le hacían tanto él como el hijo del infante don Manuel.

El esposo de doña María había fracasado en su campaña, aunque solo un loco podía esperar un desenlace diferente. Todos sabían que el rey don Alfonso no permanecería por siempre en la Andalucía, ni tampoco rendiría sus plazas ni otorgaría demanda alguna por la fuerza de las armas, pero en esa tierra ahogada en ponzoña, aquella parecía ser la única forma en la que los ricoshombres podían resolver sus disputas.

Cuando don Juan Núñez entró en Lerma, se reencontró con su esposa y su madre después de dos años de ausencia. Para cualquiera, sería motivo de gozo, pero no para él. No para un hombre que había partido con la promesa y ambición de tierras y títulos, y volvía con las manos vacías y manchadas de sangre. Una sangre que, sabía, no tardaría en ser vendada.

Tras la cena y acudir a la capilla con su suegra para dar gracias por el regreso de don Juan, doña María se dirigió a su alcoba. Al entrar, solo el fuego de la chimenea alumbraba la estancia; ni velas ni candiles, como a ella gustaba y había dispuesto que se hiciera. En vez de las pequeñas llamas, era otra cosa la que le aguardaba. Su esposo, don Juan Núñez,

permanecía sentado junto al fuego del hogar, leyendo uno de sus libros, que le pareció ser el de María de Francia.

—Esposo... Señor —dijo ella, sorprendida por su inesperada presencia.

—Doña María —respondió él, levantándose, dejando el libro en la silla—. Celebro saludaros, no como heredera, sino como nueva señora de Vizcaya.

—Cierto es, señor. Pero ambos sabíamos que esa dignidad me llegaría tarde o temprano. Decidme, ¿vuestra campaña contra el rey don Alfonso ha dado los frutos esperados? —preguntó doña María, con sincero interés, procurando aparentar ignorancia y candidez.

—Sois dama entendida y ya conocéis la respuesta.

—Vos también sois entendido y, aun así, partisteis a hacer guerra en las comarcas del rey. Una guerra que se ha revelado cruel y estéril. Pero eso ya lo sabíais, ¿no es cierto, señor? —dijo doña María, pronunciando con extraordinaria delicadeza palabras que podrían pasar por impertinentes.

—Hice lo que había ido a hacer —dijo don Juan, acercándose a ella— ... para que podamos ser señores de Vizcaya sin la intromisión de don Alfonso, quien, os recuerdo, se considera en posesión de vuestra tierra.

—No lo he olvidado, señor, pero ese derecho me...

—Los derechos se reclaman de buen grado... una sola vez —habló don Juan, con aspereza—. Y nosotros hemos rogado por demasiado tiempo, humillándonos más allá de lo debido. Y cuando eso ocurre, se muestra debilidad.

—¿Y qué habéis mostrado al rey don Alfonso en este tiempo, señor?

—Que puedo ser caudillo y rival temible, no solo un pusilánime escribano que se oculta en la villa de su madre... Y nadie quiere como vasallo a un pusilánime escribano.

—¿Entonces, esta es la forma en la que además de nuestras heredas, reclamáis al rey don Alfonso regresar a su servicio? ¿Estragando sus tierras y matando a sus súbditos?

—He hecho lo que debía, señora —respondió él, tomando a la dama por las manos y llevándola al lecho—... y ahora, los dos debemos hacer lo que nos corresponde. Mucho hemos demorado nuestra unión.

Ante el asombro de doña María, don Juan comenzó a desvestirse. Aunque sabía que el momento de yacer con su esposo debía llegar, lo imprevisto de las palabras y actos de su marido, paralizaron a la del linaje de los Haro.

—Señor... —murmuró ella, sin saber qué decir.

—Quitaos la ropa y echaos, señora. No temáis. Seré dulce con vos.

Doña María, tras un momento de duda, obedeció, confiando en que algún buen caballero, su ayo o aya, o quién sabe, si su misma madre,



hubiera hablado a don Juan sobre la manera en la que ese acto resultara, si no placentero, al menos, no desagradable. La dama se tumbó en la cama y su esposo se colocó sobre ella. Doña María procuró pensar en el modo idílico en que Tristán e Iseo se deseaban y gozaban del amor y la compañía mutua. «Lástima no contar entonces con el mismo vino que ellos bebieron», pensó. Pero no pudo evitar que llegara a su mente el recuerdo de los banderizos que pretendieron forzar a las mujeres en Sopena, e incluso del asalto que ella mismo sufrió en la cabaña del molinero de Bayona. A pesar de eso, procuró recordar que, si había guardado con tanto celo su virginidad, era para llegar a ese momento y entregársela a ese hombre. Después de todo, lo que hacía era lo mismo que habían hecho su madre, su abuela y todas las mujeres que la antecedieron, no escuchando seguramente ninguna de ellas en ese trance, el tañer de flautas, arpas, ni coros angelicales, ni aún menos, sentir la amorosa embriaguez de los poemas. Con este último pensamiento, se relajó, dejándose poseer. Sintió algo más de dolor que placer una vez perdida la doncella, y la sangre que manchó a don Juan fue bien acogida por este, pues era muestra irrefutable de que aquella dama se había guardado de la compañía de otros hombres. No hubo en ese acto apenas sentimiento, ni por parte de doña María ni mucho más en su esposo. Su boda no fue como siempre imaginó; no había sido jurada señora de Vizcaya como siempre soñó; y tampoco era desflorada como alguna vez pudo imaginar que ocurriría. «Solo soy un títere de la fortuna —se dijo— como todos en esta villa, en este Reino y en el mundo. ¿Por qué resistirse entonces a sus envites o seguir pensando por ello?».

La primavera hizo brotar la vida en los prados, templando cuerpos de hombres y bestias bajo un sol más poderoso. Pero parecía no existir astro ni estación que pudiera templar las mentes ni los corazones de los señores de aquella tierra.

Un criado de don Juan Núñez atravesó a la carrera el patio de armas del alcázar, entrando en la torre y subiendo las escaleras que daban al aposento de su señor.

—¡Don Juan! —gritó el escudero Fernán Ruiz Cabeza de Vaca, entrando en la estancia del de los Lara sin resuello y las piernas temblorosas—. ¡Venid pronto, mi señor!

Don Juan Núñez subió a la muralla, pudiendo ver que algunos hombres de a caballo robaban ganado y lo sacaban fuera de la villa. Ordenó entonces a sus caballeros que persiguieran a los ladrones, llevando con ellos a varios escuderos y malhechores.

Al ver salir por el puente de Lerma a gentes a caballo bien armadas, los que iban con el ganado comenzaron a correr, desentendiéndose de

las cabras y ovejas. Y cuando ya los hombres de don Juan Núñez creían estar a poco de atraparlos, tras una loma llamada *el Olmillo*, surgieron el mismo rey don Alfonso y muchos caballeros. Tener de improviso ante ellos al mismo monarca castellano con tan buena compañía, hizo saber a los de Lerma que habían caído en una celada, dando la espalda y espoleando a sus caballos, regresando a la villa espantados. El rey don Alfonso y sus caballeros azuzaron también a sus rocines, yendo sobre los de don Juan, persiguiéndolos y dándoles alcance. Allí hirieron y mataron a lanzadas a muchos peones y malhechores, y también a varios escuderos y algún hidalgo. Uno de los caídos más notables fue el caballero Garci Frontino; otro, un freire de la Orden de San Juan. Don Alfonso, que había tenido éxito con su estratagema, llegó desafiante hasta el mismo puente de Lerma, no osando salir entonces a su encuentro don Juan Núñez ni ningún otro. Tras permanecer varios minutos en el lugar, el soberano se retiró junto a sus privados.

Doña María, que había visto lejanamente la refriega, dejó la estancia y se reunió con su esposo en el maticán de la puerta de la muralla. Juntos, fueron mudos testigos de cómo los del rey remataban en tierra a los caídos que no habían tenido la fortuna de poder regresar a la villa. Y ante sus ojos, los campos comenzaron a poblarse de gentes enemigas armadas que llegaban para sitiar Lerma.

—¿Qué es esto, don Juan? —preguntó doña María, sin poder contener la inquietud, aunque supiera bien la respuesta.

—Esto... es la guerra, señora. Lamento que tengáis que ser testigo de ella.

—No lo lamentéis. Si nosotros la hemos iniciado, justo es que nosotros la padezcamos... No solo los nuestros... o los del rey don Alfonso. — La dama contemplaba la lenta pero inexorable llegada de multitud de hombres a pie o a caballo, bestias de carga, carros y pendones de castillos y leones que hondeaban al viento, todos los cuales se asentaban en derredor del flanco sur de Lerma, que era la parte no cercada por el río—. Nadie llega de esta guisa ante un rival si no es para tomar represalias por grandes males y daños... Los rumores que se propagaron por las comarcas eran ciertos ¿verdad, don Juan? Lo que vos y los vuestros hicisteis...

—Yo hice lo que debía y mis hombres obedecieron mis órdenes.

Doña María había leído y oído hablar sobre batallas y asedios, pero nada podía haberla preparado para sentirlos en sus carnes.

—Ellos obedecieron órdenes de un vivo... y nosotros lo hacemos de los muertos —dijo ella, dando libertad a su corazón, presintiendo que de poca más libertad iba a poder gozar en tiempo.

—¿De los muertos? —preguntó extrañado su esposo.

—Sabéis de lo que os hablo.

—Ellos cumplían mis órdenes, y los que se nos resistían, como los que ahora veis ante nos, cumplían otras por pleito homenaje y juramentos hechos al rey don Alfonso.

—Hombres que cumplen órdenes —susurró doña María, mirando a los enemigos, viendo más allá de ellos. Pero, aunque sus ojos alcanzaran a vislumbrar otras épocas, los hombres y mujeres que las poblarían seguirían guiándose por los mismos instintos y bajas pasiones; por los mismos miedos y necesidades—. Qué gran forma de simplificar la guerra.

—La guerra es sencilla, señora. No os obstinéis en creer lo contrario. Son los trovadores y juglares los que parecen tener empeño en hacerla pasar por algo complejo.

—¿Por qué? ¿Por hablar de honor o nobleza, y cuestionar los crueles motivos que empujan a matarse entre semejantes?

—Esos motivos también son sencillos, doña María: Miedo y avaricia.

—Creía que ibais a decir: lealtad o fe verdadera.

—Perdonadme, pensaba que hablaba con una persona de edad y entendida.

—¿Y por qué, si no es por lealtad, os han seguido muchos de los vuestros?

—Solo los mancebos escuderos y caballeros de buen linaje son leales. Los mozos de poca edad o jóvenes de corazón que, en su inocencia, necesitan un tutor o buen señor, como las ovejas al pastor. Pero las vivencias y el paso del tiempo acostumbran a destruir esa candidez, y solo queda el deseo de poseer... Y si no es la avaricia, entonces es el miedo el que los domina y nubla la razón, y así cumplen lo que se les ordena sin vacilar.

—Sí. Recuerdo que el rey don Sancho mandó hace tiempo matar en las Extremaduras a más de cuatro mil hombres y mujeres... y puede que niños, por ser de cierto bando.

—Sí. Mi madre me habló de aquello.

—¿Cómo puede nadie obedecer tales órdenes? —cuestionó doña María, más a sí misma o al cielo que esperando respuesta de su esposo—. Desenfundar un arma y comenzar a matar a tantos y tantos sin escrúpulos ni mostrar remordimientos. ¿Acaso no temen a Dios antes que a su rey? ¿No ven cuán gran pecado cometen y que más les cumpliría desobedecer y morir por mano de su señor, antes que comparecer el Día del Juicio ante el Altísimo con tantas culpas y crímenes manchando sus almas?

—¿Deseáis que os de respuesta, o ya la conocéis y solo os estáis desahogando?

—¿Y qué responderíais? ¿Que ya no existe en este mundo el temor de Dios?

—Los hombres necesitan líderes que les gobiernen. Necesitan leyes y mandamientos. Sin ellos, se enfrentarían a algo peor que... el hambre o el tormento.

—¿A qué puede un hombre enfrentarse en vida que sea peor que eso?

—A sí mismos. A su sentir y razón. Sin señor, órdenes ni castigos, quedarían a merced de su libre albedrío y del caos que se apoderaría de ellos al tener que decidir cómo obrar... No, señora. Los hombres somos ovejas... perros... siempre suplicando por la llegada del pastor para sentirnos seguros y protegidos. Unos pocos no somos así. Yo he cumplido con mi deber para con vos. No por miedo ni avaricia. Vos, yo mismo y los que han de venir después de nos, es lo único en lo que he pensado en esta campaña. Y ello continúo y continuaré haciendo.

Don Juan Núñez y doña María Díaz permanecieron en el mirador de la puerta de la muralla, asistiendo a la toma de buena parte del solar de los Lara por mano del rey don Alfonso. Y puede que ambos miraran más allá, hasta otra época. O tal vez, por lo que sabían que había acontecido en tiempos pasados y lugares remotos, preferían no hacerlo, temiendo, con razón, los sucesos venideros.

A catorce días andados del mes de mayo, sitiado uno de sus mayores rivales, el rey don Alfonso se partió a Burgos, recelando de los movimientos que pudiera hacer don Juan Manuel. El monarca castellano dejó a las puertas de Lerma por fronteros a muchas gentes armadas, asegurando que el del linaje de los Lara no pudiera, desde entonces, abandonar la villa para causar más estragos, males ni daños en ningún lugar de la comarca.

Llegados allí, el soberano se reunió en el salón del palacio con los de su Consejo. Sobre una mesa, pusieron un gran mapa de sus Reinos, en el que durante varias horas se afanaron por señalar los castillos y lugares en posesión de sus enemigos, y los que le seguían prestando obediencia. A esa ciudad y a su persona, llegaban continuas nuevas y demandas, pero había una que ninguno de sus privados se atrevía a proponer. Sin embargo, no había momento más propicio que ese, por lo que fue Garcilaso de la Vega, su justicia mayor quien, tras acordarlo antes con el resto, habló al soberano:

—Mi señor —dijo De la Vega—. Doña María Díaz I de Haro se halla en el monasterio de Santa María de Perales...

—Donde le corresponde estar —rezongó don Alfonso, sin apartar la vista del mapa.

—Majestad —continuó el hermano de Garcilaso, Gonzalo Ruiz de la Vega—, con doña María Díaz I enclaustrada y su sobrina sitiada en Lerma, Vizcaya finca ahora sin señor...

—Yo soy el señor de Vizcaya, Gonzalo —murmuró el soberano.

Los privados y caballeros se miraron entre ellos, recayendo todos los ojos en el canciller Fernán Sánchez de Valladolid, que más que oficial, había sido y seguía siendo como un ayo para el monarca.

—Don Alfonso. Majestad —dijo Fernán Sánchez—. Os hacéis llamar en los escritos «señor de Vizcaya», pero nunca habéis entrado en esa tierra, ni la tenéis apoderada... ni, además, las villas os recuden con ninguna cosa de las rentas... y todos sus castillos están por doña María, mujer de don Juan Núñez.

Don Alfonso tardó en asimilar esa respuesta, permaneciendo inmóvil unos segundos. Levantó la mirada y se volvió lentamente hacia el oficial y el resto de miembros de su Consejo.

—Entonces... canciller —susurró el soberano, yendo ante Fernán Sánchez, encarándose con él, aunque con mirada serena—, tendré que catar manera de poner a buen recaudo la tierra de Vizcaya.

—Sí, mi señor —respondió apocado el oficial, por haber pronunciado unas palabras que podían tacharse de bravas—... como ordenéis.

## Vizcaya

Una buena compañía de caballeros hijosdalgo avanzaba por los campos de Gernika, reclamados a ese lugar tras haberse hecho sonar los cinco cuernos en los montes bocineros. Eran seguidos por criados y escuderos que, a su vez, tiraban de acémilas cargadas con fardos y armas. Ante ellos, en los lindes del camino próximo a la iglesia de Santa María de la Antigua, veían a otros hijosdalgo tales como ellos, llegados de las villas y anteiglesias de la Tierra Llana. Reconocieron muchos rostros familiares, aunque agacharan la cabeza o vedaran sus ojos por la vergüenza.

Los recién llegados entraron en la ermita, y lo que vieron, les maravilló como pocas cosas en su vida. En esa iglesia posaban, tal que hermanos, los parientes mayores de casi todas las casas banderizas de Vizcaya, tanto del bando oñacino como del gamboíno. Los parientes mayores, de orgullo antiguo y poder desmedido, eran ayuntados como por milagro o alguna hechicería; tanto los de Avendaño como los Butrón; así los del linaje de Aranguren como los Echaburu; ya los Zaldibar o los Arteaga. En Vizcaya había señor, sí, pero eran otros los que gobernaban las anteiglesias y Tierra Llana y a gran parte de sus gentes al margen de concejos, leyes u oficiales; otras voces que eran oídas en ese Señorío por temor y costumbre. Y era con esas voces con las que ahora debían mediar.

—¿Quién ha convocado esta Junta? —preguntó sin rodeos un caballero que rondaría los cuarenta años.

—El rey don Alfonso se halla en Santa Gadea —contestó el patriarca de los Butrón—. En una o dos jornadas llegará a Orduña. Allí estarán ya los de tierra de Ayala y las Encartaciones, que le otorgarán el señorío de sus tierras.

—Pero yo os he preguntado... ¿Quién ha convocado esta Junta?! —gritó el caballero.

—Don Alfonso no viene solo a por las Encartaciones o el valle de Ayala —dijo el cabecilla de los Mújica—. Viene a recibir Vizcaya... y debemos tomarlo por señor.

Los hijosdalgo no se espantaron por esas palabras, pues llevaban tiempo esperándolas, aunque no pudieron evitar que brotara de su interior lógica rabia e indignación por la conducta de aquellas gentes. Gentes, de las que tampoco esperaron nunca buenas palabras o razones, ni que se condujeran con honor ni rectitud.

—Hombres sin bien y sin vergüenza... ¿Ese es el consejo que traéis aquí?! —continuó el caballero, sin saber si escupir o llorar las palabras, señalándolos a todos—. ¡Vosotros, que durante generaciones habéis tiranizado esta tierra y a todos los que en ella habitan! ¡Vosotros, siempre prestos para la cruel venganza, las celadas, riñas y muertes alevosas! ¡Vosotros, que nunca os habéis ayuntado para ningún buen fin!... Y por una vez que habláis como una sola voz... ¡lo hacéis para traicionar a nuestra señora! ¡Para mercadear con las libertades y honra de todos los vizcaínos!

—¡Cierra esa boca —mandó el de los Butrón—, si solo vas a usarla para ofendernos!

—¿Y qué haréis si no guardamos silencio? —intervino un hijo del caballero, que no tendría más de diecisiete años—. ¿Nos enviaréis esta noche a vuestros parientes? Acometed ahora y no en acechanza o mientras dormimos... Será lo más valiente que hayáis hecho en vuestra vida.

—Habláis de ser leales a nuestra señora —habló aquí el de los Berriatua, con tono más templado—, pero ¿dónde está ahora doña María Díaz? En Lerma, puede que muerta o apresada, como su esposo don Juan Núñez... O tal vez convertidos ambos en vasallos del rey don Alfonso.

—O puede que continúe cercada —respondió el mancebo—. ¡Rogando a Dios y confiando en que nosotros cumplamos en esta tierra el pleito homenaje que le hicimos!

—La lealtad que mostráis es loable —continuó el cabecilla de los Butrón—, pero ni eso ni vuestro estúpido orgullo os salvará. No, del rey don Alfonso.

—No espero tal cosa —respondió el mozo—. Al contrario, somos nosotros quienes deberemos salvar al Orgullo... Soy de muy poca edad, pero he aprendido que prefiero vivir un mes como hidalgo, que cien años avergonzado como un siervo... Lo comprenderíais, si fuerais de buen linaje.

—¡Te cortaré la lengua yo mismo! —gritó el pariente mayor de los Butrón.

Varios de los hijos y nietos de todos los banderizos enarbolaron y defendieron armas, acto al que respondieron algunos de los caballeros y

sus escuderos, pero tanto unos como otros fueron retenidos por el resto de sus parientes y compañeros, no llegando a alcanzarse ni a avanzar más de tres pasos ninguno de ellos, hiriéndose solo con altas voces e insultos.

—Buenos hijosdalgo —habló aquí el pariente mayor de los Zaldibar, procurando apaciguar los ánimos—, que vuestro pundonor no os ciegue ni nuble la consciencia. Guardad las armas y olvidemos esta afrenta. Sed razonables ahora por el bien común, os lo ruego.

—¿Razonables? —cuestionó el caballero—. ¡¿Desde cuándo a la cobardía se le llama razón, y al valor y la dignidad, inconsciencia?!... Si tan bajo han caído las gentes de esta tierra, por Dios que no deseo seguir viviendo sobre ella, y ni que me entierren en ella si me llega la muerte. Sí, mayores, sois libres de sentir temor y también de encerraros aquí, amordazados y amedrentados por un peligro que ni siquiera habéis visto aún, sino del que tan solo habéis oído hablar, pero no pretendáis que vuestro miedo nos retenga también a nosotros.

Sin más que decir, el caballero les dio la espalda y se retiró, seguido por su vástago y el resto de los hijosdalgo y sirvientes, disponiéndose a salir del templo.

—¿A dónde vais? —preguntó alarmado el de los Mújica.

—Necesito respirar aire fresco —contestó el caballero—. El hedor aquí es pestilente.

—¡Si salís por esa puerta nos condenaréis a todos! —chilló el de los Butrón.

—Ya estáis condenados, mayores —respondió el hidalgo, mirándolos de soslayo—. Nunca gentes algunas fueron tan fáciles de atemorizar, encerrar y condenar, como lo habéis sido vosotros. Nos pertrecharemos en el castillo de Unzueta... Si no nos da muerte el rey don Alfonso, tendréis ocasión de pedir desagravio por la afrenta que para vuestra honra han supuesto las palabras de mi hijo.

Dicho esto, los caballeros y escuderos salieron de la ermita, abandonando el campo de Gernika rumbo a Orozko.

A los pocos días, el rey don Alfonso penetró en Vizcaya con gran pieza de caballeros y hombres de a pie; maestros y priores de las órdenes Hospitalaria de San Juan, Alcántara y Calatrava; oficiales de su Casa y Reinos; y clerecía en número de hasta veintiocho obispos y arzobispos. Con esa poderosa hueste, el monarca castellano pasó bajo el castillo de Unzueta, que rehusó combatir, por verlo muy fortalecido. Los hidalgos que tan firmemente se habían conjurado para resistir y luchar hasta la muerte, solo pudieron ser testigos de la llegada, paso y marcha de los castellanos.

De Orozko, don Alfonso se dirigió a Bilbao, villa en la que entró flanqueado por Garcilaso de la Vega, su justicia mayor; Alfonso Jofre Tenorio,

su almirante mayor de la mar y guarda mayor; don Juan, obispo de León y notario mayor de Castilla; y Pedro Fernández Quijada y Juan Alfonso de Benavides, merinos mayores de tierra de León. El soberano moró en esa villa pocos días, nombrando a nuevos alcaldes, merino y oficiales que le fueran leales, sufriendo Bilbao muchos daños, males y pérdidas, así en tierra como por mar.

A las puertas de la iglesia de Santa María de la Atalaya de Bermeo, las mentes y corazones enardecidos de los vecinos se enfrentaban en dura pugna, vertiendo razones, consejos y palabras, que chocaban con más estrépito que el de los hierros en una lid. Decenas de hombres y oficiales de la merindad de Busturia discutían iracundos a la par que temerosos. Por su parte, los hijosdalgo y caballeros asistían impasibles a la disputa.

—¡No podemos hacer frente al rey don Alfonso! —dijo el alcalde.

—¡Bermeo no es una villa fuerte! —secundó uno de sus oficiales—. ¡No tenemos murallas ni fosos con los que defendernos!

—¡Oíd lo que han padecido los de Bilbao! —volvió a hablar el alcalde—. ¡Matarán a muchos! ¡Y si nos dañan los cultivos, los que sobrevivan pasarán gran hambre! ¡¿Y qué habremos logrado?!

—¡Hablad, hidalgos! —rogó un vecino, contrario a esas razones, viendo la indolencia que estos mostraban—. ¡Vuestra voz debe oírse!

Uno de los caballeros se adelantó, colocándose en el centro del gentío.

—Todos tenéis razón, buenos hombres. No podemos defender Bermeo y, aun así, debemos hacer frente al rey don Alfonso, por guardar el derecho de doña María Díaz, nuestra señora.

—¿Y qué aconsejáis? —preguntó el alcalde—. ¿Dónde os pertrecharéis?

—Allí —respondió el hijodalgo, señalando el océano.

Pero no se refería a las aguas del golfo de Vizcaya, sino a la peña de San Juan; una gigantesca roca a dos leguas de la villa, alzada sobre el mismo mar, unida a la costa tan solo por un estrecho pasillo de piedra natural.

Al día siguiente, los hijosdalgo y caballeros fueron despedidos tanto por jóvenes como por viejos. Así hombres como mujeres les dedicaron sus mejores y más sentidas bendiciones, elevando por ellos plegarias al cielo. Muchos besaron sus manos y rostros mientras lloraban de pena y emoción. La mayoría cargaban sus acémilas con viandas, verduras, harina, sidra y todo de cuanto podían proveerlos, sin antes pensar en sí mismos.

A primeros del mes de junio, el rey don Alfonso entró en Bermeo. Las gentes de la villa lo acogieron, pidiéndole por merced que les guardase la vida y no les hiciera mal en los parrales, ni en los panes ni los manzanos. Razonable demanda que el soberano otorgó.



Don Alfonso había tomado las villas más notables de Vizcaya y recorría ahora ufano con sus privados y clerecía las calles de su nuevo Señorío.

El monarca caminó hasta la iglesia de Santa María de la Atalaya, donde se habían congregado para recibirle los mandatarios y vecinos de la villa. Don Alfonso los miró a todos y cada uno, comprobando que solo tenía ante sí a viejos, mujeres, mancebos y pescadores.

—¿Dónde están vuestros hidalgos?! —chilló el rey a los presentes, girando sobre sí mismo—. ¡Nada debéis temer! ¡No me habéis afrentado ni causado daños! ¡Salid ahora y rendidme pleito homenaje!

Pero no hubo respuesta a esa orden, ni alma alguna surgió de las casas ni de la iglesia.

—Os están esperando, señor —se oyó débilmente al otro lado de la plaza, pareciendo que la que había hablado era una mujer de mucha edad.

El rey don Alfonso se volvió hacia el origen de esa voz, retirándose gentes, oficiales y clérigos. Se trataba, en efecto, de una anciana que reparaba una red de pesca, sentada tranquilamente sobre un cesto, como ajena a todo. El justicia mayor y el guarda mayor de don Alfonso fueron a donde la redera. La cogieron por los brazos y arrastraron varios pasos, echándola a los pies de su señor.

—¿Qué has dicho? —susurró el soberano.

La anciana levantó la cabeza, guiándose por su oído, pues era ciega, mostrando unos ojos blanquecinos. Eso no conmovió lo más mínimo a don Alfonso, que se acercó a ella y repitió la pregunta.

—¿Qué me has dicho?

Una ráfaga de viento del norte acarició el rostro ajado de la redera, permitiéndole saber con claridad, por el olor y frescura que traía, dónde se hallaban los hidalgos.

—Os están esperando, señor —repitió la anciana, señalando el mar, mirando al soberano con esos viejos ojos muertos, mientras él dirigía los suyos al océano—. Os están esperando.

## Castilla

En las comarcas de ese Reino, el implacable sol de agosto abrasaba los campos y cuerpos de bestias, hombres y mujeres. Doña María Díaz, recluida en sus aposentos del alcázar de Lerma, procuraba aislarse del temor y resignación imperantes en la villa, manteniendo su mente ocupada en la lectura o los trabajos manuales. Esa mañana, la dama retomó la obra de don Juan Manuel, quien, no hacía ni una semana, había hecho llegar a Lerma los últimos pergaminos de su libro, junto con varias cartas para don Juan Núñez.

—«Hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo así:

—Mi buen Patronio, tengo un amigo muy poderoso e ilustre del que hasta ahora solo he recibido favores, pero algunos me dicen que no solo he perdido su estima, sino que, además, busca ocasión para ir contra mí. Por eso tengo dos grandes preocupaciones: si se levanta en mi contra, me puede ser muy perjudicial; y si, por otra parte, descubre mis sospechas y mi alejamiento, él hará otro tanto, por lo cual nuestras desavenencias irán en aumento, rompiéndose nuestra amistad. Y por la gran confianza que siempre me habéis merecido, os ruego que me aconsejéis lo más prudente para mí en este asunto.

—Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, para que podáis quitaros de todo eso, me gustaría que narraros lo que les sucedió al león y al toro.

El conde le rogó que se lo contara.

—Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, el león y el toro eran muy amigos y, como los dos eran muy fuertes y poderosos, dominaban y sometían a los demás animales; pues el león, ayudado por el toro, reinaban sobre todos los animales que comen carne, y el toro, con la ayuda del león, lo hacía sobre todos los que comen hierba. Cuando todos los animales comprendieron que el león y el toro los dominaban por la ayuda que se prestaban el uno al otro, y que ello les producía graves daños, hablaron entre sí para ver la forma de acabar con su tiranía. Entendieron pues que, si lograban desavenir al león y al toro, podrían romper el yugo de su dominio, por lo cual los animales rogaron a la zorra y al carnero, que eran los privados del león y del toro respectivamente, que buscasen el medio de desbarataran su alianza. La zorra y el carnero prometieron hacer cuanto pudiesen para conseguirlo.

La zorra, consejera del león, pidió al oso, que es el animal más fuerte y poderoso de los que comen carne después del león, que le dijera a este que el toro hacía ya tiempo que buscaba hacerle mucho daño, por lo cual, y aunque no fuera verdad, pues se lo habían dicho hacía ya varios días, debía estar precavido. Lo mismo hizo el carnero, consejero del toro, al caballo, que es el animal más fuerte entre los que se alimentan de hierba después del toro.

El oso y el caballo dieron este aviso al león y al toro, que, aunque no lo creyeron del todo, pues algo sospechaban de aquellos que eran casi tan fuertes como ellos, creyendo que buscaban su desavenencia, no por ello dejaron de sentir cierto recelo mutuo».

Doña María dejó de leer, hastiada y malhumorada. Creía que encontraría algo de asueto y distracción en esa lectura, por parecerle en su inicio un relato similar a las *Bucólicas* de Virgilio o las *Fábulas* de Esopo, pero parecía que en aquella tierra y bajo la gracia e ingenio de aquellas mentes, incluso los animales creaban alianzas y conspiraban los unos contra otros para alcanzar el poder. Sin duda, esa obra era fiel

reflejo de la naturaleza de su autor, y ya había aprendido de ambas todo cuanto necesitaba.

En el salón, don Juan Núñez leía y escribía cartas, tanto a aliados como a rivales, hasta que fue interrumpido por uno de sus criados.

—Mi señor —dijo el escudero Gutier Díaz de Sandoval, presentándose ante él—. En el puente aguarda un hombre del rey. Dice ser don Martín Fernández Portocarrero.

—Hazle entrar, Gutier —mandó don Juan.

El del linaje de los Lara salió al patio, donde esperó para recibir al mandadero de la Casa del rey que él mismo había solicitado como mediador. No sabía en quién del bando real podía confiar, ni qué consejos creer, pero sí sentía que ese mancebo, respetado, cuerdo y entendido, que se había criado junto al propio soberano, al menos, no le mentiría.

Al tenerse frente a frente, se estrecharon los brazos de forma sincera pero adusta, no deseando mostrar en público más cordialidad de la debida.

—Martín —dijo don Juan Núñez, agrado en el fondo por ver de nuevo ese rostro amigo.

—Salud y gracia, don Juan.

—Seguidme...

Los jóvenes señores entraron al salón, sentándose a la mesa. Varios criados les sirvieron bebida y una comida más frugal y modesta de la que habría sido habitual en tiempo de paz.

—Mis mejores deseos para vuestra esposa —dijo el emisario del rey.

—Que Dios la guarde. ¿Y qué hay de vos, Martín? Ha llegado a mis oídos que os habéis casado.

—Así es, don Juan. Con doña María Tenorio, señora de Moguer.

—De modo que ahora sois señor de Moguer además del de Villanueva del Fresno.

—¿Para qué nos desposamos si no? Vos lo sabéis mejor que yo.

—Habéis dicho que vuestra esposa se apellida Tenorio ¿No será acaso familiar de Alfonso Jofre Tenorio, el almirante mayor?

—Es su hija.

El del linaje de los Lara tomo un sorbo de vino antes de continuar hablando.

—Vuestro rey ataca mis tierras y vuestro suegro sin duda hace lo propio con mis villas de la costa. No sé si nuestra amistad podrá perdurar...

Martín Fernández sonrió levemente por esas palabras burlonas.

—Don Juan, me habéis llamado, no solo por la amistad que nos une, sino porque es por todos conocido que soy hombre que siempre vela por poner paz y luchar con la palabra. Pero tengo que deciros que no será tarea fácil lograr que volváis al servicio del rey. Don Alfonso está muy quejado y sañado con vos.

—No tendría sangre en las venas si no lo estuviera, Martín. Pero tampoco es estúpido. Conoce sus fuerzas tanto como las mías. Don Alfonso sabe que yo podría enviar mandaderos a don Juan Manuel para que tuviera hablas con el rey de Portugal o el de Aragón, y que sean en mi ayuda, entablen pleito con él o le hagan guerra desde sus lugares. Y el que le haya placido vuestra venida aquí, es muestra sobrada de que desea apaciguarme a su servicio.

—¿Sabéis que ha matado a Juan Alfonso de Haro? —dijo Martín, para atajar la confianza y soberbia con la que don Juan Núñez hablaba.

—¿A Juan Alfonso de Haro?... ¿Cuándo? —preguntó don Juan, disimulando el desasosiego que le invadió.

—Al regresar de Vizcaya... En un lugar llamado Agoncillo, a unas tres leguas de Logroño. Lo mandó llamar a su presencia y, cuando lo tuvo delante, le dijo la querella que tenía de él por los dineros que le robó de Burgos. Le mostró también cartas suyas que tenía en su poder y que iban dirigidas a vos y a don Juan Manuel. Después, lo mandó matar.

—Qué necedad... Ir a presencia del rey tras haberlo afrentado de ese modo. Pero no me maravilla esto. Don Alfonso juzga y manda matar por traidores a sus naturales solo por tirar piedras a su escudo o pendón. ¿Sabéis que también estuvo a poco de darme muerte a mí en Villaumbrales?

—No lo supe entonces, ni puedo afirmarlo ahora.

—Decidme ¿fuisteis a Vizcaya con el rey?

—No. Permanecí en la Corte.

—No moró mucho allí. ¿Tan poco resistió esa tierra?

—El rey debió dejar Vizcaya como dejó Gibraltar, don Juan. Le urgía regresar a Castilla.

—¿Pero, se apoderó de ella?

—Se dice que los hidalgos de la Tierra Llana y las villas lo acogieron como señor en Gernika, pero no pudo tomar los castillos.

Oír aquello revivió el ánimo de don Juan Núñez.

—¿No los tomó?

—Don Alfonso deseaba cobrar todos o alguno si pudiera. Pasó ante uno muy fuerte y bien pertrechado. Lo llaman... *Unceta*, o algo parecido. Pero decidió no atacarlo, porque sabía que el cerco sería largo. Y cuando llegó a Bermeo no encontró hidalgos allí, pues todos estaban refugiados en una peña cercana, llamada San Juan.

—¿Una peña?

—Los que fueron con él me dijeron que es una gran roca cercada toda por la mar, salvo una estrecha entrada. Dentro había y aún debe haber mucha buena compañía de hombres hijosdalgo con homenaje por vuestra esposa, doña María. Don Alfonso, al no poder tomarla con fuerza de

gentes, asentó su real a la entrada de la peña y mandó llevar ingenios con los que combatirla. Moró allí un mes, pero tampoco pudo cobrarla en ese tiempo.

—¿Y se retiró?

—Sí. Viendo que la entrada a esa peña es tan estrecha, y que con muy pocos hombres podía mantenerse el cerco, don Alfonso dejó allí a algunos caballeros para que la guardasen. Temía que vos y don Juan Manuel os ayuntarais contra él, andando por la tierra y haciéndole daño en sus comarcas.

—Los castillos de Vizcaya siguen en nuestro poder, entonces —pronunció el de los Lara, con deleite.

—Don Juan, no sé con qué fuerzas creéis contar, pero don Alfonso, desde que se partió de esta villa, ha cercado varios lugares vuestros y de vuestra madre, doña Juana. Peña Ventosa, Villafranca, Montes de Oca y también Busto de Bureba están siendo combatidas mientras hablamos, si no han caído ya.

—No perdáis el tiempo diciéndome lo que ya sé, don Martín. Porque lo que también sé, es que el rey tiene a sus villas en gran afincamiento de pobreza por los muchos tributos que sus gentes han pechado para la guerra contra los moros.

—Y por los muchos robos, tomas, daños y males que han recibido en la guerra que vos y don Juan Manuel le habéis hecho.

—Desde luego que sí, don Martín —dijo don Juan, inclinándose hacia su invitado—. Yo mismo y en persona procuré que esos daños fueran cuantiosos.

—Don Juan... ni el rey ni vos deseáis ni podéis seguir sufriendo los males que mutuamente os causáis. Es menester que pongáis fin a esta disputa.

—Os daré cartas selladas con mis razones, pero la principal es esta: Que el rey me deje desembargadamente el señorío de Vizcaya y que no se llame más en sus cartas «señor de Vizcaya», como hasta ahora hace.

—Me dijo que pediríais eso...

—Y ahora que ha fracasado en su intento por conquistarla le será más fácil renunciar a ella, pues no se puede conservar lo que no se tiene, ¿no es cierto, don Martín?

—No brindéis por ello tan rápido. Si los caballeros que ha dejado don Alfonso rinden San Juan de la Peña, esa nueva se extenderá como el viento por el Señorío, y puede que el resto de castillos se entreguen sin lucha, pues no hay en Vizcaya lugar más arduo de tomar que ese.

—Brindo igualmente, don Martín, pues veo en vuestros ojos la misma premura con la que el rey os ha enviado aquí.

Ambos señores pudieron solazarse una vez dichas sus razones y acordadas las posturas, hablando el resto de la noche de asuntos mundanos.

Doña María no recordaba haber sentido llegar a su esposo ni meterse en el lecho, pero al ser molestada por el sol y abrir los ojos, le vio a su lado. Antes si quiera de haber podido habituarse a la luz del nuevo día, su mente ya había prendido como la hojarasca, pensando en qué le habría dicho el emisario real, y en todo lo que estaría aconteciendo más allá de esos muros y fosos. Le costaba silenciar las tantas y tan malvadas voces que se agolpaban en su interior, engendrando malos pensamientos y un continuo pesar.

Al cabo de una hora, el del linaje de los Lara se despertó, desperezándose.

—¿Habéis tenido un sueño plácido, don Juan?

—Siempre es plácido el sueño tras una larga noche, doña María. El despertar y lo que viene después, no tanto.

—Señor ¿qué os dijo el hombre del rey? Ese tal Martín Fernández.

—Salgamos, señora. Hace un buen día —contestó él, sabiendo que no podría alongar mucho tiempo la respuesta.

Don Juan y doña María abandonaron la estancia, subiendo a la muralla, para que el sol calentara sus cuerpos. Desde ese lugar se contemplaban todos los tejados de las casas de Lerma y buena parte de la comarca, pero también a los hombres puestos por el rey don Alfonso para que ningún alma pudiera entrar ni salir de la villa.

—En verdad esta mañana es espléndida —dijo doña María, deseando que su esposo le hablara, en vez de solo caminar.

—El rey partió a Vizcaya —dijo don Juan, sin tapujos.

Doña María sintió como si su corazón dejara de latir.

—¿A Vizcaya? —repitió la del linaje de los Haro, trémula, sin poder creerlo—. ¿Y qué ha ocurrido, esposo?

—Según parece, los de la Tierra Llana y las villas le tomaron por señor.

—Oh, Dios mío —exclamó doña María, cayendo al suelo de rodillas, tapándose el rostro para que el llanto que no pudo reprimir, no se escuchara.

—No os aflijáis, señora —prosiguió hablando, indolente, don Juan—. Vuestra abuela hizo una buena tarea. Los castillos del Señorío estaban tan bien pertrechados y guardados por tan buenos hidalgos, que el rey don Alfonso no pudo cobrar ninguno. Ni siquiera tras cercar y combatir uno de ellos durante un mes. Una peña llamada San Juan.

—Dios mío. —Doña María continuaba tan dolida que parecía no haber escuchado esto último—... Lo he perdido... lo he perdido todo.

—¿Acaso no oís lo que os he dicho? —habló aquí don Juan, con tono severo—. El rey don Alfonso no ha tomado los castillos. En todos continúa ondeando vuestra enseña.

—¿Y qué importa eso? —dijo la dama entre sollozos, de forma casi ininteligible—. Son solo piedras... He perdido la lealtad de los vizcaínos.

—¿Piedras? —respondió don Juan, ahora con indignación y rabia, tomándola por los brazos—. ¡¿Piedras decís?! ¡¿Acaso llamáis a este lugar, simples piedras?! ¡Mirad allí! ¡Erguíos y levantad la cabeza! ¡Mirad a vuestro alrededor!

—¿Qué queréis que mire? —preguntó ella, incorporándose, con los ojos cegados por las lágrimas.

—A cualquier parte... ¿Creéis que el rey don Alfonso es dueño de mi solar porque se enseñoreé de él? ¿Porque yo me halle aquí sin poder andar libremente? Eso que veis, señora, es tierra. No, *la tierra*. Yo soy *la tierra*. Su único y verdadero dueño. Y vos también. Vos sois Vizcaya, y yo, como vuestro esposo, su legítimo señor. Y mientras estas piedras nos mantengan a salvo, solo debemos esperar a que caiga ese cerco para recuperarla...

—Sí... don Juan —murmuró la dama, sin convicción.

—Vayamos ahora al salón —pidió él, con tono afable, comprendiendo el sentir de su esposa, quien no estaba habituada a tales escenarios ni sucesos—, mi madre nos aguarda.

A medida que descendían por las escaleras de la torre, doña María pareció asimilar y comprender las palabras de su marido, y algo más repuesta y entrada en razón, habló con serenidad.

—Don Juan ¿habéis dicho que hay hidalgos en San Juan de la Peña?

—Así es, señora. Es el único bastión de Vizcaya que aún está siendo combatido. Nuestras esperanzas de conservar todas las fortalezas del Señorío radican en los que lo guardan. ¿Conocéis ese lugar?

—Lo conozco.

—Y decidme, ¿es tan fuerte como para resistir un asedio con ingenios durante largo tiempo?

—Si esos hidalgos tienen alimentos con los que mantenerse y su voluntad de servirme es férrea... solo la mano de Dios podría sacarlos de allí.

—Recemos entonces, esposa mía, para que la voluntad de vuestros hidalgos y la del Todopoderoso, sea la misma.

Esa tarde, la del linaje de los Haro se refugió en la capilla. Llegó hasta el altar, se arrodilló, entrelazo las manos en alto, por encima de su cabeza y comenzó a orar y, al poco, a llorar.

—Señor, no me abandones... Ten piedad ahora... No puedo soportar esta carga. No soy tan fuerte...

Doña María oyó abrirse la puerta y unos pasos que caminaban hacia ella. Se secó ojos y rostro, y retomó la oración.

—Mi señora —dijo Oneka, arrodillándose a su lado.

—¿Qué haces aquí?

—Os vi junto a don Juan en la muralla. Caísteis al suelo como lo estáis ahora. ¿Qué es lo que os dijo que os turbó tanto?

—¿No puedes esperar a que termine mis oraciones para importunarme?

—Doña María... sé que no estáis rezando. Y al visitar don Juan Núñez vuestros aposentos con tanta frecuencia, ya no podemos hablar largamente como hacíamos antes.

—Es que siento... que no hay nada que pueda reconfortarme.

—Pues debéis hallar algo que os infunda fuerzas. No podéis flaquear ahora.

La dama se incorporó, y tanto ella como Oneka tomaron asiento en un banco.

—Vizcaya obra en poder de don Alfonso —se lamentó de nuevo doña María.

—No es eso lo que he oído, mi señora.

—¿Y qué has oído?

—Que los castillos continúan en vuestro poder.

—¿Has podido escucharnos en la muralla desde tu cuarto?

—No, mi señora. No ha sido esta mañana cuando he sabido eso, sino ayer, mientras don Juan hablaba con el hombre del rey.

—¿Los escuchaste a escondidas?

—Sí, doña María.

—¿Sin que yo te lo mandara?

—Supuse que debía hacerlo. Y os diré algo más. El hombre del rey partió con la promesa de que don Juan volvería a la merced de don Alfonso, siempre y cuando este renunciara a llamarse «señor de Vizcaya» y entregara el Señorío. Y por el buen talante que vi en ellos, hay muchas y buenas razones para creer que ese pleito culminará felizmente.

—¿De veras crees eso?

—Sí, doña María. Nuestro encierro aquí puede ser cuestión de días.

—Pero hay un lugar en Vizcaya que sigue siendo combatido; San Juan de la Peña. Si los hombres del rey lo toman...

—Lo sé. Lo sé, mi señora. Pero nada podéis hacer por esos buenos hijosdalgo, más que dedicarles vuestras oraciones.

—Quisiera poder enviarles cartas, y, con ellas, mi gratitud y aliento. Darles esperanzas y decirles que nunca señor se vio más cumplidamente pagado por un vasallo, como yo lo estoy de ellos.

—Doña María, pensad que, aunque un mandadero pudiera sortear este cerco, aún debería llegar a Vizcaya y penetrar en la peña, que estará muy bien guardada por los caballeros del rey.

—Pero... si algunos hombres fueran por mar...

—Doña María, no me cabe duda de que estáis en las oraciones de esos hidalgos, tanto como ellos en las vuestras. Sosegaos ahora. Mandaré a Juana que os prepare un caldo de carne...

Doña María quedó de nuevo en soledad, ciertamente, algo más sosegada, y las voces de su interior, algo más aquietadas.



Al día siguiente, los de Lerma vieron acercarse al puente a un mandadero del rey don Alfonso, vestido con hábito de monje. Don Juan Núñez y sus leales escuderos, Gutier Díaz de Sandoval y Gómez Gutiérrez de Sandoval, aguardaban sobre el mirador de la puerta de la muralla.

—Es un clérigo —dijo Gutier Díaz.

—Puede ser una treta —respondió don Juan Núñez—. Bajad y padle las ropas para aseguraos de que no lleva armas ocultas.

—Aguardad, mi señor. Miradle bien —pidió Gómez Gutiérrez—. Conocemos a ese hombre. Es fray Alfonso, el prior de San Juan.

—Dejadle entrar pues —consintió el del linaje de los Lara, tras comprobar que su criado decía verdad.

Las puertas se abrieron, permitiendo el paso al enviado del rey, siendo conducido hasta el salón, donde ya aguardaba don Juan Núñez.

—Don Juan —habló aquí el clérigo—. Soy el prior de la Orden de San Juan, fray Alfonso Ortiz.

—Nos conocimos hace tiempo, prior. Sentaos. ¿Queréis beber agua o vino?

—Os lo agradezco, don Juan, pero no deseo privaros ni de una cosa ni de la otra.

—De ambas estamos sobrados a pesar de lo que se rumoree en el cerco, pero si no queréis beber conmigo, decidme entonces la mensajería que traéis.

—El rey don Alfonso acepta de buen grado dejaros desembargadamente Vizcaya, y no llamarse más en sus cartas «señor de Vizcaya». Pero, a cambio, vos deberéis servirle bien, leal y verdaderamente, así como sirve vasallo leal a su señor, no tomando en adelante ninguna cosa de su tierra, ni haciendo mal ni daño en ella. Y por guardar estas posturas, don Alfonso os pide que le deis en rehenes hombres hijosdalgo que sean vasallos vuestros; que le entreguéis el castillo de Ferrera para que lo derribe y el de Aguilar de Monteagudo, que es en las montañas de tierra de León; así como Castroverde de Campos y Aguilar de Campos, lugares que habéis heredado por el casamiento con doña María Díaz, vuestra mujer, que fueron de doña Isabel, su madre.

El del linaje de los Lara meditó la propuesta en silencio. No necesitaba hacerlo para aceptar, pero deseaba hacerse de rogar.

—Consiento lo que pedís —respondió al poco—. Por estas razones fincaré asosegado en la merced del rey.

—Bien, don Juan. Don Alfonso se sentirá muy complacido, más aún cuando os demanda para ir a la guerra.

—¿A la guerra? ¿Contra los moros?

—Contra los navarros.

—¿Los navarros? —preguntó don Juan, extrañado—. ¿El rey don Felipe nos hace guerra?

—Su rey, no. Don Felipe tiene muchas tierras y condados en Francia y no puede estar de continuo en Navarra. Es por ello que, como sabéis, nombró a un caballero por gobernador de ese Reino, llamado Enrique de Sully. Este Enrique ha tomado muy gran malquerencia con los castellanos, y hace todo cuanto puede por provocar guerra entre Castilla y Navarra.

—¿Y eso inquieta a don Alfonso? Los navarros son pocos para contender con los castellanos. Al tal Enrique debe fallarle el seso. Además, fue botiller de Francia, si no recuerdo mal. Habrá pasado demasiado tiempo en las bodegas probando los caldos de esa Corte.

—Por eso procuró emparentar a su señor, don Felipe, con la casa real aragonesa, y que así, Aragón sea en su ayuda contra Castilla. Al igual que vos, don Alfonso ve a Enrique como un hombre sin seso, y hace mucho por escusarlo, diciéndole que, si los navarros han recibido algún tuerto de nuestra parte, él se lo enmendará. Pero ese hombre no quiere atender a razones. Desde hace tiempo manda prender y tomar todo cuanto puede de lo que hay en tierra de Castilla, y su osadía ha llegado al extremo de enviar gentes que han entrado por la fuerza en el monasterio de Fitero, diciendo que es del reino de Navarra.

—No temáis por esas escaramuzas. El rey de Aragón está mal doliente y no tardará en llegarle la muerte. No apoyará a los navarros en esto.

—Él no, pero su hijo primogénito y heredero, sí. El infante don Pedro ya ha enviado a Tudela, por demanda de Enrique, a don Lope de Luna, el más poderoso ricohombre de Aragón, y con él, hombres de a caballo en número de hasta mil quinientos. Esas compañías, sin razón y sin derecho, entran a correr y hacen daño en nuestras comarcas fronterizas. Es por esos males y desaguisados que recibimos, que don Alfonso os ruega que seáis vos quien acaudilléis sus fuerzas en esta lucha.

Don Juan guardó silencio. Ahora sí requería tiempo para meditar la contestación.

—Don Alfonso no me necesita, prior. En su Casa tiene vasallos más poderosos y más hijosdalgo que ese Enrique de Sully. Cada uno de ellos podría lidiar con el mismo rey don Felipe.

—Decís verdad, don Juan. Pero si le servís ahora, el rey os hará señalada merced, dará caballeros y escuderos de su mesnada y muy buenos sueldos para las gentes que vayan con vos.

—Fray Alfonso...

El clérigo hizo una señal con la mano al mancebo para que aguardara, pues no había concluido de contar lo que recibiría a cambio de tal servicio.

—Y os dará por heredad: Villalón, Moral de la Reina y la villa de Santa Gadea.

—Fray Alfonso... ya he oído vuestra mensajería y os digo que no dejaré Lerma, ni me veré con el rey, ni iré ante su persona.

—Don Juan, no tenéis motivos para recelar de...

—Tengo motivos sobrados para recelar y ser muy temeroso del rey. —Fue ahora el del linaje de los Lara quien interrumpió al clérigo—. Si tomo camino a Tudela y entro en las villas de don Alfonso, me mandará prender.

—Don Juan... —comenzó a hablar el prior, sin saber qué decir.

—Poned la mano sobre la cruz que portáis, y aseguradme como debéis en nombre del rey, que no es esa su voluntad oculta. —El clérigo escondió los ojos, no dando a don Juan la seguridad pedida, poniendo así fin al encuentro—. Id con Dios, prior...

—Que Él os guarde, don Juan —se despidió el religioso, levantándose y dejando la estancia.

Durante horas, don Juan permaneció en el silencio y soledad del salón, saboreando el vino de una de las últimas barricas de la casa. Quietud que fue rota por la llegada de su esposa.

—Don Juan ¿Os encontráis bien? —preguntó la dama.

—Sí, doña María.

—Habladme entonces, señor. ¿Habéis acordado posturas con el prior?

—Todo era un embuste.

—¿Un embuste? —repitió ella, con aflicción.

—Don Alfonso nunca ha tenido voluntad de reconoceros a vos como señora de Vizcaya, ni de asosegarme a mí a su servicio. En su mente solo anida un deseo... la venganza.

—Oh, don Juan, ¿y qué haremos ahora?

—No temáis señora, es otro frente el que ahora ocupa a don Alfonso. Tiene que partir sin demora a la guerra contra los navarros y el infante don Pedro de Aragón. Pensándolo bien, habría merecido la pena arriesgar la vida acudiendo en su compañía solo por ver a ese menesteroso pedir dineros prestados para el mantenimiento de sus vasallos y hueste.

—Tampoco nosotros somos ahora un dechado de opulencia.

—Es cierto... Hace tiempo os dije que nuestros antepasados se enorgullecerían de nosotros. Ahora, pienso que nos repudiarían.

—Recuerdo esas palabras. Las pronunciasteis a orillas del río. Es gracioso y trágico a la vez. Algo tan sencillo como holgar en la ribera del Arlanza, esperando que vuestros criados traigan pesca... es ahora un sueño imposible.

—Sí, pero así son las guerras. Un día tenemos lo que muchos no se atreven ni a soñar, y al siguiente envidiamos lo que cualquier siervo hace por costumbre.

Doña María abrazó a su esposo, que continuaba sentado, el cual correspondió el gesto con tibieza, quedando los dos mirando a la nada.

El verano dio paso a uno de los otoños más fríos que se recordaban, siendo aciago precursor del temido invierno.

Uno de esos gélidos amaneceres, doña María fue despertada por fragor de gritos y entrechocar de hierros, abriendo los ojos con pesadez. Unos ojos tan marchitos como los campos que rodeaban Lerma. Miró a su lado, pero don Juan no estaba con ella. Su corazón se agitó, salió de la cama y, al incorporarse, se sintió mareada y presa de una gran debilidad. Sus piernas flaquearon y se tambaleó, faltándole poco para caer sobre la cama o el suelo. Con calma y tiento, se apoyó en la pared, caminando con paso lento hasta llegar a la ventana. Lo que sus ojos vieron, la tranquilizó, ya que no parecía que ningún enemigo hubiera penetrado en el castillo.

Don Juan Núñez había ordenado preparar una tabla redonda en la que realizar justas, para que sus caballeros y gentes se ejercitaran y no perdieran el uso de las armas. Lo que había despertado a doña María era tan solo un duelo entre dos hombres cubiertos con lorigas y capelinas, que luchaban a espada sobre una suerte de gran mesa circular, intentando, ya a empujones o mandobles, echar fuera al contrincante.

—Doña María —dijo Oneka, entrando en los aposentos.

—Entra, Oneka —respondió lánguidamente doña María.

—Mi señora, ¿os encontráis bien? —preguntó la criada, al ver a doña María recostada contra la pared.

—Sí... solo... solo me he desvanecido por un instante.

Oneka tocó la frente a su señora, viendo su rostro más pálido que de costumbre, comprobando que se hallaba enferma.

—Estáis ardiendo, doña María —habló inquieta Oneka—. Acostaos ahora.

La del linaje de los Haro no necesitó que Oneka le pidiera eso dos veces, echándose de nuevo.

—Estoy bien. Solo me han fallado las piernas al levantarme.

—Llamaré a vuestro esposo...

—No —pidió doña María, con un hilo de voz—. Está ocupado en sus quehaceres. No te vayas...

La sirvienta obedeció, sentándose en la cama junto a su señora, tomándole una mano.

—Doña María, padecéis calenturas. Dejad que avise a doña Juana, vuestra suegra, o a un físico.

—No... me repondré... solo he tenido malos sueños...

—Yo también. Es difícil soñar con cosas hermosas en este tiempo y lugar.

La del linaje de los Haro miró por la ventana, imaginando que ese cielo era el de Vizcaya, y el cruce de espadas, el que mantenían sus hijosdalgo con los caballeros del rey don Alfonso.

—¿Y en San Juan de la Peña? —susurró la dama.

—¿Qué decís, doña María?

—¿Crees que los que están cercados en San Juan de la Peña soñarán con que llegue junto a mi esposo para socorrerlos?

—Lo desconozco, mi señora, pero podríais intentar imaginarlo, como si fueran los dueños de un cantar. Ocupad vuestro tiempo en ello, no en la penitencia ni el ayuno, ni siendo presa de la desolación.

—No te he pedido consejo sobre mí, sino sobre ellos...

—Mi señora, esos hidalgos nacieron para cumplir con un cometido, y vos, con el vuestro. Si queréis hacer algo por ellos... si de verdad deseáis corresponder su servicio, debéis manteneros sana.

—No puedo evitar pensar... que cada día que yo estoy aquí, viendo pasar el tiempo y las estaciones a través de una ventana, ellos padecen grandes privaciones y daños, sabiendo que en cualquier momento puede llegarles la muerte.

—Doña María... sé que no debería, pero he cogido esta carta de la mesa de vuestro esposo. Permitidme que os la lea.

—¿Una carta? ¿Lees las cartas de mi esposo?

—Le traen y manda cartas cada semana. Cuando está ausente yo las leo, pero solo para saber si hay nuevas de Vizcaya o si pleitea o mercadea con el Señorío a vuestras espaldas.

—¿Y de quién es esa carta que tienes?

—De don Juan Manuel. Habla de las luchas que hay con los navarros. Escuchad: Y pues que aquellos caballeros y ricos hombres, una vez cobrado el monasterio de Fitero y el castillo de Tudején, acordaron cómo entrar y correr el reino de Navarra, y hacer guerra por las mayores partes que pudiesen. Se partieron en tres haces, y entraron al reino de Navarra, andando por donde quisieron, haciendo mucho mal y mucho daño en los navarros. Y entrados los lugares, los quebrantaron, sacando muchas ropas, bestias y ganados, y llevándose cautivos hombres y mujeres. Y de estas entradas han hecho tres o cuatro. Y en este tiempo, los guipuzcoanos se han ayuntado, y tomado por su mayoral a un escudero que dicen: Lope García de Lezcano, y han entrado por el reino de Navarra, quebrantando y entrando en algunos lugares, llevándose todo lo que hallaron. Y llegaron a Ainsa, donde tomaron su castillo, y han hecho mucho mal y daño en el reino de Navarra.

—Lamento mucho todo eso.

—Lo sé, mi señora. Pero decidme, ¿creéis que Enrique de Sully, el gobernador de Navarra, que es quien ha provocado esta guerra y arrojado tantos males sobre sus súbditos, lo lamenta? ¿O solo piensa en pedir auxilio al rey don Felipe o a los aragoneses o gascones para continuar la lucha?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque es hora de que entendáis cómo es el mundo. No podéis seguir penando de esta manera por todo hidalgo, siervo, manceba y casi cualquier criatura de Dios que puebla la tierra. Este estado en el que os halláis sumida va a costaros la vida.

—Mi estado se llama compasión, y lo que siento, es piedad por mis semejantes... Aún hoy no me comprendes...

—Sois vos la que aún, a día de hoy, no se comprende a sí misma. A las personas como vos, no son solo sus malas obras las que las atormentan, sino también, en ausencia de ellas, su buen corazón.

—¿Mi buen corazón?

—Vuestro corazón, a falta de pecados que purgar o redimir, busca fuera de vos, males a los que poner buen remedio. Y no cesará en su empeño a menos que vos lo domeñéis. No, mi señora, no deseo que seáis mujer despiadada, pero tampoco podéis seguir siendo esclava de vuestro sentir. Debéis comprender que no podéis combatir todo el mal que hay en el mundo; ni el que se halla a cien leguas de aquí... ni, en muchas ocasiones, el que tenemos a diez pasos.

—¿Entonces, para qué vivir, si como señora no puedo hacer nada por mis vasallos?

—Porque es ahora cuando no podéis hacerlo. Pero, tal vez, sí mañana. Eso es lo que el corazón no comprende, ni comprenderá nunca. Y, por ello, es la razón la que debe imponerse. Porque de lo contrario, el corazón, en su desesperanza y para no seguir sufriendo, matará a la cordura y al cuerpo. Y vuestro bando no puede permitirse en este tiempo perder a más de los suyos.

—¿De qué bando hablas?

—De los que tienen buen corazón.

Doña María giró la cabeza y miró por la ventana.

—Vísteme, Oneka... y péiname —contestó al poco.

—Como mandéis, mi señora.

La dama acudió a la alcoba de su esposo, donde aguardó su llegada hasta que el del linaje de los Lara dio por concluidos los manejos de armas en los que había ocupado la mañana.

—Don Juan —dijo ella, al verlo entrar.

—Doña María —respondió él, sentándose en su mesa, que se hallaba repleta de papeles y pergaminos—. ¿Deseáis algo?

—¿Qué dicen las cartas, don Juan?

—¿Cuáles de todas, señora?

—Las que puedan concernirnos...

—La reina doña María ha encaescido un hijo varón —respondió con apatía don Juan, mostrando una de ellas—. El nombre del infante es don Pedro. Don Alfonso le ha dado su crianza a don Vasco Rodríguez,

maestre de la Orden de Santiago. Y según esta otra, que aún no he terminado de leer, la guerra contra los navarros se recrudece. El conde Gastón de Bearne, después de conocer las derrotas sufridas por navarros y aragoneses, ha ayuntado grandes compañías de gascones, llegando a la villa navarra de Viana. De allí salieron hacia Logroño, que se encuentra a dos leguas. Los de Logroño pelearon con ellos, pero tuvieron que retirarse.

Don Juan quedó pensativo, finalizando de leer la carta, mostrando gran asombro en su rostro.

—¿Qué ocurre, señor?

—Esto es increíble...

—¿Qué dice, don Juan?

—Los logroñeses huyeron a refugiarse al interior de su villa, cruzando en tropel el puente de San Juan. Todos, salvo un escudero, de nombre Día Ruiz de Gauna, el cual, viendo que hacían muy mal huyendo así, se detuvo en mitad del puente, presto a hacer frente a los gascones él mismo, en solitario...

—Continuad, don Juan.

—El conde y los suyos se dispusieron a atacar, pero entonces, una luz brillante surgió sobre ellos. Según dicen, la misma Virgen María, apiadándose del mozo, se apareció ante los gascones, quedando estos tan maravillados, que se retiraron sin dañar al escudero. Llamen a ese hecho «El milagro del puente de San Juan», y ya han comenzado a erigir una iglesia frente a la capilla de San Juan Ortega y consagrarla a Santa María.

—¿Es eso cierto? ¡Qué gran prodigio!

Don Juan guardó silencio unos segundos, mirando a su esposa.

—No, señora —reconoció el de los Lara, con malicia y condescendencia—. Los gascones llegaron al puente, mataron a ese estúpido escudero, y regresaron a Viana.

Doña María quedó confundida. Sentimiento que casi al instante se trocó en ofensa.

—¿Os habéis burlado de mí, don Juan?

—Señora, he visto las obras que leéis. Y el conde don Pedro me ha enviado escritos sobre los orígenes de mi linaje y del vuestro. Ya no sois manceba impúber. Es tiempo de que dejéis de ocupar vuestra mente con la existencia de ciervas blancas que hablan, mujeres con pies de cabra que vuelan, o supuestas apariciones milagrosas.

La del linaje de los Haro tuvo que contener la rabia, tanto por la mofa como por el posterior reproche. Solo su rostro enrojecido denotaba su irritación, la cual liberó de la forma más hiriente que pudo.

—Prefiero distraer en ocasiones mi mente con esos seres fantásticos, antes que causar males y daños a hombres, mujeres y niños reales, señor.

Don Juan se levantó, yendo hacia la dama. También su rostro y ojos mostraban un violento deseo, pero se contuvo, pues vio que la del linaje

de los Haro también ardía en su interior y, después de todo, era persona de mayor hidalguía que él.

—¿Cómo decís? —preguntó don Juan Núñez, esperando que doña María se disculpara.

—¿Hay nuevas de mi señorío de Vizcaya, don Juan? —respondió la del linaje de los Haro, como si no hubiera oído las palabras de su esposo.

—No, doña María... nada se sabe de mi heredad.

—Si las recibís, os ruego que me lo hagáis saber —contestó ella, retirándose.

Al entrar en su alcoba, doña María deseó acostarse, dormir y, puede, no despertar; pero la tensión le hizo caminar por el lugar en círculos, al sentir que su corazón y respiración se agitaban, y las manos y miembros se le agarrotaban. Tras unos minutos, se relajó, y cuando ya se disponía a acostarse, sus ojos repararon en el libro de *lais* de María de Francia. Hacía mucho que no lo veía. Se quedó mirándolo, hasta que las reticencias desaparecieron. Lo cogió y se lo llevó a la cama. Se metió en el lecho y comenzó a llorar, desahogando tensión y frustración.

La noche del cuarto día sin saber de su esposo, algo sobresaltó a doña María. Era un lejano rumor de pasos que merodeaban en el patio de armas, y otros que salían y entraban del castillo. Desde su ventana, vio a varias personas llegando al muro, las cuales subían con las manos vacías y retornaban con pequeños sacos. Otros, dejaban caer cubos atados con cuerdas al exterior, como si quisieran sacar agua de un pozo, y los recogían al poco, llenos de viandas, quesos o pellejos de vino. Esos movimientos la inquietaron tanto que fue al cuarto de sus sirvientas.

—Oneka. Oneka —dijo doña María, sacudiéndola hasta despertarla.

—Doña María, ¿necesitáis algo? —preguntó la criada, adormecida.

—Hay gentes en los muros. Están metiendo cosas de fuera. Algo se trama en Lerma.

—Doña María... No temáis. Son solo personas que reciben comida de parientes o amigos.

—¿Comida?

—Cada vez hay menos en la villa...

La del linaje de los Haro quedó consternada, no sabiendo qué decir. En silencio, regresó a su cámara como una sonámbula, metiéndose en el lecho.

Ya despuntado el día, Oneka entró a ver a su señora, sorprendiéndose al encontrarla sentada en la cama, con la mirada perdida en la ventana.

—Buen día, doña María. Os he traído un caldo.

—Cómelo tú.

—Ya he desayunado, doña María.



—Entonces, dáselo a algún criado de la casa.

—Mi señora...

—Vísteme, Oneka. Quiero salir.

—Bien, mi señora. La capilla está vacía ahora.

—No. Deseo salir del castillo. Quiero oír misa en la iglesia.

—¿En la iglesia?... Mi señora, no es prudente que salgáis ahora.

—Vísteme, Oneka —repitió la dama, sin dejar espacio a la negativa.

Doña María abandonó el alcázar por primera vez en tiempo, seguida por su sirvienta y varios criados y escuderos de su suegra, doña Juana. Se adentró en las calles como si fuera una más, pero pronto se percató de que recibía todas las miradas, aunque no sabía descifrar qué había en ellas. A medida que caminaba, veía que los puestos de mercaderías, antes rebosantes y entre los que apenas se podía transitar, habían desaparecido. Las gentes ya no se agolpaban en torno a buenas viandas, partes de animales, cubas de vino ni fanegas de trigo o centeno, sino que hacían largas colas frente a las casas de los que aún comerciaban con esos bienes. No pudo evitar compadecerse de aquellas personas, pero poco más podía hacer. Sin embargo, esa dura estampa quedó en nada, en comparación con la que halló al terminar de subir las escaleras que daban a la plaza de la iglesia, pues ante la puerta del templo, formando un largo y lastimoso pasillo, se agolpaban hombres y mujeres, así pequeños como mayores, pidiendo a los caballeros e hidalgos, más que limosna, pan o cualquier otro alimento.

Doña María dudó entonces qué hacer. No deseaba pasar ante esos mendicantes, pero tampoco podía seguir ocultando la verdad a sus ojos. Con paso calmado, se adentró entre los de Lerma, los cuales, al reconocerla, se postraron a sus pies, de rodillas, con los dedos entrelazados o las manos extendidas. Ella no tenía dádivas que ofrecerles, ni podía derramar sobre ellos lluvia de panes, como le hubiera gustado. Tan solo dejó caer, a la entrada de la iglesia, varias lágrimas que no pudo contener.

En el templo, la del linaje de los Haro apenas atendió a la misa. Durante todo el oficio no dejó de rogar al Altísimo por todas esas personas necesitadas. Al salir, las palabras y ruegos de los que aguardaban se hicieron más intensos. Doña María fijó la mirada en el suelo para evitar lacerarse más con un sufrimiento al que no podía poner remedio; y yendo tan protegida, que casi era ocultada por su compañía, pudo salir de entre esa lastimosa procesión.

—Quiero ir a un lugar apartado —dijo la dama a uno de los escuderos.

—Seguidme a la muralla norte, mi señora —contestó el criado.

Doña María, guiada por los de doña Juana, caminó por la almena que daba al río Arlanza. Desde allí, tenía una magnífica visión de buena parte de la comarca.

—Toda esta tierra parece igual —dijo doña María a Oneka, mirando a su alrededor—. ¿Cómo harán las gentes para saber dónde empiezan y acaban sus términos?

—Imagino que por varas, mi señora. En Vizcaya se hará de forma semejante.

—Sabes que en Vizcaya usamos como límites, montes, grandes piedras, arroyos o casas solariegas.

—¿Nunca habéis pensado que estas mesetas que veis fueron tal vez las que recorrió el Cid Rui Díaz en su destierro y andanzas? ¿No os aviva el ánimo poder estar en el mismo lugar que pisó el dueño de un cantar? Incluso, como le ocurrió a él, vos también sufrís ahora por la enemistad con un monarca castellano llamado don Alfonso.

—No es el Cid el que trae a mi memoria este asedio, Oneka, sino Amadís de Gaula...

—¿Amadís de Gaula?... ¿Y por qué él?

Doña María hizo memoria para poder recitar las palabras exactas que tantas veces escuchó siendo niña.

—«Aquella doncella ve a Amadís tan apuesto, y sabiendo las grandes hazañas que en la batalla hiciera, siente mucha piedad por él y por los otros. Pone entonces en un cesto un barril de agua, otro de vino y buenos panes, y colgándolo por una cuerda, se lo da, diciendo: “Tomad esto y guardad en secreto de dónde lo habéis sacado. Mientras yo pueda, tened por cierto que no sufriréis escasez”. Amadís mucho se lo agradece, y ella se va. Con aquello cenan y se acuestan en sus lechos, mandando a sus escuderos, que allí con ellos están, que tengan las armas bien cerca y a su alcance, que, si de hambre no morían, bien caras venderían sus vidas».

—No lo recordaba, mi señora.

—De manceba siempre soñaba con vivir algún día un cantar. Pero hay diferencia entre sufrir en carne propia las tribulaciones de esas gestas, que oírlas recitar, acostada en un lecho caliente y con el estómago saciado.

—Saldréis airosa de esto, doña María, pero debéis permanecer junto a vuestro esposo. Solo unidos lograréis llevar esta lucha a buen fin.

—¿Unidos? ¿Crees que al rey don Alfonso o al destino de esta guerra le importa lo más mínimo si don Juan y yo dormimos en la misma cama o en estancias opuestas del castillo?

—Bien... supongo que es lo que se dice en estas ocasiones. Deberíamos regresar al alcázar, doña María.

—¿A dónde si no podríamos regresar, Oneka?... No digas, regresar al alcázar, como si tuviera a mi alcance elegir otro lugar al que ir. Di sencillamente, regresar.

—Regresemos entonces, doña María.

Una vez en la fortaleza, la del linaje de los Haro no se refugió en su alcoba, sino que acudió a presencia de su esposo, deseando sellar la paz entre ambos una vez asosegados los ánimos.

—¿Puedo veros ahora, don Juan? —dijo ella, entreabriendo la puerta de la alcoba.

—Podéis, señora... Me han dicho que habéis ido a la iglesia.

—Así es.

—Y después a la tapia...

—Os han dicho verdad.

—No es prudente que os aventuréis en la villa.

—Mi sirvienta me aconsejó lo mismo. Pero perded cuidado, vuestra madre, doña Juana, se ocupó de que me acompañaran vuestros espías... quiero decir, vuestros escuderos.

Don Juan Núñez levantó la cabeza, mirando por primera vez a su esposa.

—No solo hay comunes e hijosdalgo aquí, señora, también buena pieza de malhechores. Y aunque saben que los colgaría de los muros para que sirvieran de alimento a los cuervos si os hicieran algún daño o enojo, podrían sentirse tentados de hacerlo. Y no andaría desencaminado si os digo, que incluso podría haber hombres de don Alfonso entre nosotros. Es por este recelo que, a partir de hoy, no dejaréis el castillo.

—No son solo los malhechores que trajisteis o los hombres del rey los que os inquietan, ¿no es cierto? He visto en las calles gentes rogando por un poco de pan y colas de enfermos de hambre.

—Los alimentos comienzan a escasear en las calles. Soy consciente de ello —dijo don Juan Núñez, volviendo a sus escritos—. Pero no temáis. Los mismos vasallos de mis solares que traen y sacan mis cartas de Lerma, meten también comida. No nos faltará de nada.

—Pero, don Juan, creía que las gentes del cerco solo cuidaban de vedar que salierais de Lerma para correr las comarcas del rey, no que pretendieran rendirnos por hambre.

—Así es, señora. Pero, como enemigos nuestros, nos procuran todo el mal posible siempre que pueden. Recordad que ya nos robaron el ganado, y mis siervos no pueden ir a cosechar los campos, ni tampoco hay mercaderes ni mulateros que se atrevan a entrar en la villa por miedo a ellos.

—Y además de a las gentes de Lerma hay que dar de comer a la compañía de hijosdalgo y malhechores de otros concejos que tenéis aquí ayuntada.

—Sí, doña María. Ellos también comen...

—¿Y qué haremos, señor?

—Confiar en que las privaciones de don Alfonso sean mayores que las nuestras...

—Dudo que eso sea posible.

—Puede que él tenga más viandas... pero no más aliados. Leed esto...  
—dijo don Juan, entregando una carta a doña María.

Con celeridad, la dama devoró el escrito.

—¿El rey de Portugal desea hacer guerra a Castilla? —preguntó ella, con asombro

—Tanto para poner casamiento de su hijo, el infante don Pedro, con doña Constanza, la hija de don Juan Manuel, enlace al que se niega don Alfonso, como para echar del lado del mismo don Alfonso a su manceba doña Leonor. Y para eso ha enviado cartas a muy buenos ricoshombres de Castilla y León, como don Juan Manuel, don Pedro Fernández de Castro, el portugués don Juan Alfonso de Alburquerque... y a mí mismo.

—¿Y qué respuesta daréis, señor?

—Ya la he dado; y también los demás. Todos hemos otorgado cartas firmadas y selladas con nuestros sellos, acordando la postura de ser en su ayuda. Yo apoyaré con mis fuerzas y villas al monarca portugués para hacer guerra en estos Reinos, hasta que don Alfonso levante el cerco, y me deje desembargadamente Vizcaya.

—Pero, don Juan —habló doña María, ahora con desesperación—. Ved en qué afincamiento de pobreza y soledad estamos. Vos mismo acabáis de reconocer que hasta se padece carestía de alimentos. Y todo por esta guerra...

—No os faltará alimento, señora —replicó él, entre dientes y con cierta vergüenza—. Os juro que, mientras viva, de nada tendréis ausencia.

—No me asusta el hambre, señor. Es la manera en la que porfiáis en la lucha lo que me aterra. Os habéis puesto al servicio del rey de Marruecos; después, ofrecido vasallaje al de Aragón; ahora, rendís pleitesía al de Portugal. Acaudilláis malhechores y encartados... y Dios sabe de qué actos terribles, de los que ni me he atrevido a hablaros, habréis sido responsable. ¿Y todo para qué?... Ved de qué guisa estamos.

—¿Y qué me aconsejáis, señora? ¿Que escriba más cartas con demandas? ¡Sois una ilusa! ¡Tomad! —espetó él, liberando frustración y cólera, tirando, a los pies de ella, papel y plumas—. ¡Escribid al rey don Alfonso! ¡Pero no olvidéis hacerlo en verso! ¡Y llevad esas cartas vos misma, montada a lomos de un grifo o de un unicornio!

—¡Seguid haciéndome mofa mientras podáis! —chilló también doña María—. ¡Porque a este paso que seguís, nuestros linajes morirán junto con nosotros entre estas piedras!

Al oír eso, don Juan volcó la mesa, iracundo como nunca antes le había visto la dama; cogió una silla y la arrojó contra la pared. Después, salió de la estancia dando un fuerte portazo.

Doña María quedó temblorosa, más por la ira, aunque también de miedo.

El del linaje de los Lara, una vez se hubo calmado, bajó al patio de armas y habló con su escudero Gutier Díaz de Sandoval.

—¿Hay aquí hombres emparentados con vasallos del rey, no es cierto? —preguntó don Juan Núñez

—Muchos, mi señor.

—¿Conoces a alguno que sirva en su misma Casa?

—Creo que un nieto o sobrino de García de Padilla es escudero de don Alfonso, don Juan.

—Dile que venga.

Al poco de irse Gutier de su lado, llegó ante don Juan Núñez un hombre corpulento, de barba y cabellos castaños que comenzaban a tornarse canos.

—Don Juan. Mi señor —dijo Alfonso García de Padilla.

—Mi buen Alfonso. Me han dicho que tienes un familiar al servicio del rey.

—Así es, mi señor. Un sobrino. Es un buen mozo llamado Gonzalo López.

—Siendo así, te pido que vayas como mi mandadero ante don Alfonso. Teniendo en su merced a tu sobrino, dudo que ose darte muerte, por mucho que me odie.

—Yo también lo espero, don Juan —respondió García de Padilla, esbozando una sonrisa cómplice.

El monarca castellano se hallaba por aquel entonces en el salón de su palacio de Valladolid, junto con sus privados y maestros de las órdenes de caballería.

Don Alfonso podía ser cruel e inmisericorde, pero también atender a razones, por lo que, siendo conocedor de las alianzas acordadas entre varios de sus ricos hombres y el rey de Portugal, cató manera de atraer a su servicio nuevamente a algunos de ellos. Cosa harto fácil cuando, en esa tierra, el honor y la palabra dada eran bienes tan baladís y quebradizos como las velas que los alumbraban. El rey envió mandaderos a don Pedro Fernández de Castro, con los que le recordaba los deudos que tenía en su merced, y cuánta honra y bien le había hecho, y que no habiendo cometido sobre él ningún yerro, entendía que no debía estar más en su contra, ni avenirse con el rey de Portugal ni con ningún otro. Y que, puesto que él tenía voluntad de hacerle más mercedes y honra, le rogó que fuera a esa ciudad.

Una vez ambos se vieron en Valladolid, pusieron pleito de casamiento entre el hijo de don Alfonso, el infante don Enrique, y doña Juana, hija de don Pedro Fernández. Tuvieron muy buenas palabras, y para guardar ese acuerdo, se dieron castillos en rehenes tanto de una parte como de la otra.

—Yo os heredo, don Pedro —habló aquí el rey—, en una tierra que dicen Burgo de Haro, que es en Galicia. Y os nombro mi mayordomo mayor.

—Mi señor —respondió don Pedro Fernández—. Os prometo que traeré a vuestro servicio a don Juan Alfonso de Alburquerque, para que no ayude al rey de Portugal, ni a don Juan Manuel ni a don Juan Núñez.

—Os pido a todos que me aconsejéis qué hacer con don Juan Núñez —dijo don Alfonso—. He sabido que ordena hacerme mal desde algunos de sus lugares.

Los presentes le dijeron a vivas voces que endureciera el cerco de Lerma y que no cesara de hacer al de los Lara guerra hasta tomar la villa. Acordaron después enviar a los maestros de las órdenes de Santiago y de Calatrava a combatir el castillo de Garci Muñoz, donde don Juan Manuel estaba, para que no pudiera andar por la tierra causando estragos, ni llevar a su hija doña Constanza a Portugal, a casarla con el infante don Pedro. Y que ni a don Juan Núñez ni a don Juan Manuel, aunque los tuviera cansados o medio vencidos, les diese tregua hasta que los matara, echase del Reino, o asosegara a su servicio, estando seguro de que nunca le volvieran a deservir ni a caer en rebeldía.

Tras esas vistas, el monarca dejó Valladolid y fue a Burgos, donde le aguardaba, entre muchos otros, el vasallo de uno de aquellos enemigos.

—Señor —dijo Alfonso García de Padilla, con una reverencia, una vez le llegó el turno de ser recibido—. Don Juan Núñez sabe que estáis muy querrelloso de él por algunas cosas de las que no tiene culpa ni es merecedor de recibirla. Os pide por merced que, si os han dicho alguna cosa, no la queráis creer, y que tengáis por bien hacerle enmienda de la heredad que fuera del padre de doña María Díaz, su mujer.

—Bien sabe don Juan Núñez que yo nunca le he puesto en culpa a él ni a ningún otro sin merecimiento —contestó el soberano, con calma—. Él, después de que yo le enviara al prior de la Orden de San Juan para darle el señorío de Vizcaya, y devolverle la tierra que de mí solía tener, y mucho más, ha mandado a sus compañías que roben y tomen desde sus lugares muchas cosas en muchas partes de mi Reino, y es por esto, por no servirme bien ni lealmente, por lo que es caído en gran culpa. Y todos los de los Reinos saben, que yo mandé matar a don Juan, padre de doña María Díaz, con merecimiento por sus actos, y la heredad que él tenía, la tomé yo para mí, con derecho. Ve ante don Juan con esta respuesta, o no le des ninguna, que ya se la daré yo a las puertas de Lerma.

—Señor, si vais a hacer guerra a don Juan Núñez, hay algo que deseo pedirós.

—Habla.

—Os pido por merced que me deis un caballo, y una loriga, y armas con las que poder servir a mi seño don Juan en esa cerca.

El rey don Alfonso quedó conmovido en su bondad por tal ruego, que manaba de la lealtad misma, y comprendiendo que no debía por qué temer a un solo caballero, ordenó que le trajeran a ese hombre, loriga,

capelina, quijotes, canilleras, gambesón y un caballo. Aunque puede que el animal sirviera antes en Lerma como alimento, que como montura para la lid.

—Ya que has tomado de mí estas armas —dijo el monarca a García de Padilla, una vez se las hubo vestido—, si con ellas me desirvieras, que con ellas seas degollado.

—Señor —respondió el hombre de don Juan Núñez, agradeciendo tan generoso obsequio.

—Don Alfonso —habló al monarca su canciller, una vez quedaron a solas—. ¿Dais armas de caballero a ese hombre enemigo, y dejaréis que camine con nosotros hasta Lerma?

—Sí, mi buen Fernán. Que diga a don Juan Núñez todo cuanto vea y sepa. Él y los suyos hervirán de temor sabiendo lo que les aguarda, sin necesidad siquiera de mostrar mis fuerzas.

## Lerma

—Los hijosdalgo que estaban con el rey ayuntados —hablaba Alfonso García de Padilla a don Juan Núñez, en el salón del alcázar—, otorgaron que tuviera de sus vasallos cinco servicios y una moneda forera para esta campaña. Además de a los de las comarcas de Burgos, ha ayuntado a gentes de Zamora y hablado con otros de las ciudades y villas del reino de León, enderezando las cosas que ha menester para comenzar en persona la guerra contra vos, mi señor. Y ha mandado a dos caballeros hermanos, Gutier González Quijada y Pedro Fernández Quijada, al frente de los concejos de Valladolid, Toro, Medina del Campo y Olmedo, para que vayan a sitiar Torre de Lobatón. Y Fernando Pérez de Portocarrero, su merino mayor de Castilla ha partido con los concejos de la merindad de Bureba y Rioja a cercar Villafranca de Montes de Oca.

—Sus gentes no me inquietan. Yo tengo en el solar de mi familia más de ochocientos buenos hijosdalgo; y aquí, en Lerma, aún muchos más. ¿Has sabido algo de don Juan Manuel?

—Don Juan Manuel se halla en el castillo de Garci Muñoz o de Alarcón, en la comarca de la Manchuela. Lo tienen cercado los maestros de las órdenes de Santiago y Calatrava con unos mil hombres de a caballo.

—Bien, Alfonso. Vete.

—Mi señor —dijo el hombre de don Juan, retirándose.

Doña María no tenía apenas fuerzas para salir de la cama, pero tampoco podía dormir.

—Mi señora —dijo la sirvienta, que llevaba un plato de sopa humeante.

—¿Qué has escuchado?

—Nada, mi señora. Tomaos esta sopa, os lo ruego.

—No quiero comer. Y no mientas...

—Había criados yendo y viniendo por doquier, y yo no podía estar quieta en un solo lugar, por lo que no he escuchado apenas nada.

—¡No me mientas! —gritó doña María, incorporándose y yendo tambaleante hacia ella.

—Mi señora... no he podido oír nada —balbuceó la criada, retrocediendo un paso.

—¡Dímelo! —gritó doña María, golpeando a Oneka en el rostro con la mano abierta—. ¡Habla, maldita!

La misma fuerza con la que la dama descargó la bofetada, hizo que cayera al suelo, quedando echada como un fardo, sin poder levantarse.

—Doña María... —murmuró Oneka, sorprendida, tanto por ser la primera vez que su señora la golpeaba, como por verla incapaz de erguirse.

—¡Déjame!... ¡Vete! —gritó impotente y entre sollozos la del linaje de los Haro.

—Permitid que os ayude —dijo Oneka, tomándola por los brazos—. Estáis débil por el ayuno y creo que sufrís de calenturas.

—Suéltame... —insistió doña María, aunque sin deseo de ser obedecida, dejándose ayudar.

La sirvienta llevó a su señora a la cama, abrigándola con una manta. No sabía qué hacer. La verdad sería un suplicio para doña María, pero no podía seguir calmándola con mentiras que se descubrirían más temprano que tarde.

—Mi señora —susurró Oneka—. El rey don Alfonso viene al cerco.

—¿El rey? —repitió la dama, con angustia.

No había nada que Oneka pudiera añadir para endulzar esa cruda realidad. Cualquier palabra de alivio que intentara decir resultaría demasiado grotesca y ridícula. Y, aun así, lo hizo.

—Así es. Pero eso puede no suponer gran diferencia. Ved que su presencia en la peña de San Juan no logró que vuestros hidalgos rindieran ese bastión. Y si un puñado de caballeros pudieron resistir hasta exasperarlo ¿qué no podrá hacer vuestro esposo aquí, en esta villa tan bien guarnecida y con tantos leales?

—Pero sin apenas alimentos...

—Los hombres de armas son sufridores, doña María, y algo de comida entra... No penséis ahora en eso. No hay nada que podáis hacer. Comeos la sopa que os he traído.

—No tengo hambre...

—¿Deseáis entonces que os lea un poema de María de Francia? He visto que tenéis junto a vos ese libro.

—No, no quiero oír *lais*...



—Este es otro tiempo y nos afligen males mayores, pero recuerdo cuando antaño solo queríais solazaros día y noche con los cantares y poemas que vuestra aya, doña Teresa, os narraba. ¿No echáis tampoco eso en falta?

—Entonces yo era una niña. Todavía creía en la fantasía y gustaba de escuchar esas obras. Pero de eso hace mucho tiempo...

—Es cierto, doña María, ya no sois una niña. Ahora sois una dama entendida y, como tal, no solo podéis escuchar cantares y poemas, también crearlos.

—Deja de decirme eso...

—Como gustéis... Pero si ya no sois una niña, no me necesitaréis más, ni tampoco a Juana. Podréis vestiros y peinaros sola, y también aderezaros vuestro yantar.

—Recuérdame que mande azotarte por la mañana.

—Si por la mañana tenéis fuerzas para hacerlo vos misma, con placer lo sufriré. Pero como presa juzgada y condenada a semejante pena —habló Oneka, fingiendo temor—, os pido que me concedáis una última gracia, doña María Díaz II de Haro.

—Habla pues, reo —contestó doña María, hablando también con sorna—, pero no abuses de mi clemencia.

—Os pido que os refugiéis esta noche en la peña de San Juan junto a vuestros hijosdalgo.

—¿Crees que no me gustaría poder hacerlo?! —espetó doña María, rompiendo a llorar.

—Hay un modo... Sabéis que lo hay.

—Solo en mi mente. ¿Y cómo pretendes que imagine nada de lo que estará sucediendo? Ni siquiera sé qué gentes están allí.

—¿No conocéis a ningún hidalgo de esa tierra?

—A los que nos recibieron cuando desembarcamos en Bermeo... pero no sé si estarán allí.

—Por el modo en que os juraron lealtad, sin duda lo estarán, doña María. —Oneka se arrodilló a los pies de la cama, tomando las manos de su señora—. Dicen que el cuerpo contiene nuestra alma inmortal, del cual no puede liberarse si no nos llega la muerte... pero yo creo que es la mente la que puede liberar a ambos de su encierro y tormento en vida... y seguro que ni vuestras más salvajes fantasías rivalizan con la verdad de lo que estarán viviendo vuestros vasallos... No os atéis ahora con más cadenas de las que ya arrastramos en este mundo mortal.

—Eso lo dijo el conde don Pedro...

—Sí, mi señora. Os dio buenos consejos.

—¿Estabas escuchando lo que hablábamos?

—Siempre, doña María, aunque entonces fingiera atender a sus caballeros... ¿Recordáis que, en Bayona, doña Teresa os dijo que el corazón

de Vizcaya no descansaba en la voluntad de los parientes mayores ni en la de los hijosdalgo? ¿Qué no latía en su pecho ni en el vuestro?

—Sí...

—Se equivocaba. Pero no erró al decir que, cuando más lo necesitáis, se revelaría. Pues bien... creo que ya se ha revelado. Hace tiempo que se ha mostrado, pero no hemos sabido verlo. No tengáis miedo. Dejad esta tierra ahogada en ponzoña e id ahora junto a él. Liberad a vuestro buen corazón allí donde no puede dañar a la cordura ni al cuerpo.

La del linaje de los Haro apretó las manos de su sirvienta y cerró los ojos, no sin que, antes, dos últimas lágrimas resbalaran por sus mejillas.

### Capítulo III

«Vizcaya finca en este tiempo sin señor. No hay hidalgo ni labriego que no sienta en sus entrañas el temor. Con poderosa hueste penetra en el Señorío el rey don Alfonso de Castilla y León. Desde hace mucho tiempo se hace llamar de él, su dueño, como gran impostor. La tierra es mancillada y toda villa y anteiglesia se resigna a ser ocupada. Si hace poco a alguien se le contara, pensaría que aquello es poema recitado por juglar, delirio de un beodo o embuste de truhan. Solo habría tenido cabida tal burla, mostrada en plaza pública o bajo pórtico de iglesia como obra de teatro, pero se ha tornado cierta, ese mes de junio del año del Señor de mil trescientos treinta y cuatro.

En Bermeo muere la noche y con ella la luna, aunque el amanecer no es mucho menos oscuro. No ha habido aún muerte alguna, pero se guarda un duelo prematuro. El puerto y los arenales están desiertos. Las barcas y cocas se hallan huérfanas de marineros. Abatidas se muestran las velas y los remos. No hay manos que suban a las jarcias ni preparen cebo junto a los aparejos.

Todos los de la villa se agolpan a las puertas de la iglesia de Santa María de la Atalaya. No hay un alma más que pueda entrar en la plaza, menos, quien de buen grado se vaya. Muchos dicen para sí: “¿Qué pecado hemos cometido, Virgen santa María? No hay nada que mane de Tú voluntad, que cualquiera de los presentes no haría. Ante ti acudimos siempre a rogar tras despedir a los marinos. Acoges nuestras oraciones y ofrendas cuando zarpan del puerto los navíos. A tus pies tornamos ahora a pedir, que no desampares en este oscuro día a tus hijos. Tu nombre invocamos una vez más, Virgen santa María, no en la paz sino en la guerra, pues la tormenta más temida de todas no se desata en la mar, sino que se avecina por tierra”.

En la penumbra del templo, cinco hidalgos oran y velan armas como hicieran hace tiempo, el día ya lejano en que fueron nombrados caballeros, jurando entonces servir leal y esforzadamente a Dios, su señor y los fueros. Ninguno ha dormido esa noche entre las paredes sagradas. Sobre el altar descansan recios escudos, dagas y espadas bien templadas; cruentas mazas y manguales; lanzas, hachas y martillos de guerra; y no pocas ballestas con sus muchas saetas. De muy buenas armas los ha provisto doña María Díaz, su antigua señora. Nada que pueda pagarse con dineros debe escasearles, llegada la fatídica hora.

La luz mortecina del nuevo día ilumina a Ordoño de Fika, Joanes de Arteaga, Juan de Mendoza, Martín de Arostegi y Ramiro de Madariaga.

Los hidalgos se alzan, santiguan y comulgan, pues es tiempo de partir. Reciben los cinco la bendición de los clérigos, que tampoco piensan en huir. Sus escuderos recogen los hierros, y también las lorigas y yelmos. Las puertas de la iglesia se abren de par en par. Aclamados son por los vecinos de Bermeo, que les besan manos y rostros sin cesar. Cargan después los comunes sus acémilas con viandas, harina, sidra y pescados en salazón. Solo piensan en que nada les falte, vaciando sus despensas, anteponiendo al seso, el corazón.

Pero a uno de los caballeros, algo no agrada. Juan de Mendoza se separa de sus compañeros y aleja con firme pisada. Camina hasta la casa de otro hidalgo, abre la puerta y queda anonadado. En un rincón, sentado en el suelo, ve a Lope Martínez de Belendiz, tal y como un niño que teme ser apaleado.

—Lope, compañero —le habla, acercándose a él—, no has pasado esta noche con nosotros en oración. ¿Tampoco ahora te dispones a acudir en nuestra compañía al peñón?

—No puedo ir con vosotros a San Juan, buen amigo —gime Lope, más que habla—, por mucho que el espíritu me reclame salir por esa puerta contigo.

—No des voz ni razones al miedo, Lope, pues yo también temo lo que ha de llegar, tanto como el resto de gentes de este lugar. Pero recuerda que, al recibir la honra de la caballería, nos consagramos a la defensa de nuestra señora, y para proteger a todo hombre y mujer de cualquier bellaquería. No debemos dejar que el miedo, siempre acechante, nos vede ese noble sendero. Y menos ahora, cuando es la misma doña María Díaz la que nos llama como sus elegidos, para que defendamos su derecho y a todos los que nos son amados y conocidos.

—Si acudo con vosotros a ese encierro, mi presencia, mucho mal os traerá, y sé que me condenaré por siempre, si no lo estoy ya.

—Todos, Lope, somos conscientes de nuestra suerte. La peña de San Juan será nuestra prisión y tumba, cuando antes o después nos llegue la muerte. Pero aceptamos con placer esa condena, prestos como nos hallamos a sacrificarnos y entregar el alma a Dios, sin lamentos ni pena, pues sabemos que nuestra memoria será perpetuada, al lograr que el estandarte de los Haro hondee al viento en esa roca acerada.

—Por eso mismo, Juan, permaneceré alejado de vosotros, sin compañía, voz ajena, ni guía. Para que podáis cumplir con vuestra condena... y yo, con la mía.

—¿Cuándo has perdido tu honor y vergüenza? ¿No queda en ti rastro del pundonor que todo hijodalgo debe ostentar por fuerza?

—Por mi mala ventura, que no mala voluntad, hace mucho que perdí la vergüenza junto con tal preciada dignidad. Temo que hasta la misma condición de hombre me haya abandonado. Créeme, compañero, que no querréis tenerme con vosotros en lugar cercado.

—Entonces posa aquí, pero no me llames más “compañero”. No deseo verte de ahora en adelante, temeroso como un perro. Ni si se obrara un milagro y regresáramos de esa peña victoriosos, te atrevas a recibirnos en las calles, tras haber gozado de días, semanas o meses ociosos. Hasta la muerte te habríamos protegido de cualquier afrenta, en cambio, tú has sido el primer muerto de esta contienda. Por Dios que también se puede morir de espíritu en vida. A tiempo lo hemos sabido, para fortuna nuestra y tu desdicha.

Juan se retira, no deseando escuchar más vagos quejidos. Deja al menguado caballero y se reúne con el resto de los hidalgos bien nacidos.

—Me duele como al que más deciros que Lope no viene —habla a los demás—. Ni ahora ni nunca volveremos a saber de él, pues un gran temor le retiene.

Los cinco caballeros parten junto a sus escuderos por el camino de la costa a San Juan de la Peña. Tiempo habrá para lamentar la pérdida de muchas y más valiosas vidas que esa.

Desde el acantilado, a una media legua, contemplan ya el bastión que la naturaleza les ofrece para resguardarse y luchar sin tregua. Tras una hora de marcha, llegan a la entrada del peñón. Familiares y vecinos los han seguido como a santos en una procesión. Es el momento de la despedida, bien saben que no habrá otra ocasión. Son rodeados los caballeros por sus padres, esposas, hermanos e hijos. Todos se les abrazan llorando, dándoles sus bendiciones, amuletos y crucifijos. La manceba esposa de Joanes de Arteaga también desea entregar a su amado algo. Se tiente el cuello y despoja de un collar de cuentas con una cruz de bronce, que besa y entrega al hidalgo.

—¡Desdichada de mí —clama la moza—, que nunca temí a las tempestades de la mar por saberte a salvo, y es en tierra donde te pierdo, para no volver a tenerte a mi lado!

No hay palabras que Joanes se atreva a pronunciar. Ni a su amada ni a ningún otro habitante de Bermeo pueden consolar. Sin mirar atrás, se adentran por el pasillo de roca desnuda. Un escudero les sigue tirando de las mulas, diciendo para sus adentros: “Si alguien resbala, sin duda en la caída se desnuda”. No hay en ese estrecho pasadizo, muros de piedra ni almena alguna. Solo un mal paso les separa de caer al mar. Los de Bermeo imploran porque sean los enemigos quienes se despeñen sin parar.

Los caballeros llegan a la cumbre. Por fuera y aún más por dentro, la torre es oscura y lúgubre. Solo musgo y telarañas la recubren, e impregna un fuerte hedor a muerte y podredumbre. El lugar no es digno de albergar a hidalgos leales, sino más apropiado como guarida de cuervos, ratas y gentes poco cabales. Solo se refugiarían allí, encartados, malhechores y hombres viles. Al entrar no los reciben sirvientes con

copas de vino ni alumbran las llamas de brillantes candiles. No hay buenos aposentos, cocina, alacenas ni arcones. No encuentran mullidos lechos ni balaustradas de mármol o forja en los balcones. No necesitan ricos tapices, alfombras, ni ornados techos de grandes alturas, pues nada de eso demandan los cadáveres en sus sepulturas.

El escudero vacía de viandas las alforjas, se despide con lástima y deja la peña tirando de las mulas de carga. No tarda en reunirse con el resto de criados, a los que también el pesar embarga. Pero no se encamina de regreso a Bermeo, pues escucha un rumor lejano y, sin dudarlo, el monte trepa en su busca, con los pies y con las manos. Ya en la cima, divisa lo temido y anunciado. Poderosa hueste de gentes armadas ve avanzar en alargada hilera. Los manda un rival temible. Sus intenciones son despiadadas, su mirada, fiera. El rey don Alfonso de Castilla y León en persona ha acudido a la guerra. Qué noble rival. No puede haberlo mayor en la tierra. Por los verdes prados de Vizcaya, bajo cielos azules, avanzan leones púrpura y castillos de oro sobre campo de gules. Leones y castillos en los estandartes y pendones, en el tabardo del monarca y hasta en la gualdrapa de su rocín. Nadie acaudilla semejantes compañías, si no es para obtener gran gloria y mejor botín.

—Mostráis altivos vuestros escudos —dice el criado—. Del cómodo triunfo, parecéis ser muy seguros. Pero yo os advierto, que en Vizcaya no dejará de hondear hoy ni mañana nuestra enseña. Tened por cierto, que el Paraíso o los Infiernos os aguardan a todos en esa peña.

El mozo desciende al acantilado dando grandes voces y largas zancadas:

—¡Atended, infelices! ¡Montad en las mulas, ya sea a asentadillas o a las ancas!

Los escuderos llevan a Bermeo la mala nueva. Muchos no quieren creerlo siquiera. La presencia del rey don Alfonso es gran maravilla. El terror cunde por doquier pero solo uno escapa de la villa. Lope Martínez de Belendiz huye y se adentra en un bosque próximo cual incapaz aldeano, antes de que Bermeo sea entrado y tomado por el monarca castellano.

Oculto desde la espesura, contempla el avance de los castillos de oro en campo de gules y leones púrpura. Se maldice y reniega, pero sabe que permanecer encerrado allí, habría sido terrible locura.

El muy noble rey don Alfonso, con su mesnada, oficiales y clerecía, de Bermeo está a las puertas. Los vecinos salen a recibirlo, rogando que les respete los manzanos y todo lo que crece en las huertas. El monarca se muestra complacido y concede tan ridícula merced. ¿Qué importan unos frutos si ya ha cobrado casi todas las piezas de esa partida de ajedrez? Don Alfonso cruza las puertas de Bermeo y camina por él a su antojo. Bien puede ahora pregonar que es su dueño, tomando del lugar,

si le pluguiera, gran despojo. Mas a su paso, no contempla en las calles hijosdalgo ni caballeros. Solo se topa con ancianos, mancebos, mujeres, y otros, tal que pordioseros.

—¿Qué es esta burla? —pregunta el monarca.

—Mi señor —habla aquí el alcalde—. Nuestros hidalgos se han perrechado en una peña alejada. Sed clemente. Perdonad su arrogancia y tomad ahora buena posada.

Pero don Alfonso, por ser muy gallardo y altanero, desea rendir hasta la última pieza de ese tablero. Una sola torre no será rival para los buenos caballos y peones de tan ilustre rey. Sin demora, parte de Bermeo para enseñar a aquellos hijosdalgo quién es ahora señor de esa tierra y la única ley.

A medida que los castillos y leones avanzan, la visión de la peña hace que el rey don Alfonso quede sobrecogido. El monarca comprende por qué los hidalgos se han guarnecido allí, donde cualquier atacante sería menos temido. Llegan los castellanos a la entrada de piedra. Ante ese baluarte, su ánimo se quiebra. Don Alfonso, sintiendo que cunde la duda, ordena a sus hombres atacar. Da fuertes gritos y arengas, pero ni, aun así, el temor de los suyos logra desterrar. Los caballeros y soldados gritan también para infundirse valor, arrojándose sobre la peña, con más desconfianza que vigor. El que va en cabeza es alcanzado en el pecho por un buen tiro de ballesta. La saeta lo derriba en el acto, abriéndose en la caída, con las rocas, la testa. Los que le siguen se detienen y cubren con los escudos, siendo empujados por los más rezagados, formando ellos solos un gran embudo. Algunos comienzan a ser echados hacia los flancos por no tener todos cabida. Tan pronto como quedan a unos palmos de caer al vacío, saben que, si resbalan, perderán la vida. Ahora también gritan, pero para que se detenga la carga, mas no hay quién, por temor a su rey, frene ya la marcha. Sin remedio ni salvación, son los mismos compañeros quienes empujan a los suyos en su avance, que comienzan a resbalar y caer, por tan desafortunado trance. Se golpean el cuerpo con las rocas, quebrándose cráneos, miembros y espinazos. Maldicen por saber que no tendrán entierro cristiano, sino que serán pasto de los peces tras morir ahogados. El monarca no ha pensado ninguna estrategia, ni las consecuencias de actuar sin apenas inteligencia. Han muerto ya más de seis infanzones. El resto quedan inmóviles, teniendo, para detenerse, muy buenas razones. Don Alfonso sigue clamando que tomen la fortaleza. Es fácil para él exigir con tanta ligereza. Los hidalgos de Bermeo siguen arrojando sobre los atacantes sus saetas, que se clavan en los escudos y también en los cuerpos, abriéndoles en las lorigas buenas grietas. Los de la retaguardia quieren avanzar y los que están a la cabeza, solo regresar. Nunca semejante pieza de hombres de armas se vio diezmada por tamaña adversidad y tan poco pensar.

Así permanecen hasta que llega el crepúsculo, sin prosperar ni tampoco ceder. No han combatido un día entero y todos saben que será muy arduo vencer.

—Mi señor —habla al monarca el canciller Fernán Sánchez de Valladolid—, ordenad que vuelvan, por mucho que mandar eso sea contrario a vuestro pundonor.

—¿Eso me aconsejáis? ¿Qué me rinda ante una peña por la llegada de la noche?

—Don Alfonso, esa maniobra no será en mengua de vuestra honra ni merecedora de reproche. Ahora y siempre os hablaré, no como cobarde ni traidor, sino como vuestro mayor leal.

—Lo sé, mi buen Fernán. Ordenad entonces poner aquí mi real.

—Bien, mi señor. Y viendo lo fuerte que es ese lugar, si yo fuera vos, haría labrar ingenios con los que combatirlo.

—Que así se haga. Si no es con fuerza de hombres, serán rocas las que logren rendirlo.

Lope Martínez de Belendiz ha asistido al terrible envite desde la lejanía. Se lamenta y llora, pues sabe que muchos maldecirán en ese día su cobardía. Daría cualquier cosa por estar ahora junto a sus compañeros, pero ha hecho lo mejor para sí mismo, y, ante todo, para ellos. Antes de caer la noche se retira al bosque y adentra en la espesura, hacia una cueva en la que se refugia de todo mal, menos de la amargura. Allí cuenta con velas, cadenas, y soledad para que nadie pueda oír ningún grito. Pero en el camino, dos soldados del rey le salen al paso, tomándole por un proscrito.

—¿Quién eres tú? —dice uno de ellos, amenazándole con una lanza—. ¿De qué huyes?

—Soy solo un pobre vagamundo que busca gentes caritativas que le dejen dormir bajo su techo.

—¿Y tú bolsa y enseres?

—Solo tengo estas ropas que ves.

—No parece haber dormido mucho al raso —dice el otro hombre del rey, que se le acerca, le mira rostro, manos y dientes y apunta con su ballesta—. Eres un encartado.

—Buenos hombres, no sé lo que decís. Os lo ruego, apartad de mí esas armas que blandís.

—Camina, camina, rastrero —manda el lancero.

Lope Martínez sabe que ninguna súplica va a librarle del cautiverio. Para su pesar y desgracia de muchos, esa noche no podrá poner a su mal, coto ni remedio. Pronto llegan a donde una docena más de castellanos han sido enviados para cortar árboles con los que labrar ingenios de asedio. Tras mofas y golpes, varios de ellos sujetan a una encina al hidalgo.

—No —dice Lope—. No me atéis con cuerdas si queréis permanecer a salvo.



—Con gusto usaríamos cadenas, pero aquí no tenemos más que cabos —responde uno de los hombres del rey.

—No —ruega Martínez de Belendiz, ya atado al tronco por las manos—. Esto no me retendrá.

—Puedes apostar a que lo hará.

—No lo comprendéis. Debéis dejarme marchar.

—Mañana iremos al real. Don Alfonso dará contigo un escarmiento ejemplar.

El hidalgo permanece con el cuerpo y rostro unidos a la corteza del árbol, mientras los soldados se retiran a dormir. Reza un Padre Nuestro y una Salve, pero tampoco eso, al destino va a confundir. Ya queda poco para que la luna llena muestre la creación de la que más puede presumir.

Cuando la luz de la dama blanca al hidalgo por fin alumbra, se hace para el resto de seres la penumbra. El corazón le comienza a latir con más rapidez y fuerza, y su respiración agitada le anuncia que el temido momento se acerca. La sangre fluye desfogada por sus venas, haciéndolas casi rebosar. Los brazos y manos se le hinchan y agitan, de nada le ha servido orar. Tira de la soga hasta romperla, sin necesidad de daga, broncha o estilete, y se aleja de sus captosres a trompicones, todo cuanto puede. El dolor sigue creciendo. A pie o a rastras, el hidalgo continúa huyendo. Se le desgarran tendones y músculos, y por todo el cuerpo le brota pelaje largo y grueso. Ya no puede seguir caminando, porque se le desencaja y quiebra hasta el último hueso. Cae al suelo, grita y se retuerce como parturienta, pues el dolor es atroz. Pluguiera a Dios o al diablo, que la mudanza de esa piel fuese más veloz. Sus orejas se anchan y alargan, al tiempo que la nariz se convierte en hocico y las uñas en garras. Cráneo y mandíbula doblan su tamaño y sus dientes pueden ahora mutilar a dentelladas. Los graves alaridos dejan paso al silencio. Se ha consumado, una vez más, la maldición o el sortilegio. Para el hidalgo, el dolor ha terminado. Para el resto de mortales, la peor de las pesadillas ha comenzado. Se alza renacida la criatura, origen de los más ancestrales temores. Es oscura como una sombra, mide en altura tres varas y tiene la fuerza de cinco hombres. Puede ver en la noche con la misma claridad que si brillara el sol del mediodía, oír ramas partirse a un cuarto de legua y oler a una presa como si su carne estuviera podrida. El hidalgo es ahora una abominación que causa espanto a los ojos. Aves y carroñeros se postrarían ante ese rey de las bestias, si no hubieran huido todos. Aúlla a la luna, después, ruge a la tierra. Los ecos llegan hasta el mar. Y su mente, privada de razón, solo desea hallar el rastro de algo a lo que matar.

Los peones del rey oyen el alboroto, acudiendo algunos a la encina donde habían dejado al hidalgo, hallando el cabo roto. El más adelantado se acerca a la espesura por creer ver brillar unos ojos rojos. Dos zarpas le aprisionan

la cabeza y arrastran al bosque, desapareciendo como engullido por la misma noche. A los demás, llegan gritos de dolor y muerte, y con presteza se adentran en el follaje. Si supieran lo que les aguarda, dirían que caminar hacia allí es necedad, no coraje. A pocos pasos, encuentran a su compañero, con la cara arrancada y las entrañas esparcidas por la tierra.

—Dios santo —dice el de menor edad—. Esto no ha podido hacerlo ese hidalgo ni una bestia cualquiera.

—He visto peores ataques de lobos y osos —añade otro—. Dispersaos y no os mostréis de una alimaña, temerosos.

—Yo también he visto ganado destripado —responde el mancebo—, pero no que un animal haga esto a un hombre bien armado.

Los soldados se separan, no sin recelo. Uno ve grandes pisadas que se adentran por otro estrecho sendero. Las sigue y, al poco, se gira al oír un rugido profundo y gutural, apareciendo frente a él, de improviso, unos ojos rojos de un brillo antinatural. La abominación se muestra por completo y aprisiona la cabeza del desgraciado con ambas zarpas. Puede contemplar el del rey que aquello parece sacado del más nefasto cuento de hadas. El soldado atraviesa a la bestia con su hierro, pero en apenas un parpadeo, la cabeza le separa del tronco. Algo cercano ha escuchado, pero no sabe qué, otro de los hombres del rey don Alfonso. El resto, sin embargo, no ha oído ni un gemido. Todo ha ocurrido en apenas un suspiro. Dos ya han caído y el resto nunca podrán saber qué es lo que ha sucedido. Un balletero se mueve en círculos y apunta ciegamente con su arma. Ve una sombra moverse y, sin tino ni paciencia, tira a la nada. Se oye un leve quejido. A algo o a alguien, sin duda, ha herido. El hombre del rey pone el pie en el estribo de la ballesta y tensa la cuerda, pero antes de poder colocar la saeta, la luz de la luna desaparece como muerta. El soldado levanta los ojos y solo ve esos luceros rojos. La bestia mete sus garras en el vientre del desventurado. Se abre paso entre las vísceras y al desgraciado toma por el mismo espinazo. Quiebra en dos su cuerpo y, sin dificultad, lo separa por la mitad. Varias heridas ha recibido el lobo, pero, para detenerlo, sería necesaria mucha más cantidad. La noche es testigo de que continúa la matanza. Nunca aquel ser ha tenido, en cosecha de vidas, tan buena andanza. Aúlla a la luna. Después ruge a la tierra. Los ecos llegan hasta el mar. La bestia parece colmada, pues muy buenas presas se ha podido cobrar.

Al amanecer, varios caballeros acuden al campamento, que parece haber sufrido un grave ataque. Por no hallar rastro de vida, se adentran en el bosque, encontrando el lugar de la masacre. Ven por tierra entrañas, cabezas y miembros arrancados cubiertos de sangre.

—Señor, que carnicería —dice Pedro Fernández Quijada—. Esto no puede ser obra de cristianos ni aun de gente impía.

—En estos bosques debe habitar alguna bestia desconocida —dice Juan Rodríguez de Sandoval—. Pero sea lo que fuere, parece que ha emprendido la huida.

—Mirad allí, en el claro —señala Pedro Ruiz Carrillo—. Sigamos su rastro, en guardia y con las armas en alto.

Los caballeros avanzan por el sendero y quedan sin palabras, pues topan con una gran bestia, herida por hierros y con dos saetas clavadas. La criatura se asemeja a un gran lobo, pero, en su avance, va perdiendo el negro pelaje y tomando humana condición. Los del rey comprenden que aquel ser no haya hecho prisioneros ni ofrecido rendición. Con cautela se aproximan y con mayor sorpresa admiran, que las heridas y llagas, para cualquiera, mortales, al momento sanan.

—Llémoslo a la presencia de nuestro señor —dice Pedro Fernández—, Él decidirá el castigo mejor.

Ante don Alfonso y sus privados, ya en el real, los caballeros catan manera de explicar ese suceso sin igual.

—Majestad —habla Alfonso Fernández Coronel—. Han sido muertos los que mandasteis a labrar los ingenios, tal y como si hubieran sido atacados por una horda de demonios.

—¿Y de todos los malhechores que los han emboscado, solo a este hombre habéis capturado? —pregunta el soberano.

—No han sido, mi señor, gran partida de gentes ni multitud de bravos hijosdalgo, los culpables de semejantes muertes —se excusa Pedro Ruiz Carrillo—. Solo esto que veis aquí postrado. Pero que su figura lastimosa no os engañe, ni os confunda el tenerlo a vuestros pies, humillado. No es inocente, aunque lo finja, jure, o mucho, por su alma, al Todopoderoso pida; pues capaz sería, bajo el influjo de la luna llena, de quitarnos sin esfuerzo la vida. Y no lo llaméis hombre, majestad. Sé lo que he visto y por ello así os hablo. Que más que criatura de Dios, esto es un engendro del diablo.

—Don Alfonso. Mi señor —dice Pedro Fernández Quijada—. Aunque parezca una locura lo que voy a deciros, os ruego que me creáis, pues nada de lo que vais a oír son delirios. Este ser era, hace poco, un lobo gigantesco. Tanto su figura como el daño que ha causado, han sido algo grotesco.

—¿Un hombre lobo, decís? —habla aquí el canciller Fernán Sánchez de Valladolid.

—Se os envié para apremiar a los que estaban labrando catapultas y trabuquetes —dice el ricohombre don Gonzalo Núñez Daza—, no a beber vino hasta no poder manteneros sobre los taburetes.

—No sé quién ha dado muerte a los nuestros —añade su hermano, Alvar Rodríguez Daza—, pero este parece tan solo un pobre demente. No creeré que se convirtió en lobo, ni bajo la luna llena, la menguante o la creciente.

—¡No es un loco ni el lobo una ilusión de le embriaguez, maldita sea! —grita Pedro Fernández Quijada—. ¡Que permanezca junto a él esta noche quien no nos crea!

—Mi señor, oídme —dice Garcilaso de la Vega—. Este ser ha hecho en vuestros hombres tal destrozo, que no existe vara de medir, para decir si es mucho o es poco.

—Mi señor, podéis creerme —habla aquí Gonzalo Ruiz de la Vega—. Este ser, tales estragos ha causado, como jamás he visto en campo de batalla ni en cuerpo de preso atormentado.

—Majestad —interviene don Jimeno, obispo de Toledo—, esta criatura endemoniada tiene que ser sin tardanza exorcizada.

—Debemos hacer que reniegue del diablo y confiese cualquier pacto o trato que con el Maligno haya sellado —asevera don Lorenzo, obispo de Salamanca.

—Solo entonces —prosigue don Vasco, obispo de Orense—, y cuando haya aceptado a Cristo como su señor y salvador, será entregado a las llamas del fuego purificador.

—Sois hombres doctos, obispos, pero no hay aquí, lugar para liturgias ni exorcismos —les habla Juan Rodríguez de Sandoval—. Sobre esta criatura no soy yo quien se equivoca. Ved que no maldice ni se agita, sangra por la nariz ni echa espuma por la boca.

—No penséis siquiera en matarlo por el hierro y, menos aún, con fuego —continúa Fernández Quijada—. Muchas heridas ha recibido y, para él, era como solazarse con un juego. No sé si este ser fue engendrado en las calderas del Averno o concebido por humana matriz, pero ved que no solo no tiene heridas abiertas, sino que ni siquiera queda en su piel, rastro de cicatriz.

—Mi señor, este hombre es único —habla aquí el físico don Samuel—. Ya haya nacido así o haya sido maldecido, solo en leyendas hemos oído hablar de algo parecido. Dejad que lo vea y pruebe en él, pócimas, remedios con hierbas y algunos ungüentos. Así, si de otro hombre lobo supiéramos, podríamos sanarlo, sabiendo que los rumores sobre su existencia no son ilusiones ni cuentos.

—¡Muerte! ¡Muerte! —gritan los caballeros—. ¡El que dudéis, majestad, de que sentencia dar, ya es una perfidia! ¡Hablar de pócimas y sacramentos es también motivo de herejía! ¡Muerte! ¡Muerte! ¡El mismo Horror, de esta criatura sentiría envidia! ¡Matadlo ahora, mi señor, con derecho y por justicia!

—He oído vuestras razones y a todo testigo —dice el rey—. Y este ser, juzgado de este modo ha sido: Que tal y como ha matado, yo lo condeno a morir descuartizado. A caballos atadlo por los miembros encadenado. Cúmplase ahora mi sentencia, sin que, de bestia a bestia, se pueda rogar ni otorgar clemencia.

Prestos se hallan los caballeros para vengar de entre los de su hueste, tanta y tan cruel muerte. Sujetan al hidalgo con cadenas gruesas y fuertes, y tantos desean ser sus verdugos, que el decidir quién monta a los animales, tienen que echar a suertes.

—Aguardad, mi señor —interviene el canciller—. Tal vez, de esta criatura, podamos sacar algún buen valor.

En su tienda del real, el soberano don Alfonso escucha al oficial.

—Don Alfonso. Majestad. ¿Recordáis la obra de Homero?

—Vagamente, don Fernán. ¿Por qué nombráis a ese poeta antiguo en este momento?

—Durante el asedio de Troya y por no poder tomar ciudad tan fuerte, los aqueos dejaron un extraordinario y envenenado presente. Era un gran caballo de madera, símbolo del dios pagano Poseidón, que los troyanos, confiados y ebrios de poder, entendieron cómo un gran galardón.

—Lo recuerdo. En su interior estaba oculto Odiseo con muchos valientes aqueos. Caída la noche, salieron causando gran carnicería, no escuchando súplicas ni tomando reos.

—Pues, mi señor, si la luna llena troca a su antojo, a ese hombre en un lobo, yo os digo que podemos hallar manera, de convertirlo en nuestro propio caballo de madera.

—¿Me aconsejáis que rinda a esos hidalgos con una argucia?

—Mi señor, todo monarca debe hacer uso de la fuerza, pero también guiarse por la astucia.

—Bien habéis hablado, mi buen Fernán. No puedo malgastar más tiempo con los pertrechados en esa peña. Enemigos mucho peores tengo cercados en Alarcón y en Lerma.

El rey dicta otra sentencia. No es fruto de la compasión sino de su escasa paciencia. Al atardecer, llevan al hidalgo ante la entrada de la peña de San Juan. Sabe bien lo que pretenden liberándolo en ese lugar.

—Camina, camina —dice el soberano—, y siéntete afortunado por haber salvado la vida. Entra ahora con los tuyos y logra su rendición o, si se obstinan, que se desate entre ellos tu maldición.

—No lo haré —contesta el hidalgo—. Antes, por este acantilado me despeñaré.

—Si no haces lo que te ordeno, no solo la luna llena iluminará esta noche Bermeo... también las llamas que consumirán su iglesia con todos sus habitantes dentro.

Al oír esa amenaza, el hidalgo queda desolado. No puede dejar que tantos paguen por su pecado, ni permanecer más allá del crepúsculo con ningún otro a su lado. Rendido y sin salvación, da un primer paso por el puente de piedra, rogando que sus compañeros no lo reconozcan y alcanzen de un buen tiro de ballesta.

—¿Y qué haremos, mi señor, cuando haya dado muerte a los suyos? —pregunta al rey Pedro Fernández Quijada.

—Si la existencia de esta bestia es cierta —responde el monarca—, también lo será lo que cuentan las leyendas. Fundid candelabros, monedas y mis cubiertos de plata. Forjad con ese valioso metal, puntas de saetas y una cabeza de lanza. Si no es el hierro ni el fuego, seguro que una de esas armas lo mata.

—Mi señor —responde, obedeciendo presto el caballero.

—Camina, camina, rastrero —dice para sí, Lope—. ¿Dónde ha quedado la rebeldía del lobo? Como hombre no eres más que un perro.

Los hidalgos ven acercarse a una solitaria figura. Desea la muerte antes que palabras, pero no es arrojada arma alguna. Cuando a las puertas del baluarte llega Martínez de Belendiz, no hay, entre los hidalgos pertrechados, alborozo, saludos ni recibimiento feliz.

—¿Qué haces aquí, Lope? —pregunta Juan de Mendoza—. ¿Te envía el rey como su mandadero?

—Creía que en este tiempo ya no sabríamos ni de tu paradero —añade Ramiro de Madariaga.

—No he venido por mi propia voluntad —contesta Lope—. Bien haríais en tirarme piedras y saetas sin piedad.

—Entra, Lope —dice Joanes de Arteaga—. Para mí, tu sigues siendo compañero nuestro.

—No trates con dignidad a uno que solo en huir y esconderse es buen maestro —replica Juan de Mendoza.

Ya en la fortaleza, los cinco hidalgos se muestran confusos. Juan de Mendoza desenvaina su espada ante el resto de los incrédulos.

—Juré a Dios que te mataría si volvía a verte —dice De Mendoza.

—Muchos lo han intentado y no estoy aquí por suerte. Pero si te complace, lo que deseas voy ahora a concederte.

Lope toma con las manos la hoja y se la clava hasta la guarda en el vientre. Los otros cuatro gritan para que se detenga, pero ya no hay más hierro que en sus entrañas penetre. Sin esfuerzo, aunque sí algo de dolor, el hidalgo se desenclava la espada, causando, en todos, gran estupor.

—Con esta hoja me he atravesado el cuerpo de lado a lado, y vuestros propios ojos ven, que lejos está de haberme matado.

—¿Qué es esta hechicería? —pregunta Joanes de Arteaga.

—No es esto cosa de magia ni brujería —responde Lope—. Hay algo que debo confesaros.

—Si vas a decir que eres ángel o demonio, antes debemos estar sentados —balbucea Martín de Arostegi.

—No soy ni lo uno ni lo otro. Por increíble que parezca, lo que soy, es un hombre lobo.

Los cinco hidalgos se miran estupefactos. No saben si reír, huir, o rezar a los santos.

—¿Desde cuándo? —pregunta Joanes—. ¿Qué te ocurrió?

—Siendo mancebo, pero recuerdo como si fuera ayer mismo lo que me acaeció. En mi primera batida de lobos, quiso el nefasto azar que viera uno, más blanco que la nieve pura y ojos rojos como la sangre al brotar. Tal miedo sentí, que le tiré mi arma sin vacilar, acertándole en un costado. No ha pasado un día que no me haya maldecido por semejante obrar, sintiéndome, por siempre, condenado. Creí haberlo matado de la lanzada, pero al acercarme, aún tuvo vida para darme una dentellada. Cada noche en la que brilla la luna llena, desde entonces, me convierto en un monstruo que comete terribles actos y sinrazones. Por eso me partía de la villa con tanta frecuencia, para no hacer recaer más crímenes sobre mi conciencia. Y por eso no quise pertrecharme con vosotros aquí. Porque, si el fin debía llegaros, no fuera al menos por mí. Antes de la entrada del rey don Alfonso, pude escapar de Bermeo. Pero sus hombres me atraparon en el bosque, sin poder ni imaginar el mal que acarreo. Llegada la noche, no dejé uno vivo, ni malherido ni con su cuerpo entero. A todos di muerte, convertido, muy a mi pesar, en una bestia inclemente. Ahora ya sabéis por qué estoy aquí... y lo que el rey pretende.

—¿Y nos has puesto a todos en peligro por salvar tu miserable vida? —dice Juan de Mendoza.

—Si no lo hacía, don Alfonso ha amenazado con quemar a todos los de Bermeo en una gigantesca pira.

Los cinco hidalgos comprenden las razones de Lope Martínez. Se juntan y abrazan como cuando alguno resultaba dañado en la niñez. Hasta el sentimiento de Juan de Mendoza, troca del desprecio a la misericordia. Los seis hidalgos vuelven a estar hermanados por la concordia.

—No hay entonces más que hablar —dice Ramiro de Madariaga—. Esta noche termina nuestro penar.

—Así ha querido la fortuna que sea —añade Martín de Arostegi—. Esta luna llena será lo último que vea.

—Y yo lo lamento y me maldigo, pues esto es culpa de mi infausto destino.

—No te fustigues, Lope —dice Juan de Mendoza—. Te dije que esta peña sería nuestra tumba y que aceptábamos con gusto esta condena, dispuestos como estamos a entregar el alma a Dios, sin lamentos ni pena.

El hidalgo se quita entonces el tabardo, la loriga y el gambesón. Descubre su cuerpo, tendiendo a su compañero, la mano, el brazo y el corazón.

Muere el día y llega la noche. La luna llena sobre todos se impone.

Hay silencio y contenido nerviosismo en el real. Todos aguardan para que ese astro culmine el mayor fenómeno terrenal. El rey don Alfonso,

su clerecía y caballeros, oyen lejanos pero fuertes gritos. Son voces de dolor, a las que siguen muchos más alaridos. Al poco tiempo de iniciado el tumulto, el silencio reina de nuevo. Las bocas de la peña han sido sin duda acalladas, mordiendo el astuto cebo.

—Qué hermoso responso. Acudid ahora a la torre portando las armas forjadas con plata —ordena a dos caballeros el rey don Alfonso—. Con ellas podréis dar muerte a ese ser, tal y como a una rata.

A uno le entregan la ballesta armada con brillante saeta. Al otro, la lanza y una antorcha, cuyo ánimo no aquietta. Los caballeros se santi-guan y comienzan a caminar por el puente de piedra. Cuando se hallan ante el portón, es el temor lo que en su interior medra.

—Abre ahora de un seco tirón la puerta —dice el que porta la ballesta.

—¿Y si la bestia se ha dormido y esto la despierta? ¿Por qué no aguardamos al alba y entonces le damos muerte en su forma humana?

—Estas son las órdenes de nuestro soberano. No las pensaré dos veces ni me mostraré como afeminado cortesano.

El lancero abre la puerta y su compañero penetra en la torre apuntando a la oscuridad con la ballesta. Su presa debería ser fácil de ver en un lugar de piedra tan angosto, sin poder ocultarse en cueva ni floresta.

—Allí se mueve algo —dice el balletero—. ¡Mátalo, sea el lobo o un hidalgo!

El caballero se aproxima a lo que mora en un rincón. No debería servir a señor tan irracional con tamaña abnegación. Antes de poder dar tres pasos, ante él se eleva una sombra coronada por dos ojos de un rojo vivo. Sin pensar, el del rey acomete con su lanza y el valioso metal incrusta en el lobo, que retrocede malherido. El balletero se aproxima a la bestia y una saeta le clava a la altura del corazón. Con la antorcha iluminan a su presa, pudiendo contemplar con calma, el cuerpo de tamaña aberración.

—¡Lo hemos matado! —afirma el balletero—. Qué grandes mercedes recibiremos cuando llevemos a nuestro señor la cabeza de esta criatura.

—Salgamos ahora. La buena nueva de la muerte de este ser y del resto de hijosdalgo, sin duda, trocará en alegría la amargura.

Pero los caballeros, antes de llegar a la puerta, una respiración honda sienten a sus espaldas. Se vuelven y contemplan una gran sombra y dos luces conocidas y aciagas.

—¡Santo Dios! —clama el balletero—. ¡Qué desdicha! ¡Las armas de plata no han dado resultado!

—¡Huyamos! ¡Antes que a manos de esta bestia, prefiero arrojarme a las aguas y morir ahogado!

Mas en su fuga, otra sombra les cierra el paso, cerniéndose sobre ellos dos luceros escarlata. Aterrados y sin esperanza, miran a su alrededor, no comprendiendo una suerte tan ingrata. Algo más ven moverse en la



oscuridad. Qué burla diabólica, tal adversidad. Sin querer ni poderlo creer, seis ojos más ven aparecer.

Nuevos y terribles gritos llegan al real desde la peña de San Juan. El monarca castellano, sus ricos hombres y caballeros, toman, en armarse, gran afán. Las puertas de la torre se quiebran y saltan rotas en pedazos. De su interior surgen cinco grandes lobos negros, cuya visión, deja la ufanía de don Alfonso, hecha retazos. Por el puente de piedra avanzan corriendo en forma abominable los hidalgos malditos. En el real se empuñan lanzas, espadas y ballestas, dándose órdenes confusas y fuertes gritos. Cuando alcanzan el campamento, varias saetas hieren al primer lobo, pero eso no impide que muerda a un soldado en la garganta y separe la cabeza del tronco. Las otras cuatro bestias se dividen. Dos atacan el flanco izquierdo y otros dos el derecho. Con sus zarpas, abren en canal a sendos lanceros, quienes, aunque clavan en los animales sus hierros, caen en tierra, maltrechos. Un gran terror se apodera de todo el campamento. Corren por doquier las gentes, temiendo ser presa de demonios tan hambrientos. Los obispos, como hombres piadosos y buenos doctores, enarbolan sus crucifijos y recitan oraciones a los santos y ángeles protectores.

—Oh, glorioso san Benito —clama espantado el obispo de Salamanca—, modelo sublime de toda virtud. Protégenos contra los enemigos que nos rodean en esta nefasta vicisitud. Henos aquí humildemente postrados, como cuando imploramos resistir caer en los pecados. Si tu bendición nos ha librado en incontables ocasiones de tantas y cruentas aflicciones, haz ahora que tu corazón, lleno de compasión y misericordia, nos libre de perecer ante tales aberraciones.

Pero no parecen hacer mella en los lobos esos rezos ni ruegos. Antes que presenciar aquello, muchos preferirían haber nacido ciegos. Los ricos hombres retroceden, protegiendo con sus armas y cuerpos a su señor. Ninguno habría esperado que aquella campaña tuviera un desenlace peor. Los lobos continúan despedazando a los de la hueste del rey, sin importar si son siervos o caballeros. En sus cuerpos tienen clavadas saetas y sus pieles son atravesadas por armas enarboladas por diestros lanceros. El rey don Alfonso, sus ricos hombres y obispos, no habrían creído tal cosa ni contada por el más entendido de los agoreros.

Por cada bestia que ahora flaquea han muertos una veintena de castellanos. Pocas fuerzas quedan en los hidalgos malditos y no muchas más en los infanzones y villanos. Cubiertos de sangre propia y ajena, desfallecen las abominaciones, a los que la luna llena, más brío no puede insuflar. Han sembrado de cuerpos agonizantes el real y, el mismo monarca, de que salvaba la vida, ha llegado a dudar.

Mueren los hidalgos malditos. No han recibido de mano de ningún clérigo, últimos sacramentos ni confesión. De nada serviría a su alma, habiendo aceptado, por voluntad propia, tamaña condena y perdición.

Su última lucha no la acompañan coros ni sones de timbales, añafiles o laúdes. No les aguardan nichos, estelas talladas, ni sus cuerpos reposarán en pétreos ataúdes. Mueren los hidalgos malditos. Han causado en sus enemigos gran matanza. Nunca hombre de armas o bestia alguna, logró en su final tan gran venganza. Las heridas son fatales, aunque las hayan sufrido por hierros. Qué gran gloria recibirán, en el Paraíso o en los Infiernos».

Doña María despertó al sentir la luz del sol a través de sus párpados, pero no abrió los ojos, deseando permanecer en ese otro mundo inmortal y conservar su recuerdo un poco más. Oneka, que llevaba tiempo levantada ocupándose de sus tareas, escuchó moverse a su señora, por lo que se acercó a la cama y arrodilló junto a ella.

—¿Ha sido una fantasía salvaje? —preguntó la sirvienta.

—¿Por qué lo dices?

—Por el modo en el que os habéis agitado esta noche y movíais cabeza y labios...

—Sí... ha sido salvaje —confesó risueña la dama—. Y creo... que he soñado en verso...

—¿Habéis hecho rimas?

—Sí, al menos la mayor parte... creo.

—Sois la primera persona que conozco, a la que las calenturas o el ayuno la vuelven más lúcida.

La sirvienta ayudó a doña María a incorporarse, la cual, con paso titubeante, se aproximó a la ventana, viendo gran bullicio y ajetreo en el patio de armas.

—¿Qué ocurre? —preguntó la del linaje de los Haro.

—El rey don Alfonso, mi señora... Ha llegado.

—¿Tendrá mi esposo habla con él?

—No lo creo, doña María. Los mandaderos que se han enviado en este tiempo no han logrado nada. No es voluntad de ninguno de los dos pleitear más. ¿Deseáis que os vista?

—Sí... y acércame esa sopa de ajo —dijo doña María, viendo un plato humeante sobre su mesa.

—Desde luego, mi señora —respondió con ilusión Oneka, llevándole el alimento—. Veo que queréis recuperar fuerzas para poder azotarme.

—Tal vez por ahora te libres del castigo, pero seguro que en adelante continuarás dándome motivos para hacerlo —aseveró doña María, tomando una primera cucharada.

—Estad segura, si con ello consigo que os repongáis.

Oneka comenzó a vestir a su señora y le sorprendió que la ropa le quedaba algo estrecha y más ceñida.

—Doña María, ¿habéis comido a escondidas?

—Desde luego que no. ¿Por qué lo dices?

—Es solo que... se os ve saludable para haber guardado ayuno.

La criada terminó de vestir a doña María, y mientras la peinaba, ella acabó de comer la sopa, sin dejar apenas que se enfriara.

—Oneka. Tráeme papel, plumas y tinta.

—¿Vais a escribir una carta?

—No, he pensado en escribir lo que soñé... si puedo recordarlo todo...

—¿Y lo haréis en verso?

—Lo intentaré...

—¿Y cómo llamaréis a esa obra?

—Tal vez: *El cantar del hombre lobo*...

—Resulta algo turbador, ¿no creéis?

—Puede que sí. Tal vez entonces... Sí: *El cantar de los hidalgos mal-ditos*.

—Eso es aún más inquietante, mi señora.

—Al igual que los días que vivimos, Oneka. Toda obra es hija de su tiempo.

Doña María comenzó a tener nauseas. Se levantó, y sin dar tiempo a su sirvienta a seguirla, fue al retrete, donde vomitó.

—Mi señora, —dijo Oneka, yendo a atenderla.

—Estoy bien... solo he comido con prisa.

—Venid, sentaos...

La sirvienta lavó la cara a doña María con agua fresca y desabrochó el vestido, no pudiendo evitar preguntar algo que le rondaba desde hacía tiempo.

—Doña María... ¿Cuánto hace que no sangráis?

—¿Qué?

—¿Recordáis cuando fue la última vez que sangrasteis?

—Pues... —La dama palideció al pensarlo—. No... no es posible...

—Me temo que sí, mi señora —dijo Oneka, con una sonrisa.

—Oh, Dios. —Doña María comenzó a llorar, embargada por un sentimiento, mezcla de felicidad y de angustia—. ¿Qué voy a hacer?

—Debéis decírselo a vuestro esposo, claro.

—No, aún no... No hasta que esté segura y no pueda ocultarlo. No quiero que el hecho de que sepa que espero un hijo suyo, le haga obrar de manera diferente. No quiero que me culpe de por vida, a mí o a este niño, por dejar la lucha y aceptar una rendición deshonrosa y que fuera en mengua de nuestras heredades.

—Doña María, creo que él también ha tenido algo que ver en el hecho de que estéis encinta —dijo la sirvienta, con una mueca burlona.

—Sabes lo que quiero decir, Oneka. No digas una palabra de esto... y tráeme otra sopa de ajo.

—Sí, doña María —obedeció la sirvienta, saliendo de la alcoba.

En el exterior, una vez asentado el campamento, don Alfonso caminaba en derredor de Lerma junto a oficiales y privados de su Consejo.

—La villa está muy fortalecida, majestad —dijo Fernán Sánchez de Valladolid—. Una mitad la cerca el río Arlanza. De ese lado la ribera es grande y cuenta con una tapia bien labrada. Y por la parte frontera con nuestro real, tiene tres muros altos y dos cavas en medio, muy hondas.

—¿Con qué sustento cuentan?

—Creemos que antes de ser cercados cuidaron de meter muchos panes. Pero ya pocos deben quedarles.

Mientras hablaban, el rey don Alfonso y los suyos vieron a algunos de Lerma saliendo con cántaros y jarras a un pozo que se encontraba entre la villa y su mismo campamento.

—¿Solo de ahí consiguen agua? —preguntó el soberano.

—Y algo del río, pero sobre todo de ahí.

—Hagamos entonces una torre de tapias cerca de la fuente, desde donde podamos atacarlos cuando acudan a por agua.

Los ricoshombres y oficiales se miraron con pesar, pero acataron esa orden.

Desde una de las almenas de Lerma, don Juan Núñez y sus escuderos también observaban al monarca.

—Miradlo —dijo don Juan—. ¿Cree acaso ese rey que con su voz o mera presencia logrará rendir Lerma? Qué insulto acudir tan desamparado ante gentes tan afincadas. Le mostraremos lo temerario que ha sido traer consigo tan pocas compañías. Bien haría don Alfonso en recordar que su sangre, igual de roja que la nuestra, no dejará de brotar si le abrimos el cuello de un tajo. Dad órdenes para que se reúnan conmigo todos los hombres de armas, caballeros y malhechores de la villa.

Doña María sorbía la sopa, esta vez con más calma, pero la dejó a medio acabar al escuchar ruido de pisadas, rumor de voces y chocar de hierros. Se asomó a la ventana y vio una gran multitud de gentes entrar en el castillo, agolpándose en el patio. Al poco, apareció don Juan Núñez a caballo, armado con lanza y escudo y cubierto con su loriga y capelina, el cual comenzó a hablarles.

—Hombres viles y caballeros —murmuró doña María, imaginando que era ella, en lugar de su esposo, la que arengaba a los vasallos—, gritad con vuestras hambrientas bocas que me seguiréis ahora contra ese rey. Mostrad que un simple hombre no podrá retenernos por siempre, encerrados en nuestras casas como ratas temerosas; que la mención de su nombre no basta para que caigamos de rodillas, y la amenaza de un castigo no hará que sucumbamos de hambre y desesperación; que morir en paz no significa hacerlo en soledad y silencio, sino rodeados de gratos recuerdos y cadáveres de leales y traidores. Cabalgad ahora, caballeros y hombres viles, y si es este día el escogido para reunirnos con el Creador,

purgad la cobardía y pecados de vuestra vida, no con súplicas ni rezos, sino con una buena lanzada, mandoble de espada o certero tiro de saeta.

Don Juan Núñez abandonó al trote el castillo, seguido por todos sus súbditos. Las puertas de Lerma se abrieron y, por el puente, salieron a la carrera, desbocados, gran pieza de caballeros y peones.

Al verse sorprendidos en descampado y que se abalanzaba sobre ellos semejante compañía, los privados y oficiales espolearon a sus caballos, cubriendo con sus cuerpos y escudos al rey don Alfonso. El lejano estruendo de los cascos hizo que todos en el cerco giraran la cabeza, abriéndose sus ojos y mostrando pavor. Nadie habría esperado nunca y menos ahora, un ataque por parte de don Juan Núñez. Con gran presteza, caballeros y escuderos de la hueste del monarca tomaron rocines y lanzas, yendo al envite contra los de Lerma. Don Alfonso y los de su Consejo pudieron llegar a salvo al real, refugiándose entre su mesnada, dando gracias por haber salvado la vida.

Los de sendos bandos subieron al galope o a la carrera al Olmillo, colina que era alta y grave de alcanzar, a la que solían ir los caballeros que estaban con el rey o con don Juan Núñez y querían probar armas, logrando honores los que echaban al contrario del lugar. En ese otero se acometieron unos a otros con gran prisa y ansia. Tardaban más en armar una ballesta que en apuntar y lanzar la saeta. Se descargaban golpes de espada y alanceaban sin diferenciar quién recibía el daño. Entre el tumulto de gritos y golpes, el escudero del rey, Gonzalo López de Padilla, creyó reconocer un rostro familiar. Sin duda, el caballero que tenía a una docena de pasos era su querido tío, Alfonso García. El mozo apartó la mirada y continuó la lucha en otro flanco, pero sabía que no siempre podría esquivar su deber para con su señor, aunque aquello significara derramar sangre de su sangre, como tantos otros hacían, habían hecho y seguirían haciendo. La lucha era encarnizada y sin tregua, pues de ambas partes había esforzados escuderos, caballeros e hijosdalgo de muy buen y bravo corazón que no dejaban de darse muy fuertes lanzadas.

El soberano envió de refuerzo a cuantos hombres tenía con él, durante la lucha gran parte del día. Tanto unos como otros eran hombres muy firmes y sufridores, pero poco a poco, los de don Juan Núñez comenzaron a retroceder de regreso a la villa, aunque sin dar la espalda ni dejar de pelear. Ya cerca del puente, cuando los de don Alfonso se veían vencedores por encerrar de nuevo en Lerma al del linaje de los Lara y sus hombres, los que estaban apostados en los muros comenzaron a lanzarles piedras y saetas, hiriendo a muchos, obligándolos también a retirarse, quedando ese día en el campo gran número de muertos y contándose por centenares los heridos de uno y otro bando.

Desde la ventana de su aposento, doña María vio entrar en Lerma a muchos menos de los que habían partido. Esta vez sí, para su alivio, vio

que su esposo era uno de aquellos hombres derrotados, que se arrastraban, más que caminaban, heridos y apesadumbrados.

En el campamento del monarca castellano tampoco había motivos para el alborozo. Don Alfonso, comprobando que la determinación de los de Lerma no flaqueaba, mandó ese día que todos los ricoshombres, caballeros y vasallos suyos que moraban en esa comarca, fueran allí con él, de modo que el real se fue poblando en adelante con muchas más gentes.

Ocho días después de dictadas esas órdenes, el rey recibió a varios ricoshombres.

—Fernán Rodríguez de Villalobos —dijo don Alfonso, mientras el mencionado besaba su mano.

—Mi señor —habló aquí Rodrigo Pérez de Villalobos, con el mismo gesto.

—Rodrigo —respondió el monarca.

Similar pleitesía mostraron Juan García Manrique y García Fernández Manrique.

—¿Alguien más aguarda? —preguntó con apatía don Alfonso.

—Mandaderos del concejo de Torre de Lobatón, mi señor —respondió el canciller.

—Que pasen...

Dos hombres entraron en la tienda, recelosos, mirando a su alrededor y a todos y cada uno de los que allí estaban.

—Mi señor —saludó el mayor de los mensajeros, arrodillándose.

—Don Alfonso. Mi señor —dijo el que parecía más joven, postrándose igualmente.

—Hablad —consintió el monarca.

—Mi señor —dijo el mayor—, hemos echado de nuestra villa a Juan Alfonso Carrillo, escudero de don Juan Núñez, y a todos los hombres que eran vasallos suyos y habían fincado allí. Y por no habernos talado las viñas ni hecho otro mal alguno, queremos daros y entregaros aquel lugar, y que tengáis por bien tomarlo para vos, para ampararnos y defendernos.

—Bien —contestó el soberano—... iros ahora.

—Mi señor —intervino el más joven—, os rogamos que nos prometáis que, si don Juan Núñez regresara a vuestra merced, nunca le daréis ese lugar.

—Lo otorgo.

—Perdonad, mi señor —insistió el mozo—, pero... ¿lo juráis?

Don Alfonso se levantó y fue hacia él.

—Os daré cartas... otorgando esto que me pedís.

—Gracias, mi señor —dijo el mayor, cohibido, retirándose ambos.

Una vez resueltos los asuntos de aquel día, el monarca abandonó el real y, acompañado por los de su Consejo y oficiales, recorrió el cerco para observar la construcción de la torre de tapias.

—Desde este baluarte podréis vedar que tomen agua de la fuente, mi señor —habló aquí el canciller.

—Que la guarde el escudero Diego López de Mendoza. Traed más tapiales de Burgos. Hay un lugar en el que deseo labrar otra torre para hacerles daño, y un muro que una ambas.

—Sí, don Alfonso —respondió el canciller.

Cuando ya se retiraban, un hombre salió de Lerma, subiendo al Ollmillo. Una vez estuvo el de don Juan Núñez en lo alto y pudo ser bien visto, comenzó a gritar:

—¡Todos los que vais con el rey, oíd! ¡Yo desnaturalizo del rey a don Juan Núñez y a todos los que están con él en la villa de Lerma! ¡Y, además, digo al rey, que Alfonso Téllez de Haro no es su vasallo! ¡Y por esta carta —levantó entonces la mano, mostrando el escrito— se envía a desnaturalizar de él!

—Traedme esa carta —dijo el rey, apretando los dientes.

Un escudero fue ante el de Lerma, tomó la misiva y regresó, entregándola sin tardanza al soberano.

Don Alfonso leyó las razones de Téllez de Haro, por las que, en efecto, se despedía y desnaturalizaba de su merced, diciendo que le tenía tomada la herencia de don Juan Alfonso de Haro, su hermano.

—Mi señor... —susurró Fernán Sánchez, viendo la ira en el rostro del monarca.

—¿Dónde se halla Alfonso Téllez? —preguntó el monarca.

—En el castillo de Soto, mi señor. Es un lugar muy fuerte.

—Y no es necesario ser adivino para saber que desde allí robará y hará mucho mal en la tierra, ¿no es cierto? —continuó hablando don Alfonso, con rabia contenida.

Los privados y ricoshombres se miraron entre ellos. De nuevo, el encargado de decir lo que el soberano no deseaba oír, fue su hombre de mayor confianza.

—Sí, mi señor —confesó el canciller Fernán Sánchez.

—¡Que los del concejo de Anguas —gritó don Alfonso, escupiendo las palabras—, y los del concejo de Soria y sus términos, y todos los concejos de las otras villas de la comarca vayan a cercar ese castillo!

Ninguno respondió, acatando el mandato con una reverencia, siguiendo a su señor de regreso al real.

Los días posteriores fueron largos para el monarca castellano, no pudiendo apenas conciliar el sueño por las tribulaciones.

Una de esas noches en vela, don Alfonso salió de su tienda con la intención de despejar la mente y comprobar los avances en el cercado. Subió a la torre y observó la otra a medio alzar, pero un extraño movimiento de gentes llamó su atención. Vio que no pocos de sus vasallos,

tanto ricos hombres como caballeros, salían del campamento cargados con sacos, llegando hasta el muro de Lerma. Algunos arrojaban los fardos al interior de la villa; otros la rodeaban, como para llegar hasta la tapia que daba a la ribera del Arlanza. Unos pocos, incluso, trepaban el muro, sirviéndose de cuerdas o escalas que les echaban del interior.

—Toma esto —dijo en la villa un caballero del rey a otro que servía a don Juan Núñez, dándole un saco de lino bien cargado.

—¿Qué es? —preguntó el de Lerma, abriéndolo.

—Tocino, pan y vino de Burgos. Endúlzate la garganta. La tendrás seca, como el resto de los que están contigo, después de lo que gritasteis y rogasteis en la última pelea.

—Grité, pero de alegría —dijo el vasallo de don Juan, bebiendo un buen trago—. Creía que eras tú al que abrí la cabeza de una pedrada.

—Debí imaginar que serías tú el de las piedras. Siempre fuiste un inútil con la ballesta —contestó con sorna el del rey.

—Pues si todos los del real lanzan saetas como tú, será cierto que antes moriremos de hambre que por vuestras armas —replicó el de Lerma, también en burla, dejando el vino y empezando a comer con ansia.

—¿Cómo estás, hermano? —preguntó el del rey, olvidando las chanzas.

—Joder, ¿tú qué crees? Deberías ver la escoria que hay aquí. Don Juan Núñez ha traído a la peor calaña de su solar para que luchen con nosotros.

—¿Los malhechores?

El de Lerma asintió con la cabeza por tener llena la boca. Al tragar, siguió hablando.

—Y les consiente todo lo que puedas imaginar. Te juro por Dios que estuve tentado, en mitad de la refriega, de apuñalar a alguno de esos bellacos con los que tengo que compartir techo y yantar. Llenarle el vientre con mi hierro y tener una boca menos que alimentar... Seguro que haría justicia a algún pobre desgraciado. —Terminó de engullir la comida, tomando después otro trago de vino—. Sé que a don Juan Núñez no le importamos, pero lo que me aterra es que tiene aquí a su mujer y, aun así, solo piensa en pelear.

—Lo sé. En el real ocurre lo mismo. Don Alfonso no solo está labrando la torre y el muro que veis, también ha ordenado traer ingenios para combatiros.

—Tal vez sea lo mejor. Y que todo termine cuanto antes...

—Volveré en dos días... ¿Necesitas algo más?

—Sí... tres cubas de este vino, un puerco asado y dos putas.

—Es un alivio que, además de chanzas, aún te quede algo de virilidad. Creía que en este tiempo ya habrían abusado de ti hasta convertirtte en una de ellas.

—Mejor harías tú en cuidar tus espaldas. Aquí al menos hay mujeres, no quiero pensar cómo os desfogáis en vuestro campamento.



—No, no lo hagas —dijo sonriendo el del rey, abriendo el postigo y dejando Lerma.

De regreso al real, a medio camino, el caballero de don Alfonso se cruzó con otro hombre.

—De Leiva —saludó el hijodalgo, sin ocultarse ni hacer nada por disimular su identidad, pues todos los que merodeaban la zona tenían las mismas intenciones.

—Ordoño —devolvió la cortesía el aludido, que tampoco mostró rubor ni vergüenza por ese deservicio.

Oneka y Juana dormían tras una dura jornada. La noche era un tiempo dulce por ser el único en el que el hambre desaparecía, pero ni siquiera ese día gozarían de tan sencillo alivio, al ser despertadas por un joven criado de doña Juana Núñez.

—Oneka, Juana, despertad —dijo el mozo, zarandeando a ambas—. Un hombre está en la puerta del río. Quiere hablaros.

—¿Un hombre? —preguntó Oneka, aún adormecida—. ¿Quién es?

—No lo sé, pero dice querer entregaros algo. Solo os lo dará a vosotras.

Las sirvientas se miraron con extrañeza, pero entendieron que no debían temer nada, ya que ellas no eran valiosas en modo alguno como para que alguien quisiera tomarlas por rehenes o hacerles daño, por lo que se vistieron y abrigaron bien, saliendo del alcázar sin criados, escuderos ni guardas.

Cuando llegaron a la tapia, encontraron el pequeño postigo abierto, como si no se hallaran cercados ni en tiempo de guerra. Se asomaron al exterior y vieron, en el puente, a unos veinte pasos, a un hombre encauchado cubierto con un manto y una piel sobre los hombros.

—Soy Oneka —dijo la criada, acercándose a él, mientras Juana permanecía inmóvil—, sirvienta de doña María Díaz. ¿Quién sois y para que me reclamáis?

—Soy Juan Martínez de Leiva —contestó el recién llegado, aproximándose también, tendiéndole un cesto de mimbre cubierto por un paño—. Fui mayordomo de don Juan Núñez. He venido porque el rey don Alfonso, al que desafío estando aquí, me envía junto con más gentes a Aragón, y no quería partirme de este cerco sin ofrecer esto a don Juan Núñez y a tu señora, doña María Díaz, sabiendo la escasez que sufrís.

Oneka miró la cesta, apartó el paño y quedó muy maravillada por el presente. Eran alimentos sencillos y comunes pero que, en ese momento, suponían un succulento manjar por el que muchos en la villa apuñalarían por la espalda al que los tuviera.

—¡Huevos! —exclamó emocionada—. Bendito seáis.

—Y miel, queso y muy buenos panes de centeno. Pero no digas que yo te lo he dado. Don Juan es tan orgulloso que lo tiraría todo al río antes que comerlo si supiera que lo llevas de mi parte.

—¿Y de dónde diré que lo he sacado, cuando me pregunten?

Juan Martínez meditó la respuesta, que no tardó en dar, aunque pudiera resultar ofensiva.

—Di que te ofreciste a alguno de los caballeros que vienen aquí. Y que te han dado esto a cambio de poder gozar de tu cuerpo.

Oneka se ruborizó, pero comprendió que una mentira, por pecaminosa que fuera, era mejor que dejar que su señora pasara hambre.

—Así lo haré.

—Quisiera poder decirte que mis conocidos que quedan en el real te traerán más viandas, pero ya ves que don Alfonso alza torres y un muro frente a la villa. Dentro de poco nadie podrá acercarse, ni entrar o salir de Lerma.

—Solo nos queda orar, entonces —dijo Oneka, compungida.

—He sabido que los ricoshombres, caballeros e hijosdalgo que están aquí, han enviado a pedir merced a la reina, que posa en Burgos, para que venga a rogar al rey que os descerque... Rezaré por vosotros para que don Alfonso reciba y escuche a su esposa.

—Mil gracias, señor —se despidió Oneka, regresando al interior de la villa, junto con Juana.

Ya en su alcoba, la sirvienta ocultó celosamente el valioso presente de la mejor forma que pudo, escondiéndolo bajo su cama.

El canciller Fernán Sánchez de Valladolid parecía ser de los pocos que sí dormía plácidamente, roncando y babeando sobre la almohada. Varios guardas se apostaban a la entrada de su tienda, pero, aun así, un hombre entró sin dificultad, sentándose a su lado.

—Fernán... despertad —habló una voz, desde la penumbra.

El oficial abrió lentamente los ojos, intuyendo una presencia a su lado.

—¿Quién sois? —gruñó, molesto por la intromisión.

El extraño tomó una vela y encendió varias más, permitiendo que la luz le alumbrara y pudiera ser reconocido.

—Vuestro rey —susurró don Alfonso—... Al que todos debéis lealtad.

—Mi señor —balbuceó confuso el canciller, levantándose.

—¿Qué ocurre, Fernán?

—¿Señor?

—He visto a no pocos de mis vasallos aprovisionar a los que están en Lerma... ¿Por qué me traicionan, ayudando a mis enemigos declarados?

Fernán Sánchez esperaba que don Alfonso no descubriera tal hecho, pero ahora, lo mejor que podía hacer era ser tan sincero con ese rey al que había criado desde niño, como lo había sido durante toda su vida.

—Don Alfonso —comenzó a hablar el oficial, sentándose junto al monarca—... Es cierto. Algunos ricoshombres que tenéis con vos en esta hueste dan viandas y otras cosas que son menester a los de la villa. Pues

sabed que, de todos cuantos hijosdalgo están aquí en vuestro real, no hay quien no cuente en Lerma con hermano, primo u hombre con quien no tenga muy gran deudo. Es por esto que los vuestros socorren con viandas a los que están en la villa, cada uno con lo que puede.

El rey quedó consternado y casi sin habla al escuchar esa confesión.

—¿Y qué me aconsejáis, Fernán?

—Debéis tener cuidado, porque si castigáis o desterráis a los que dan alimentos a los de don Juan Núñez, perderéis a muchos o a casi todos los que están con vos, por esa pena o por miedo que tendrán. Dad a entender que ni habéis visto, ni sabéis nada de esto.

—¿Seguirán luchando para mí? ¿Matarán a lanzadas cuando dé orden de atacar, y arrojarán piedras a los suyos cuando tenga aquí los ingenios?

—Lo harán, mi señor. Ni uno solo os deservirá.

—Extraño sentir es ese... Pondré entonces en las torres, para que las guarden, a los hombres de mi Casa en los que tengo mayor confianza —dijo don Alfonso, como absorto, saliendo de la tienda de su canceller.

Doña María desayunaba con avidez junto a su esposo y suegra. Se acabó un plato de morcilla con judías antes de que cualquiera de los otros hubiera comido ni la mitad de lo suyo. La tristeza se había convertido en ansiedad, al saber que podía llevar una vida en su interior. Pero los platos cada vez estaban menos llenos y, aunque sus criadas reducían sus raciones o se las daban por entero para que ella tuviera más comida, siempre parecía hambrienta. Don Juan Núñez intentaba disimular su humillación e ira por no poder proveer de más comida a los suyos, pero a falta de ser él quien reprochara nada a su esposa, fue doña Juana la que habló delicadamente:

—Comed con mesura, doña María —dijo la dueña—. Somos afortunados. Tenemos para una comida lo que muchos en Lerma no cuentan para tres días.

La del linaje de los Haro masticó más despacio, sintiéndose algo avergonzada. Su esposo, no pudiendo aguantar la impotencia, se levantó y dejó el salón.

Esa noche, Oneka permanecía oculta en un recodo de las escaleras que daban al salón. Aguardó en las sombras hasta que los criados se retiraron y todos en el alcázar durmieran, bajando entonces con sigilo a la cocina. Portaba algo oculto, que sostenía y apretaba contra su pecho, con mayor cuidado que si se tratara de un recién nacido. Cuando se hubo asegurado de que nadie la había seguido, encendió un fuego, puso sobre las llamas una sartén y tomó una de las pocas botellas que quedaban. Se volvió y miró por doquier para cerciorarse de que no había nadie cerca de ella. Solo entonces, vertió en la sartén un hilo de aceite. Extendió con

los dedos el preciado líquido y después se los chupó, saboreándolo y haciendo que masticaba, como si eso pudiera engañar a su estómago. Rompió dos huevos y los asó con cuidado, poniéndolos en un plato junto con medio pan de centeno, guardando las cáscaras en un bolsillo.

Doña María dormía, pero inquieta, humedeciéndose los labios con la lengua y mordiéndoselos de forma inconsciente.

—Mi señora —dijo Oneka, despertándola—... os he traído algo.

La del linaje de los Haro abrió los ojos y, antes que su vista o su mente, fue el olor de los huevos fritos lo que la revivió, no pudiendo creer lo que ese sentido le transmitía.

—¡Huevos! —clamó asombrada.

—Así es, señora —confirmó con emoción Oneka.

—Pero... creía que ya no quedaban gallinas en Lerma...

—No son de Lerma. Un buen hombre del rey, que os tiene gran aprecio, me los ha dado para vos...

Doña María no quería saber más. En aquella situación, puede que hubiera comido aunque su sirvienta le dijera que los huevos eran ofrenda tras un pacto con el diablo. La dama tomó un trozo de pan, rompió uno de los huevos y mezcló clara y yema, llenándose la boca con deleite.

—Come tú también —dijo doña María.

—No... yo... trajeron esto para vos —contestó sin convicción, siendo ella la que se mordía ahora los labios de envidia.

—Come —mandó doña María, llenándose la boca de nuevo.

—Solo... solo un poco.

La criada tomó un trozo de pan, untándolo con cuidado en el huevo que permanecía intacto. Cuando se lo metió en la boca, sintió una satisfacción tan plena como no podía imaginar. Con otro pequeño pedazo rebañó la yema que fluía, y también algo de clara, gozando ambas más que con cualquier otro placer que tuvieran a su alcance, sonriendo de sincera felicidad.

A veinte días andados del mes de noviembre, Lerma se veía más cercada aún. La villa se encontraba rodeada en buena parte por torres y muros con cadalsos de madera, además de bastidas en las que moraban los oficiales y hombres de la Casa del rey que las guardaban de día y por la noche. Como Juan Martínez de Leiva había vaticinado, ya no podrían ocultarse aquellos que quisieran entrar o salir de Lerma, bien para huir, como para entregar comida a sus allegados.

Aquella noche todo se mantenía en calma, hasta que un gran estruendo despertó a doña María, levantándola casi en el aire. El primer pensamiento que la asaltó fue que un rayo había caído sobre el alcázar.

Al abrir los ojos, vio un gran boquete en el tejado y otro en la pared, junto a la puerta de la estancia.

Don Juan Núñez entró apresuradamente en el aposento. Él, a diferencia de su esposa, creía saber qué era lo que los había golpeado.

—¡Vamos, señora! —dijo el del linaje de los Lara, tomándola por los brazos y sacándola del lecho—. ¡Salgamos de aquí!

Varios trabuquetes lanzaron más piedras sobre Lerma, impactando en los tejados de algunas casas. Toda la villa se convulsionó, saliendo hombres, mujeres y niños a las calles para refugiarse en la iglesia de San Pedro, que era el lugar más elevado de la villa.

En el salón del castillo, doña Juana se unió a su hijo y nuera, a cuya presencia pronto acudieron sirvientes y caballeros.

—Señor —dijo el escudero Gutier Díaz de Sandoval—. Cobijaos en el almacén. Es el lugar menos expuesto a los ingenios.

—Sí... vamos, lleváosla —mandó don Juan, entregando a doña María a su madre y criados—. Poneos a salvo.

—¿Y a donde irás tú? —preguntó doña Juana a su hijo.

—A ver a qué nos enfrentamos —respondió él, saliendo junto a varios hombres de armas y escuderos.

Doña María y su suegra, bien guardadas ambas por caballeros, sirvientes y criados, se refugiaron en la despensa. Era un buen espacio cavado en la tierra que ofrecía mayor protección que las estancias más altas de la torre. Para su desgracia, también era uno de los más fríos. Los criados llevaron mantas, pieles, jergones y un gran puchero en el que pusieron agua a hervir, para que el vapor calentara el lugar. Oneka y Juana se tumbaron una a cada lado de doña María, aunque sabían que no les resultaría fácil dormir, pues cada poco, más lejanos o más próximos, oían descargar esos truenos de piedra, no sabiendo si alguno podría, en cualquier momento, atravesar los muros y penetrar hasta ellos.

—¿Mi esposo estará bien allí afuera?

—Seguro que lo estará, doña María. Sabrá mantenerse a salvo.

Tras unos minutos de tenso silencio, roto por varios golpes de piedra en el exterior, volvió a hablar la dama.

—¿Esto es lo que durante tanto tiempo llevan padeciendo mis hidalgos en la peña de San Juan? —dijo trémula doña María.

—Sí, mi señora —contestó Oneka, susurrando las palabras en el oído de la del linaje de los Haro—, y llevan meses sufriendolo. Si ellos han podido resistir en esa simple roca, ¿qué no podremos aguantar nosotros en esta villa tan fuerte?

—Es lo más aterrador que he vivido nunca...

—Pues ahora, imaginad que estáis rodeada de esos vuestros hijosdalgo. Puede que os dijeran que ellos también tuvieron miedo el primer día, y tal vez el segundo y hasta el tercero, pero, después, seguro que

retaban a los de los ingenios para que tiraran con más acierto, o se morirían de ellos si las piedras caían al mar. Cerrad los ojos y volved a imaginar que estáis allí. Decidme, ¿qué veis?

Oneka tomó la mano a su señora y se la apretó, cerrando la del linaje de los Haro los ojos, de los que, esa vez, no cayó ninguna lágrima.

«Quiere el azaroso destino que ese año del Señor de mil trescientos treinta y cuatro, Vizcaya y todos sus habitantes sean presa de la codicia del rey don Alfonso de Castilla y León, que ya desde tiempos pasados, habiendo dado muerte a traición a don Juan "el Tuerto", heredero de esa tierra, se hacía llamar, señor de ella. Y por no tenerla apoderada ni ostentar la lealtad de los hijosdalgo vizcaínos, espera la ocasión propicia, que la fortuna brinda ese fatídico año, en el que doña María, la madre del difunto, se retira, dejando el Señorío a su nieta del mismo nombre, a la que también combate don Alfonso en el cerco de la castellana villa de Lerma. Los ígneos cielos de un atardecer de verano, ven cómo su manto es atravesado por piedras lanzadas contra la cumbre de una peña de la costa, cercana a Bermeo, una de las villas más ilustres del Señorío. Corona esa roca una torre que se yergue incólume, sirviendo de refugio a seis buenos hijosdalgo de gran valor y templanza, cuya esperanza no mengua, sino que recrece con cada tiro de ingenio que los asola. Nada tienen que envidiar en fortaleza a los que, sin tregua, los combaten de día y, aún más, por la noche. De los enemigos, mayor que ellos solo es el número, como también la furia que los consume, al verse retenidos por un estrecho pasillo entre la enorme tierra y el infinito océano.

El rey don Alfonso fustiga a sus escuderos y hombres de armas, grita acuciante a los caballeros, e implora de rodillas al Todopoderoso para que le conceda el esquivo triunfo que tanto anhela. Toda la clerecía acude a los pies de su soberano, no quedándoles más ruegos que verter ante tan magno rival.

—Muy noble monarca; el más egregio de la cristiandad; azote de moros; ante cuya presencia se postran sus reyes y agasajan con palabras aduladoras y ofrendas de incalculable valor. Vos, que, ungido por la gracia divina e inspirado por los santos mártires, siempre os habéis afanado en hacer honra a vuestros antecesores en el trono y glorificar el nombre de Cristo, combatiendo a los enemigos de nuestra santa fe; no dejéis que os ciegue la infame soberbia en esta ocasión, pecado capaz de vencer y condenar al más preclaro de los hombres. Muy buenas villas habéis cobrado, y otros lugares menos fuertes que este, habéis despreciado a vuestro paso. Pero ved, que no enfrentáis aquí, vuestros ingenios al humano ingenio, sino a la misma creación del Creador. ¡Dios alzó en el mar esa roca para que ningún rey ni ejército de la tierra pudiera tomarla, mi señor! —se duele el obispo de Toledo.

—¡Entonces orad con más devoción! —responde el monarca, preso de la rabia—. ¡Yo soy Su elegido!

Los clérigos retroceden con temor. El muy noble rey don Alfonso no atiende a razón y parece próximo a perder la suya propia.

En la incólume torre, el viejo Ramiro de Madariaga exhorta al resto de los buenos hijosdalgo:

—¡Bravos compañeros! ¡Ved que el rey don Alfonso de Castilla y León quiere sacarnos de esta gran roca con pequeñas piedras! ¡Bien ha hecho en perder la fe en los de su poderosa hueste, a los que aquí, no debemos temer más de lo que nuestros pies temen a los granos de la arena que pisan, por numerosos que sean!

—¡Por Doña María, nuestra señora! —gritan con júbilo y a una sola voz los otros cinco caballeros.

Las piedras arrojadas por los ingenios continúan golpeando y quebrándose contra la roca como las olas del mar, con fuerte estruendo, pero no dejando en ella, por daño, más que unos rasguños.

—¿Qué haréis ahora, que el día, con este sol rojo, muere?! ¿Qué ojos serán los que, en la oscuridad de la noche, os guíen en vuestra estéril conquista? —grita en desafío Ordoño de Fika.

Pero esas palabras temerarias parecen atraer con su eco la piedra de un trabuquete, que, con providencial certeza, golpea la almena de la torre, matando a un buen hidalgo y echando al mar a otro. La lucha y todo penar terreno terminan para Juan de Mendoza, y es Martín de Arostegi el que cae a las insondables aguas. El caballero queda aturdido por la caída y se hunde en el mar. Lucha por salir a la superficie, pero sus pesadas armas le arrastran al fondo marino. Cuando el aire le falta y ya se resigna a morir ahogado, algo ve acercarse. Lo que se aparece ante él, es una mujer con una cola de pez en vez de piernas, piel clara, cabello largo y bello rostro. Cree que sus ojos le traicionan, porque de ser cierto lo que ve, significa que ha muerto, pero no ha sido juzgado ni condenado a los fuegos infernales o recompensado con la entrada a la morada celestial, sino que se encuentra en un tenebroso limbo. Grita y se agita con torpes espasmos, entrando agua en sus pulmones. La sirena le pone entonces en la boca una gran caracola, de cuyo interior, el hidalgo absorbe aire que le permite respirar y también hablar, como si se hallara en tierra.

—Soy Agláoipe —dice la sirena—, descendiente del dios Aqueloo y la musa Estérope. Llevo tiempo esperando que uno de los tuyos llegara con vida.

—¿Uno de los míos? —pregunta el hidalgo.

—Mira allí —dice ella, señalándole el fondo marino.

Martín escruta el arenoso lecho, en el que multitud de cangrejos, anguilas y peces, se dan un gran festín con los cuerpos de los caídos en el

asedio a San Juan, entrando muchas bocas entre las lorigas y gambesones de los del rey don Alfonso, devorando tan pronto sus ojos, como la carne y entrañas.

—Esos... esos no son los míos... —susurra el hidalgo.

—Los tritones no saben que he venido, y no aprobarían esto, pero mis hermanas y yo creemos que vosotros podéis ayudarnos. Si lo haces, haremos sacrificios a las Keres para que se apiaden de tu raza y dejen de atormentaros.

—Me hablas de ayudaros y cometer sacrificios, pero no sé en qué puedo servirte, ni quiénes son esas Keres de las que aseguras, proceden mis males... ni tan siquiera si debería hablarte, por ser esto una arrebatada ensoñación.

—Las Keres son oscuras fatalidades que desean beber vuestra sangre, y os oprimen con sus garras, entregándoos a Tánatos, haciendo que vuestras almas desciendan al Hades. Sígueme ahora al palacio de Poseidón y, con suerte, dos vidas serán salvadas hoy.

Martín de Arostegi toma de las cerúleas caderas a Agláoipe que, impulsada por su fuerte cola, se aleja y sumerge en una fosa profunda. Apenas llega a ese terrible abismo la luz del sol, nunca contemplado por ojos mortales, pero, al poco, el hidalgo advierte un brillo en lo más hondo. Puede que no haya muerto ni esté a las puertas del Paraíso, pero, sin duda, lo que contempla no debe alejarse mucho de aquel feliz destino, pues un gran palacio de oro con torres almenadas refulge ante él, reflejando cada palmo del valioso metal la escasa luz que allí penetra, y multiplicándola como si fueran espejos pulidos.

En el patio del palacio aguardan decenas de sirenas y tritones. Una de esas criaturas imposibles, enterradas en la arena del tiempo hace más de mil años, habla irritado a Agláoipe:

—¿Por qué traes a este hombre mortal al palacio de Poseidón? —pregunta el tritón Merión—. No lo haces como ofrenda, ya que mucho más le complacería tener solo su cabeza de oscuros cabellos en bandeja de plata, o su sangre mortal en una vasija. ¿Qué pretendes, Agláoipe “la de bello rostro”, trayendo vivo ante nosotros a ese hombre?

—Ha sido por nuestro consejo y común acuerdo —habla aquí la sirena Telxiepia—, que Agláoipe ha salido en busca de un hombre, a ese lugar en el que tantos están siendo muertos de manera tan cruel por las furiosas Keres. Hemos hecho esto porque no podíamos seguir impasibles ante la agonía de nuestro rey Perión, herido por un arma forjada por manos humanas. Por lo que, a la humana sabiduría y compasión, ha acudido Agláoipe en busca de un remedio.

—¿Compasión? —se extraña el tritón Arpedión—. Con armas mayores que tridentes y redes que podrían capturar a más de diez de los nuestros, matan los hombres a cuantos seres habitan los mares insondables.



Ni los cetos son ya rivales para ellos. ¿Dónde quedan la compasión o la razón en esos actos?

—No hay ser que no pueda mostrar tanto cólera como piedad. Nosotros lo sabemos bien, que habitamos en el castillo de aquel, cuyo mismo padre lo devoró al nacer. —Las palabras de Telxiepia provocan murmullo entre los tritones—. ¿Por qué si no, el titán Prometeo les entregaría la sabiduría propia de los dioses? ¿Por qué, si no hubiera en ellos un buen corazón, se habría atrevido a desafiar a Zeus tonante?

—Y fue el error de Prometeo —responde Merión—, el que les ha permitido forjar el arma con la que han herido a nuestro rey. Sin el divino fuego, siempre guardado con celo por las manos que conocen su poder, ahora no padeceríamos este mal.

—Ellos también padecen sufrimiento —interviene la sirena Pisínoe—. Ved cuantos hombres caen y se ahogan con los cuerpos y las cabezas abiertas por horribles heridas.

—¡Di, hombre! —habla Merión—. ¡¿Qué habéis hecho para provocar en vuestra inconsciencia a las Keres?!

—No sé quiénes son esas Keres que de continuo mentáis —contesta el hidalgo—, ni quiénes sois vosotros. Lo único que hemos hecho para causar los estragos que dices, es servir a nuestra señora.

—Nosotros somos los descendientes del dios Tritón, hijo de Poseidón “el que sacude la tierra”, y de la nereida Anfítrite. ¿Y qué diosa es esa cuyos designios obedecéis?

—No es ninguna diosa. Es nuestra señora doña María Díaz II de Haro. La servimos, como adivino, vosotros, a ese rey que, según parece, yace herido y sin cura conocida ni esperanza.

—¿Y por qué os ha ordenado vuestra señora que luchéis contra las Keres?

—No hay razón ni derecho para la guerra que se ha desatado en mi tierra, ni mi señora, ni yo, ni el resto de los que la servimos, luchamos contra esas Keres, si no contra los hombres cuyos restos insepultos sirven de pasto a los peces.

Tanto tritones como sirenas se miran y hablan escandalizados, formándose gran murmullo entre las paredes doradas.

—¿Quieres decir —pregunta la sirena Telxiepia—, que a esos hombres los has matado tú, y otros como tú?

—Sí —responde el hidalgo.

—¿Por qué? —interviene Agláoipe.

—¡Ved los que dudabais! —grita el tritón Arpedión—. ¡¿De qué les ha servido renegar de los dioses inmortales y condenar su culto?! ¡¿De qué, abandonar en las fiestas los honores y hecatombes, y hacer que sus bocas olviden cantos y alabanzas?! ¡¿De qué, dejar que se derrumben los sagrados templos?!

—¡Siempre se han matado entre ellos! —grita también la sirena Pisínoe—. ¡Y nosotros los hemos jaleado para nuestro asueto! ¡¿Y en que espejo han visto reflejados los hermosos ejemplos!? ¡¿Podéis negar los crímenes de Zeus Olímpico!? ¡¿O del mismo crónida Poseidón, quien en su lujuria violó a Medusa, la górgona; a Cene, hija del lapita Elaús; o a su propia hermana, la divina Démeter?! Dime, Arpedión, una sola raza que sea digna de juzgar a otra —replica Telxiepia—. Y si en algún tiempo pasado lo ha hecho, ¿no ha sido solo por su mayor poder? Sí... ellos nos han abandonado... y tal vez su desprecio sea poco para lo que merecemos. Pero no temas por la ausencia de justicia, pues el daño que causan, lo recogerán multiplicado por mil. Ahora, es la vida de nuestro rey Perión la que cuenta.

—Yo juré —dice Arpedión—, que a todo hombre que hallara en las aguas, le daría muerte, no solo porque encuentre placer en ello, sino por el bien de todos y para que sirva de escarmiento.

—Dejadme entonces regresar —pide el hidalgo—. Y por mi vida, os entregaré otras diez. Yo mismo arrojaré a las aguas, sanos, heridos o ya muertos, a diez como yo, vertiendo tanta sangre, que quedaréis bien saciados.

De nuevo, la incredulidad se apodera de aquellas criaturas.

—¿Matarías a diez de los tuyos por salvarte? —pregunta Merión.

—Sí, por poder seguir sirviendo a mi señora y su derecho.

—No te he traído aquí para eso —habla Agláope—, aunque tu propuesta agrade a los tritones. Estás aquí para salvar a nuestro rey. Dime, ¿podéis sanar en el supramundo a los heridos por el hierro?

—Sí... —contesta el hidalgo.

Mayor murmullo se alza en el palacio.

—¿Cómo?

—Con —Martín deja de hablar. Lo que debe emplear, es tal vez lo único de lo que no dispone ni puede conseguir allí—... Con fuego.

—¿Con fuego? —pregunta la sirena.

—Se coloca un hierro en vivas llamas o en brasas hasta que queda candente. Entonces, se posa sobre la herida, y esta, se cauteriza y cierra.

—¡Miente! —grita Arpedión—. ¡Lo dice para huir al supramundo, donde el sol abrasa la piel, y nunca regresar! ¡No podemos llevar a nuestro rey allí, ya que moriría ahogado y su cuerpo se oscurecería como el carbón, ni tampoco traer el fuego aquí, a su enemigo elemento!

—Hay una manera —dice Agláope—. Si no podemos hacer que el fuego del supramundo penetre aquí, tomemos el que surge del inframundo.

—¿Hablas de descender al reino de Hades? —pregunta Merión.

—No. Pretendo llegar al paso de las rocas Erráticas, y tomar el que mana junto a las columnas de humo negro...

El alboroto que se forma es mayor, movido por el temor y el desacuerdo.

—Llévalo ante nuestro rey —consiente Merión—. Que vea su herida, y tal y como ha hablado, diga si puede sanarla con el mismo mal que ha creado la mortífera arma que amenaza su vida. Martín toma a la sirena por sus cerúleas caderas, y baja junto a ella a la cámara donde reposa agonizante el rey Perión.

Cinco tritones custodian la entrada del aposento del soberano, quienes, no sin vacilar, permiten la entrada a Agláoipe y al hombre mortal. En la estancia, el hidalgo ve a un tritón que yace inconsciente, de piel tan pálida como el resto de esas criaturas, y ni un solo cabello en la cabeza. Se aproxima al rey, y comprueba que tiene una saeta clavada en la espalda, donde su cuerpo humano se convierte en una gran cola de pez.

—¿Podrás salvar su vida? —pregunta Agláoipe.

—Puedo sacar el hierro y cerrar su herida. Lo que acontezca después, dependerá de la voluntad de Dios, o de los que rijan en este otro mundo, del que, si regreso al mío, no podré hablar ni a mis más allegados, ya que creerían que he perdido la cordura.

—Vayamos entonces a por el fuego del inframundo.

—Espera, Agláoipe. ¿Qué fuego es ese del que hablas?

—En ocasiones, el mar tiembla, y entonces se ven columnas de humo negro brotar del arenoso suelo, junto con una sustancia tan brillante como el sol que abrasa la piel, y también rocas de fuego.

—¿Hablas de lava y de un volcán aquí, en el mar?

—Sí, como el mismo que condenó la Atlántida, o algo muy parecido.

—Debemos llevar entonces a vuestro rey allí.

—No podemos hacer eso. Tenemos que traer el fuego aquí.

—La lava pronto se convierte en piedra al tocar el aire, y mucho menos resistirá en su ígneo estado entre las aguas gélidas, y, aunque contáramos con manos de hierro y cuerpos veloces, no podríamos moverlas más de una milla sin que perdiera la virtud que de ella necesitamos.

—Llevar a nuestro rey Perión a las columnas de humo negro pondría su vida a merced de otro peligro mayor, pues muy cerca se encuentra un estrecho paso formado por las rocas Erráticas, y, en ellas, acechan dos monstruos horribles, perversos y crueles. Uno es Escila, cuyos aullidos llenan de pavor. Tiene doce pies deformes y seis largos cuellos, en cuyas espantosas cabezas hay tres filas de dientes apiñados y espesos, llenos de negra muerte. Nunca pueden los marinos preciararse de pasar incólumes con su nave ante el abismo en el que se oculta, pues arrebatada y engulle con cada cabeza a un hombre de la proa a la popa. Y, para colmo de desgracias y castigo de mortales, también habita cerca la divina Caribdis, que sorbe ruidosamente la oscura agua. Tres veces al día la engulle, y otras tres, la expulsa. Si algún navío se encuentra cerca cuando la está

sorbiendo, ni Poseidón “el que sacude la tierra”, libraría a sus tripulantes de la muerte. Son una plaga inmortal y terrible.

El hidalgo intenta asimilar lo que acaba de escuchar. Nunca habría creído tal cosa, pero viendo cuanto le rodea, no pone en duda ni una palabra.

—En mi mundo, a los reyes o señores que no pueden valerse, o cuando han fallecido, se les lleva en andas hasta el lugar donde deben recibir sepultura.

—¿En andas?

—En parihuelas... son como tablas o regios mantos que soportan el peso de sus cuerpos, mientras otros hombres los llevan sobre sus hombros. Varios tritones podrían, sin dificultad, llevar a vuestro rey hasta ese lugar, y huir con él a gran velocidad si fuera menester. Si puede moverse a un rey en tierra, con mucha más sencillez ha de poder hacerse aquí...

—Bien. El lugar al que debemos ir está cerca de la costa. Saldremos mañana al amanecer, iluminados por el nuevo sol.

Ambos salen del aposento real, y Martín da voz a un pensamiento que requiere respuesta.

—Vosotros, que me juzgáis, ¿no os dividís en bandos y matáis en guerras o cuando se presenta la ocasión? —inquieta sin temor el hidalgo—. ¿Nunca ha declarado vuestro rey Perión, guerra a un hermano o caudillo rival, por una rencilla o por poseer más territorios?

—Somos pocos, y debemos luchar contra Ceto y Forcis, y sus criaturas. Son seres gigantescos que pueblan los mares. ¿Cómo esperáis sobrevivir los hombres a aquellos más fuertes que vosotros, si entre vosotros os masacráis y diezmáis vuestro número?

—No hay nadie más fuerte.

—¿No hay seres mortales más poderosos?

—No en la tierra, pero tal vez sí, aquí, en los mares.

—¿Es por eso que, a falta de un rival al que hacer frente unidos —dice la sirena Agláope—... vuestra naturaleza belicosa os ha llevado a buscar enemigos entre los de vuestra raza, y luchar entre vosotros?

—Vosotros me juzgáis, pero también deseáis matarme, y a tantos hombres cuantos podáis, como ha reconocido el tritón Arpedión. No sois mejores que nosotros.

—Intentamos enmendar un fatal y gigantesco error. Cuando Prometeo os creó, se compadeció mucho de vosotros, y deseando tanto protegeros y que fuerais lo más sabios posible, os entregó el fuego, y, con él, un poder para el que no estabais preparados. Un don que no merecíais. Y por ese error, se condenó a sí mismo; os condeno a vosotros; y a todos nosotros.

—Nuestras Sagradas Escrituras dicen algo parecido. Fue un ángel llamado Lucifer, el más hermoso y amado por Dios, quien tentó a la primera mujer para que obtuviéramos el conocimiento prohibido, siendo castigados por ello.

—¿Y cómo os castigó ese dios sin nombre?

—Por ese hecho, el primer hombre y la primera mujer fueron expulsados del Edén, poniendo Dios eterna enemistad entre hombre y mujer, y sus linajes. A la mujer la castigó multiplicando los trabajos de su preñez, pariendo con dolor a los hijos, y siendo dominada por su marido. Al hombre, le condenó a comer hierbas del campo, y, si quería pan, lo lograría solo con el sudor de su rostro. ¿Debemos pensar entonces, que la sabiduría es algo maligno?

—La sabiduría no es peligrosa ni funesta en sí misma. Pero debes entender, que la sabiduría, en cualquier forma, es, ante todo, poder. Es poder, el conocimiento de tallar la madera, de forjar el hierro o de sanar una enfermedad con hierbas. Pero la madera tallada puede ser usada para alzar una casa o un ingenio de guerra; el hierro puede forjarse para crear un útil que cultive la tierra, o mortíferas armas; los que conocen las hierbas, pueden usarlas para sanar una dolencia, pero también para crear venenos que matan con sigilo. Es por ello, que la sabiduría, como don preciado, debe permanecer en las manos adecuadas, y su obtención debe ser la culminación de un largo camino de aprendizaje y sufrimiento. Ese fue el error de Prometeo y de vuestro ángel. Sus intenciones eran nobles; la sabiduría, perfecta; pero vosotros, niños a los que se entregó algo que no podíais dominar, sino que acabó por dominaros, pues no habíais aún aprendido a dominaros a vosotros mismos. Era algo para lo que no estabais preparados ni os habíais ganado, algo que no merecíais, pues no habíais recorrido los pasos debidos en el sendero que conduce a la luz.

—Entonces, ¿no hay esperanza para nadie?

—Algún día seréis dignos, sin duda. Pero no sé cuánto sufrimiento deberéis padecer antes de que eso ocurra.

Martín de Arostegi y la sirena Agláoipe se echan a dormir, velando al rey Perión. El hidalgo murmura una oración, rogando para despertar de ese mal sueño junto a sus compañeros en la peña de San Juan, aunque el destino que le aguardara en su tierra, no fuera mucho más halagüeño que el que podría sufrir bajo las aguas.

El hidalgo vizcaíno despierta de improviso, acuciado por una horrible sensación, al notar llenarse sus entrañas de agua salobre. Abre los ojos, mira a su alrededor, y en un instante recuerda dónde se halla y por qué está próximo a morir. Palpa el suelo a su alrededor, y, cuando ya se cree perdido, Agláoipe pone en su boca la caracola que tiene la virtud de insuflar el aire que da la vida.

—Te lo agradezco —dice el hidalgo, ya recuperado.

—No es necesario. Yo te he traído aquí y es mi deber mantenerte a salvo. Tendría que habértela entregado desde un principio. Partamos ahora, antes de que Merión mude su postura.

Cuatro tritones portan una parihuela creada con algas trenzadas, ponen sobre ella al rey, y salen todos del palacio rumbo a las rocas Erráticas.

A medida que avanzan, las aguas se tornan más cristalinas y la luz del sol, más intensa, tanto por encontrarse el astro sol en su cénit, como por la proximidad a tierra firme.

Tras unas cinco millas de marcha, un rumor desconcierta a Martín de Arostegi. Cuando se hace más intenso, eleva la mirada, y queda maravillado al contemplar sobre su cabeza la quilla de una galera, que avanza a fuertes golpes de remo. La estela del navío parece seguir el mismo rumbo que ellos, asemejándose a un dedo que, en su ignorancia, inconsciencia o locura, les señala su objetivo.

—Allí —dice Agláope—. Las columnas de humo negro.

El caballero ve en la lejanía varios torrentes de oscuro polvo elevarse hasta la superficie, como emanados por chimeneas hundidas en el arenoso suelo. Junto a ellas, dos grandes rocas forman un paso estrecho al que la nave se dirige, debiendo cruzarlo para proseguir su rumbo.

—¿Allí moran esos monstruos de los que has hablado? —pregunta Martín.

—En una cueva cercana... Temo que pronto los verás. Los navíos a vela pueden en ocasiones pasar inadvertidos, pero no los que golpean el mar con remos.

—¿Y el fuego que necesitamos?

—De ahí brotará...

El hidalgo, la sirena y los tritones, aguardan pacientes. Martín no deja de observar el navío alejarse. Le sorprende no haber estado tentado de nadar hacia él para intentar escapar de esas criaturas, y no tarda en dar gracias a lo que fuera que en su interior lo ha retenido, pues el barco comienza a zarandearse violentamente. Varios hombres caen al mar, pero al momento, son arrebatados, como apresados por algo que los saca de las aguas. El hidalgo no puede ver lo que ocurre en la superficie, pero lo imagina, al ver partes de cuerpos hundirse y caer hasta el lecho marino, a muy pocos pasos de él.

—¿Eso es?... —pregunta Martín.

—Sí —responde Agláope, consternada, pues nunca es agradable ver cazar a ese monstruo—. Escila...

—Mirad allí —señala uno de los tritones—. Fuego...

Una suerte de rocas brillantes han comenzado a manar de las columnas de negro polvo. Sin dudar, el hidalgo se aproxima, pero la sirena y los tritones, asombrados por no haber visto nunca tan de cerca ese prodigio, se mantienen a distancia.

—¡Traed aquí a vuestro rey si queréis salvar su vida! —manda Martín—. Esto es lava. Brota al rojo vivo, pero se enfría con rapidez. No puedo calentar aquí un hierro, pero tampoco será necesario.

El hidalgo saca su daga y la introduce en la roca, tomando con la punta del arma un poco de la ígnea y aún blanda sustancia.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta angustiada Aglaópe.

—Arráncale ahora la flecha. Hazlo.

La sirena obedece, se encomienda a Poseidón, y saca el hierro del cuerpo de su rey, que emite un leve quejido. Martín se apresura a cubrir con la lava la herida abierta, aplicándola como si fuera barro. El tritón muestra en su rostro el dolor que ese remedio le produce, gimiendo como un recién nacido; pero es un malestar breve y pasajero.

—Con esto bastará —afirma el hidalgo—. La herida cerrará y vuestro rey Perión recuperará la salud.

—Te doy las gracias, buen hombre —dice Aglaópe—. Yo misma te devolveré a la roca de la que fuiste arrojado.

Martín agradece que la sirena cumpla con su palabra, pero sabe que en San Juan le aguarda una muerte segura. Queda pensativo, contemplando los restos de marinos que el monstruo Escila ha esparcido en las aguas, y no es el deseo de huir de ese trágico y asumido final lo que le hace hablar a la sirena del siguiente modo.

—Si tú estás presta a cumplir lo prometido, yo también. En el palacio dije a los tritones que, a cambio de mi vida, os entregaría diez como la mía. Pues bien, ahora te digo, que serán cien las almas mortales que enviare al Infierno o a vuestro reino del Hades.

—¿Cien?

—Haz que vengan aquí veinte de los más fuertes tritones. Uno por cada remo de esa galera que se mantiene a flote sobre nuestras cabezas.

La sirena mira desconcertada a Martín, pero confía en él.

El hidalgo nada hasta la superficie, refugiándose bajo el navío para no ser visto por Escila, y cuando se cerciora de que no hay riesgo, trepa por uno de los remos. Encaramado a la amura de babor, ve que la cubierta está repleta de miembros, vísceras y abundante sangre, pero eso no le amedrenta en su ánimo. Va a los mástiles y arría los cabos y las velas, para que no sean impedimento al avance de la galera, después, se infunde valor y reza una oración.

—¡Estoy aquí! —grita con todas sus fuerzas a la lóbrega cueva donde mora el monstruo—. ¡Sal a por mí!

Esa voz es respondida por un rugido tan intenso, que su eco recorre el manto azul del mar, extendiéndose por millas a la redonda. El hidalgo flaquea, sintiendo el mismo terror del que se vería rehén cualquier mortal, titán o semidios de buen juicio, pero su determinación es firme. La gruta misma parece temblar, saliendo de ella el oscuro monstruo de doce pies y seis cabezas, en cuyas bocas tiene tres hileras de dientes. La visión paraliza a Martín, pero no así a los tritones, que cuando ven hundirse en las aguas las patas de Escila, sujetan los remos bajo el agua, y

comienzan a nadar con fuertes golpes de cola como se les ha mandado, arrastrando la embarcación. La repentina sacudida hace caer al hidalgo, que rueda por la cubierta ensangrentada. La galera surca el mar, impulsada por los veinte poderosos tritones, que la arrastran a mayor velocidad de la que nunca soñaron sus armadores ni fallecidos tripulantes. Escila, guiada por su instinto y encolerizada por ser la primera vez que una presa huye de su presencia y dominios, la persigue torpemente, impulsándose con sus deformes pies, manteniendo a flote solo sus largos cuellos y letales cabezas.

En la peña de San Juan, los esforzados hijosdalgo Ordoño de Fika, Joanes de Arteaga, Lope Martínez de Belendiz y Ramiro de Madariaga, luchan por mantener el puente de piedra libre de enemigos, y esquivar las rocas lanzadas por los ingenios del rey don Alfonso. El almirante mayor de la mar, Alfonso Jofre Tenorio, tras castigar varias villas de la costa, ha formado un cerco con su flota para impedir que ningún barco pueda proveer de viandas ni agua a los pertrechados en la peña.

En lo alto del mástil mayor de una de las naos castellanas, el vigía alerta de algo que se aproxima como llevada por el mismo demonio.

La galera penetra velozmente entre los navíos, creando olas que los zarandean y por poco no los hacen zozobrar, hasta llegar al pie de la misma peña de San Juan. Martín de Arostegi mira a las transparentes aguas, despidiéndose con una reverencia de la sirena Agláoipe y de los tritones.

—¡Compañeros! —grita Martín a lo alto—. ¡Soy yo el que regresa!

Cuando lo reconocen, el resto de hidalgos le arrojan un cabo para que suba junto a ellos a la seguridad de la torre.

—Creíamos haberte perdido para siempre —dice Lope Martínez de Belendiz.

—¡Qué ventura tenerte de nuevo a nuestro lado! —clama emocionado el mancebo Joanes de Arteaga, ayudando a Martín a entrar por la almena.

—En verdad has resucitado como Lázaro —dice Ramiro de Madariaga.

—Es cierto que he vuelto de entre los muertos —responde Martín—, pero no os traigo, compañeros, buenas nuevas ni salvación. Al contrario, es un horrendo castigo el que he hecho que me siga por mar.

—No será peor que este que nos aguarda en tierra —dice Ordoño de Fika.

—Arrodillaos ahora, compañeros, cerrad los ojos y rogad al Altísimo por los seres amados mientras llega nuestro final —pide Martín—, pues muchas más vidas de las que pudimos imaginar, nos llevaremos con nosotros.



Los cuatro hidalgos acatan esa extraña petición, deponiendo las armas y su belicosa conducta. Pero sus devotas oraciones, pronto se confunden con un creciente rumor que llega desde el lejano océano.

En el exterior, los vigías de la flota castellana gritan cosas inauditas y dementes. Los que ocupan las cubiertas se burlan de ellos, llamándolos necios y beodos, amenazándolos con la muerte si no dejan las chanzas. Pero no tardan en comprender que a sus compañeros no los ha embargado la locura ni el deseo de hacer mofas, pues una gran mole con seis negros cuellos que se agitan, creen diferenciar en lontananza. Los ojos y voces de los soldados reclaman a Jofre Tenorio, su almirante, consignas o modo de maniobrar los navíos, pero el oficial no sabe qué órdenes dar ante aquella fatalidad. Nada puede hombre mortal alguno hacer, sino maravillarse y maldecir. El monstruo Escila llega furibundo hasta la flota castellana, siguiendo el olor del hidalgo vizcaíno y el rastro de la galera. No quiere alimentarse, solo causar todo el daño posible. La criatura se coloca en el centro de la formación, y, usando sus cabezas a modo de ariete, comienza a atravesar los cascos y bordas de las naos, haciéndolas pedazos. Ni lo necesita ni desea, pero, aun así, come a algunos hombres solo por ira. Toda la escuadra queda arrasada en apenas minutos, siendo entregadas al oscuro mar las vidas de decenas de hombres mortales, como Martín de Arostegi había prometido a Agláoipe y los tritones. Escila se encarama entonces torpemente a la peña, y sus largos cuellos permiten a dos de sus cabezas escudriñar a través de las ventanas de la torre. En el interior, los hidalgos continúan orando en silencio, a pesar del estrépito y gritos que han escuchado, sin ni siquiera imaginar lo que ahora les está observando. Cuando el monstruo se dispone a destruir el bastión, una roca le impacta en una de sus cabezas, causándole gran daño y mayor enojo. Habiendo perdido toda razón, si alguna vez le guio alguna, Escila avanza sobre la peña, aplastando la torre con su enorme cuerpo y a los hijosdalgo que en ella se han refugiado. Cobrada su presa, se arroja de nuevo al mar, pero no regresa a su guarida junto a las rocas Erráticas, sino que se dirige a la costa.

En el real, ni los clérigos ni ricososhombres, ni el propio monarca don Alfonso, pueden creer lo que ven, cuando ante ellos se aparece ese ser horrendo con cuellos mayores que cualquier alcázar. Los lanceros y ballesteros acuden a enfrentar al monstruo, arrojando sobre su cuerpo y cabezas, venablos y saetas. Pero esas armas, ya de por sí inofensivas ante tamaño coloso, ni siquiera se clavan en la piel de la criatura, pues sus escamas, semejantes a placas de hierro o cuero endurecido, las repelen. Escila, con tan solo avanzar dos pasos, aplasta a cinco peones bajo su enorme vientre. Tan pronto como varios inconscientes se ponen a su alcance, engulle a dos con sendas cabezas, mientras usa otra como gran maza, golpeando a dos caballeros, a los que junto con los rocines que

montan, arroja por los aires a buena distancia. Algunos caballeros, sin vergüenza ni dudar, y creyéndose embargados por la locura o abandonados por Dios, huyen al galope, desamparando a su señor. Los obispos elevan crucifijos y plegarias al cielo, teniendo por seguro que esa bestia es el dragón del Apocalipsis mentado en las Sagradas Escrituras. Los ricoshombres intentan en vano proteger a su señor, contemplando con pavor cómo el monstruo avanza implacable hacia ellos. Escila lanza al unísono sus seis cabezas, atrapando con las hileras de dientes de sus bocas a otros tantos nobles. Los obispos y el rey don Alfonso retroceden, quedando atrapados entre Escila y la ladera rocosa de una montaña. Rezan por sus bocas y maldicen desde sus entrañas y, entonces...»

Doña María despertó de golpe. La cercana caída de una piedra lanzada contra el alcázar devolvió a la dama a la realidad mundana.

—Calma, mi señora —susurró Oneka, que seguía acostada junto a ella, al notar que la dama se sobresaltaba—. ¿Os ha despertado el ruido o vuestros osados sueños?

—¿Por qué crees que han sido osados?

—Pocas veces os he oído hablar y sacudiros tanto mientras dormíais...

—No sé si han sido osados o heréticos... Pero sí, delirantes. He convertido al rey Perión de Gaula, el padre de Amadís, en un tritón.

—¿En un tritón?

—Y era tan real... creo que estoy perdiendo la razón.

—Lo extraño es que aún podamos mantener algo de cordura en este tiempo. Un tiempo en el que el mundo entero parece haber enloquecido. ¿Y, decidme, qué hacíais vos?

—¿Yo?

—En el sueño...

—Yo no aparezco en los sueños...

—¿Por qué no? Creía que os imaginabais a vos misma en San Juan de la Peña, por ser una manera de huir de aquí... o tal vez, junto a algún galante príncipe —susurró con picardía Oneka.

—No... creo que ni siquiera en mi mente soy tan audaz como para imaginar tal cosa. Ni nada bueno me traería... No quiero convertir el sueño en un refugio imposible, pues eso sí acabaría quebrando mi espíritu, al hacerme insufrible la realidad. Ni tampoco deseo verme combatiendo al lado de mis hidalgos. ¿Qué podría hacer allí? ¿Qué puedo hacer aquí? Llorar y rezar a la espera de un milagro. Esos parecen ser mis únicos dones...

—Y, sin embargo, mi señora, la historia no recordará el nombre de esos hidalgos, pero sí el vuestro.

—Eso no será por mis méritos. Y confío en que sea para alabarme en vez de para maldecirme.

—Sé lo que el espíritu os reclama, pero tened fe en que esta guerra en la que os veis inmersa se decantará felizmente a vuestro favor, aunque ahora sintáis que todo está perdido.

—Es reconfortante ver que alguien más aquí cree en los milagros...

—Puede que los milagros sean solo el camino que no hemos sido capaces de vislumbrar por los límites de nuestra humana razón... Os aderezaré ahora un desayuno.

Oneka salió del almacén y fue a su estancia. Se agachó junto a la cama y sacó el cesto que le había entregado Juan Martínez de Leiva, viendo afligida que ya solo quedaban dos huevos y una pequeña porción de queso.

Lerma y sus habitantes continuaron siendo castigados de forma inclemente. El rey don Alfonso ordenó que sus cabritas y trabuquetes arrojaran piedras contra la muralla por el día, y sobre la villa durante la noche, de manera que no pudieran los de Lerma sentirse seguros en sus casas, muchas de las cuales tenían los tejados desmochados, pasando gran frío y angustia los que en ellas moraban.

A pesar del peligro y de las heladas que caían sobre la comarca, Oneka aguardaba casi toda la noche a la intemperie en lo alto de la torre, a la espera de la llegada de alguien del cerco. Pero eran cada vez menos los que se atrevían a acercarse, y menos aún a llevar alimentos. Tras cuatro días de infructuosa guardia, la criada vio al fin a uno de la villa subir al adarve de la muralla, el cual parecía hablar con alguien del exterior. Oneka bajó de la torre y fue también al muro, pero manteniéndose a una distancia prudencial. Se asomó por la almena y creyó ver a un solo hombre junto a la ribera del río. No pudo oír lo que se decían uno y otro, pero sí vio que realizaban bruscos gestos y alzaron la voz varias veces, como si discutieran airadamente. En el tiempo que duró ese encuentro furtivo, dos grandes piedras cayeron a no mucha distancia, siendo acompañado el estrépito de su impacto con gritos de los que aún no habían abandonado las casas. Sin temor, pues tal vez ya poco tenía que perder, la criada esperó a que ambos hubieron tratado sus asuntos, y cuando ya se despidieron y retiraron, uno al interior de la villa y el otro de vuelta al real, Oneka corrió por el adarve, apresurándose a hablar al del rey.

—Buen hombre, te lo ruego, acércate —dijo ella. Petición que fue acompañada por el estruendo de otra piedra arrojada contra el alcázar.

El del cerco se giró, vacilando por un momento, pero intuyó que poco o nada debía temer, accediendo a ir ante esa desconocida que lo reclamaba.

—¿En qué puedo servirte, doncella? —preguntó él, desandando los pasos hasta regresar a la orilla del Arlanza.

—Soy Oneka, una sirvienta de doña María Díaz. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Gonzalo López.

—Quiero pedirte algo en confidencia. Mi señora está en cinta y padece gran hambre, pues aquí apenas nos quedan viandas. No puedo ofrecerte mucho —dijo Oneka, desabrochándose el vestido, dejando sus hombros al descubierto—. Pero lo que tengo, te lo daré si me traes algo de sustento.

—No quiero deshonrarte —respondió sin dudar el mozo, a pesar de que aquella que le ofrecía sus encantos, era hermosa y lozana—, ni dejaría, si está en mi mano evitarlo, que tu ni ninguna otra moza envileciera su cuerpo por comida. Pero sí hay algo que deseo pedirte a cambio...

—Dime, ¿qué es?

—¿Conoces a uno llamado Alfonso García de Padilla?

—No lo conozco.

—Es mi tío. Es el hombre con el que hablaba. He venido para advertirte de que Juan Alfonso, señor de Albuquerque, ha vuelto al servicio del rey y llegado a esta hueste. Y sé que quiere lidiar con los de don Juan Núñez en el Olmillo para probar su pundonor y lealtad. Si eso ocurre, y mi tío combate, no podré continuar excusándome de luchar con él, y en la pelea, tengo por cierto que uno de los dos acabará muerto o muy malherido. Y si es él quien cae, por justicia lo matarán, pues habrá deservido al rey don Alfonso con las armas que él mismo le entregó. Es por esto que soy yo quien te ruega que le persuadas para que no salga de la villa a combatir.

—Si atiende a razones, descuida que no quedará en mí, súplica ni lagrima que no vierta en ese empeño.

—Te lo agradezco, buena doncella. Te veré en este lugar dentro de dos noches.

—Hasta dentro de dos noches, pues —se despidió Oneka, retornando al interior del alcázar.

Con las primeras luces del día, el rey don Alfonso se reunió con su Consejo y privados para valorar el transcurso de los acontecimientos.

—Deseo acuciar todo lo posible a los de don Juan Núñez para poner fin a este cerco —dijo el monarca—. Sabéis como yo los movimientos que don Juan Manuel realiza en Peñafiel, y creo saber de antemano lo que esos mandatarios del rey de Portugal que aguardan fuera vienen a decir.

—Mi señor, tenéis ya a los de la villa muy afincados —dijo Garcilaso de la Vega—. No solo por los que matáis en las peleas, también por el daño que les hacéis con los ingenios y el hambre que padecen.

—Pues no parece suficiente —se quejó el monarca—. Ahora toman agua del río, ¿no es cierto?

—Sí, majestad —confirmó el caballero Alfonso Fernández Coronel.

—Disponed ballesteros para que no puedan acercarse... y que se haga una presa cerca del real, de modo que el agua se acumule en un gran charco antes de que siga hasta ellos. Tirad luego dentro los cuerpos de hombres y bestias muertos, para que quede emponzoñada. Así quedarán mucho más acuciados por falta de agua.

—Así se hará, mi señor —dijo el ricohombre Alvar Rodríguez Daza.

—Haced pasar ahora a los de Portugal —ordenó don Alfonso.

Dos hombres entraron en la tienda del monarca, haciendo una sutil reverencia.

—Rey don Alfonso —dijo uno de ellos—. Mi señor, el rey don Pedro I de Portugal, nos envía a deciros que don Juan Núñez es su vasallo, y os ruega que lo descerquéis. Si no lo hacéis, él no podrá excusarse de ayudar a don Juan Núñez, haciéndoos guerra, o en todas las maneras que pueda.

No por esperado, ese mensaje dejaba de resultar grave.

—Si tengo cercado a don Juan Núñez es por los muchos deservicios que me ha hecho —respondió el monarca castellano—, y por los muchos robos, males y daños que ha causado en mi tierra, de los cuales me hará enmienda antes de que salga de allí. Si vuestro rey le ayudara, haría mal, pues no guardaría las posturas que tiene conmigo. Decid a don Pedro que no dejaré de llevar adelante contra don Juan Núñez lo que he comenzado, y que yo tengo vasallos suficientes para enfrentar y hacer guerra a Portugal.

Los mandaderos, oída esa respuesta que también esperaban, no se amilanaron lo más mínimo.

—Don Alfonso —habló aquí el otro mensajero—, por el poder que traemos del rey don Pedro de Portugal, os desafiamos a vos, a todos vuestros vasallos y a los de vuestro Reino.

Dicho aquello, los emisarios se retiraron.

—Juan Alfonso... —susurró el rey.

—Mi señor —dijo el señor de Alburquerque, colocándose al lado del monarca.

—Como portugués conocéis bien al rey don Pedro. Decidme, ¿qué pasos creéis que dará ahora?

—Sin temor a equivocarme, majestad, don Pedro cercará la ciudad de Badajoz, para obligaros a acudir allí y dejar Lerma.

—No haré tal cosa. Ya me retiré de los sitios de Gibraltar y de San Juan de la Peña sin lograr rendirlos. No dejaré Lerma tan próximo como me hallo de la victoria.

—¿Qué mandáis hacer, mi señor? —preguntó Fernán Sánchez.

—Nos anticiparemos a ese movimiento. Enviaré cartas a los ricos-hombres que moran en la frontera: don Juan Alfonso de Guzmán, don Alvar Pérez de Guzmán, don Pedro Ponce...

—Y don Enrique Enríquez, mi señor —concluyó el canciller.

—Sí. Y escribid sobre esto a los concejos de las ciudades de Sevilla, Córdoba, Cáceres, Trujillo, Plasencia y Coria. Y también a don Ruy Pérez, maestro de la Orden de Alcántara.

—Bien, don Alfonso —acató el canciller, disponiéndose a redactar dichas cartas.

—De Castro —dijo el monarca.

—Mi señor —respondió el aludido.

—Mi buen Pedro Fernández, partid a Badajoz con los ochocientos hombres de a caballo del reino de León y de Galicia que tenéis. Decid, en mi nombre, que todos os sigan y hagan por vos, como si fueseis yo mismo.

—Sí, mi señor —acató De Castro, retirándose.

Un joven escudero que se encontraba junto a la tienda del rey salió corriendo tras escuchar todo lo hablado y las órdenes dictadas, abandonando el real y el cercado, llegando a las puertas de Lerma.

—¡Vosotros! —gritó el mozo a los que guardaban el matacán—. ¡Mi nombre es Garci López de Torquemada! ¡Haced venir a Gómez Gutiérrez de Sandoval y a Gutier Díaz de Sandoval! ¡Ellos me conocen y darán fe de mi buena voluntad!

Los escuderos de don Juan fueron alertados de la presencia de ese que les reclamaba, no tardando en acudir a la muralla, saliendo al puente a recibirle.

—Garci —dijo Gómez Gutiérrez, abrazando al del rey.

Mismo gesto repitió Gutier Díaz.

—¿Qué mandadería traes? —preguntó Gutier.

—No me envía don Alfonso. He huido de su lado para venir al servicio de don Juan Núñez... y advertiros de lo que planea.

Los criados se miraron con preocupación, entrando junto a su amigo en la villa, dirigiéndose al castillo.

Don Juan Núñez también había sido avisado de la llegada del escudero, aguardando solo en el patio de armas de la fortaleza.

—Don Juan, mi señor —saludó Gutier, llegando los tres a su presencia—. Este es Garci López de Torquemada, buen escudero que fue nuestro compañero cuando servíamos al rey don Alfonso. Ahora ha venido a vuestra merced.

—¿Es eso cierto? —preguntó con extrañeza el del linaje de los Lara—. Has cometido muy gran yerro partiéndote así. Hasta un ciego diría que has elegido el bando perdedor.

—Don Juan Núñez —dijo Garci López, arrodillándose ante él—. Como la mayoría de los que os sirven, soy natural del rey don Alfonso y procedo de muy buen solar de caballeros. Y sé qué, por cometer tan gran deservicio, el rey dará sentencia contra mí, juzgándome como traidor, tal y como ha hecho con Gómez Gutiérrez y Gutier Díaz, que están aquí

con vos. Pero mi honra cuenta más que las penas y denuestos en los que pueda caer. He venido a advertiros de que don Alfonso va a hacer una presa para vedaros el agua del río.

—¿Una presa? —repitió con inquietud el de los Lara.

—Y la convertirá en un charco pestilente, vertiendo en él cuerpos putrefactos de hombres y bestias, de modo que toda el agua que llegue a Lerma estará corrompida.

Esas nuevas consternaron a don Juan Núñez y a los suyos.

—Sin el agua del Arlanza no resistiremos más de una semana —reconoció don Juan—. ¿Qué se sabe en el real de don Juan Manuel?

—Estaba sitiado en Peñafiel. Fue combatido por don Pedro Fernández de Castro, que ahora mora aquí, aunque debe partirse a Badajoz.

—¿Por qué a Badajoz? —preguntó don Juan Núñez.

—Al real han llegado mandaderos del rey don Pedro de Portugal, que en su nombre y con poder cumplido, han desafiado a don Alfonso y a todos sus vasallos por no descercarlos.

—Bien —dijo reconfortado don Juan Núñez—. Mañana saldremos a campo abierto para dar batalla. Si cada día es para nosotros un tormento, más lo será para don Alfonso. Le mostraremos que está lejos de rendir Lerma.

—Señor —prosiguió Garci López—, medita bien esto. Sabed que la misma reina doña María viene para rogar al rey que os perdone, y si don Alfonso no la escuchara o recibiera, los hijosdalgo que están con él en el real pueden y desean sacaros de esta villa.

—¿Sacarme? ¿Cómo?

—Por un albañar grande que hay en la cerca por donde pasan las aguas del río.

—No, Garci —contestó don Juan Núñez, sin titubear—. No huiré.

El del linaje de los Lara y sus escuderos se retiraron al interior del alcázar, cruzándose con Oneka, que ese día tenía un cometido más importante que el de ser los oídos de su señora.

La sirvienta se internó en Lerma, preguntando en las calles por alguien llamado García de Padilla. No tardó mucho en averiguar su paradero, llegando a una casa medio derruida de la que varios hombres, subidos a escaleras, retiraban maderos del tejado.

—¿Quién de vosotros es Alfonso García? —preguntó Oneka.

—Soy yo —respondió el más alto y corpulento.

—Tengo que hablarte.

De Padilla abandonó su labor, tirando al suelo un último tablón antes de bajar junto a la criada.

—¿Quién eres? —pregunto él.

—Soy Oneka, sirvienta de doña María Díaz, mujer de don Juan Núñez.

—¿Y qué quieres de mí, doncella?

—Sígueme a la plaza de la iglesia, y con menos oídos escuchando, te confiaré la razón por la que te busco.

Ambos caminaron hacia el templo, viendo a su paso más casas en ruinas, gentes heridas, otras que mendigaban por comida, y muchas que se dolían por la muerte de sus familiares o por males que afligían su cuerpo.

—Traigo una súplica de tu sobrino —dijo Oneka.

Alfonso se detuvo, mirándola con desconfianza.

—¿De Gonzalo?

—Sí... me ha pedido que te ruegue que no vuelvas a lidiar con los del rey.

—Con esto que ha hecho, me humilla a mí y se humilla a sí mismo —dijo él, dándole la espalda.

—Espera —pidió Oneka, reteniéndolo—, si me ha pedido esto es por el gran amor que te tiene.

—¿Y por qué no es él quien se queda en el real en vez de salir a luchar?

—Él no puede excusarse de servir a don Alfonso, como su escudero.

—Ni yo a don Juan Núñez como su leal súbdito... Como tú tampoco servirías nunca a tu señora, ¿no es cierto?

—No. Pero es posible que, si vas de nuevo sobre el Olmillo, mueras allí.

Alfonso se acercó a ella, mirándole de cerca el rostro. Tomó después una de sus manos, comprobando que estaba helada, delgada y sin apenas color.

—O aquí... de hambre o por el frío. ¿Cómo puedes pedirme esto tú que, seguro, das una parte o todas tus raciones de comida a tu señora, y la servirías hasta caer muerta? —Oneka agachó la cabeza, no sabiendo qué contestar—. Gonzalo cumplirá con su deber... y yo también; y esa será la única forma en la que los dos, ocurra lo que ocurra, podamos descansar en paz, con la conciencia tranquila.

Varias lágrimas asomaron en los ojos de la sirvienta. Retiró la mirada, se cubrió la cara con las manos y procuró disimular el llanto.

—Vamos a morir todos —sollozó ella—... nuestros señores... nos van a matar a todos...

Alfonso la acercó hacia él, abrazándola más como un padre que como el desconocido que era.

—Para eso nacieron unos e hicimos juramento otros. Para obedecer a nuestro señor natural, como antaño hicieron nuestros padres y abuelos. Servimos fielmente, honrando así la memoria de los antepasados y a nuestro apellido. No sufras por mí ni por mi sobrino, pues no hay hombre ni mujer más poderoso, que el que está dispuesto a hacer el sacrificio supremo por lo que cree. Ni vida más plena, que la que es vivida por y para una noble causa. Desde que tengo uso de razón, me he compadecido de tullidos y menesterosos, de viudas y huérfanos, pero solo he sentido honda



y sincera lástima, por aquellos que vagan sin rumbo, pasiones, ni un fin que cumplir. Pues son como ganado, que solo se afanan por pastar en los prados, día tras día, viendo consumirse sus vidas hasta que les llega la muerte.

—Yo no siento que seamos muy diferentes —replicó Oneka, con voz ahogada—... Todos somos ahora corderos prestos para el sacrificio.

—Pero al menos somos afortunados, ya que se nos ha brindado la ocasión de luchar. En nuestra mano está el poder decidir el modo en el que todo termine.

Alfonso dejó a Oneka y volvió a su labor, quedando la sirvienta desconsolada, sintiéndose a merced de un destino implacable e injusto.

Al amanecer del día siguiente, las puertas de Lerma se abrieron. De la villa salió don Juan Núñez con su pendón tendido y, tras él, formando en un solo haz, todos sus caballeros y peones. Aunque en sus filas quedaban muy pocos caballos, el del linaje de los Lara seguía contando con muchas compañías de hombres hijosdalgo y malhechores. Desde las torres, los del rey don Alfonso dieron grandes voces, alertando a todo el campamento. Juan Alfonso de Alburquerque, reconocido como caudillo de la hueste, mandó sacar su pendón y que se armaran todos los que estaban con él, abriendo igualmente las puertas del real y saliendo en gran número.

Tanto los de un bando como los del contrario, ya fueran a caballo o a pie, así hijosdalgo como villanos, comenzaron a correr por ser los primeros en subir al Olmillo y cobrar de ese modo ventaja en el combate. Con lanzas aceradas al cuerpo de los enemigos treparon a diestra y siniestra los de don Juan Núñez y el rey don Alfonso, acometiéndose en lo alto de la loma, atravesándose con los hierros por igual. Unos y otros fueron heridos tan pronto como pusieron los dos pies en el Olmillo, cayendo rodando muchos de la colina. Más hombres continuaron alcanzando y ocupando el exiguo campo de batalla tras la primera acometida, usando para la lucha, espadas, martillos y hachas de guerra, mazas y manguales. Los de don Juan Núñez pudieron hacerse con buena parte de la colina, defendiéndola muy reciamente, luchando más con corazón que con el seso, pues parecían saber que lo único que tenían que perder, era el sufrimiento y la muerte por hambre.

—¡Debemos tomar la loma, señor! —gritó a Juan Alfonso de Alburquerque el caballero Alfonso Fernández Coronel, viendo que los de Lerma ganaban cada vez más terreno.

—¡Seguidme ahora de cerca! —ordenó el noble portugués.

Los privados del rey don Alfonso dieron espuelas a sus caballos, calbaldando tras su caudillo, abriéndose paso hasta lo alto del Olmillo. Juan Alfonso acometió con su lanza a un peón rival, atravesándolo de

parte a parte. Pero de tal manera le clavó el arma, que esta quedó atorada en el cuerpo o loriga del caído, no pudiendo volver a sacarla ni recuperarla para la lucha. Maldiciendo, tiró la lanza y desenvainó su espada, con la que comenzó a dar grandes tajos a los que se le acercaban.

Don Juan Núñez, que observaba la lucha desde el llano, gritaba sin tregua órdenes y arengas a los rezagados que bregaban por subir al Olmillo, los cuales debían esquivar los cuerpos de los que caían, convirtiéndose esos muertos o heridos, en un manto que cubría la tierra y era pisado por pezuñas, botas y zapatos de hierro. Los de Lerma empujaban al rival cada vez con más fuerza. Juan Alfonso de Albuquerque y sus caballeros apenas podían maniobrar ni atacar, dando mandobles y estocadas por doquier sin tino, puede que incluso a alguno de los suyos. En mitad de la reyerta, y no pudiendo advertirlo ni esquivarlo, el caballo del noble portugués recibió una herida en el rostro, volviéndose el animal imposible de manejar.

—¡Tengo que marchar! —gruñó Juan Alfonso, frustrado por ver que la bestia que montaba era difícil de manejar.

—¡Partíos de la lucha, señor! —aconsejó Fernández Coronel.

—¡Alertaré al vizconde! —prometió De Albuquerque.

El noble portugués descendió del Olmillo, intentando que su caballo le llevara de vuelta al real, a pesar de lo maltrecho que se encontraba. Ver retirarse a don Juan Alfonso hizo que el desánimo y la confusión cundiera en la mesnada del rey. Por el contrario, derrotar al caudillo rival fue celebrado por los de Lerma, que ya solo debían mantener la posición para obtener la victoria ese día. Don Juan Núñez picó espuelas, rodeado por sus caballeros y escuderos, deseando saborear el triunfo. Subió la colina al galope, pisando los cuerpos de buenos vasallos muertos o heridos, deseando hacer que su pendón hondeara en el Olmillo. Pero, una vez en lo alto, lo que vio, le sobrecogió. Saliendo del cercado por su flanco derecho, le pareció que más de cien hombres a caballo galopaban hacia ellos. Eran caballeros ingleses y gascones al mando del vizconde Guitardo de Albret, del que nada había sabido hasta ese momento.

—¡Volved a la villa! —espetó don Juan Núñez a los suyos—. ¡Salid de aquí! ¡Nos retiramos!

Todos dieron entonces la espalda, corriendo apresuradamente y en tropel, abandonando ese lugar que tanto esfuerzo y vidas les había costado cobrar. Alfonso Fernández Coronel, que ostentaba ahora el mando de las fuerzas reales, ordenó a los escuderos y caballeros que quedaban en el campo, perseguirles hasta las mismas puertas de Lerma. Alfonso García de Padilla era uno de los caballeros que corría más rezagado, guardando a su señor y protegiéndole con su cuerpo y escudo de cualquier arma o saeta que fuera arrojada contra él. En el otro bando, además de Fernández Coronel, uno de los más avanzados era el escudero

Gonzalo López de Padilla. Tras haber llegado a temer por su vida, don Juan Núñez logró penetrar en la villa, pero muchos de sus peones, tanto hijosdalgo como malhechores, fueron alcanzados por los de Fernández Coronel y el vizconde Guitardo, que los alancearon y masacraron sin piedad. Alfonso García de Padilla se detuvo en el puente, esperando hasta que los portones se cerraran. De todos los hombres del rey que se aproximaban al galope, solo uno blandía lanza. Y solo ese, sabía quién era el loco que aguardaba impertérrito y en solitario a que su señor se hallara a salvo. Y fue ese único hombre, su sobrino, el que arrojó su arma contra él, como le exigía el juramento de lealtad que una vez hiciera. La buena o mala fortuna guio el arma, con tan cruel acierto, que alcanzó en un costado a García de Padilla. Por esa herida, tanto tío como sobrino cayeron en tierra. Uno, de espaldas; otro, de rodillas. Ambos, profundamente dañados en su interior.

Fernández Coronel y varios de sus caballeros llegaron ante el de Lerma y lo rodearon, reconociéndolo entonces ellos también.

—Este es el vasallo de don Juan Núñez que pidió armas y caballo al rey, señor —dijo uno de los caballeros—. Y ved que las lleva vestidas.

—Coged el caballo, y a él, degolladlo —ordenó Alfonso Fernández—. Dios lo tiene por bien, pues entendió lo que el rey le dijo que le ocurriría, si con esas, sus armas que le dio, le deservía.

Un caballero sacó su puñal, y sin mediar dudas ni súplicas, cortó el cuello a Alfonso García de Padilla, siendo el último en morir ese día.

Llegada la noche, Oneka posaba separada de su señora, junto a los sirvientes y escuderos, en la parte del almacén más alejada del caldero de agua hirviendo. Era la única que ni podía ni deseaba dormir por el gran pesar que sentía, intentando disimular que respiraba entre sollozos, y que ese día había llorado hasta quedarle los ojos secos de lágrimas.

Un criado bajó a la despensa, abriendo con cuidado la puerta para no perturbar el descanso de sus señores, como si el chirriar de los maderos fuera peor que los golpes de las piedras arrojadas por cabritas y trabuquetes. Pero en vez de buscar un lugar donde tumbarse, el mozo se acercó a la sirvienta de doña María.

—Hay en la puerta del río un escudero del rey que quiere verte —dijo el criado, hablándole al oído—. Dice que trae algo para tu señora. No porta armas y está solo...

—Dile que se vaya —respondió Oneka, sin salirle la voz, como si estuviera siendo estrangulada.

—Soy criado de doña Juana Núñez, no tuyo. Si no deseas nada de él, ve a decírselo tu misma —replicó malhumorado el mancebo.

La sirvienta comprendió que debía salir y afrontar en persona lo ocurrido. Se abrigó cuanto pudo y, con sigilo, dejó el almacén.

Ya en el patio nevado, Oneka vaciló. Deseaba regresar junto a su señora, pero ya que no había podido cumplir con lo prometido, al menos, comprendió que sí podía y debía ofrecer consuelo. Cada paso hasta el postigo de la muralla le resultó una penitencia, costándole a sus pies avanzar, tanto por el suelo nevado, como por la culpa que arrastraba toda esa jornada. Abrió la portezuela, y al otro lado del puente, vio al escudero Gonzalo López. El mozo avanzó entonces hacia Oneka, y ella no logró contener el renovado llanto que brotó al verlo, cubriéndose el rostro con las manos, fingiendo torpemente calentárselas con su aliento.

—Es todo lo que he podido reunir —dijo él, ofreciéndole una bolsa con panes y algunas viandas.

—No lo merezco —musitó Oneka—. No he podido convencer a tu tío para que permaneciera aquí...

—Si en esta tierra hay un culpable de su muerte, además de él mismo, ese soy yo. Toma ahora lo que te doy. Hago esto cumpliendo mi palabra, pero también por su memoria, pues sé que mi tío no hubiera querido que tu señora pasara hambre.

—No puedo...

—¡Cógelo te digo! —chilló el mozo, con voz ahogada y lágrimas asomando en sus ojos—... por favor...

Oneka entendió el sufrimiento que también afligía a esa otra alma, cediendo a su ruego.

—Entra al abrigo de la torre —pidió la sirvienta, tomándole de la mano.

El escudero aceptó ese extraño ofrecimiento, dejándose guiar al interior del bastión enemigo. Los dos caminaron como sombras furtivas, adentrándose en el alcázar hasta la alcoba de Oneka, sentándose en el mismo lecho. Con algo de pudor y manos temblorosas, ella se quitó el manto y empezó a desabrocharse el vestido.

—No —dijo Gonzalo—... No es necesario.

—Por favor... es todo lo que puedo darte. Si no encuentras consuelo aquí, tampoco yo lo tendré —replicó ella, dejando al descubierto sus pechos y espalda.

El escudero comprendió tal ruego, tocando los hombros y espalda desnudos de la sirvienta. Oneka le abrazó y Gonzalo la besó en el cuello, apretándola contra él, pero, al poco, se detuvo. La sirvienta de doña María sintió que el mozo comenzó a respirar algo más hondo, y al momento, a llorar calladamente.

—Todo esto es una mierda —sollozó el escudero—. Es una puta mierda...

Oneka no necesitaba mucho más para derramar también lágrimas, comenzando a llorar cada uno sobre el hombre del otro.

—Sí —dijo ella, pasando los dedos entre los cabellos del mozo, acariciándose. Y será nuestro final...

Y esa gélida noche en la que el cielo solo arrojaba sobre Lerma piedras y nieve, hubo dos almas que, por un corto espacio de tiempo, pudieron encontrar algo de consuelo.

Pasada la medianoche, Gonzalo López de Padilla regresó al cerco, sin importarle ya ser descubierto por los que guardaban las torres y cadalsos, ni las culpas o castigos que ese hecho pudiera acarrear. Era fácil de avistar, pues no hacía demasiado por ocultarse, pero, a pesar de ello, solo unos ojos se percataron de su presencia, siguiendo al escudero hasta que se internó en el real. Era el mismo rey don Alfonso, que hacía guardia de pie junto a varios de sus criados en al albañar del cerco. Desde que supo que sus hijosdalgo pretendían ayudar a escapar a don Juan Núñez, él mismo permanecía en ese lugar, con los pies en el lodo, soportando el frío viento durante toda la noche y hasta el alba. Tal era su gran afán y talante por apresar al del linaje de los Lara, que no había trabajo ni carga, por ardua que fuera, que le pesara en ese empeño.

La del linaje de los Haro intentaba dormir, pero, en parte el frío, en parte el hambre, y, ante todo, el desasosiego, hacían que se removiera intranquila en su jergón. Oneka entró con cautela en el almacén, procurando aparentar naturalidad, y se echó junto a su señora.

—Doña María —dijo la sirvienta—, venid conmigo a mi estancia. Tengo algo para vos.

—¿Qué es?

—Lo veréis cuando os lo dé...

—Es peligroso salir de aquí.

—No, mi señora, lo peligroso es no tener lo que os aguarda fuera de estas paredes. Seguidme ahora.

Ambas mujeres abandonaron la despensa, encaminándose al cuarto de Oneka. Una vez en la estancia, la sirvienta cogió de debajo de su cama el saco con los panes.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó doña María.

—Los ha traído un criado de Martínez de Leiva...

—Mientes.

—Sí —reconoció sin rubor Oneka, partiendo y ofreciendo a su señora un trozo de pan—. Miento.

Doña María tomó el pan, dándole un bocado que masticó y saboreó con calma.

—Se dice que hoy se ha combatido porque el rey don Alfonso va a vedarnos el agua del río...

—Eso se dice, mi señora.

—Entonces, el final está cerca...

—De un modo u otro, doña María.

—En este tiempo he pensado que, si existe una justicia más elevada que la de los hombres, es ahora cuando debería hacerse presente. Pero ¿por qué no ha aparecido para tantos otros desventurados, y sí debería aparecer para mí, si todos somos iguales ante Dios?

—Tal vez por la misma razón por la que unos padecen desgracias durante toda su existencia, y otros viven en la opulencia.

—¿Por el azar? ¿O por sus pecados o buenas obras?

—No lo sé, doña María —dijo Oneka, dando a su señora el resto de la hogaza de pan.

—Ni tú, ni creo que nadie sobre la tierra... No me escuches. El hambre, la pena y el miedo me hacen divagar y pensar en cuestiones espirituales para intentar consolarme.

—Hay peores formas de combatir esos males...

—Oneka, ve a donde mi esposo, y llévale un pan. Está débil y creo que sufre de disentería.

—Pero, doña María, vos los necesitáis más que nadie aquí.

—Obedece lo que te mando... y júrame que si te pregunta de dónde lo has sacado, no le mentirás como me has mentido a mí.

—Os lo juro...

La sirvienta acompañó de nuevo a doña María al almacén, arrojándola junto al caldero de agua hirviente. Volvió a su cuarto, envolvió en trapos un pan, y fue ante don Juan Núñez, que posaba en otra estancia rodeado de los criados en los que más confiaba.

—Don Juan... mi señor —susurró Oneka, abriendo la puerta con cautela.

—¿Qué quieres, Oneka? —preguntó el escudero Gutier Díaz de San-  
doval, levantándose, yendo a su encuentro junto con Gómez Gutiérrez.

—Traigo esto para vuestro señor —contestó la sirvienta, descubriendo el pan.

—Don Juan —dijo Gutier, tomando el alimento como el gran presente milagroso que era, llevandoselo a su señor, que apenas había abierto los ojos—, comed esto.

El del linaje de los Lara palpó la hogaza, recostándose lentamente.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó el de los Lara.

—Lo ha traído Oneka —respondió Gómez Gutiérrez.

Don Juan Núñez se levantó, acercándose a la criada.

—¿De dónde lo has sacado y por qué me lo traes a mí, en vez de dárselo a doña María?

—Mi señor, he traído varios panes, y ya he dado uno a doña María. Es ella la que me ha pedido que os de también otro a vos.

—Responde, ¿de dónde lo has sacado?

Oneka, recordado la orden dada por su señora, y por el talante severo que don Juan Núñez mostraba, supo que haría bien en no decir mentiras.

—Me lo ha dado un mozo del real, mi señor.

—¿Te lo ha traído alguien del real?!... ¿Y se lo has dado de comer a mi esposa?! —gritó don Juan Núñez, golpeando a Oneka con la mano abierta, tirándola al suelo—. ¡Maldita estúpida! ¿No has pensado que puede estar emponzoñado con hierbas?!

—¡Ni por un momento he pensado eso, mi señor! —gritó Oneka, llorando más por desesperación que de dolor—. ¡Y sabed que pondría mi vida en manos del que me lo ha dado, tanto como en las de mi señora! Pues esto viene de parte de un escudero, sobrino del caído Alfonso García de Padilla, que murió haciéndoos buen servicio. Y es por honrar su memoria por lo que me lo ha dado.

—Mi señor —dijo De Torquemada—, conozco bien a Gonzalo, el escudero de quien habla Oneka. Sería incapaz de cometer la villanía que habéis mentado.

—Y debéis saber, don Juan —intervino Gómez Gutiérrez, haciendo acopio de valor—, que, si vos mismo y los vuestros hemos tenido hasta ahora algo de alimento con el que sustentarnos, no ha sido por la provisión de panes que hicisteis, sino por las viandas que los hombres del rey han metido en la villa, por tener ellos aquí muchos parientes y amigos.

—Es cierto, don Juan —aseveró Garci López—. Durante semanas, los ricoshombres e hijosdalgo de don Alfonso han aprovisionado a vuestros vasallos, cada cual con lo que podía.

Al del linaje de los Lara le costó asimilar esas nuevas, pero al menos pudo calmarse, desterrando el temor a morir envenado. Pensativo y ofuscado, cogió el pan y dio la espalda a los cuatro. Caminó unos pasos y mordió un pequeño pedazo, que masticó con la misma lentitud con la que hacía poco había comido su esposa.

—Mi señor —dijo Oneka, acercándose a don Juan Núñez—, tengo que hablaros en confidencia.

—Habla...

—No podéis demorar más esto. Oídme, don Juan... con lo que voy a revelaros hago gran yerro y falto a la palabra que he dado a mi señora, pero nunca lamentaré esta o cualquier otra culpa si la cometo guiada por mi conciencia... Doña María, vuestra esposa... espera un hijo.

Don Juan Núñez se volvió y la miró con estupor.

—Mi esposa... ¿preñada?

—No ha querido decíroslo por temor a que eso os confundiera y nublara el juicio, pero yo no puedo callarlo más.

Don Juan Núñez se tambaleó, tapándose la cara con las manos.

—Dios mío... —susurró el del linaje de los Lara.

—Señor —dijo Oneka, postrándose ante él—, debéis enviar mandaderos al rey don Alfonso. Mostradle de corazón que deseáis regresar a su servicio. Por muy obstinado que sea ese hombre, seguro que ni él ni los suyos desean tampoco porfiar más tiempo en esta guerra.

—La sirvienta ha hablado bien, don Juan —dijo López de Torquemada—. Apenas hay hijodalgo ni ricohombre de los que están con don Alfonso en el real, que no tenga aquí, hombre con quien no guarden muy gran deudo, y todos os aman a vos tanto como al mismo soberano. No temáis. Nadie alzaré su mano contra vos ni vuestra esposa si acudís ante el rey.

Don Juan Núñez había recibido más heridas en ese corto espacio de tiempo, que en todas las luchas vívidas contra el monarca castellano. Y esas heridas eran más profundas que cualquier otra que el hierro pudiera infligir a la carne.

—Al alba enviaré un mandadero a don Alfonso —susurró don Juan, derrotado en su interior—, y que todo quede en manos de la Providencia.

Oneka se congratuló por esas palabras, no disimulando una gran sonrisa. Con una reverencia, se despidió de don Juan Núñez, regresando a toda prisa al lado de su señora. Entró en la despensa como una exhalación y se acostó junto a doña María, para darle calor, pero, sobre todo, para hablarle al oído:

—Mi señora, ¿estáis despierta? —murmuró Oneka.

—Y lo seguiré estando si no paras de entrar y salir de aquí como poseída.

—Perdonadme, doña María, pero tengo el pálpito de que un gran bien nos aguarda.

—¿Un gran bien?

—Presiento que mañana podremos ver al fin la luz.

—Una gran luz deberá ser para imponerse a tanta oscuridad.

—Lo será, mi señora. Creo poder aseguraros que este tiempo de nieblas toca a su fin. Dormid ahora, y soñad con gran inspiración por última vez, que estas piedras que nos golpean son las que combaten a vuestros hidalgos en San Juan de la Peña. Y que esa visión sea tan desmedida como podáis imaginar, pues, tal vez, nunca el destino querrá afincaros de tal manera, que necesitéis volver a refugiarnos en ese otro mundo inmortal que solo existe en vuestra mente.

Y doña María Díaz cerró los ojos esa última noche del mes de noviembre.

«Solo dos hidalgos vizcaínos de los seis que se pertrecharon en la peña de San Juan, conservan la vida ante el cruel azote de los ingenios de guerra del rey don Alfonso de Castilla y León.

El viejo caballero Ramiro de Madariaga y el mozo Joanes de Arteaga son todo lo que queda de las fuerzas leales a doña María Díaz II de Haro, mujer de don Juan Núñez. Con ellos, tienen los cadáveres amortajados de sus cuatro compañeros, muertos por piedras o saetas. Cae la noche y, con ella, algo de descanso para sus exhaustos cuerpos.



—La sidra se ha corrompido —dice Joanes de Arteaga, escupiendo la bebida.

—Mejor así. Evitaremos beber sin razón y que se nos embote el seso si la desesperanza prende en nuestro interior.

—Deberíamos echarlos al mar —propone Joanes, mirando los cuerpos—. Se pudrirán y tarde o temprano enfermaremos.

—¡¿Tú querrías que hiciera eso contigo?! —brama Ramiro, agarrándole por las ropas.

—Preferiría no tener santo entierro, antes que condenar a otros compañeros a la muerte —contesta De Arteaga, sin remilgos ni temor.

—Pierde cuidado, que no nos queda mucha vida por delante.

Dicho esto, los hidalgos rezan una oración y se echan a dormir. Al poco de cerrar los ojos, a Joanes le parece que la luz de la luna comienza a hacerse más brillante, tanto que, a no mucho tardar, le deslumbra más que si fuera la del mismo amanecer. Quiere alzarse y otear por la ventana el origen de tal refulgir, pero el sueño que le embarga es tan profundo y poderoso, que apenas puede moverse. Y, aunque adormecido, nota que su cuerpo se eleva y desplaza, y su piel y cabello son brusca-mente azotados por el viento de la mar. Mira a su alrededor, y, por doquier, le rodean luces puras que no dañan los ojos. El suelo ya no es frío y de negra piedra, sino cálido e igual de blanco que el aura que lo envuelve. Escrutando a su alrededor, cree diferenciar tres siluetas, de níveas vestiduras y piel tan clara como su largo cabello.

—Buenas doncellas, decidme quiénes sois, y si he muerto mientras dormía y es mi alma la que guiais ante el mismo Creador para ser juzgada.

Pero ninguna voz responde. Esas figuras solo lo observan mientras Joanes siente que el viento y ruido de las olas se embravece, algo que, lejos de inquietarle, solo le produce calma, y como mecido por esa gran cuna de plata, cae sin remedio en un profundo sueño.

En una playa, rodeados de densa bruma por la que apenas penetra la luz del alba, dos hermanos que no cuentan más de diez años, de pelo enmarañado, descalzos y vestidos con sayos de lino que les cubren hasta las rodillas, observan curiosos y temerosos al hidalgo vizcaíno, que reposa inconsciente sobre la arena.

—¿Es uno de ellos? —pregunta el menor, tanto de edad como en estatura, de nombre Aner.

—No lo creo —responde el mayor, llamado Oier, acercándose a Joanes.

—¡¿Qué haces?! ¡No te confíes! ¡Dale con una piedra en la cabeza antes de que despierte!

Pero el mozo no escucha ese consejo. Con curiosidad, toca la loriga de Joanes, su cinturón y espada, y se percata de que, del cuello, le pende

un collar de cuentas. Con cautela se lo quita, limpia de arena, y ve, brillante, la cruz de bronce que su amada le había entregado.

—No es uno de ellos... llama a padre, pero sin alborotos...

Aner sale corriendo hacia el puerto mientras Oier permanece junto al hidalgo.

—¡Padre! ¡Padre! —grita Aner sin parar, hasta encontrar a su progenitor, que se halla arrastrando su barca para dejarla varada en la playa—. ¡Un caballero! ¡La niebla ha traído un caballero!

Sin tardanza, media docena de hombres armados llegan al lugar donde permanece inconsciente Joanes.

—¡Oier! —le grita su padre, aproximándose, empuñando una estaca—. ¡Apártate de él!

Los pescadores rodean al hidalgo. Uno de ellos, con gran cautela, toma por la empuñadura la espada de ese extraño que yace inconsciente, desenfundándola.

—Mirad esto —dice con asombro, examinando la guarda y hoja del arma—. No ha sido forjada aquí... Ni por nadie que yo conozca.

—¿De dónde vendrá, padre? —pregunta Aner—. ¿Crees que de Inglaterra?

—No parece inglés.

—Tampoco es uno de ellos —asevera Oier.

—Eso no lo sabemos...

El padre de los muchachos se aproxima al hidalgo vizcaíno. Receloso, le toca en un costado con el madero, pero no reacciona. Otro pescador le da varios golpes con un remo, tanto en las piernas como en el vientre y pecho. Solo entonces Joanes parece volver a la vida. Abre los ojos y respira con fuerza, necesitando recuperar el aliento. Se sienta en la arena, comienza a sentir náuseas y vomita. No es agua, como podría esperarse, sino los escasos alimentos y bebida que tenía en sus tripas.

—Oh, Señor —balbucea Joanes—. Mi cabeza... es como si la tuviera aprisionada en un torno...

—Ocurre cuando se permanece tiempo a la deriva —habla aquí el padre de Aner y Oier, algo más tranquilo—. ¿Quién eres?

—Me llamo Joanes de Arteaga. Decidme, buenos hombres, ¿quién sois y dónde estoy?

—Mi nombre es Bernardo, y esto es Bayona.

—¿Bayona? —pregunta sorprendido el hidalgo, poniéndose en pie con dificultad.

—¿Tu navío naufragó por una tormenta, o por una lucha?

—No... yo... no estaba en ningún navío... Al menos, eso creo...

—¿Qué recuerdas, caballero?

—Me hallaba junto a mi compañero Ramiro de Madariaga. Éramos los dos últimos en permanecer con vida en la peña de San Juan. He

debido caer al mar, y... sí... una nave me rescató. Era veloz y solo veía luz a mi alrededor, como si la luna reflejara su brillo en unas enormes velas blancas. La cubierta también estaba iluminada por multitud de antorchas o puede que pebeteros, tanto a proa y popa como en las amuras. No podía moverme y temí haberme roto el espinazo en la caída, pero tampoco sentía dolor...

—¿Y quiénes tripulaban esa nave? ¿Eran ingleses?

—No lo sé. No me hablaron ni tampoco los escuché hablar entre ellos. Me pareció que tenían la piel y el cabello muy claro, tanto como sus ropajes... Puede que fueran ingleses... Después, solo recuerdo despertar aquí, con este dolor de cabeza como nunca he sentido... y mucha sed.

—La niebla —susurra otro de los pescadores—. Es cierto... la niebla lo ha traído.

—Llémosle a casa, padre —pide Oier.

Tras dudar unos instantes, Bernardo acepta la petición de su hijo, por ser razonable y de bien nacidos ofrecer hospitalidad y cobijo a un extranjero necesitado.

—Ten esto —dice el padre de los mozos, entregando a Joanes su estaca—. Te servirá de báculo.

El hidalgo toma el madero y sigue a los de Bayona, los cuales, desconfiados, no dejan de escudriñarlos de pies a cabeza, manteniéndose alerta y a cierta distancia.

En la villa ya ha corrido la voz de un hombre llegado por capricho del destino o de inexplicables fuerzas, por lo que muchos de sus moradores salen al paso del hidalgo.

—¡Es él! —dice una niña a su madre, deseando acercarse a Joanes—. ¡Es el caballero de la niebla!

Las gentes lo reciben, saludan e incluso tocan, pero no son pocos también, los que permanecen en sus casas. Unos, sintiendo inevitable curiosidad, entreabren puertas, ventanas y postigos, oteando con disimulo. Otros, atemorizados, los cierran y atrancan.

Al llegar a su casa, el mozo Aner abre la puerta y entra dando gritos, anunciando con jolgorio a su madre y abuelo la presencia del caballero. Tras él, entra Bernardo, después Oier, y, por último, Joanes. El hidalgo queda sorprendido, pues ve un lugar común en el que no hay diferentes estancias. Es un espacio abierto y oscuro, con jergones en el suelo, una mesa cuadrada en la que aguarda sentado un hombre anciano, y un hogar sobre cuyas llamas pende un caldero humeante, cuyo contenido remueve una mujer. Pero lo que más sorprende al caballero, es ver, separados tan solo por un pequeño muro de piedras a modo de valla, a un burro, una vaca y varias gallinas.

—Creía que esta ciudad era más rica... —dice para sí, Joanes.

—Siéntate —pide Bernardo.

La mujer sirve un plato con guiso y lo deja sobre la mesa, no queriendo acercarse demasiado a ese extraño.

—Come ahora —pide nuevamente Bernardo, de modo afable—... Y dime, caballero. Ese lugar que defendías... la peña de San Juan, ¿dónde se encuentra?

—Próximo a la villa de Bermeo —dice Joanes, oliendo el plato, procurando ocultar el desagrado que le produce.

—¿Bermeo?

—Sí. Es la villa más notable de Vizcaya —aclara el hidalgo, tomando una cucharada y tragándola sin pensarlo.

—Conozco Vizcaya... pero nunca he oído hablar de esa villa tuya.

—¿Por qué la aparición de un solo hombre os ha asustado tanto? —pregunta Joanes.

—No es el que hayas aparecido en la playa —responde Bernardo—. Vemos a menudo cuerpos en la mar o traídos a nuestra costa por la marea...

—Es por la niebla... —dice Oier.

Todos guardan silencio tras esas palabras. Un silencio tenso que es roto por Bernardo, solo tras encontrar la mejor forma de continuar.

—En ocasiones, cuando hay niebla... vemos cosas. Algunas, son visiones fugaces; otras, pueden permanecer todo un día ante nuestros ojos. Unas, son claras revelaciones; otras, no las comprendemos. No alcanzamos a desentrañar su significado, por mucho que lo intentamos.

—Pero la niebla también trae cosas —susurra el anciano—. Ellos ... llegaron con la niebla...

—¿Ellos? —pregunta Joanes.

—Los adoradores del dragón —aclara el viejo, para malestar del resto.

—Normandos —interviene Bernardo, queriendo restar gravedad a lo que ha comenzado a ser narrado—. Hombres del Norte... Vikingos, los llaman otros. Tallan cabezas de dragón en las proas de sus barcos.

—¡Son gentes impías y crueles! —grita con ímpetu el anciano, una vez avivados sus peores recuerdos—. ¡Mareantes sin patria! ¡Salvajes que únicamente saben saquear y matar! Allí donde desembarcan, dejan a su paso ruina y desolación. Llegaron a estas tierras por primera vez hace más de cien años. El padre de mi abuelo los vio, siendo mozo. Fue una noche de verano, mientras recogían aparejos tras una jornada de pesca. El mar y parte de Bayona estaban cubiertos por la niebla y, entonces, aparecieron. De entre la bruma, surgieron silenciosamente tres cabezas de dragón. Pero los cuerpos de esas bestias no eran de carne ni escamas, sino de madera.

—Esa noche saquearon nuestra iglesia y robaron las reliquias. —Vuelve a hablar Bernardo.

—¡Hicieron más que eso! —grita enervado y con angustia el anciano—. ¡Y muchos monasterios y aldeas de allende el Adour sufrieron su azote! ¡Y por todos es sabido que saquearon París! ¡Y después

tomaron Nantes, donde mataron a su obispo y a muchas buenas gentes que se habían refugiado en la catedral!

—Abuelo, no —pide la mujer—. Cada vez que rememoras esos hechos, sufres como si lo hubieras vivido en tus carnes. No asustes más a tus nietos.

—Temíamos que fueras uno de ellos —murmura Oier—, ahora que...

—¿Qué ocurre? —pregunta Joanes, viendo la indecisión del mancebo.

—Una gran hueste de hombres del Norte ha desembarcado en Capbreton —responde Bernardo.

—Hace ya tiempo que navegan nuestro río a su antojo —habla aquí el viejo—. A los cristianos solo nos queda rezar, pues parece haber muchos más de donde esos primeros procedían, y todos los que no tenemos una venda en los ojos ni mordaza en la boca, sabemos y decimos que no se detendrán nunca ni ante nada... Inglaterra, las costas del Mediterráneo y nuestra misma Gascuña se ven ahora a merced de su espada.

—¿Y por qué no os auxilia vuestro senescal o el mismo rey Eduardo Plantagenet? —pregunta el hidalgo.

—¡Aquí no hay senescal! —protesta el anciano—. ¡Ni sé quién es ese rey del que hablas! ¡Nuestro señor es el duque Guillermo Sancho!

—Discúlpame —dice Joanes—. No conocía su nombre, ni sabía que se hacía llamar duque. ¿Y dónde se halla ahora vuestro señor?

—En Pamplona —contesta el anciano, con más calma—, celebrando sus bodas con doña Urraca, la hija del rey García Sánchez. Pero ya hemos enviado a buscarle. Quiera Dios que pronto regrese a Gascuña.

—¿El rey García Sánchez, dices? —pregunta Joanes.

—Salgamos —pide Bernardo, no deseando que su padre sufra otro ataque de ira—, es tiempo de que los niños y los viejos duerman.

En la calle, muchos aguardaban. Cuando Bernardo y Joanes salen, miran fijamente y siguen al hidalgo, deseosos de poder ver, hablar y tocar al caballero de la niebla. Con paso calmado, ambos hombres y su peculiar séquito entran en la posada del puerto, donde, ante su presencia, se hace el silencio. El dueño les sirve dos vasos de sidra, mientras son rodeados por más de una docena de vecinos.

—Lamento ver que tu padre padece demencia —dice Joanes, ignorando a la multitud.

—Siempre se exalta cuando recuerda a los normandos... y, ahora, es imposible no sentir terror. —Bernardo se queda mirando fijamente al hidalgo—. Sí... por eso estás aquí... Él te ha enviado...

—¿Quién?

—Dios... Dios te ha enviado. Nadie sobreviviría en la mar tanto tiempo ni a la deriva desde lugar tan lejano, si no fuera la voluntad de Dios.

—En verdad, debo agradecer al Todopoderoso por conservar la vida, pero ¿qué creéis que puedo hacer yo por vosotros, siendo solo un hombre más?

—Te envía Dios, o eres un embustero o un loco —dice a sus espaldas un hombre fornido, que bien podría doblar al hidalgo en peso y edad.

—¿Un embustero? —contesta Joanes, volviéndose ante el que se ha atrevido a pronunciar palabras tan graves.

—Si eres de Vizcaya, ¿dónde has aprendido a hablar tan buen gascón? —pregunta el desafiador.

—Yo no hablo gascón...

Esa respuesta causa gran risa en todos los presentes y hace brotar algunas burlas.

—Entonces, ¿cómo puedes entendernos?... ¿Y nosotros a ti? —interviene Bernardo.

Joanes comprende la verdad que el pescador ha desvelado. Mira a su alrededor, a todos los que le observan, y, presa del miedo y sin buenas razones que ofrecer, sale de la posada.

—Aguarda, caballero —pide Bernardo, dándole alcance y reteniéndolo por un brazo.

—¡Déjame! —gruñe Joanes, soltándose.

—Es un milagro. Tu presencia aquí... es un milagro. Acéptalo. Dios te ha enviado a nosotros.

—¿Por qué?! ¿Por qué me ha llevado lejos de mi tierra en esta hora trágica, cuando más me necesitan los míos?! —grita desesperado el hidalgo—. ¿Acaso no debo entregar mi vida a la defensa de mi señora y su derecho?!

—No lo sé, pero sosiégate ahora. Te llevaré ante nuestro duque. Mañana saldremos hacia San Juan Pie de Puerto. Allí sabremos su paradero y si ya se encuentra en Gascuña.

La nueva de la aparición de un caballero llevado a Bayona por la niebla corre por toda Gascuña.

Tras emprender la marcha, Bernardo, Joanes y el resto de los que les siguen, ven salir gentes a su encuentro en toda aldea y villa por la que pasan. En Cambo, Ustaritz, Louhossoa, Gahardou, e incluso llegando de Irissarry o Hasparren, todos alaban al caballero de la niebla, dando gracias por su presencia y rogando auxilio, no dudando los hombres de buena condición en tomar las armas, uniéndose al hidalgo para la defensa de su tierra.

Poco antes de llegar a San Juan Pie de Puerto, Joanes y los de Bayona se detienen ante una mujer que encuentran sentada en un tronco junto al camino. Al acercarse a ella, comprueban que tiene en su regazo a una niña de muy poca edad.

—¿Está aquí el duque? —pregunta Bernardo a la mujer.

—Llegó hace dos días —responde ella—. Ayer temprano partió a Saint-Sever, a orar ante la tumba de san Severo mártir, para rogar por nuestro triunfo sobre los normandos. Con él han ido todos nuestros hombres.

—Allí iremos pues —dice Bernardo.

—Aguardad, señor —pide la mujer, mirando a Joanes, diferenciándolo del resto sin dificultad—. ¿Sois aquel que ha sido enviado para liberarnos de los normandos?

El hidalgo vizcaíno no sabe qué decir. En verdad, en lo más hondo de su ser, desconoce qué respuesta sería la correcta, y cual, una mentira cruel o piadosa.

—Yo no puedo liberaros de nada —confiesa Joanes, azuzando a su caballo.

—¡Esperad! —ruega la mujer, acercándose al hidalgo con un respeto casi reverencial—. Bendecid a mi hija... hace días que no quiere comer, rechazando mi leche. Nadie conoce su mal. Bendecidla, os lo ruego.

Joanes no puede creer esa petición. Mira a la manceba, de apenas unos meses de vida, que una madre descorazonada y con un atisbo de recuperada esperanza extiende hacia él. Y no solo nota la mirada y ciega fe de la mujer, también la de cientos de gascones que le han seguido por una simple razón y gran propósito. Tan sentida súplica hace que se desmoronen las reticencias del hidalgo, el cual posa su mano sobre la frente de la niña y susurra unas palabras.

—¡Mil gracias, señor! —dice ella, retrocediendo y llorando de alegría.

Abrumado y con deseos de haber sido tragado por el mar en vez de arrojado a esa tierra, Joanes azuza al caballo y parte al galope a San Juan Pie de Puerto, seguido de cerca por Bernardo y el resto. Muchos en esa población desean ver y alabar al caballero de la niebla, pero solo ven pasar fugazmente y al galope a su anhelado salvador, seguido por otros muchos. El hidalgo no quiere tener tratos ni hablas con nadie. No, en medio de la confusión de la que se siente preso. Los de San Juan Pie de Puerto no ven descortesía en ese hecho, sino que entienden que no hay que demorarse ni es tiempo de palabras, uniéndose a la mesnada que sigue a Joanes.

En Saint-Sever posa recia hueste de hombres armados. Entre todos ellos corre el mismo rumor. Un rumor que ven tornarse realidad, aproximándose desde el Oeste, acaudillando muchas buenas compañías. Joanes y el resto llegan ante los caballeros y peones que el duque de Gasuña ha congregado.

—¿Y nuestro señor, el duque? —pregunta Bernardo a uno que les sale al paso armado con una lanza.

—Está en la ermita —responde el lancero, señalando un pequeño templo cercano—, orando.

En el interior del santuario, un hombre vestido con gambesón púrpura y cubre hombros de piel, permanece con la cabeza gacha y una rodilla hincada en el suelo de piedra.

—Mártir san Severo —murmura el duque—, la plaga de los normandos asola Gascuña. Han llegado para saquear todos los países que me pertenecen por derecho. Ruego tu auxilio contra esa nación infiel, y que protejas esta tierra y a todas las piadosas gentes que en ella habitan. Y aquí, arrodillado ante tu tumba, hago voto solemne de que, si obtenemos la victoria, erigiré un magnífico monasterio en tu honor, donde ahora se encuentra esta humilde capilla.

El noble se santigua y sale de la ermita. En el exterior, encuentra a sus hombres rodeando a un mancebo. Bernardo se adelanta y, tras una reverencia, presenta a ambos.

—Duque Guillermo —dice el de Bayona—. Este... este buen hidalgo es...

—Sin duda, aquel al que llaman: el caballero de la niebla —dice el duque, con cierta indiferencia.

—Sí —afirma Bernardo—. Caballero, él es nuestro señor, Guillermo Sancho, duque de Gascuña y conde de Burdeos.

—¿Cuál es tu nombre, caballero? —pregunta el noble gascón a Joanes, acercándose a él—. El verdadero. Aquel con el que fuiste bautizado; no con el que te han apodado mis gentes.

—Joanes de Arteaga, duque —responde el hidalgo.

—¿De dónde eres?

—De Vizcaya...

El duque Guillermo desvía la mirada, observando las fuerzas que acaudilla ese extranjero.

—Muy buena pieza de hombres armados has traído contigo desde Vizcaya. Nunca podré agradecer lo suficiente su ayuda al conde Lope.

—Señor —titubea Joanes—... estos hombres no proceden de Vizcaya. Son gascones que me han seguido por voluntad propia...

—Pues en verdad, debes ser hombre de gran valía, si con tu sola presencia o palabras has logrado que tantos de mis súbditos te sigan. Sin duda, el conde Lope me ha enviado a uno de sus caballeros más capaces...

—Duque Guillermo —habla frustrado Joanes—... En Vizcaya no hay ningún conde llamado Lope. Yo sirvo a mi señora, doña María Díaz II de Haro, esposa de don Juan Núñez de Lara.

El noble gascón se acerca aún más a Joanes, y con mirada adusta le habla:

—Vizcaya es gobernada por el conde Lope, hijo del conde Munio y la infanta Belasquita de Pamplona.

—Pero... —balbucea con incredulidad el hidalgo.

—No sé cuánto has permanecido a la deriva en la mar —se encara ahora el duque con él—, o si en ese tiempo, por beber agua salobre, has perdido el seso, pero no toleraré que discutas conmigo esta verdad... He



compartido mesa y techo con Lope, conde de Vizcaya, no hace ni cinco días.

Joanes queda abrumado. Su mente no puede comprender si está siendo objeto de una cruel y gigantesca burla, o ciertamente ha perdido la razón. Mira con desconcierto a los que le rodean y, vencido en su interior, da voz a un pensamiento inconcebible que no puede seguir reprimiendo.

—Duque Guillermo —susurra el hidalgo, pues las palabras que quiere decirle, solo él debe oírlas—, temo hacer esta pregunta, tanto como la respuesta que podáis darme, pero debo hacéroslo. Os lo ruego, decidme... ¿qué año es este?

El noble gascón se compadece de Joanes, contestándole:

—Estamos en el año de gracia de nuestro Salvador, del novecientos ochenta.

Joanes queda sin aliento. Sus ojos se abren y se le agita el corazón. Retrocede dos pasos, pero le tiemblan las piernas y cae al suelo.

—¿Qué ocurre, caballero? —pregunta Bernardo, arrodillándose junto a él—. ¿Cuánto llevas fuera de tu tierra?

El hidalgo vizcaíno no puede exhalar ningún sonido. Siente como si unas manos invisibles le oprimieran la garganta. Aguarda hasta que esa angustiada sensación desaparece y, una vez recuperada el habla y asimilada la respuesta del duque, cuenta en su mente los años.

—Si lo que decís es cierto, aún faltan... trescientos treinta y cinco años... para el día de mi alumbramiento...

Esas palabras generan gran asombro en el duque y en todos los que las oyen. Palabras que corren entre la muchedumbre de gascones, los cuales comienzan a clamar a viva voz, que no hay más razones para dudar de que aquel hombre es un enviado divino.

—¿Quieres decir —pregunta el duque Guillermo—, que no solo vienes de una tierra lejana, sino también, de un tiempo más lejano aún?

—Eso temo, señor.

Nadie habla. En otra ocasión, puede que el noble gascón hubiera mandado azotar o echar de sus dominios a ese mancebo. Pero en ese momento, toda mano y espada es bien recibida. Y en verdad, no sabía si aquellas gentes necesitarían algo más que su mando para vencer en la batalla que se avecinaba.

—Loco o santo, te acepto a mi servicio —dice el duque Guillermo Sancho, ordenando después retomar la marcha.

Joanes de Arteaga y los gascones dejan Saint-Sever rumbo al oeste, llegando a Tartas, donde encuentran gran multitud de gentes y familias que han huido de Dax, Castets y otros lugares cercanos a la costa. Todos, tanto hombres y mujeres, así pequeños como mayores, piden auxilio a

su señor, el duque, narrando entre lágrimas y lamentos los males sufridos a manos de los vikingos.

—Es una señal, mi señor —dice un hombre anciano que lleva los ojos tapados por un paño, el cual es guiado ante el duque Guillermo por un mozo de apenas diez años.

—¿Una señal? —pregunta el noble gascón—. ¿De qué?

—Del fin de los tiempos, duque —dice con rotundidad el viejo.

—Estás divagando...

—¡No, señor! Recordad las Sagradas Escrituras. Una de las señales del Apocalipsis será la aparición de un dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos, y en las cabezas siete coronas... Pues bien, siete son los navíos normandos que han llegado por mar a Capbreton, y los que los han visto dicen que en la proa de cada uno de ellos había tallada una cabeza de dragón. Yo estaré privado del ver por no poseer ojos, pero solo los ciegos de mente y corazón no verían que el fin de los tiempos ha comenzado, mi señor. Como muchos vaticinamos, Dios destruirá el mundo al llegar el año mil, y nada podremos hacer para evitarlo... salvo rezar por la salvación de nuestras almas.

Las palabras del anciano causan conmoción entre todos los allí ayuntados, cundiendo el desánimo.

—¡No temáis! ¡Pues Dios nos ha enviado a uno de sus ángeles! —grita Bernardo, señalando a Joanes.

—¿Ese mancebo... un ángel? —pregunta uno entre el gentío.

—¡Es el caballero de la niebla! —exclama el de Bayona—. ¡Y aunque en apariencia sea tan solo un mozo sin barbas, es en verdad un profeta que ha visto lo que ha de llegar! ¡Un ángel que puede decir lo que acontecerá dentro de cien años, de doscientos y aun de trescientos!

—Más de uno y más de mil ángeles necesitaríamos —dice el viejo—. ¿Acaso portas una espada de fuego, capaz de partir a tres normandos por la mitad de un solo tajo?

—No —responde Joanes.

—¿Tienes alas con las que alzarte y caer sobre esa turba hasta hacerla añicos? —pregunta de nuevo el anciano, aproximándose al hidalgo, guiado por su voz.

—No...

El viejo gascón se quita la venda del rostro, dejando al descubierto dos oquedades.

—Mira las cuencas vacías de mis ojos. Quiso Dios que lo último que contemplara en este mundo, fuera a esas bestias. Los vi hace más de veinte años, en un lugar cercano a La Rochelle. Llegaron por la noche. Mi mente nunca lo olvidara. Muchos les hicimos frente, y hasta el alba lucharon sin descanso... hasta que tomaron la aldea. A unos pocos, no los detenían el cansancio ni las heridas. Era como si un espíritu maligno

los poseyera. Lo último que vieron mis ojos fue a uno de ellos, sentado sobre mí. Me sujetó el cuello con una mano, mientras con la otra, me mostraba un cuchillo. Su boca desencajada le hacía babear como un perro rabioso, y sus ojos hinchidos en sangre parecían querer salirse de las órbitas. *Berserkers... ¡Berserkers!*, los jaleaban el resto de los suyos... Había oído hablar de ellos. Guerreros tan fieros que son más demonios que hombres... Esos ojos fue lo último que vi, antes de que me sacara los míos. Dime... ángel, ¿cómo detendrás a esos demonios?

—Yo no soy un ángel —habla Joanes con firmeza a la par que irritación, para gritar después a la multitud—. ¡Pero ellos tampoco son demonios! ¡He oído leyendas sobre esas gentes! ¡Puedo deciros que solo luchan así tras tomar pócimas de hierbas y hongos! ¡Solo son hombres que pierden la razón y necesitan de la embriaguez para cometer tales atrocidades! ¡Ese es todo su sobrehumano poder!

Muchos hablan entre sí, cuestionando o apoyando lo dicho por el hidalgo vizcaíno.

—Mañana les haremos frente —manda el duque Guillermo, atajando cualquier discusión o duda que pudiera surgir—. Acamparemos ahora aquí.

Bernardo y Joanes se retiran junto con los de Bayona, seguidos por varias docenas que desean escuchar más palabras alentadoras de boca del hidalgo.

—Bien, caballero —dice Bernardo—. Pocas veces he visto callar a un anciano como tú has hecho.

—Has hablado bien, Joanes de Arteaga —ratifica el elogio el duque Guillermo, a espaldas del hidalgo.

—Señor... —murmura Joanes, volviéndose.

—Necesitarás más armas si vas a combatir —asevera el noble gascón, al que se une otro hombre—. Te daré caballo, lanza, escudo y una cofia de mallas. Él es mi mejor orfebre. Esta noche tallará en un escudo las armas de tu linaje. Dile cuales son y, por la mañana, las tendrás grabadas.

—¿Mis armas?

—Las de los Arteaga...

—Son —comienza a hablar el hidalgo, con gran duda de si debe decir la verdad—... en campo de oro, una banda de gules... adornada en los extremos por...

—Habla —insiste el duque.

—Por dos cabezas de dragón —confiesa Joanes, en voz baja y agachando la mirada—... la banda sale de las bocas... de dos cabezas de dragón, de sinople.

—¿Señor? —balbucea el orfebre, con recelo.

—Hazlo —ordena el duque, mirando a los ojos a su artesano, volviéndolos luego al hidalgo—. Talla dos cabezas de dragón. Si Dios, en su infinita

sabiduría y poder, nos ha enviado a un dragón para combatir a otros, ¿quiénes somos nosotros para despreciarlo?

El menestral obedece y se retira, aprestándose para tallar el escudo.

Esa noche, en derredor de una gran hoguera, muchos hombres se arremolinan en torno al hidalgo vizcaíno, deseosos por conocer respuestas sobre todo tipo de cuestiones.

—¿Entonces, decís que Dios no destruirá el mundo al llegar el año mil? —se oye preguntar a uno.

—No. El mundo perdurará —responde Joanes—. Y será una época de gloria. El miedo se trocará en júbilo y esperanza. Se elevarán al cielo las miradas y los rezos, no temerosos de castigos, sino rebosantes de gratitud. Los hombres erigirán majestuosas catedrales de blanca piedra, que harán palidecer a los palacios de los reyes, y las inundará el color de cristales tintados y la luz del sol.

Las gentes quedan muy maravilladas al oír eso.

—¿Y ya no habrá más guerras, ni temor a que gentes enemigas invadan nuestras tierras? —preguntó otra voz.

Joanes duda qué contestar. No desea quebrar la moral de nadie, pero tampoco considera que lo correcto sea mentirles, aunque ninguno de los presentes vaya a vivir para descubrir los posibles engaños.

—Las guerras continuarán... Muchas, serán rencillas y asaltos como los que conocéis. Pero habrá otras. Otras... de una magnitud como nunca antes se haya visto. Gentes de toda la cristiandad, tanto pobres como reyes, acudirán a los Santos Lugares para combatir a los musulmanes. Y todos los muertos en la lucha contra el infiel lograrán la indulgencia plena.

—¿Quieres decir —interviene otra voz del común—, que los que morirán en esas guerras, quedarán libres de todo pecado?

—Así es. El Papa predicó... predicará, que los que mueran luchando contra los paganos lograrán la salvación de su alma.

Los que tienen el privilegio de escuchar a Joanes comienzan a propagar entre el resto esa buena nueva. Y no tarda en cundir en la hueste de gascones el espíritu de la cruzada.

—¿Y esa bula servirá para nosotros? —pregunta uno, algo alejado—. Tan paganos son los musulmanes como los normandos ¿no es cierto?

—Aún faltan cien años para que se celebre el Concilio en el que se acuerde aquello —contesta el hidalgo, meditabundo—. Pero el Papa dijo... dirá... que se hará porque Dios lo quiere... *Deus vult...*

—¡Si Dios lo querrá entonces, también ahora! —dice otro, sin contener su euforia

Entre la multitud cunden entonces gritos de júbilo y loas a Cristo y a los santos, más intensos y ardientes que el fuego que los alumbraba, y

con ese regocijo se echan a dormir, ya no temiendo, sino ansiando, que llegue la luz del nuevo día y la hora en la que deban enfrentar al enemigo.

Otro fuego, mayor que el de las hogueras agonizantes del campamento gascón ha iluminado durante la noche la villa de Castets, que aún arde tras ser saqueada. Los normandos portan consigo gran despojo, manteniendo atados con sogas tanto a bestias cargadas con buen botín como a mujeres y mancebos. La mayoría de los invasores visten con túnicas y cotas de malla que les llegan hasta las rodillas, cubren su cabeza con cofias, igualmente de mallas o cuero, y cascos que les protegen la cabeza hasta la sien, algunos de los cuales también resguardan parte del rostro, pudiendo ver a través de pequeñas aberturas para los ojos. Como armas portan arcos, lanzas y hachas largas. Los más nobles esgrimen además espadas de una mano y larga hoja. Sus escudos son de madera con remaches de metal, redondos la mayoría o con forma de gota, recubiertos algunos con pieles de cabra u oveja.

Y es en las llanuras de Taller, donde ambos ejércitos se encuentran al fin.

El duque Guillermo Sancho comprueba que los enemigos se cuentan por varios cientos. Puede que incluso alcancen el millar. Los llegados a Capbreton han debido, sin duda, unirse a los que ya moraban en la desembocadura del Adour. Ve que comienzan a formar en varias y cerradas hileras, dándose órdenes y confusos gritos entre ellos, colocando sus escudos a modo de parapeto. No son en número tantos como los suyos pero, aun así, es el mayor y más temible contingente de normandos que ha visto nunca. Y sabedor de que sus actos en ese día pueden suponer el fin o la perpetuación de su gobierno, estirpe, y hasta de su propia vida, el noble gascón da alas a sus más puros y oscuros sentimientos. Se dispone a hablar a su hueste, no tanto como caudillo, sino como uno más que acabara de perder, en esa incursión, a un hermano, esposa o hijo.

—¡Ved las ruinas entre las que nos hallamos! —grita el duque Guillermo, señalando el humo procedente de Castets—. ¡Ved las cenizas de lo que éramos! ¡Ved los frutos de nuestro miedo! ¡Si los normandos han llegado a lograr esto, ha sido solo por nuestra cobardía! ¡Pero no los teméis a ellos en realidad! ¡Solo a su nombre! ¡¿Pues, a quién han derrotado?! ¡¿A qué gran rival han vencido, para merecer tal fama?! ¡No teméis a esos hombres, y no temeríais tampoco su nombre, si pudierais ver su verdadero rostro! ¡Pueden ser mayores en altura y corpulencia! ¡Sus armas serán más pesadas que las nuestras! ¡Pueden parecer más fieros por rugir en una lengua bárbara! ¡Por pintar su cuerpo y trenzarse los cabellos y las barbas! ¡Por morder sus propios escudos en el frenesí de la batalla, como poseídos! ¡Pero están formados de la misma materia

mortal! ¡Pues su mayor arma no es la que alzan ante nosotros, sino el miedo que acompaña a su nombre y antecede su llegada! ¡El miedo que, saben, prende en nuestros corazones con la mera pronunciación de su nombre o visión de sus velas en la mar! ¡Por miedo, se les dio Neustria! ¡Nombre de un reino que caerá en el olvido, trocado por una tierra que ahora llaman *Normandía*! ¡El miedo, solo nos convierte en esclavos, sin que los que desean someternos tengan siquiera que ensuciarse las manos! ¿Permitiremos que nuestros linajes se pierdan para siempre y que hasta su mismo nombre evoque vergüenza?! —Algunas voces responden al duque, negando aquello—. ¿Que nuestra tierra sea tomada por esos carroñeros, adoradores de crueles dioses y criaturas grotescas, y que la cruz y la palabra de Cristo sean desterradas y proscritas?! —Más voces surgen. Unas continúan negando con rotundidad esa posibilidad; otras, comienzan a alabar al duque y al mismo Jesucristo—. ¡Yo os digo, que no permitiré la Divina Providencia que nosotros, gentes cristianas y laboriosas, sucumbamos ante el azote de esos hombres impíos, peores que bestias, que contrarían toda ley humana y natural, y hasta el último mandamiento de Dios! —Con gran fervor prorrumpen por doquier los gritos y loas, ya continuos e incesantes—. ¡Sí! ¡Los tememos! ¿Pero, a quién han derrotado?! ¿A clérigos y aldeanos indefensos?! ¡Mucho hemos padecido ya su presencia a lo largo del Adour! ¡Mucho hemos rogado, con la esperanza de que regresaran a su tierra o renegaran de su vil naturaleza! ¡Mucho los hemos temido, y solo hemos logrado avivar su codicia! ¡Pero este es el día en el que, por primera vez, son ellos los que conocerán el miedo! —Al unísono, entre gran clamor y estrépito, resueñan las voces del gentío, que vitorean ese deseo—. ¡Este día van a descubrir nuestro rostro más cruel! ¡Van a conocer el odio de un pueblo, que desde hace demasiado aguarda la ocasión para alzarse y vengar tantas afrentas y muertes! ¡Van a sentir en su carne el dolor que durante años han causado! ¡Les mostraremos cuán despiadados podemos ser, para que nunca, ni ellos ni sus descendientes, vuelvan a atreverse a pisar nuestro país! —Como un coro ensordecedor, los gritos apenas permiten a los más alejados escuchar las últimas palabras del duque—. ¡Para que nunca, de hoy en adelante, el miedo a su nombre vuelva a penetrar en nuestros corazones! ¡Este día, termina la era de los normandos en Gasuña!

La hueste de gascones comienza a correr enardecida, arrojándose sin orden y como un torrente contra los invasores, deseosos de poner fin, de una vez por todas, al temor o a su vida. La masa colérica del duque Guillermo Sancho recorre el trecho que los separa de los enemigos como si tras sus filas fuera a recibirlos la salvación misma. Uno de los líderes de la horda vikinga brama duros gritos a diestra y siniestra, ordenando juntar más los escudos y mantener la formación. El duque, por su parte,

solo puede ver derramarse a su mesnada sobre ellos, habiendo infundido, con la ayuda del hidalgo vizcaíno, tal exaltado ardor, que sería imposible que atendieran ninguna voz ni son de cuerno. La vanguardia de los normandos hinca sus escudos en tierra, apoyando en ellos el hombro y brazo con el que los empuñan, y retrasan los pies, prestos para soportar la embestida gascona. Pero ese muro no es nada una vez que el del miedo ha sido derribado por el odio y la esperanza. Y ansiando las víctimas atávicas trocarse en alborozados verdugos, chocan sin seso y solo corazón sus armas y cuerpos contra los escudos normandos, saltando por el aire trozos de madera, partes de yelmos, cotas de malla y no poca sangre. La primera fila defensiva sucumbe casi sin oposición, pero les enfrentan ocho más. En apenas minutos, han caído cerca de un centenar de normandos, arrollados y sepultados. Otros muchos gascones han muerto también, aplastados contra los escudos rivales por sus propios y enajenados compañeros, y si no pierden ahí la vida, lo hacen al ser pisadas sus cabezas y cuerpos. Los de Gascuña acometen a la segunda hilera vikinga, la cual resiste el envite y frena el ataque, respondiendo con golpes de hacha y espada, como no ha tenido ocasión de hacer la primera. Muchos gascones reciben grandes tajos y profundas heridas en el rostro, cayendo moribundos en el acto. Pero eso no los desmoraliza, sabedores de que la salvación requiere de un alto coste y sufrimiento. Joanes y el duque Guillermo Sancho llegan al frente, aunque a sus rocines no les resulta fácil abrirse paso entre la multitud. Desde sus monturas, logran asestar varias lanzadas, derribando en poco tiempo a cuatro normandos. Tanto él como el noble gascón parecen atraer la atención de los enemigos, abriéndose una brecha en la fila. Ese resquicio es aprovechado por el contingente gascón para penetrar como una riada, golpeando y acuchillando por la espalda a cuantos pueden, antes de que la tercera hilera llegue para rechazarlos. El duque Guillermo escruta a los normandos y, después, mira a sus espaldas. El número de hombres que antes decantaba la balanza a su favor, ahora ha menguado, y sus fuerzas parecen flaquear. La tercera fila normanda se diría que es más recia. Los gascones intentan sobrepasarla con sus cuerpos o alcanzar con sus armas a los que la forman, pero no logran apenas nada. Al contrario, cada mandoble vikingo se cobra una vida, no siendo rivales las cotas de malla ni los escudos gascones para esas enormes hojas de hierro.

El hidalgo vizcaíno también es testigo de tan infausto escenario. Poco más hay que aquellos voluntariosos hombres puedan hacer. La moral de los del duque Guillermo se resquebraja, viendo caer heridos o muertos a los que tienen delante, cada vez a mayor velocidad. Sus fuerzas se desvanecen y cuando hasta la fe y esperanza parecen ya perdidas, Joanes ve surgir una luz que se aproxima a la costanera derecha de la hueste normanda. Esa especie de pequeño sol se les acerca, y al momento los carboniza y consume

en medio de una gran llamarada, convirtiéndolos en oscuro polvo. La luz penetra sin oposición entre las filas invasoras hasta su mismo centro, desvaneciéndose entre fuego y humo a los que alcanza, convirtiendo en estatuas negras a los más próximos, y causando a los más alejados graves quemaduras, cegando a la mayoría. Los gascones y parte de los normandos que no son dañados por la aparición, asisten sobrecogidos a ese hecho. Joanes cree reconocer esa luz radiante; le recuerda a la que le llevó allí, pero no comprende por qué, si estuvo tan cerca de ella, no sufrió daño alguno.

El duque Guillermo Sancho también permanece maravillado, presenciando cómo la hueste normanda es atravesada de lado a lado y diezmada en apenas un instante.

“Vuestra será la victoria, para alabanza de su Nombre”, oye en su interior el noble gascón.

—San Severo —susurra el duque, no teniendo entonces duda de que aquello es una aparición milagrosa—... ¡Es san Severo! ¡Ved cómo el mártir se ha apiadado de los creyentes, y acude él mismo en nuestro auxilio! ¡Helo ante nosotros, montando un caballo tan blanco que resplandece más que el mismo sol! ¡Y ved con que armas tan hermosas hiende la horda pagana, matándolos por cientos!

Los gascones vitorean el nombre del mártir. Muchos se arrodillan y entrelazan las manos, dando gracias.

—Eso no es ningún santo —murmura para sí, Joanes.

—¡Por san Severo! —grita el duque Guillermo Sancho, viendo alejarse la luz tras atravesar las fuerzas normandas y causar gran mortandad—. ¡Nuestra será la victoria, para alabanza de su Nombre!

Se levantan los gascones que habían caído de rodillas y, con la misma facilidad y resolución, los heridos y hasta mutilados, sintiendo renovadas fuerzas y una ciega y ardiente pasión. Toman los defensores cristianos sus armas o las de los muertos y, si no hallan hierro alguno, se disponen a acometer con piedras o con sus propias manos desnudas. Ya no les cabe duda de que Dios está de su lado y cumplen su voluntad. De los normandos, apenas queda ileso una cuarta parte. Muchos han desaparecido, consumidos por un fuego mayor que el de cualquier forja o pira. Los sanos tienen junto a ellos a compañeros convertidos en estatuas negras que se desmenuzan al tacto o con el simple viento, y los rodean los quejidos de muchos que deambulan abrasados y ciegos, fundidas sus cotas de malla y yelmos a sus cuerpos y, cuya piel, cabellos y barbas, se les caen con cada paso.

Los cabecillas vikingos gritan órdenes, intentando recomponer sus filas tras el súbito, atroz e inexplicable ataque sufrido, procurando que ninguno de los suyos huya ni pida clemencia ante el descalabro que sin duda se avecina. Ese fuego santo o diabólico ha prendido ahora en el interior de los gascones e, imbuidos de una gran conciencia o despojados



por completo de ella, avanzan entre graves alaridos y un deseo irrefrenable de dar muerte y causar todo el mal posible, más propio de bestias que de hombres con razón. Con sus armas hieren los del duque Guillermo Sancho a los invasores sanos o agonizantes; con piedras les abren los cráneos o desfiguran rostros e, incluso con sus manos les hunden los ojos en sus cuencas y con los dientes les muerden y desgarran los cuellos. Y la sangre de leales y enemigos humedece la tierra cubierta de cenizas, con las que san Severo, o fuera lo que fuese esa proverbial aparición, ha sembrado las llanuras de Taller, en ese año de gracia del Salvador, del novecientos ochenta.

Cuando no quedan ya más normandos a los que dar muerte, el duque, sus vasallos y, en menor medida, Joanes de Arteaga, celebran con gran júbilo y sentidas loas tan memorable victoria. Pero la sangre vertida solo purifica o corrompe el espíritu, y la llama que ha prendido en los gascones aún no está dispuesta a extinguirse.

A orillas del Adour, los tripulantes de una nave vikinga se proveen de alimentos y bebida en el campamento que otros de los suyos han establecido hace tiempo junto a la población de Morlaas, antes de continuar río arriba para saquear Tarbes o alguna otra villa indefensa. Pero desde hace dos días, son solo ellos los que conocerán el miedo en esa tierra. Sobre una colina, los normandos ven aparecer a cientos de hombres bien pertrechados para la guerra. Sin advertencias ni cruce de palabras, los gascones, con el duque Guillermo Sancho a la cabeza, se abalanzan sobre ellos. No teniendo tiempo para armarse ni ordenar táctica o formación alguna, los normandos prueban el sabor del miedo que hasta ahora había sido su aliado, siendo todos pasados sin misericordia por la espada, sometidos a la justicia y placer que solo la venganza concede. Sus naves son incendiadas, y las velas y cabezas de dragón, antaño antesala de grandes fatalidades, sirven de alimento a las llamas purificadores o corruptoras.

Completada la gesta de expulsar a los normandos de Gascuña, el hidalgo vizcaíno acude a presencia del duque Guillermo, cuando ya este permite regresar a sus súbditos a sus hogares.

—Señor —dice Joanes.

—Caballero de la niebla —responde el duque, sonriente.

—Habéis vencido, señor.

—Todos hemos vencido, Joanes de Arteaga.

—¿Qué haréis ahora?

—Lo que juré ante la tumba de san Severo: Alzaré un gran monasterio en su honor, pues no solo nos ha otorgado la victoria, sino que él mismo combatió a nuestro lado...

—Lo celebro.

—¿Y qué harás tú?

—Procuraré regresar a mi tierra.

—Allí no te espera nada. No en esta era. Quédate a mi lado. Eso me honraría, y yo te haré gran merced por el servicio que me has prestado.

—Os lo agradezco duque, pero si algún propósito me ha traído a vuestro país en este tiempo, sin duda ya se ha cumplido, y debo procurar regresar al que pertenezco.

—Lo comprendo. Ve con Dios, buen caballero.

—Que Él os guarde, señor.

Joanes retorna a Bayona junto con Bernardo y el resto de los supervivientes a esas luchas. Su paso por las villas y aldeas que se asientan en el curso del Adour son una continua celebración, rebosando las calles de alabanzas y festejos, pues ha corrido la voz de las hazañas realizadas, y todos saben ya, que Gasuña se ve al fin libre de la plaga vikinga. Pero hay uno cuyo corazón no puede entregarse al gozo. El hidalgo vizcaíno ve cómo mujeres y niños de Bayona reciben con alborozo a sus seres queridos, mientras que otros lloran al no regresar los que partieron de su lado.

—Quédate con nosotros, caballero —pide Bernardo, rodeado por sus hijos y esposa—. Aquí tendrás una buena vida.

—No, debo hacer cuanto pueda por volver.

—¿Y cómo lo harás? Eso no está en tu mano.

—Lo sé —dice Joanes, alejándose de todos, sin más despedida que una mirada.

El hidalgo camina hasta la playa. Una vez en el lugar en el que fue dejado por aquella luz, aguarda de pie y en soledad hasta ver ocultarse por completo el sol. En torno a la medianoche, avanza, adentrándose en el mar hasta la cintura.

—No sé qué nombre darte... poder que me has traído aquí, pero si en algo he cumplido tu voluntad, te ruego que me devuelvas con los míos.

Apenas pronunciada esa súplica, algo comienza a brillar en las profundidades, emergiendo y haciendo, para los ojos de Joanes, de la noche, el día. Su consciencia se nubla hasta casi desvanecerse y, sin temor, se deja mecer por esa luz acogedora a la par que asesina, sintiendo, cada vez con mayor intensidad, el oleaje y fuerte viento de la mar.

Y como despertando de un sueño, abre los ojos en la torre de San Juan de la Peña. Ve entonces, con los primeros rayos del nuevo día, que a su lado yace muerto Ramiro de Madariaga y una compañía de peones, caballeros y ricoshombres castellanos al frente del mismo rey don Alfonso, se aproxima por el puente de piedra.

—No sé qué nombre darte... poder que me has devuelto aquí —susurra de nuevo Joanes—, pero si en algo he cumplido tu voluntad, te ruego

que me concedas la misma victoria inmisericorde que has procurado a los gascones... Y poder reunirme con los míos, llevándoles la buena nueva de que nuestro sacrificio y muerte no ha sido en vano.

La luz inunda entonces al hidalgo. Pero esa luz ya no es la que produce asombro y aporta sosiego, sino la que aniquila la vida. Y el joven hidalgo es consumido al instante por las llamas, al igual que los cuerpos amortajados de los suyos y el reciente del viejo Ramiro de Madariaga, convertidos todos en polvo.

—¿Qué es eso? —pregunta el monarca castellano, al ver manar del bastión un resplandor más poderoso que el mismo sol naciente.

—No lo sé, mi señor —responde estremecido su canciller.

La pequeña estrella avanza por el puente, y tan maravillados se ven los del rey don Alfonso, que no se apartan ni retroceden. Cuando la luz toca al primer caballero, su cuerpo se desintegra al instante. Esa imagen espanta a todos, que ya no dudan en correr de regreso a tierra firme. Pero la luz avanza a mayor velocidad que ellos, abrasando y carbonizando a uno tras otro. El mismo soberano, custodiado en su huida por sus oficiales y ricos hombres, no puede evitar girarse ante tal prodigio. Y lo último que se refleja en sus ojos antes de quedar convertido en cenizas, es ese fulgor que no es de este mundo».

## Capítulo IV

Cuando abrió los ojos, doña María Díaz no pudo, o tal vez no quiso, diferenciar el sueño de la realidad. Oneka, que, como siempre, permanecía con su cuerpo junto al de su señora, sintió que la dama dejaba de respirar profundamente, sabiendo, por ello, que había despertado.

—¿Ha sido esta una visión salvaje o delirante? —preguntó la sirvienta al oído de su señora.

—Creo que ambas cosas...

—¿Y tampoco en esta os hallabais en compañía de ningún apuesto doncel?

—Ya te dije que no. Cerré los ojos rememorando los hechos del duque Guillermo Sancho, pero lo que vino después... Recuerda esto: *El caballero de la niebla y los adoradores del dragón*.

—¿Así llamaréis a este sueño? Os recuerdo que aún no habéis comenzado a escribir el poema de los hidalgos malditos...

—Lo sé. Creía que podría refugiarme en la escritura, pues la melancolía o tristeza del duelo son magníficos acicates para ello, pero el miedo y la incertidumbre que sufrimos me atenazan y reprimen hasta ese buen deseo, dejando lugar tan solo para los más oscuros sentimientos.

—Sentimientos que, sin duda, volcáis allí, donde ninguna cadena os ata.

—Sí. Qué venturosos debieron ser esos tiempos, en los que los santos se aparecían y salvaban de la muerte a sus elegidos. Una época de milagros, si es que alguna vez fue real... ¿Crees que los sueños los inspira el diablo?

—Eso dicen, doña María.

—Lo sé, pero ¿tú que crees?

—No sabría qué decir, mi señora. Pero si los hombres sabios y buenos doctores de la Iglesia lo dicen, tendrán razón.

—¿Y por qué soñaríamos con santos o seres queridos, si todo fuera una argucia del diablo?

—Lo desconozco, doña María.

—Sí... Tú, y temo que todos...

El mayor enemigo de la del linaje de los Haro y su esposo tampoco gozaba de paz de espíritu. El rey don Alfonso, obstinado como ninguno en el real, continuaba haciendo guardia a la intemperie, junto al cerco, para vedar que ninguno de sus vasallos ayudara a huir a don Juan Núñez. Y en esas frías noches de soledad y silencio, en las que permanecía

con los pies en el lodo, tal que un peón común, su mente era tierra fértil para todo tipo de oscuros pensamientos. Una mente que se alejaba cada vez más de la realidad y los deseos que moraban en el interior de los de su hueste. Al amanecer, aterido y casi sin sentir los dedos de manos ni pies, don Alfonso vio llegar a un joven mandadero a las puertas del cerco. Tras cruzar algunas palabras, los que posaban a la entrada permitieron el paso al mozo.

El monarca regresó a su tienda, donde le esperaban varios criados. Tomó asiento en una silla con reposabrazos y buen respaldo, y como era ya costumbre, dos sirvientes pusieron a sus pies una jofaina con agua caliente. Le quitaron al soberano las botas sucias y empapadas, mostrando unos pies que estaban helados, piel arrugada y de color rosáceo, no sintiendo apenas alivio al meterlos en el barreño. Le envolvieron después las manos en paños mojados, también calientes. Don Alfonso no paró de toser de forma áspera y profunda mientras recibía los cuidados, escupiendo algunas flemas.

Cuando los criados se retiraron, entró su canciller, Fernán Sánchez, viendo en don Alfonso una estampa lamentable e indigna de su condición. Aunque ya recuperado de la fuerte tos, el monarca parecía haber perdido el control de su cuerpo, temblando sus miembros y mandíbula, y goteando su nariz mucosidad líquida sobre unos labios resecos y sin color.

—Señor, ved de qué guisa estáis —dijo el oficial, arrodillándose a su lado—. Salís hacia el albañar cada tarde, acompañado tan solo por unos pocos sirvientes de vuestra Casa; y de pie, en el fango, aguardáis toda la noche bajo el frío inclemente. Esta porfía no os conducirá a ningún buen fin...

—Esos criados —respondió el soberano, entre jadeos y convulsiones—... son de los pocos en los que puedo confiar... Iría en compañía de caballeros... si no fuesen caballeros los que conspiran para traicionarme... y dejar que don Juan Núñez huya de este cerco.

—Don Alfonso... me duele y mucho que digáis que no podéis confiar en nadie de los que tenéis aquí, salvo en los mozos de vuestra Casa.

—No me refería a vos, Fernán... pero ¿de quién me puedo fiar? Mis ricoshombres socorren a los de Lerma con viandas y con cuanto les es menester. Mis hijosdalgo, todos ellos con familiares en la villa, están dispuestos a ayudar a don Juan Núñez a escapar de mí. El rey de Portugal prefiere antes mantener la lealtad para con él y combatirme, que guardar su amistad conmigo. Hasta mi propia esposa ha llegado desde Burgos, por ruego de mis hidalgos, ricoshombres y caballeros, para que abandone esta campaña... Se diría que todos amáis más a don Juan Núñez que a mí...

Esa confesión dañó aún más al canciller. Herida que permitió que brotaran de su boca otras palabras que llevaba tiempo deseando pronunciar:

—Mi señor... en modo alguno veáis deservicio en esos gestos... Todos los que se hallan en este cerco con vos aman estar a vuestro servicio. — Fernán tomó con sus manos las del monarca envueltas en los cálidos paños, y se las frotó suavemente—. Recuerdo bien el día en el que vuestra abuela, la reina doña María, de grato recuerdo, al tener por cierto que le llegaba la muerte, os llevó a Valladolid. Como sabéis, fue por las malquerencias y luchas acaecidas entre vuestros tutores, que nos encomendó vuestra crianza a los caballeros, regidores y hombres buenos de la ciudad. Ese día, tanto yo como el resto, sentimos un honor y una carga como nunca antes, por saber que, de nuestra voluntad y entendimiento, dependería que el futuro rey de Castilla y León saliese cuerdo y entendido en todo bien. Por saber que, del entendimiento y voluntad de ese rey, manarían órdenes que serían acatadas por miles, y de las que dependería la vida de todos vuestros súbditos... Pero para todo servicio y orden hay un límite, mi señor. Tras todo mandato hay un muro, más alto que estos tapiales y torres que veis, infranqueable incluso para las conciencias más menguadas... para aquellos a los que no importa cristiandad ni otro bien alguno. Existe una frontera de sufrimiento y compasión que no todo hombre está dispuesto a cruzar, don Alfonso... Y temo que nos encontremos ante ella.

El rey meditó lo que su buen canciller quería decirle, preguntando una obviedad:

—¿Ha llegado un mandadero de Lerma?

—Así es, mi señor.

—Hacedle pasar —mandó el soberano, limpiándose el rostro con el paño caliente, tirándolo después a un rincón.

A la tienda entró un mozo, desconocido tanto para el soberano como para su oficial.

—Señor. Majestad —dijo el mensajero—. Don Juan Núñez os pide por merced que no lo queráis matar, y que, si le quisieseis para vuestro servicio, a él y a los que son con él, saldrán todos a vuestra merced.

El rey guardó silencio, agachando la cabeza. Sintió que, por primera vez, necesitaba consejo para tomar una decisión.

—Sal ahora, y espera... —ordenó don Alfonso.

El mozo dejó la tienda con una reverencia.

—Señor, aceptad este ruego —pidió Fernán Sánchez—. Ved que es el propio don Juan quien cede ante vos. La mayor parte de las gentes de Lerma están heridas y famélicas, y sufren de calenturas, menazón y otros males. Doleos de tan buena compañía como es la que allí está. Mostraos clemente para con vuestros vasallos y tomadlos para vuestro servicio. No los dejéis morir ni matéis, aunque podáis hacerlo.

—Atenderé estas razones, mi buen Fernán, pero alguien debe ser juzgado aquí... alguien debe morir por esto... Y sé que no pueden ser ni don

Juan Núñez ni su esposa, doña María Díaz, ni tampoco sus caballeros ni hijosdalgo... Tan próximos como se hallan a los míos propios...

—Decís verdad, señor...

El rey don Alfonso levantó la cabeza, pudiendo vislumbrarse en su mirada que había dado con unos a los que sí podría pasar por justicia y castigar.

En el salón del alcázar de Lerma, el joven mensajero trasladó a don Juan Núñez y sus escuderos la decisión del soberano.

—Mi señor, el rey don Alfonso ha dicho que le place que volváis a su servicio, pero como condición, manda que derribéis los muros de esta villa y allanéis las cavas. Y que eso mismo hagáis en la villa de Villafranca, en Busto y en cualquiera de vuestros lugares, si esa fuese su merced, y que no cerquéis ni fortalezcáis ningún lugar vuestro de aquí en adelante, sin mandato suyo. Y para que tenga seguridad de que en adelante le serviréis bien y lealmente, deberéis darle en rehenes los castillos de Vizcaya.

Don Juan sabía que esa última petición causaría gran dolor a su esposa, pero debía aceptarla en su nombre.

—Lo acuerdo... pero ¿me asegura que no intentará matarme?

—Don Alfonso ha dicho que os dará seguridad por la manera que queráis, de que no os quiere matar, ni haceros otro mal ninguno, ni tampoco a los que están con vos, pero...

—Continúa —mandó el del linaje de los Lara.

—Pero ni a Gutier Díaz de Sandoval, ni a Gómez Gutiérrez de Sandoval, ni a Garci López de Torquemada, a los que juzgó y dio sentencia de traición, les asegura la vida.

Oír eso consternó a los criados y a don Juan Núñez, que comprobaron cómo ni siquiera entonces, el rey don Alfonso era capaz de desterrar la saña y el deseo de venganza.

—Vuelve al real —murmuró don Juan, agachando la mirada—, y di a don Alfonso que acepto sus condiciones.

El mozo hizo una reverencia, dejando a su señor y a los escuderos.

—Don Juan —dijo Gutier Díaz, acercándose a él y postrándose de rodillas—, no os aflijáis por nosotros. Los tres sabíamos la suerte que correríamos por deservir a don Alfonso.

—Así es, mi señor —dijo Gómez Gutiérrez, arrodillándose igualmente ante don Juan, cogiendo y besándole la mano derecha.

—Don Juan —dijo Garci López, inclinándose como sus dos compañeros ante el de los Lara, tomándole la mano izquierda—. Os he servido poco tiempo, pero si pudiera retroceder sobre mis pasos, no endendaría nunca este último que di para venir a vuestra merced, aun sabiendo que sería sentenciado a muerte. Pues no hay peor castigo que

vivir una vida deshonrosa, y eso era lo que me aguardaba si no venía a preveniros.

En otro tiempo, don Juan Núñez habría aceptado abandonar a su suerte a aquellos, sus sirvientes. Pero en ese lugar y momento, ese don Juan Núñez era otro muy diferente.

—No —dijo el del linaje de los Lara—. Nadie más morirá aquí...

—¿Señor? —preguntó Gómez Gutiérrez, alzando la cabeza para mirar a don Juan a los ojos.

—No os entregaré a don Alfonso...

—Pero, mi señor... —dijo Garci López, apretando la mano de don Juan, apoyando su frente en ella.

—Os partiréis de Lerma esta noche.

—No, mi señor —pidió Gutier Díaz, aferrándose a la pierna derecha de don Juan Núñez, no pudiendo contener el llanto—. No nos echéis de vuestro lado. Dejados serviros hasta el último de nuestros días.

—Don Juan —dijo Garci López de Torquemada, que tampoco pudo evitar derramar varias lágrimas—. Si con nuestra muerte queda satisfecho el rey don Alfonso, y vos y vuestra esposa lográis fincar asosegados a su servicio, eso será gran pro y honra para nuestra memoria y espíritu.

—Os lo suplico, mi señor —sollozó Gutier Díaz—. Dejados morir por vos.

—No —replicó don Juan, arrodillándose junto a sus criados, fundiéndose con ellos en un abrazo, no pudiendo ni queriendo reprimir tampoco el llanto—. Muy bien y lealmente me habéis servido, y como mis escuderos, yo también me debo a vosotros. No os abandonaré en manos de ese hombre cruel, solo para que pueda colmar sus más viles ansias.

—Mi señor... —gimió de forma casi ininteligible Gutier Díaz, sobre el hombro derecho de don Juan Núñez.

—Esta noche os partiréis de Lerma, y dejaréis el Reino. Os dirigiréis a Vizcaya, y allí embarcaréis en un navío rumbo a una tierra lo más lejana posible. Cuando la mar y los vientos os hagan arribar al lugar destinado, juraréis pleitesía a un buen señor, al que serviréis como me habéis servido a mi... y no regresaréis nunca.

Los tres criados intentaron ahogar el llanto, pero les resultó imposible, tanto como al propio don Juan, que entendió aquello como la más afectuosa despedida que podía darles.

Doña María permanecía junto al caldero de agua hirviente, con la mirada perdida en los leños que ardían, comiendo a lentas cucharadas una sopa que era más agua que buen caldo.

—Doña María —dijo don Juan Núñez, a su espalda.

—Señor... —respondió ella, volviéndose.

—Debo hablaros. Acompañadme a la torre.



Ambos salieron de la despensa y subieron a los aposentos de la dama. Cuando entraron, vieron que la mitad del tejado estaba derruido, y casi toda la pared que daba al patio había desaparecido. El lugar no era seguro y lo poco que quedaba en pie, amenazaba con derrumbarse en cualquier momento. Don Juan Núñez se aproximó a lo que quedaba de la pared exterior, contemplando Lerma y sus dominios.

—Hace frío aquí, don Juan —dijo trémula doña María.

—Lo sé, pero deseo que veáis esto —respondió el del linaje de los Lara, quitándose su capa y cubriendo con ella a la dama.

Desde la altura, doña María observó que esa villa, antaño bulliciosa, era ahora un lugar en ruinas y casi despoblado. Pocas casas podían contarse que no tuvieran el tejado hecho pedazos. En las calles desiertas no había gentes ni niños corriendo, y no se oía el griterío de ventas ni compras de mercaderías. Solo lamentos de enfermos y quejidos de hambrientos.

—¿Por qué queréis mostrarme esto que ya conozco? —preguntó ella.

—Porque podemos ponerle fin, señora... Mañana, todo este pesar habrá terminado.

Doña María se volvió hacia su esposo, mirándole a los ojos con esperanza.

—Oh, don Juan. Bendito sea. ¿Habéis al fin alcanzado una tregua con don Alfonso?

—Sí, así es —dijo el de los Lara, posando su mano en el vientre de doña María—. No podía dejar que nuestro linaje muriera entre estas piedras.

Doña María rompió a llorar, reposando su cabeza en el pecho de su marido.

—Debí decíroslo... pero no quería que me odiarais.

—Nunca podría odiaros por llevar mi simiente... Solo me odio a mí mismo y a todos los que nos han conducido a esto. Pero esto que veis, no es nada... nada que cualquier ricohombre o caballero no pueda soportar. Nunca me han conmovido las súplicas ni llantos de mis súbditos; no el hambre, las heridas u otros males de la carne; no, ver estragadas mis plazas y bastiones... Pero cuando sientes que es tu interior el que está en ruinas... el que se desmorona sin remedio, y no hay pensamiento ni consuelo lo suficientemente recio que pueda sustentarte... entonces... sabes que ha llegado el momento de poner tu vida en manos de Dios.

—¿Y decidme... don Juan... qué condiciones habéis acordado con don Alfonso?

—Deberé allanar las cavas y derruir las tapias y murallas de la villa... y hacer lo mismo en otros lugares, para darle así seguridad de que no volveré a rebelarme contra él.

—Comprendo... ¿Y a cambio de eso, cesará de llamarse «señor de Vizcaya», y dejará el Señorío en nuestras manos?

—Sí... pero ha pedido algo más a cambio.

Doña María se separó de su esposo, volviendo a mirarle a los ojos.

—¿Qué ha pedido, señor?

—Que le entreguemos por rehenes los castillos de Vizcaya.

Doña María quedó asombrada por esas palabras. Retrocedió dos pasos y cayó al suelo, rompiendo a llorar. Don Juan se arrodilló junto a ella y la tomó por los brazos, comprendiendo bien su desolación.

—No puedo consentir eso... —gimió la del linaje de los Haro, con voz ahogada y entrecortada.

—Debéis hacerlo. Es una petición justa y cabal.

—Pero... mis hidalgos los han guardado todo este tiempo para mí... han luchado... y, a buen seguro, muerto y sufrido grandes penalidades por proteger esos castillos... ¿Y me pedís que los rinda?

Don Juan tomó el rostro de doña María con sus manos, mirando a esos ojos brillantes.

—Ellos han cumplido con su deber para con vos, como vuestros vasallos. Ahora, vos debéis cumplir vuestro deber para con ellos, como su señora... Doña María... Son solo piedras ¿recordáis? A cambio de esas piedras, recuperaremos Vizcaya.

—¿De veras creéis que es justo?

—Lo es, señora. Y sé que más le pesa en su orgullo al rey ceder a esto, que si debiera cargar a sus espaldas con todas las piedras apiladas de esos bastiones.

Doña María sonrió levemente, no teniendo fuerzas ella tampoco para continuar con tan obstinada y terrible situación.

Esa noche, don Juan Núñez despidió a sus fieles escuderos. Les entregó buenas bolsas con dineros y, tras acallar sus últimas peticiones para que les permitiera entregarse al rey don Alfonso, los hizo salir por el puente del río.

A cuatro días andados del mes de diciembre, el pendón real fue acogido y puesto en el alcázar de Lerma. En el patio, bajo la ondeante enseña de castillos y leones, don Juan llegó ante su esposa, seguido por buena pieza de caballeros y escuderos, montado en un rocín que el mismo rey don Alfonso le había hecho llegar para que pudiera salir de Lerma y, así, rendirle dignamente pleitesía. Tras despedirse de doña María, don Juan Núñez y su compañía dejaron la villa, subiendo a lo alto del Olmillo, colina que hasta ese día había sido campo de batalla y testigo de tantas luchas y muertes sin sentido. Desde allí, el del linaje de los Lara pudo ver al monarca castellano, que se aproximaba rodeado por sus caballeros y oficiales. Don Juan descendió del caballo, yendo a pie al encuentro del soberano. Cuando se tuvieron frente a frente, don Juan y los suyos le besaron las manos, y aunque el del linaje de los Lara quiso hablar, don Alfonso no se lo permitió, si antes no montaba de

nuevo. Esto desagradó a don Juan, siendo la porfía entre ellos muy grande sobre ese hecho, durando más de lo que debería. En otro tiempo, tal desaire habría puesto fin al encuentro, pero en aquel lugar y momento, tanto don Juan Núñez como el monarca castellano, eran hombres muy diferentes. El esposo de doña María cedió al fin, subiendo al caballo, hablando entonces.

—Don Alfonso, reconozco que, habiéndome hecho muchas mercedes, yo os he hecho muchos deservicios. Y os pido por merced que olvidéis mis yerros y la gran culpa en la que estoy, y perdonéis a los que están aquí conmigo. Si lo hacéis, os serviremos bien y con lealtad hasta la muerte.

—Me place perdonaros —respondió sinceramente el soberano—, y os perdono, porque es cierto que esta merced que ahora os hago, siempre me la reconoceréis, sirviendo y muriendo en mi servicio, cuando fuere menester.

Pronunciadas esas palabras de concordia, don Juan Núñez y los que le seguían besaron de nuevo las manos al rey. Acordada la paz, don Alfonso invitó a su tienda al del linaje de los Lara y su esposa. De camino al cercado, y antes de penetrar aquellas tapias y comparecer ante esas gentes que desde hacía meses la habían mantenido retenida en Lerma, doña María Díaz se mostró inquieta.

—Don Juan... ¿es prudente entrar al real?

—No temáis, señora. Ninguno de los hombres que están aquí con el rey alzarán su mano contra nosotros ni contra los que nos siguen.

Con tal confianza y serenidad le habló su marido, que doña María no tuvo más remedio que creerle.

Atravesada la puerta de la muralla, don Juan Núñez y sus vasallos reconocieron en los caballeros, ricoshombres, hijosdalgo y hasta escuderos y sirvientes del rey, a muchos parientes y rostros amigos. Unos y otros se saludaron con contenido afecto y satisfacción, fundiéndose los antiguos contendientes en una sola y amigable pieza de hombres sin distinción de bandos.

Contemplar esa estampa serenó a doña María, quien, en efecto, tuvo la certeza de que aquel paso decisivo era el que ponía fin a una enemistad enquistada que duraba desde el asesinato de su padre a manos de ese mismo rey. Tal pensamiento le hizo recapacitar, y se extrañó al no sentir brotar de su interior, al estar frente a don Alfonso, el mismo odio que le embargó al encontrarse con don Juan Manuel en Bayona; hombre del que no había vuelto a saber nada, ni tampoco le importaba su paradero ni destino. Puede que suficiente carga fuera el dolor padecido en carne propia, como para acarrear también con el de los antepasados.

Ya en su tienda del real, don Alfonso, sabedor de que en Lerma no había pan ni otros alimentos, mandó dar viandas a don Juan y a doña

María, y también a los que les servían, pudiendo todos asosegarse y conversar, tal vez no de forma amigable, pero si respetuosa.

Pasados varios días, y ya aquietados por completo los ánimos y acordadas las posturas de concordia, doña María salió de Lerma junto a sus sirvientas, para presenciar cómo eran derribados los muros. Le poseía un confuso sentir a la par que una dulce pena, pues aquellas piedras y maderos eran los únicos que pagaban por el sufrimiento, fuerzas, quemaduras, robos y muertes infligidas sobre hombres y mujeres comunes, tanto por su marido como por el rey don Alfonso.

—Este año llega a su fin —dijo Oneka—. Ha sido el peor de nuestras vidas, pero ahora, todo lo que nos llegue, será para mejor.

—¿Estás segura de eso?

—Doña María... deberíais regocijaros. Sois ahora señora de Vizcaya de pleno derecho.

—Lo sé. Sé que no debería lamentarme ni compadecerme, pero no puedo sentirme dichosa. No, viendo cuánto hemos perdido.

—Sí. Muchos han muerto, mi señora. Pero vos y vuestro esposo estáis sanos. Y si pensáis en todo lo que habéis vivido y padecido a la corta edad de catorce años... ahora sois mucho más poderosa y sabia de lo que ninguno de vuestros antecesores era a vuestra edad.

—¿Sabia, dices?... No. Este año no he aprendido nada. Solo he perdido la poca fe e inocencia que mantenía. Una persona no necesita arrojar al fuego de una hoguera para saber que se quemará, ni hundirse en el mar para saber que morirá ahogada. Yo no necesitaba vivir lo vivido este año para conocer la verdad. Lo que he vivido es solo una piedra más en un ancestral y nefasto muro que quería creer derruido, como lo están siendo estos ante nuestros ojos. Sí... ha habido muertes, pero no solo se han perdido vidas, también infinidad de almas. Este año han caído muchas máscaras y capas, y quedado al descubierto crueles verdades y sentimientos que son más dolorosos que la peor de las heridas. Aunque quería engañarme a mí misma, en el fondo sabía que vivía en un mundo y entre unas gentes cubiertas por un halo de complacencia, que ocultaba aquello en lo que el miedo y la ignorancia nos convierte. Y tampoco quería creer que ese halo fuera tan frágil e ilusorio, que bastara un pequeño soplo para que se desvaneciera. Este año he visto un temor, avaricia, impiedad y sinrazón, mayores que en ningún poema ni cantar. Se han cumplido órdenes y cometido tormentos y crímenes atroces, solo por dineros o por obedecer la voz de los amos. He sentido estar ante aquellos que consideraba mis semejantes, y no poder siquiera cruzar una palabra sensata con ellos, pareciendo como si nadie mantuviera la cordura. En Bayona, mi maestro me dijo que, en los tiempos antiguos, dos griegos salvaron a su patria, uno de la esclavitud y el otro, de la

estupidez... Lástima que aquí no hayamos tenido la fortuna de contar con tales salvadores... Al contrario, esos males se han propagado como la peor de las plagas. He visto alentarse la delación y recompensarse la corrupción; destruirse vidas, haciendas, derechos y libertades, por codicia, miedo y una lealtad pervertida; silenciarse a los dignos y tratarlos como a apestados. He sufrido un encierro irracional y padecido con cobarde resignación la voluntad de aquellos tiranos que gobiernan nuestras vidas y tratan peor que a siervos. Sí... puede que los que están por llegar, sean años de grandes logros, pero aquello que hemos perdido, no podremos recuperarlo nunca. No habrá redención para tales pecados, salvo por una gran purga. Purga, que el nuevo halo de complacencia con el que deseamos volver a cubrirnos, no nos permitirá realizar.

Y doña María continuó viendo la pena de muerte con la que se castigaba a las cavas, piedras de las murallas y maderos de la tapia que rodeaban aquella villa.

Una vez Lerma fue allanada, el rey don Alfonso, doña María Díaz y don Juan Núñez, partieron a Valladolid, ciudad en la cual, durante la fiesta de la Navidad, el monarca castellano concedió al del linaje de los Lara el oficio de alférez mayor, dio tierras con las que mantenerse, y entregó también por heredad: Villalón, Cigales y Moral. Doña María vio en ese nombramiento una agría merced que la separaría de su esposo, obligando a don Juan a liderar las huestes de don Alfonso contra todo enemigo de Castilla, ya fuera Aragón, Portugal, o para acudir a la frontera contra los musulmanes de Granada.

#### Año del Señor de 1335

Por un sendero rodeado de campos helados y arboles de ramas desnudas cubiertas de nieve, avanzaba una compañía de hombres armados encabezada por don Juan Núñez de Lara. En el centro de la comitiva, en el interior de un carro cubierto por gruesas telas enceradas, posaba doña María Díaz junto a sus sirvientas. Los señores regresaban a Lerma desde Valladolid para que doña María, que mostraba ya síntomas de su preñez, alumbrará allí a su primogénito.

La del linaje de los Haro se dejaba mecer por el vaivén del carro, apoyando la cabeza en uno de los tablones, como si se hallara en una gran cuna. El crujir de la madera, el incesante masticar de las ruedas al avanzar sobre los guijarros del camino, y el agradable ritmo de las herraduras de los caballos, eran los únicos sonidos que perturbaban la calma de ese páramo muerto.

—Doña María —susurró Oneka.

—Habla...

—En Valladolid encontré a un trovador que me dijo lo que le ocurrió a la reina Iseo... ¿queréis que os lo cuente?

La dama no sentía gran deseo de escuchar ningún poema, pero tampoco tenía motivos para negarse a algo tan banal e inofensivo, como era conocer el desenlace de esa historia que comenzó a escuchar, se diría, en otra vida.

—Sí, cuéntamelo.

—El rey Marco, haciendo oídos sordos a los lamentos de Iseo, la entregó a los leprosos, los cuales se arremolinaron sobre ella, profiriendo gritos de júbilo. Su cabecilla, Iván, la arrastró a unos matorrales, los mismos en los que se habían ocultado Tristán y su ayo, Governal. Al contemplar el destino de su amada, Tristán se lanzó fuera de la maleza montado en su caballo, subió junto a él a Iseo, y ambos emprendieron la huida al galope. Atravesando las llanuras hacia el bosque de Morois, Iseo sonrió feliz, olvidando los sufrimientos pasados.

—Continúa...

—Eso es todo lo que sé, mi señora. El cantar prosigue, claro, pero yo solo quise saber eso...

—Pluguiera a Dios que todos los infortunios tuvieran un desenlace tan sencillo... —dijo doña María, volviendo a recostarse junto a su ventana.

A finales del mes de febrero, algunos hombres buenos, vecinos todos de la villa de Bilbao, comparecieron en el salón del alcázar de Lerma ante su señora. Rodeando a la del linaje de los Haro se encontraban su esposo, don Juan Núñez; su prestamero en Vizcaya; el escribano Alfonso López; y sus sirvientas.

—Doña María Díaz de Haro. Don Juan Núñez de Lara —dijo, tras una reverencia, el de mayor edad de los recién llegados—. Somos procuradores del concejo de Bilbao. Hemos venido para mostraros que vuestra villa se encuentra en gran afincamiento de pobreza por los muchos males, daños y pérdidas que sufrimos, así en la mar como por tierra, por la entrada que el rey don Alfonso hizo en Vizcaya.

—¿Y qué merced pedís que os hagamos? —preguntó la del linaje de los Haro.

—Mi señora, nos haría gran bien que nos dierais para nuestro aprovechamiento, los rodales donde se hallan vuestras ruedas del lugar que llaman Basondo. Y tener para nosotros las aguas que salen del estolde de dichas ruedas. Así podría Bilbao cercarse y poblarse de nuevo para vuestro servicio.

Doña María miró con complicidad a Oneka, recordando fugaz y lejanamente el tiempo en el que se solazaban fingiendo pregonar ordenanzas. Pero, en ese momento, no hubo alegría ni risas, ni tampoco sintió

doña María ansiedad por dictar su primera orden como señora de Vizcaya. No había alcanzado el Señorío como siempre imaginó, ni su gobierno podía haber dado comienzo de modo más adverso y con mayores penalidades, por lo que no necesitó fingir serenidad cuando habló ante los mandaderos de Bilbao y el resto.

—Sepan cuantos esta carta vieren, cómo yo, doña María, mujer de don Juan Núñez, y señora de Vizcaya, porque el concejo y los hombres buenos de Bilbao, mis vasallos, enviaron para mostrar a don Juan Núñez y a mí, cómo eran pobres por los muchos males y daños y pérdidas que habían recibido, así en la mar como en la tierra, señaladamente en la entrada que el rey hizo en Vizcaya; y por hacerles bien y merced, y porque es voluntad de don Juan y mía, que el dicho lugar se pueble y se cerque para nuestro servicio, tengo por bien de hacer merced al dicho concejo, y les doy el rodal que es en las ruedas que don Juan y yo tenemos en Bilbao, que dicen de Basondo; y se lo doy en tal manera, que puedan hacer ruedas en el dicho rodal, y que tengan el agua para ellos que sale del estolde de las dichas ruedas que don Juan y yo tenemos; y dejo que tenga el dicho concejo las ruedas que hicieren por suyas, para siempre, para la cerca de la villa y para las otras cosas que son aprovechamiento del dicho lugar de Bilbao. Y mando y defiendo por esta mi carta, que ninguno sea osado de embargar al dicho concejo esta merced que yo les hago, ni de pasar contra ella en ninguna manera ni en ningún tiempo del mundo. Y sobre esto mando dar esta mi carta sellada con mi sello de cera colgado... Dado en Lerma, a veinticuatro días de febrero, año de mil trescientos treinta y cinco.

El escribano Alfonso López terminó de consignar lo dictado. Después, quemó lacre con una vela, fundiendo la cera y dejando que goteara sobre el papel. Doña María imprimió su sello, quedando así otorgado el privilegio. Mismo acto repitió posteriormente don Juan Núñez, confirmando igualmente las susodichas palabras.

Al anochecer, estando ambos señores en la cámara de doña María, don Juan Núñez habló a su esposa sobre algo que llevaba horas pensando.

—Señora... ¿qué es un *estolde*? —preguntó el del linaje de los Lara—. ¿Es palabra usada en Vizcaya?

—Sí... Es como un desagüe. El canal que va de la rueda al molino.

—Os lo ruego, decid algo en vizcaíno.

Doña María reflexionó por unos instantes, antes de complacer la curiosa petición de su marido.

—*Illak agin zegian, biziak bere naia.*

—¿Qué significa? —preguntó don Juan, sin poder disimular una mueca de extrañeza.

—Es un refrán. Dice: «el muerto mandó; el vivo hizo lo que quiso».

—No lo habría adivinado ni en diez años. Decid otro...

—*Gizon bizia bereen ezkatu doa.*

—Os lo ruego, traducirlo...

—«Hombre vivo, suele demandar lo que es suyo».

—Muy apropiado... Y tampoco lo habría adivinado, ni en diez ni en veinte años. Compruebo, señora, que mucho he bregado por ser señor de Vizcaya, pero no sé nada de esa tierra, ni conozco a sus gentes, ni sus villas ni anteiglesias; ni los usos, costumbres, lengua ni leyes por las que se rigen.

—Ahora que ha llegado la paz, sería tiempo propicio para que conozcáis mejor vuestra heredad.

—Sí, quiero conocer sus fueros y ordenanzas... pero no las comprendería en esa lengua. Mandaré que las escriban para mí, en castellano.

—Como gustéis, señor.

Doña María alumbró a los pocos meses a una niña, a la que llamó Juana, como su suegra. Un primogénito varón hubiera sido lo que seguramente don Juan Núñez deseaba, y puede que, en el fondo, también ella misma, por no perpetuar y hacer recaer en su descendencia los mismos males que ella, y su abuela antes, habían sufrido. Pero sabía que, hembra o varón, ninguno podría huir de fuera lo que fuese que el destino les reservara, y ellos eran sanos y mancebos para engendrar más descendencia.

El quince de agosto del año del Señor de mil trescientos treinta y ocho, don Juan y doña María hicieron nueva población y villa en una tierra yerma de la merindad de Arratia, a la que dieron, en honor al linaje de doña María, el nombre de Haro, que, con el tiempo, pasó a ser llamada «Villaro».

Y ocurrió que, en ese tiempo, doña María volvió a quedar encinta, y, a pesar de los abiertos o disimulados ruegos, nuevamente encaesció a una niña. En esa ocasión, la recién nacida fue bautizada como su finada abuela: Isabel.

El ansiado hijo varón no llegaba a la casa de Haro ni al heredero de los Lara, pero aquello parecía no ensombrececer su dicha ni, desde luego, podía frenar sus deberes, pues transcurridos otros cuatro años, fueron tañidos en Vizcaya los cinco cuernos de los montes Kolutza, Ganekogorta, Gorbea, Oiz y Sollube, ayuntándose en Junta General en Gernika los caballeros, escuderos e hijosdalgo vizcaínos para recibir a sus señores.

Doña María Díaz y don Juan Núñez avanzaron hacia el árbol sagrado y la ermita juradera, seguidos por los alcaldes de Fuero y oficiales pertenecientes a los principales linajes del Señorío, a saber: Adán de Yarza, Gómez González de Billela, Iñigo Pérez de Lezama, Rui Martínez de Alvia y Juan Galíndez de Mújica.



—Decidme cómo habéis de pasar conmigo y con mi prestamero en razón de mi justicia —habló aquí don Juan Núñez—. Y, además, en razón de los montes que de derecho tenemos. Y cuáles son los fueros de Vizcaya, para que finquen establecidos para los que ahora son o serán de aquí adelante.

Los hombres buenos procuradores de la merindad de Uribe se acercaron a sus señores, y entregaron a don Juan Núñez seis hojas de pergamino.

—Con vuestra merced —dijeron los vizcaínos—. Son estos que aquí se dicen, y os damos y rogamos que los otorguéis. Primeramente, se comienza en razón de la justicia de los hombres acotados, encartados y malhechores que hacen cosas que merezcan muerte.

Otro procurador se adelantó y tomó la palabra:

—Todos lo otorgamos y os pedimos por merced que lo mandéis hacer y cumplir así a vuestros alcaldes y prestamero, y a vuestros merinos que ahora son y serán de aquí adelante, para que hagan justicia en aquellos malhechores en esta manera que aquí se dice.

Don Juan Núñez comenzó a leer el primer pergamino:

—Capítulo de cómo el acotado y encartado que fuese tomado siendo llamado por sus plazos, donde quiera que lo hallaren el prestamero o el merino, que lo maten. Y cualquiera que lo acogiere, diere seguridad o lo defendiere, sabiendo que es acotado o encartado, que tenga esa misma pena que el encartado...

Doña María escuchaba recitar esas palabras serenas y recias, pero su mente veía más allá, hasta un mundo sin miedo, donde se pudiera morar a salvo y en libertad. Guardar aquellas leyes era el mayor grano de arena que podía aportar para, como hiciera su abuela, lograr que en su Señorío las gentes vivieran alegre y deleitadamente, con paz y seguridad, y sin recibir ofensas. En el que pudiera haber compras, ventas, trueques y contratos necesarios para la vida humana, se hiciera ayuntamiento de matrimonios, y hombres y mujeres vivieran bien y virtuosamente. Y poner fin a esa era de terror.

Otra mujer, de mucha más edad que la señora de Vizcaya, veía ocultarse el sol desde la ventana de la celda de un monasterio. Era una mujer que había padecido los mismos males que ella; una mujer que, a diferencia de ella, no había nacido destinada a gobernar Vizcaya ni a soportar tan grandes pesares; una mujer que, al igual que ella, respondía al nombre de doña María. La primera señora de Vizcaya se arrodilló a duras penas a los pies de su camastro, rezando una oración en callados murmullos. Al finalizar, se santiguó, incorporó aún más pesadamente, sopló la única vela que la alumbraba y se acostó en casi total oscuridad. Respiró profundamente y con alivio, sabiendo que Vizcaya fincaba en

manos de su legítima heredera. No regía entonces el Señorío su hijo, don Juan “el Tuerto”, como siempre creyó que sería, pues aunque pudo ser loco o sabio, sanguinario o piadoso, hermoso o deforme, no fue de espíritu tan elevado como para lograr huir de los dominios de la avaricia; pues tal que reyes y reinas, y hasta el último de los hijosdalgo, había sido engendrado para heredar más de lo que sus padres heredaron y, legar a sus hijos, más de lo que le dejaron a él. No, él no pudo escapar de esa condena. Una condena que ciega los ojos y embarga el alma. Pero, de algún modo, su nieta sí había logrado esquivarla y salir airosa. Arro-  
pada en ese pensamiento y gozando al fin de la dulzura de la paz, doña María Díaz I de Haro cerró los ojos y exhaló un último aliento, descansando al fin, entregando su alma a Dios ese año del Señor de mil trescientos cuarenta y dos. Y qué mejor sobrenombre pudo haber deseado en vida y para consuelo de su espíritu; qué mejor palabra para definir su legado, que aquella con la que se perpetuó entre el vulgo, siempre presto a recrearse en cobarde venganza o rastrera alabanza con los defectos y virtudes de aquellos que los gobernaron en vida. Qué mayor honor a su memoria y galardón a sus méritos, que ser recordada por siempre como *la Buena*.

**FIN**

## Epílogo del autor

Este apartado pretende ser, más que una suerte de continuación de la novela o mera bibliografía, un resumen crítico de las principales fuentes, sucesos y datos aportados en la obra.

### Libro I

Inicio *Olvidado Temor de Dios* con una estampa que puede resultar sorprendente para la mentalidad actual y percepción que la cultura popular ha generado del medievo, como es la de un caballero y sus escuderos llorando. Sin embargo, este acto, sencillo y habitual, está extraído de una obra contemporánea de los hechos que describo. Concretamente, lo encontramos en *El Libro del Caballero y del Escudero*.

«Et [e]l cauallero le gradeçio mucho lo que dezia, et si se pago de alguna cosa de lo quel traya, tomolo mas por mostrarle buen talante que por otro plazer que en ello fallasse, et prometiole que sienpre rogaria a Dios por el. Entonçe se despidieron, llorando mucho, con plazer; [et] el omne bueno acommendolo a Dios et diol su bendicion»

Don Juan Manuel, *Libro del Caballero y del Escudero*  
(Capítulo XXIII)

En lo que se refiere a los hechos históricos verídicos, debemos acudir a las crónicas de los reyes de Castilla y León, ya que solo esas fuentes nos hablan de los sucesos de nuestros protagonistas, los señores y señoras de Vizcaya de ese tiempo.

El Capítulo LXXXIII de la *Crónica del rey don Sancho IV* es especialmente prolífica en sucesos relativos al señorío de Vizcaya, narrándose en él, la muerte del conde don Lope:

«Acordado & el rrey salio fuera E desde que el Rey los dexo dixo nunca yo tal tiempo tuue commo agora para bengarme destos que tanto mal me han fecho & en tanto mal me andan & fallo que la su gente era mucha mas que la de los otros & torno luego a ellos & parose a la puerta & preguntoles & dixo auedes ya acordado & dixo el conde sy entrad señor & dezir vos lo hemos E el rrey dixo

entonces ayna lo acordastes & yo con otro acuerdo vengo que vos amos que finquedes aqui conmigo fasta que me dedes mjs castillos E el conde se leuanto mucho ayna & dixo presos commo a la merda o los mjos & metio mano a vn cuchillo & dexose yr para la puerta donde estaua el rrey el cuchillo sacado & la mano alta & llamando muchas vezes o los mjos. & el jnfante don juan metio mano a vn cuchillo & firio a gonçalo gomez de mançanedo & a sancho martines de leyua & ellos sufrieronjelo porque era fijo de Rey & la otra gente que era y del rrey vallesteros & caualleros veyendo que el conde yua contra el rrey firieron al conde & dieronle con vna espada en la mano & cortarongela & cayo luego la mano en tierra con el cuchillo & luego dieronle con vna maça en la cabeça que cayo en tierra muerto non lo mandando el Rey»

Las vistas de doña Juana Alfonso, viuda del conde don Lope, con su hermana, la reina doña María, y el rey don Sancho...

«E estando en esto llego doña juana muger del conde hermana de la rreyna a santo domjngo de la calçada que estaua y la Reyna. & el Rey vino A ella & fablo con ella muy bien & dixole que nunca dios lo quisiese que su voluntad fuera de matar al conde njn nunca lo mandara mas que en tal manera acaesçiera asi commo lo sabian todos quantos ay estauan que el fue ocasion de su muerte ca el non quisiera del sy non los castillos suyos que ge los diese & que le Rogaua que fuese a don diego su fijo & que le aosegase & que entregandole sus castillos que tenja del que le guardaria su tierra & su heredad & que le faria merçed E doña juana dixole que yria alla & que faria quanto pudiese & fuese doña juana para su fijo»

La revuelta promovida por la misma doña Juana y el inicio de la conjura contra el rey don Sancho...

«E quando llego doña juana a su fijo don diego fallo con el ayuntadas muchas gentes que eran uasallos del conde. & ella acuçiolas que fuesen contra el rrey quanto pudiesen en lo desserujr & en su deseredamjento & en todo lo otro lo vno por la muerte del conde lo otro por la prision del jnfante don juan su yerno. & la cuenta que fizieron ella & ellos fue esta que pues los castillos del rrey tenja don diego su fijo que fiziesen dellos guerra al Rey & que fuesen luego ellos & los caualleros del conde al Reyno de aragon & que fiziesen al rrey de aragon que soltase a don alfonso & a don ferrando fijos del jnfante don ferrando & que toMarían boz con el & que farian que tomase boz de Rey & que por esta manera deseredarian al Rey don sancho»

### Las represalias del rey don Sancho:

«salio el rrey de vitoria & fuese para vrduña & entro la villa & conbatio el castillo & tomolo & enbio a balmaseda a combatirla con engeños & tomola & tomo el castillo de villa monte & el castillo de çeor. & çerco la villa & el castillo de portilla»

### La huida de don Diego López a Carmona y el ofrecimiento que recibió del rey don Sancho:

«E otrosi llegole mandado de la frontera en commo don diego hermano del conde que desque supiera la muerte del conde don lope su hermano que se metiera en carmona con grand mjedo que ouo de muerte. & el rrey enbio a el A don Rodrigo maestre de calatraua en que le enbio dezir que se vinjese para el & que le daria a vizcaya & que le faria mucho bien & mucha merçed & don diego salio de Carmona que le aseguro el maestre que lo traeria en saluo & fizo sienpre creyente al maestre que se venja para el Rey & desque llego a aranda fuese derechamente para aragon con quanto tenja»

Y, acto seguido, la muerte de don Diego López IV de Haro. Por lo que el cronista deja entrever y se puede interpretar, el fallecimiento del joven se debió, con toda probabilidad, a una enfermedad venérea por un exacerbado apetito sexual que le hizo contraer dicho mal:

«don diego su sobrino fijo del conde que estaua y con muchas gentes & era mançebo que todo el dia andauan trebejando de muy malos juegos en guisa que tomo tan grand afan con ellos que fue ocasion de auer muy grand dolencia de que murio»

### La posterior entrada en Vizcaya:

«& enbio a vizcaya a don diego lopez de salzedo & tomola saluo vn castillo que dizen vnseca que se touo & mandole çercar & combatir con engeños»

La entrada de don Diego desde Aragón, el saqueo de Cuenca y Huete, y la posterior campaña de castigo en la que Ruy Pérez es traicionado por los infanzones castellanos:

«& el Rey enbio luego a rruy paez de soto mayor a quien el auja dado pendon y caldera & fecho Rico omne & fueron con el grand caualleria los jnfançones de castilla & de galizia & mandoles que fuesen a defender aquella frontera E estos oujeron sabyduria en commo don diego & los aragoneses con el entrauan a correr a tierra de cuenca & de huepte. & Ruy paez con aquella gente lle-gose aquella parte asy que alcançaron a don diego que leuaua muy grand presa en vn lugar que dicen pajaron. & los caualleros que yuan con el non se toujeron por honrrados de lo auer por su cabdillo maguer ge lo diera el Rey ca cada vno se tinie por tan bueno commo el & non toujeron por derecho nin por su honrra de morir por Ruy paez nin el que vençiese a don diego en lid & murio y rruy paez & otras gentes muchas»

En la *Crónica del rey don Fernando IV*:

«É estando en Toledo llególe mandado de como el infante D. Juan, que era en Granada, que se queria llamar rey de los royaos de Castilla e de León, é que queria venir á la tierra con poder de los moros. Otrósí le llegó otro mandado de como D. Diego López de Haro, que era en Aragón, entrava con muy grand poder de gente por Castilla, é demandava Vizcaya que tenia el infante D. Enri-que. É la Reyna estando en grand quexa por estas cosas que avia sabido, llegó y D. Juan Núñez, é la Reyna fabló con él é con D. Nuño Gongaéz, su hermano, lo mejor que ella pudo, é mostróles toda su fasienda é encomendóles al rey su fijo, é á si mesma é á todos sus reynos. íl rogóles mucho por el debdo que avian con ella, é por el derecho que havian á faser, é por muchos bienes que della avian rescebido, que sirviesen al rey é consejasen á ella, é ellos respon-diéronle que lo farian é lo servirían siempre, é dixeronle que quanto á lo de D. Diego, que ellos se pararían luego á ello é lo echa-rían de la tierra ó lidiarían con el. E demandáronle que les diese con que guisasen sus cavalleros. É ella fiso una manlieva de muy grand quantia que les dió, é ellos movieron ende luego é fueron-se para Burueva é para Rioja, é luego que y llegaron aviniéronse con D. Diego é prometiéronle de le faser dar á Vizcaya, é si gela non quisiese dar luego la Reyna que tomasen por rey otro qual quisiese D. Diego é desto le fisieron muy grand pleyto é omenage [...] É en todos estos fechos é guerras la Reyna avia de faser grandes costas, non aviendo ella ninguna renta de la tierra, ca todo lo tenían el infante D. Enrique é D. Diego é los otros ricos omes é cavalleros que servían al rey, é avia de dar de cada día á D. Diego é á los otros ricos omes que estaban con el rey en Valladolid dos mil maravedís para que se mantuviesen é que se non partiessen del rey»

«É después desto llegaron mandaderos de D. Diego é de D. Juan Núñez é de D. Ñuño á la Reyna é enbiaronle desir estas razones. La una que entregase luego Vizcaya á D. Diego, é la otra que tomase el Rey su hijo é ella é que se fuesen para Burgos é que no fincasen en Valladolid á estas Cortes, é que si esto non ficiesen que luego tomarían por Rey é por Señor á D. Alfonso, fijo del infante D. Fernando [...] É quando la Reyna vió este consejo quisiera mandar dar Vizcaya á D. Diego por lo asosegar, mas los vasallos del infante D. Enrique, su fijo, quería tenían, nunca se la quisieron dar, é dixieron que antes tomarían y muerte, é estando ella en esta congoja tan grande é soyendo mucho afincada que íuese á Burgos, ovo su acuerdo [...] E quando D. Diego é D. Juan Núñez é D. Ñuño esto supieron tornáronse para Burueva é Rioja, é fué D. Diego para Vizcaya é tomola ca se le dieron luego, salvo ende los castillos de Orduña é de Balmaseda [...] En este tiempo mesmo otrosy la Reyna Doña María sosegó á D. Diego é á D. Juan Núñez é á D. Ñuño á servicio del Rey, é dioles trescientas veces mil maravedis, é troxolos á Valladolid, é fiso y pleyto é omenaje D. Diego al Rey de lo servir como á Rey é como á Señor»

«Estando en esto llegó y D. Diego que venia muy sañudo, é antes que el Rey é la Reyna cosa alguna le dixesen, dixo él muchas razones contra el Rey, en que non fue tan bien guardado como deviera: é el Rey nunca le quiso responder ninguna cosa, é sufriólo todo muy bien»

La oferta sobre Vizcaya que doña María rechaza, diciendo que no aceptaría, a cambio de Vizcaya, ni Guipúzcoa ni diez Guipúzcoas, ni todo cuanto valiera Vizcaya:

«el infante D. Juan que íncava mal dolió movió al Rey otro pleyto que le diese por camio de Vizcaya á Guipúzcoa con Sant Sebastian é Fuenterrabia con Salvatierra que es en Alava, é él que dexaria á Paredes é á Medina de Rioseco, é Mansilla é Cabrerros é Castro Ñuño: é que le diese D. Diego á Sancta Olalla é lo de Cuellar é Huelva, é como quier que el pleyto era muy dañoso para el Rey, pero tan grand sabor avia de lo asosegar por partir esta contienda que lo otorgó é moviólo á D. Diego é otorgólo con esta condición: que Doña María Díaz, muger del infante D. Juan, que lo otorgase ante el Rey porque de allí adelante non pudiese demandar nin remover aqueste pleyto otra vez, ella nin otro alguno por ella: é el infante D. Juan lo otorgó, [...] É después desto ovo mandado el Rey de como el infante D. Juan llegara á Paredes do era Doña María Díaz su muger, é fablara con ella é le dixera de como el Rey le dava Guipúzcoa é Sant Sebastian é Fuenterrabia é Salvatierra por camio de Vizcaya, é que le entregase todos los otros

lugares que le avia dado, según lo ha contado la estoria ; é Doña María Díaz le respondió que esto nunca lo faria, que como quier que le davan á Guipúzcoa que si le diesen diez tales como Guipúzcoa é demás quanto valiese Vizcaya encima, que non lo tomarla nin dexaria la demanda de Vizcaya en ninguna manera, ca antes quema atender quanto Dios quisiese para demandar lo suyo, que non rescebir por camio della ninguna cosa que le diesen: é como quier que el infante D. Juan D. Juan trabajó mucho con ella é la afincó mas de quanto deviere nunca la pudo tirar desta porfia en ninguna manera por cosa que le dixese nin le fisiese»

La entrada de doña María Díaz en Vizcaya para ser tomada por señora tras la muerte de su tío don diego López.

«salieron de Burgos D. Diego é Doña María Díaz su sobrina, muger del infante D. Juan, é D. Lope é fueron su camino derecho para Vizcaya, é enbió el rey con ellos para que viesse como se fasia el omenaje á Sancho Sánchez de Velasco, su merino mayor en Castilla; é desque llegaron á Vizcaya fiso D. Diego ajuntar á todos los omes buenos de Vizcaya en aquel lugar donde suelen faser la jura quando toman señor, que es en Arechabalaga. É están alli todos ayuntados contoles D. Diego todo el fecho en como pasara, é pues que ellos vian que era su voluntad del rey, é conociendo que Doña María Díaz era derecha heredera del conde D. Lope su hermano, que mandava que la tomasen por señora de Vizcaya para después de sus dias á ella é á sus fijos ó fijas. É ellos respondieron que pues lo él por bien tenia que lo farian ellos; mas que bien sabia de como avian fecho omenaje á D. Lope su fijo para después de su vida del, ó á sus fijos, é como podían faser lanios omenajes. É estonce D. Lope fabló con estos omes buenos é dixoles, que veyendo él que este pleyto era á muy grand pró é guarda de D. Diego su padre, é otrosi conociendo que era Doña María Díaz, su cormana, derecha heredera de Vizcaya, é porque tenia que si él eredase la eredad agena que Dios seria contra él é que lo non podria lograr, é veyendo que D. Diego la avia de tener en su vida, que quanto por lo suyo non queria que se partiese este pleyto, ca él fuera el que consejara á D. Diego que lo fisiese, é mandóles que fisiesen omenaje á Doña María Díaz é que la tomasen por señora de Vizcaya para después de la vida de D. Diego, é él que les quitava el ornenaje que le avian fecho: é desque ellos esto vieron rescibieronla por señora en aquella manera que lo solian faser á los otros señores que fueron de Vizcaya, é fisieronla pleyto é omenaje de se lo complir: é esto feclio partiéronse dende é vínose Doña María Díaz para Pa-redes»

«[...] muchos fidalgos de los regnos de Castiella et de León le querían ayudar contra el Rey de Castiella, ó contra otro qualquier; et demás que por Doña María su muger heredaba el solar de Vizcaya, que era uno de los mayores solares de España»



El asesinato de don Juan “El Tuerto”, y posterior exilio de su hija, doña María Díaz, se narra en la crónica del rey don Alfonso XI:

«Et otro dia que Don Joan entró en Toro, que fué dia de la fiesta de Todos los Santos, el Rey mandólo matar: et morieron y con él dos caballeros sus vasallos, que decían al uno Garci Fernandez Sarmiento, et al otro Lope Aznares de Fermosiella; et presieron á Juan Alvarez de Osorio. Et el Rey mandó llamar á todos los que eran allí con él, et asentóse en un estrado cubierto de paño prieto, et dixoles todas las cosas que avia sabido en que andaba Don Joan en su deservicio, lo uno por se le alzar en el regno contra él, et lo otro haciendo fablas con algunos en su deseredamiento; et otrosí en las posturas que envidra poner con los Reyes de Aragón et de Portogal contra él, et otras cosas muchas que les y contó: por las quales el Rey dixo que Don Joan era caido en caso de traición, et juzgólo por traydor. Et partió de Toro luego otro dia, et fué entrar et tomar para la corona de los sus regnos todos los logares que este Don Joan avia, que eran mas de ochenta castiellos et villas et logares fuertes. Lo qual le fue todo dado et entregado al Rey y á los que él allá envió en quince dias: ca D. Joan non avia heredero si non una fija que era muy pequeña de dias et el ama que la criaba, desde sopo la muerte de Don Joan, fuýo con aquella moza á Bayona, que es en Inglaterra»

*Op. cit.* Capítulo LI, 15-35

## **Libro II**

Este segundo libro trata principalmente la estancia de doña María Díaz en Bayona. Ya que no contamos con ninguna fuente ni documento que nos hable de los años de la heredera de los Haro en esa villa gascona, opto por centrar los dos primeros capítulos en materias como la literatura medieval, la filosofía y la historia, ahondando asimismo en la mentalidad de esa época.

Para el apartado en el que la reclusa Mahai habla de sus revelaciones, he empleado la descripción que de las sufridas en carne propia hace la mística inglesa del siglo XIV, Juliana de Norwich. Asimismo, me baso en las enseñanzas que el monje inglés del S. XII, Elredo de Rieval

transmitió en su obra *La vida Reclusa*, durante los sermones que las religiosas del convento de Saint Bernard dedican a doña María sobre el modo de vida de las reclusas, el pecado y la virginidad, y posterior lectura durante su ayuno.

A la hora de reflejar los textos, tanto de las obras clásicas de Heródoto u Ovidio, como de los poemas de *Tristán e Iseo*, *Mío Cid* o *Amadís de Gaula*, los *fabliaux*, la descripción de los incubos de Guillermo de Auvernia o los mismos *lais* de María de Francia, he empleado diversas fuentes, así como traducciones propias de los originales, fundiéndolas con un estilo y léxico que vayan en consonancia con el resto de la obra.

A modo de anécdota, reseñar que los elementos del segundo capítulo, como la doncella metida en un arcón y el anillo de oro que devuelve la virginidad, los he tomado, junto con varias líneas de diálogo, del *fabliau*: *El molinero y los dos clérigos*.

«Se acercó al arcón rápidamente, arañó un poco y ella lo oyó.

—¿Quién está ahí fuera?

—Aquel que por vuestro cuerpo anda tan maltrecho y dolorido que, si no tenéis piedad de mí, nunca volveré a tener alegría. Soy el que comió con vos y ahora os trae un anillo de oro. Nunca tuvisteis tal tesoro. Es de todos sabido que la piedra tiene la virtud de volver casta y virgen a una mujer, por ligera y casquivana que sea, si por la mañana lo tiene en el dedo. Tomad, os lo regalo»

Las referencias en portugués a la obra del conde Pedro de Barcelos están extraídas, como indico en la propia novela, de su *Livro de linhagens*.

Regresamos a la crónica de don Alfonso XI para relatar la llegada de don Juan Núñez a Bayona para desposarse con doña María Díaz:

«Et en este tiempo Don Joan fijo del Infante Don Manuel, et Don Joan Núñez fueron por Doña María fija de Dón Joan, que estaba fuera del regno, et casó con ella D. Joan Núñez: et de allí adelante Don Joan querellaba del Rey que le tenia desheredado por lo que avia tomado de Don Joan padre desta Doña María»

*Op. cit.* Capítulo XCVII, 15-25

La supuesta aparición del diablo entre Sámano y Santullán y posterior muerte de los hijos de Diego Pérez de Muñatones en el enfrentamiento con los Marroquines, la tenemos en el Libro XXIV de la obra de Lope García de Salazar *Bienandanzas e fortunas*.

### Libro III

Este tercer libro bebe prácticamente en exclusiva de la única fuente de que disponemos para conocer la historia y sucesos de doña María Díaz II de Haro y su esposo, don Juan Núñez III de Lara: la *Crónica del rey D. Alfonso el Onceno*.

Reseño a continuación lo más notable en lo relativo a la guerra que don Juan Núñez hizo al monarca castellano y posterior cerco de Lerma.

El inicio de las hostilidades por parte de don Juan Núñez, aconsejado por algunos ricos hombres:

«Et pasado este dia, desde veno la noche, et las gentes fueron sesegadas, Joan Martinez salió de Burgos, et levó consigo su muger et toda su compañía, et fuése para Lerma á D. Joan Núñez que estaba y. Et otrosí fueronse dende esa noche para Lerma Joan Furtado et su hermano Diego Furtado, et Sancho Ruiz de Roxas, et Ruy Pérez fijo de Ruy Pérez de Soto: et á D. Joan Núñez plógole mucho con ellos; et dó ante non solía facer mal nin daño en la tierra, nin sabia como lo comenzar, desde estos caballeros llegaron á él, tomó grand esfuerzo consigo, et apercióse de facer guerra, et mal et daño en el regno, llamándose deseredado por la heredad que fué de D. Joan fijo del Infante Don Joan, que decia que pertenecía á Doña María su muger, que era fija de aquel D. Joan. [...] Et desde el Rey sopo que Joan Martínez, et los otros caballeros eran partidos dél, et idos á D. Joan Núñez, pesóle ende mucho»

*Crónica del rey don Alfonso XI, Capítulo CVII, 1-15*

La leva de malhechores y encartados con los que don Juan Núñez hizo guerra en las comarcas del rey don Alfonso.

«et Don Joan Núñez fuese para Lerma: et ayuntó y todas las mas gentes que pudo aver de malhechores et de encartados, et fué por tierra de Treviño, et dende á Campos robando et tomando todo quanto podia aver. Et fue á un logar, que dicen Melgar de la Frontera, que era del Rey, et entrólo por fuerza. Et dende fué á Moral cerca de Cuenca de Campos: et el que tenia el alcázar dende entrególo: et por allí cobró el logar, et otrosí el castiello de Avia, que el Rey ovo tomado otra vez, et lo entregó á García Fernandez Manrique cuyo era; et cobrólo estonces Don Joan Núñez. Et desde esto ovo tomado, fué cercar la villa de Cuenca de Campos; et el logar era bien fortalecido de muro et de carcava, et los de la villa defendiense muy bien, et non lo pudo entrar, et tovola cercada pieza de dias combatiéndola. Et desde allí enviaba los suyos que robasen la tierra, et tomaban todo lo que fallaban, et

cohechaban los logares por pan et por dineros; et de aquello se mantenían en aquella cerca»

*Crónica del rey don Alfonso XI, Capítulo CXXV, 4-15.*

La cruel muerte dada por el rey don Alfonso al escudero de don Juan Núñez en Villareal:

«Et el Sábado vispera de Pasqua veniendo de la Iglesia llegó á él un ome de D. Joan Núñez con una carta suya, en que le enviaba pedir por merced que le creyese de lo que le dixiese de su parte. Et desde que el Rey ovo la carta leída, aquel ome dixo al Rey por la creencia, que Don Joan Núñez se enviaba á despedir et desnaturar dél : et el Rey dixo, que ante daquel tiempo se debiera desnaturar dél Don Joan Núñez ; ca ya le avia fecho guerra, et puesto fuego en la tierra, et cercadas las sus villas, combatidas et tomadas algunas dellas por fuerza ; et otrosí que avia poblado Peñas bravas; et aún que por todas estas cosas et por qualquiera dellas era caído en muy grand caso. Et pues era cierto que este ome venia por mandadero, se avia acaescido con Don Joan Núñez en facer todas estas cosas, mandó que luego le cortasen las manos et los pies, et que lo degollasen: et el Alguacil del Rey lo cumplió luego asi»

*Crónica del rey don Alfonso XI, Capítulo CXXXIV, 5-20.*

Su marcha a Vizcaya por no tenerla apoderada:

«Como quier quel Rey oviese enviado á Vizcaya sus omes et sus cartas, et se llamase Señor della; pero nunca avia entrado en esa tierra, nin la tenia apoderada, nin otrosí los de las villas non le recudían con ninguna cosa de las rentas; et los castiellos estaban todos por Doña María muger de Don Joan Núñez. Et por esto el Rey seyendo en Burgos, consejéronle que fuese á Vizcaya á la entrar, et apoderar los castiellos, et facer que le recudiesen con las rentas de la tierra llana. Et dexo recabdo de gentes que estúdiessen fronteros contra Lerma , et contra los otros legares que tenia Don Joan Núñez , porque él et las sus compañías non podiesen facer mal nin daño en la tierra, mientras quel Rey iba á Vizcaya»

*Crónica del rey don Alfonso XI, capítulo CXXXVI, 1-5.*

Su entrada en el Señorío y posteriores sucesos, como el asedio a la peña de San Juan:

“venieron y los de la tierra de Ayala, et los de la tierra de las Encartaciones, et otorgaron al Rey el señorío de aquellas tierras: et el Rey envió sus Merinos, et sus Alcaldes, et sus Oficiales. Et partió dende, et entró en Vizcaya, et pasó cabe el castiello de Unceta: et fué á Bilbao, et los del lugar rescibieronle : et moró y pocos de días, et dexó y comenzado á facer un alcázar, et otrosí Alcaldes , et Merino , et Oficiales por sí. E t dende fué á Bermeo, et los de la villa acogieronlo, et pedieron merced, que les guardase que las gentes non les feciesen mal en los parrales, nin en los panes, nin en los manzanales: et el Rey otorgógelo, et mandógelo luego guardar asi. E t otrosí todos los de las otras villas et tierras llanas de Vizcaya venieron al Rey rescebirlo por Señor; et los fijosdalgo yuntados en el campo de Garnica fecieron eso mesmo. Et libradas estas cosas, el Rey dexó en recabdo la villa de Bermeo : et porque los castiellos de Unceta, et de Munchete, et de Sand Miguel de Ereño , et la Peña de Sanct Joan tenían ornes ijnos-daigo con omenage por Doña María muger de D. Joan Núñez, el R e y quisieralos cobrar todos ó algunos dellos, sí pudiera: et por esto salió de Bermeo, et fue cercar la Peña de Sanct Joan, que es á dos leguas dende: et esta Peña es muy fuerte, ca cálcala toda la mar, sinon tan solamiente una estrecha entrada. Et el Rey asentó allí real, et mandó traer engeños con que la combatiesen, et moró y un mes. Et estaba dentro en la peña mucha buena compañía de omes fijos-dalgo, et tenían muchas viandas: et por esto el Rey non la pudo cobrar en aquel tiempo mientras que y estaba: et veyendo que muy poca compañía podrían tener cercado aquel lugar, pues que era la entrada tan estrecha, et que las villas, et la tierra llana estaba toda por él : otrosí , veyendo que si él allá mucho estudiase, que se ayuntarían Don Joan fijo del Infante Don Manuel, et Don Joan Núñez , et D Joan Alfonso de Haro, et que andarían por la tierra , et le farian daño, dexó caballeros con gentes que guardasen aquella entrada de la peña, et que la combatiesen con aquellos engeños; et él partió dende, et veno á Burgos.”

*Crónica del rey don Alfonso XI, capítulo CXXXVII*

A esta crónica pertenecen igualmente los hechos, a mi entender, más emotivos del cerco de Lerma, como el de los ricos hombres e hijosdalgo del rey dando comida a sus familiares sitiados:

“Et labrando en estas torres, et en este muro, sope el Rey que algunos ricos-omes, que estaban con él en aquella hueste, daban viandas, et las otras cosas que eran menester á los que estaban en la villa de Lerma : ca de todos quantos omes fijos-dalgo estaban en el real con el Rey, non avia ome que non toviese en la villa hermano, primo, ó ome con quien toviese muy grand debdo : et por

esto los de fuera acorrían con viandas á los que estaban en Lerma , cada uno con lo que podia. Et el Rey , desque esto sopo, fué en muy grand coyddado : ca si quisiese estrañar á los que daban la vianda, resceló de perder muchos de los que tenia consigo; ca todos los mas eran en esto: et non quiso decirgelo, nin darles á entender que lo sabia: et lo que el Rey vio que complia mas para esto, que era non les mostrar que él entendia, nin sabia ninguna cosa desto, et poner grand acucia en cercar la villa en derredor de muro et de torres, et poner omes de su casa, de quien fiarse, que la guardasen.”

*Crónica del rey don Alfonso XI, capítulo CLXI, 35, 1-10*

La historia del vasallo de don Juan Núñez, Alfonso García de Padiella, pidiendo armas al rey don Alfonso para servir a su señor, y su posterior muerte a manos de su propio sobrino.

“Et este Alfonso García de Padiella, desque vió quel Rey estaba de camino para ir cercar á Don Joan Núñez, fuese con el Rey, et pidióle merced que le diese un caballo, et una loriga, et armas con que podiese servir á su Señor D. Joan Núñez en aquella cerca quel Rey le iba cercar. Et el Rey, catando la bondad de si mesmo, que non debia ser escaso por tan poca cosa contra un Caballero: et otrosí teniendo, que pues tomaba del las armas, que le non quería deservir con ellas, mandóle dar caballo, et loriga, et capellina, et quixotes, et canilleras, et gambax: et díxole, que si con ello le deserviese, que en aquellas armas le degollasen. [...] Et veno en ayuda de los que avían salido de Lerma aquel Alfonso García de Padiella que avía tomado las armas del Rey. Et estando los otros en la puente peleando con los del real, un escudero que venía con el Rey, que decian Gonzalo López de Padiella, sobrino de aquel Alfonso García de Padiella, dióle una lanzada que lo derribó en la puente: et los del Rey, que estaban en la pelea, llegaron á él, et degolláronlo, teniendo vestidas las armas quel Rey le avía dado. Et todos entendieron que Dios tenia por bien que le comprehendiese lo quel Rey dixera, porque le deserviera con las armas quel Rey le avia dado.”

*Crónica del rey don Alfonso XI, capítulo CLIX*

La porfía de don Alfonso por atrapar a don Juan Núñez, yendo él mismo al desagüe del cerco, y los intentos de sus ricoshombres por procurar poner paz entre ambos, solicitando a la reina doña María que interceda ante el rey, e incluso deseando ellos mismos ayudar a escapar a don Juan Núñez.

“los ricos-omes, et los caballeros, et omes fijos dalgo que estaban con el Rey sobre Lerma, desque vieron que Don Joan Núñez estaba cercado de aquella cerca quel Rey avia mandado facer, et que la guardaban los de la su casa, et omes de quien él fiaba, en manera que ellos non podían darle acorremiento ninguno de viandas, entendieron que los de la villa estaban en gran afincamiento, ó lo serian mucho aína; et que por la porfía que avian comenzado los de la villa con el Rey, rescelaban que non se escusaba de tomar el Rey á Don Joan Núñez ; et si lo tomase, que lo mandaría matar. Et por esto algunos dellos enviaron rogar et pedir merced á la Reyna Doña María, que estaba en Burgos, que veniese á rogar al Rey que descercase á Don Joan Núñez. Et ella veno y luego: et por quanto este Don Joan Núñez avia comenzado esta guerra por consejo et por mandado del Rey de Portugal, el Rey de Castiella et de León non quiso rescebir el ruego de la Reyna, et mandóla que se tornase á Burgos. Et pues que los fijos-dalgo, que estaban con el Rey en aquella cerca, vieron que el Rey non quisiera rescebir el ruego de la Reyna, quisieranle sacar de la villa por un albañar grande, que estaba en la cerca que el Rey avia fecho, por dó se acogían las aguas. Et el Rey sopo este fecho, et non quiso encomendar la guarda del si non á sí mismo: et por esta razón salía de noche de su posada, et con él algunos de sus criados de quien él fiaba, et iban en los caballos fasta que llegaban cerca de aquel albañar, et allí descendian de los caballos, porque estudiesen mas callando, que los non oyesen : et estaba el Rey et los que iban con él de pies en el lodo fasta que queria amanescer: ca tan grand era el talante que él avia por tomar á D. Joan Núñez, que non sentía ningún afán nin trabajo que allí tomase”.

*Crónica del rey don Alfonso XI, capítulo CLXXII,  
pp. 320-321*

El no menos conmovedor caso de los escuderos de don Juan Núñez:

“et dió sentencia (el rey don Alfonso) contra estos Gómez Gutiérrez et Gutier Díaz, en que los dió por traydores. Et dado este juicio, otro escudero que decían Garci López de Torquemada partióse del real del Rey, e metióse en la villa : et como quiera que lo fizo esto con nesciedad, et non con la sabiduría que lo fecieron los otros, pero el Rey por guardar á sí mismo lo que debía , dio sentencia contra este Garci López tal como la avia dado contra Gutier Díaz , et Gómez Gutiérrez [...] Et envió decir á Don Joan Núñez, que le placía que veniese á su servicio, et que le non quería matar, nin facer otro mal ninguno, nin á los que estaban con él; pero que á Gutier Díaz, nin á Gómez Gutiérrez, que él diera por traydores por el yerro en que ellos cayeran, que non los aseguraria, nin á Garci López de Torquemada

contra quien él diera ese mesmo juicio por esta misma razón : et por esto D. Joan Núñez enviólos de noche de la villa, et salieron fuera del regno.”

*Op. cit.*, capítulos CLXXII  
pp. 305-306 y CLXXV, pp. 323-324

Los refranes en vizcaíno que doña María menciona en el último capítulo, están extraídos (aunque redactados aquí con las normas ortográficas actuales) de la obra de 1596: *Refranes y sentencias*. La mayoría de los documentos oficiales dictados por los señores de Vizcaya los tenemos en *Fuentes documentales medievales del País Vasco. Colección documental del Archivo histórico de Bilbao* (1300-1473).